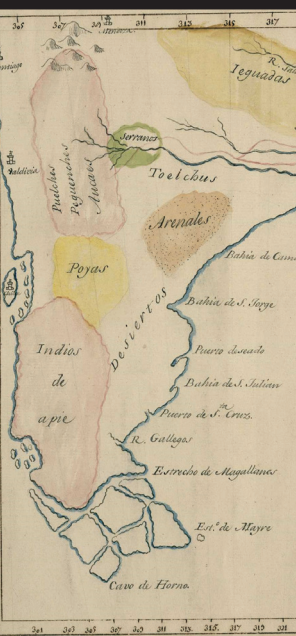


Victoria Pedrotta y Vanesa N. Bagaloni

Una introducción a la ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA



Una introducción a la
ARQUEOLOGÍA
HISTÓRICA

Victoria Pedrotta y Vanesa N. Bagaloni

Una introducción a la ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA

*Perspectivas, métodos
y debates contemporáneos*

 VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

Fundación de Historia Natural Félix de Azara

Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas
Universidad Maimónides

Hidalgo 775 - 7° piso (1405BDB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Teléfonos: 011-4905-1100 (int. 1228)

E-mail: secretaria@fundacionazara.org.ar

Página web: www.fundacionazara.org.ar

Las opiniones vertidas en el presente libro son exclusiva responsabilidad de su autor y no reflejan opiniones institucionales de los editores o auspiciantes.

Reservados los derechos para todos los países. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este electrónico, químico, mecánico, electro-óptico, grabación, fotocopia, CD Rom, Internet o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de la editorial.

Primera Edición: 2026. Se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2026, en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

VAZQUEZ MAZZINI EDITORES

info@vmeditores.com.ar

www.vmeditores.com.ar

Pedrotta, Victoria

Una introducción a la Arqueología Histórica : perspectivas, métodos y debates contemporáneos / Victoria Pedrotta ; Vanesa N. Bagaloni. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8989-98-3

1. Arqueología. I. Bagaloni, Vanesa N. II. Título

CDD 930.1

Este libro contó con la evaluación externa de:

Dra. Alicia H. Tapia

Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires - Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Luján, Argentina.

Dr. Pedro Paulo A. Funari

Departamento de Historia, Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad Estatal de Campinas, Brasil.

*“La arqueología histórica es importante no solo
porque es un medio para estudiar el pasado,
sino porque tiene el potencial
de enseñarnos sobre nosotros mismos”*

Orser y Fagan

(1996:5)

Índice

Agradecimientos	9
Presentación	11
Prólogo	13
1. La arqueología histórica como campo disciplinar: definiciones, perspectivas y debates. Victoria Pedrotta.....	17
2. Origen y desarrollo de la arqueología histórica en Argentina. Victoria Pedrotta.....	57
3. El trabajo de campo y gabinete en arqueología histórica. Vanesa N. Bagaloni.....	105
4. De la conquista ecológica de América al Antropoceno. Victoria Pedrotta	147
5. Zooarqueología histórica. Vanesa N. Bagaloni y Juan R. Tormo Izaguirre.....	189
6. Introducción al análisis de materiales cerámicos. Vanesa N. Bagaloni y Verónica S. Martí	231
7. Introducción al análisis de materiales vítreos. Vanesa N. Bagaloni	273
8. Temas y líneas de investigación contemporáneas en la arqueología histórica argentina. Victoria Pedrotta.....	315

Autoría 367

Autoría de los Boxes..... 369

Lista de Boxes..... 375

Lista de Figuras..... 377

Lista de Tablas 381

Agradecimientos

Nuestro mayor agradecimiento a la Fundación de Historia Natural Félix de Azara, en especial al Dr. Adrián Giacchino, por apoyarnos en todos nuestros emprendimientos y confiar en este proyecto. En el mismo sentido, agradecemos a la Universidad Maimónides y a la editorial Vazquez Mazzini.

Asimismo, queremos agradecer a las autoridades y a los equipos de gestión de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de la Plata, que han apoyado la creación de la cátedra Arqueología Histórica y las actividades que realizamos desde la misma, entre ellas, este proyecto editorial. También agradecemos al personal de la biblioteca Florentino Ameghino por facilitarnos el acceso a la bibliografía necesaria para la elaboración de los capítulos del libro.

Va nuestro especial agradecimiento a los Dres. Pedro Paulo Funari y Alicia Tapia, quienes gentilmente y de manera entusiasta accedieron a llevar a cabo la evaluación de este libro, cuyas acertadas observaciones y sugerencias permitieron mejorarlo. Además, agradecemos al Proyecto Arqueológico Quilmes, Florencia Borsella, Martín Vázquez, María José Ots, Gonzalo García, Matías Hernández, Amalia Nuevo Delaunay y, nuevamente, a Alicia Tapia, quienes aportaron algunas de las imágenes que ilustran los distintos capítulos.

Queremos reconocer particularmente a los y las colegas que aceptaron formar parte del libro a través de contribuciones de síntesis sobre sus trabajos y áreas de especialización, que se condensaron como recuadros en los diferentes capítulos y que han contribuido a enriquecer significativamente la obra final. Agradecemos la colaboración del Grupo de Investigación de Arqueología Histórica del Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas de la Universidad Maimónides y la Fundación Azara. Sobre todo, agradecemos la paciencia y el apoyo de nuestras familias, amigos y amigas, en todas las instancias imbricadas en la elaboración de este libro.

Presentación

Actualmente la arqueología histórica constituye un campo consolidado y diverso en Argentina, que se caracteriza por la búsqueda y la construcción de conocimiento acerca de múltiples problemas de la historia reciente desde perspectivas plurales, en un amplio espectro temporal que va desde la primera fundación hispana en 1526 hasta sucesos ocurridos en las últimas décadas, como la Guerra de Malvinas en 1982.

Este libro es el resultado de un extenso camino en el que confluyen nuestras trayectorias individuales como investigadoras dedicadas a la arqueología histórica y el derrotero de esa especialidad en Argentina, particularmente dentro del ámbito universitario. Este libro nació a partir de un proyecto de manual de la cátedra Arqueología Histórica de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata, de la cual somos docentes, que fue concursado y aprobado. Se trata del primer libro de estas características en el país, que busca cubrir un área de enorme vacancia, tanto en la formación de grado y posgrado, como en los comienzos de la vida profesional de quienes deciden dedicarse a este campo disciplinar.

No podemos dejar de resaltar que hacer arqueología histórica no es simplemente extender el rango temporal de los proyectos o los estudios de caso, ni agregar las palabras “historia” o “histórico” en los títulos. Como esperamos mostrar a través de los diferentes capítulos, tras un vasto recorrido, la arqueología histórica es hoy una especialidad consolidada, heterogénea y compleja, con sus debates teóricos, sus modelos analíticos, sus metodologías y sus agendas de investigación. Parte de esta complejidad refiere a la formulación de preguntas cuyas respuestas requieren articular fuentes de información muy diversas -objetos y fragmentos de objetos de las más variadas materialidades, estructuras, monumentos, documentos, mapas, memorias, relatos orales y un largo etcétera-, las cuales demandan habilidades y saberes que son propios de

la arqueología histórica y diferentes de la arqueología prehispánica. Además, los problemas de investigación necesitan el conocimiento de y la interacción con un amplio abanico de disciplinas científicas -entre las que la historia ocupa un lugar central- que también hacen a la complejidad de la arqueología histórica, a la vez que le imprimen su sello interdisciplinar distintivo.

La cátedra Arqueología Histórica fue creada a fines de 2018 y comenzó a dictarse al año siguiente; desde entonces, es un ámbito de formación de grado y posgrado que recibe estudiantes de la Universidad Nacional de La Plata y de otras casas de estudio. Este libro refleja la estructura curricular y los contenidos principales de la asignatura, que necesariamente obedecieron a un recorte teórico, metodológico, didáctico y editorial. Cada capítulo, entonces, constituye un puntapié inicial y una puerta de entrada a una temática; no pretende ser exhaustivo más si introductorio a la misma. Sabemos que quedaron afuera varias cuestiones que nos hubiera gustado incluir, pero tenemos la certeza de haber hecho una selección federal, horizontal y representativa de los temas centrales que conforman -actualmente y en perspectiva histórica- el campo disciplinar.

Victoria y Vanesa

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 12 de septiembre de 2025

Prólogo

El lector tiene ante sí una obra que hace tiempo estaba haciendo falta para todos aquellos interesados en los aportes de la arqueología histórica al conocimiento del pasado. La necesidad de contar con un libro como el que aquí se brinda, que pone énfasis en la producción de conocimientos generados en diferentes momentos y espacios de Argentina, a la vez global e integral y con una acertada selección de contenidos, tiene variadas razones. En primer lugar, los estudios realizados desde este enfoque arqueológico han adquirido un notorio auge desde fines del siglo XX, a juzgar por el significativo incremento de las investigaciones realizadas tanto en el país como en el exterior. Por ello, resulta de sumo interés examinar y reflexionar sobre lo que se ha producido hasta la actualidad en este campo del quehacer científico; tanto sobre las diversas problemáticas arqueológicas investigadas como acerca de los modelos teóricos, las metodologías aplicadas para analizar materialidades específicas, y los nuevos saberes generados sobre nuestro pasado reciente, ya sea por arqueólogos argentinos o bien de otros países. En tal sentido esta obra reúne una exhaustiva y detallada información ordenada cronológica y espacialmente, que permite cumplir con aquel propósito de examinar y reflexionar sobre el estado de la cuestión alcanzada en este primer cuarto del siglo XXI.

En segundo lugar, como muy bien se expresa en las primeras páginas, en nuestro país esta disciplina abarca los acontecimientos sociohistóricos y sus correspondientes expresiones culturales y materiales, acaecidos desde el siglo XVI -cuando se producen los primeros contactos entre las poblaciones nativas y los europeos- hasta el siglo XX, ya sea en espacios rurales como urbanos. Bajo esta amplia temporalidad se han enmarcado los procesos que conformaron las sociedades propias de la modernidad, impactadas en escala global por las políticas de dominación colonial y la expansión industrial, bajo los desig-

nios del capitalismo en sus diferentes fases y los eventos históricos que se fueron sucediendo en escala regional y local.

En tal sentido, los estudios de arqueología histórica que se analizan en este libro demuestran las particularidades que presenta la disciplina, que a diferencia de las investigaciones arqueológicas de las sociedades prehispánicas, plantea interrogantes y construye respuestas integrando en las diferentes instancias del proceso de investigación los datos del registro arqueológico de tiempos posthispánicos con la información de los registros documentales, correspondientes al contexto sociohistórico en el que se insertan. Esta problemática metodológica, que resulta epistemológicamente central en la disciplina, se aborda y se discute en este libro con fundamentación sólida, a partir del debate conceptual planteado por diversos autores y por argumentos propios de una de las autoras. Por diversos motivos vinculados con la historia de las investigaciones arqueológicas en el país, que han priorizado los estudios prehispánicos (en especial de los momentos más antiguos) y subvalorado los casos de tiempos históricos más recientes, resulta muy loable que se establezcan las estrechas similitudes teóricas y metodológicas entre ambos enfoques arqueológicos así como también sus diferencias.

En tercer lugar, era necesario contar con una obra de estas características, para que pueda servir de consulta a diferentes lectores; ya sea para la formación de alumnos universitarios que cursan asignaturas de la especialidad o afines, como también de referencia para los investigadores sobre los diferentes casos de estudio que se presentan: no sólo de interés para arqueólogos sino también para otros especialistas de las ciencias sociales y de las ciencias naturales y exactas, con quienes se integra equipos de investigación o se participa en trabajos colaborativos interdisciplinarios. Entre otros lectores potenciales de este libro cabe incluir a aquellos que buscan realizar lecturas sobre arqueología por la intriga que les genera el conocimiento del pasado (más aún cuando es el propio), o bien por gusto o curiosidad. En estos casos se verán estimulados a efectuar la lectura y seguramente encontrarán variadas respuestas a sus búsquedas e inquietudes sobre el quehacer de los arqueólogos que indagan momentos del pasado reciente.

Las autoras Victoria Pedrotta y Vanesa Bagaloni son dos arqueólogas argentinas reconocidas por su amplia trayectoria de investigación, así como por la dedicación docente de ambas para la formación universitaria de recursos humanos en arqueología histórica. En este trabajo conjunto han logrado realizar una valiosa selección e integración de contenidos, fruto de sus amplios conocimientos y experiencias en actividades de campo y gabinete. El libro ha sido concebido por las autoras como una Introducción, y está organizado ade-

cuadramente en ocho capítulos que compendian diferentes aspectos significativos de la especialidad. El uso de los boxes para ejemplificar casos de estudios que aportan otros investigadores, convocados para efectuar sus aportes en aras de la diversidad y la síntesis, resulta muy enriquecedor y eficazmente didáctico.

Brevemente, para no reiterar los contenidos que se expresan con claridad al inicio de cada capítulo, se resumen los principales aspectos que estos incluyen. En el capítulo uno se analizan las discrepancias y consensos planteados en torno a cómo se ha ido conformando el campo de la arqueología histórica, en diferentes países americanos y en particular en alguno de ellos. Se consideran las principales discusiones teóricas y metodológicas que permiten explicar el estado de la cuestión alcanzado en la actualidad. En el segundo capítulo se examinan, de manera exhaustiva y ordenada, los antecedentes de las investigaciones realizadas bajo esta perspectiva de estudio en Argentina, incluyendo desde los estudios pioneros hasta las investigaciones más recientes. Cabe destacar la notable exégesis bibliográfica e integración de datos temáticos que realiza la autora y que pueden resultar de mucha utilidad con diferentes fines para los lectores. El capítulo tres incluye el análisis de los diferentes tipos de registros que se utilizan para la construcción de los datos, los diversos procedimientos metodológicos y técnicos y los abordajes interdisciplinarios que utilizan los arqueólogos en sus actividades de campo y gabinete. Los boxes que se han incorporado como ejemplo, complementan de manera efectiva las cuestiones explicitadas en el texto.

Por otra parte, en el capítulo cuatro se abordan los debates en torno del impacto ecológico y ambiental producido por la conquista y colonización hispánica en los diferentes ambientes americanos, así como sus consecuencias en la salud y demografía de las poblaciones nativas. El sólido y fundamentado tratamiento histórico y antropológico puede resultar de mucho interés, ya sea para comprender la rapidez con se produjeron los profundos cambios en la demografía de las sociedades americanas, como para contextualizar los estudios bioarqueológicos que se desarrollan centrados en la identificación de enfermedades, patologías y cambios en las dietas de los grupos indígenas, tanto del pasado como del presente. Los capítulos cinco, seis y siete reúnen los procedimientos metodológicos habituales que se aplican en el análisis de los materiales arqueológicos, propios de los tiempos posthispánicos: restos faunísticos, variados tipos de cerámicas y recipientes de vidrios.

Finalmente, en el capítulo ocho se desarrolla una muy completa puesta al día de las diferentes tendencias de investigación que se llevan a cabo en los últimos 25 años en el país. La diversidad de problemáticas que refieren está organizada según criterios de índole cronológica, espacial o bien por contextos

históricos específicos (reducciones, campos de batalla, sitios de frontera, asentamientos urbanos o rurales, sitios mineros y establecimientos industriales, entre otros). Los resultados obtenidos hasta el presente en las diferentes líneas de estudio, dan cuenta de los relevantes aportes de conocimiento que sobre nuestro pasado se realizan desde la arqueología histórica.

Al reflexionar sobre tales saberes, las actividades de gestión de los bienes patrimoniales que implican y la inserción social que las investigaciones arqueológicas tienen en las comunidades actuales, no resulta aventurado relacionar el incremento sostenido de estos estudios con su utilidad para afianzar la conformación de las identidades locales y regionales en un mundo globalizado. En tal sentido, es esperable que la lectura comprensiva y la circulación por diferentes redes comunicacionales de los contenidos examinados en este libro, contribuyan al cumplimiento de tales propósitos y promuevan una conexión estrecha entre los sucesos del pasado, la memoria colectiva y la propia historia.

Alicia Haydée Tapia

Instituto de Arqueología, FFyL- UBA
Departamento de Ciencias Sociales- UNLu
Buenos Aires, Septiembre de 2025

Capítulo 1

La arqueología histórica como campo disciplinar: definiciones, perspectivas y debates

Victoria Pedrotta

Cualquiera sea la forma en que se defina el campo de estudio ampliamente conocido como **arqueología histórica**, está claro que una de sus características principales es el hecho de ocuparse de procesos y/o contextos históricos acerca de los cuales existen registros escritos. Desde una perspectiva global, las etapas temporales o períodos con los que trata la arqueología histórica son tan variables como lo han sido los procesos de desarrollo e incorporación de la escritura por las distintas sociedades a lo largo de la historia de la humanidad. Este aspecto es especialmente marcado en la tradición académica europea, donde el estudio del pasado suele estar estructurado a partir de una sucesión de especializaciones que reflejan las dinámicas históricas de cada región e incorporan en su base empírica un amplio abanico de fuentes de información, que se van acrecentando con el tiempo. En contraposición, en América la escritura alfabética está vinculada predominantemente a la llegada de los conquistadores europeos a fines del siglo XV, momento que marcó una ruptura

con la trayectoria histórica de las distintas sociedades que habitaban el continente e introdujo, de forma casi simultánea, la existencia de diversos *corpus* de fuentes documentales para su estudio¹. Este contraste entre la historia europea y la americana marcó caminos diferentes en el derrotero epistemológico, histórico y teórico de las disciplinas que tienen como objeto el estudio del pasado, entre las que se encuentra la arqueología.

La definición del campo de la arqueología histórica también debe entenderse en el marco del contraste antedicho, ya que en la mayoría de los países europeos no conforma un área como tal o un campo distintivo de la disciplina arqueológica, mientras que en América sí logró consolidarse como una especialización de la arqueología con identidad propia, que ha tenido, además, un enorme crecimiento en las últimas décadas. De este modo, casos de estudio que en Argentina se incluyen en la arqueología histórica como, por ejemplo, un ingenio azucarero tucumano del siglo XIX, en Gran Bretaña y otros países europeos se considera sólo dentro de la arqueología industrial. Por ello es necesario abordar la definición y el objeto de la arqueología histórica en contextos geográfica e históricamente situados. Además, la formación del campo disciplinar en el marco de diferentes tradiciones académicas incide en cuestiones metodológicas, tales como el modo en que debería articularse en la investigación la información procedente de las fuentes escritas (uno de los temas de más discutidos), a las que subyacen posiciones teóricas y epistemológicas contrastantes en torno a la naturaleza de la relación entre la arqueología y la historia. Una rápida revisión de las principales corrientes teóricas y los debates centrales que ocuparon la agenda de la arqueología histórica permite discernir cuáles son los aspectos que suscitan las posiciones más polémicas, reflexionar acerca de su potencial y/o sus limitaciones epistemológicas y advertir el impacto que han tenido en ella tanto desarrollos teóricos propios de la arqueología como corrientes de pensamiento más amplias entre las humanidades y las ciencias sociales.

En este capítulo se esboza un panorama somero sobre los distintos posicionamientos teóricos que se plantearon en torno a la arqueología histórica en Estados Unidos especialmente en las décadas de 1960-1970 y en Argentina en la década de 1990, sumando algunos autores europeos que han debatido cuestiones epistemológicas clave sobre la configuración disciplinar. Uno de esos temas refiere al perfil distintivo que caracteriza a la arqueología histórica, cuyo

¹ Cabe aclarar que cuando comenzó la conquista española la civilización maya había desarrollado un complejo sistema de escritura denominado logosilábico, formado a partir de la combinación de elementos pictóricos (jeroglíficos), conceptos abstractos (ideogramas) y sonidos silábicos (silabogramas).

aspecto más debatido es el modo de articulación entre la información procedente de las fuentes documentales (escritas, cartográficas, iconográficas, etc.) y la obtenida mediante el estudio de restos materiales. En este sentido, si bien la mayoría de los autores reconocen la importancia que reviste la utilización de aquellas, hay divergencias en cuanto al papel que se les asigna en la interpretación y explicación de los procesos sociales y culturales del pasado. Las diferentes posturas sobre este punto determinan la óptica desde la cual debería ser analizada la información procedente registros históricos, etnohistóricos y etnográficos, tanto como la forma en que ésta debería ser articulada con el registro arqueológico. La sección final se ocupa de la propuesta de definir la arqueología histórica como la arqueología del mundo moderno o del capitalismo, que ha sido ampliamente utilizada en las últimas dos décadas, aunque no se halla exenta de críticas vinculadas al eurocentrismo que supone su lugar de enunciación, así como al excesivo foco puesto en los aspectos económicos, que conllevan sus propios sesgos y limitaciones.

Norteamérica: entre la antropología y la historia

La arqueología histórica en Estados Unidos y Canadá reconoce como antecedentes estudios pioneros que se remontan a mediados del siglo XIX, vinculados a sitios asociados a personajes y/o eventos de gran importancia histórica. En la década de 1930, ambos países dictaron normas tendientes a la preservación de edificios, sitios y objetos de significación para la historia nacional: el Acta de Parques Nacionales de Canadá (1930) y el Acta de Sitios Históricos de Estados Unidos (1935), a la vez que llevaron adelante políticas públicas para su investigación, preservación y puesta en valor (Deagan, 1982). Entre los casos emblemáticos que fueron estudiados en este contexto, se encuentra Jamestown, en Virginia, el primer asentamiento británico permanente en el actual territorio norteamericano que había sido fundado en 1607, y la casa que tuvo Abraham Lincoln en la ciudad de Springfield, en Illinois (Orser y Fagan, 1995). En líneas generales, los hallazgos arqueológicos ayudaron a interpretar la historia y la vida cotidiana en esos sitios, así como aportaron elementos para reconstruir algunas estructuras arquitectónicas, usualmente en el marco de narrativas acerca del pasado de corte elitista y nacionalista.

En 1950, el arqueólogo Jean Carl Harrington, quien hizo excavaciones en Jamestown y otros sitios relevantes del proceso de colonización europea, definió la arqueología histórica como una “ciencia auxiliar de la historia americana”, señalando que constituía una “herramienta histórica” que debía ser desarrollada y utilizada por quienes hacían historia (Orser y Fagan, 1995:30).

Esta noción de arqueología histórica, como un tipo de arqueología que puede proveer información tangible y única para estudiar la historia, fue la visión predominante en la academia norteamericana en la primera mitad del siglo XX. La asociación de la arqueología histórica a la historia tenía como contraparte la percepción de la arqueología “prehistórica” como un tipo especial de antropología que se ocupaba de la reconstrucción de las historias culturales de los pueblos indígenas sin escritura, mediante la identificación de “culturas arqueológicas” que eran descritas en base a ciertos tipos y/o asociaciones de tipos de artefactos. En contraposición, las sociedades estudiadas por la arqueología histórica no requerían la construcción de cronologías culturales, ya que se asumió que sus historias se conocían mediante las fuentes documentales (Orser y Fagan, 1995:30). En esos casos, a través de la arqueología podían precisarse cuestiones que no aparecían en las fuentes escritas o acerca de las cuales había divergencias, se podían materializar las estructuras y edificaciones mencionadas en la documentación y también era posible recuperar objetos para futuras reconstrucciones y exhibiciones. Usualmente, se trataba de sitios de gran relevancia histórica que fueron foco de proyectos de puesta en valor patrimonial, restauración edilicia y turismo, objetivos a los que estaba subordinado el trabajo arqueológico.

Según Deagan (1982) y Orser y Fagan (1995), esta forma de hacer arqueología histórica, esencialmente como una actividad que complementa la indagación histórica, se mantuvo hasta entrada la década de 1960, cuando comenzó el replanteo teórico de la corriente ampliamente conocida como nueva arqueología. Dicha corriente proponía alejarse de la reconstrucción de “culturas arqueológicas” entendidas como conjuntos estáticos de artefactos, buscaba entender antropológicamente a las culturas del pasado, sus formas dinámicas de adaptarse al ambiente, diversos aspectos de la vida cotidiana, así como los procesos de cambio cultural (Binford, 1962). Sus propuestas impactaron en la arqueología histórica, que por las décadas de 1960 y 1970 estaba siendo objeto de acalorados debates que marcaron su conformación como campo específico de la disciplina arqueológica y su llamada **crisis de identidad**, a la vez que se formalizaron ámbitos académicos propios como *The Conference on Historic Sites Archaeology* y la *Society for Historical Archaeology*², que fueron fundadas en 1960 y 1967, respectivamente. Los protagonistas de los debates fueron arqueólogos estadounidenses, Lewis Binford incluido, y en menor medida, británicos y canadienses. Los temas centrales de discusión, planteados en términos dicotómicos e irreconciliables, giraron en torno a 1) la filiación disciplinar de

2 <https://sha.org>, último acceso 30 de abril 2025.

la arqueología histórica: ¿con la historia o la antropología?; 2) su objeto de estudio central: ¿era la historia o la cultura? y 3) las fuentes escritas: ¿debían tratarse como documentos históricos o como artefactos producidos por las sociedades humanas?

Una de las posturas teóricas en ese debate estaba estrechamente vinculada a la nueva arqueología (entonces en plena ebullición) y se presentaba entonces como la **orientación antropológica**. Stanley South, referente de la arqueología histórica estadounidense y compañero de estudios de Binford en la Universidad de Carolina del Norte en la década de 1950, fue un férreo defensor de esta orientación. South llevó a cabo trabajos arqueológicos en numerosos sitios de Carolina del Norte y Carolina del Sur, especialmente poblados y fortificaciones coloniales. Este investigador propuso considerar dentro del campo de la arqueología histórica “aquellos estudios que utilizan tanto datos arqueológicos como históricos” recalcando que la denominación “refiere a los datos de base, no a un tipo de arqueología diferente de las demás” (South, 1977:1-2). En la misma línea se halla la definición del propio Binford (1977:13), para quien se trataba de investigaciones que disponían de información “no arqueológica” sobre el pasado, además de los restos materiales que eran los “propriadamente arqueológicos”. El rol secundario que ambos le asignaban a la información de las fuentes documentales, que podía ser incorporada como cualquier otra información relevante a la investigación, era coherente con el fuerte sesgo anti-histórico que tuvo la nueva arqueología en sus inicios (Earle y Preucel, 1987; Knapp 1992; Patterson, 1990; Trigger, 1989, 1992).

Binford y South sostenían que la arqueología histórica debía contribuir a la construcción de una única ciencia arqueológica antropológica de la evolución cultural, cuyo objetivo último era la formulación de leyes sobre los procesos sociales y culturales del pasado. Mediante la aplicación del método hipotético-deductivo, proponían que la búsqueda de regularidades y la detección de patrones en el registro arqueológico eran la herramienta central para formular enunciados sobre la dinámica de los sistemas socioculturales (South, 1977:16; 1978:223). Según South,

The historical archeologist has an increasingly expanding responsibility to inquire beyond the mere validation of an historic site through correlation with documentary evidence; beyond merely listing the presence or absence of artifact types for establishing the temporal position of the site; beyond the revealing of architectural features for the purpose of reconstruction and restoration; beyond exposing ruins for the entertainment of the visiting public to historic sites; and beyond the process of recovery and preservation of relics from the past hoarded

into repositories and museums: His view must be as broad as the questions being asked by archeologists, sociologists, anthropologists, ecologists, biologists, archaeo-parasitologists and other scientists who are increasingly turning to historical archeology to reflect some light on their special problems and spheres of interest (South, 1974).

También formó parte del debate el nombre que debía darse al campo de estudio, que había sido llamado de distintas maneras: *historic archaeology*, *historical archaeology*, *historic sites archaeology*, *colonial archaeology*, *postmedieval archaeology* y *documentary archaeology*. Robert Schuyler publicó en 1970 un análisis sobre el origen y las implicancias de esas denominaciones, destacando la definición de arqueología histórica como el estudio de los restos materiales de cualquier período histórico, a la vez que “período histórico” refiere a la existencia de un registro documental sobre las culturas bajo estudio y al impacto de la escritura en dichas culturas tanto como en el proceso de investigación. Desde esta óptica, los sitios “históricos” surgieron como consecuencia de procesos históricos de origen europeo que incluyen al capitalismo mercantil, las monarquías nacionales, innovaciones tecnológicas y su impacto fuera de Europa; por ende, los sitios indígenas “históricos” se convierten en tales cuando se hacen evidentes los cambios ecológicos y culturales como consecuencia del contacto europeo. La propuesta del autor consiste en ubicar la “arqueología de sitios históricos” como un subcampo de la arqueología histórica, de modo tal que esta última se ocupa de un objeto de estudio diverso, cuya unicidad es técnica y proviene de la metodología más que del foco de investigación, mientras que la primera aborda un objeto histórico más específico que tiene límites espaciales, temporales y culturales (Figura 1.1).

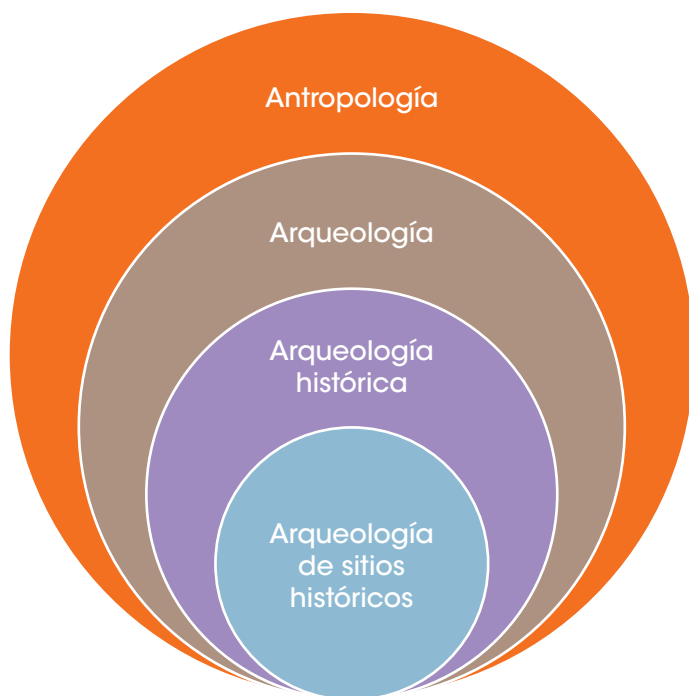
Esta propuesta tuvo una aceptación restringida y se impuso finalmente el término de carácter más amplio e inclusivo de **arqueología histórica**, que fue oficializado al constituirse formalmente la mencionada *Society for Historical Archaeology* y se popularizó con la publicación del libro homónimo de Ivor Noël Hume en 1969. Sin embargo, debe destacarse la definición de Schuyler (1970:84) de arqueología histórica como “el estudio de la manifestación material de la expansión de la cultura europea sobre el mundo no europeo iniciada en el siglo XV y que termina con la industrialización o el presente, dependiendo de las condiciones locales” que, décadas después, fue retomada por otros enfoques posicionados en la arqueología del capitalismo o la arqueología del mundo moderno (ver más adelante).

Schuyler y otros arqueólogos sugerían, además, que la arqueología histórica podía funcionar como una suerte de laboratorio metodológico para testear

1. La arqueología histórica como campo disciplinar

principios interpretativos generales sobre las relaciones entre los patrones materiales y el comportamiento humano. Al respecto, consideraban que la disponibilidad de información escrita hace posible la evaluación de herramientas analíticas en condiciones controladas, a partir de las cuales se podían formular conceptos y modelos para ser aplicados en arqueología prehistórica (Clarke, 1973; Schuyler, 1970; South, 1977)³. Acorde esta perspectiva, la arqueología histórica tenía un lugar único y privilegiado desde el cual podría contribuir a la construcción de teoría arqueológica general (Binford, 1977:13).

Figura 1.1 Situación disciplinar de la “arqueología de momentos históricos” según Robert Schuyler.



Fuente: elaboración propia a partir de Schuyler (1970)

3 El conocido *Garbage Project*, centrado en el estudio de la basura de viviendas familiares en Tucson y dirigido por William Rathje desde la Universidad de Arizona, se planteó en sus inicios como una suerte de laboratorio en el que se podrían testear métodos y teorías usados en la prehistoria en una sociedad contemporánea (Rathje, 1977:37).

Uno de los aspectos más cuestionados de la orientación antropológica fue su invocación a construir la arqueología histórica como disciplina antropológica o histórica, como alternativas excluyentes, opuestas y dicotómicas (Deagan, 1982; Deetz, 1988; Ferguson, 1977; South, 1977). Como señaló el arqueólogo canadiense Bruce Trigger (1989:22), la arqueología “prehistórica” contemporánea estaba “claramente separada de la historia americana, que registraba la crónica de la ocupación europea del continente”, de modo tal que los pueblos nativos constituyeron el objeto de estudio de la antropología, ocupándose la antropología cultural de las sociedades indígenas contemporáneas y la arqueología antropológica de su pasado. Este perfil disciplinar, que predominaba entonces en la academia norteamericana, estaba sustentado en una herencia ideológica colonialista que asignaba a la historia el estudio privativo del desarrollo y la expansión de la civilización occidental europea y a la antropología el estudio de los indígenas, los cuales eran vistos como sociedades estáticas y, esencialmente, ahistóricas (Lightfoot, 1995; Trigger, 1989, 1992; entre otros). El hecho que en la reunión anual de la *Society for Historical Archaeology* en 1987 todavía se continuase debatiendo dicho perfil disciplinar en términos de la dicotomía antropología o historia (Orser y Fagan, 1995:37), muestra el fuerte lazo entre antropología / arqueología / sociedades indígenas, que aún persistía en ese ámbito académico, así como la huella profunda que imprimió en la conformación de la arqueología histórica. Simultáneamente, detrás de esa falsa dicotomía se desconocían las bases y trayectorias teóricas, tanto de la historia como de la antropología (Johnson, 2010; Orser y Fagan, 1995; Walker, 1972).

Un último punto para mencionar es que desde la orientación antropológica se asumía que el testeo de hipótesis y la búsqueda de regularidades o patrones garantizaba el carácter “científico” de la antropología -y, por consiguiente, de la arqueología antropológica- mientras que se negaba ese carácter a la perspectiva que despectivamente se denominaba “historicista” y se asociaba a corrientes consideradas particularistas e ideográficas (Binford, 1962, 1977; Cleland y Fitting, 1968; Fitting, 1977; South, 1977). Según South (1977:8-9), las investigaciones efectuadas con una orientación historicista sólo abordaban de forma intensiva estudios de caso individuales, no buscaban leyes generales ni aplicaban el método hipotético-deductivo, lo que les confería un carácter subjetivo y las enmarcaba en posicionamientos “antiantropológicos” y “anticientíficos”. Por su parte, Binford hizo un llamado para que los antropólogos “*smugly displaying their scorn of historians must stop working as historians and start working as scientists to meet the need for valid general propositions*” (citado en Walker, 1972:165).

Ivor Noël Hume e Iain Walker fueron referentes importantes de la **orientación histórica** y los protagonistas más activos de los debates que se sucedieron en aquella época. No es un dato menor el hecho de tratarse de dos profesionales que, a diferencia de la mayor parte de los arqueólogos norteamericanos que estudiaban en departamentos de antropología, se habían formado y habían desarrollado las primeras etapas de sus carreras en Gran Bretaña y Escocia, respectivamente. Noël Hume definió la arqueología como el estudio de los restos materiales del pasado remoto y reciente, en relación con la historia documental y con la estratigrafía del depósito en donde se encuentran, recalcando que “en su aplicación, la arqueología es sirviente de la historia, y si los historiadores declinan aceptar, creer o usar lo que nosotros descubrimos, entonces habremos estado perdido nuestro tiempo” (Noël Hume, 1973:9). Esta frase originó una polémica que tiene ecos hasta hoy; en especial, las palabras “sirviente de la historia” (*servant to History*, en inglés), que escandalizaron a los defensores de la orientación antropológica, ya que no concebían que arqueología tuviera un rol subordinado a la historia, aunque tampoco podían ubicar de forma coherente a la arqueología histórica dentro de una ciencia antropológica cuya rai-gambre era fuertemente ahistórica. Walker (1972:168) colocó esta cuestión en términos muy claros, afirmando el simple hecho que **la arqueología histórica por definición se basa en la interpretación histórica para la explicación**. Clyde Dollar puso la cuestión en otras palabras, afirmando que “el nombre del juego es Historia, y si no lo has estado jugando acorde a sus reglas, entonces lo has estado jugando en vano” (citado en Walker, 1972:168).

Desde esta perspectiva, la agenda de trabajo de la arqueología histórica debía estar orientada hacia los requerimientos de la historia, siendo ésta el eje de investigaciones en las cuales la arqueología “llenaba los huecos” que tenían las fuentes, complementando el registro documental sobre el pasado e ilustrando, por ejemplo, aspectos de la cultura material o la arquitectura acerca de los cuales no había información escrita directa. Noël Hume (1973:8) destacaba que era necesario que los arqueólogos se entrenaran en la integración de la evidencia artefactual y documental y que tuvieran una formación en teoría y metodología de la historia, sin que ello llevara a renunciar a la perspectiva antropológica. También marcaba que raramente un artefacto es más elocuente que las palabras de quien lo creó o lo usó y advertía que, con frecuencia, la ignorancia acerca de los artefactos y los documentos se enmascaraba detrás de jergas “cripto-académicas” antropológicas, sociológicas o metodológicas (Noël Hume, [1969] 1975:1).

Ciertamente, los investigadores asociados a la orientación histórica (como Dollar, Noël Hume y Walker) planteaban una serie de recaudos con respecto a

la enunciación de proposiciones generales a partir de casos específicos, ya que advertían que ello era efectuado de forma mecánica e irreflexiva por quienes adherían a la orientación antropológica, con un escaso conocimiento de las investigaciones que se desarrollaban en el campo académico de la historia y sin tener en cuenta el grado de complejidad que requieren las explicaciones históricas. Walker (1967, 1972) fue uno de los principales críticos a las generalizaciones excesivas, enunciadas en su mayoría a partir de una reducida cantidad de casos empíricos, a la vez que defendía el tipo de explicaciones, mucho más concretas y precisas, que puede proveer la historia. En esos años se criticaron fuertemente propuestas hechas por arqueólogos históricos “antropológicos”, como los métodos de datación para contextos arqueológicos en base a los materiales cerámicos -*Mean Ceramic Dating*- elaborada por South (1977) y para las pipas de caolín -*Pipe Stem Dating*- formulado por Binford ([1962] 2016). Ambos métodos constituyen generalizaciones hechas a partir de la detección de regularidades y/o patrones en muestras acotadas de restos arqueológicos procedentes de uno o unos pocos sitios, empleando métodos estadísticos para elaborar modelos predictivos que pueden ser extrapolados a otros contextos. Asimismo, algunas estrategias de investigación y métodos analíticos empleados frecuentemente en la arqueología prehispánica, como la seriación, se consideraban de poca utilidad para la arqueología histórica (Beaudry, 1988:1; Deagan, 1982:156), mientras que se ponía énfasis en aspectos descriptivos, clasificatorios y cronológicos, ya que era allí donde las fuentes escritas proveían información esencial para la identificación de los restos materiales (Walker, 1972:166).

Saltando la grieta: historia o antropología

Merece mencionarse un conjunto minoritario de enfoques que se desarrollaron durante la década de 1970, que eran innovadores y superadores en comparación con el estrecho debate teórico que dominaba entonces la arqueología histórica norteamericana y que fueron incluidos, alternativamente, dentro de la orientación humanista (South, 1977), estructuralista (Ferguson, 1977), simbólico-estructuralista (Little y Shaker, 1996) y científico humanista (Orser y Fagan, 1995). Los autores vinculados a estos enfoques, como Henry Glassie, James Deetz y Mark Leone, consideraban, en líneas generales, que los restos materiales contenían información que había sido codificada en función de normas culturales y que éstas eran potencialmente asequibles a partir del **análisis sintáctico y estructural**. La cultura material era definida como *“that segment of man’s physical environment which is purportedly shaped by him according to*

culturally dictated plans” (Deetz, 1977a:10) de modo que, tanto los artefactos que poseían algún tipo de inscripción como los que no estaban escritos, representaban la concreción y materialización, en gran medida inconsciente, de una dinámica mental (Glassie, 1977:27). Desde esta óptica, el **estudio de la cultura material** -tanto escrita como no- era la vía de acceso a los patrones que en el pasado estructuraron las relaciones entre el comportamiento y la producción material, en tanto la dimensión semiótica de los restos materiales posibilitaba acceder a las estructuras que expresaran las configuraciones mentales.

Según Glassie (1977:27) era más provechoso *“to read an artifact first as the end product of a mental process of design, as a projection of thought rather than as an element in performance, as an expression of cognitive pattern rather than a reflection of behavioral pattern”*. Este investigador realizó el análisis estructural de la arquitectura vernácula de una región del estado de Virginia, buscando identificar la gramática subyacente a esa arquitectura en base a la cual tomaron las decisiones de diseño y construcción de las casas, que se volvió una obra de referencia dentro de esta perspectiva (Glassie, 1975). Asimismo, James Deetz efectuó el estudio integral de un variado conjunto de materialidades y prácticas en los primeros asentamientos de colonos ingleses -entre otros, diseño de viviendas, decoración de lápidas, elaboración de cerámica, tipos de cortes cárnicos-, identificando cambios intencionales e interconectados a lo largo del siglo XVIII y comienzos del XIX, que denotaban un creciente interés por la privacidad, la racionalidad, la fragmentación, el individualismo y la búsqueda de control sobre el mundo. Dichos cambios se vincularon a un nuevo orden social asociado, a su vez, a la mentalidad “Georgiana”⁴, constituida por reglas estructurales ocultas y profundas que organizaban la cultura y podían ser estudiados a partir de ésta (Deetz, 1977b). Su marco analítico combinaba una perspectiva estructuralista clásica con una sólida base de conocimiento histórico, logrando articular una propuesta novedosa que, además, tuvo impacto fuera del mundo académico. Deetz (1977b:5) también definió en esos años a la arqueología histórica como “la arqueología de la expansión de la cultura europea a través del mundo iniciada desde el siglo XV y su impacto sobre los pueblos indígenas”, anticipando perspectivas globalistas que se generalizaron más tarde en el ámbito norteamericano, durante las décadas de 1990 y 2000 (Orser, 2010).

Mark Leone fue una figura fundamental de este conjunto de enfoques que tuvo, además, una enorme influencia en el desarrollo de la arqueología en varios países latinoamericanos durante el nuevo milenio (Salerno et al., 2021).

4 Cosmovisión de la población inglesa asociada a los reinados de Jorge I a Jorge IV, entre 1714 y 1820.

Inspirado por el pensamiento estructuralista de Claude Lévi-Strauss, el materialismo histórico y la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, Leone analizó la traza urbana de poblados mormones y su arquitectura religiosa (Leone, 1972, 1977a), que fueron seguidos por el proyecto a gran escala de Annapolis, en Maryland, al que se dedicó desde 1981. En ese marco, este autor realizó trabajos que pasaron a ser obras de referencia, como el estudio del jardín de la finca del rico abogado esclavista William Paca, entre muchos otros (Leone, 1988)⁵. Su interés central radica en comprender la relación entre el capitalismo, la cultura material y los comportamientos, articulando un marco analítico que considera los tiempos y ritmos de expansión del sistema capitalista, las particularidades de las realidades locales, las dinámicas materiales y simbólicas de producción y reproducción social, la génesis histórica de la asimetría en las relaciones de poder y de clase, junto al rol de ideología y otros aspectos superestructurales. Además de la introducción de esos temas, que pasaron a ser nodales en la agenda de investigación arqueológica nacional e internacional, ya en sus primeros trabajos Leone marcó su posición acerca del novel campo disciplinar. Retomando el modelo marxista sobre la relación dialéctica entre los componentes de una sociedad y el concepto extendido de producción, argumentó que la cultura material se podía usar “junto con los datos escritos y verbales para analizar la producción de una sociedad en su sentido más completo” (1977b:XIX). Además, destacó el potencial de la arqueología histórica a partir del manejo fructífero que podía hacer de la relación entre los registros materiales y documentales, dado su acceso simultáneo a ambas esferas del comportamiento social, planteando que éstos conformaban *corpus* complementarios que debían considerarse con un estatus epistemológico independiente (Leone, 1988:33).

En suma, desde este conjunto heterogéneo de propuestas se buscaba la identificación de las estructuras básicas subyacentes a través de la detección de los principios o patrones culturales generales que modelan el mundo material, así como la comprensión de los cambios en los sistemas cognitivos a través del tiempo (Deetz, 1977a, 1977b; Glassie, 1975, 1977; Leone, 1977a, 1977b, 1988; entre otros). Para ello, es necesario el estudio conjunto de diversas fuentes de información: documentales, materiales y tradiciones orales. A su vez, no se consideraban incompatibles ni excluyentes los enfoques particularistas –tenientes a ampliar el conocimiento de un determinado grupo o lugar en el pa-

5 Las principales contribuciones de Leone fueron traducidas y publicadas en un número especial de la revista *Vestigios*: <https://periodicos.ufmg.br/index.php/vestigios/issue/view/1716>, último acceso 30 de abril 2025.

sado- y los enfoques generales –cuyo objetivo era desarrollar teorías sobre el pensamiento y la acción social a lo largo del tiempo- (Glassie, 1977:29).

En la década de 1980 se incorporó una generación más joven, que incluía arqueólogas como Kathleen Deagan (1982) y Mary Beaudry (1988), quienes enfocaron la discusión en torno a la definición del campo disciplinar desde posicionamientos epistemológicos menos rígidos que los procesuales y ampliaron la búsqueda de alternativas teóricas que superaran la contradictoria posición antihistórica de aquellos que defendían una arqueología histórica que se autopercibía antropológica y científica. Posteriormente, se sumó el heterogéneo abanico de corrientes teóricas englobadas bajo el paraguas del post-procesualismo, que indudablemente amplificó los lazos de la arqueología con otras disciplinas más allá de la antropología y enriqueció los debates en el campo de la arqueología histórica (Funari et al., 1999; Little y Shaker, 1996; Orser, 1996, 2010).

La continuidad histórica y epistemológica europea

En contraste con Estados Unidos y muchos países americanos, la arqueología histórica en Europa consiste en un **mosaico de tradiciones diferentes y parcialmente superpuestas**, cada una con su carácter y trayectoria distintivos, que reflejan el modo en que se dio el proceso de profesionalización de la arqueología en las diferentes regiones a lo largo del tiempo, tal como afirma el arqueólogo sueco Anders Andrén (1998). Estas tradiciones tienen en común su origen europeo, la existencia de una extensa prehistoria y de un horizonte histórico documentado de varios milenios, así como su estrecha relación con la construcción de las identidades nacionales en varios países europeos (Champion et al., 1988; Johnson, 2010; Lozny, 2014; Trigger, 1992). Las formas de nombrar a las especialidades de la arqueología en Europa refieren al estudio de distintos procesos o períodos del desarrollo histórico; por ejemplo: arqueología clásica, bíblica, medieval, otomana, post-medieval, industrial u otras variantes.

Para comprender este contraste, es pertinente recordar que la arqueología europea hunde sus raíces intelectuales en las humanidades y que se desarrolló, según cada lugar y tiempo específicos, a partir de una fuerte interacción con la historia antigua, la geografía, la historia del arte y las lenguas clásicas (Courtney, 2007; Hodder, 1991; Johnson, 2010; entre otros). La necesidad de ordenar sistemáticamente las evidencias sobre el pasado europeo y de trazar los procesos de etnogénesis de las distintas sociedades jugó un papel muy importante en el desarrollo de la arqueología, imprimiéndole su carácter de **disciplina**

esencialmente histórica. La arqueóloga eslovena Caterina Predovnik expresa claramente este carácter:

In the European tradition, archaeology is conceived of as a historical discipline that produces narratives about the past based on the material evidence it investigates. This presupposes a historical understanding of the past focused on historical interpretation, rather than on causal explanations of the observed phenomena. Historical interpretation is hermeneutic in nature and historical understanding takes the form of a narrative within which the observed historical actors, events and processes are contextualized (Predovnik, 2023:92).

La noción de **continuidad entre la prehistoria y la historia** que define a la arqueología europea, además de vincularse con la propia historia intelectual y profesional de la arqueología, se asocia también con la imposibilidad de trazar una separación neta entre las sociedades con y sin escritura o de identificar esa tecnología con un momento puntual, ya que el proceso de surgimiento, desarrollo y/o incorporación de la escritura se caracterizó por un enorme dinamismo y ocurrió mediante múltiples ritmos y trayectorias en diferentes sociedades, períodos y lugares en Europa y en otras regiones del mundo (Andrén, 1998; Funari, 1999; Johnson, 2010; Trigger, 1992). Aquí se evidencia otro contraste con el ámbito académico americano, a la vez que se entiende por qué resulta poco significativa la existencia o no de escritura como elemento para demarcar temporalmente el objeto de estudio de la arqueología histórica, no solamente desde el punto de vista teórico y epistemológico, sino también en un sentido netamente práctico (Lozny, 2014; Mehler, 2020). En este último aspecto, cabe notar, por ejemplo, que los imperios romano y otomano no se expandieron territorialmente sobre toda Europa y, por lo tanto, no en todos los países actuales del continente europeo es posible estudiar la arqueología romana o la arqueología otomana. Algo similar ocurre con la industrialización, que es el elemento demarcador de un campo de estudio fundamental para la arqueología de Gran Bretaña desde mediados del siglo XVIII (ver Tabla 1.1), pero que no es relevante en otros países, donde fue un proceso histórico más tardío o tuvo un impacto mucho menor (Hicks, 2008).

En comparación con los fuertes debates que acompañaron el surgimiento de la arqueología histórica en Norteamérica, poniendo en cuestión su definición, objeto de estudio y metodología, en las arqueologías europeas que abordan períodos con fuentes escritas la discusión teórica, cuando la hubo, fue menos intensa (Carver, 2002; Hicks, 2008; Johnson, 1996; Moreland, 2001). Al respecto debe considerarse, por un lado, la influencia limitada de la nueva arqueología y

1. La arqueología histórica como campo disciplinar

el procesualismo norteamericano en el ámbito europeo y, en contrapartida, el fuerte peso de las tradiciones académicas regionales (Courtney 2009; Hodder, 1991; Lozny, 2014; Trigger, 1992). De hecho, una de las diferencias básicas del debate teórico entre Europa y Estados Unidos es que *“the opposition between history and theory claimed by North American processual archaeologists has little relevance in Europe”* (Hodder, 1991:10). Los debates europeos en torno a la comprensión de los procesos de cambio cultural tuvieron como punto de partida, justamente, la aceptación de lazos históricos entre el pasado y el presente (Carver, 2002), en tanto “siempre es posible argumentar que el pasado prehistórico puede interpretarse con la ayuda de los textos históricos”, como afirma el arqueólogo Ian Hodder (1991:11). Por otro lado, en la arqueología europea las fuentes documentales ocupan, indiscutiblemente, un rol central e integral en el proceso de investigación (Andrén, 1998; Johnson, 2010).

Tabla 1.1 Clasificación de la arqueología histórica, post-medieval e industrial en Gran Bretaña.

Arqueología histórica	Arqueología industrial	Arqueología post-medieval
La arqueología del periodo posterior al año 1450 en el Viejo Mundo, y del periodo posterior al contacto europeo en el Nuevo Mundo, hasta la actualidad inclusive.	El estudio de los sitios, paisajes y edificios industriales post-medievales. En un uso más antiguo, la arqueología del periodo moderno (ca. 1750-1950).	Arqueología histórica de Europa después de la Edad Media (ca. 1450-al presente). En un uso más antiguo, la arqueología de Europa entre fines de la Edad Media y mediados del siglo XVIII (ca. 1450-1750).

Fuente: elaboración propia en base a la propuesta de Hicks (2008).

En las últimas dos décadas, sin embargo, se ha difundido el uso del término arqueología histórica en Europa, especialmente Gran Bretaña e Irlanda, en parte por la mayor interacción académica y profesional que viene ocurriendo en el ámbito anglosajón a ambos lados del océano Atlántico. Aunque es muy dispar su incorporación y su uso reviste cierta ambigüedad, se ha establecido como denominación que cuenta con un consenso relativo para referirse a un campo particular de estudio arqueológico equiparable a la arqueología tardo-medieval, post-medieval y contemporánea (Mehler, 2020; Predovnik, 2023). El arqueólogo británico Matthew Johnson expone tal situación argumentando que, si bien arqueología histórica no es el nombre más adecuado ya que puede connotar la ausencia de historicidad para aquellos periodos o contextos ágrafos, proyectando un fuerte sesgo etnocéntrico, su uso se generalizó dada la falta de términos mejores, en tanto otras opciones -como *textual*

archaeology o *text-aided archaeology*- tienen connotaciones aún más problemáticas (Johnson, 2010).

Es útil la distinción que propone Ludomir Lozny (2014), quien sostiene que actualmente coexisten dos formas de definir la arqueología histórica: una en sentido **sustantivo**, que es la más consensuada en la mayoría de los países europeos, y otra en su acepción formal o más **restringida**, que es la utilizada en el ámbito norteamericano, principalmente. La Tabla 1.2 sintetiza las características centrales de ambas definiciones. De forma similar, la historia tiene una acepción amplia, referida a la historia de la humanidad como un todo, y otra más restringida disciplinariamente y enfocada al estudio de contextos con fuentes escritas (Johnson, 2010).

Tabla 1.2 Definiciones sustantivista y formalista de la arqueología histórica

	Sustantivista	Formalista
Alcance	amplio	restringido
Énfasis	es entendida como la “arqueología documental” de todas las sociedades alfabetizadas	se enfoca en la cronología de procesos y acontecimientos en un contexto histórico concreto: el período post-colombino, desde una perspectiva eurocéntrica
Ámbito	Europa	América
Definición	disciplina que estudia las sociedades que se registraron a sí mismas y los acontecimientos históricos que provocaron o con los que se relacionaron mediante el uso de la escritura, apoyada en los registros arqueológicos	disciplina que estudia las evidencias y consecuencias del proceso de dominación europea en el mundo: la época de los descubrimientos geográficos, los inicios del mercantilismo, el origen del capitalismo, el colonialismo y la dominación política y económica europea en todo el mundo
Rango temporal	todas las sociedades alfabetizadas, desde el origen o incorporación de la escritura hasta los tiempos modernos	desde fines del siglo XV (el final de la Edad Media, ca. 1450 o la llegada de Colón a América en 1492) hasta los tiempos modernos
Eje central	historia del mundo alfabetizado	historia de la dominación política y económica europea y del contexto cultural de la modernidad que produjo las condiciones para el origen del capitalismo
Metodología	campo de investigación que integra múltiples fuentes de evidencia	campo de investigación que incluye una variedad de métodos, que la hacen interdisciplinaria y transdisciplinaria

1. La arqueología histórica como campo disciplinar

Especialidades y temas	eiptología arqueología de Mesopotamia, el valle del Indo y del sur de China arqueología maya y azteca arqueología clásica (Grecia y Roma) arqueología medieval arqueología post-medieval arqueología de las colonias europeas arqueología urbana arqueología industrial	arqueología de la esclavitud arqueología de la diáspora africana
Lazos disciplinares	historia historia del arte filología geografía	antropología

Fuente: elaboración propia en base a la propuesta de Lozny (2014).

Abordar el caso europeo permite entender la imagen, cuanto menos, simplista y sesgada que tenía de la historia la arqueología histórica “antropológica”, desconociendo la existencia de diferentes teorías, métodos y corrientes historiográficas. La historia como campo disciplinar ha tenido y tiene un recorrido intelectual propio, al igual que la arqueología, las humanidades y las ciencias sociales (Braudel, [1968] (1980); Burke, 1997). En el origen de la historia profesional moderna destaca la figura del alemán Leopold Von Ranke, que impulsó un modelo historicista enfocado en las instituciones políticas, especialmente en los estados, desde una perspectiva idealista, que dominó en el siglo XIX y hasta entrado el siglo XX. Paralelamente, influida por Auguste Comte, en Francia se desarrolló la corriente positivista, que concebía la historia como una sucesión de etapas universales que toda la humanidad transita en dirección hacia el progreso. Ambos, el historicismo y el positivismo, consideran que es posible alcanzar un conocimiento objetivo del pasado histórico mediante el análisis de las fuentes documentales, desde la posición de un investigador neutral no afectado por las circunstancias del presente. También en el siglo XIX surgió el materialismo histórico, otra de las grandes corrientes historiográficas que se basa en la concepción de la historia de Carlos Marx y Federico Engels, que pone el foco en las relaciones económicas y los modos de producción de las sociedades, entendiendo que el cambio histórico se produce a partir de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción y a través de la lucha de clases.

En las primeras décadas del siglo XX, en la academia francesa surgió la escuela de los Anales⁶, una influyente corriente que -a diferencia del historicismo- prioriza el estudio de la historia social y la estructura socio-económica, a la vez que propugna un enfoque holístico, la interacción de la historia con otras disciplinas mediante la incorporación de conceptos y métodos, junto a la articulación de varias líneas de datos y evidencias (como imágenes, restos materiales y memorias orales). Lejos de buscar un conocimiento objetivo, esta escuela plantea la escritura de la historia como un ejercicio interpretativo, recursivo y contingente (Bloch, 1996). Fernand Braudel, uno de sus primeros referentes, hizo un aporte clave para comprender la temporalidad de la historia al distinguir tres escalas analíticas: la larga duración (*longue-durée*) o macrohistoria, los plazos medios (*conjonctures*) y la historia de los acontecimientos (*l'histoire événementielle*) o microhistoria. Estas escalas suponen ritmos y tiempos diferentes, a la vez que se entrelazan históricamente de forma jerárquica y compleja. A mediados de esa misma centuria se conformó la “nueva historia”, encabezada por la tercera generación de historiadores de *Annales*, como Pierre Nora y Jacques Le Goff, quienes sumaron el estudio histórico de las representaciones colectivas, la memoria y las estructuras mentales de las sociedades, en estrecha relación con la historia cultural y la antropología histórica.

Durante la primera mitad del siglo XX, los campos más desarrollados dentro de la arqueología europea eran la prehistoria y la arqueología clásica, situación que comenzó a cambiar después de la Segunda Guerra Mundial (Andrén, 1998; Courtney, 2007). El arqueólogo e historiador británico, Paul Courtney, señala que las primeras indagaciones en arqueología medieval y post-medieval fueron llevadas a cabo, mayormente, por personas con formación autodidacta, sin un sólido marco intelectual ni conocimiento académico del campo de la historia, cuyos esfuerzos se orientaron inicialmente a la identificación, la clasificación y el ordenamiento cronológico de los materiales. Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, los lazos entre historia y arqueología en Gran Bretaña y Francia se construyeron en torno al estudio de dos focos principales donde confluyeron intereses y perspectivas teóricas de los *Annales*: por un lado, el estudio integral de los paisajes históricos en zonas rurales, en estrecha relación con la geografía y, por otro lado, el estudio de poblados medievales, donde la arqueología se articuló fuertemente con la historia económica (Courtney, 2007). En Europa central, la vinculación de la arqueología y la historia se acentuó en este contexto, en parte como reacción al empleo indiscriminado del concepto de cultura arqueológica tanto como a las interpretaciones particula-

6 De la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, creada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch.

ristas que, a menudo, equiparaban a las culturas del pasado con pueblos históricamente documentados, propios de la corriente intelectual histórico-cultural germana. En los países de la ex Unión Soviética y su área de influencia, esta corriente se articulaba con el sustrato teórico del materialismo histórico (Predovnik, 2023).

En las décadas de 1960 y 1970, en los países directamente afectados por bombardeos y otras acciones bélicas se emprendieron obras de reconstrucción que requirieron un aumento notable de los trabajos de rescate arqueológico en zonas urbanas, donde se descubrieron gran cantidad de estructuras y restos materiales de períodos medievales y post-medievales. Este proceso fue muy significativo en Gran Bretaña, que ya contaba con una línea de estudios centrados en los paisajes históricos rurales, en la cual confluían la arqueología y la historia agraria (Hicks, 2008). De hecho, Noël Hume hizo sus primeras armas arqueológicas como discípulo de Adrian Oswald -uno los fundadores de la arqueología post-medieval y experto en el estudio de pipas⁷- en este tipo de intervenciones, que se llevaron a cabo en Londres desde el Museo Guildhall. Mientras tanto, la irrupción de la arqueología procesual en Estados Unidos, con algún eco en Inglaterra, cuestionó a la arqueología contemporánea que se basaba en la elaboración de secuencias cronológico-culturales por particularista, subjetiva y no científica, a la vez que bregaba por un modelo de ciencia antropológica que buscaba explicaciones causales mediante la formulación y el testeo de hipótesis. Como ya se comentó, estos planteos fueron poco relevantes dentro de la arqueología europea en general, en la cual se mantuvo el fuerte peso de las tradiciones regionales, mientras que propuestas como la formulación de leyes sobre los procesos de cambio cultural, no fueron tenidas en cuenta.

En Europa tuvieron mayor impacto los debates que se dieron a partir de la década de 1980 con la aparición de las corrientes post-procesuales, tanto en la prehistoria como en la arqueología medieval, post-medieval, industrial y contemporánea, las cuales ya habían tejido lazos con las historiografías del materialismo histórico y los *Annales* (Courtney, 2007; Hodder, 1985, 1991; Knapp, 1992; Predovnik, 2023). El post-procesualismo sumó al debate teorías sociales, estructuralistas, hermenéuticas, críticas, post-estructuralistas, entre otras. Una figura pionera en esta renovación teórica fue el británico Ian Hodder, seguido por otros arqueólogos europeos, como Michael Shanks y Christopher Tilley, en la década siguiente. En el campo de la arqueología histórica, la publicación de *An Archaeology of Capitalism* de Matthew Johnson, en 1995, fue una contribución fundamental que tuvo gran repercusión no sólo en Europa sino también en el Nuevo

7 <http://www.pipearchive.co.uk/pipes/oswald.html>, último acceso 30 de abril de 2025.

Mundo. En líneas generales, estas propuestas se apoyan en enfoques interpretativos de la cultura, remarcan la dimensión social y política de la arqueología, cuestionan la existencia de límites disciplinares y buscan elaborar herramientas analíticas para el estudio de la cultura material, abrevando en la sociología de Anthony Giddens y Pierre Bourdieu, la filosofía de Michel Foucault, entre un amplio abanico de perspectivas, conceptos y teorías sociales (Hicks, 2008).

En el nuevo milenio, la arqueología histórica se ha convertido en un campo importante en la arqueología europea, aunque con un desarrollo dispar en las distintas regiones y un fuerte déficit en cuanto a los ámbitos de formación de profesionales especializados (ver Courtney, 2009). Un elemento importante en relación con este desarrollo es la Convención de La Valleta sobre protección de patrimonio arqueológico que fue acordada en 1992 por el Consejo de Europa, entró en vigor tres años después y fue ratificada por la mayoría de los países europeos, representando una mejora con respecto a la normativa precedente (entre otras cuestiones, se incluyó por primera vez al patrimonio cultural subacuático). Durante las décadas siguientes, la puesta en marcha de esta política de protección patrimonial incrementó notablemente la cantidad de acciones de recuperación y preservación, con el consecuente aumento de los restos materiales y de las estructuras de épocas más recientes -que comprenden incluso hallazgos del siglo XX, en algunos casos- que son reconocidos y valorados como patrimonio cultural post-medieval en toda Europa (Mehler, 2020).

La arqueología histórica en Argentina y su “crisis de identidad”

Los orígenes y el desarrollo histórico de la arqueología histórica en Argentina constituyen el tema del capítulo 2, razón por la cual en esta sección sólo se hará referencia a los debates teóricos que acompañaron el enorme despliegue que ocurrió a partir de la década de 1990. En ese decenio comenzaron numerosos proyectos de investigación de largo alcance, entre los cuales se destacan las investigaciones en el área fundacional de la ciudad de Mendoza (ver Box 2.1 del capítulo 2), Santa Fe La Vieja y Quilmes, en las fortificaciones coloniales de la costa patagónica (ver Box 2.2 del capítulo 2), en instalaciones vinculadas a la expansión capitalista en la Antártida e islas Shetland del Sur y, especialmente, en un conjunto de fuertes y fortines del siglo XIX en las fronteras interétnicas de la región pampeana (Gómez Romero, 2005; Gómez Romero y Spota, 2006; Landa y Ciarlo, 2016; Pedrotta y Bagaloni, 2021; Raffino e Igareta, 2003; Ramos, 2001).

Al producirse la irrupción de la arqueología histórica en el escenario argentino, los debates acerca de su configuración teórico-metodológica se hicieron eco, básicamente, de las polémicas norteamericanas que, entre otros

ejes, abordaron el rol de las fuentes escritas en el proceso de investigación. En buena medida, fueron reproducidas acríticamente tanto la oposición entre antropología e historia como la visión incorrecta y desactualizada de la historia, que habían caracterizado a la posición antropológica procesualista durante las décadas de 1960 y 1970. Por ejemplo, Ximena Senatore y Andrés Zarankin (1996) afirmaron que en la arqueología histórica podían identificarse dos orientaciones: la historicista y la arqueológica. La tendencia historicista, mayoritaria en Argentina según los autores, consideraba como un *corpus* homogéneo a las evidencias arqueológicas y documentales, pero definía los problemas de investigación en una escala “histórica”, es decir, a partir del grado de resolución de las fuentes documentales, priorizándolas, y eso llevaba a que los datos generados a partir de la evidencia arqueológica no fueran significativos para los objetivos de la pesquisa. En consecuencia, la arqueología quedaba supeditada a la historia, su papel se reducía a complementar la información generada desde la historia y la evidencia arqueológica servía únicamente para materializar el dato documental.

En contraposición, la perspectiva arqueológica otorgaba a las evidencias documentales y materiales un estatus epistemológico independiente y potencial informativo variable, pero era el grado de resolución del registro arqueológico el que determinaba las escalas de análisis. La clave de este planteo radica en que la evidencia empírica empleada en la contrastación de las hipótesis debía ser únicamente arqueológica para asegurar así que “las problemáticas de investigación pasan a ser procesos en lugar de hechos” limitando “las interpretaciones inductivas” (Senatore y Zarankin, 1996:118-119). En esta línea argumental, que se apoya en la misma perspectiva epistemológica neopositivista que tuvo la nueva arqueología en sus inicios, los arqueólogos Rafael Goñi y Patricia Madrid (1998) resaltaron las profundas diferencias que notaban entre arqueología e historia, en tanto “La arqueología y la historia dan cuenta de problemas diferentes a escalas diferentes, aun cuando los actores y lugares puedan ser los mismos”, afirmando que

el registro arqueológico y el histórico son de naturaleza diferente, cada uno de ellos requiere de abordajes diferentes y responden a escalas también diferentes. La arqueología de momentos históricos... tiene la capacidad y posibilidad de generar sus propias inferencias...a través...[del] registro arqueológico. Los postulados teóricos y metodológicos a utilizar le son propios (Goñi y Madrid, 1998:80).

¿Cuál es, entonces, el rol de la información histórica? Acorde la perspectiva antropológica, la información histórica tiene un papel preestablecido en

la investigación: debe ser revisada como parte de los antecedentes, aportando el contexto histórico general de estudio en el que se inserta el problema arqueológico y también puede servir para generar hipótesis a ser contrastadas exclusivamente con el registro arqueológico (Goñi y Madrid, 1998; Senatore y Zarankin, 1996; Zarankin, 1994). Se sostiene, además, que la capacidad explicativa del registro histórico y del registro arqueológico es de diferente tipo y naturaleza. Esto tiene como consecuencia lógica un supuesto ciertamente problemático, que es asumir que existen explicaciones “arqueológicas” y explicaciones “históricas” acerca del pasado. Por otro lado, es llamativa la insistencia en la subjetividad e intencionalidad que se atribuye a la documentación escrita y cómo se alerta sobre la manipulación que pueden hacer de ella los grupos hegemónicos para construir la historia según sus intereses, mientras que los restos materiales son considerados objetivos, no intencionales y no se cuestiona el uso de las interpretaciones arqueológicas y el conocimiento del pasado que se puede hacer (y se hace) desde los sectores del poder.

La perspectiva “antropológica” está profundamente anclada en la **ausencia de historicidad**, que repercute en varias dimensiones. En primer lugar, como ya se mencionó y a tono con la postura de la nueva arqueología, reproduce una concepción ahistórica de la arqueología al plantear en términos dicotómicos que su objeto de estudio son los procesos o la historia. En segundo lugar, no se reconoce que los restos materiales, así como los documentos escritos, son productos históricos, además de omitir la materialidad de los documentos y su carácter de evidencias arqueológicas en tanto son elementos materiales, excluyéndolos *a priori* de la base empírica de cualquier investigación. Además, se desconoce la historicidad de las interpretaciones arqueológicas, que son concebidas solo como “versiones” alternativas, de naturaleza cualitativamente diferente a las interpretaciones históricas, aunque ambas refieran al mismo pasado. Por último, se elude la propia historia intelectual de la arqueología al no considerar los certeros señalamientos que, desde fines de la década de 1980, plantearon las corrientes post-procesuales acerca de la arqueología como práctica históricamente situada, de quienes integran ese campo disciplinar como sujetos sociales y del conocimiento que generan como producto de las condiciones históricas (sociales, económicas y culturales) del presente.

La otra postura del debate en torno a la **“crisis de identidad”** de la arqueología histórica argentina defendía el uso crítico de las fuentes documentales en las distintas instancias del proceso de investigación, considerando que tanto los datos que se generan mediante el análisis de los restos materiales como de los documentos son constructos conceptuales -el registro arqueológico y el registro documental- hechos por quien investiga. Ambos se elaboran a partir

de una base empírica (material y/o escrita) que constituye una evidencia indirecta, incompleta y parcial de los procesos sociales y culturales de pasado; por ende, ambas fuentes de datos deben ser sometidas a un escrutinio crítico e integradas analíticamente para dar respuesta a un problema de investigación, ya que pueden ofrecer información disímil, complementaria e incluso contradictoria (Pedrotta y Gómez Romero, 1998). Desde esta visión se reconocen sesgos y limitaciones a las fuentes materiales y no materiales, se defiende la necesidad de conjugar un abanico amplio de información empírica (como cartografía, grabados, pinturas, monumentos y memorias orales) en las pesquisas arqueológicas y, abogando por una perspectiva situada del conocimiento, se reconoce la incidencia del contexto socio-histórico y de las circunstancias e intereses personales y sectoriales en el proceso de investigación, entre muchos otros factores.

Investigadores coetáneos, como Roberto Bárcena (1995:8), desde una óptica positivista consideraban que la arqueología es la ciencia que se ocupa del estudio de los “restos de la actividad de organizaciones socioculturales de pueblos pre e históricos”, destacando su adscripción a una antropología explícitamente científica. Por su parte, Mariano Ramos puso el foco en el período temporal que toca la arqueología histórica, señalando que la denominación de arqueología de “tiempos históricos” es adecuada -aunque reactiva la controversia entre historia y prehistoria antes comentada- y retomando una definición que, simplemente, se basa en la disponibilidad de información procedente de documentos escritos (Ramos, 2001:645). Este autor, asimismo, enfatizó la necesidad de establecer líneas de indagación que converjan hacia la resolución de problemas, mientras que propuso que a partir de la arqueología histórica se pueden desarrollar métodos de inferencia, en el sentido de Binford, al igual que ocurre con la etnoarqueología o la arqueología experimental.

Una línea que se comenzó a esbozar hacia fines de la década de 1990 se inspiró en las perspectivas teóricas evolutivas, seleccionistas y ecológicas, norteamericanas que, de forma contemporánea, estaban proponiendo la aplicación de modelos interpretativos evolutivos para abordar dinámicas de contacto y cambio cultural (entre otros, Ramenofski, 1995; Wilson y Rogers, 1993). En este sentido, Ximena Senatore emprendió dos líneas de trabajo. Por un lado, indagó la interacción y el impacto mutuo entre las tecnologías indígenas y las estrategias de colonización española en la región del Río de la Plata, a partir del estudio de la producción cerámica (Senatore, 1995). Por otro lado, comenzó el abordaje de una serie de enclaves de la Corona española en costa patagónica desde un enfoque ecológico evolutivo, con el objetivo de “documentar la variabilidad y explicar los mecanismos de cambio” (Senatore, 1999:104), atendien-

do a las múltiples formas y estrategias de contacto que fueron implementadas durante la expansión europea. Rafael Goñi, situado en la “arqueología de momentos históricos” y mediante la aplicación de modelos ecológico evolutivos, buscó las causas de la “extinción” de las poblaciones indígenas del sur de la Patagonia en “factores internos” -como una supuesta reducción en la movilidad causada por cambios ambientales que habrían ocurrido en los últimos 900 años- más allá de la expansión colonialista europea y las campañas militares del Estado nación durante el siglo XIX (Goñi, 2000).

Box 1.1

Arqueología de las fronteras interétnicas

Facundo Gómez Romero

La arqueología histórica de las fronteras internas con el aborigen comenzó a desarrollarse en nuestro país hacia mediados de la década de 1990, juntamente con la irrupción de la arqueología histórica como disciplina científica. La importancia de este proceso resulta evidente en la siguiente cita: “El surgimiento, la consolidación y el crecimiento exponencial de la arqueología histórica fue uno de los rasgos más destacados del desarrollo de la arqueología en Argentina durante el último cuarto de siglo” (Pedrotta y Bagaloni, 2021:378-379).

Para el caso específico de la arqueología de fronteras, una de las cuestiones esenciales fue, precisamente, la definición misma de la noción de frontera. Para ello, el primero y fundamental soporte teórico-metodológico provino de la denominada etnohistoria. En dicha disciplina numerosos investigadores, entre los que se puede destacar a Martha Bechis, Lidia Nacuzzi, Carlos Martínez Sarasola y Raúl Mandrini, entre otros, habían pensado y repensado el concepto, así como también el devenir histórico del mismo. En mayor o en menor medida, todos coincidían en que la frontera había sido un espacio en el que anidaban complejas relaciones interétnicas que se manifestaban en el interior de las diversas parcialidades indígenas, entre éstas, en tanto grupos étnicos coexistiendo entre sí, y entre todos éstos y la sociedad criolla; un espacio que tampoco era una unidad monolítica, sino que se hallaba conformado por grupos sociales de intereses políticos y económicos diversos.

Cobijados en este encuadre funcional que determinaba un territorio fronterizo poroso en donde florecían las relaciones interétnicas, se plasmaron los

primeros proyectos arqueológicos en yacimientos fronterizos. Para los que en la literatura clásica de fronteras se denominaban “fortines del desierto”, Mariano Ramos y Facundo Gómez Romero, iniciaron en el año 1992 las investigaciones en el fortín Miñana (1860-1863). Un año más tarde, Rafael Goñi y equipo comenzaron tareas arqueológicas en una estructura de mayor entidad e importancia histórica, el fuerte Blanca Grande (ver Gómez Romero y Ramos, 1994; Goñi y Madrid, 1998). A su vez, Fernando Brittez (2000) efectuaba las primeras investigaciones arqueológicas sobre estancias de fronteras ubicadas al norte del Río Salado, en los terrenos más antiguos de colonización.

El comienzo de las investigaciones en tales yacimientos planteó por aquél entonces dos problemas fundamentales; por un lado, en las excavaciones se recuperaba un tipo de materialidad del pasado, que nunca había sido estudiada ni analizadas en los centros de investigación arqueológicos, con una excepción: el Centro de Arqueología Urbana de la Universidad de Buenos Aires. Dicho centro, dirigido por Daniel Schávelzon, se ubica en la Facultad de Arquitectura de dicha universidad, y desde allí se desarrollaron las primeras investigaciones de arqueología urbana en la ciudad de Buenos Aires. Así, algunos integrantes del proyecto fortín Miñana comenzaron a frecuentar las instalaciones del citado centro para interiorizarse en el análisis de materias primas jamás estudiadas por la arqueología prehistórica, entre éstas: vidrio, metal, gres-cerámico, lozas y otros. Schávelzon aportó su asesoramiento, además de facilitar valiosa bibliografía, por completo inexistente en otros lugares del país. De esta manera, comenzaron a delinearse los primeros trabajos arqueológicos sobre botellas de ginebra holandesa o vajilla de mesa inglesa.

El otro problema fundamental fue la utilización de las fuentes históricas escritas durante el proceso de investigación de estos yacimientos. Surgieron, por entonces, dos posturas metodológicas enfrentadas, una de ellas sostenida por los investigadores Rafael Goñi y Patricia Madrid, por un lado, y Andrés Zarankin, por el otro, quienes afirmaban que el lugar de las fuentes escritas era meramente secundario y que el registro arqueológico se bastaba sólo para explicar la compleja realidad de los yacimientos históricos fronterizos (Goñi y Madrid, 1998, Zarankin, 1994). La otra postura defendida por Victoria Pedrotta y Facundo Gómez Romero, expresaba que la validez del registro escrito era igual a la de la materialidad arqueológica a la hora de contrastar hipótesis en el proceso de investigación (Pedrotta y Gómez Romero, 1998).

Esta última postura, se correspondía con la forma de investigar de la denominada arqueología histórica, disciplina nacida en el contexto norteamericano en la década de 1960, así como con la denominada *post-medieval archaeology*,

que se desarrollaba en el contexto europeo. El devenir de las investigaciones en la arqueología histórica de fronteras fue inclinando la balanza hacia la utilización sin pruritos de la información proveniente de las fuentes escritas, empleándolas en cualquier etapa de la investigación.

De esta manera, la *praxis* de la novel arqueología histórica argentina posibilitó que fuera tarea del arqueólogo la búsqueda de evidencia en fuentes editadas e inéditas (dentro de estas últimas, fundamentalmente archivos nacionales, provinciales, regionales y municipales). Los datos allí obtenidos resultaron esenciales para el avance en el conocimiento de cada período histórico bajo análisis, fenómeno que se constituiría en “marca registrada” de la nueva disciplina en ciernes. Esta práctica, además, generó una nueva interpretación del material escrito, que era observado y estudiado desde una perspectiva arqueológica, diferente a la del historiador u otro investigador de las ciencias sociales.

En muy pocos años se produjo una auténtica explosión de nuevos yacimientos investigados; por ejemplo, por mencionar únicamente sitios militares de campaña, hacia fines de la década de 1990, se investigaban los fortines Recompensa, La Parva, Otamendi, Cantón Tapalqué Viejo, en la provincia de Buenos Aires, Achiras en Córdoba, y La Perra en la provincia de La Pampa (Gómez Romero y Spota, 2006). Ya en el siglo actual, las investigaciones en yacimientos de fronteras internas abarcaron nuevos tipos de emplazamientos, tales como asentamientos aborígenes, pulperías y casas de negocios rurales, estancias y puestos, mega estructuras hechas en piedra tipo corrales, enterratorios humanos, campos de batalla o espacios de enfrentamientos bélicos diversos, entre otros (ver Pedrotta y Bagaloni, 2021).

Tres décadas de investigación ininterrumpida hasta la actualidad nos han permitido profundizar en el conocimiento arqueológico del fascinante y complejo mundo de las fronteras internas. Si bien resta mucho por conocer y estudiar, hoy por hoy podemos dar por cierta esa compleja red de interacciones étnicas que se sucedieron entre los grupos humanos de entonces ya que ésta se refleja en la materialidad arqueológica de los yacimientos. Materialidad que evidencia procesos locales y regionales de procesamiento y circulación de todo tipo de bienes, actuando juntamente con complicados circuitos internacionales que es posible conocer y estudiar a partir de los objetos materiales presentes en los sitios de fronteras.

Todos estos aspectos explicitan la existencia de relaciones intra e interétnicas que se suscitaban en el interior de los propios grupos y de éstos entre sí, tanto hacia un espacio, como hacia el otro de la franja fronteriza, y tanto

del lado aborígen como del lado criollo de dicha delimitación. El accionar de elementos humanos que vivían en ambos mundos: cautivos, “indios amigos”, lenguaraces, vagos y mal entretenidos desertores de los ejércitos, y otros, no eran más que la demostración práctica de la existencia y rica complejidad étnica del mundo fronterizo. Así, aquella frontera hoy es el espacio textual en donde se escriben nuestros relatos.

Arqueología histórica como ventana democrática al pasado

El debate teórico en Norteamérica, intenso y acalorado en la década de 1970, decayó durante los años siguientes, tal como sucedió en Argentina dos décadas más tarde, sin que se alcanzaran adhesiones mayoritarias para una u otra de las posiciones en pugna. Actualmente, en ambos ámbitos coexisten líneas de investigación variadas con posiciones epistemológicas menos dogmáticas que las precedentes, que se enriquecieron significativamente con la incorporación de conceptos de las humanidades y otras ciencias sociales, ampliando su alcance hacia las grandes problemáticas históricas globales y procurando una interacción fértil entre las distintas fuentes de evidencia sobre el pasado (Landa y Ciarlo, 2016; Little, 1994, 2007; Orser, 1996; Ramos, 2001; Zarankin y Salerno, 2007; entre otros).

Estos cambios se vinculan a la crítica post-procesual sobre la teoría arqueológica en general, como así también a los escasos logros que mostró la agenda de la arqueología procesual, en especial sobre la construcción de teoría y la formulación de leyes generales (Hodder, 1985; Knapp, 1992; Lamberg-Karlovsky, 1989; Leone, 1986; Moreland, 2001; Patterson 1990; Trigger, 1989, 1992; entre otros). La influencia de las perspectivas post-procesuales en la arqueología histórica, específicamente, puede resumirse en dos aspectos centrales. Por un lado, en el reconocimiento de las condiciones sociales, económicas y políticas –históricas, en el sentido cabal del término- en las que se produce el conocimiento y, en consecuencia, de la relación recursiva que se establece entre el sujeto que investiga y objeto investigado, tanto como entre el presente y el pasado. Por otro lado, en la necesidad de superar la compartimentación disciplinar entre la historia y la antropología, al reconocer que ésta es producto de la conformación de las ciencias sociales, sobre todo durante el siglo XIX, y que conlleva limitaciones epistemológicas (Burke, 1997; Carver, 2002; Funari, 1999; Knapp, 1992; Moreland, 2001; entre muchos otros). Esta apertura permite repensar una serie de nociones que desde el positivismo se establecen como oposiciones absolutas y dicotómicas, como antropología / historia, ge-

neralización / particularismo, científico / narrativo o proceso / historia, que no necesariamente son tales.

El hecho de reconocer que otorgarle un papel preponderante a la historia no implica que la arqueología deba reducirse a aportar detalles o pequeños datos sobre aspectos no asequibles en la documentación tuvo, como contrapartida, la llegada de una promesa según la cual la arqueología histórica era capaz de tener **una mirada única** sobre los procesos del pasado y que en esa mirada privilegiada radica su aporte exclusivo al conocimiento histórico (por ejemplo, Deagan, 1991; Deetz, 1991; Little, 1994; Orser, 1996). Esta promesa se basa en las supuestas limitaciones y/o deficiencias inherentes al registro documental, que lo excluyen como una base empírica “democrática” para comprender el pasado, y en la existencia de áreas o temas de estudio para los cuales no se dispone de evidencias escritas (las llamadas *text-free zones*). Al respecto, Deagan (1991) afirma que la arqueología histórica tiene gran potencial para estudiar cuestiones que están escasas y deficientemente representados en los documentos, tales como el contacto cultural y la colonización, la salud y la nutrición, la vida cotidiana de los sectores subalternos y las actividades ilícitas. Más aún, Deetz recalca que la arqueología histórica

deals with the unintended, the subconscious, the worldview, and mind-set of an individual. It provides access to the ways all people, not just a small group of literate people, organized their physical lives. If only the written records ...are studied, then the conclusions will reflect only the story of a small minority of deviant, wealthy, white males (Deetz, 1991:6).

La parcialidad y el elitismo de los registros escritos, así como la representatividad y el pluralismo de los restos materiales, son etiquetas apriorísticas empleadas para subrayar ese pretendido potencial de la arqueología histórica en la construcción de un pasado “democrático” que incluya a los sectores marginados y oprimidos. Sin embargo, subyace una postura que mantiene la división dicotómica entre lo escrito y lo material, adjudicándoles características asumidas de antemano, que no son puestas en cuestión. Esto dificulta el análisis de las formas concretas en que funcionan los mecanismos de opresión, los cuales requieren de la compleja articulación entre diversos aspectos de las prácticas sociales e involucran elementos escritos, orales, materiales y simbólicos. En contrapartida, otros arqueólogos reconocen que el poder se construye, se ejerce y opera en múltiples dimensiones, que admite diversas escalas de análisis y que no siempre se hallan correlacionadas la producción escrita con los sectores hegemónicos y la producción material con los no hegemónicos (Carver, 2002; Hall y Silliman, 2006; Moreland, 2001). Estas miradas

reconocen que los objetos y los documentos son ambos productos sociales contemporáneos y se usaron efectiva, conjunta e indisolublemente en la construcción de las identidades y las relaciones sociales en el pasado. Entonces, el análisis debe orientarse a comprender el funcionamiento de **las tecnologías de opresión**, entre las cuales la escritura ocupa un espacio principal (como señaló Foucault), teniendo en cuenta su complejidad y que operan siempre en circunstancias históricas específicas (Carver, 2002; Moreland, 2001).

¿Arqueología del capitalismo y el mundo moderno?

Fue Schuyler (1970) uno de los primeros en proponer al capitalismo como objeto de estudio de la arqueología histórica, ya que se trata de un proceso histórico específico que puede ser delimitado temporal, espacial y culturalmente, cuyo desarrollo puede constituir el eje ordenador de las pesquisas. Su definición de arqueología histórica, al igual que Deetz (1991:1), considera a la arqueología histórica como el estudio de la expansión europea que comenzó desde el siglo XV y su desarrollo e impacto posteriores sobre los pueblos nativos en todo el mundo. Esta definición enfatiza en procesos que ocurren y ocurrieron a escala global, lo que requiere una perspectiva amplia, internacional y comparativa. Según ambos arqueólogos, el capitalismo es un punto de inflexión en la historia mundial, en torno al cual se articularon diversos procesos, tales como la expansión mercantil, la colonización, el imperialismo y la aculturación.

Este enfoque de la arqueología histórica como **arqueología del capitalismo** -a menudo también entendida como la **arqueología del mundo moderno**- se considera adecuado para explorar los procesos de contacto cultural, el establecimiento y desarrollo de las sociedades coloniales americanas y la posterior emancipación y consolidación de los distintos estados nacionales, que involucran aspectos ideológicos, identitarios, étnicos, dinámicas de dominación y de resistencia y/o conflictos sociales. Al igual que el propio capitalismo, esta mirada parece haber adquirido carácter global, especialmente con el impulso de los trabajos del arqueólogo estadounidense Charles Orser y de la revista *International Journal of Historical Archaeology*⁸ que fundó en 1997. Sin embargo, esta perspectiva no se halla exenta de los cuestionamientos que acarrea la aplicación de una visión globalizada del mundo –que es relativamente reciente- al pasado. Una de las críticas principales al respecto es que, al enfocarse en el proceso de expansión capitalista europea, el eje fundamental del análisis se co-

8 <https://link.springer.com/journal/10761>, último acceso 30 de abril 2025.

loca en la continuidad histórica europea y en la forma en que se fueron ligando a ella los diferentes desarrollos locales, desde una posición eurocéntrica. La consecuencia directa de esta posición es que no se presta atención a las trayectorias históricas no europeas y no capitalistas del resto del mundo, excluyendo, por ejemplo, a las sociedades estatales precapitalistas americanas (Funari et al., 1999; Johnson, 1996; Lightfoot, 1995; Little, 1994; Moreland, 2001).

Otro cuestionamiento apunta a que se sobredimensionan los factores económicos en perjuicio de otros factores (ideológicos, culturales, sociales, emocionales), a la vez que las relaciones sociales se simplifican y suelen quedar reducidas al aspecto económico, con las limitaciones que conllevan las interpretaciones deterministas de ese tipo. Por otra parte, procesos tales como el colonialismo, la mercantilización o el imperialismo, así como los mecanismos de dominación y resistencia y las tecnologías del poder, no son privativos del desarrollo del capitalismo y pueden identificarse en distintas épocas de la historia de la humanidad. La consecuencia indirecta de esta mirada es que tiende a naturalizar al capitalismo, haciéndolo aparecer como un proceso inexorable y esencialmente económico, obliterando otras dimensiones.

Quizá el nodo más problemático de este enfoque es que continúa la serie de oposiciones entre prehistoria e historia que se mencionaron en las secciones anteriores, haciendo muy difícil la incorporación de la historia indígena, en especial en el Nuevo Mundo (ver Box 1.2.). Posiciones como las de Schuyler, Deetz y Orser, que mantienen una división tajante y monolítica entre el pasado prehistórico e histórico –que según ellos comenzó en América alrededor del siglo XV– conllevan el contrasentido de sostener que la arqueología histórica norteamericana estudia el pasado “post-prehistórico” (Orser y Fagan, 1995:19). Siguiendo esta línea argumental, los sitios arqueológicos vinculados a las sociedades indígenas pasarían a ser “históricos” solo cuando sus patrones culturales hubieran sido afectados por el contacto europeo y este cambio fuera visible materialmente. Entonces, la tarea de la arqueología sí quedaría reducida a la identificación material de la tecnología europea.

Por otra parte, tomar el marco de la expansión capitalista como único modelo para estudiar arqueológicamente a los pueblos nativos posteriores a la invasión europea del continente corre el riesgo de adjudicar un carácter explicativo y esencialista al capitalismo *per se* como causa última de todos los fenómenos. Esto deja de lado la comprensión de los procesos internos de ajuste y cambio de las sociedades indígenas, así como su creatividad y capacidad de resistencia. Con todo, buena parte de las investigaciones arqueológicas norteamericanas sobre las sociedades indígenas poscolombinas mantienen una carga ideológica eurocentrista y colonialista –en su versión imperialista contempo-

ránea-, mientras que otras aproximaciones buscan entender los cambios ocurridos antes de la imposición de la economía capitalista, atendiendo a los diferentes contextos de interacción locales, a las estrategias implementadas ante la situación de contacto y la forma en que impactaron las políticas y prácticas coloniales dentro del mundo indígena (Cusick, 1998; Lightfoot, 1995).

Box 1.2

Contribuciones desde América Latina a la arqueología del mundo moderno

Silvana Buscaglia

En el ámbito de la arqueología histórica latinoamericana existen hoy en día una multiplicidad de posicionamientos teórico-metodológicos, siendo uno de ellos la denominada “arqueología del mundo moderno”. Esta perspectiva se caracteriza principalmente por enfatizar una problemática de estudio dentro de un rango temporal y ha sido impulsada por el arqueólogo norteamericano Charles Orser, particularmente a partir del libro *A Historical Archaeology of the Modern World* (1996). En esta obra, de carácter programático en cuanto a los fundamentos de la arqueología del mundo moderno, Orser señala que Robert Schuyler probablemente fue uno de los primeros especialistas en indicar, a principios de la década de 1970, que la arqueología histórica trata sobre el estudio de la vida moderna y las manifestaciones materiales de la expansión de la cultura europea en el mundo no europeo desde el siglo XV en adelante, poniendo especial énfasis en el impacto de este proceso sobre las poblaciones nativas, definición del campo de investigación que fue retomada por James Deetz en 1977 (Orser, 1996).

De acuerdo con Senatore (2007), desde ciertos ámbitos de la academia anglosajona se formalizó un modelo teórico a partir del estudio de casos centrados en las colonias inglesas en la Norteamérica del siglo XVIII y el desarrollo del capitalismo en Inglaterra. Dentro de este esquema explicativo, el individualismo, la segmentación, la estandarización y el consumismo asociados con el nuevo orden producto de la emergencia del capitalismo, se propusieron como conceptos clave para analizar las transformaciones en las prácticas sociales. Desde estos modelos, el mundo moderno se caracteriza por una economía única que es colonialista, internacional y se encuentra en expansión (Orser, 1996). La arqueología del mundo moderno se distingue entonces de otras

aproximaciones en arqueología histórica por el estudio de la modernidad en tanto proceso y por su escala global, donde el eurocentrismo es parte constitutiva de su conformación. En cuanto a la escala global, la frase “piensa globalmente, excava localmente”, retrata fielmente el significado que Orser busca expresar respecto al foco global de la arqueología del mundo moderno (Orser, 1996:183). Desde este punto de vista, por definición el enfoque es multiescalar, en el sentido que los arqueólogos, por más que trabajen a escala de sitio, buscarán conexiones globales al abordar sus casos de estudio. Ello implica atender a los nexos trans e intracontinentales, como resultado de la circulación de nuevas ideas, prácticas y la cultura material a escala planetaria.

Hacia fines de la década de 1990, de la mano de la influencia del post-procesualismo, una de las principales contribuciones desde la arqueología histórica latinoamericana ha sido la discusión crítica de aquellas perspectivas en las que advenimiento del mundo moderno es conceptualizado en términos de un proceso globalizante, unidireccional y homogeneizante. Esto ha llevado también a la discusión crítica de los modelos importados de la academia anglosajona, así como la deconstrucción de las narrativas hegemónicas. La distinción fundamental reside en la necesidad de abordar las particularidades de los contextos locales periféricos y metropolitanos, sin perder de vista la perspectiva global y comparativa. Es esencial considerar la heterogeneidad de procesos, momentos, escenarios, actores y prácticas sociales involucradas para identificar las trayectorias diferenciales de la modernidad, la materialidad activamente involucrada y los procesos de resignificación emergentes, no solo en los contextos locales sino también en los metropolitanos, desde una perspectiva multidireccional (Bianchi Vilelli, 2011; Buscaglia, 2013; Funari et al., 1999; Senatore y Zarankin, 2002). Esta discusión ha tenido lugar principalmente en Argentina, Brasil, Uruguay y Colombia, destacando el mayor desarrollo de la arqueología histórica en comparación con otros países de América Latina, donde la arqueología se ha centrado principalmente en el abordaje de las civilizaciones prehispánicas, como es el caso de Bolivia y Perú, por ejemplo (Zarankin y Salerno, 2007).

La agenda de investigaciones en el marco de la arqueología del mundo moderno es tan amplia como diversa, por lo que aquí nos referiremos solo a algunos ejemplos para delinear una idea general sobre las características de esta especialidad. Los propulsores de este enfoque en América Latina investigan cuestiones tan variadas como el colonialismo en contextos marginales como Patagonia (Buscaglia y Bianchi Vilelli, 2016; Senatore, 2007), la esclavitud y las relaciones de poder (Funari, 2004), la conformación de la burguesía en el siglo XIX (Andrade Lima, 1999); la expansión capitalista y las prácticas de

loberos en contextos de ultra periferia como la Antártida (Salerno et al., 2023), llegando hasta la represión y la resistencia en la sociedad contemporánea (Funari y Zarankin, 2006). En todos estos casos la arquitectura, la cultura material, los discursos, la estructuración y las prácticas sociales, el poder, la resistencia, las identidades, el cuerpo, son algunos de los ejes temáticos que atraviesan las investigaciones.

Para finalizar, es importante no perder de vista la propuesta de abordar las múltiples formas de configuración de la modernidad en diferentes tiempos y lugares. El desafío es explorar esas diferencias y comprender las singularidades de los pasados locales y regionales, entendiendo que uno de los aportes principales de la arqueología del mundo moderno es discutir la genealogía de la sociedad en la que vivimos actualmente, pero desde perspectivas más críticas y pluralistas sobre el pasado para entender nuestro presente (Senatore y Zarankin, 2002).

Considerando lo expuesto en este capítulo, es posible repensar la arqueología histórica desde enfoques que eviten el posicionamiento etnocéntrico de colocarla como la disciplina del mundo moderno, que no caigan en un determinismo económico ni en explicaciones esencialistas al enfatizar su objeto de estudio como el desarrollo del capitalismo, que trasciendan los límites dicotómicos entre lo “histórico” y lo “prehistórico” -especialmente inadecuados para el Nuevo Mundo-, que no repliquen perspectivas epistemológicas ahistóricas ni impongan el pretendido objetivismo propio de la arqueología procesual. Una formulación amplia y flexible de arqueología histórica la define como **aquella parte de la arqueología que se ocupa del estudio de los procesos sociales, económicos, culturales y políticos del pasado, en sociedades que tienen algún tipo de registro escrito, sea producido por ellas mismas o por otras**. Las fuentes documentales constituyen así uno de los elementos centrales de la arqueología histórica, cuyo empleo, lejos de ser cuestionado, debe ser llevado a cabo de forma integral y crítica en todas las instancias de las pesquisas, al mismo nivel que las demás fuentes de información disponibles, orientadas en torno a problemas de investigación que estén definidos claramente y, sobre todo, que tengan relevancia histórica.

Tal como señaló Johnson (2010), no se trata de aceptar o rechazar a la historia como un todo, sino de establecer con qué tipo de historia se produce el diálogo más fructífero, para lo cual es necesario tener conocimiento historiográfico. La arqueología es esencialmente una disciplina histórica, en tanto

el fin último de ambas disciplinas es el conocimiento del pasado, más allá que las formaciones y las tradiciones académicas favorezcan el empleo de uno u otro tipo de datos, fuentes y métodos de análisis. Esto no implica desconocer la especificidad metodológica de la arqueología ni la importancia de la formación teórica y práctica en el abordaje de los documentos escritos que deben tener quienes se dediquen a esta especialidad, para poder hacer una lectura de los mismos desde una mirada reflexiva y antropológica. Los objetos y textos son productos creados y manipulados de forma activa por las personas y los grupos sociales para negociar sus relaciones de poder e identidad cotidianamente. No hay motivos para adjudicar un sesgo intrínseco a los documentos y no a los restos arqueológicos, ya que ninguno de ellos es un testimonio directo, completo ni neutral del pasado; la representatividad y la veracidad de los documentos debe ser establecida al igual que la de las muestras de materiales arqueológicos.

Otra cuestión clave para la arqueología histórica es la relación entre lo global y lo local. Esto conlleva el desafío de articular de forma coherente diferentes escalas de análisis espaciales y temporales, evitando el traslado directo de procesos que ocurren a escala mundial como modelos explicativos generales para todas las realidades locales. Al respecto, se debe enfatizar en las escalas macro y las tendencias globales -como la expansión mercantilista, la colonización y el imperialismo europeos- tanto como en las especificidades de los contextos locales, atendiendo a las formas reflexivas y activas en que los sujetos reaccionan a esos procesos (Funari et al., 1999; Hall y Silliman, 2006; Orser, 2010). Es clave también la perspectiva comparativa e interdisciplinaria, en particular la incorporación de teorías y conceptos sobre la cultura material que amplíen la comprensión de la dimensión material de las prácticas sociales (ver capítulo 3). Se trata, así, de indagar los espacios de articulación y desarticulación entre las palabras y las cosas, reconociendo que en esos espacios puede haber concordancias, distorsiones, contradicciones, ambigüedades y silencios. A veces, solo a veces, son espacios donde se visibilizan agentes y prácticas que no dejaron evidencias escritas sobre sí mismos, relegados por el poder y el discurso dominante.

Referencias

- Andrade Lima, T. (1999). El huevo de la serpiente: Una arqueología del capitalismo embrionario en el Río de Janeiro del siglo XIX. En A. Zarankin y F. Acuto (Eds.), *Sed Non Satiata* (pp. 189-238). Del Tridente, Buenos Aires.
- Andrén, A. (1998). *Between Artifacts and Texts*. Plenum Press, Nueva York.

1. La arqueología histórica como campo disciplinar

- Bárcena, R. (1995). De la Arqueología Histórica a la Arqueología como Arqueología. *Comechingonia*, 8(1), 5-20.
- Beaudry, M. C. (1988). Introduction. En M. C. Beaudry (Ed.), *Documentary Archaeology in the New World* (pp. 1-3). Cambridge University Press, Cambridge.
- Bianchi Vilelli, M. (2011). Coloniality in Patagonia. Historical archaeology and postcolonial critique in Latin America. *World Archaeology*, 43(1), 86-101.
- Binford, L. (1962). Archaeology as Anthropology. *American Antiquity*, 28, 217-225.
- Binford, L. [1962] (2016). A new method of calculating dates from kaolin pipe stem fragments. En J. M. Chenoweth (Ed.), *The Historical Archaeology Laboratory Handbook*, Vol. 1 (pp. 231-233). Society for Historical Archaeology Publication, Germantown.
- Binford, L. (1977). Historical Archaeology. Is it Historical or Archaeological? En L. Ferguson (Ed.), *Historical Archaeology and the importance of Material Things* (pp.13-22). Society for Historical Archaeology, Special Publication Series 2.
- Bloch, M. (1996). *Introducción a la Historia*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Braudel, F. [1968] (1980). *La Historia y las Ciencias Sociales*. Alianza, Madrid.
- Brittez, F. (2000). La comida y las cosas: una visión arqueológica de la campaña bonaerense de la segunda mitad del siglo XIX. En C. Mayo (ed.), *Vivir en la frontera: la casa, la dieta, la pulpería y la escuela (1770- 1870)* (pp.169-199). Buenos Aires. Biblos.
- Burke, P. (1997). *Historia y Teoría Social*. Instituto Mora, Barcelona.
- Buscaglia, S. (2013). Diálogo entre la Arqueología Histórica y los Estudios Poscoloniales. *Pasado-Porvenir*, 7(7), 69-94.
- Buscaglia, S. y Bianchi Vilelli, M. (2016). From Colonial Representation to Materiality: Spanish Settlements on Península Valdés (Patagonian Coast, 1779-1810). *Historical Archaeology*, 50(2), 69-88.
- Carver, M. (2002). Marriages of true minds: Archaeology with texts. En B. Cunliffe, W. Davies y C. Renfrew (Eds.), *Archaeology. The widening debate* (pp. 465-496). Oxford University Press, Oxford.
- Champion, T., Gamble, C., Shennan, S. y Whittle, A. (1988). *Prehistoria de Europa*. Crítica, Barcelona.
- Clarke, D. (1973). Archaeology: the loss of innocence. *Antiquity*, 47, 6-18.
- Cleland, C. y Fitting, J. (1968). The crisis of identity: Theory in Historic Sites Archaeology. *The Conference on Historic Site Archaeology Papers*, 2, 124-138.
- Courtney, P. (2007). Historians and archaeologists: an English perspective. *Historical Archaeology*, 41(2), 34-45.
- Courtney, P. (2009). The Current State and Future Prospects of Theory in European Post-Medieval Archaeology. En T. Majewski y D. Gaimster (Eds.), *International Handbook of Historical Archaeology* (169-189). Springer, Nueva York.
- Cusick, J. (1998). *Studies in Culture Contact*. Southern Illinois University, Carbondale.
- Deagan, K. (1982). Avenues of Inquiry in Historical Archaeology. En M. B. Schiffer (Ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol. 2 (pp. 151-173). University of Arizona Press, Tucson.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Deagan, K. (1991). Historical Archaeology's contributions to our understanding of early America. En L. Falk (Ed.), *Historical Archaeology in Global Perspective* (pp. 97-112). Smithsonian Institution Press, Washington.
- Deetz, J. (1977a). Material Culture and Archaeology. What is the difference? En L. Ferguson (Ed.), *Historical Archaeology and the importance of Material Things* (pp. 9-12). Society for Historical Archaeology, Special Publication Series 2.
- Deetz, J. (1977b). *In Small Things Forgotten*. Anchor books, Nueva York.
- Deetz, J. (1988). History and Archaeological Theory: Walter Taylor revisited. *American Antiquity*, 53(1), 13-22.
- Deetz, J. (1991). Archaeological Evidence of Sixteenth and Seventeenth-Century Encounters. En L. Falk (Ed.), *Historical Archaeology in Global Perspective* (pp. 1-9). Smithsonian Institution Press, Washington.
- Earle, T. y Preucel, R. (1987). Processual archaeology and the radical critique. *Current Anthropology*, 28, 501-538.
- Ferguson, L. (1977). Historical archaeology and the importance of material things. En L. Ferguson (Ed.), *Historical Archaeology and the importance of Material Things* (pp. 5-8). Society for Historical Archaeology, Special Publication Series 2.
- Fitting, J. E. (1977). The Structure of Historical Archaeology and the Importance of Material Things. En L. Ferguson (Ed.), *Historical Archaeology and the importance of Material Things* (pp. 62-67). Society for Historical Archaeology, Special Publication Series 2.
- Funari, P. P. (1999). Historical archaeology from a world perspective. En P.P. Funari, M. Hall y S. Jones (Eds.), *Historical Archaeology*, (pp. 37-66). Routledge, Londres.
- Funari, P. P. (2004). Conflicto e interpretación en Palmares. En P. P. Funari y A. Zarankin (Eds.) *Arqueología histórica en América del Sur* (pp. 31-56). Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Funari, P. P., Hall, M. y Jones, S. (1999). Introduction: archaeology in history. En P.P. Funari, M. Hall y S. Jones (Eds.), *Historical Archaeology*, (pp. 1-20). Routledge, Londres.
- Funari P. P. y Zarankin, A. (2006). *Arqueología de la Represión y la Resistencia en América Latina 1960-1980*. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.
- Glassie, H. (1975). *Folk Housing in Middle Virginia: a Structural Analysis of Historic Artifacts*. Knoxville, University of Tennessee Press.
- Glassie, H. (1977). Archaeology and Folklore: Common Anxieties, Common Hopes. En L. Ferguson (Ed.), *Historical Archaeology and the importance of Material Things* (pp. 23-35). Society for Historical Archaeology, Special Publication Series 2.
- Gómez Romero, F. (2005). Introduction: a brief overview of the evolution of Historical Archaeology in Argentina. *International Journal of Historical Archaeology*, 9(3), 135-141.
- Gómez Romero, F. y Ramos, M. (1994). Miñana's fortlet historical archaeology research. *Historical Archaeology in Latin America*, 2, 15- 30.
- Gómez Romero, F. y Spota, J. C. (2006). Algunos comentarios críticos acerca de 15 años de arqueología en los fortines pampeanos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 31, 161-185.

1. La arqueología histórica como campo disciplinar

- Goñi, R. A. y Madrid, P. (1998). Arqueología sin hornear: sitios arqueológicos históricos y el Fuerte Blanca Grande. *Intersecciones*, 2, 69-83.
- Goñi, R. A. (2000). Arqueología de momentos históricos fuera de los centros de conquista y colonización: un análisis de caso en el sur de la Patagonia. En J. B. Belardi, F. Carballo Marina y S. Espinosa (Eds.), *Desde el País de los Gigantes. Perspectivas arqueológicas en Patagonia* (pp. 283-296). Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Río Gallegos.
- Hall, M. y Silliman, S. (2006). *Historical Archaeology*. Blackwell, Oxford.
- Hicks, D. (2008). Historical archaeology in Britain. En D. M. Pearsall (Ed.), *Encyclopedia of Archaeology* (pp. 1318-1327). Academic Press, San Diego.
- Hodder, I. (1985). Postprocessual Archaeology. En M.B. Schiffer (Ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol 8 (pp. 1-26). University of Arizona Press, Tucson.
- Hodder, I. (1991). Archaeological Theory in Contemporary European Societies: the Emergence of Competing Traditions. En I. Hodder (Ed.) *Archaeological Theory in Europe, the Last Three Decades* (pp. 1-24). Routledge, Londres.
- Johnson, M. (1996). *An archaeology of Capitalism*. Blackwell, Oxford.
- Johnson, M. (2010). *Teoría Arqueológica. Una introducción*. Ariel, Barcelona.
- Knapp, B. A. (1992). Archaeology and Annales: time, space and change. En B.A. Knapp (Ed.), *Archaeology, Annals and Ethnohistory* (pp. 1-22). Cambridge University Press, Cambridge.
- Lamberg-Karlovsky, B. (1989). Introduction. En B. Lamberg-Karlovsky (Ed.), *Archaeological thought in America* (pp. 1-16). Cambridge University Press, Cambridge.
- Landa, C. y Ciarlo, N. (2016). Arqueología histórica: especificidades del campo y problemáticas de estudio en Argentina. *Revista Quehaceres*, 3, 96-120.
- Leone, M. (1972). Archaeology as the science of technology: Mormon town plans and fences. En C. L. Redman (Ed.), *Research and Theory in Current Archaeology* (pp. 125-150). Willey and Sons, Nueva York.
- Leone, M. (1977a). Foreword. En S. South (Ed.), *Research Strategies in Historical Archeology* (pp. XVII-XXI). Academic Press, Nueva York.
- Leone, M. (1977b). The New Mormon Temple in Washington D.C. En L. Ferguson (Ed.), *Historical Archaeology and the importance of Material Things* (pp. 43-61). Society for Historical Archaeology, Special Publication Series 2.
- Leone, M. (1986). Symbolic, Structural and Critical Archaeology. En D. J. Meltzer, D. D. Fowler y J. A. Sabloff (Eds.), *American Archaeology, Past and Future* (pp. 415-438). Smithsonian Institution Press, Washington.
- Leone, M. (1988). The relationship between archaeological data and the documentary record: 18th century gardens in Annapolis, Maryland. *Historical Archaeology*, 22(1), 29-35.
- Lightfoot, K. (1995). Culture Contact Studies: Redefining the Relationship between Prehistoric and Historical Archaeology. *American Antiquity*, 60, 199-217.
- Little, B. (1994). People with History: An Update on Historical Archaeology in the United States. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 1, 5-40.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Little, B. (2007). *Historical Archaeology. Why the past matters?* Left Coast Press, Walnut Creek.
- Little, B. y P. Shackel (1996). The importance of Historical Archaeology in the United States. *World Archaeological Bulletin*, 7, 97-107.
- Lozny, L.R. (2014). Western Europe: Historical Archaeology. En C. Smith (Ed.), *Encyclopedia of Global Archaeology*. Springer, Nueva York.
- Moreland, J. (2001). *Archaeology and text*. Duckworth, Londres.
- Mehler, N. (2020). Historical archaeology in Europe. En C. E. Orser, A. Zarankin, P. P. Funari, S. Lawrence y J. Symonds (Eds.), *The Routledge Handbook of Global Historical Archaeology* (pp. 780-797). Routledge, Londres y Nueva York.
- Noël Hume, I. ([1969] 1975). *Historical Archaeology*. Knopf, Nueva York.
- Noël Hume, I. (1973). Historical Archaeology: who needs it? *Historical Archaeology*, 7, 3-10.
- Orser, C. E. (1996). *A Historical Archaeology of the Modern World*. Plenum Press, Nueva York.
- Orser, C. E. y Fagan, B. (1995). *Historical archaeology*. Harper Collins, Nueva York.
- Orser, C. E. (2010). Twenty-First-Century Historical Archaeology. *Journal of Archaeological Research*, 18(2), 111-150.
- Patterson, T. (1990). Algunas tendencias teóricas de la posguerra en la arqueología estadounidense. *Boletín de Antropología Americana*, 21, 5-23.
- Pedrotta, V. y Bagaloni, V. (2021). Un cuarto de siglo de arqueología histórica en las fronteras y espacios rurales de Argentina. *Latin American Antiquity*, 32 (2), 368-384.
- Pedrotta, V. y Gómez Romero, F. (1998). Historical Archaeology: an Outlook from the Argentinean Pampas. *International Journal of Historical Archaeology*, 2(2), 113-132.
- Predovnik, C. (2023). Historical archaeology at the interstices between archaeology and history: a history from things or an archaeology with texts? *Ars & humanitas*, XVII/2, 91-106.
- Raffino, R. C. e Igareta, A. (2003). Arqueología Histórica en Argentina. Cuadro de situación y perspectivas. *Revista de Arqueología Americana*, 22, 7-23.
- Ramos, M. (2001). El proceso de investigación en la denominada arqueología histórica. *Actas del Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 645-658). Corregidor, Buenos Aires.
- Ramenofsky, A. (1995). Evolutionary Theory and Native American Artifact Change in the Postcontact Period. En P. A. Teltser (Ed.), *Evolutionary Archaeology. Methodological Issues* (pp. 129-141). The University of Arizona Press, Tucson.
- Rathje, W. (1977). In Praise of Archaeology: Le Project du Garbage. En L. Ferguson (Ed.), *Historical Archaeology and the importance of Material Things* (pp. 36-42). Society for Historical Archaeology, Special Publication Series 2.
- Rogers, J. D. y Wilson, S. (1993). *Ethnohistory and archaeology: approaches to post-contact change in the Americas*. Plenum Press, Nueva York.
- Salerno, M. A., Cruz, M. J. y Zarankin, A. (2023). The first Antarctic laborers. En A. Howkins y P. Roberts (Eds.), *The Cambridge History of the Polar Regions* (pp. 407-429). Cambridge University Press, Cambridge.

1. La arqueología histórica como campo disciplinar

- Salerno, M., Cruz, M. J., Zarankin, A., Codevilla Soares, F. y Rigone, R. (2021). Arqueología, capitalismo y crítica. Ecos de Mark Leone en la arqueología histórica latinoamericana. *Vestigios*, 15(2), 175-194.
- Schuyler, R. (1970). Historical and Historic Sites Archaeology as Anthropology: Basic Definitions and relationships. *Historical Archaeology*, 4, 83-89.
- Senatore, M. X. (1995). Tecnologías Nativas y Estrategias de Ocupación Española en la región del Río de la Plata. *Historical Archaeology in Latin America*, 11.
- Senatore, M. X. (1999). Arqueología del contacto europeo-americano. Discusión teórica y modelos de análisis en áreas marginales. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, 3, 103-118.
- Senatore, M. X. (2007). *Arqueología e historia en la colonia española de Floridablanca. Patagonia, siglo XVIII*. Teseo, Buenos Aires.
- Senatore, M. X. y Zarankin, A. (1996). Perspectivas metodológicas en arqueología histórica. *Páginas sobre Hispanoamérica colonial*, 3, 113-122.
- Senatore, M. X. y Zarankin, A. (2002). Leituras da Sociedade Moderna. Cultura Material, Discursos y Prácticas. En A. Zarankin y M. X. Senatore (Eds.) *Arqueologia da Sociedade Moderna na América do Sul* (pp. 5-18). Ediciones del Tridente, Buenos Aires.
- South, S. (1974). Historical Archeology Papers: Method and Theory. *Research Manuscript Series* 55. University of South Carolina. https://scholarcommons.sc.edu/archanth_books/55
- South, S. (1977a). *Method and Theory in Historical Archaeology*. Academic Press, New York.
- South, S. (1977b). *Research Strategies in Historical Archaeology*. Academic Press, New York.
- South, S. (1978). Pattern Recognition in Historical Archaeology. *American Antiquity*, 43(2), 223-230.
- Trigger, B. (1989). History and contemporary American archaeology. En J. Lamberg-Karlovsky (Ed.), *Archaeological thought in America* (pp.19-34). Cambridge University Press, Cambridge.
- Trigger, B. (1992). *Historia del Pensamiento Arqueológico*. Crítica, Barcelona.
- Walker, I. C. (1967). Historic Archaeology: Methods and Principles. *Historical Archaeology*, 1, 23-33.
- Walker, I. C. (1972). Binford, Science, and History: the Probabilistic Variability of Explicated Epistemology and Nomothetic Paradigms in Historical Archaeology. *The Conference on Historic Site Archaeology Papers*, 7, 159-201.
- Zarankin, A. (1994). Arqueología Urbana: hacia el desarrollo de una nueva especialidad. *Historical Archaeology in Latin America*, 2, 31-40.
- Zarankin, A. y Salerno, M. (2007). El sur por el sur. Una revisión de la arqueología histórica sudamericana. *Vestigios*, 1(1), 5-25.

Capítulo 2

Origen y desarrollo de la arqueología histórica en Argentina

Victoria Pedrotta

La conformación de la arqueología histórica como especialidad de la arqueología, con la demarcación de su objeto de estudio y un perfil teórico-metodológico propios, comenzó hacia finales de la década de 1980 y se intensificó especialmente durante la década siguiente. Hasta entonces, los trabajos arqueológicos que tocaban temas referidos al período posterior a la conquista española o que abordaban contextos para los cuales se disponía de información procedente de fuentes documentales no se identificaban con la arqueología histórica como campo disciplinar, ya que el propio campo tampoco estaba constituido. Sin embargo, desde fines del siglo XIX se reportaron hallazgos arqueológicos que corresponden al período posthispanico en diferentes partes del país y, a lo largo de la centuria siguiente, se llevaron a cabo trabajos de campo en poblados y fortificaciones coloniales, cementerios indígenas que evidencian el contacto cultural interétnico, entre otros sitios, que representan antecedentes importantes para el desarrollo disciplinar.

En este capítulo se hace una revisión de todos esos antecedentes, considerando los focos centrales de interés de las pesquisas, los contextos abordados y los hallazgos efectuados, la incorporación o no de datos procedentes de las fuentes escritas, así como el tipo de intervenciones que fueron realizadas en el terreno. En la última sección se aborda con más detalle el desarrollo notable ocurrido en las décadas de 1980-1990, que conllevó la delimitación de la arqueología histórica como campo especializado de la arqueología. Eso fue seguido por su progresiva consolidación y formalización institucional, junto al paulatino reconocimiento en el campo disciplinar durante las décadas siguientes. Al respecto, se destacan la variedad de problemas y sitios arqueológicos estudiados, la formación de equipos y proyectos a largo plazo, la expansión de los espacios académicos y el surgimiento de líneas indagación novedosas.

Las primeras incursiones en un campo en formación

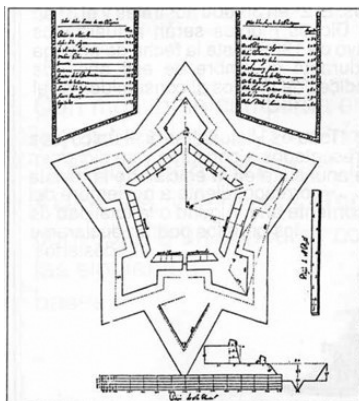
A fines del siglo XIX y comienzos del XX, en el período que Madrazo (1985) caracterizó como los “inicios positivistas” de la antropología en Argentina, se produjeron algunos hallazgos que pueden considerarse antecedentes para la arqueología histórica, en el contexto de expediciones efectuadas en distintas zonas del país que tuvieron intereses y objetivos diversos. Los estudiosos que llevaron a cabo esas expediciones -a menudo unipersonales y con el auspicio de grandes museos y asociaciones científicas- tenían variadas formaciones, muchos eran autodidactas dedicados a las ciencias naturales con un enfoque evolucionista mientras que otros tenían una orientación historicista y documentalista. Desde esta segunda perspectiva se emprendió la búsqueda de poblados españoles que habían sido fundados en los comienzos del período colonial, para cuya localización se tomó como base el estudio minucioso de crónicas y fuentes documentales tempranas, iniciando una línea de indagación que tuvo continuidad en el tiempo. De este modo, Samuel Lafone Quevedo efectuó la búsqueda del antiguo poblado de El Barco, que había sido fundado en 1550 a orillas del río Dulce, en la región del Tucumán, e indagó la posibilidad que las ruinas próximas al río Quimivil, en la provincia de Catamarca, correspondieran a Londres, otro poblado español que se había fundado en 1558 (Igareta y Schávelzon, 2011).

A comienzos del siglo XX, Juan B. Ambrosetti realizó un estudio somero de los restos arquitectónicos del casco de la estancia Molinos, en la provincia de

2. Origen y desarrollo de la arqueología histórica en Argentina

Salta, un establecimiento colonial del siglo XVII (Ambrosetti, 1903). En otro trabajo, este autor identificó pequeñas piezas de bronce de varias colecciones arqueológicas procedentes de los Valles Calchaquíes, concluyendo que formaban parte de los estribos que habían utilizado los conquistadores españoles (Igareta y Schávelzon, 2011).

Figura 2.1 Plano del proyecto del fuerte Santa María de la Concepción de Luján (1671)



Fuente: Archivo General de Indias (España)

En la cuenca del Río de la Plata, Félix Outes (1902), apoyado en un exhaustivo análisis cartográfico y documental, localizó los restos del pequeño fuerte Sancti Spíritus -el primer asentamiento español en el actual territorio de Argentina- sobre la confluencia de los ríos Coronda y Carcarañá, junto a varios asentamientos indígenas contemporáneos. Además, este investigador reinterpretó el hallazgo de un conjunto de montículos ubicados en la localidad bonaerense de Pilar -que inicialmente había considerado túmulos de indígenas guaraníes- como los baluartes de una fortificación de planta pentagonal. A partir de fuentes inéditas halladas posteriormente en el Archivo General de la Nación, pudo establecer que el sitio era el fuerte Santa María de la Concepción de Luján, que había sido erigido en 1671 (Outes, 1906).

Eric Boman encabezó una expedición arqueológica a la provincia de La Rioja en 1914 cuyos resultados, publicados póstumamente, dieron cuenta de la existencia de diversos contextos posthispánicos. En la localidad de Amilgancho, relevó diferentes estructuras arquitectónicas de pirca, adobe

y madera rodeadas por un vallado de tierra, que consideró restos de una estancia colonial española. En un lugar próximo, denominado El Cantadero, este investigador excavó el enterratorio de un individuo cuyo ajuar contenía una cuenta de vidrio de gran tamaño y destacó su importancia “pues el hallazgo de ellas indica con certeza ya que el yacimiento es posterior a la conquista y con toda probabilidad del siglo o por lo menos de los dos siglos que la seguían” (Boman, 1927-1932:89). Asimismo, siete leguas al noroeste de Aimogasta, en una zona medanosa cerca del río Colorado, localizó las ruinas de Fuerte del Pantano, que había sido originariamente un presidio y reducción indígena fundados por Jerónimo Luis de Cabrera en 1633. Allí Boman relevó restos arquitectónicos de la fortificación y de viviendas indígenas en las inmediaciones, recuperando fragmentos de cerámica, estatuillas, torteros, elementos de molienda, puntas de proyectil y objetos asociados a la ocupación española, como espuelas y adornos del estribo de latón, entre otros (Boman, 1927-1932). Años después esta zona fue objeto de tres expediciones arqueológicas realizadas por Julián Cáceres Freyre (1937), quien relevó nuevas estructuras de adobe y tapia, identificó dos torreones del fuerte y recolectó en superficie materiales arqueológicos prehispánicos y del siglo XVII.

Un caso muy relevante es la excavación que realizó Salvador Debenedetti del cementerio de la reducción franciscana Santiago de Baradero, emplazada en una barranca sobre un brazo del río Paraná, en la actual ciudad bonaerense de San Pedro. Allí se exhumó un entierro múltiple y 14 entierros individuales, ocho de los cuales estaban acompañados por ajuares funerarios formados por discos, laminillas y placas triangulares de latón, así como, numerosas cuentas de valva y de vidrio. El investigador estableció la procedencia hispánica de las piezas de latón y las cuentas de vidrio e interpretó el sitio como parte del cementerio de la mencionada reducción, que había sido fundada por Hernandarias en 1615, apoyándose en información documental que recabó en el archivo parroquial local (Debenedetti, 1911).

Poco tiempo después, se hallaron otros cementerios indígenas no asociados a reducciones. Estos eran contextos mayoritariamente prehispánicos que contenían algunas inhumaciones cuyos ajuares funerarios estaban integrados por elementos culturales de origen indígena y otros de procedencia europea. El primero se localizó en la zona de Viluco, un valle árido al sur de Mendoza, donde se encontró un conjunto de entierros situados en un gran médano, muchos de los cuales habían sido huaqueados en busca de objetos de plata. Allí realizó excavaciones el profesor Carlos Reed,

director del Museo Educacional comisionado por la Dirección General de Escuelas de esa provincia. Los entierros estaban dispersos en el médano, la mayoría eran individuales y algunos estaban acompañados por diversos objetos, que fueron descriptos someramente por Reed (1918) y luego analizados en detalle por Boman (1920). Estos ajuares consistían en piezas de cerámica (escudillas, platos, ollas y jarros) en su mayoría toscas, artefactos líticos (puntas de proyectil, bolas de boleadora, moletas, entre otros), un punzón y una pinza de cobre, pendientes de latón, gran cantidad de cuentas de vidrio, de madera y de valvas de molusco, entre otros. Un entierro tenía dos hemimandíbulas de puma a modo de collar, una lanza con una punta hecha con un cuchillo de hierro, puntas de proyectil de calcedonia y dos vasos de alfarería roja. Otro entierro contenía un silbato de arcilla cocida, similar a las *pifilcas* de los pueblos araucanos, con un fragmento de clavo de hierro incrustado, una cuchara de plata y una punta pequeña de obsidiana.

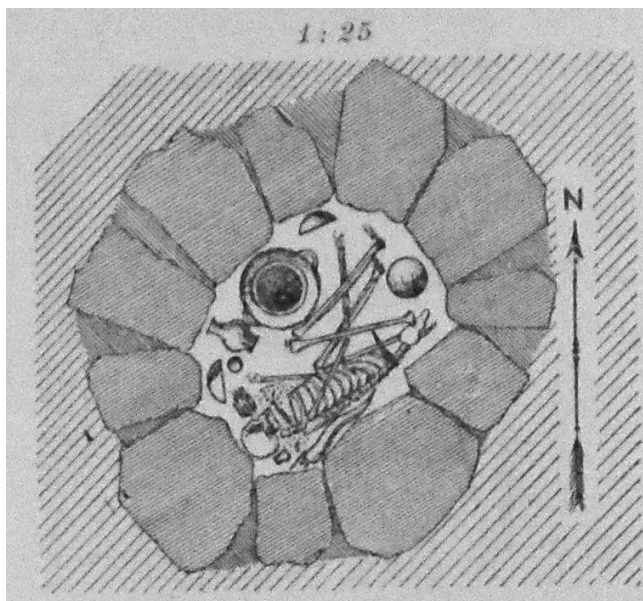
Boman asoció estos entierros con las poblaciones indígenas locales, agricultores sedentarios que vivían en las proximidades, donde se registraron varias rocas con morteros, así como la presencia de manos y moletas. Asimismo, propuso que el clavo pudo haber sido obtenido en barcos naufragados sobre las costas del Pacífico o del Atlántico, ya que en el sitio también se encontraron conchas marinas procedentes de ambos océanos. Este autor hizo una reseña de todas las cuentas de vidrio que habían sido reportadas hasta entonces en Argentina y en otros países, a la que sumó un detallado informe sobre el origen y la evolución de sus técnicas de elaboración, para concluir que las cuentas halladas en los contextos arqueológicos funerarios del país procedían de Venecia y Murano y databan entre los siglos XV y XVI (tema que se trata en el capítulo 7).

Dos años después, Luis M. Torres publicó un trabajo sobre su exploración del sitio Viluco a fines de 1919, cuando efectuó excavaciones en un médano al sur del sector que había sido intervenido por Reed y en el mismo sector del cementerio. Allí se recuperaron huesos humanos deteriorados y fragmentados, restos de cerámica de pasta fina y un jarro completo decorado con pintura roja y motivos geométricos, en contextos redepositados por las previas excavaciones de Reed. En las proximidades, se localizaron tres yacimientos con restos de alfarería roja y negra, piedras de moler y un tembetá, presumiblemente prehispánicos. De mayor importancia resultó el estudio posterior del Cerro de la Sepultura, unos 75 km al sur de la ciudad de San Carlos. Torres excavó un sector con entierros situado sobre la ladera

norte, formado por hileras y acumulaciones de lajas y exploró los restos de dos pequeñas viviendas cercanas, cuyas paredes estaban hechas con lajas de andesita. En el cementerio, que había sido perturbado por acción de huaqueros y roedores, halló restos humanos fragmentados y en mal estado de conservación, tiestos, puntas de flecha, hojas de cuchillo, frenos y otros objetos de hierro, restos de bronce, huesos de caballo y perro, así como unas 300 cuentas de vidrio, entre otros. Este autor consideró que los hallazgos del cerro de la Sepultura eran más modernos que los de Viluco (que dataría del período Colonial), quizá de comienzos del siglo XIX (Torres, 1923:304-305).

De forma contemporánea, se reportó la existencia de otros contextos funerarios indígenas con ajuares similares procedentes de la localidad de Caspinchango, al pie de una serranía de las estribaciones de la Sierra del Aconquija en el valle de Yocavil, provincia de Catamarca. Una expedición encabezada por Vladimiro Weiser en 1921 efectuó el relevamiento topográfico y la excavación de dos sectores con entierros, que llamó cementerios Monte Redondo y Rico, y fueron analizados luego por Debenedetti (1921). Por su proximidad a sectores con terrazas de cultivo y viviendas dispersas, el autor consideró que ambos cementerios habían pertenecido a pequeños núcleos de familias agricultoras que aprovechaban el agua de dos arroyos en la parte alta del valle. En el cementerio Rico, ubicado en un sector con acumulaciones y alineamientos de piedras, se excavaron diez sepulturas, la mayor parte de las cuales estaba formada por cámaras revestidas con piedras y tapadas con lajas, con cuerpos de uno hasta tres individuos adultos en posición de cuclillas. Los ajuares comprendían numerosas piezas de cerámica local (vasijas, ollas, vasos, platos), puntas de flecha de hueso, hojas de cuchillos y hebillas de hierro, cascabeles y cintas de cobre, cuentas de vidrio, piezas de cerámica esmaltada tipo mayólica (ver capítulo 6), cucharitas, agujas y laminillas de plata, entre otros restos. En el cementerio más pequeño de Monte Redondo, situado en una plataforma sobre una ladera con alineaciones circulares de piedras, se excavaron once sepulcros de características semejantes a los anteriores, pero sin ajuares tan numerosos y diversos como el cementerio Rico. El entierro más llamativo contenía un individuo en cuclillas acompañado por seis vasos de cerámica, manojos de puntas de flecha de hueso, hojas de cuchillo y una hebilla de hierro, junto a fragmentos de cuero que, posiblemente, pertenecían a un cinturón.

Figura 2.2 Sepulcro VIII del Cementerio Rico de Caspinchango



Fuente: Ilustración reproducida de Debenedetti (1921:16)

La cerámica de las tumbas comprendía cántaros, vasos y ollas (algunas con pie y asas); como muchas de ellas estaban recubiertas de hollín, Debenedetti dedujo que no se trataba de piezas de carácter funerario. También destacó que eran piezas más toscas y ordinarias que la cerámica prehispánica local en su confección, sus formas y decoración, diferencias que, sumadas a su falta de correspondencia con respecto a los tipos “clásicos” de cerámica del valle de Yocavil y a la ausencia de objetos asociados al período Inca, lo llevaron a afirmar que no podían haber sido hechas por la misma población. Según este autor, la alfarería

demuestra evidentemente la entrada de la cultura hispánica en una época relativamente cercana, durante la cual los clásicos y hermosos tipos tan conocidos y estudiados habían caído en desuso absoluto, aun cuando los nuevos pobladores utilizaron, para inhumar a los individuos adultos en cámaras de piedra, los viejos cementerios de niños dispersos en la comarca. Esta superposición de culturas y de inhumaciones, de caracteres tan distintos, asigna a la arqueología de Caspinchango un valor estimable, pues fija, en definitiva, su posición cronológica (Debedenetti, 1921:29).

La interpretación de Debenedetti acerca de la “decadencia” en la que se hallaba la población indígena del Valle de Yocavil durante el período que siguió a la conquista española fue entonces cuestionada por Outes (1921) y varias décadas después por Alejandro Haber (1999). Al mismo tiempo, el investigador avanzó en la identificación de los objetos de procedencia española con diverso grado de precisión. Así, una pequeña olla elaborada en torno con la superficie exterior esmaltada se clasificó como “loza de Talavera” (ver capítulo 6), igual que un tortero hecho con un fragmento similar. También se registraron cascabeles y una perilla de cobre, hojas de cuchillo y hebillas de hierro asociadas a lonjas de cuero, interpretadas como “prendas de uso personal de los conquistadores” (Debenedetti, 1921:37). Se planteó que las cuentas de vidrio -análogas a las de Baradero (ver capítulo 7)- podían haber sido transportadas por misioneros para evangelizar a los indígenas locales. Debenedetti resaltó que eran hallazgos trascendentales para la arqueología regional ya que fijaban “un nuevo y primer punto de referencia insospechable en la cronología” del valle de Yocavil, donde hasta entonces no había evidencias del contacto entre “la cultura traída por los conquistadores y la que dominaba entre los aborígenes de la comarca” (1921:7).

Otra línea de indagación abordó el impacto de la conquista española sobre las poblaciones cazadoras recolectoras, aplicando modelos de desarrollo cultural evolucionistas unilineales que, trasladados de la prehistoria del Viejo Mundo, se articularon en marcos geológicos locales de referencia. Francisco Moreno (1874) clasificó los materiales que recolectó en varios lugares de la región pampeana en dos épocas arqueológicas, separadas por una época intermedia: paleolítica y neolítica, siendo esta última posterior a la conquista. Para ello se basó en criterios morfológicos y tecnológicos sobre el grado de “perfección” en la elaboración de las piezas, principalmente el material lítico. Este naturalista destacaba que “las puntas de flechas y de dardo...muestran perfectamente caracterizadas y escalonadas, las tres épocas en que he dividido la edad de la piedra” (Moreno, 1874:141). Estanislao Zeballos, por su parte, separó el desarrollo de los pueblos indígenas pampeanos en dos épocas: la prehistórica, anterior a la llegada de los europeos a América, y la histórica, que comprendería “la época misma de la Conquista y los siglos siguientes” (Ameghino, [1880] 1915:220). Florentino Ameghino adoptó esta clasificación y señaló la necesidad de separar los restos de “industria indígena exclusiva” de la que había sufrido “la influencia de la civilización europea” (Ameghino, [1880] 1915:220), proponiendo una secuencia que integraba la información geológica y arqueológica recabada por Moreno

y Zeballos. De este modo, Ameghino vinculó la época arqueológica “histórica” a los tiempos geológicos recientes, la ubicó estratigráficamente en los “aluviones contemporáneos” y la asoció tanto a especies introducidas como a la fauna autóctona actual. Este autor enfatizó el valor de los restos de caballo como indicador bioestratigráfico de la época “histórica”, dada su rápida multiplicación desde el arribo de los españoles al Río de la Plata (ver capítulo 4) y el impacto de su incorporación entre los indígenas locales (Ameghino, [1880] 1915: 221).

Un tema que también ocupó la atención de estos investigadores fue la vinculación de los restos arqueológicos con los pueblos que describieron los primeros cronistas europeos en la Cuenca del Plata. Así, se procuró identificar elementos materiales atribuibles a querandíes, guaraníes o pampas, con apoyatura documental que ratificara su continuidad cultural¹. Manuel Trelles inició una polémica en 1862 con la publicación de “Memoria sobre el origen de los indios querandíes”, afirmando que eran de origen y filiación guaraní, a partir de un análisis de fuentes documentales inéditas de los siglos XVI y XVII y crónicas, como las de Schmidel ([1563-1565] 1945) y Díaz de Guzmán ([1612] 1945). En contraposición, otros estudiosos, como Azara ([1809] 1969), consideraban que los querandíes originalmente habitaban la región pampeana y se habían retirado al interior en las décadas posteriores a la llegada de los conquistadores, que entonces eran los grupos llamados pampas o puelches y que estaban emparentados con los araucanos. Este debate continuó hasta fines del siglo XIX con la intervención de diferentes estudiosos como Moreno y Burmeister, quienes cuestionaron a Trelles, mientras que Ameghino apoyó sus conclusiones y agregó más elementos en respaldo. Interesa señalar que los argumentos de unos y otros se basaron en fuentes documentales, que buscaban vincular con la información arqueológica que comenzaba a ser recabada esos años mediante el estudio de sitios localizados en el delta y el litoral norte bonaerense, las cuencas fluviales próximas a la ciudad de Buenos Aires y varios arroyos y lagunas al norte del río Salado (Ameghino, [1880] 1915; Moreno, 1874; Moreno et al., 1876; Pico y Zeballos, 1878; entre otros).

1 Es una aplicación pionera de lo que luego se llamó el “método histórico directo” en la arqueología norteamericana.

Pueblos y reducciones, primeras periodificaciones (1940-1980)

El hallazgo de un conjunto de enterratorios indígenas en la estancia Hue-mul, situada en la península homónima sobre el lago Nahuel Huapi, suscitó la intervención de Milcíades Vignati, comisionado por el Museo de La Plata, para identificar su origen y cronología. El nombrado analizó los hallazgos y el contexto de inhumación, que consistían en 13 cuerpos dispuestos a una distancia regular, en posición decúbito dorsal, con los miembros inferiores estirados y los brazos cruzados con las manos juntas, en un caso con restos de madera que podrían haber correspondido a una cruz. Las características de los cráneos fueron asociadas a grupos indígenas. Los ajuares estaban formados por un cántaro globular, un mortero, un disco de hierro grabado y repujado, y restos óseos de perro doméstico. Esta combinación de elementos típicos de los entierros indígenas, con las prácticas de disposición de los cuerpos de la religión católica, llevó a Vignati (1936:317) a interpretar el sitio como un “cementerio de indios cristianos”. Teniendo en cuenta algunas fuentes escritas vinculadas a las misiones jesuitas que se habían fundado en la zona a fines del siglo XVII e inicios del XVIII, se postuló que podría tratarse del cementerio de éstas o de una etapa inmediatamente posterior a su abandono.

A fines de la década de 1940 comenzó el estudio de Santa Fe La Vieja, una ciudad fundada por Juan de Garay en 1573 que debió ser trasladada en 1660 al emplazamiento de la actual capital de la provincia de Santa Fe. Agustín Zapata Gollán, abogado, periodista, escritor e historiador local, llevó a cabo el abordaje arqueológico pionero de este sitio que acompañó con la búsqueda y análisis de fuentes documentales en diferentes archivos sobre la historia de la ciudad y los pueblos indígenas de la zona. Los trabajos de campo, encomendados entonces por el gobierno provincial, permitieron identificar la traza urbana original en damero, relevar restos arquitectónicos de tapia y recuperar entierros humanos en estructuras que fueron identificadas como las iglesias de San Francisco, Santo Domingo y La Merced. Asimismo, se localizaron las ruinas del Cabildo y de numerosas viviendas, muchas de las cuales pudieron ser asociadas con datos escritos acerca de sus propietarios, así como los sepulcros antedichos (Zapata Gollán, [1953] 2022). Mediante esas investigaciones se formó una cuantiosa colección arqueológica de objetos asociados a la vida cotidiana de los siglos XVI y XVII, notable por su diversidad y buen estado de conservación, además de una gran cantidad de materiales constructivos, tales como ladrillos, baldosas y tejas. Las tierras donde se halla Santa Fe La Vieja fueron expropiadas por el gobierno provincial y en 1957 las ruinas de la ciudad fueron declaradas Monumento Histórico Nacional. El cese de las inves-

tigaciones de Zapata Gollán marcó un hiato hasta la década de 1990, cuando se emprendieron nuevos proyectos y estudios puntuales, tanto sobre la colección como en el sitio arqueológico (ver capítulo 8).

También en la década de 1940 se comenzó a investigar un sitio arqueológico en la región chaqueña conocido como “las ruinas del km 75”, que se consideraba que podían corresponder a la antigua Concepción del Bermejo, una ciudad que había sido fundada por Alonso de Vera y Aragón en 1585 y abandonada en 1631. Las ruinas fueron descubiertas con motivo de la apertura de un camino por Juan Alfredo Martinet en 1943; ese año, el lugar donde se asentó la ciudad fue declarado Lugar Histórico. Paralelamente, se hicieron relevamientos arqueológicos en el terreno coordinados por Ana Biró de Stern, directora del Museo de Ciencias Naturales de Corrientes, junto a estudiosos locales como monseñor José Alumni y el nombrado Martinet. Estos trabajos permitieron identificar tramos del muro perimetral, la traza de algunas calles y manzanas, cimientos y paredes de viviendas de tapia, entre otras estructuras arquitectónicas, así como recolectar en superficie gran cantidad de fragmentos de alfarería indígena, sumados un fogón hallado en un sondeo donde se recuperaron cenizas, carbones, huesos muy fragmentados, dos municiones esféricas de plomo y tiestos de “loza talavera”. Sin entrar en el debate acerca de si el sitio arqueológico pertenecía a la antigua Concepción del Bermejo, la investigadora propuso preliminarmente que se trataba de los restos de una población colonial en la que habían convivido poblaciones españolas e indígenas (Biró de Stern, 1945).

Dos décadas después, el historiador Eldo Morresi emprendió el estudio sistemático del sitio “km 75” en el marco de un proyecto de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste, con el objetivo de comprobar si eran, en efecto, las ruinas de Concepción del Bermejo. Este investigador realizó excavaciones a partir de las que reconstruyó la traza urbana en damero, recuperó numerosos restos materiales y realizó una datación por C_{14} sobre carbón vegetal que, si bien arrojó un valor alejado de la ocupación española, constituye el primer fechado para un sitio colonial en Argentina (Morresi, 1970)². Los hallazgos comprenden principalmente candelabros y platos de cerámica, boquillas y hornillos de pipas, morteros de madera, entre otros restos, que conformaron una colección de referencia para la arqueología regional (Morresi, 1971). En base a estos trabajos, se consideró que las ruinas del km 75 correspondían a la ciudad, rectificándose así su declaratoria como

2 Cabe aclarar que la datación por radiocarbono no es un método de uso frecuente en arqueología histórica ya que, por un lado, muchas fechas caen dentro del rango “moderno” de este método, y por otro lado, existen otras formas de realizar estimaciones cronológicas más precisas.

Una introducción a la Arqueología Histórica

Lugar Histórico en 1979. Las pesquisas de Morresi se vieron interrumpidas por su fallecimiento en la década de 1980 y los trabajos arqueológicos fueron retomados en la década siguiente (ver capítulo 8).

Años después Morresi planteó que en la ciudad y su entorno había ocurrido un proceso de “simbiosis” o “mestizaje” cultural a partir del contacto y la convivencia entre dos culturas durante casi medio siglo, que se refleja en el material arqueológico y que da entidad a la “arqueología del contacto hispano indígena” (Morresi, 1983:395-397). Aunque la aculturación indígena fue incompleta, según el investigador, dicha simbiosis se evidencia en la asociación de materiales indígenas, hispano indígenas e hispánicos en los mismos depósitos y en la mezcla de rasgos de distinto origen observables en la forma, la tecnología y la funcionalidad de los objetos. Dado que no consideraba adecuado el término “colonial”, propuso una secuencia cronológica donde ubicó Concepción del Bermejo en el primer período histórico “Temprano hispano-indígena” (Tabla 2.1).

Tabla 2.1 Periodificación propuesta por Eldo Morresi

Período	Nombre	Duración
Primer período histórico	Temprano hispano-indígena	1535-1650
Segundo período histórico	Medio hispánico	1650-1810
Tercer período histórico	Reciente nacional	1810 en adelante

Fuente: Reproducido de Morresi (1983:396)

Dentro de la misma región chaqueña, en 1946 los aficionados ya nombrados -Martinet y Alumni- localizaron en las cercanías del río Bermejo, unas 14 leguas hacia el norte de la localidad de Castelli, los restos de la reducción de Nuestra Señora de los Dolores y Santiago de la Cangayé, que había sido fundada en 1780 para grupos indígenas mocovíes por Francisco Gabino Arias. La reducción fue declarada Lugar Histórico en 1943, aunque en ese entonces sus restos arqueológicos no se habían ubicado en el terreno. Guiados por el diario de la expedición al Chaco del mencionado Arias, que contenía un plano de la reducción y un croquis con su ubicación, Alumni y Martinet realizaron una expedición durante la cual hallaron restos de paredes de adobe en un terreno con un monte espeso. Allí limpiaron una estructura que correspondería a la

iglesia, donde había pozos de saqueo, y debajo del piso en el sector del altar recuperaron un esqueleto humano que supusieron era del padre José Bernardo Sena, misionero fundador de la reducción (transcrito en Goicochea, 1983:333-340).

Hacia la década de 1960, el arquitecto José Moukarzel y la historiadora Amalia Gramajo comenzaron a investigar las ruinas de Ibatín, antigua ciudad de San Miguel de Tucumán, que había sido fundada en 1565 por Diego de Villaroel en las inmediaciones del río Pueblo Viejo. Estas pesquisas retomaron la búsqueda documental que habían realizado historiadores locales en base a la cual se declaró de utilidad pública y sujeto a expropiación el terreno donde estaba el núcleo urbano de la ciudad en la década de 1940. Con apoyo de las autoridades provinciales y del Archivo Histórico de Tucumán, Gramajo efectuó trabajos de campo en los cuales se desmalezaron unas veinte manzanas, se identificó la traza en damero, la plaza central, calles y manzanas, y se realizaron excavaciones descubriendo cimientos, pisos, desagües y brocales. Se identificaron el Cabildo, la iglesia matriz y las iglesias de la Compañía de Jesús, la Orden Franciscana y Nuestra Señora de la Merced. Los hallazgos incluyen materiales constructivos, como tejas, ladrillos y baldosas, cerámica colonial monocroma (jarras, cántaros y candeleros), fragmentos de vajilla de “loza de talavera” y gran cantidad de piezas de metal (cuchillos, alfileres, tijeras, llaves, clavos, hebillas, monedas, cruces, cascabeles, etc.). Se estableció un único nivel de ocupación correspondiente a los 120 años de vida de la ciudad, que fue trasladada en 1685 a otro emplazamiento. De forma simultánea, Gramajo (1976:141), investigó “las áreas de asentamiento hispánico en el territorio santiagueño y el proceso de hispanización a través de los rasgos culturales de la alfarería” desde una perspectiva teórica que concebía la aculturación como resultado inevitable y directo del contacto hispano-indígena.

A comienzos de la década de 1970, se hicieron estudios someros en una zona donde podría haber estado la misión franciscana Pura y Limpia Concepción de Nuestra Señora de Itatí, que había sido fundada en 1615 en la costa del río Paraná, en la actual provincia de Corrientes. La misión comenzó con la construcción de un templo y casa parroquial en un lugar cuya ubicación no precisan las fuentes documentales ni acuerdan quienes han investigado esta cuestión. Las referencias textuales que pueden asociarse a la misión son el puerto Santa Ana -una zona reparada donde recaló la expedición de Sebastián Gaboto-, el topónimo guaraní Taba-cué y el cacique local Yaguarón, con quien interactuó el mencionado Gaboto. Las prospecciones que efectuaron en la zona Beatriz Lorenzi de Núñez Regueiro y Víctor Núñez Regueiro (1973) reportaron un sitio con cerámica corrugada de tradición guaraní, que no co-

rrespondería a la ubicación de dicha misión, cuya investigación arqueológica continúa pendiente.

En los Valles Calchaquíes, Miriam Tarragó y Víctor Núñez Regueiro realizaron trabajos arqueológicos en un conjunto de asentamientos indígenas –los sitios Alumbraera, Tafí/Ingenio del Arenal, Itatí y Cachi Adentro– que contenían elementos culturales de origen español y fueron interpretados desde la perspectiva de la teoría de la aculturación. En particular, Cachi Adentro fue comparado con Caspinchango por la coexistencia de objetos de origen europeo semejantes junto a otros de tradición indígena, concluyendo que “dos grupos del último momento aborígen, con patrones culturales propios y diferente identidad cultural, mantuvieron contacto entre sí y con los españoles, provocando la incorporación de rasgos de dos orígenes distintos” (Tarragó y Núñez Regueiro, 1972:46).

Años después, recuperada la democracia y de regreso del exilio, Tarragó profundizó el análisis de las colecciones procedentes del cementerio de Cachi Adentro, donde Pío Pablo Díaz había excavado unos 15 entierros individuales, de adultos y niños, con profusos ajuares. Los ajuares comprendían ollas toscas y decoradas, escudillas, puntas de hueso o manojos de palitos asociados, en varios casos, a astiles, arcos, torteros y cucharas de madera, pastillas de ocre, objetos de hierro y de cobre, collares de cuentas de vidrio, entre otros elementos. El estudio comparativo de la cerámica evidenció continuidades tecnológicas de la tradición prehispánica (composición de la pasta, colores y pigmentos), semejanzas en las formas con las ollas estilo Caspinchango, así como cambios notables en los patrones decorativos. Otras diferencias entre Cachi y Caspinchango refieren al tipo de tumbas –en foso con cámara lateral y en cista, respectivamente–, en tanto los objetos de origen europeo son semejantes. La investigadora contextualizó la interpretación en diálogo con fuentes documentales tempranas, incorporando información acerca de las relaciones intra e interétnicas, en especial el proceso de dominación incaica, datos sobre las vías de ingreso de cultivos, animales domésticos y bienes introducidos y la instalación efectiva de poblados, templos y encomiendas en la región, que ocurrió recién a mediados del siglo XVII. Tarragó (1984:154) concluyó que, en los inicios de la conquista, posiblemente en la segunda mitad del siglo XVI, la población indígena local participó de procesos de contacto socio-cultural con los españoles pero sin haber sido dominada por ellos.

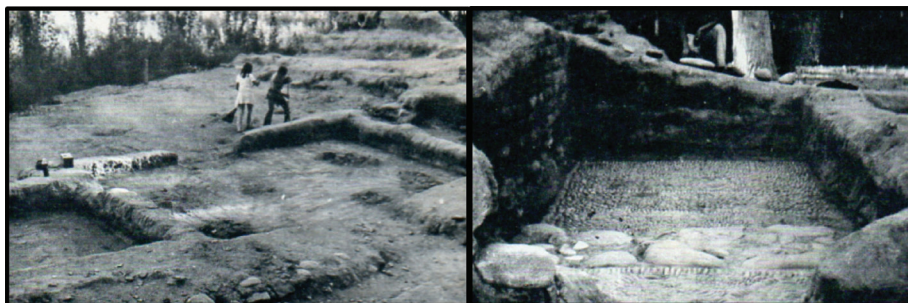
A fines de la década de 1970 y comienzos de la siguiente, Eduardo Berberían encabezó investigaciones arqueológicas en la zona de Potrero de Garay, en el valle de los Reartes, en la provincia de Córdoba. Allí se realizaron excavaciones en una lomada que dejaron al descubierto los restos de al menos ocho re-

cintos de planta rectangular y otros de planta subcircular y menor tamaño, debajo de cuyos pisos se hallaron enterratorios individuales hechos directamente en tierra, sin ajuares funerarios, salvo uno; además, se identificaron algunos fogones y recuperaron numerosos materiales, como elementos de molienda, puntas de hueso, hachas y perforadores. El fechado radiocarbónico sobre materiales orgánicos arrojó una datación de 310 ± 75 años AP. Dada la ausencia de elementos culturales de origen español, los autores se inclinaron por tomar su margen de error inferior que refiere a 1565 años calendáricos y consideraron que se trataba de ocupaciones que correspondían a los “últimos grupos aborígenes que habitaron las serranías cordobesas” (Berberian et al., 1983:71). Asimismo, retomando un debate historiográfico y en base a datos tomados de varias fuentes documentales tempranas, especialmente una relación de 1573 vinculada a Gerónimo Luis de Cabrera, junto a las evidencias arqueológicas, el lugar fue interpretado como un sector de viviendas indígenas del tipo casas pozo o semi-pozo.

Durante este periodo el cementerio de Viluco³, junto a otros contextos funerarios semejantes localizados en las provincias de Mendoza y San Juan, fue reanalizado por Humberto Lagiglia quien definió una cultura arqueológica -que denominó Viluco- sobre la base de las colecciones procedentes de dichos sitios y esbozó su desarrollo desde una perspectiva histórico-cultural. Según este autor, dicha cultura tuvo sus orígenes en la etapa agroalfarera local y una primera etapa, que denominó Viluco I, entre los años 1000 y 1300; luego, hacia 1450, comenzó a recibir influencias incaicas que llevaron a su aculturación y se reflejan especialmente en la cerámica de la breve fase que llamó Viluco II, epigonal o período Incaico. Posteriormente, esta cultura recibió influencias hispánicas que no llegaron a producir un cambio cultural significativo, sino que se evidencian solo por la incorporación de ciertos objetos y, casi en forma simultánea, desde el sur de la región se recibieron “influencias masivas araucanas”, cuyo impacto condujo, a mediados del siglo XVII, a la “total reabsorción y extinción de los portadores de la Cultura de Viluco, etnohistóricamente conocidos como Huarpes Millcayac y Allentiac” (Lagiglia, 1976:228). Cabe señalar que este autor utilizó información procedente de fuentes escritas, especialmente crónicas tempranas, que buscó integrar en la interpretación de las evidencias arqueológicas.

3 Este sitio y los materiales procedentes del mismo fueron objeto de interés para muchos investigadores. Así, luego de los trabajos iniciales de Reed y Boman, se sumaron los de Torres, Metraux y Rusconi, en las décadas siguientes.

Figura 2.3 Excavaciones en el Fuerte San Rafael del Diamante. Izquierda: habitación de la comandancia. Derecha: habitación 1



Fuente: reproducido de Lagiglia (1983b:170 y 173)

Lagiglia (1983a) también llevó a cabo una investigación pionera sobre asentamientos mineros en la zona de Paramillos del Valle, que fueron centros de extracción de oro, plata y cobre durante el período Colonial, en los que identificó restos de viviendas y sectores de procesamiento de minerales y fundición de metales. Asimismo, este investigador estudió el Fuerte San Rafael, una importante fortificación próxima al río Diamante, que tuvo una extensa ocupación entre 1805 y 1879 y había sido declarada Monumento Histórico Nacional en 1942. En este último sitio, se identificaron las torres ubicadas en las cuatro esquinas y en su interior la plaza central, la sala de armas, la capilla, las habitaciones del comandante y los oficiales, un calabozo y los cuarteles para la tropa. Mediante los trabajos arqueológicos se recuperaron diversas herramientas, herrajes, grilletes, fragmentos de alfarería y loza, restos de vidrios, botones, armas, monedas y medallas (Lagiglia, 1983b), entre otros materiales que forman parte de la exhibición del museo histórico Narciso Sosa Morales, situado, desde 2005, frente a las ruinas del propio fuerte que también pueden ser visitadas por el público.

En base a la información entonces disponible sobre Santa Fe La Vieja y Concepción del Bermejo, tanto como por los resultados de sus propias pesquisas, Lagiglia propuso en 1983 una secuencia cronológica general para el período “histórico” en todo el territorio argentino, con fechas precisas para demarcar las tres etapas que la integran y una descripción del tipo de materiales arqueológicos que las caracterizan (ver Tabla 2.2). El autor advierte que la primera etapa podría subdividirse en fase Hispano-indígena y fase Colonial Temprana, según los sitios, formas y tiempos en que se produjo el contacto hispánico.

2. Origen y desarrollo de la arqueología histórica en Argentina

Tabla 2.2 Periodificación propuesta por Lagiglia

Período	Duración	Contenido
Temprano histórico	1450-1658	cuentas <i>aggri-perlen</i> loza talavera y cerámica vidriada hecha en torno objetos de azabache metales: hierro, hojalata, bronce y aleaciones de cobre ausencia de soldaduras
Medio histórico o Colonial	1658-1810	vasijas de cerámica colonial de pasta gruesa loza policroma de mejor cocción y acabado botellas y otros recipientes de vidrio clavos de sección cuadrangular ausencia de soldaduras
Histórico Institucional o Época Independiente	1810 en adelante	loza de producción en serie metales: hierro y cobre; aparición de soldaduras elementos de balística y cápsulas de proyectil (en fuertes)

Fuente: reproducido de Lagiglia (1983c:196)

En la región pampeana, Antonio Austral llevó adelante la investigación de El Ceibo durante la década de 1970. Se trata de un sitio a cielo abierto, próximo a la costa del Río de la Plata, sobre una lomada del arroyo El Pescado, donde se hallaron diversos restos culturales en un único estrato arqueológico que también contenía un fogón. Los materiales recuperados son restos cerámicos, mayoritariamente: alfarería indígena lisa y decorada con diferentes técnicas (incisión, impresión, unguiculado, pellizado y pintura roja) junto a cerámica española color gris, marrón, rojo y crema, hecha con torno, que incluye fragmentos de botijas coloniales (ver capítulo 6). Además, se hallaron piezas de hierro y bronce de origen europeo, como hebillas, pendientes, clavos y plaquetas. El material lítico es escaso e incluye un raspador, un fragmento de instrumento de molienda y trozos silíceos irregulares. Los restos óseos identificados comprenden únicamente vaca, caballo y cerdo, por lo que el autor concluyó que la fauna doméstica introducida constituía la base de la alimentación, evidenciando “la desaparición de la mayoría de las especies nativas cuyos nichos coincidieron con los animales domésticos” (Austral, 1977:88). En base a la cerámica vidriada verde, se estimó la ocupación del sitio entre 1650 y 1800, período para el cual estaba en marcha la integración al mundo colonial de los grupos indígenas locales y su “transculturación”, ya que éstos consumían especies domésticas y posiblemente se dedicaban a tareas agropecuarias (Austral, 1977:89).

En Patagonia austral, los primeros poblados y enclaves españoles constituyeron el foco de interés inicial. Jorge Fernández (1983) realizó un relevamiento arqueológico preliminar en Nombre de Jesús, un asentamiento que había sido fundado sobre el Estrecho de Magallanes por la expedición de Pedro Sarmiento de Gamboa en 1584 (en el Cabo Vírgenes, al sur de la provincia de Santa Cruz)⁴, donde recolectó materiales arqueológicos en superficie. Una parte de esos restos fue estudiada por Domingo Furioso (1983), quien identificó un fragmento del borde de una botija española tipo orza. En 1976 se declaró Lugar Histórico el asiento de Nombre de Jesús por ser la población más antigua de la Patagonia. Cabe aclarar que, entre las décadas del 1950 y 1980, el padre Manuel Jesús Molina realizó excavaciones asistemáticas y parte de las colecciones que resultaron de las mismas se conservan en el Museo Regional de Río Gallegos, mayoritariamente incompletas y sin indicación de una procedencia exacta.

Un caso muy interesante es el cementerio indígena de Caepe Malal, descubierto casualmente en 1984 durante la excavación de un canal de riego cercano al río Curí Leuvú, en el norte de la provincia de Neuquén, cuyo rescate fue llevado a cabo por Adam Hajduk y Ana María Biset (1996). Mediante la excavación de un área de 50 m², se recuperaron once individuos, niños y adultos, en su mayoría mujeres, enterrados en posición decúbito dorsal extendida, junto a ricos ajuares funerarios compuestos por cuchillos, estribos y espadas de hierro, cuentas de collar de vidrio y cobre, tupus, aros y otros adornos de plata y cobre, vasijas de alfarería indígena (ollas, jarras y botellones, principalmente) y elementos óseos de fauna doméstica introducida. Cuartos traseros, cráneos, vértebras y costillares de ovejas y cabras se ubicaban a ambos lados de los esqueletos, mientras que los huesos de caballos aparecieron en un nivel superior y posiblemente fueron colocados encima de los entierros. Como parte del ajuar de un hombre adulto, además, se hallaron los restos de una coraza y un yelmo de cuero con aplicaciones de latón. En base al análisis de las cuentas de vidrio que realizó Hajduk (1991), la datación del cementerio se estimó en el siglo XVIII y fue interpretado como evidencia de procesos de contacto cultural a través de los cuales los grupos indígenas que habitaban el actual norte neuquino se habían apropiado de diversos bienes de procedencia europea, disponían de ganado doméstico introducido y tenían una fuerte interacción con las poblaciones de la Araucanía chilena (Hajduk y Biset, 1996).

4 Simultáneamente fundaron el enclave vecino de Rey Don Felipe, al sur de la actual Punta Arenas, en territorio chileno, con el objeto de controlar de este modo la navegación por el Estrecho de Magallanes. Este enclave, también conocido como Puerto Hambre, ha sido objeto de indagación arqueológica desde la década de 1950.

En 1983 se publicó “Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina”, una compilación editada por Eldo Morresi y el arquitecto Ramón Gutiérrez con el auspicio del Museo Regional de Antropología y del Instituto de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste. Los cinco volúmenes que comprende esta obra constituyen una buena muestra de los temas que concentraban la atención del incipiente campo de la arqueología histórica, los enfoques teóricos vigentes, centrados en la elaboración de secuencias histórico-culturales y la identificación de evidencias de procesos de aculturación, las metodologías de análisis básicamente descriptivas, así como la actuación de profesionales formados en diferentes disciplinas. Sin duda, el interés de la mayoría de las pesquisas continuaba orientado a las primeras fundaciones y asentamientos españoles, entre las que sobresale el trabajo de Zapata Gollán en Santa Fe La Vieja, que constituye el primer proyecto arqueológico a gran escala desarrollado en Argentina, como afirman Igareta y Schávelzon (2011:10). Por otra parte, Haber señaló que en esta obra se refleja el subdesarrollo de la arqueología colonial en el noroeste argentino -que ocurría en todo el país, en realidad-, a la vez que se expone claramente el proyecto histórico político que subyacía a la definición del campo disciplinar y se basaba en la exacerbación del patriotismo nacionalista imperante durante el “proceso de reorganización nacional” (Haber, 1999:136), tal como se autodenominó la última dictadura militar.

El prólogo de esta obra fue escrito por el historiador Ernesto Maeder, quien aporta reflexiones agudas sobre el perfil disciplinar y la demarcación del campo que ya denominó “arqueología histórica”, en especial sobre la complementariedad del estudio de los testimonios materiales y los documentos escritos, considerando las limitaciones que tienen ambos tipos de fuentes, la naturaleza acotada de la información que aportan y la necesidad de la “conurrencia” de la arqueología y la historia para lograr un conocimiento más completo y matizado de aquel pasado que se inició con la llegada de los conquistadores españoles. En su presentación de la obra, Morresi (1983:18) explicita que el “tiempo de la Arqueología Histórica se inicia cuando entran en contacto el mundo indígena y el hispánico, con la conquista y colonización de nuestro territorio, disponiéndose de documentos escritos”, destacando también el potencial que conlleva lograr una articulación inteligente entre las fuentes documentales y materiales. Además, resalta la necesidad de efectuar investigaciones sobre el periodo post-independentista (muy escasas hasta ese momento), de conformar una comisión permanente para impulsar la especialidad y la protección del patrimonio cultural en Argentina, y de contar con publicaciones periódicas. De hecho, hubo una iniciativa para hacer la Primera Reunión de

Arqueología Histórica en Argentina con sede en la Universidad Nacional del Nordeste que, por diversos motivos, no se concretó.

Hacia fines de la década de 1980 comenzó a desarrollarse la arqueología histórica en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, a partir de estudios realizados bajo la dirección del arquitecto Daniel Schávelzon desde de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, donde creó un programa de investigación que, en 1991, pasó a ser el actual Centro de Arqueología Urbana (CAU)⁵. En este centro se conformó un equipo interdisciplinario que ha llevado a cabo numerosos trabajos en estructuras arquitectónicas de relevancia histórica, tales como la Casa Ezcurra, la Imprenta Coni, el Convento de Santa Catalina, el Parque 3 de Febrero, la Casa de Gobierno, el Cabildo, así como construcciones subterráneas y túneles en el casco histórico. A partir de la importante cantidad de restos arqueológicos reunidos en estas intervenciones, se elaboraron los primeros trabajos de análisis y sistematización tipológica de diversos materiales (lozas, mayólicas, gres cerámico, vidrios, metales, elementos constructivos, etc.), mayormente de procedencia europea pero también de producción local. Muchos de estos trabajos se publicaron como catálogos que son de enorme utilidad para precisar la cronología de los contextos arqueológicos, para establecer las redes comerciales ultramarinas y regionales, para el estudio de los circuitos de obtención, uso y descarte de bienes de consumo y objetos importados, entre otras cuestiones (Schávelzon, 1991, 2000, 2001, 2003; entre otros).

Además del estudio de los elementos constructivos, la problemática urbana y la vida cotidiana en Buenos Aires, Schávelzon efectuó trabajos en colaboración con centros de investigación del interior del país, en los que promovió la formación de equipos locales, impulsando notablemente el crecimiento de la disciplina en Argentina y su vinculación con otros países iberoamericanos. Asimismo, las profusas actividades de divulgación científica y notas en medios de comunicación que se realizan desde dicho centro han aumentado el conocimiento e interés público acerca de la arqueología urbana e histórica, en general.

5 <https://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/>, último acceso 30 de abril 2025.

Box 2.1

Arqueología urbana: el caso de Mendoza

Horacio Chiavazza

La ciudad de Mendoza fue fundada en 1561 sobre territorio huarpe, una etnia que formaba parte del extremo meridional del Tawantinsuyu incaico desde 1450. Se estableció sin preexistencia de otra ciudad y veinte años después de la fundación de Santiago de Chile (1541), desde donde se organizó la expedición conquistadora bajo la monarquía española. Durante su historia colonial, Mendoza estuvo subordinada a dos jurisdicciones: primero, al Virreinato del Perú con observancia de la Capitanía General de Chile hasta 1776, y luego, al Virreinato del Río de la Plata, como parte de la Intendencia de Córdoba del Tucumán desde 1782. En el contexto de las guerras de independencia, Mendoza tuvo un rol crucial en la organización del Ejército Libertador en 1816. Tras 300 años de existencia y una progresiva transformación territorial, un devastador terremoto obligó al traslado de la ciudad dos kilómetros al suroeste en 1861. Sin embargo, el antiguo espacio urbano siguió en uso, generando una diferenciación ideológica y social entre la “nueva” y la “vieja” ciudad. En tres años ambas áreas se unificaron, pero la transformación del territorio estableció un nuevo orden urbano y económico. Así, el cabildo colonial se convirtió en un sector marginal (matadero), mientras que la hacienda periférica de la orden de los agustinos se transformó en el centro político y económico de la moderna Mendoza.

La arqueología urbana en Mendoza ha evolucionado en tres etapas. La primera, entre 1930 y 1960, se caracterizó por el registro del sustrato urbano sin una orientación clara. Carlos Rusconi fue pionero en documentar restos prehispánicos y coloniales, aunque sin adscribirse a una arqueología histórica o urbana definida. La segunda etapa comenzó en la década de 1990 con la intervención de hitos arquitectónicos previos al mencionado terremoto de 1861 -como el cabildo y las ruinas de la iglesia de San Francisco, generando un interés puntual por esos bienes patrimoniales arquitectónicos (Bárcena y Schávelzon, 1992). La tercera etapa, iniciada en 1997, consolidó una arqueología urbana integral, considerando a la ciudad misma como objeto de estudio. La comprensión de la transformación urbana en su conjunto, más allá de estructuras específicas, permitió abordar el estudio de Mendoza desde la historia del urbanismo y su materialidad arqueológica, entendiendo la arqueología urbana como una arqueología **de la ciudad en la ciudad** (Chiavazza, 2010).

Figura 2.4 Documentos para la arqueología histórica urbana en Mendoza



Fuente: elaborada por Horacio Chiavazza.

La arqueología urbana en Mendoza es también arqueología histórica, ya que la ciudad fue concebida en un marco de conquista y colonización, con la escritura como herramienta clave del proceso (Figura 2.4). El paisaje urbano resultante fue impuesto, dinámico y adaptado a la nueva organización social. El modelo de estudio arqueológico planteado establece una articulación de hipótesis sobre la interacción diferida entre europeos y huarpes en el siglo XVI, los cambios en la economía local y la agencia de identidades en el período colonial. Se sostiene que antes de la fundación de Mendoza ya existía un intercambio de bienes y tecnologías, sugiriendo una interacción previa (entre 1540-1550) al dominio colonial efectivo. La ciudad emergió como un nodo central en la economía regional, con un sistema basado en el control de agua, tierra y trabajo, desde el cual se plantea que apalancó su desarrollo y despegue económico en el siglo XIX y, sobre todo, luego del terremoto (Chiavazza, 2010).

2. Origen y desarrollo de la arqueología histórica en Argentina

Como se señaló, el terremoto generó un punto de inflexión en la historia urbana, con cambios en la estructura social y económica de Mendoza (Schávelzon, 1998). Estudios sobre la producción industrializada europea de lozas muestran que, aunque su consumo aumentó, predominó la loza de bajo costo, reflejando restricciones económicas y diferencias socio-espaciales entre la Ciudad Vieja y la Ciudad Nueva (Chiavazza et al., 2017). De igual forma, el análisis de la salud e higiene a partir de envases cerámicos y vítreos indicó un acceso diferenciado a bienes, con la élite adoptando rápidamente nuevos hábitos promovidos por la modernización, mientras que los sectores populares accedían a estos productos a través del reciclaje de residuos urbanos.

Figura 2.5 Intervenciones arqueológicas en la ciudad de Mendoza



Fuente: elaborada por Horacio Chiavazza

De este modo, el estudio arqueológico de Mendoza ha permitido reconstruir las transformaciones urbanas, sociales y económicas a lo largo de cinco siglos de historia (Figura 2.5). Se confirma que la ciudad se estableció en un contexto de interacción previa al dominio colonial, con huarpes que incorporaban elementos europeos antes de la llegada de los conquistadores. El crecimiento urbano posterior estuvo marcado por la centralización del poder y la desigualdad en el acceso a los recursos. En 1861 se aceleró la diferenciación socio-espacial, estableciendo un contraste entre la modernidad de la Ciudad Nueva y la marginalidad de la Ciudad Vieja. Los estudios de consumo material reflejan cómo estas diferencias se manifestaron en la distribución de bienes, acceso a productos importados y patrones de salud e higiene. La arqueología urbana ha demostrado que los residuos de la élite se convirtieron en recursos para los sectores populares, evidenciando estrategias de reapropiación.

En síntesis, el estudio de Mendoza a través de la arqueología urbana va revelando procesos de cambio, resistencia y adaptación, más allá de la narrativa documentada por escrito. La materialidad arqueológica proporciona una visión tangible acerca de cómo la ciudad evolucionó, permitiendo comprender los efectos del colonialismo, la modernización y la desigualdad en el tejido urbano mendocino en una creciente integración a dominios territoriales, como el Tawantinsuyu primero, luego la monarquía española y el estado nación, en tercer lugar.

El despegue de la arqueología histórica en la década de 1990

La arqueología histórica tuvo su impulso más notable a partir de la década de 1990, con el inicio de numerosos proyectos de investigación de largo alcance, que expandieron el abanico de temas, espacios y temporalidades que habían sido abordados hasta ese momento. Tal como han señalado otros colegas (Gómez Romero, 2005; Landa y Ciarlo, 2016; Raffino e Igareta, 2003), entre los antecedentes inmediatos de este despliegue ocupa un lugar indiscutible el impacto del programa de arqueología urbana que venía desarrollando el Centro de Arqueología Urbana en Buenos Aires desde el decenio anterior, al que se sumaron en dicha década las investigaciones en el área fundacional de la ciudad de Mendoza (Bárcena y Schávelzon, 1992), el Proyecto Arqueológico Quilmes (Quatrin, 1997) y la reactivación de las pesquisas en Santa Fe La Vieja que había iniciado Zapata Gollán medio siglo atrás (Carrara, 1996; Zarrankin, 1995). Muchos de estos proyectos tuvieron enorme visibilidad pública, poniendo en evidencia un gran interés por el pasado reciente de las ciudades

contemporáneas. De forma simultánea, comenzó el estudio de un conjunto de fuertes y fortines situados en los espacios de frontera en la región pampeana que rápidamente se conformó como una línea de indagación fértil y consolidada (Bagaloni y Pedrotta, 2018; Gómez Romero y Spota, 2006).

Nuevos temas, sitios y protagonistas

El gran despegue de la arqueología histórica tuvo su epicentro en las fronteras interétnicas, mediante el desarrollo de investigaciones en once instalaciones militares que estuvieron en funcionamiento en distintos momentos del siglo XIX: los fortines Miñana, Otamendi, Fe, La Parva, El Perdido, Recompensa y La Perra, los fuertes Blanca Grande, Lavalle y Achiras, y el Cantón Tapalqué Viejo. Estas fortificaciones se fundaron en puntos estratégicos, donde el Estado pretendía afianzar su control político y territorial, con el consecuente despojo a los pueblos indígenas. Las fortificaciones contemporáneas se articulaban entre sí en un trazado imaginario, formando las llamadas “líneas de frontera” que sucesivamente marcaban el límite más o menos oficial de la expansión de los dominios de la Corona española, en el período tardo-colonial y del Estado independiente, durante la mayor parte del siglo XIX. Como parte de un avance de la frontera sur bonaerense, en 1828 se fundó el fuerte Blanca Grande en las proximidades de la laguna homónima, que fue ocupado ese año y luego abandonado hasta 1869, cuando volvió a utilizarse como emplazamiento militar por una década, luego de la cual se abandonó en forma definitiva. Su planta mide unos 500 m de largo por 200 m de ancho y se halla delimitada por un foso; en los sectores del hospital, la cantina, las habitaciones, la huerta, entre otros, un equipo dirigido por los arqueólogos Patricia Madrid y Rafael Goñi realizó recolecciones superficiales, sondeos y excavaciones (Goñi y Madrid, 1998; Langiano et al., 1998). En 1831 como parte del mismo avance fronterizo, se construyó en una horqueta del arroyo Tapalqué el Cantón Tapalqué Viejo, cuya ocupación duró 25 años. Este cantón tiene una planta cuadrangular de cerca de 60 m de lado y está rodeado por una zanja perimetral conectada, a su vez, a un sistema de canales o zanjas secundarias. Allí, Miguel Mugueta y Marcela Guerri efectuaron prospecciones, sondeos y recolecciones de superficie en los sectores de basurales, montículos, zanjas y potreros, recuperando diversos materiales arqueológicos (Mugueta y Guerri, 1998).

Un grupo de fortines que fue objeto de indagaciones arqueológicas sistemáticas formó parte de la línea de frontera que se afianzó hacia fines de la década de 1850. Se trata del fortín La Parva o Coronel Arévalo, que se instaló en 1858 a 1 km de una laguna sin nombre (Langiano et al., 1998), el fortín Barrancosa o

Coronel Otamendi, localizado a pocos metros de la laguna La Barrancosa, que estuvo en actividad entre 1858 y 1869 (Gómez Romero, 2007), el fortín Miñana o Nueva Esperanza, que fue construido en 1860 unos 20 km al norte del anterior, a 200 m del arroyo Azul, y estuvo ocupado hasta 1863 (Gómez Romero, 1999; Gómez Romero y Ramos, 1994; Pedrotta, 1999) y el fortín El Perdido, que tuvo su origen a partir del traslado del fortín Miñana en 1863 seis leguas hacia el oeste, donde se fundó un nuevo fortín a unos 90 m del arroyo El Perdido (Langiano et al., 1998). Los fortines Miñana y Otamendi fueron estudiados por el arqueólogo Facundo Gómez Romero, mientras que los trabajos en La Parva y El Perdido fueron dirigidos por los arqueólogos María del Carmen Langiano, Julio Merlo y Pablo Ormazabal. En líneas generales, las pesquisas abordaron temas referidos a las condiciones de vida en esas fortificaciones, analizando el aprovechamiento de recursos locales para su construcción y para la alimentación de las guarniciones, las formas de abastecimiento de ganado, bienes de consumo, enseres domésticos, vestimenta y pertrechos, el uso del espacio en las estructuras de vivienda y sus inmediaciones, así como los dispositivos de poder estatal y la interacción entre militares, civiles e indígenas que ocurrió en ellos (Bagaloni y Pedrotta, 2018; Gómez Romero, 2007). En relación con el fortín Miñana, cabe destacar la formulación de las primeras hipótesis en torno a la posible reutilización de objetos y fragmentos de vidrio como materia prima para elaborar artefactos acorde cánones de la tecnología lítica indígena, así como se planteó la perduración de las actividades de talla hasta entrado el siglo XIX, sea por las guarniciones militares (que incluían “indios amigos”) o por otros eventuales ocupantes del sitio (Gómez Romero y Ramos, 1994; Ramos, 2001). Ambas cuestiones continuaban siendo debatidas actualmente entre quienes estudian las complejas interacciones culturales en los espacios de frontera.

Otras fortificaciones en las que se iniciaron pesquisas arqueológicas en la década de 1990 por el equipo de Langiano y colaboradores, corresponden a avances posteriores de la línea de frontera. Es el caso del fuerte Lavalle Sur, fundado en 1869 cerca del arroyo San Quilco, próximo a la gran rastrillada conocida como el Camino de los Chilenos y al paso de las expediciones que circulaban entre el nodo comercial de Azul/Tapalqué, Salinas Grandes y los mercados transcordilleranos. Este fuerte era de planta triangular, tenía un sector principal para la comandancia y demás instalaciones militares, con tres corrales adyacentes, estaba rodeado por un foso y contrafoso, y en sus inmediaciones habitaban “indios amigos”. Actualmente no es visible el perímetro ni las estructuras dado el impacto de las prácticas agrícolas modernas, habiéndose efectuado recolecciones de superficie y la excavación de dos cuadrículas (Langiano et al., 1998). Otro caso es el fortín Fe, que se instaló en 1876 en las cercanías del arroyo Sauce Corto y está

formado por dos estructuras circulares, de 15 y 30 m de diámetro, respectivamente, donde se han hecho recolecciones de superficie (Langiano et al., 1998). El fortín Recompensa, que también data de 1876 y funcionó hasta 1879, fue instalado cerca de un paso del arroyo Guaminí. Se compone de un montículo central circular de 19 m de diámetro, rodeado por un foso aún visible, con parapetos y un corral; los trabajos arqueológicos, comenzados por los arqueólogos Marta Roa y Miguel Saghessi, consistieron en recolecciones superficiales, sondeos y excavaciones en el sector sur (Roa y Saghessi, 1998).

En el marco del proyecto “Arqueología de la frontera sur, provincia de Córdoba” dirigido por los arqueólogos Ana María Rocchietti y Antonio Austral, se estudió el fuerte Achiras, que formó parte de la frontera militar de Río Cuarto entre 1834 y 1869 (cuando se trasladó al Río Quinto). Se trata de un conjunto arquitectónico de planta cuadrangular, con un edificio central donde funcionó la comandancia y otras estructuras como cuarteles, depósitos, armerías y una plaza, rodeado por un foso y muro de adobe. En sus alrededores se formó un pequeño poblado, con capilla, escuela y viviendas particulares. Se realizaron excavaciones en distintos sectores, que reportaron el hallazgo de cimientos y de una variedad de residuos de basura doméstica, tales como fragmentos de lozas, vidrios y metales del siglo XIX, junto a restos faunísticos (Austral y Rocchietti, 1999). En el edificio de la comandancia, que conserva una parte importante de su estructura original, se creó en el año 2000 el “Museo del Desierto”, el cual exhibe los materiales arqueológicos recuperados y forma parte de los atractivos turísticos locales⁶.

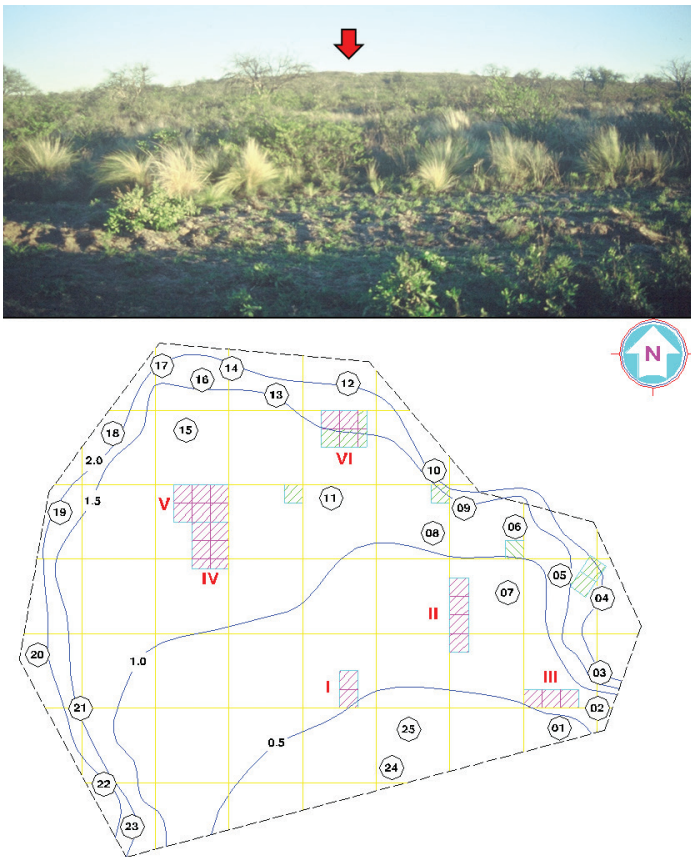
En 1999 Andrés Laguens publicó su tesis doctoral en la que analizó, desde un enfoque procesual orientado el estudio de las estrategias adaptativas, el contacto hispano indígena a partir de la investigación arqueológica del valle de Copacabana, en Córdoba, donde identificó los sitios El Ranchito y Cachipuri, que asignó a la etapa inicial del contacto, y la reducción San Antonio de Nunsacat. El autor plantea que la colonización introdujo presiones adicionales a las que ya enfrentaban las sociedades indígenas (tensión interna por su alta densidad de población y las fluctuaciones ambientales), que fueron agravadas por la exigencia del pago de tributos y restricciones en el acceso a distintas zonas ecológicas, lo que llevó a su reorganización mediante cambios en el sistema de asentamiento y las estrategias de subsistencia. Se incorporaron nuevos recursos, como los animales introducidos en desmedro de la fauna local, y objetos europeos, aunque no se produjeron modificaciones tecnológicas significativas. Sin embargo, la innovación tecnológica fue limitada, los sistemas coloniales impusieron soluciones subóptimas, reduciendo la eficiencia y aumentando el

6 <https://achirasturismo.com.ar/contenido/16/museo-del-desierto>, último acceso 30 de abril 2025.

riesgo, y las estrategias resultaron insuficientes a largo plazo, llevando al declive de la población y al colapso social.

Un equipo liderado por Alicia Tapia llevó a cabo investigaciones en torno a asentamientos ranqueles en el caldenar pampeano durante los siglos XVIII y XIX y la avanzada militar que concluyó con la ocupación estatal a fines de esa última centuria. En este marco, se estudió el fortín La Perra, una pequeña estructura militar -de las que fueron instaladas en el centro de la provincia de La Pampa a partir de 1883 para vigilar el territorio indígena que había sido conquistado militarmente los años previos con las campañas del Gral. Roca- cuya guarnición debe haber sido muy reducida. El sitio se ubica en un cerro de tosca con buen alcance visual, donde se realizaron recolecciones de superficie y se excavaron seis cuadrículas y cuatro sondeos, totalizando 30 m² (ver Figura 2.6).

Figura 2.6 Vista general y planta de excavación del fortín La Perra



Fuente: gentileza de la autora, Alicia Tapia.

El análisis de los materiales y de su distribución espacial permitió diferenciar dos áreas: una concentración de fragmentos vítreos, en un sector elevado del sitio y otra en un sector bajo donde es más pronunciada la pendiente del terreno, caracterizada por acumulaciones de restos faunísticos, que fue interpretada como basural, especialmente para el descarte de residuos de comida (Tapia y Pineau, 2004). Paralelamente, también en el departamento de Lóventue, se localizó el sitio Don Isidoro 2, en un médano edafizado con vegetación del monte de caldén, donde se excavó una superficie de 12,50 m². El contexto arqueológico está integrado por un fogón en cubeta y varios artefactos confeccionados con diferentes materias primas, tales como botellas de vidrio, vainas de balas, botones y otros elementos de uniformes militares de metal, fragmentos de loza, correas y otros objetos de cuero, cerámica indígena y artefactos líticos, junto a restos faunísticos de especies domésticas introducidas y de animales autóctonos. El análisis de la estratigrafía del sitio y de los materiales arqueológicos sugiere que éste se formó a partir de un asentamiento ranquelino hacia fines del siglo XIX, posiblemente coetáneo al avance de las tropas del ejército sobre el entonces territorio del cacique Baigorrita (Tapia, 1998, 2003).

A partir de un proyecto arqueológico regional en el área interserrana bonaerense, en la región pampeana, Eduardo Crivelli, Emilio Eugenio y Mario Silveira postularon la existencia de una etapa de desarrollo cultural denominada “Fase Fortín Necochea” que correlacionaron con las poblaciones indígenas posthispánicas (Crivelli et al., 1997; Silveira, 1992). Considerando información etnohistórica y arqueológica, esta fase se caracterizó por la persistencia del instrumental lítico prehispánico, la incorporación de elementos culturales europeos (artefactos de metal, cuentas de vidrio y otros adornos), y por la adopción del caballo, que aumentó la movilidad, sustituyó al guanaco como recurso alimenticio principal y se convirtió un preciado bien de prestigio social e intercambio. Según este modelo, básicamente, las sociedades cazadoras recolectoras pampeanas se transformaron en sociedades pastoriles e ingresaron al sistema económico europeo usando el ganado como bien de cambio, entre los siglos XVI y XIX (Silveira, 1992).

Entre otros trabajos referidos a la arqueología indígena del período posthispánico, cabe señalar los enterratorios indígenas del sitio Gascón I, localizados en Sierra de la Ventana (Barrientos y Oliva, 1997) que, al igual que los de Caepe Malal, evidencian la incorporación de ganado doméstico y elementos materiales de origen europeo como parte del ajuar mortuario asociado a rituales funerarios llevados a cabo por grupos indígenas pampeano-patagónicos dentro de sus propios territorios. También deben mencionarse los proyectos de investigación liderados por distintos investigadores sobre las construccio-

nes de piedra hechas mediante la técnica de pirca seca que se localizan en los cordones serranos bonaerenses de Tandilia (Mazzanti, 1993, 1997; Ramos, 1995; Slavsky y Ceresole, 1988) y Ventania (Madrid, 1991; Oliva, 1991). Dichas construcciones han sido interpretadas generalmente, en el contexto del comercio intra e interétnico, como infraestructura indígena para la concentración, el engorde y el traslado de enormes arreos de ganado vacuno y caballar cuyo destino final eran los mercados chilenos, complementando una línea de indagación que se había iniciado previamente a partir del estudio de una serie de represas de piedra situadas en la pampa seca por Ernesto Piana (1979) y de un conjunto diverso de construcciones de pirca ubicadas en valles de la cordillera neuquina por Rafael Goñi (1983-1985).

Es relevante mencionar el estudio de tres reducciones franciscanas fundadas en las primeras décadas del siglo XVII: San Bartolomé de los Chaná, en la desembocadura del arroyo del Monje y el río Coronda, provincia de Santa Fe; San José o de Bagual, situada en un sector no inundable del río Areco, en el litoral norte rioplatense y Santiago de Baradero, cuyo cementerio había sido excavado por Debenedetti (1911) a principios de la centuria. La primera surgió a partir de una encomienda de indígenas chanás y guaraníes en cabeza de vecinos de Santa Fe La Vieja y se ubica en un albardón isleño que ha sufrido fuerte impacto antrópico, razón por la cual no se identificaron estructuras y los depósitos arqueológicos están muy perturbados. No obstante, los trabajos de campo llevados a cabo por Ana María Rocchietti y Nélida De Grandis permitieron recuperar materiales vinculados a la reducción, entre los que identificaron cerámica guaraní y goya-malabrigo, torteros lisos y decorados, fragmentos de mayólica Talavera de la Reina, cerámica vidriada, cuentas de vidrio y artefactos líticos de cuarcita y calcedonia (Rocchietti et al., 1997). Las autoras plantearon que el sitio expresa como trasfondo la cultura material prehispánica de los indígenas isleños, convertidos luego en fuerza laboral cautiva y objetivo de una serie de cambios sociales y culturales forzados en marco de las experiencias misionales que formaron parte de la dominación colonial. La reducción Nuestra Señora de la Estrella, también conocida como San José de Areco o de Bagual, ya que tuvo como núcleo de población inicial al grupo liderado por dicho cacique querandí, fue estudiada por Daniel Conlazo a fines de la década de 1980. El autor realizó trabajos de rescate en un sector que podría haber sido el cementerio, donde recuperó cuatro cráneos aislados y restos de cuatro individuos, tres de los cuales estaban acompañados por ajuares funerarios formados por cuentas de valva, cuentas de vidrio, discos y cascabeles de latón y algunos tiestos (Conlazo, 1987, 1990).

Alicia Tapia investigó la reducción Santiago de Baradero a partir del reestudio de los restos bioarqueológicos y los materiales arqueológicos que habían sido excavados por Debedenetti más de un siglo atrás, sumando el análisis de la colección que resguarda el Museo Histórico de Baradero y otras colecciones en manos de vecinos locales, así como una exhaustiva búsqueda de fuentes documentales. Los primeros estudios realizados sobre elementos dentarios de los entierros determinaron que presentaban un patrón de desgaste intenso y otro más suave, así como varias hipoplasias y caries, que se vincularon con la descalcificación asociada a un alto consumo de hidratos de carbono y azúcares por los grupos chanás, mbeguás y guaraníes que ahí estuvieron reducidos (Tapia, 1999). Si bien estas reducciones tuvieron características arquitectónicas, poblacionales, impacto y duración dispares, todas constituyeron dispositivos eclesiástico-estatales de avance y ocupación territorial mediante estrategias de sedentarización, disciplinamiento y evangelización de los grupos indígenas locales. Los tres casos muestran, además, la incorporación de elementos materiales de origen europeo, junto con los ornamentos tradicionales, en los ajueres mortuorios de la población indígena local, reflejando de este modo los complejos procesos de contacto interétnico que ocurrieron en los espacios reduccionales, junto a los cambios y las continuidades culturales asociados.

También se llevaron a cabo intervenciones arqueológicas menores en algunas misiones jesuítico-guaraníes, que reconocen como antecedentes las reconstrucciones de San Ignacio Miní y Santa María la Mayor hechas en la década de 1940 por la Comisión Nacional de Museos Monumentos y Sitios Históricos, que simultáneamente declaró a ambas Monumento Histórico Nacional. En esas reconstrucciones colaboraron organismos nacionales y provinciales, como la Dirección Nacional de Arquitectura, la Dirección de Cultura de la Provincia de Misiones, la Universidad Nacional de Misiones, entre otros. Las intervenciones iniciales y las que siguieron en las décadas posteriores fueron encabezadas por arquitectos con una participación nula o muy limitada de arqueólogos (Poujade, 1992, 1999), cuyos trabajos principalmente se centraron en tareas de rescate, limpieza o identificación de elementos en el terreno en función de los requerimientos de puesta en valor para la restauración y/o con el fin facilitar las actividades turísticas (Zarankin y Senatore, 1996). Por ende, los escasos y acotados trabajos arqueológicos no tuvieron continuidad ni confluyeron en una línea de pesquisa sistemática en ese entonces. Un caso contrastante al respecto es la tesis doctoral de Beatriz Rovira (1989) sobre la reducción Nuestra Señora de la Candelaria, un estudio pionero que aplicó modelos tomados de la arqueología histórica estadounidense, como la propuesta analítica de South (1978) del patrón de artefactos de sitios de frontera, para

abordar el proceso de imposición misional sobre los pueblos guaraníes. Cabe acotar que las reducciones Nuestra Señora de Loreto, Santa Ana, Santa María la Mayor y San Ignacio Mini se encuentran inscriptas en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO desde 1984.

En el marco de un proyecto orientado al análisis de las diversas estrategias de contacto que implementaron los imperios europeos para ocupar los espacios marginales del continente americano, desde un enfoque ecológico evolutivo crítico de las teorías aculturacionistas (ver capítulo 1), Ximena Senatore (1999) encaró el estudio de los enclaves españoles en la costa patagónica. Estos enclaves, como el ya mencionado Nombre de Jesús, fundado en el Estrecho de Magallanes en el siglo XVI, fueron diseñados con un objetivo defensivo; posteriormente, en el último cuarto del siglo XVIII, se instalaron las fortificaciones de San José, Carmen de Patagones, Puerto Deseado y Floridablanca que, además, buscaban explotar recursos marinos y formar asentamientos de población estable. En contraposición, los británicos y los franceses se enfocaron en la explotación de recursos costeros específicos, como loberías y salinas, mediante visitas periódicas a las localizaciones de esos recursos, sin asientos permanentes. Los trabajos de esta arqueóloga se concentraron durante los años siguientes en el fuerte Floridablanca, que pasó a ser uno de los sitios de referencia en la arqueología histórica argentina, tanto por la relevancia de los resultados de las investigaciones como por la variedad de temas que comenzaron a ser abordados a partir de ese caso de estudio.

Box 2.2

Floridablanca: entre el orden colonial y las prácticas sociales

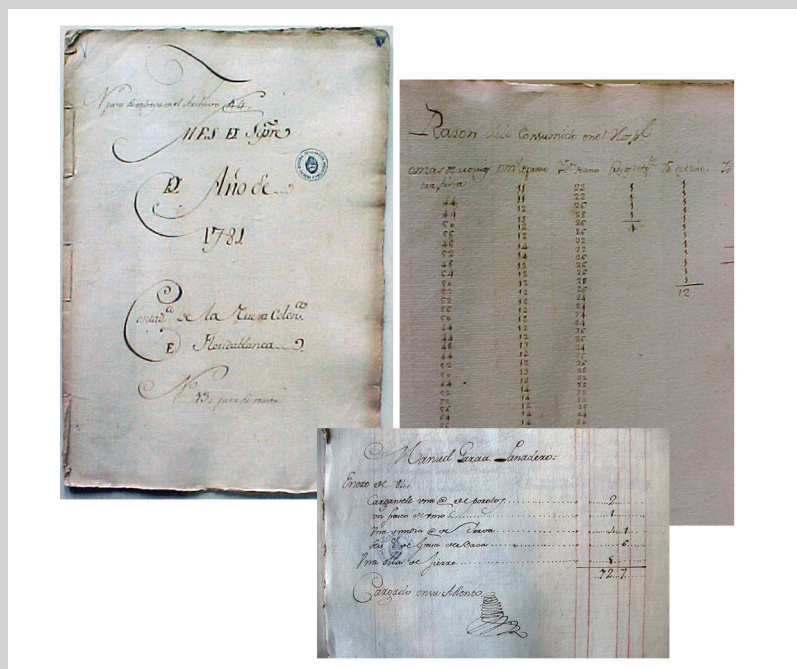
Marcia Bianchi Vilelli

La Nueva Colonia y Fuerte de Floridablanca fue fundada en la Bahía de San Julián en 1780 como parte del plan de colonización de la costa de Carlos III. Aunque tenían un carácter defensivo, los establecimientos de la costa patagónica pueden definirse a partir de un diseño específico de poblaciones estables en el que trasladaron desde España familias de colonos, quienes bajo contrato, se comprometían a establecerse de forma permanente en las nuevas colonias a cambio de tierras, semillas, herramientas y habitación. Para esto, se trasladaron

2. Origen y desarrollo de la arqueología histórica en Argentina

más de 150 personas entre familias de labradores, artesanos, hombres de tropa y presidiarios. Durante los cuatro años de funcionamiento del poblado, la Corona española construyó un fuerte de 50 m de lado, un hospital, una herrería, una panadería, una atahona, un horno de tejas y un frente de casas destinado al alojamiento de las familias; por fuera de la planificación de la Corona, los habitantes levantaron distintos edificios. A los cuatro años, el poblado debió ser abandonado bajo la Real Orden del 1 de agosto de 1783, con la total destrucción de sus edificios para que no fuera aprovechado por “otras naciones”. Los habitantes de Floridablanca fueron trasladados, en su mayoría, a Buenos Aires y los labradores fueron reubicados en otras colonias del virreinato.

Figura 2.7 Documentos históricos de Floridablanca: listados de consumos de bienes.



Fuente: Archivo General de la Nación Argentina, Sala IX, fotografías de M. Bianchi Villelli

Durante más de 10 años, el proyecto “Arqueología e Historia de la Colonial española de Floridablanca (San Julián, Siglo XVIII)”, realizó diversas investigaciones en arqueología histórica. Con la dirección de la Dra. M. X. Senatore, se conformó un equipo de trabajo estable, quienes a partir de la

integración de los trabajos en archivos históricos (Figura 2.7) y las excavaciones sistemáticas, desarrollaron varias líneas de investigación y gestión. Desde un abordaje a las fuentes documentales y narrativas históricas tradicionales, y la lectura crítica de los discursos ilustrados, Senatore estableció que la planificación de los asentamientos patagónicos a fines del siglo XVIII buscó la implementación de un diseño de orden social que, inspirado en los ideales ilustrados, estableció a priori pautas de organización e interacción social en el poblado. Desde este marco, se generaron distintas investigaciones que buscaron evaluar la puesta en práctica de dicho modelo (Senatore et al., 2007, 2008). Así, desde líneas de trabajo teóricas, se discutió en torno a las miradas sobre las reformas borbónicas en Sudamérica, el impacto de la modernidad y la colonialidad. Se examinaron diversas dimensiones de las prácticas sociales, como las relaciones interétnicas en el marco de estudios de poder y subalternidad, los escenarios posibles de cambio social; desde el nivel de las prácticas cotidianas, se trabajó el consumo de bienes, la alimentación, la producción de alimentos, la diferenciación identitaria y la organización del espacio y el tiempo, entre otras.

Desde un punto de vista metodológico, se abordaron los contextos de significación de la cultura material, integrando un abordaje a las fuentes documentales y sus condiciones de producción (Senatore et al., 2007). La sistematicidad de las excavaciones y de los abordajes a los materiales históricos, permitieron contextualizar las redes de producción, obtención, circulación y consumo, dando cuenta de las particularidades de Floridablanca en la práctica. Para esto, se profundizaron aspectos metodológicos y técnicos desde la arqueología histórica en relación con las estrategias de muestreo y mapeo del sitio (Figura 2.8), las excavaciones y los estudios de las materialidades, a la vez que se llevó a cabo una de las primeras aplicaciones de geofísica en el país. Toda esta información fue publicada, incluyendo las bases de datos de forma que sean accesibles para nuevas investigaciones y revisiones (Senatore et al., 2007 y 2008).

Para concluir, la confluencia de todas las investigaciones permitió examinar la expansión colonial sobre los contextos marginales de Patagonia, discutiendo las particularidades de Floridablanca. Por un momento, se dejaron de lado los grandes cambios, para centrar el análisis en las pequeñas acciones diarias y así llegar a desnaturalizar la direccionalidad del cambio en el proceso de constitución de la sociedad moderna colonial. Hoy en día, es importante destacar que el sitio se encuentra bajo un plan de gobernanza para su conservación y el manejo y gestión de sus colecciones y la información producida.

to mayor que sirvió como refugio para pocas personas, con varios fogones y restos materiales; el otro recinto, menor, tenía una estructura de combustión central donde posiblemente se procesaban aceites. Se hallaron artefactos de la vida doméstica, como pipas, elementos de vestimenta, botellas de vino, botellas de gres de aguardiente, fichas de juego, etc., y en los sectores externos objetos asociados a actividades productivas, para cazar y para procesar los recursos (garrotes y estacas de madera, una hoz, barriles, entre otros), de fines del siglo XVIII y comienzos del siguiente. Este registro muestra los modos en que los operarios resolvieron su supervivencia y produjeron sus estructuras de habitación, alimentos, vestimenta, instrumentos de trabajo y objetos lúdicos, usando recursos y materias primas locales. Los autores argumentan que, si bien formaban parte de un sistema de explotación mayor, estos grupos de operarios integraron en tierra unidades autosuficientes y autónomas de subsistencia y trabajo, en condiciones de vida relativamente igualitarias.

Desde una perspectiva post-procesual explícita, Zarankin (1999a, 1999b) encaró una línea de indagación innovadora centrada en la arquitectura, considerando que forma parte de los paisajes culturales que son construidos, resistidos y disputados por los seres humanos, a través de un juego dialéctico de dominación y resistencia. Considerando la dimensión sociopolítica de la arquitectura, el rol activo de la misma y que puede funcionar como vehículo para la creación y el sostenimiento de relaciones de poder, este autor estudió viviendas de la clase media en la ciudad de Buenos Aires, ya que son los principales ámbitos de socialización de los individuos, donde se generan reglas mentales que inciden en la estructuración de las relaciones sociales. El análisis de los planos de tres tipos de viviendas -la casa colonial, la casa “chorizo” y la casa moderna- en un rango temporal desde el siglo XVIII hasta fines del siglo XX, indica que a medida que avanzó y se consolidó el sistema capitalista localmente, aumentó la restricción en las viviendas, hubo mayor segregación de las actividades y de las personas, más compartimentación y jerarquización de los espacios y disminuyeron las posibilidades de tránsito. De este modo, se exploró la arquitectura como tecnología del poder mediante la cual se materializan relaciones sociales y se crean conductas que favorecen la ampliación y la reproducción de los sistemas de poder.

Una última línea de trabajo iniciada en los años noventa por Fernando Britte (1997, 2000) se enfocó en instalaciones rurales de producción agropecuaria, principalmente estancias criollas del siglo XIX en la pampa bonaerense. Estas pesquisas comenzaron en las estancias Las Lagunas (de fines del siglo XIX) e Infierno (1860-1870), el puesto Vizcacheras (1875-1910) y Hudson Autopista, un sitio descubierto en el marco de trabajos de rescate que podría

corresponder a la antigua estancia de Piñeiro. En dichos sitios se estudiaron los restos arqueofaunísticos y los objetos de la vida cotidiana, especialmente la vajilla y recipientes de gres y de vidrio, efectuando un análisis comparativo con las tendencias observadas en otros sitios arqueológicos para discutir la relación entre la cultura material y el cambio social rural asociado al proceso de modernización y expansión del capitalismo industrial en la segunda mitad del siglo XIX. El autor planteó una serie de reflexiones teórico-metodológicas sobre la arqueología histórica rural, un campo que apenas comenzaba a delimitarse entonces en la arqueología argentina, incorporando cuestiones tales como las relaciones sociales rurales, la dimensión productivo-extractiva de las instalaciones agropecuarias y las redes de comercio interétnico. En las investigaciones se integró la información obtenida mediante el estudio de fuentes documentales, desde una perspectiva que aboga por una fuerte articulación disciplinar entre arqueología e historia.

Box 2.3

La arqueología rural

Virginia Pineau

La arqueología rural forma parte de los estudios en arqueología histórica. Fue definida en 2004 por Fernando Brittez como el estudio de los asentamientos productivos en el ámbito rural, dado que ellos son los que nos informan de manera única sobre la vida cotidiana de la familia rural típica (Brittez, 2004). Por lo tanto, su campo se define por los objetivos que persigue y no por el ámbito físico en donde se practica. Además, no sólo centra su interés en los objetos, sino que también incluye el análisis del espacio y para ello tiene en cuenta los enfoques de la arqueología del paisaje.

Esta especialidad centra su interés en las relaciones sociales y las prácticas cotidianas de los diferentes habitantes de los distintos espacios rurales. Su objetivo es dar cuenta de la vida cotidiana de estos pobladores. Para ello estudia diversos tipos de sitios arqueológicos, ya sea asentamientos productivos/extractivos que solo pueden tener lugar en el ámbito rural -como estancias, ingenios, saladeros, bodegas, entre otros-, así como también áreas de asentamiento: colonias y pueblos. También se incluye el estudio de instalaciones comerciales, como casas de negocios y pulperías. Finalmente,

es necesario el análisis de caminos y rutas para determinar las formas de obtención, consumo y descarte de los objetos que son utilizados por estos agentes sociales, como así también la circulación de los mismos.

El estudio de la materialidad es otra de las diferencias que presenta la arqueología rural con respecto a los estudios de otras disciplinas que se llevan a cabo en estos mismos espacios. Debe aclararse que, si bien algunos asentamientos productivos/extractivos también son abordados por la denominada arqueología industrial, ésta puede ser definida como el estudio de la historia de la tecnología. Es decir que no pone el énfasis en las relaciones sociales que se dan en estos espacios productivos, sino en cómo se fueron modificando los aspectos tecnológicos en estos espacios. La metodología para llevar a cabo los estudios en arqueología rural se corresponde con la utilizada en la arqueología histórica. Esta incorpora a los análisis de objetos materiales, el estudio de documentos históricos escritos, fotográficos y pictóricos. Asimismo, de acuerdo con el rango temporal del caso de estudio, es posible incorporar los registros orales.

El estudio de los asentamientos productivos/extractivos ha sido abordado por los investigadores desde el comienzo del desarrollo de la arqueología rural en Argentina. A los trabajos pioneros de Brittez, podemos sumar las pesquisas efectuadas por Vanesa Bagaloni (2018) en el sitio Estancia La Libertad y por Soledad García Lerena (2018) en Estancia Bertón, en los partidos bonaerenses de San Cayetano y Magdalena, respectivamente. Las distintas áreas de asentamiento dentro de la Arqueología rural fueron abordadas por Irene Dosztal (2018) a partir del estudio de la Colonia Alexandra Colony (Alejandra, provincia de Santa Fe) y por Virginia Pineau y equipo mediante el análisis de los materiales provenientes del pueblo de Mariano Miró (Dto. de Chapaleufú, provincia de La Pampa) (Pineau, et al. 2022). Las casas de negocios y pulperías han sido estudiadas en distintos espacios del ámbito rural. A modo de ejemplo podemos citar los trabajos en el sitio Posta El Caldén (Dto. de Realicó, provincia de La Pampa) realizados por Pineau y colaboradores (2014) y el análisis de los materiales vítreos de la casa de negocios Chapar (Pdo. González Chaves, provincia de Buenos Aires) efectuado por Bagaloni (2017). Finalmente, el estudio de caminos y rutas rurales se encuentra aún en desarrollo.

Los espacios académicos

La década de 1990 vio el surgimiento de ámbitos de intercambio y debate científico, que dieron origen a diversas jornadas y congresos académicos específicos, además de lograr espacios dedicados a esta problemática en eventos regionales y nacionales de alcance más general. Así, a las inaugurales Prime-

2. Origen y desarrollo de la arqueología histórica en Argentina

ras Jornadas de Arqueología e Historia del Siglo XIX, realizadas en la ciudad bonaerense de Tapalqué en 1997, le sucedieron las Primeras Jornadas de Arqueología Histórica de la Provincia y Ciudad de Buenos Aires al año siguiente en la Universidad Nacional de Quilmes (que no tuvieron continuidad) y las II Jornadas Regionales de Historia y Arqueología del Siglo XIX, realizadas en Guaminí en 1999, que se repitieron los años siguientes en la Universidad Nacional de Luján y se publicaron en la serie “Signos en el Tiempo y Rastros en la Tierra”, auspiciada por dicha casa de estudios. Quizá el evento que tuvo mayor impacto en este sentido fue la Segunda Conferencia Internacional de Arqueología Histórica, que se llevó a cabo en 1995 en Santa Fe, adonde concurrieron notables referentes internacionales de la especialidad, como Stanley South, Kathleen Deagan y Patricia Fournier García, junto a una nutrida asistencia nacional y de profesionales procedentes de Uruguay y Brasil (Gómez Romero, 2005; Raffino e Igareta, 2003). En la conferencia se presentaron cerca de 40 ponencias, muchas de las cuales luego formaron parte de la colección “*Historical Archaeology in Latin America*” que, a instancias de Stanley South, se publicó entre 1993 y 1997 con el apoyo económico y editorial de la Universidad de Carolina del Sur, en Estados Unidos.

Esta reunión puso en evidencia la creciente cantidad de equipos dedicados a la arqueología histórica que había en Argentina en esos años. También fue relevante la inclusión de simposios sobre temas de arqueología histórica en los congresos nacionales de arqueología que se hicieron en La Plata, Córdoba y Rosario en 1997, 1999 y 2001, respectivamente. Sin duda, el hito más significativo fue la concreción del Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica, que tuvo lugar en Mendoza el año 2000 e inició fructíferos encuentros de alcance nacional que desde entonces se suceden cada tres años en distintas ciudades (ver Tabla 2.3), reuniendo gran cantidad de investigadores y estudiantes locales, así como colegas de países vecinos.

Tabla 2.3 Año y lugar de realización de los congresos nacionales de arqueología histórica

Año	2000	2003	2006	2008	2012	2015	2018	2022
Ciudad	Mendoza	Río Grande	Rosario	Luján	Buenos Aires	Mendoza	Rosario	La Plata

Como se mostró en los párrafos anteriores, el crecimiento exponencial de la arqueología histórica iniciado en la década de 1990 se reflejó en el creciente número de proyectos y profesionales dedicados a la temática, en la gran cantidad y diversidad de sitios que han sido o son objeto de pesquisas sistemáticas

y de largo alcance que, a su vez, muestran una ampliación temática sostenida, una distribución espacial cada vez más amplia y un rango temporal en expansión. De forma paralela, comenzaron a desarrollarse trabajos específicos sobre materiales arqueológicos, tales como lozas, gres cerámico, vidrios, pipas de caolín, entre muchos otros, cuyos métodos de análisis no figuraban en los contenidos curriculares de las carreras de grado ni se disponía de bibliografía especializada. Las cuestiones referidas a la gestión y preservación de las colecciones y los sitios arqueológicos, así como los aspectos jurídico-normativos también formaron parte de la agenda que comenzó a ser abordada. Todos estos desarrollos impulsaron dinámicas que tendieron a la configuración de subcampos de estudio o especialidades, que fueron adquiriendo un perfil propio y se consolidaron durante las décadas siguientes. Asimismo, como se comentó en el capítulo anterior, este despliegue estuvo acompañado por un intenso debate teórico y epistemológico acerca de la configuración disciplinar de la arqueología histórica, la definición de su objeto de estudio, objetivos y metodología, el rol de las fuentes escritas en el proceso de investigación y sus vínculos con la antropología y la historia, reeditando debates que habían ocurrido en la academia norteamericana durante las décadas de 1960 y 1970. Más allá de esa polémica, en Argentina es indudable el aporte de profesionales formados en otras disciplinas, en especial la historia y la arquitectura.

La expansión de la arqueología histórica en Argentina también tuvo su correlato en publicaciones ocasionales y periódicas. Al impulso inicial dado por la antes mencionada serie “*Historical Archaeology in Latin America*”, siguió la creación de las revistas nacionales “Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana” en 2007 y, más recientemente, “Urbania - Revista latinoamericana de arqueología e historia de las ciudades” y “Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana”, en 2011 y 2012 respectivamente. Una obra que tuvo gran impacto fue la compilación de Andrés Zarankin y Félix Acuto “*Sed Non Satiata. Teoría Social en Arqueología Latinoamericana Contemporánea*”, publicada en 1999, que contiene capítulos escritos por profesionales argentinos y de otros países latinoamericanos, en su mayoría sobre casos de estudio posthispánicos, aunados por una perspectiva explícita anclada en la teoría social. Desde entonces, se editaron numerosos libros, tanto sobre sitios o temas particulares como compilaciones escritas por diferentes autores, a la vez que se han defendido decenas de tesis de grado y posgrado -muchas de las cuales se publicaron como libros- sobre problemáticas del vasto campo de la arqueología histórica. Durante los últimos años, una cantidad cada vez mayor de equipos de investigación han creado páginas web sobre los proyectos y los sitios arqueológicos en los que llevan adelante sus trabajos, a la vez que se

multiplican las instancias y los medios a través de los cuales se realizan actividades de comunicación pública de la ciencia, como las redes sociales.

Otro punto para destacar se refiere a los ámbitos académicos de formación en arqueología histórica, que eran inexistentes en las décadas de 1980 y 1990, caracterizadas por la carencia de contenidos en las materias de las carreras de grado y la consecuente formación autodidacta. Esta situación mejoró parcialmente los años siguientes con el dictado de algunos seminarios de grado y de posgrado, de forma irregular y esporádica, sobre un variado abanico de temas, en distintas universidades nacionales. Si bien es un avance importante la creación de materias introductorias a la arqueología histórica que se dictan desde 2019 en las carreras de grado de las universidades nacionales de Cuyo, La Plata y Buenos Aires, siguen siendo insuficientes dado el exponencial crecimiento del campo disciplinar al cual se dedican un número cada vez mayor de estudiantes y profesionales.

Las causas del despliegue extraordinario que tuvo la arqueología histórica desde aquellos comienzos rústicos a mediados de los años '90s, seguramente múltiples y complejas, guardan relación con diversos procesos identitarios, sociales y culturales que maduraron al calor de la recuperación de la democracia y la posterior ampliación de derechos vinculada a la incorporación de tratados internacionales y la reforma constitucional de 1994, en un marco disciplinar que se fue orientando hacia una *praxis* cada vez más comprometida con los pueblos indígenas y las comunidades locales. En este contexto, es relevante destacar que la arqueología histórica trata con temas estrechamente vinculados a los procesos de construcción de memorias e identidades en los cuales es altamente significativo el conocimiento sobre el pasado reciente.

Ahí radican, sin duda, sus fortalezas y sus más grandes desafíos.

Referencias

- Ambrosetti, J. B. (1903). *Arqueología colonial: la Hacienda de Molinos. Valles Calchaquies (Provincia de Salta)*. Imprenta Coni Hermanos, Buenos Aires.
- Ameghino, F. ([1880] 1915). *La Antigüedad del Hombre en el Plata*. Talleres de Impresiones Oficiales, La Plata.
- Austral, A. G. (1977). El Ceibo. Arqueología del contacto hispano-indígena en el Área Platense Meridional. *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II (Antropología), 69-96.
- Austral, A. G. y Rocchietti, A. M. (1999). Arqueología de la Frontera en El Pantanillo (Provincia de Córdoba). El Fuerte de Achiras. En M. Tamagnini (Comp.), *Segundas Jornadas de Investigadores en Arqueología y Etnohistoria del Centro Oeste del país* (pp. 15-40). Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Azara, F. ([1809] 1969). Viajes por la América meridional. Espasa Calpe, Buenos Aires.
- Bagaloni, V. N. (2017). Aporte al estudio de materiales vítreos en contextos fronteirizos y rurales: la casa de negocio Chapar (partido de Gonzales Chaves, provincia de Buenos Aires). *Intersecciones en Antropología*, 18, 113-118.
- Bagaloni, V. N. (2018). Una mirada arqueológica del mundo rural emergente en el sur bonaerense desde la estancia La Libertad (segunda mitad del siglo XIX). *Memoria Americana*, 26(2), 102-124.
- Bagaloni, V. N. y Pedrotta, V. (2018). Frontiers and Fortlets at the Pampa Region, Argentina. *Historical Archaeology*, 52(2), 348-371.
- Bárcena, R. y Schávelzon, D. (1992). *El Cabildo de Mendoza. Arqueología e Historia para su recuperación*. Mendoza, Municipalidad de Mendoza.
- Barrientos, G. y Oliva, F. (1997). Investigaciones arqueológicas en el sitio Gascón 1. Partido de Adolfo Alsina, Provincia de Buenos Aires. En *Resúmenes del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (p. 21). Universidad Nacional de la Plata, La Plata.
- Berberian, E., Martin, V. y Martin de Zurita, J. (1983). Contribuciones arqueológicas a la arquitectura aborígen en la región serrana de la provincia de Córdoba (Argentina) durante el período hispano-indígena. En E. Morresi y R. Gutiérrez (Eds.), *Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina*, Tomo I (pp. 69-86). Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- Boman, E. (1920). Cementerio indígena en Viluco (Mendoza) posterior a la conquista. *Anales del Museo Nacional de Argentina de Ciencias Naturales*, IV, 94-96.
- Boman, E. (1927-1932). Estudios arqueológicos riojanos. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural*, XXXV, 7-308.
- Biró de Stern, A. (1945). Aspectos arqueológicos de una población hispano-indígena descubierta en el Chaco. *Anales del Instituto de Etnología Americana*, 6, 103-116.
- Brittez, F. (1997). Arqueología del aborígen pampeano histórico. En M. Berón y G. Politis (Eds.), *La Arqueología de la Región Pampeana de la década de los 90'* (pp. 245-251). Museo de Historia Natural de San Rafael y UNICEN, Olavarría.
- Brittez, F. (2000). La comida y las cosas: una visión arqueológica de la campaña bonaerense de la segunda mitad del siglo XIX. En C. Mayo (Ed.) *Vivir en la frontera* (pp. 169-199). Biblos, Buenos Aires.
- Brittez, F. (2004). Arqueología Rural en el partido de Coronel Brandsen, provincia de Buenos Aires. En: C. Gradín y F. Oliva (Eds.), *La Región Pampeana, su pasado arqueológico* (pp. 211-222). Laborde Editor, Venado Tuerto.
- Cáceres Freyre, J. (1937). El Fuerte del Pantano. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, I, 107-116.
- Carrara, M. T. (1996). Arqueología de las relaciones sociales en Santa Fe la vieja. *Historical Archaeology in Latin America*, 14, 39-56.
- Castillo, L., Araujo, E., Chiavazza, H. y Prieto, C. (2018). Cocinar y alimentarse en tiempos de conquista. Reconstruyendo paquetes culinarios a partir de análisis cerámicos y arqueofaunísticos (Mendoza, siglos XV-XVII). *Arqueología*, 24(2), 109-132.

2. Origen y desarrollo de la arqueología histórica en Argentina

- Chiavazza, H. (2010). Procesos sociales y ambientales en el sector urbano de Mendoza entre los siglos XV-XVIII: Arqueología Urbana e Historia Ambiental. *Comechingonia Virtual*, 4(2), 227-253.
- Chiavazza, H. y Mafferra, L. (2007). Estado de las investigaciones arqueobotánicas en Mendoza y sus implicancias en la arqueología histórica. *Revista de Arqueología Histórica Latinoamericana y Argentina*, 1, 127-152.
- Chiavazza, H., Zorrilla, V. y Puebla, L. (2017). Cultura material y sociedad en el siglo XIX: las lozas de la ciudad de Mendoza. *Revista del Museo de Antropología*, 1(10), 105-110.
- Conlazo, D. (1987). Arqueología del contacto hispano-indígena en el NE de la provincia de Buenos Aires: sitio El Bagual, partido de San Antonio de Areco. *Estudios de Antropología Pampeana*, 2, 3-14.
- Conlazo, D. (1990). *Los indios de Buenos Aires (Siglos XVI-XVII)*. Búsqueda, Buenos Aires.
- Crivelli, E., Eugenio, E., Pardiñas, U. y Silveira, M. (1997). Archaeological Investigation in the Plains of the Province of Buenos Aires, Llanura Interserrana Bonariense. *Quaternary of South America and Antarctic peninsula*, 10, 167-207.
- Debenedetti, S. (1911). Noticia sobre un cementerio indígena de Baradero. *Publicaciones de la Sección Antropología*, 9, 1-23.
- Debenedetti, S. (1921) La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango. *Publicaciones de la Sección Antropología*, 20, 3-51.
- Díaz de Guzmán, R. ([1612] 1945). *La Argentina*. Espasa Calpe, Buenos Aires.
- Doval, J. y Tapia, A. (2012). ¿Basural o acumulación natural de restos faunísticos? Análisis zooarqueológico del Fortín La Perra (1883-1885), La Pampa. *Comechingonia*, 16(2), 9-30.
- Doszta, I. (2018). La vida cotidiana y su materialidad en Alexandra Colony. Alejandra, Santa Fe, Argentina. En: C. Landa, V. Pineau, J. Doval y E. Montanari (Eds.), *Paisajes de la campaña pampeana (siglos XIX y XX)* (pp. 21-50). Archaeopress, Oxford.
- Fernández, J. (1983). Arqueología de la Ciudad del Nombre de Jesús. En E. Morresi y R. Gutiérrez (Eds.), *Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina*, Tomo II (pp. 895-930). Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- Furioso, D. (1983). Observaciones sobre un tiesto de cerámica española (siglo XVI) procedente del valle de las Fuentes, Cabo Vírgenes, Santa Cruz. En E. Morresi y R. Gutiérrez (Eds.), *Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina*, Tomo II (pp. 895-930). Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- García Lerena, M. S. (2018). Entre estancias ganaderas y comercios rurales: arqueología histórica en Magdalena (Buenos Aires). Los sitios El Santuario I y Estancia Bertón. En: C. Landa, V. Pineau, J. Doval y E. Montanari (Eds.), *Paisajes de la campaña pampeana (siglos XIX y XX)* (pp. 113-146). Archaeopress, Oxford.
- Giannotti, P. S., Chiavazza, H. y Luna, H. L. (2024). Explorando la desigualdad social y sexual en contextos urbanos coloniales a través de la enfermedad degenerativa articular: El caso de Mendoza (Argentina). *Latin American Antiquity*, 1-18. DOI: <https://doi.org/10.1017/laq.2023.57>

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Goicoechea, H. N. (1983). Las reducciones del Bermejo: Nuestra Señora de los Dolores y Santiago de la Cangayé y San Bernardo el Vértiz. En E. Morresi y R. Gutiérrez (Eds.), *Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina*, Tomo III (pp. 313-341). Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- Gómez Romero, F. (1999). *Sobre lo arado el pasado. Arqueología Histórica en los alrededores del Fortín Miñana (1860-1869)*. Biblos, Azul.
- Gómez Romero, F. (2005). Introduction: a brief overview of the evolution of Historical Archaeology in Argentina. *International Journal of Historical Archaeology*, 9(3), 135-141.
- Gómez Romero, F. (2007). *Se presume culpable: una arqueología de gauchos, fortines y tecnologías de poder en las Pampas Argentinas del siglo XIX*. De los Cuatro Vientos, Buenos Aires.
- Gómez Romero, F. y Ramos, M. (1994). Miñana's fortlet: historical archaeology research. *Historical Archaeology in Latin America*, 2, 15-30.
- Gómez Romero, F. y Spota, J. C. (2006). Algunos comentarios críticos acerca de 15 años de arqueología en los fortines pampeanos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXXI, 161-185.
- Goñi, R. A. (1983-1985) Sitios de ocupación indígena tardía en el departamento Picunches, Pcia. del Neuquén (República Argentina). *Cuadernos del INAPL*, 10, 363-386.
- Goñi, R. A. y Madrid, P. (1998). Arqueología sin hornear: sitios arqueológicos históricos y el Fuerte Blanca Grande. *Intersecciones*, 2, 69-83.
- Gramajo, A. (1976). La primitiva ciudad de San Miguel de Tucumán en Ibatín. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 10, 141-165.
- Haber, A. (1999). Caspinchango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. *Revista do Museu de Arqueologia y Etnologia*, 3, 129-141.
- Hajduk, A. (1991). Las cuentas vítreas del sitio arqueológico Caepe Malal I (cuenca del río Curi Leuvu, Departamento de Chos Malal, Neuquén) como indicadores temporales. En M. T. Boschín (Comp.), *Arqueología y etnohistoria de la Patagonia septentrional* (pp. 36-48). IHES-UNICEN, Tandil.
- Hajduk, A. y Biset, A. M. (1996). El sitio arqueológico Caepe Malal I (cuenca del río Curi Leuvu, provincia de Neuquén). En J. Gómez Otero (Ed.), *Arqueología: solo Patagonia* (pp. 77-87). Centro Nacional Patagónico-CONICET, Puerto Madryn.
- Igareta, A. y Schávelzon, D. (2011). Empezando por el principio: pioneros en la Arqueología Histórica Argentina. *Anuario de Arqueología*, 3(3), 9-24.
- Lagiglia, H. (1976). La cultura Viluco del centro oeste argentino. *Revista del Museo de Historia Natural del San Rafael*, III(1/4), 227-265.
- Lagiglia, H. (1983a). Presencia Hispánica en la Minería Indígena y Colonial de Mendoza. En E. Morresi y R. Gutiérrez (Eds.), *Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina*, Tomo I (pp. 205-227). Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- Lagiglia, H. (1983b). Arqueología e Historia del Fuerte San Rafael del Diamante (Mendoza). En E. Morresi y R. Gutiérrez (Eds.), *Presencia Hispánica en la Arqueo-*

2. Origen y desarrollo de la arqueología histórica en Argentina

logía Argentina, Tomo I (pp. 89-190). Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.

- Lagiglia, H. (1983c). Primeros contactos Hispánicos-Indígenas de Mendoza (La arqueología histórica y su periodificación). En E. Morresi y R. Gutiérrez (Eds.), *Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina*, Tomo I (pp. 191-203). Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- Laguens, A. (1999). *Arqueología del contacto hispano indígena*. BAR International Series 801, Oxford.
- Landa, C. y Ciarlo, N. (2016). Arqueología histórica: especificidades del campo y problemáticas de estudio en Argentina. *Revista Quehaceres*, 3, 96-120.
- Langiano, M. del C., Merlo, J. y Ormazabal, P. (1998). Arqueología de los puestos fortificados en el camino a Salinas. En *Actas de las Primeras Jornadas Regionales de Historia y Arqueología del Siglo XIX* (pp. 12-18). UNICEN, Tapalqué.
- Madrazo, G. (1985). Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina. *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara*, 1, 13-56.
- Madrid, P. (1991) Estudio arqueológico de los sitios con estructuras de piedras en las Sierras de Pillahuincó, Pcia de Buenos Aires. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, XL(3), 129-155.
- Maeder, E. (1983). Prólogo. En E. Morresi y R. Gutiérrez (Eds.), *Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina*, Tomo I (pp. 11-14). Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- Mansegosa D. y Chiavazza, H. (2010). Consecuencias del proceso de colonización en la salud de la población urbana de Mendoza (Argentina): un estudio desde evidencias paleopatológicas (s. XVIII-XIX). *Revista Española de Paleopatología*, 8, 1-18.
- Mazzanti, D. L. (1993). Control de ganado caballar a mediados del siglo XVIII en el territorio indio del sector oriental de las serranías de Tandilia. En R. Mandrini y A. Reguera (Comps.), *Huellas en la Tierra* (pp. 75-89). IEHS-UNICEN, Tandil.
- Mazzanti, D. L. (1997). Archaeology of the Eastern edge of the Tandilia Range (Buenos Aires, Argentina). *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula*, 10, 211-227.
- Moreno, F. P. (1874). Noticias sobre antigüedades de los indios del tiempo anterior a la conquista. *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias Exactas de la Universidad de Córdoba*, I, 130-149.
- Moreno, F. P., Reid, W. y Zeballos, E. (1876). Una excursión orillando en Río de la Matanza. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, I, 89-92.
- Morresi, E. (1970). Una nueva datación radiocarbónica en la Argentina y la primera para la arqueología de la provincia del Chaco. *Trabajos y comunicaciones*, 20, 257-268.
- Morresi, E. (1971). *Las Ruinas del km 75 y Concepción del Bermejo*. Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- Morresi, E. (1983). Muestrario de material arqueológico del contacto hispano indígena en el "lugar histórico de Concepción del Bermejo (1585-1631/32)". En E. Morresi y R. Gutiérrez (Eds.), *Presencia hispánica en la arqueología argentina* (pp. 393-426). Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Morresi, E. y Gutiérrez, R. (1983). *Presencia hispánica en la arqueología argentina*. Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- Mugueta, M. y Guerci, M. (1998). El Cantón Tapalqué Viejo y la cultura de fronteras: La permanencia de los pobladores en las adyacencias de los fortines. En *Actas de las Primeras Jornadas Regionales de Historia y Arqueología del Siglo XIX* (pp. 33-39). UNICEN, Tapalqué.
- Núñez Regueiro, V. y Núñez Regueiro, B. (1973). Arqueología histórica del Norte de la provincia de Corrientes (I). *Revista del Instituto de Antropología*, IV, 23-68.
- Oliva, F. (1991). Investigaciones arqueológicas desarrolladas en el sector occidental del sistema de Ventania y la llanura adyacente (1987-1989). *Boletín del Centro*, 1, 39-41.
- Outes, F. (1902). *El primer establecimiento español en el territorio argentino Noticia histórico-geográfica (1527-1902)*. Casa Coni Hermanos, Buenos Aires.
- Outes, F. (1906). Los supuestos túmulos del Pilar (provincia de Buenos Aires). *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, Serie III(VI)*, 251-258.
- Outes, F. (1921). Salvador Debenedetti, La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango”. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XLVI, 745-748.
- Pedrotta, V. (1999). Caracterización de los procesos naturales de perturbación del sitio Fortín Miñana (Azul, Pcia. de Buenos Aires). *Arqueología*, 9, 131-161.
- Piana, E. (1979). *El agua y los malones: represas aborígenes en La Pampa*. Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa.
- Pico, P. y Zeballos, E. (1878). Informe sobre el túmulo prehistórico de Campana. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, VI, 244-260.
- Pineau, V., Montanari, E., Lucchetta, M., Caretti, F. y Landa, C. (2014). Prácticas de consumo de bebidas etílicas en una “casa de negocios” pampeana de fines del siglo XIX. Análisis de precintos de plomo y de fragmentos vítreos (Posta El Caldén, Departamento de Realicó, La Pampa). *Revista del Museo de Antropología*, 7(1), 55-64.
- Pineau, V., Fernández, L. Sinka y Andrade, A. (2022). Análisis morfológico funcional de los materiales vítreos del sitio Mariano Miró, un pueblo a principios del siglo XX. (Departamento de Chapaleufú. Provincia de La Pampa. Argentina). *Comechingonia virtual*, 26(3), 5-32.
- Poujade, R. (1992). Poblamiento prehistórico y colonial de Misiones. *Estudios Ibero-Americanos*, XVIII(1), 29-69.
- Poujade, R. (1999). Trabajos técnicos en reducciones jesuíticas de guaraníes en Misiones (R. A.). C. Diez Marín (Ed.), *Actas del XII Congreso de Arqueología Argentina*, Tomo II (pp. 192-198). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Prieto Olavarría, C., Chiavazza, H. y Castro de Machuca, B. (2020). Cerámica híbrida, huarpes y etnogénesis en una ciudad colonial meridional (Mendoza, Argentina). *Latin American Antiquity*, 31(3), 1-19.
- Quatrin, Z. (1997). Arqueología histórica en Quilmes. En C. Diez Marín (Ed.), *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I (pp. 607-612). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Raffino, R. C. e Igareta, A. (2003). Arqueología Histórica en Argentina. Cuadro de situación y perspectivas. *Revista de Arqueología Americana*, 22, 7-23.

2. Origen y desarrollo de la arqueología histórica en Argentina

- Ramos, M. (1995). ¿Corrales o estructuras? *Historical Archaeology in Latin America*, 15, 63-69.
- Ramos, M. (2001). Tecnología aborígen en un sitio histórico bonaerense. En *Arqueología uruguaya hacia el fin del milenio*, Tomo II (pp. 589-597). Asociación Uruguaya de Arqueología, Colonia de Sacramento.
- Reed, C. S. (1918). Cementerio indígena postcolombino de Viluco, provincia de Mendoza. (comunicación preliminar presentada por Eric Boman). *Physis*, IV, 94-96.
- Roa, M. y Saghessi, M. (1998). Investigaciones arqueológicas en el fortín Reconquista, partido de Guaminí, provincia de Buenos Aires. En *Actas de las Primeras Jornadas Regionales de Historia y Arqueología del Siglo XIX* (pp. 89-93). UNICEN, Tapalqué.
- Rocchietti, A. M., De Grandis, N., Vicioso, B., Martínez, L., García Cano, J. y Valentini, M. (1997). San Bartolomé de los Chaná: arqueología histórica. En C. Diez Marín (Ed.), *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I (pp. 489-500). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Rovira, B. (1989). Arqueología histórica del conjunto jesuítico de Nuestra Señora de la Candelaria, Provincia de Misiones. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
- Schmidel, U. ([1563-1565] 1945). *Viaje al Río de la Plata*. Emecé, Buenos Aires.
- Schávelzon, D. (1991). *Arqueología histórica de Buenos Aires. la cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*. Corregidor, Buenos Aires.
- Schávelzon, D. (2000). *Historias del comer y del beber: arqueología de la vajilla de mesa en Buenos Aires*. Aguilar, Buenos Aires.
- Schávelzon, D. (2001). *Catálogo de cerámicas históricas de Buenos Aires (siglos XVI-XX) con notas sobre la región del Río de la Plata*. Fundación para la Investigación del Arte Argentina, Telefónica de Argentina y FADU-UBA, Buenos Aires.
- Schávelzon, D. (2003). *Buenos Aires negra. Arqueología histórica de una ciudad silenciada*. Emecé, Buenos Aires.
- Senatore, M. X. (1999). Arqueología del contacto europeo-americano. Discusión teórica y modelos de análisis en áreas marginales. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, 3, 103-118.
- Senatore, M. X., S. Buscaglia, M. Bianchi Vilelli, M. Marschoff, V. Nuviala y Bosoni, C. (2007). Imágenes de Floridablanca. La construcción material y narrativa de la Colonia Española de San Julián (Siglo XVIII). En F. Morello, A. Prieto, M. Martinic y C. Bahamonde (Eds.), *Arqueología de Fuego-Patagonia* (pp. 801-812). Punta Arenas, Ediciones CEQUA.
- Senatore, M. X., M. Bianchi Vilelli, M. Marschoff, Buscaglia, S., Nuviala, V., Bosoni, C. y Staropoli, L. (2008). Una arqueología de las prácticas cotidianas en la colonia Española de Floridablanca (Patagonia, Siglo XVIII). En L. A. Borrero y N. V. Franco (Comps.), *Arqueología del extremo sur del continente americano* (pp. 81-117). Buenos Aires, Dunken.
- Silveira, M. (1992). Etnohistoria y Arqueología en la pampa interserrana. *Palimpsesto*, 2, 29-50.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- South, S. (1978). Pattern recognition in Historical Archaeology. *American Antiquity*, 43(2), 223-230.
- Tapia, A. (1998). Identificación arqueológica de asentamientos ranqueles del siglo XIX, Depto. de Loventué, La Pampa. En *Actas de las Primeras Jornadas Regionales de Historia y Arqueología del siglo XIX* (pp. 72-78). UNICEN, Tapalqué.
- Tapia, A. (1999). Variabilidad arqueológica de la conquista en la cuenca del Paraná-Plata. En J. M. López Mazz y M. Sanz (Comps.), *Arqueología y Bioantropología de las Tierras Bajas* (pp. 147-164). Universidad de la República, Montevideo.
- Tapia, A. (2003). Relaciones interétnicas y cambio cultural en la frontera al sur del Río Cuarto. Perspectiva arqueológica. En M. Ramos y E. Néspolo (Eds.), *Signos en el tiempo y rastros en la tierra* (pp. 284-294). Universidad Nacional de Luján, Luján.
- Tapia, A. y Pineau, V. (2004). Materiales vítreos y descarte diferencial. Comparación entre una ocupación aborígen y otra militar de fines del siglo XIX. En G. Martínez, M. Gutiérrez, R. Curtoni, M. Berón y P. Madrid (Eds.), *Aproximaciones contemporáneas a la arqueología pampeana* (pp. 387-401). UNICEN, Olavarría.
- Tarragó, M. y Núñez Regueiro, V. (1972). Evaluación de los datos arqueológicos: ejemplos de aculturación. *Estudios de Arqueología*, 1, 36-48.
- Tarragó, M. (1984). El contrato hispano-indígena: la provincia de Chicoana. *Runa*, 14, 143-185.
- Torres, L. M. (1923). Exploración arqueológica al sur de San Carlos. *Revista del Museo de La Plata*, XXVII, 286-305.
- Trelles, M. R. (1862) *Memoria sobre el origen de los indios querandíes*. Registro Estadístico de Buenos Aires. Tomo I. Buenos Aires.
- Vignati, M. A. (1936). El asiento de la misión jesuítica del lago Nahuel Huapi. *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, VIII, 315-321
- Zapata Gollán, A. ([1953] 2022) Las ruinas de la primitiva ciudad de Santa Fe. Las tres iglesias. En *Santa Fe La Vieja* (pp. 25-48). Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- Zarankin, A. (1995). Arqueología histórica en Santa Fe la vieja. *Historical Archaeology in Latin America*, 10.
- Zarankin, A. (1999a). Casa Tomada; sistema, poder y vivienda doméstica. En A. Zarankin y F. Acuto (Eds.), *Sed Non Satiata; Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea* (pp. 239-272). Del Tridente, Buenos Aires.
- Zarankin, A. (1999b). Arqueología de la arquitectura. Another brick in the wall. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade de São Paulo*, 3, 119-128.
- Zarankin, A. y Senatore, M. X. (1996). Reseña crítica sobre arqueología histórica colonial en Argentina. *Páginas sobre Hispanoamérica Colonial*, 3, 123-141.

Capítulo 3

El trabajo de campo y gabinete en arqueología histórica

Vanesa N. Bagaloni

En este capítulo se describen las distintas fuentes de información de las que se nutre la arqueología histórica. Se focaliza en la búsqueda, el abordaje y los mecanismos interpretativos de dichas fuentes para la construcción de datos seguros y confiables. En todo proceso de investigación para tratar integralmente un problema científico es primordial el trabajo interdisciplinar, incluso transdisciplinar. Es por eso que no sólo se analizan y se discuten conjuntamente conocimientos desde la antropología, la historia, la etnografía, la etnohistoria y la arquitectura, sino que también se recurre a métodos y técnicas de otras disciplinas, quizás menos relacionadas tradicionalmente con la arqueología histórica, como la geofísica, la geografía, la ingeniería, la bioquímica, la biología, la comunicación social, entre otras. En esta interacción y cooperación interdisciplinar se consideran y vinculan una pluralidad de puntos de vista. Así se logra visualizar, comprender e interpretar de manera más completa y fecunda, distintos temas y problemas de investigación.

Seguidamente, se presentan los tipos de fuentes (escritas y no escritas), sus características y sus diversas formas de articulación. Cabe aclarar que en este

capítulo se excluye el tratamiento de materiales arqueológicos, ya que otros capítulos del libro se dedican a los artefactos que aparecen con mayor frecuencia en sitios arqueológicos históricos y que proporcionan información relevante (capítulo 5 sobre restos arqueofaunísticos, capítulo 6 sobre cerámicas y capítulo 7 sobre materiales vítreos). De igual forma, se desarrolla un recorrido puntual y breve sobre el proceso de trabajo arqueológico dentro de los espacios de campo, como el **archivo** y el **terreno**, y de gabinete. En el mismo se detallan principalmente aquellos conceptos, métodos y técnicas menos tratados y/o excluidos de los manuales clásicos de arqueología y de la formación académica tradicional en las universidades argentinas.

Articulación de la información escrita y no escrita

La gran peculiaridad de la arqueología histórica, como se trató en los capítulos anteriores, es la incorporación de fuentes escritas en el proceso de investigación, además del insumo clásico de la arqueología: los restos materiales y su contexto estratigráfico y/o superficial. En este sentido, las fuentes históricas pueden clasificarse en dos grandes grupos: las fuentes escritas y las fuentes no escritas (Barragán, 2001; Nacuzzi, 2002, 2007). Las **fuentes escritas o textuales** agrupan un vasto y heterogéneo conjunto de documentos que, por citar algunos ejemplos, pueden ser:

- eclesiásticos: Cartas Anuas, Relaciones, registros de bautismo, muertes y casamientos, expediciones, diarios de viaje, entre otros.
- militares: tratados y alianzas, expediciones, partes diarios, pedidos de abastecimiento y proveeduría, racionamientos, memorias anuales, expedientes y legajos personales, diarios personales, partes de combates y sumarios, etc.
- gubernamentales y administrativas: Reales cédulas, cédulas de encomienda, probanzas de méritos y servicios, oficinas públicas, registros aduaneros, actas y decretos de gobierno, discursos, correspondencia oficial, leyes y ordenanzas, padrones y censos, arrendamientos, mensuras, ventas y escrituras, cartas misivas, entre muchos otros.
- judiciales: expedientes procesales, litigios, sucesiones, delitos, robos, homicidios, etc.
- literarios: ensayos, biografías, libros, novelas, poemas, ficciones, guiones, etc.
- empresariales: registros de compra y venta, libros contables, registros de establecimientos agropecuarios, mineras, informes anuales de empresas y sociedades, correspondencia, etc.

3. El trabajo de campo y gabinete en arqueología histórica

- periodísticos: periódicos, revistas, informes, investigaciones, publicaciones, folletos, etc.
- científicos: investigaciones, libros, artículos, informes, atlas, diario de campo, etc.
- privadas: cartas, libros, documentos, diarios y correspondencia, memorias, testamentos, etc., de instituciones privadas, ONGs o particulares (individuos o familias).
- bibliográficas: obras de historia regional, trabajos previos sobre un tema a abordar, estudios etnográficos, etc.

Las **fuentes no escritas** abarcan los objetos, los monumentos y la arquitectura; las iconografías como dibujos, pinturas, grabados, fotografías, pictografías, litografías; las cartografías como croquis, planos, mapas, cartas geográficas; las producciones audiovisuales como las filmaciones y los registros sonoros como entrevistas o canciones; las tradiciones orales y las memorias colectivas; entre otros.

Los materiales arqueológicos, como parte de las fuentes no escritas, incluyen artefactos y estructuras (Orser, 2000; Renfrew y Bahn, 1993). Los artefactos son aquellos elementos usados, modificados o confeccionados por la acción humana. Pueden ser de diversa materialidad, elaborados en huesos de animales, conchas, fibras y semillas de plantas, rocas, vidrio, cerámica, metal, entre otros. En un sitio arqueológico, se considera estructura a cualquier tipo de evidencia de la presencia humana que no puede ser removida o transportada y brinda información sobre las actividades que allí se desarrollaron (Orser, 2000:29). Constituyen ejemplos un fogón, un pozo de basura, de almacenamiento o sanitario, una trinchera, un muro, un enterramiento, la planta de un fortín (montículo y foso), una casa, un fuerte o un edificio. Estos pueden estar contruidos con césped, paja, palos, ramas o maderas resistentes, hueso, cuero, piedra, tierra cruda (adobes) o cocida (ladrillos); y pueden presentar variadas técnicas y estilos constructivos que conforman, junto con su distribución en el espacio, distintas arquitecturas (por ejemplo, inca, maya, medieval o moderna, castrense, rural o urbana).

Ambas clases de información escrita y no escrita con la que se trabaja en arqueología histórica y que conforman lo que se conoce en sentido amplio en arqueología como **cultura material** (Andrén, 1998), generan dos tipos de datos que deben ser tratados al mismo nivel sin darle preeminencia a ninguno en el proceso de investigación. Las discusiones dentro de este campo se han centrado históricamente en la relación entre los restos arqueológicos y las fuentes escritas (Carbonelli, 2010; Pedrotta y Gómez Romero, 1998).

Éstos informan sobre aspectos diferentes y, pueden ser complementarios y/o contradictorios. Las fuentes escritas y sus discursos son el resultado de la interrelación entre la escritura, el conocimiento y el poder. Las fuentes reflejan, a menudo, la perspectiva y los intereses de las personas o del grupo que las crearon y usaron. De esta forma, muchas de ellas –como, por ejemplo, los tratados, las cartas oficiales, los periódicos, etc.- constituyen instrumentos o estrategias políticas y/o diplomáticas para la transformación socio-cultural (Cernadas, 1998). Tanto los datos escritos como no escritos deben ser cotejados, criticados y contrastados con la misma calidad de información con la que fueron generados, sin caer en tautologías y/o analogías directas. Transformándose así en líneas de evidencia alternativas y en fuentes de información crítica. También las fuentes escritas, gráficas y orales son usadas para la generación de hipótesis de trabajo, así como para sustentarlas y apoyarlas; es decir, tanto en el contexto de descubrimiento como de validación o contrastación de las mismas, aunque mediante datos independientes a los que las generaron (Pedrotta y Gómez Romero, 1998). Además, ayudan a comprender críticamente el contexto histórico, a interpretar los procesos y las dinámicas sociales, políticas, económicas y culturales que sucedieron en un determinado espacio-tiempo, a distintas escalas de abordaje y en función de un problema o pregunta arqueológica (Carbonelli, 2010).

A lo largo de su existencia, y en función de la generación de significado en el marco del proceso de investigación, los dos tipos de fuentes han recorrido las mismas etapas relacionadas con un **contexto original** (donde son creadas, usadas y/o depositadas), un **contexto de descubrimiento y preservación** (donde son recuperadas, conservadas y/o archivadas) y un **contexto interpretativo** (análisis e interpretación científica de los datos mediante una construcción conceptual del pasado en función del contexto presente) (Carbonelli, 2010; Galloway, 2006; Traba y Zuccarelli, 2014:123). Por tanto, ambos tipos de datos son igualmente importantes para conocer el pasado (Pedrotta y Gómez Romero, 1998). Como se desarrolló en los primeros capítulos de este libro, la relación entre ambos ha cambiado a lo largo del tiempo en la arqueología histórica. Esta interacción es una construcción dinámica elaborada por el/la investigador/a, cuyo contexto de producción de conocimiento se encuentra influenciado por las trayectorias profesionales particulares y los entornos académicos, así como por los diversos aspectos sociales, económicos y políticos en un determinado tiempo y lugar (Carbonelli, 2010; Pedrotta y Gómez Romero, 1998). En este sentido, se piensan en términos de discursos, a la vez similares y diferentes, sobre el pasado en y desde el presente, que deben analizarse en su totalidad e interpretarse juntos (Andrén, 1998; Carbonelli, 2010).

Por otro lado, para este abordaje son relevantes las escalas espacio-temporales, enfoques y perspectivas que son comunes tanto para la arqueología como para la historia y la geografía. Como se mencionó en el capítulo 1 sobre la Escuela de los Annales, para comprender el **tiempo histórico**, Fernand Braudel (1970) propone tres temporalidades distintas entrelazadas: a) corta duración, factual, un tiempo breve de acontecimientos o sucesos -por ejemplo, el arribo de la Corona española al Río de la Plata-; b) mediana duración, basada en ciclos y oscilaciones, de coyunturas socioculturales y económicas desarrolladas en ritmos ondulatorios -por ejemplo, los primeros contactos e interacciones entre las comunidades originarias americanas y los conquistadores españoles y portugueses- y c) larga duración, un tiempo extenso que permite entender procesos sociales que abarcan siglos o milenios -por ejemplo, la configuración, la consolidación y el avance de la frontera pampeano-patagónica-. A su vez, estos tiempos históricos en nuestro país pueden clasificarse en períodos concretos: 1) colonial (1535-1780), 2) tardo-colonial (1780-1810), 3) independentista o de guerras revolucionarias (1810-1820), 4) post-revolucionario o de guerras civiles (1820-1852), 5) formación del Estado-nación (1852-1880), 6) consolidación del Estado-nación (1880-1930), 7) alternancia de Estados democráticos y dictatoriales (1930-1983) y 8) actualidad (1983-2025).¹

Además de la variable tiempo, se debe tener en cuenta la espacialidad y las múltiples formas, conceptos y discusiones para abordarla -espacio, territorio, paisaje, lugar (Souto, 2011)-, en función de los procesos multidimensionales, multisituacionales y multiescalares que se sucedieron en un tiempo específico. En cuanto a las **escalas espaciales**, para comprender e interpretar estas situaciones de interacción en contextos geográficos específicos se distinguen tres escalas de análisis (Cusick, 1998): 1) microrregional, focalizada en el análisis dentro y entre los sitios arqueológicos de un área de estudio, 2) macrorregional, centrada en la interacción entre los aspectos naturales y la distribución espacial y temporal de los diferentes asentamientos en el paisaje y 3) global, que valora las interacciones e influencias sociopolíticas y económicas globales, dentro del contexto del mundo moderno, que afectaron a las distintas poblaciones relacionadas con los sitios o localidades arqueológicas. Entre las escalas macro y global podría agregarse una escala intermedia, la nacional. Asimismo, la hora de evaluar lo global se debe tener ciertos recaudos sin perder el foco en lo micro, es decir, valorar y discutir las múltiples realidades locales y diversidades en la configuración e influencia de lo global.

1 Dra. Fernanda Barcos, *comp. pers.* 2019, historiadora y docente de la Universidad Nacional de La Plata.

En este marco, el abordaje desde una perspectiva microhistórica (Bandieri, 1996; Levi, 1993), al reducir la escala, revela factores, situaciones y contextos, particulares y cotidianos, en los que un individuo o un conjunto de individuos relacionados son visibles y recobran un papel activo y dinámico. Así, se puede acceder a una variada y compleja trama de interacciones sociales que no podrían verse desde una visión mayor (dada por la historia regional, nacional o global), como los conflictos, las tensiones y las negociaciones en la construcción del mundo social (Bandieri, 1996; Levi, 1993). No obstante, la microhistoria sólo es posible si se inscribe en espacios de contextualización más amplios y no pierde contacto con la totalidad; entonces, se accede desde otro lugar logrando percibir las ambigüedades simbólicas y la diferenciación social. Una forma de aproximarse es mediante el método biográfico, que incluye historias, relatos y trayectorias de vida (Barragán, 2001).

Por último, los procesos sociales de interacción multicultural pueden abordarse desde tres **enfoques** que permiten evaluar el cambio cultural a largo plazo (Lightfoot, 1995; Lightfoot et al., 1998): 1) holístico, tiene en cuenta la información proveniente de diversas fuentes -etnohistoria, etnografía, arqueología, lingüística, tradiciones orales, etc.-; 2) diacrónico, contempla la evidencia material dentro de un proceso continuo que abarca desde los momentos prehispánicos hasta los posthispánicos; 3) comparativo, se enfoca a la interrelación posible entre los conjuntos arqueológicos intra e intersitios.

El trabajo en el archivo y el abordaje de las fuentes

En diversas instancias del proceso de investigación, como parte del trabajo de campo, se realiza una búsqueda, registro y análisis de fuentes escritas y gráficas en distintos repositorios. Con relación al marco espacio-temporal de la pregunta y/o problema arqueológico es necesario conocer las estructuras, las organizaciones y las jurisdicciones que funcionaron durante el período colonial (Corona española e Iglesia católica) y durante la conformación y consolidación del Estado-nación argentino en el siglo XIX para saber a dónde ir a buscar determinada fuente (Nacuzzi, 2002). Los repositorios pueden ser instituciones internacionales (como el Archivo General de Indias en Sevilla, España)², nacionales (como el Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, el Servicio Histórico del Ejército, el Archivo General e Histórico de la

2 <https://www.cultura.gob.es/cultura/areas/archivos/mc/archivos/agi/presentacion.html>, último acceso 1 de abril de 2025.

3. El trabajo de campo y gabinete en arqueología histórica

Universidad Nacional de Córdoba, archivos eclesiásticos)³, provinciales (como el Archivo Histórico “Ricardo Levene” de la provincia de Buenos Aires, el Archivo Histórico de la provincia de Tucumán, etc.)⁴, entidades locales (como el Museo de Arqueología “J. Mulazzi” de Tres Arroyos)⁵ y de particulares (archivos familiares). Muchos de ellos cuentan con guías y catálogos de acceso público, la mayoría digitales, y ordenados por tema, fecha y lugar.

Para el abordaje de las fuentes (escritas y no escritas) se consideran ciertos recaudos metodológicos, siendo necesario realizar un análisis crítico de las mismas. Diversa autoría (Barragán, 2001; Cernadas, 1998; Guinzburg, 2004; Lightfoot, 1995; Nacuzzi, 2002, 2007) ha propuesto distintas pautas metodológicas; entre las básicas, se debe averiguar su procedencia, es decir, si son fuentes de autoría conocida o desconocida (anónimas), si son inéditas (halladas en el repositorio) o editas (están publicadas). Además, reconocer si se trata de fuentes de primera mano (primarias), escritas o producidas por la autoría que originalmente vivenció los hechos y tiene información original; o si son de segunda mano (secundarias), escritas o producidas por terceros, que obtuvieron la información de manera indirecta.

Se proponen **tres etapas de análisis** de las fuentes escritas (Barragán, 2001:171-183):

- 1) La primera etapa refiere al **conocimiento** de las fuentes e **interrogantes** a las fuentes, considerando los datos del autor (género, función, intereses personales, grupales, etc.), a quién está dirigida, con qué objetivo, por qué fue escrita, cómo está estructurada y organizada, de qué forma está escrita, qué se destaca, qué se omite, qué tipo de fuente es, entre otras preguntas.
- 2) La segunda etapa apunta al **balance** y las **limitaciones** de las fuentes en función de las preguntas: ¿qué se busca? ¿reconstruir un hecho, un debate o discusiones, identificar visiones o perspectivas? Esto determina la utilidad, importancia y validez de las fuentes que se quieren utilizar, si

3 <https://agnbicentenario.mininterior.gob.ar/inicio/bienvenidx>; <https://www.bn.gov.ar/>; <https://she.ejercito.mil.ar/>; y <https://archivodelauniversidad.unc.edu.ar/>, último acceso a todas las páginas 1 de abril de 2025. Dentro de los archivos eclesiásticos se encuentran los parroquiales, catedralicios y capitulares, diocesanos y episcopales, de órdenes religiosas (jesuita, franciscana, etc.) y contienen registros de nacimientos, bautismos, matrimonios, defunciones, actas de cabildos, documentación de órdenes religiosas. Por ejemplo, el portal de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días: <https://www.familysearch.org/es/home/portal/>, último acceso 29 de abril de 2025.

4 <https://www.amigosarchivolevene.com.ar/> y <https://archivoh-beta.tucuman.gov.ar/>, último acceso 1 de abril de 2025.

5 <https://museomulazzi.tresarroyos.gov.ar/>, último acceso 1 de abril de 2025.

son convenientes o no. Asimismo, se debe detectar el período que abarca la fuente y su frecuencia para evaluar su disponibilidad. Igualmente, es necesario evaluar la exploración de las fuentes, la preparación para su manejo y planificación del tiempo para trabajarlas, es decir, estimar los costos y tiempos de abordaje de la fuente, su localización e identificación en un determinado repositorio, y los elementos indispensables para su abordaje (guantes, cámara fotográfica, escáner, etc.).

- 3) La tercera etapa consta de la planificación del sistema de **vaciado de datos**: se refiere al fichado de la fuente, el registro citas textuales o interpretativas, fotografiado, escaneado, etc.

Dentro de este marco, se deben contemplar entonces distintos indicadores críticos, focalizando en los sesgos y limitaciones de los documentos analizados (Lightfoot, 1995; Nacuzzi, 2002, 2007). De este modo, se propone realizar una **crítica externa** de las fuentes documentales relacionada con su confiabilidad -autenticidad, originalidad, soporte y medios, fecha, procedencia, estado del documento, etc.- y otra, **crítica interna** teniendo en cuenta la confiabilidad de los testimonios y su análisis situacional -tipo de fuente, autor, filiación del dato, motivos y prejuicios del autor, institución que origina el documento, finalidad, contextos de enunciación y discursivo, socio-cultural, espacial y temporal, entre otros-. Esta información se debe comparar con otras fuentes coetáneas, para luego construir datos empíricos a partir de la integración crítica de las fuentes de información escritas.

Aparte de lo detallado, existen una serie de **elementos auxiliares** que se tienen que valorar: 1) los conocimientos previos sobre aspectos históricos y antropológicos, 2) el conocimiento del contexto histórico general, especialmente las estructuras administrativas, jurídicas y eclesiásticas, 3) establecer el origen de las fuentes inéditas y de los archivos o repositorios, 4) las biografías de los autores, 5) los estudios críticos de las fuentes publicadas, 6) las fuentes complementarias: toponimia, lingüística, fuentes orales, entre otras, 7) el trabajo de campo para conocer el espacio e interpretar la información y 8) el abordaje profesional y la mirada académica del/la investigador/a, sus intenciones, sus limitaciones y sus prejuicios. En todo este proceso, es fundamental la formación y el trabajo interdisciplinario con profesionales de la historia, la etnohistoria, la geografía o la archivística en relación con las preguntas de investigación, propias y conjuntas. Asimismo, es relevante rendir cuenta del proceso de trabajo con fuentes y ser responsables de las decisiones profesionales a la hora de abordarlas.

El que sigue es un caso interesante por su tratamiento, es decir, la autora no sólo analiza críticamente una carta de un cacique en su sentido histórico sino que también profundiza en su materialidad y sus implicancias... ¿está escrita con sangre?

Box 3.1

La carta del cacique Yanquetruz

Victoria Pedrotta

En mayo de 1856, Yanquetruz o Llanquitruz, un joven cacique del norte de la Patagonia, envió una carta al entonces Comandante de Carmen de Patagones, Benito Villar, con la cual se inició un intercambio epistolar entre ambos en una coyuntura de alta conflictividad interétnica y ante las gestiones emprendidas por el Estado de Buenos Aires para lograr la pacificación de la frontera sur. En dicha carta el cacique expresaba sus deseos de hacer las paces, a la vez que marcaba sus condiciones para llegar a un acuerdo. Independientemente de su contenido, se trata de un documento muy especial ya que existían indicios de que se habría utilizado sangre como tinta para su escritura, particularidad que dieron por cierta varios historiadores y otros estudiosos en publicaciones académicas. El hallazgo de la carta original en el Archivo General de la Nación Argentina, a mediados de 2017, planteó la posibilidad de poner a prueba si la misma había sido en efecto escrita con sangre y, en caso de verificarse el hecho, determinar de qué tipo de sangre se trataba, mediante la aplicación de técnicas analíticas que permiten conocer la materialidad de los objetos. Luego de un largo derrotero de gestiones institucionales, académicas y científicas, se concretó un estudio de espectrometría de masas de proteínas sobre una pequeña muestra de la tinta de la carta, para determinar 1) si efectivamente había sido escrita con sangre y 2) si se trataba de sangre humana o de algún animal.

El estudio fue realizado por el bioquímico Ricardo Neme Tauil, en el IQUIBICEM (Instituto de Química Biológica, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires y CONICET) en marzo de 2019, con resultados positivos. De este modo, mediante análisis arqueométricos fue posible determinar, no sólo que se había empleado sangre para escribir la carta, sino que se trataba de sangre humana. Se trata de un caso único en el país, que amerita reflexionar sobre varios aspectos. En primer lugar, la determinación científica del origen de la tinta con la cual fue escrita la carta posibilitó poner a prueba supuestos que habían sido dados por ciertos en el ámbito académico. En segundo término, se trata de una experiencia exitosa que permitió conocer

con mayor certeza la materialidad de un documento y tomar decisiones sobre las intervenciones específicas y su conservación a largo plazo. En tercer lugar, el empleo de sangre humana para escribir una carta remitida por Yanquetruz, abre una puerta para profundizar el conocimiento de la agencia indígena y, especialmente, las estrategias que fueron puestas en juego por este cacique en las negociaciones que culminaron con la firma de un tratado de paz que redujo la conflictividad en ese sector de la frontera por veinte años. Por último, en el marco del debate que impregnó los comienzos de la arqueología histórica en Argentina en torno al uso de las fuentes escritas en las investigaciones arqueológicas, este caso invita a cuestionar la separación dicotómica y esencialista entre los objetos y los documentos, en otras palabras, entre la materialidad y la textualidad, vinculada al legado teórico y epistemológico de la arqueología procesual.

La cartografía como fuente de localización, exploración e interpretación del espacio y de las sociedades

La búsqueda y localización de sitios en arqueología histórica se basa en los métodos tradicionales de la arqueología (Plog et al., 1978; Renfrew y Bahn, 1993), sumados a una serie de metodologías y técnicas comunes a los estudios de contextos posthispanicos. Entre éstos, se encuentran la incorporación de fuentes escritas y cartográficas, y la aplicación de técnicas geofísicas y sensores remotos que intervienen tanto en el diseño y la planificación de prospecciones como en el estudio de dichos sitios o localidades arqueológicas. En los apartados que siguen se describen de manera general algunas de estas técnicas y su aplicación en casos concretos. Las prospecciones sistemáticas tienen distintos objetivos que comprenden el reconocimiento de las características ambientales y culturales de una región o microrregión, la localización y el muestreo sistemático de sitios arqueológicos registrados en los documentos, la identificación de sitios arqueológicos no registrados en las fuentes escritas y gráficas, el relevamiento y registro de estructuras, la recolección de materiales superficiales, la ejecución de sondeos y excavaciones, el relevamiento de colecciones arqueológicas públicas y privadas relacionadas con dicha área y/o sitio en estudio, el relevamiento de relatos orales y memorias locales a través de entrevistas, entre los más relevantes. Luego, en el gabinete se realiza la preparación, el análisis, el procesamiento, la interpretación y la discusión de los datos recolectados en el archivo, de las entrevistas y de los conjuntos arqueológicos hallados en el terreno. Posteriormente, se efectúa la guarda de los materiales arqueológicos

y de otras fuentes –por ejemplo, fotografías, mapas, documentos- siguiendo los principios básicos de la conservación (Pautassi y Prado, 2021) así como de la digitalización de los elementos más relevantes para el acceso libre de la comunidad científica como del público en general (Acevedo y Staropoli, 2023; Álvarez y Pedrotta, 2024; Izeta et al., 2021).

Ahora bien, la **cartografía** -antigua y moderna, pasada y presente- se considera una fuente de información para explorar e interpretar el espacio en el tiempo, así como las cosmovisiones de los distintos actores sociales e instituciones que tuvieron la necesidad de representar el espacio situado que habitaban o pretendían conocer y/o habitar. La cartografía expresa gráficamente el conocimiento que se tiene de la superficie de la tierra. Ésta existió antes que la escritura e incluso que las matemáticas, con fines religiosos –por ejemplo, de protección de un territorio-, utilitarios –como la localización de fuentes de agua, zonas de caza y/o peligrosas- e instrumentales –permiten medir distancias, establecer límites entre territorios-, entre otros (Bienes, 2019). Pero estas representaciones gráficas -tales como croquis, planos, mapas, cartas- presentan diversos aspectos e información de distinta índole como rasgos naturales, culturales y sobre la sociedad, comunidad o institución que las elaboró, que se deben analizar. La manera de pensarlas, concebirlas y estudiarlas ha variado con los avances teóricos y metodológicos, sobre todo desde la geografía, entre otras disciplinas (Bienes, 2019; Enrique y Pensa, 2018; Harley, 1989, 2005; Lois, 2014; Pensa, 2020). En líneas generales, la visión positivista de los mapas antiguos los define como la representación de un espacio geográfico o una parte de él que, a lo largo del tiempo y, a medida que se fueron perfeccionando las técnicas de medición y relevamiento -brújula, compás, cintas métricas de acero, teodolito, cadena de Gunter y nivel Abney, etc.-, se vuelven representaciones cada vez más precisas -por ejemplo, la exactitud de las coordenadas geográficas- y se corresponden con la topografía real o “verdadera” (Harley, 2005). Esto presupone que cuanto más antigua sea una cartografía, será más imprecisa y menos confiable.

Desde fines de la década de 1980, diversos estudios dejaron de lado esta visión neutral, técnica, transparente, objetiva e inocente de la cartografía, para dar lugar a otras concepciones que consideran su contexto de producción, sus características, la/s intención/es y su/s función/es. En este sentido, nuevas miradas críticas nacieron en el contexto del llamado “giro lingüístico”, donde desde la lingüística y la semiótica se aborda a la cartografía como texto (Harley, 1989, 2005) y del “giro visual”, donde el mapa se discute como imagen (Lois, 2014; Pensa, 2020). A partir de las diversas formas de leer las narrativas pasadas y de mirar las imágenes del pasado, según la pluralidad de modos y

géneros cartográficos dados por las relaciones socioculturales y tecnológicas que definen la práctica, las condiciones y su función discursiva (científica, oficial, técnica, etc.) e inmersos en procesos situados, se considera a los mapas como inexactos, como ideologías y dispositivos políticos, como instrumentos de poder y de control, como herramientas de dominación social y territorial, como una simbología a deconstruir e interpretar (Harley, 1989, 2005; Lois, 2014). Entonces, la “mapidad” no está definida sólo por quién elabora el mapa o por la otredad que representa a partir de determinadas prácticas de mapeo que imponen ciertas visiones de mundo, sino por quién lo lee y lo mira, por cómo lo usa y en qué contextos, teniendo así un carácter relacional, retórico y ontológico (Lois, 2014).

Actualmente, tanto a nivel internacional –por ejemplo, la Biblioteca Nacional de España⁶– como nacional –por ejemplo, la Biblioteca Nacional Mariano Moreno y el Archivo General de la Nación–, se puede acceder de manera libre, presencial o virtual, a un *corpus* de cartografía digitalizada que ha sido elaborada desde la etapa de exploración de América y colonial.⁷ La mayoría de la cartografía antigua de consulta en archivos argentinos llega hasta las primeras décadas del siglo XX. La información en la cartografía se presenta de manera dispersa y simultánea (Bienes 2019). Seguidamente, se proponen una serie de variables para valorar e interpretar externa e internamente la cartografía antigua, en base a autores como Bienes (2019), Enrique y Pensa (2018), Harley (2005), Lois (2014), entre otros, y en pautas y normas internacionales para la catalogación de material cartográfico en bibliotecas⁸:

- 1) **forma y tamaño:** conocer la extensión de la cartografía, si comprende una o más unidades físicas: pliegos, hojas, etc. –por ejemplo, un mapa en dos hojas u otro caso puede ser, tres mapas en una hoja–; conocer las dimensiones de cada unidad o de cada mapa.
- 2) **soporte y producción:** sobre qué materialidad (pergamino, tela, papel) y cómo se realizó técnicamente la cartografía, si fue producto de un grabado en madera (xilografía), en un hueco sobre metal (calcografía,

6 <https://www.bne.es/es>, último acceso 2 de junio de 2025.

7 Durante el gobierno de Mauricio Macri (2015-2019) en Argentina se promulgó el Decreto Nacional 1131 / 2016 que promovía la digitalización de archivos y expedientes de la Administración Pública Nacional, incluyendo la consideración de documentos digitales como originales, siendo que los archivos digitalizados podrán destruirse según decisión de autoridad competente. Este decreto sigue vigente. <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-1131-2016-266999>, último acceso 25 de abril de 2025.

8 Por ejemplo, las Reglas de Catalogación Angloamericanas (2004).

desde el siglo XVI), en piedra (litografía, desde 1796) y la cromolitografía (varios colores, desde 1830).

- 3) **medio y color:** aplicación a pincel y/o impresión con tinta a base de grasas a la que se le sumaban distintas sustancias: aceites, pigmentos, etc. dando como resultado diversos colores, entre los más comunes, el negro y el rojo, aunque también azul, verde, marrón y amarillo.
- 4) **distribución interna:** sectores con determinada información específica, como título/s, institución y logo, autor y firma, resumen descriptivo, escala y equivalencia, indicadores geográficos, simbología, etc.
- 5) **título y lengua:** puede tener varios títulos o un título principal y otro secundario –a veces, más explicativo–, puede estar en una o distintas lenguas; puede presentar etnónimos y topónimos.
- 6) **fecha de elaboración:** incluye la fecha en la que se hizo el registro o la expedición, fecha en la que se elaboró, por un experto o no, en un gabinete o lugar distinto al que se realizó el registro.
- 7) **fecha y lugar de publicación:** se trata de la fecha de la impresión y publicación, así como el lugar donde se efectuaron dichas actividades.
- 8) **responsabilidad:** refiere al autor (profesión, nacionalidad, cargo), equipo o institución (real, religiosa, oficial, gubernamental, particular), al grabador y al editor (casi siempre son varones).
- 9) **marco** de desarrollo (expedición militar o religiosa, viaje científico, etc.), **motivo** y **finalidad** de la cartografía.
- 10) **lugar:** si se dibuja un área, región, parcela, partido, provincia, país, continente y/o globo terráqueo. Una cuestión importante para considerar son las categorías espaciales que se representan en la cartografía, es decir, la concepción, construcción y deconstrucción por parte de los actores y las distintas sociedades del espacio, la espacialidad, el territorio, el lugar o el paisaje a fin de conocer y comprender sus cosmovisiones, intenciones y estrategias de control (Lois, 2014; Souto, 2011). Así, el espacio como categoría más amplia y preexistente a las demás, como la dimensión física en la que ocurren las actividades humanas, puede pensarse como espacio planificado y construido, conceptual y vivido (Soja, 1996).
- 11) **orientación y referencias matemáticas:** presencia de puntos cardinales (la rosa de los vientos o sólo el norte magnético), escala (medida de la representación gráfica en el mapa y su correspondiente en la

superficie real), márgenes graduados, latitud y longitud, coordenadas geográficas, rumbos, medidas de longitud, de superficie y/o de área. En relación con la escala, las medidas antiguas son variadas por lo que la conversión al sistema métrico actual es compleja (por ejemplo, en las cartas portulanas, usadas en la navegación, se representaba la distancia entre puertos). También es importante identificar el meridiano de origen ya que han variado según la época, el lugar de residencia y el autor. Por ejemplo, con el Tratado de Tordesillas (1494) se demarcó el meridiano de origen a 370 leguas de las islas de Cabo Verde; en el siglo XVI pasó a las islas Azores; además, se utilizó la ubicación de observatorios reconocidos como meridianos, como el de la Universidad de Salamanca por la Compañía de Jesús y el de Cádiz por la Corona española, así como los meridianos de París, de Alejandría, de Córdoba y de Buenos Aires. Este último fue usado por el Departamento Topográfico de la provincia de Buenos Aires a mediados del siglo XIX. En 1884, 25 países convinieron adoptar el Meridiano de Greenwich (Inglaterra), que constituye la referencia actual.

- 12) **rasgos físico-ambientales-geográficos:** identificar la representación de atributos hidrográficos (laguna, estero, arroyo, río, mar, océano), relieve (montaña, sierra, bahía, estrecho, isla, barranca, médano, etc.) y flora (árboles, monte, pajonal), en general vistos desde arriba. También puede encontrarse graficada la fauna (mamíferos, peces, aves).
- 13) **rasgos antrópicos:** presencia de etnias, parcialidades o pueblos nativos; caminos de distinto rango; asentamientos de diversa envergadura (fuertes, fortines, guardias, iglesias), poblados, ciudades; líneas de frontera; delimitación de tierras; alambrado; puntos geodésicos; vías férreas; puertos; entre muchos otros.
- 14) **tipo de documento cartográfico:** a los fines prácticos, se consideran tres categorías básicas: croquis, plano y mapa o carta.⁹ El croquis se trata de una representación de un área de forma sencilla, sin coordenadas geográficas, sin escala ni proyección cartográfica y sin datos de quien lo realizó (autor o institución), puede tener graficados algunos elementos básicos del espacio y a veces, posee orientación. El plano es una representación detallada de un espacio limitado, presenta orientación, nombre del autor, escala y no tiene una proyección cartográfica. A diferencia de los anteriores, el mapa constituye una representación

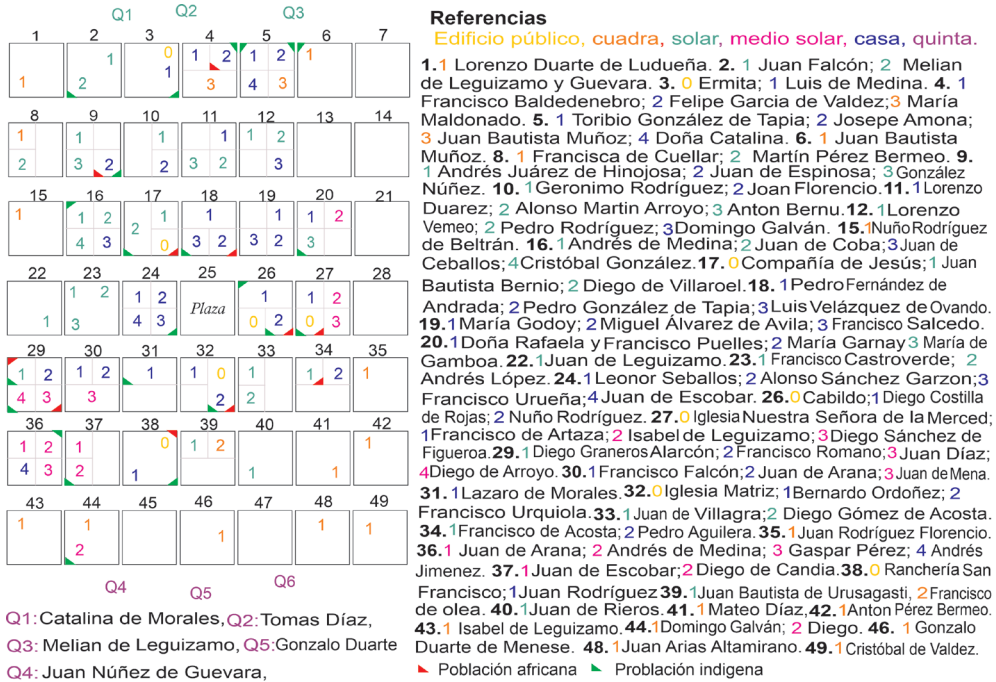
⁹ http://uapas2.bunam.unam.mx/matematicas/diferencia_mapa_plano_croquis/, último acceso 31 de marzo de 2025.

generalizada de la superficie terrestre producto de un levantamiento topográfico, con orientación y escala, se detalla el autor e institución, el objetivo, año de elaboración, y presenta una proyección cartográfica (Gauss-Krüger, Lambert Equiareal y Estereográfica Polar), signos y símbolos (elementos naturales o humanos). Para los mapas del siglo XVIII, Enrique y Pensa (2018:118) proponen dos tipos: mapas “de campo” elaborados por expedicionarios militares con conocimientos generales de cartografía y mapas “de gabinete” confeccionados por especialistas en talleres oficiales.

En cuanto a la incorporación de cartografía antigua en arqueología histórica, generalmente se la ha utilizado como fuente de información de lugares de interés y para la posterior localización en terreno de asentamientos y sus trayectorias de vida, así como para analizar y comprender las transformaciones del espacio americano a lo largo de la conquista y colonización y durante el período de conformación y consolidación de los Estados-nación. Sin embargo, para no caer en analogías directas hay que cuestionarlas, cotejarlas con otra cartografía coetánea, e integrarlas a la información de otro tipo de fuentes diversas (escritas y no escritas) y sus contextos de su producción. Este diálogo comparado e integrado permitirá la visualización de intencionalidades, omisiones, resistencias, imprecisiones, silencios y decisiones ocultas de quien la elaboró, de su grupo o institución de pertenencia (compañía religiosa, monarquía o Estado-nación), en pos de imponer un control territorial deseado, legitimar la instalación de determinados asentamientos y de la apropiación de tierras de las comunidades originarias (Lois, 2014).

Algunos ejemplos de estos abordajes críticos en contextos y procesos coloniales y republicanos arqueológicos se plasman en la ciudad colonial de Ibatín en Tucumán (Borsella y Monti, 2022, Figura 3.1), el fuerte San José en la Península de Valdés (Bianchi et al., 2013), la territorialidad criolla e indígena en el centro bonaerense (Pedrotta, 2024), la evolución de la tierra de asentamientos productivos del sur bonaerense (Bagaloni, 2010) y la conformación del pueblo de Magdalena (García Lerena y Paleo, 2016). En estos casos, se observa la importancia de la utilización de cartografía antigua en distintas instancias del proceso de una investigación científica, así como su integración con otros tipos de evidencias.

Figura 3.1 Cartografía de Ibatín con información de fuentes escritas incorporada



Nota. Plano de la ciudad de Ibatín (1565-1685) con su respectiva distribución de tierras y propietarios (en Borsella y Monti, 2022). Fuente: Elaboración de Florencia Borsella.

Detección y estudio de sitios por medio de imágenes, sensores remotos y técnicas geofísicas

Fotos aéreas, imágenes satelitales y modelos digitales

Las fotografías aéreas y las imágenes satelitales son representaciones de la Tierra que se utilizan para obtener información sobre el terreno. Las **fotografías aéreas** se toman desde un avión, por lo cual poseen un formato cuadrado, analógico y se imprimen en papel en escala de grises. En líneas generales sirven para estudiar las condiciones naturales y artificiales de un área de la superficie terrestre. En Argentina, el Instituto Geográfico Nacional (antes Instituto Geográfico Militar)¹⁰ realizó vuelos a nivel nacional durante las décadas de 1960 y 1970, y en la provincia de Buenos Aires, el Departamento Fotogramétrico de la Dirección de Geodesia del Ministerio de Infraestructura, Vivienda y Servicios

10 <https://www.ign.gov.ar/>, último acceso 1 de abril de 2025.

Públicos (actualmente Catastro y Geodesia de la Agencia de Recaudación de la Provincia de Buenos Aires, ARBA)¹¹ cuenta con vuelos civiles entre 1939 y 1997, y un archivo de más de 150.000 fotogramas originales que abarca diferentes puntos de la provincia. La tira fotogramétrica consiste en fotografías tomadas desde una avioneta a “vuelo de pájaro” (en general, vertical) que sigue una trayectoria fija y toma imágenes, a través de una cámara fotográfica, con cierto grado de superposición entre imágenes de la misma tira o corrida y entre tiras, es decir, con la tira de arriba y la de abajo. Así permite una visión estereoscópica o tridimensional, junto a la medición de rasgos sobre los fotogramas ya que se indica la escala con la que fueron tomadas. Además, a partir de su digitalización se pueden manipular, por ejemplo, los contrastes y su intensidad, y visualizar rasgos inadvertidos a simple vista.

Las técnicas de aerofotointerpretación empleadas en arqueología desde principios de siglo XX, aportan información en el proceso de relevamiento general de un área, en la detección y registro de sitios arqueológicos -poblados, fortificaciones, campos de cultivo-, en la determinación de unidades geomorfológicas, la identificación de unidades del paisaje -relieve, hidrografía, caminos-, y en los cambios y transformaciones de un área o un sitio arqueológico en el tiempo (Renfrew y Bahn, 1993). Las fotografías aéreas, al igual que la cartografía, son un recurso de uso cotidiano en las investigaciones de arqueología histórica como, por ejemplo, el análisis de fotografías aéreas de Duguine y otros (2009) para la detección de estructuras de piedra en el Sistema serrano de Tandilia, la transformación de esas estructuras en el tiempo y la identificación de unidades del paisaje -como cursos de agua, manantiales, afloramientos rocosos, alambrados y caminos-.

Las **imágenes satelitales** ópticas son captadas desde satélites en órbita y abarcan áreas mucho más grandes que las anteriores, presentan un formato digital y son procesadas en una computadora (por ejemplo, LANDSAT, Tecnología de los Recursos Terrestres). Los escáneres registran la intensidad de la luz que refleja la superficie terrestre y la transforman en imágenes en escala de colores, donde también es posible intervenir los contrastes de color. El grado de definición de las imágenes satelitales permite estudiar la topografía de un área, así como la vegetación, la geología, el clima, etc. Es posible detectar, por ejemplo, estructuras, pueblos, zonas de cultivo y caminos actualmente cubiertos por la vegetación. Al igual que la cartografía, el trabajo con fotos aéreas e imágenes satelitales debe realizarse de manera comparativa y en contexto (esta integración se observa en el estudio de muros de piedra del siglo XIX de las Sierras de Azul por Pedrotta y Duguine, 2013). Así, se puede obtener información segura. En este proceso,

11 <https://www.arba.gov.ar>, último acceso 1 de abril de 2025.

es fundamental la georeferenciación de los objetos o puntos relevantes del espacio en el que se hallan insertos, es decir, asignarle una ubicación específica en la superficie terrestre en relación con un sistema de coordenadas geográficas (latitud, longitud y altura) asociado a un *datum geodésico* mundial –actualmente el más usado es el *World Geodetic System 1984*, WGS1984- con el que operan instrumentos de navegación satelital como el Sistema de Posicionamiento Global o GPS (del inglés *Global Positioning System*). Un recaudo para considerar a la hora de comparar e integrar cartografía antigua, fotografías aéreas e imágenes satelitales con los datos tomados en el terreno es conocer con qué sistema de coordenadas o *datum* fueron registrados. En el caso que no haya sido el mismo, se deben realizar las transformaciones necesarias para compatibilizarlas (Sourrouille y Pedrotta, 2019:156).

Luego de la ubicación de una localidad o sitio arqueológico, la valoración del tipo, tamaño y distribución es fundamental para el estudio de los patrones de asentamiento, los sistemas de sitios y la arqueología del paisaje (Renfrew y Bahn, 1993). Para esto, y como parte de la prospección superficial -terrestre o subacuática-, es importante un minucioso registro de la extensión, distribución y características de los rasgos culturales y naturales. En este sentido, se confeccionan mapas topográficos y planimétricos. Los primeros relacionan al sitio arqueológico con su entorno trazando las diferencias de alturas o curvas de nivel y se construyen con los métodos y técnicas de la topografía tradicional de campo. Los segundos solamente representan la interrelación entre las distintas estructuras o sectores de los mismos con material arqueológico. Actualmente, se elaboran Modelos Digitales de Terreno (MDT) y Modelos Digitales de Elevaciones (MDE) para describir la topografía del terreno o relieve. Los MDT se hacen a partir de una red de puntos distribuidos homogéneamente sobre la superficie terrestre que permite representar su topografía -pendiente, orientación y curvas de nivel- con referencia al nivel del mar. Los MDE, además de incluir la información anterior, representan todos los elementos antrópicos -estructuras, caminos, sectores relevantes- y naturales -por ejemplo, vegetación- localizados sobre el terreno relevado. Sobre la base de estos relevamientos -y otros que se exponen en el apartado siguiente- se pueden crear modelos 3D, es decir, representaciones tridimensionales de un yacimiento arqueológico con una alta resolución, precisión y a distintas escalas de trabajo. Pero, ¿cómo?

Sensores remotos, sistemas de información geográfica y fotogrametría

Los **sensores remotos** son instrumentos o sistemas utilizados para captar información de un objeto, área o fenómeno a distancia. La teledetección remo-

ta consiste en la captación de las características físicas de la superficie terrestre, basada en mediciones de radiación reflejada y emitida de cada componente de esa superficie, es decir, detecta radiación electromagnética. El proceso reside en adquirir datos de la superficie terrestre por medio de un sensor remoto, procesar e interpretar esos datos. Los sensores remotos se pueden clasificar en relación con la energía que utilizan para obtener la información en:

- 1) “pasivos”, dependen de la energía ambiental de una fuente externa, es decir, detectan y miden la magnitud de la energía natural -como la luz solar o la radiación infrarroja o electromagnética- emitida o reflejada por la superficie terrestre. Por ejemplo, Sensor Infrarrojo Térmico (TIRS por sus siglas en inglés), cámaras, radiómetros, espectrómetros. Son económicos y requieren menos energía, pero su capacidad de detección puede verse limitada por las condiciones atmosféricas y de iluminación.
- 2) “activos”, generan su propia energía -como luz, microondas o láser-, que emiten hacia la superficie terrestre y reciben las señales que rebotan. Por ejemplo, el sensor de Detección y Localización de Imágenes por Láser (LIDAR por sus siglas en inglés), el sensor de Detección y Localización por Radio (RADAR en inglés), el Radar de Apertura Sintética (SAR en inglés), entre otros. Estos obtienen datos incluso en condiciones adversas ya que funcionan en condiciones de poca luz o nubosidad. Generalmente son más costosos y requieren más energía.

Existen distintos vehículos aéreos tripulados (aviones, satélites) y no tripulados (drones) que transportan estos tipos de sensores. Actualmente, los más comunes en arqueología histórica argentina son los drones. Un **dron** (significa “zángano” en inglés) es un vehículo aéreo no tripulado, controlado en modo remoto y con un plan de vuelo, que permite mediante una cámara obtener imágenes de la superficie terrestre con una alta resolución espacial y una amplia longitud espectral. En las investigaciones arqueológicas permite abarcar grandes áreas, puede volar en lugares inaccesibles y obtener información mucho más detallada y de una precisión mayor que las tecnologías satelitales. Por ejemplo, un satélite tiene una definición de un metro por píxel, en cambio, un dron tiene una precisión de hasta un centímetro por píxel. Además, agiliza el trabajo en el campo ya que constituye una magnífica herramienta de registro.

Otra herramienta utilizada en la arqueología argentina, aunque en menor medida, es el **LIDAR**, un radar aerotransportado comúnmente por aviones, lo que lo hace costoso, aunque últimamente también puede ser trasladado en

ciertos drones. El LIDAR es un sistema láser que mide la distancia entre el punto emisor del láser y el objeto o superficie de recepción -el tiempo que tarda ese láser en ir y volver es lo que determina la distancia-. También presenta un plan de vuelo determinado y el mapeo permite detectar estructuras a través de la densa vegetación y hasta bajo tierra. En el procesamiento se logra una nube de puntos de manera independiente, que luego constituye una línea de puntos, a la que se le atribuye un color distinto dependiendo del objeto diferenciándose así, luego de dicha clasificación de rasgos, las entidades por color.¹² Como resultado se pueden localizar sitios arqueológicos o nuevas estructuras en un sitio ya conocido, reconocer nuevos rasgos naturales (por ejemplo, acumulación natural de piedras, árboles) y culturales (por ejemplo, un albardón hídrico) del terreno y generar un mapa 3D de alta resolución (Moralejo et al., 2018).

Ahora bien, la teledetección también incluye todo el trabajo realizado con esas imágenes, es decir, su procesamiento (con *softwares*) e interpretación. Las ortofotografías digitales obtenidas mediante drones presentan alta resolución y hacen posible la integración de la información a través de **Sistemas de Información Geográfica** (SIG o GIS, por sus siglas en inglés), favoreciendo su procesamiento y una interpretación más precisa de los datos en función de problemáticas arqueológicas específicas. Los SIG son sistemas de información compuestos por *hardware*, *software*¹³, usuarios y procesos, mediante los cuales se puede registrar, organizar, analizar, integrar, modelar, almacenar y compartir información geográficamente referenciada (Sourrouille y Pedrotta, 2019:157). Una vez que se descargan las imágenes de las cámaras que han transportado los drones, se seleccionan aquellas más aptas para realizar el proceso de fotorestitución. Tomando puntos de control previamente en campo (por ejemplo, con el GPS), se consigue que el modelo tenga propiedades métricas, es decir, datos georreferenciados. La información espacial de distinto tipo se organiza por medio de capas temáticas almacenadas de manera independiente. Existen dos grandes categorías de datos geográficos: 1) vectoriales, de información espacialmente restringida como puntos, líneas y polígonos; y 2) ráster, como fotografías, imágenes satelitales, gráficos escaneados, etc. compuestos por pequeños rectángulos llamados píxeles. Así, los SIG permiten integrar estos dos tipos de datos, procesarlos en función de distintas variables (ambientales, económicas, sociales, entre otras), establecer relaciones y generar nueva informa-

12 Distintos procesos de visualización para acentuar determinados rasgos, así como para identificar estructuras arquitectónicas a través de un *software* libre llamado *Relief Visualization Toolbox*.

13 QGIS es un *software* de acceso gratuito y uso libre.

3. El trabajo de campo y gabinete en arqueología histórica

ción. Esto se refleja en distintos estudios de caso arqueológicos históricos y patrimoniales (Bagaloni et al., 2022; Coll y Landa, 2018; Mariano et al., 2014; entre otros).

Otra forma de registrar, procesar y analizar información es por medio de la **fotogrametría**, una herramienta técnica que posibilita realizar modelos digitales en tres dimensiones a partir de registros fotográficos de dos dimensiones (Mc Kinnon y Yamafune, 2024; Raies et al., 2022; Santamaría Peña y Sanz Méndez, 2011). También requiere de un *software*¹⁴ y personal capacitado. Se pueden efectuar mediciones e interpretaciones confiables a partir de imágenes capturadas desde vehículos aéreos, para obtener características métricas y geométricas (dimensión, forma y posición) del objeto o lugar fotografiado. Las fotografías se toman de manera secuencial y superpuestas a lo largo y ancho de cada una de ellas. Es una herramienta metodológica que sirve para documentar, registrar, investigar, divulgar, gestionar, conservar y restaurar un objeto, una estructura o sitio arqueológico de contextos terrestres o acuáticos. Las etapas de trabajo consisten en adquirir los datos, procesarlos digitalmente, realizar un modelo 3D, y llevar a cabo su análisis y posprocesamiento.

Entre los análisis posibles se encuentran los morfológicos y de textura, métricos y volumétricos de artefactos, de estratigrafía, de superficie, teledetección, patrones espaciales, diacrónicos de riesgo y preservación de sitios o reconstrucciones históricas. Estas formas avanzadas de virtualización generan nuevas perspectivas de trabajo en pos de la investigación, la preservación y la difusión del patrimonio cultural y natural. En este sentido, se pueden realizar modelos a escala, 3D, videos y animaciones, crear simulaciones o realidades virtuales, entre otros. Esta técnica posee muchas ventajas ya que es precisa y minuciosa, de obtención rápida de los datos, no es intrusiva, es de bajo coste, duradera y fácil de compartir. No obstante, se debe considerar que sólo registra lo visible, no reemplaza la excavación y/o su interpretación, tiene dificultad para registrar elementos transparentes o delgados y no se puede realizar con elementos en movimiento. Algunos ejemplos dentro de la arqueología histórica argentina se dieron en el marco de investigaciones de fortificaciones bonaerense y en campos de batalla (Angueyra et al., 2022; Landa et al., 2024; Raies et al., 2022), en contextos rurales (Salvatore y Canevaro, 2022) e industriales (Villar et al., 2022) y en centro clandestinos de detención, tortura y exterminio (Cano y Acuña, 2018). A continuación, se presenta un caso con mayor detalle.

14 Un programa de acceso restringido comúnmente usado es el *Agisoft Metashape*.

Box 3.2

Prospecciones arqueológicas en Choele Choel por medio del uso de drones

Adolfo Eliges

La localidad arqueológica Pampa de los Molinos contiene las ruinas del Pueblo Avellaneda, un emplazamiento de frontera ocupado entre los años 1879 y 1882 en el contexto del proceso de expansión de las fronteras del Estado argentino de fines del siglo XIX. Se encuentra a 2,5 km de la actual localidad de Choele Choel, en la provincia de Río Negro. Ocupa poco más de 22 hectáreas de un terreno erosionado, caracterizado como un arenal cubierto por montes espinosos (*badlands*) y atravesado por numerosos cañadones y cárcavas que discurren en un sentido general NE-SO, como parte de las laderas septentrionales del aterrazado del valle medio del río Negro.

Los documentos, mapas y fotografías consultados dan cuenta de la existencia de una trama urbana en damero, con numerosas estructuras habitacionales sencillas construidas con columnas de madera, paredes de ladrillo y techos de paja. La identificación de esta trama ortogonal y de las estructuras de ladrillos forma parte de los objetivos de investigación. Si bien los restos de ladrillos son abundantes en toda la localidad arqueológica, la visibilidad de las estructuras es muy pobre por la topografía accidentada del terreno (se trata de un talud medanoso) y la abundante vegetación que se vuelve impenetrable en numerosos tramos. Debido a estas características, se ha planteado la necesidad del uso de drones (vehículos aéreos no tripulados o VANT's), con la finalidad de establecer un mapa base con buena resolución, para facilitar la visualización aérea de acumulaciones de artefactos, fundamentalmente constructivos.

La elaboración de un mapa base a partir de fotografías aéreas tomadas por un dron se realiza con una técnica llamada fotogrametría, mediante el uso de un *software* que las articula en un ortomosaico. Para ello es necesario trazar planes de vuelo que cubran la zona a prospectar y la programación de las tomas fotográficas con una superposición de al menos un 30% entre imágenes. Luego el *software* se encarga de establecer las coincidencias y generar una nube de puntos clave, a partir de los cuales articulará las

imágenes georreferenciadas que entrega el dron; esto implica generar un nuevo archivo que contenga la información gráfica de todas las imágenes individuales y que coordine sus metadatos, entre los cuales figuran las coordenadas de posicionamiento del VANT al momento del registro: fecha y hora, altura respecto al lugar de despegue y los valores establecidos en la cámara fotográfica (nombre de la cámara, apertura del diafragma, sensibilidad ISO y velocidad del disparo, etc.).

Algunas de las variables más importantes a tener en cuenta son la extensión del terreno a prospectar, el grado de resolución necesaria para poder distinguir el registro arqueológico, la calidad de la cámara y las posibilidades dinámicas del dron, como su autonomía, la potencia de la señal, que determina la distancia a la que puede operar, y su capacidad para lidiar con el viento. Estos factores condicionan la factibilidad del proyecto, ya que determinan la cantidad de vuelos necesarios para cubrir toda la superficie a mapear: si el terreno es extenso, habrá que tener en cuenta los minutos de vuelo que brinda cada batería y la cantidad disponible para aprovechar cada jornada, ya que las mismas demoran varias horas en volver a cargarse. Si hay mucho viento o llueve los drones económicos no pueden volar.

La programación de un plan de vuelo debe considerar la autonomía del aparato para cubrir el área en zigzag y volver al punto de despegue con cierto margen de maniobra, ya que un viento en contra o la aparición de contingencias tales como el ataque de aves puede hacer que la planificación fracase. En el mismo sentido, la altura del vuelo opera directamente sobre la resolución de las fotografías; si la cámara no tiene una gran definición los vuelos deberán hacerse a baja altura, lo que representa una serie de dificultades técnicas, porque el ángulo de las tomas distorsiona mucho la perspectiva entre las distintas imágenes y, a su vez, implica que los vuelos no cubrirán una gran superficie. Debido a esto, se optó por cubrir todo el terreno con cinco vuelos a 70 metros de altura y complementar la muestra con varios vuelos a 10 y 15 metros sobre la superficie, para obtener mayor resolución en sitios clave (Figura 3.2).

A partir del establecimiento del ortomosaico, fue posible realizar otros procesos, tales como un modelo digital de elevación, un mapa de curvas de nivel y establecer la red de drenaje. Todas estas herramientas facilitaron una comprensión más acabada de la topografía y la determinación de las partes del terreno más afectadas por los procesos post depositacionales que, en muchos casos, se ha decidido no contemplar dentro del área a intervenir, facilitando la toma de decisiones para el trabajo de campo.

Figura 3. 2 Prospección arqueológica con dron en Choele Choel



Nota. **a.** Planificación de los vuelos en detalle a 10 y 15 m de altura, **b.** Mejor resolución sin pixelar lograda con Google Earth de uno de los sitios prospectados, **c.** Mejor resolución sin pixelar lograda con fotogrametría a 70 m, **d.** Resolución lograda con fotogrametría a 10 m de altura. Fuente: Imagen elaborada por el autor.

Métodos geofísicos

Otras metodologías, técnicas y herramientas utilizadas para resolver interrogantes dentro de una investigación arqueológica histórica provienen de la **geofísica**. Ésta es la ciencia que estudia la estructura y la composición del interior de la tierra a partir de sus propiedades físicas (Osella y Lanata, 2006:15). La aplicación de este campo se orienta a la detección y descripción de recursos naturales relacionados con el petróleo, la minería y los recursos hídricos. Sin embargo, desde la década del 1990 en América Latina -por ejemplo, en sitios como Loma Alta (Michoacán, México), Panamá la Vieja (ciudad de Panamá, Panamá), Santa Fe la Vieja (provincia de Santa Fe, Argentina) y Floridablanca (provincia de Santa Cruz, Argentina)- se comenzó a utilizar la geofísica aplicada como una herramienta exploratoria más, no la única, para detectar, delimitar y planificar la intervención de sitios arqueológicos.¹⁵ Algunos métodos de

¹⁵ Los métodos geofísicos se aplican en Europa y en Norteamérica (Williamsburg) desde mediados del siglo XX.

la geofísica aplicada son el sísmico, el magnético, el gravitacional, el eléctrico, el electromagnético y el radioactivo.

En líneas generales, una prospección geofísica consiste en mediciones regulares sobre la superficie terrestre a través de una fuente energética (natural o artificial), como un pulso eléctrico o un microsismo, que genera una perturbación que se transmite al subsuelo y es afectada por las propiedades físicas del mismo (Osella y Lanata, 2006:15-16; Renfrew y Bahn, 1993). Esto produce una respuesta de la tierra que es percibida y registrada por un sensor que almacena la información. Los datos obtenidos se procesan mediante diferentes programas de computación -dependiendo del método aplicado-, que permiten observar una caracterización del subsuelo y detectar anomalías. Es decir, sectores con discontinuidades o con comportamientos diferenciales de la tierra, que se supone homogénea. Estas variaciones en tiempo y espacio deben leerse con precaución, en contexto y en relación con lo que se quiere conocer o se busca (estructuras arquitectónicas de adobe, de ladrillos o de piedra, una acumulación de materiales arqueológicos de distinta índole, urnas funerarias, cuerpos humanos, un pozo de agua, etc.), requiriendo de una mirada atenta al comportamiento físico-químico del ambiente particular en el que se hallan insertos y a las modificaciones naturales y antrópicas que afectan dicho contexto. Así se pueden formular modelos predictivos y realizar reconocimientos y mapeos de rasgos arqueológicos subsuperficiales en grandes extensiones, aportando información, además, sobre los ambientes en los que habitaron las poblaciones en el pasado y sobre los procesos de formación del registro arqueológico, tanto naturales como culturales (Osella y Lanata, 2006:10).

Larson y otros (2003) proponen ciertos recaudos a la hora de abordar un exploración arqueogeofísica: 1) el empleo de múltiples métodos geofísicos ya que cada uno muestra beneficios e inconvenientes con relación al registro arqueológico y al medio sedimentario, 2) la planificación conjunta de arqueólogos y geofísicos en todas las etapas de la investigación (planificación, trabajo de campo, interpretación) y 3) los resultados geofísicos deben ser acompañados por otras pruebas para determinar la estructura y la composición de los depósitos subsuperficiales. Estos métodos presentan grandes ventajas para la arqueología ya que permiten la exploración de amplios terrenos en poco tiempo, mediante un rápido reconocimiento subsuperficial, son eficaces, no son invasivos ni destructivos, tienen un bajo costo y necesitan muy poco personal especializado. De esta manera, se favorece no sólo al co-

nocimiento sino también al resguardo, gestión y conservación del patrimonio arqueológico.¹⁶

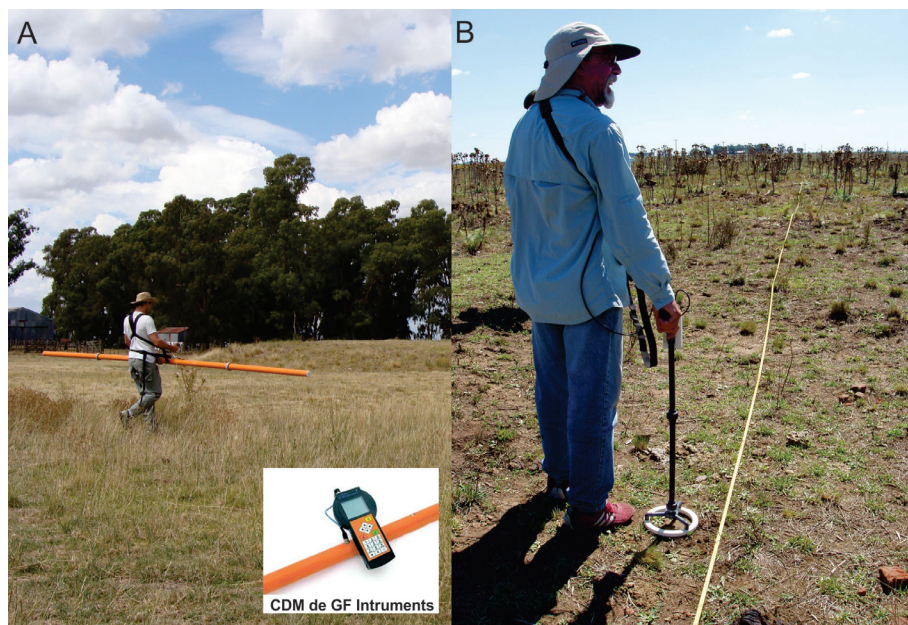
Algunos ejemplos de este tipo de intervenciones en sitios posthispanicos de distintas regiones del país, con problemas y niveles de resolución disímiles, son los estudios geoelectricos en las ciudades coloniales de Santa Fe La Vieja (Ponti et al., 1996) e Ibatín (Borsella et al., 2023), el fuerte Floridablanca (Buscaglia et al., 2004) donde también aplicaron métodos de inducción electromagnética, al igual que en la estancia La Libertad (Bagaloni et al., 2011). Otras investigaciones utilizaron georadar como en el cementerio de la Misión Salesiana “La Candelaria” (Montes et al., 2012) y en el sitio Vuelta de Obligado (Bonomo et al., 2024). Este método también se orientó a la búsqueda de estructuras y cuerpos humanos desaparecidos en la última dictadura militar en el marco del Programa Nacional Ciencia y Justicia del CONICET, asesorando en casos judiciales.¹⁷ Además, se usó un magnetómetro en la búsqueda de la ciudad colonial Concepción de Buena Esperanza, y la reducción de Nuestra Señora de los Dolores y Santiago de los Mocovíes en la provincia de Chaco (Casañas Rígoli, 2023). De esta forma, existe una agenda común de temas y problemas interdisciplinarios entre la arqueología histórica y la geofísica desde hace más de dos décadas que condujo a un mayor entendimiento, a afinar la aplicación e interpretación de los métodos en sitios arqueológicos para una mejor resolución de los problemas y a fomentar la búsqueda de equipos adecuados en función de los contextos ambientales, entre otros.

Por último, los métodos, las técnicas y las herramientas presentadas en este capítulo, no sólo permiten identificar espacios o lugares de actividad y/o ocupación humana, de relaciones sociales y con significado cultural, histórico y social; sino también aquellos donde prima su ausencia. Es decir, espacios de transitoriedad, de conexión, que no son significativos, a primera vista, en términos de construcción de relaciones sociales. Sin embargo, estos lugares y no-lugares (Augé, 1998), sitios y no-sitios, se deben valorar a la hora de interpretar y relacionar los espacios y sitios identificados y/o excavados.

16 Existen otro grupo de técnicas menos utilizadas en prospecciones arqueológicas como, por ejemplo, la prospección térmica (caso aplicado para la detección de un ascensor en el espacio de memoria ex-ES-MA, Escuela de Mecánica de la Armada Argentina); prospección geoquímica (por ejemplo, tomar muestras de suelo a intervalos regulares para medir la presencia de fósforo; mapas de vegetación, etc.).

17 <https://www.conicet.gov.ar/santiago-perdomo-un-geofisico-que-colabora-con-el-equipo-argentino-de-antropologia-forense/>, último acceso 1 de abril de 2025.

Figura 3.3 Prospecciones geofísicas en el sur de la provincia de Buenos Aires.



Nota. A. Prospección mediante un instrumento de inducción electromagnética en el fortín Machado en el partido de Tres Arroyos (Bagaloni y Perdomo, 2018). B. Prospección magnética en la estancia La Libertad, en el partido de San Cayetano (Bagaloni et al., 2011). Fuente: Fotografías tomadas por la autora.

Detectores de metales

El uso de detectores de metales por parte de profesionales se ha extendido en las últimas décadas, ya que es una tecnología relativamente de bajo costo que permite un relevamiento rápido de áreas extensas. En Argentina, sobre todo, se han utilizado en fortificaciones y en campos de batalla (por ejemplo, Coll et al., 2022). Estos aparatos pueden detectar objetos elaborados en oro, plata, hierro, bronce y otras aleaciones, a profundidades variables (desde unos centímetros hasta pocos metros), dependiendo del tipo de suelo, tipo y tamaño de objeto a identificar, la gama y sensibilidad del detector, así como del tamaño de su bobina. Generalmente, se los complementa con métodos y técnicas de prospección tradicionales (recolecciones superficiales, sondeos y excavaciones) y geofísicas como las antes mencionadas.

La intervención no profesional, de detectoristas, en sitios arqueológicos es un problema vinculado a contextos de conflicto y de saqueo del patrimonio cultural, arqueológico e histórico. Actualmente, es preocupante el avance del

detectorismo -profundizado durante la pandemia COVID19- y su tratamiento romantizado y superficial en medios de comunicación y redes sociales. Este tipo de prácticas han sido consideradas a nivel internacional desde una gran diversidad de enfoques y posiciones en torno al rol de los profesionales y las instituciones gubernamentales. Estas posturas oscilan entre legislaciones prohibitivas, punitivistas y restrictivas en cuanto al acceso, guarda y gestión del patrimonio, sitios y objetos arqueológicos –como por ejemplo, sucede en algunas comunas españolas-; y otros contextos más permisivos –como es el caso de Inglaterra, Gales o Finlandia-, donde el accionar de aficionados es común, así como la comercialización de piezas arqueológicas (Bagaloni et al., 2024).

En Argentina, en el marco de la Ley Nacional de Patrimonio Arqueológico y Paleontológico (Ley nacional 25.743/03 y Decreto 1022/04) –y en la mayoría de las provincias, sus leyes homólogas-, este tipo de actividades no profesionales están **prohibidas**. Los/las detectoristas constituyen un grupo heterogéneo que incluye distintas acciones de individuos y/o colectivos con diversas motivaciones -interés económico, afán de coleccionar ciertos elementos, un pasatiempo o una propuesta de actividades familiares al aire libre-. En este complejo escenario, es necesario integrarlos a partir de la construcción de conocimiento de manera colaborativa, atendiendo a las miradas plurales, democratizadoras y enriquecedoras del pasado, pero dentro de un marco de cuidado y resguardo de la integridad del patrimonio arqueológico, cuya extracción y apropiación por parte de ciertos individuos, aunque sea con fines comunitarios, restringe el conocimiento del pasado y contraviene la legislación. Igualmente, es fundamental que la comunidad científica discuta protocolos de acción con los diferentes actores sociales locales y gubernamentales para el abordaje de estas complicadas situaciones (Bagaloni et al., 2024).

Las intervenciones en sitios con estructuras arquitectónicas

Después de detectar una localidad o un sitio arqueológico, la pregunta es ¿cómo se interviene? Esto dependerá de las características observadas y/o relevadas anteriormente, es decir, si se encontraron fuentes escritas y/o gráficas relacionadas, si existen antecedentes arqueológicos e históricos sobre dicho lugar, si hay material en superficie, si presenta o no estructuras sobre o bajo la superficie del suelo, su relación con el relieve, cursos de agua y asentamientos actuales, entre otros. En el caso de presencia de materiales en superficie, éstos se pueden recolectar siguiendo distintas estrategias (muestreo sistemático, aleatorio, etc.) dependiendo de algunos factores (entre otros, accesibilidad, visibilidad, pendiente), registrando su ubicación y asociación espacial. Cuando

no existen estructuras visibles se recurre entonces a los tradicionales métodos de excavación. La excavación de trincheras, cuadrículas o áreas extensas –siguiendo estratos naturales o artificiales, o unidades estratigráficas- es fundamental en el trabajo de campo ya que proporciona la evidencia más confiable. El registro tridimensional y riguroso -escrito, gráfico, fotográfico, filmico, con estación total, etc.- del contexto que asocia a los distintos materiales y eventos culturales y naturales -por ejemplo, remoción del suelo, migración de artefactos por raíces o una cueva de animal, evento de quema, presión por pisoteo o maquinarias, entre otros-, es esencial para no caer en errores interpretativos. La excavación destruye dicho contexto y es una actividad costosa –requiere tiempo, personal, gestiones y dinero- por lo que se tiene que ser cauto/a, metódico/a y preciso/a a la hora de intervenir un sitio. Más aún, es necesario pensar luego en los espacios, las condiciones y los costos del procesamiento y correcta guarda de las colecciones halladas.

Pero ¿qué se hace cuando se encuentra un sitio con estructuras arquitectónicas en superficie (bajo y sobre cota cero)? A lo largo del tiempo han existido distintas posiciones teóricas (Azkarate, 2020). Antes de la década de 1970, sobre todo en Europa, la **arqueología en la arquitectura** se centró en el estudio de la arquitectura monumental clásica basado en criterios historiográficos, estilísticos (forma y estilo) y analógicos. A partir de 1970, una nueva corriente, la **arqueología de la arquitectura** propuso el estudio de la arquitectura basada en el método arqueológico, es decir, en los criterios estratigráficos propuestos por Charles Lyell para la geología (1830) aplicados a construcciones pasadas en el subsuelo, en ruinas o en uso que se conservan en alzada (bajo cota cero y sobre cota cero). Esta corriente inicialmente se apoyó en el método y las leyes formuladas por el arqueólogo británico Edward Harris (1991) para una excavación sobre y bajo cota cero (que tiene su base en la propuesta de Mortimer Wheeler en 1934). En este método los hallazgos se presentan mediante un diagrama conocido como la matriz de Harris (*Harris matrix*), un código que clasifica a las distintas unidades estratigráficas y las relaciona (existen tres tipos de relación: correlación, superposición, sin conexión directa) en una secuencia estratigráfica a través del tiempo. La matriz de Harris, a su vez, se cimenta en cuatro principios básicos: 1) ley de la superposición de estratos, las unidades estratigráficas más superiores serán más recientes que las más profundas o inferiores, 2) ley de la horizontalidad original, los estratos se forman originalmente de forma horizontal, 3) ley de la continuidad original, cada depósito es en origen un conjunto uniforme delimitado por una cuenca de deposición o bien su grosor irá disminuyendo progresivamente hacia los lados hasta acabar en una cuña y, 4)

ley de la sucesión estratigráfica, a cada unidad estratigráfica le sucede otra que corresponde con una etapa posterior en el tiempo (Harris, 1991).

Las críticas a este método se fundamentan en cuestiones técnicas e interpretativas; por ejemplo, la numeración de los estratos es problemática, la matriz es reflejo del transcurso del tiempo (diacrónico) y no se tienen en cuenta las relaciones espaciales (sincrónicas), toma a los datos de las unidades estratigráficas como concretos, fiables y objetivos; deja de lado lo histórico, lo simbólico, la agencia de quienes dejaron los objetos, los contextos particulares, entre otros aspectos (Bermejo Tirado, 2009). De este modo, representa sólo descripciones parciales.

Posteriormente, surgieron otras propuestas basadas en la espacialidad y la construcción social. Bermejo Tirado (2009) combina los análisis estratigráficos con métodos y técnicas de la de sintaxis espacial -como mapas de convergencia, gráficos de accesibilidad y de visibilidad, y distintos índices (escala, integración, complejidad)- junto con el abordaje de la biografía social de una edificación y el espacio que la rodea. De esta manera, propone evaluar los contextos de producción, de uso y funcionamiento de los edificios a través de los procesos de formación del sitio, la cultura material, así como de las fuentes escritas para explicar el cambio social y cultural (Bermejo Tirado, 2009). Desde la arqueología, Andrés Zarankin (1999, 2002) piensa a la arquitectura como un discurso material cargado de sentidos e intenciones que, constituye una tecnología de poder, una estrategia de un sistema para producir individuos disciplinados que contribuyan para su reproducción en el mundo moderno y capitalista. En tal sentido, utiliza modelos de análisis morfológico-espacial de estructuras arquitectónicas para estudiar los procesos de cambio y transformación de las casas de clases medias y de escuelas públicas en la ciudad de Buenos Aires, desde el siglo XVIII hasta la actualidad (Zarankin, 1999, 2002).

Por su parte, el arquitecto y arqueólogo Agustín Azkarate (2020) hace un recorrido historiográfico de la arqueología de la arquitectura, no sólo dentro de los marcos teóricos de la arqueología donde conviven distintas posturas (procesualistas y postprocesualistas), sino también en diferentes espacios de producción académica tanto en Europa como en Latinoamérica. Este autor sostiene que en Latinoamérica existe un proceso dinámico y creativo de la arqueología de la arquitectura que debe profundizarse desde una postura crítica, prestando atención a cuestiones relacionadas con la responsabilidad social que, más allá del debate académico, resulta insuficiente si no se tiene en cuenta el contexto de aplicación en el cual se halla inserta y al que sirve. Según Azkarate el **patrimonio construido** es un lugar de la memoria susceptible de ser resignificado en el presente. Por tanto, la arqueología debe asumir esa

3. El trabajo de campo y gabinete en arqueología histórica

responsabilidad, tanto desde la metodología como desde la teoría para que sea realmente efectiva. Además, destaca en que Argentina aún sigue siendo minoritaria la incorporación de arqueólogos a la conservación y gestión de arquitecturas históricas en uso, quedando en manos de arquitectos este tipo de intervenciones. Por ello propone profundizar el trabajo interdisciplinario y colectivo dentro del marco de la arqueología histórica y con la participación de la comunidad (Azkarate, com. pers. 2009).¹⁸

Luego de este panorama general del trabajo con edificios, se focaliza en uno de los pioneros de la arqueología urbana argentina, el arquitecto Daniel Schávelzon. Este define a la arqueología urbana como *“una arqueología hecha en contextos urbanos, encuadrada dentro de una interdisciplina con la preservación del patrimonio arquitectónico y con la historia urbana”* (Schávelzon, 1992:9) y realiza un recorrido desde sus inicios en Argentina, con la excavación efectuada por Juan B. Ambrosetti en el interior de la Casa Rosada en 1905, hasta los estudios sobre la primera fundación de Buenos Aires (Schávelzon, 1992). En cuanto a la problemática de las intervenciones de ciudades modernas, dinámicas y en funcionamiento como Buenos Aires, propone un manual de arqueología urbana. El autor considera a la arqueología urbana *“una especialidad que implica conocimientos específicos, técnicas adecuadas y métodos a veces heterodoxos”* y que *“no es ni Arqueología histórica, ni Arqueología del paisaje ni Arqueología de la arquitectura”* (Schávelzon, 2015:13).

El manual de Schávelzon constituye un aporte de métodos, técnicas y herramientas prácticas para el abordaje de un lote urbano con estructuras de ladrillos (por ejemplo, muros, cimientos, pisos, basureros, aljibes, túneles) con el objetivo de recuperar los objetos, la arquitectura y los contextos pasados para reconstruir y comprender *“los procesos de transformación vividos por un espacio físico resultado de la acción de una sociedad en momentos del pasado y del presente”* (Schávelzon, 2015:15). Asimismo, el autor discute cómo planificar y gestionar de manera eficiente una excavación en el marco de un plan de investigación o de un rescate ya que la arqueología urbana es la arqueología de la alteración antrópica constante. En este proceso considera primordial el conocimiento y manejo documental y planimétrico, junto al trabajo colectivo, interdisciplinario y a largo plazo. En tal sentido, el posterior resguardo y puesta en valor de un inmueble o sitio arqueológico requiere arduas instancias de consenso entre una diversidad de actores sociales intervinientes (arqueó-

18 Un tema que excede este capítulo pero que se debe considerar es la restauración de las edificaciones. En este sentido, existen distintas Cartas Internacionales de Restauración -Atenas (1931), Venecia (1964) y Cracovia (2000)- que constituyen principios de conservación y restauración del patrimonio construido.

logos, ingenieros, arquitectos, restauradores, conservadores, inversionistas, propietarios, operarios, entre muchos otros) sobre aquello que se considera patrimonio. Como se expuso en capítulos anteriores, en Argentina los trabajos arqueológicos urbanos se centraron, mayormente, en las ciudades de Buenos Aires, Mendoza, Quilmes, Córdoba y Rosario.

Box 3.3

Singularidades de la arqueología urbana

Ana Igareta

En un texto del año 1973, Bert Salwen se quejaba de que la mayor parte de la arqueología urbana se desarrollaba en ciudades (citado por Mullins y Warner, 2008). Lo que podía sonar a humorada, en realidad reflejaba una preocupación concreta de uno de los padres de la especialidad: Salwen pretendía una arqueología **de** ciudades, una exploración que fuera más allá de las obvias dificultades metodológicas y se ocupara de su complejidad histórica y sus constantes procesos de transformación social y material.

Una primera mirada a trabajos de arqueología urbana publicados en español y en inglés podría llevarnos a pensar que se ocupan tanto de los restos de antiguas ciudades abandonadas como de modernas urbes habitadas. Sin embargo, una revisión más cuidadosa revela una tendencia clara: los análisis de ciudades despobladas suelen enfatizar aspectos vinculados con lo histórico o lo urbano (“urbanismo medieval temprano”, “el origen de las primitivas ciudades americanas”), mientras que las que se desarrollan en ciudades habitadas hacen foco en el aspecto arqueológico (“explorando la arqueología de las ciudades modernas”, “la basura en el registro arqueológico urbano”). Tal vez por ello, en su edición más reciente la Enciclopedia Mundial de Arqueología (Smith, 2020) definió la arqueología urbana como la práctica de y en ciudades, pero con énfasis en ciudades habitadas. “Vividas”, si se permite una mala traducción de *living* que en realidad refleja bien la principal característica de estos singulares sitios arqueológicos.

En el año 1984 se puso en marcha en la ciudad de Buenos Aires el primer programa de arqueología urbana que existió en toda Latinoamérica (Schávelzon, 1992). Su desarrollo impactó drásticamente en la arqueología nacional al impulsar la creación de equipos en distintos puntos del país, organizados tanto desde el ámbito académico como desde otros espacios institucionales. Para

dimensionar el carácter pionero de dicho programa hay que recordar que el siguiente proyecto semejante a nivel regional se inició en México en el año 1991. Desde sus inicios, la arqueología urbana argentina se desarrolló como una indagación de sitios habitados y su objetivo fue caracterizar y explicar sus procesos de transformación. La ciudad -toda la ciudad- es el sitio arqueológico, aunque por cuestiones de escala su historia material deba ser abordada a partir del análisis de piezas discretas de información. La sumatoria y comparación de los datos obtenidos en cada unidad intervenida (patios, lotes, plazas) aporta a la interpretación integral del sitio; si eso no ocurre, el resultado puede ser un excelente trabajo arqueológico, pero no de arqueología urbana.

Sirve como ejemplo el estudio realizado por John Cotter (1959) en Jamestown (Virginia, Estados Unidos), donde por décadas analizó los restos de los edificios que pertenecieron al primer asentamiento inglés permanente en suelo americano. Su investigación recuperó información detallada de la historia constructiva de cada uno y de la vida doméstica de sus habitantes, desarrollando una labor fundacional en la arqueología histórica norteamericana. Sin embargo, Cotter no propuso comparaciones entre unidades, no identificó problemáticas que afectaran colectivamente a la población ni detectó regularidades y variaciones entre las conductas de los ocupantes de las distintas construcciones: no avanzó en la integración de datos para explicar ningún aspecto de la historia material de esa ciudad, por lo que es pertinente decir que no hizo arqueología urbana.

Estudiar ciudades habitadas supone un desafío metodológico fácil de identificar: la desmesura. Incluso en poblaciones relativamente pequeñas y modernas, el volumen de superficie construida y de basura acumulada, la escasez de espacios libres donde excavar y la velocidad de desaparición del registro material son desmesurados. La situación se vuelve más compleja al trabajar en ciudades de varios millones de habitantes y siglos de antigüedad, en las que el ritmo de destrucción, reemplazo y depositación sigue acelerándose desde mediados del siglo XIX. Para enfrentar tal escenario los arqueólogos urbanos desarrollamos estrategias poco ortodoxas, pero altamente efectivas, entendiendo que la velocidad de reacción puede ser la diferencia entre salvar parte del registro y de la información, o no salvar absolutamente nada. Entre otras, tales estrategias incluyen intervenciones organizadas con poco aviso, en las que se excava donde se puede y por el tiempo que se puede; el uso controlado de maquinaria pesada para agilizar procedimientos y alcanzar profundidades inaccesibles para la actividad manual, y el relevamiento de datos que surgen de fuentes dispares, tales como planos de catastro, demoliciones, volquetes, acumulaciones de basura y fotografías de vecinos.

Figura 3.4 Intervenciones urbanas desarrolladas por el equipo



Nota. A. El hallazgo de restos arqueológicos en obras en construcción es una constante en espacios urbanos y sólo el diálogo entre profesionales permite un adecuado registro de información y la preservación de elementos de interés; **B.** La arquitectura es uno de los grandes focos de interés de las investigaciones arqueológicas urbanas, ya sea que se encuentren en pie o desarticuladas, sobre superficie o enterradas. Fuente: Fotografías tomadas por Matías Hernández, del equipo de Igareta. Elaboración de la autora.

En la arqueología urbana las perforaciones realizadas por terceros para arreglo de cañerías, plantación de árboles, construcción de cimientos o ampliación de redes cloacales son oportunidades tan valiosas para la exploración del subsuelo como los trabajos de evaluación de impacto y las intervenciones de investigación o rescate realizadas por profesionales. Por supuesto que las posibilidades de controlar las condiciones de recuperación de materiales son muy distintas en uno y otro caso, al igual que el alcance que tendrán las explicaciones e interpretaciones elaboradas *a posteriori*, pero cada una de ellas tiene el potencial de aportar algo al conocimiento de la historia de esa ciudad. Es por eso que mucho del esfuerzo de los arqueólogos urbanos está puesto en gestionar nuestra presencia en todo tipo de obras que afecten el subsuelo, y en generar un diálogo (que hasta hace unos años era inexistente) con sus responsables, para encontrar puntos de acuerdo que permitan el correcto desarrollo de ambas actividades. En cada ocasión se trabaja balanceando la responsabilidad de realizar una intervención metodológicamente rigurosa con la certeza de que, en las ciudades, no hay segundas oportunidades para la arqueología: si no se actúa hoy con rapidez, probablemente mañana ya no se pueda hacerlo porque el sitio va a estar demolido o sepultado bajo hormigón.

Aunque comparte con otras ramas de la disciplina el interés por los restos mueble, la arqueología urbana tiene su propio gran protagonista: el registro construido. La existencia de toda ciudad como tal queda definida por la presencia de arquitectura y por ello los restos inmueble en cualquier condición (en pie, demolidos, sobre cota cero, bajo cota cero, desarticulados, enterrados,

reutilizados) constituyen su principal fuente de información. Mientras que en otros sitios la presencia de construcciones es una posibilidad, en sitios urbanos es la constante que articula todas las interpretaciones y le da sentido a los demás hallazgos. Ya sea que se conserven o hayan desaparecido, son el rasgo que estructura la estratigrafía de la ciudad -bajo la superficie, pero también sobre ella- y el *corpus* de evidencia más relevante para su estudio arqueológico.

Por el contexto en que se desarrolla y las particularidades del registro del que se ocupa, la arqueología urbana es una especialidad intrínsecamente interdisciplinaria. En tanto estudia ciudades modernas es arqueología histórica y hace uso intensivo de las fuentes históricas disponibles. Pero además requiere del diálogo con la arquitectura, el urbanismo y la ingeniería, entre otras, para abarcar adecuadamente las particularidades de su objeto de estudio y entender las lógicas que influyeron en el desarrollo de su historia material. Fue desde la interdisciplina que construyó y sigue construyendo sus propios paradigmas, críticas y parámetros, buscando alternativas para pensar y entender la historia de las ciudades.

Memorias, diálogos y trabajo conjunto desde y para las comunidades

A lo largo de la historia de la humanidad, la transmisión oral fue y es una manera de conservar la memoria colectiva (Benadiba, 2007). Dentro de las fuentes no escritas, las tradiciones y relatos orales, las memorias colectivas y los conocimientos actuales, abordados a través de diálogos informales y entrevistas constituyen una fuente relevante en el trabajo arqueológico por múltiples razones. Pueden aportar valiosa información sobre la localización de un sitio arqueológico y sus transformaciones en el tiempo, la construcción y significancias de un espacio, territorio o paisaje determinado, las historias de vida y vivencias en relación con los actores sociales pasados y presentes en ese lugar o región, sus intereses y necesidades, las identidades étnicas, de clase, de género, entre muchas otras cuestiones. El uso crítico de memorias y fuentes orales como parte de la reconstrucción histórica, para conocer las relaciones sociales a partir de las experiencias de las personas (Pasquali, 2019:108), requiere de considerar la biografía del o de la testificante o informante, el tipo de entrevista con la que se reconstruyó el relato (dirigida, estructurada, controlada, sin guión), la fecha en que se la realizó, si fue grabada, filmada o no, qué riesgos involuntarios o adrede incluyó (por ejemplo, mentiras, olvidos, silencios, deformaciones o exageraciones de los hechos), gestualidades y

acciones, entre otros aspectos. La historia oral, como historia de los hechos y de las memorias, relaciona tres eventos diferentes: 1) el pasado histórico, 2) la narración en el presente y 3) el vínculo relacional entre el/la entrevistado/a y el entrevistador/a (Pasquiali, 2019). Lejos de ser un campo cerrado el de la entrevista, abre nuevas preguntas sobre el pasado y el presente.

Como se expone a lo largo del capítulo, la práctica arqueológica se desarrolla en el presente. Este presente es producto del pasado y el pasado arqueológico se construye desde y para el presente. Este juego de palabras no es más que el inicio de un abordaje o una reflexión más profunda que pretende poner sobre la mesa, quizás, el sentido del quehacer arqueológico. Se considera a la *praxis* profesional como destructora, transformadora y creadora, al mismo tiempo, como un rompecabezas que se arma y desarma, una y otra vez, dependiendo de las trayectorias y vivencias personales, los contextos históricos, las resignificaciones, las deconstrucciones y reconstrucciones, tanto de los temas y problemas como de la práctica profesional. En este sentido, es primordial la incorporación de voces, pasadas y presentes, diversas, calladas, oprimidas a lo largo del tiempo para una mirada más democrática y plural del pasado y del presente.

Hoy en día, en un marco de desarrollo desfavorable para las ciencias sociales, se hacen cada vez más necesarias nuevas formas de hacer ciencia y nuevos desafíos teóricos y metodológicos. Uno de ellos lo constituye la ciencia ciudadana (contributiva, colaborativa y/o co-constructiva) que atiende las demandas y se nutre de la participación, en distinto grado, de las comunidades en el marco de un proyecto de investigación. De esta forma, es fundamental la interacción entre las instituciones (museos, municipios, agrupaciones), las comunidades y los/las investigadores/as en pos de una agenda que contemple los variados intereses y reclamos con diversos fines (históricos, de reparación, culturales, museísticos, turísticos, entre muchos otros).

Referencias

- Acevedo, V. y Staropoli, L. (2023). La digitalización de la arqueología en un mundo de patrimonio virtual y Ciencia Abierta (Versátil, Flexible y Expeditiva). *Revista del Museo de Antropología* 16 (3), 377-394.
- Álvarez, S. M., y Pedrotta, V. (2024). Colecciones arqueológicas históricas en Argentina: ciencia abierta, conservación digital y repositorios de acceso público. *Transinformação*, (36), e2410650. <https://www.scielo.br/j/tinf/a/LyV59JWv9BtH-Q9v8WrHcrmR/>
- Andrén, A. (1998). *Between Artifacts and Texts*. Plenum Press, Nueva York.
- Angueyra, J., Landa, C. y Raies, A. (2022) ¡Desde el aire... sí se ve!. Aplicación de sistemas de vehículos aéreos no tripulados en la investigación arqueológica-histó-

3. El trabajo de campo y gabinete en arqueología histórica

rica de la frontera bonaerense -partidos de Bolívar, 25 de Mayo y Tapalqué- entre 1827-1876. En *Libro de resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 166-170). UNLP.

- Augé, M. (1998). *Los no lugares, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad* (4. ed edición). Gedisa. Barcelona.
- Azkárate, A. (2020). La Arqueología de la Arquitectura a revisión. *Arqueología de la Arquitectura*, 17: e101. <https://doi.org/10.3989/arq.arqt.2020.009>
- Bagaloni, V. (2010) Desde las orillas... Una comparación de los sitios La Libertad (Pdo. San Cayetano) y Las Toscas (Pdo. Tres Arroyos). En M. Berón, L. Luna, M. Bonomo, C. Montalvo, C. Aranda y M. C. Aizpitarte (eds.), *Mamül Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana* (pp. 215-230). Ayacucho.
- Bagaloni, V. y Perdomo, S. (2018). Prospección geofísica en el sitio Fortín Machado (partido de Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires). En C. Baied y C. Somonte (coords.), *Libro de Resúmenes Extendidos del VII Congreso Nacional de Arqueometría*, Serie Monográfica y Didáctica 56, (pp. 428-430). Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán.
- Bagaloni, V., Perdomo, S., y Ainchil, J. (2011). Geoelectric and magnetic surveys at La Libertad archaeological site (San Cayetano County, Buenos Aires Province, Argentina): A transdisciplinary approach. *Quaternary international*, 245 (1), 13-24.
- Bagaloni, V., Martí, V. Tormo Izaguirre, J., Bracco, I. y Pollard, B. (2022). Estudio arqueológico distribucional y documental del fortín Machado (1858-1870', Tres Arroyos, Buenos Aires). *Anuario de Arqueología*, 14, 89-107.
- Bagaloni, V., Pedrotta, V., Eliges, A., Tomassini, H., Martí, V. y Tormo Izaguirre, J. (2024). Diálogos y tensiones en torno al patrimonio arqueológico de la frontera Sur pampeano-patagónica. *Práctica Arqueológica*, 7 (1), 1-20.
- Bandieri, S. (1996). Entre lo micro y lo macro: la historia regional. Síntesis de una experiencia. *Entrepassados IV* (11), 71-100.
- Barragán, R. (2001). (coord.). *Guía para la formulación y ejecución de proyectos de investigación*. Fundación PIEB. La Paz, Bolivia.
- Benadiba, L. (2007). *Historia oral, relatos y memorias*. Editorial Maioue. Buenos Aires.
- Bermejo Tirado, J. (2009). Leyendo los espacios: una aproximación crítica a la sintaxis espacial como herramienta de análisis arqueológico. *Arqueología de la Arquitectura*, 6, 47-62.
- Bienes, G. (2019). Los mapas antiguos como fuente de información. Aportes para su descripción documental. *Información, cultura y sociedad*, 40, 173-198.
- Bonomo, N., Bongiovanni, M. y Ramos, M. (2024). Estudios con GPR y EMI en el sitio histórico Vuelta de Obligado. *Geoacta* 46 (1), 62-66.
- Borsella, F. y Monti, L. (2022). La ocupación del espacio en la ciudad colonial de Ibatín: nuevos aportes desde la arqueología histórica. En *Libro de resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 285-289). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Borsella, F., García, J. y Herrera Rodríguez, G. (2023). Prospección geoelectrica en la antigua ciudad de Ibatín (Tucumán, Argentina). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 17 (1), 93-118.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Buscaglia, S., Lanata, J., Senatore, M., Osella, A., Lascano, M. y De la Vega, M. (2004). Prospecciones geofísicas en Floridablanca, San Julián, Provincia De Santa Cruz. En: M. T. Civalero, M. P. Fernández y A. G. Guráieb (Comps.). *Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia* (pp. 521-536). Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.
- Bianchi Villelli, M., Buscaglia, S. y Sancci, B. (2013). Una genealogía de los planos históricos de los asentamientos coloniales del Fuerte San José, Península Valdés (Siglo XVIII). *Corpus*, 3, 1-14.
- Braudel, F. (1970). *La historia y las ciencias sociales*. Ediciones Castilla, Madrid.
- Cano S.F y A. C. Acuña (2018). Reconstrucción fotogramétrica bi tridimensional de excavaciones y sitios arqueológicos usando datos e imágenes aéreas procedentes de vehículos aéreos no tripulados (UAVS) o drones”. En *VII Congreso Nacional Arqueometría* (pp. 332-333), Serie Monográfica y Didáctica, 56, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- Carbonelli, J. (2010). La fuente escrita, espacio de confrontación. *La zaranda de ideas*, 6, 9-23.
- Casañas Rígoli, R. A., Acuña Sabadini, C., Flores, E. y Salceda, S. (2023). Prospecciones arqueológicas en dos sitios coloniales de la provincia del Chaco: Km 75 y La Cangayé. En *Libro de resúmenes del XXI Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (pp. 21-22). Universidad Nacional del Nordeste, Corrientes.
- Cernadas, M. (1998). Crítica y uso de las fuentes históricas relativas a la diplomacia indígena en la pampa durante el siglo XIX. *Memoria Americana*, 7, 61-89.
- Coll, L. y Landa, C. (2018). La rayuela del camino (con un pie en la continuidad y otro en la ruptura). Un acercamiento inicial al análisis espacial de la dinámica de los caminos y asentamientos. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12, 174-200.
- Coll, L., Landa, C. y Montanari, E. (2022). Fuerte Cruz de Guerra: metodología de prospección no invasiva por medio de detectores de metales aplicada a un asentamiento militar de frontera. En *Libro de Resúmenes del VIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp.162-164). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Cotter, J. (1959). *Archeological Excavations at Jamestown Colonial National Historical Park and Jamestown National Historic Site, Virginia*. National Park Service, U.S. Dept. of the Interior, Washington.
- Cusick, J. (1998). *Studies in Culture Contact*. Southern Illinois University. Carbondale.
- Duguine, L., Pedrotta, V. y Bagaloni, V. (2009). Avances metodológicos en el estudio de las construcciones de pirca de las sierras bonaerenses: las técnicas de aerofotointerpretación. *Comechingonia Virtual*, 3 (1), 63-94
- Mariano, C., Endere, M., Pedrotta, V., Mariano, M. (2014). Anatomía de un Sistema de Información Geográfica (SIG) para el patrimonio arqueológico del centro de la provincia de Buenos Aires. *Comechingonia*, 18 (2), 225-247.
- Enrique, L.A. y Pensa, M.L. (2018). Mapas sobre el Cono Sur americano. En L. Nacuzzi (Coord.). *Entre los datos y formatos. Indicios para la historia indígena de las fronteras en los archivos coloniales*. Libros del IDES. Buenos Aires.

3. El trabajo de campo y gabinete en arqueología histórica

- Galloway, P. (2006). Material cultura and text: exploring the spaces within and between. En M. Hall y S. Silliman (Eds), *Historical Archaeology* (pp. 42-64). Blackwell Publishing, UK.
- García Lerena, M. y Paleo, M. (2006). La conformación de un pueblo y su ejido en la provincia de Buenos Aires. Construcción social del espacio en Santa María Magdalena, décadas de 1820 a 1870. *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*, 24 (1), 75-93.
- Guinzburg, C. (2004). *Tentativas*. Protohistoria Ediciones, Rosario.
- Harley, J. B. (1989). Deconstructing the map. *Revista Cartographica: The International Journal for Geographic Information and Geovisualization*, 26 (2), 1-20.
- Harley, B. (2005). *La verdadera naturaleza de los mapas*. FCE. México D. F.
- Harris, E. (1991). *Principios de Estratigrafía Arqueológica*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Izeta, A., Prado, I. E., y Cattáneo, R. (2021). Sentando las bases para una Arqueología Digital en Argentina. El rol de las infraestructuras digitales para la investigación. *Intersecciones en Antropología*, 22(1), 97-109.
- Landa, C., Leoni, J., Avila, S., Raies, A., Coll, L. y Tamburini, D. (2024). Entre los pliegues del monte y la batalla: Relevamiento arqueológico sistemático y mapeo de dos combates de la Guerra de Malvinas (1982). *Revista del Museo de Antropología*, 17 (3), 59-74.
- Larson D., Pipo, C. y Ambos, E. (2003). Application of advanced geophysical methods and engineering principles in emerging scientific archaeology. *Fastbreak: European Association of Geophysicists*, 21, 20-29.
- Levi, G. (1993). Sobre Microhistoria. En: P. Burke (Ed.), *Formas de hacer Historia* (pp.119-143). Editorial Alianza, Barcelona.
- Lightfoot, K. (1995). Culture contact studies: redefining the relationship between prehistoric and historical archaeology. *American Antiquity*, 60 (2), 199-217.
- Lightfoot, K; A. Martinez y A. M. Schiff (1998). Daily practice and material cultures in pluralistic social settings: an archaeological study of culture change and persistence from Fort Ross, California. *American Antiquity*, 63 (2), 199-222.
- Lois, C. (2014). *Mapas para la Nación*. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- McKinnon, J. y Yamafune, K. (2024). Using photogrammetry and deviation analysis to conduct quantitative monitoring survey of WWII sites in the Pacific. *Journal of Maritime Archaeology*, 19, 657-694.
- Montes, A., Salemme, M., Santiago, F. y Guichón, R. (2012). Prospección con GPR (Ground Penetrating Radar) en el cementerio de la Misión Salesiana, Río Grande (Tierra Del Fuego, Argentina). *Comechingonia*, 16, 261-272.
- Moralejo, R., Gobbo, D., Del Cogliano, D. y Pinto, L. (2018). Aplicación de tecnología LIDAR en El Shincal de Quimivil, Londres, Catamarca. *Arqueología*, 24 (3), 165-184.
- Mullins, P. y Warner, M. S. (2008). [Introduction]: Revisiting Living in Cities. *Historical Archaeology*, 42(1), 1-4.
- Nacuzzi, L. (2002). Leyendo entre líneas: una eterna duda acerca de las certezas. En S. Visacovsky y R. Guber (Comps.) *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina* (pp. 229-262). Antropofagia, Buenos Aires.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Nacuzzi, L. (2007) La empatía entre las fuentes escritas y nuestras hipótesis de trabajo: una tensión a resolver. En *Fuentes e interdisciplina* (pp. 15-23). IMHICIHU, Buenos Aires.
- Orser, C. (2000). *Introducción a la Arqueología Histórica*. Asociación de Amigos del Instituto Nacional de Antropología y Ediciones Del Tridente, Buenos Aires.
- Osella, A. y Lanata, J. (2006). *Arqueogeofísica*. Fundación de Historia Natural “Félix de Azara” y Universidad Maimónides, Buenos Aires.
- Pascuali, L. (2019). El uso crítico de las fuentes orales. En C. Salomón Tarquini, S. Fernández, M. Lanzillotta, P. Laguarda (Eds), *El hilo de Ariadna. Propuestas metodológicas para a investigación histórica* (pp. 107- 114). Editorial Prometeo, Buenos Aires.
- Pautassi, E. A. y Prado, I. E. (2021). *Protocolo de conservación de colecciones antropológicas*. Córdoba: Instituto de Antropología de Córdoba, IDACOR-CONICET. <https://suquia.ffyh.unc.edu.ar/handle/suquia/18498>
- Pedrotta, V. (2024). Los mapas como artefactos del poder. Voces, silencios y resistencias en la cartografía de la frontera bonaerense (1830-1872). *Corpus*, 14 (1), <https://doi.org/10.4000/12673>
- Pedrotta, V. y Duguine, L. (2013). “¿Muros o Muralla? Evaluando hipótesis acerca de las construcciones de piedra de las Sierras del Azul (Región Pampeana argentina)”. En E. Rodríguez Leirado y D. Schávelzon (Eds), *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (Tomo 1, pp. 87-110). Editorial Académica Española, Saarbrücken.
- Pedrotta, V. y Gómez Romero, F. (1998). Historical Archaeology: an Outlook from the Argentinean Pampas. *International Journal of Historical Archaeology*, 2 (2), 113-131.
- Pensa, M. L. (2020). Notas para una discusión sobre el estudio de registros cartográficos coloniales. *Memoria Americana*, 28 (2), 110-124.
- Ponti, N., Fanton, G., Imhof, A. y Pastore, S. (1996). Investigaciones geoelectricas con fines arqueológicos en Santa Fe La Vieja, Provincia de Santa Fe, República Argentina. En *Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata* (Tomo II, pp. 128-130). UNR, Rosario.
- Plog S., Plog, F. y Walt, W. (1978). Decision Making in Modern Surveys. En M. Schiffer (Ed.) *Advances in Archaeological Method and Theory* (pp. 383-421). Academic Press, New York.
- Raies, A., C. Landa, E. Montanari y R. Doro (2022). Digitalización, preservación y difusión del patrimonio arqueológico del sitio Batalla de La Verde (1874, partido de 25 de Mayo, provincia de Buenos Aires). *Práctica Arqueológica* 5 (2): 16-27.
- *Reglas de Catalogación Angloamericanas* – 2ª. Ed., revisión de 2002, actualización de 2003. (2004). Editores Lta. Rojas Eberhard. Bogotá.
- Renfrew, C. y Bahn, P. (1993). *Arqueología. Teoría, métodos y práctica*. Editorial Akal. Madrid.
- Salvatore, B. y Canevaro, S. (2022). Reconstrucción histórica de un asentamiento campesino desalojado durante la Última Dictadura Militar en Tucumán, Argenti-

3. El trabajo de campo y gabinete en arqueología histórica

- na (1975-1983). En *Libro de resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 158-161). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Santamaría Peña, J. y Sanz Méndez, T. (2011). *Fundamentos de fotogrametría*. Universidad de La Rioja. La Rioja.
 - Salwen, B. (1973). Archaeology in megalopolis. En C. Redman (Ed.), *Research and Theory in Current Archaeology* (pp. 151-168). Wiley, New York.
 - Schávelzon, D. (1992). *La arqueología urbana en la Argentina*. Centro Editor de América Latina.
 - Schávelzon, D. (2015). *Manual de arqueología urbana*. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
 - Smith, C. (2020). *Encyclopedia of Global Archaeology*. Springer, Switzerland.
 - Sourrouille, M. y Pedrotta, V. (2019). Espacialidad, georreferenciación y sistemas de información geográfica en la investigación histórica. En C. Salomón Tarquini, S. Fernández, M. Lanzillotta, P. Laguarda (Eds.), *El hilo de Ariadna. Propuestas metodológicas para a investigación histórica* (pp. 155-163). Editorial Prometeo. Buenos Aires.
 - Souto, P. (2011). Territorio, lugar, paisaje. Prácticas y conceptos básicos en geografía. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
 - Soja, E. (1996). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Basil Blackwell, Oxford.
 - Traba, A. y Zuccarelli, V. (2014). Arqueología y fuentes históricas: Diálogos interdisciplinarios. *Diálogos*, 4 (2), 121-138.
 - Villar, F., Candelario, S. y Díaz, J. (2022). Drones, fotogrametría y sistemas de información geográfica. Algunos aportes a la arqueología de contextos industriales. *Comechingonia*, 27 (1), 35-50.
 - Zarankin, A. (1999). Arqueología de la Arquitectura: another brick in the wall. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, 3, 119-128.
 - Zarankin, A. (2002). *Paredes que domesticam: arqueologia da arquitetura escolar capitalista: o caso de Buenos Aires*. UNICAMP. São Paulo.

Capítulo 4

De la conquista ecológica de América al Antropoceno

Victoria Pedrotta

Este capítulo se ocupa del proceso de expansión europea iniciado en el siglo XVI, retomando aportes de la historia ambiental que ayudan a comprender las profundas transformaciones ecológicas que, desde entonces, ocurrieron a escala global. Se describe el impacto que tuvo en América la llegada de los conquistadores y la concomitante introducción de especies animales y vegetales, domesticadas y silvestres, así como un nutrido elenco de organismos patogénicos que eran inexistentes entre la población nativa americana. Buena parte de la información y las fuentes documentales consideradas se basan en los trabajos clásicos de Alfred Crosby (1972, 1991, 1999) y Noble David Cook (2005), quienes estudiaron el intercambio biológico sucedido entre América y el Viejo Mundo y el colapso demográfico que aconteció a escala continental. El rango temporal considerado se concentra en el primer siglo y medio posterior al arribo de Cristóbal Colón, ya que durante ese período ocurrieron los efectos más dramáticos del contacto.

En una segunda sección, se analiza con más detalle y, a una escala regional, el proceso de introducción de flora y fauna doméstica europea y los cambios

ecológicos que produjo en la Pampa y el norte de la Patagonia, considerando los ciclos climáticos que se sucedieron en el período colonial y el siglo XIX, tales como la “Pequeña Edad del Hielo” y las grandes sequías, hasta el gradual establecimiento de las condiciones climáticas previas al comienzo del reciente proceso de calentamiento global. A continuación, se comentan brevemente las investigaciones arqueológicas y bioantropológicas que se están llevando a cabo en la reducción de Santiago de Baradero y en la misión anglicana La Candelaria, en la cuenca del Río de la Plata y el norte de Tierra del Fuego, respectivamente. Ambos casos constituyen buenos ejemplos para comprender las múltiples consecuencias del colonialismo sobre las sociedades indígenas que habitaron esas regiones, especialmente los cambios en su alimentación, demografía y estado de salud, que ocurrieron como consecuencia de la imposición de dispositivos misionales que buscaban sedentarizarlas y que cambiaran sus prácticas económicas previas de caza y recolección, en el contexto de dichos cambios ecológicos y la expansión occidental.

Por último, se retoma una escala analítica macro para contextualizar las consecuencias ambientales que conlleva la aceleración de la producción capitalista a partir de la industrialización, sumada a la contaminación y la profundización de las prácticas extractivistas. Para ello se introduce el debate inicialmente planteado desde las ciencias naturales en torno a la era del Antropoceno, para caracterizar esos procesos cuyos efectos impactan a escala planetaria.

Marco analítico

La llegada de los europeos a América fue un punto de inflexión tanto en la historia de las sociedades indígenas como en la historia ambiental del continente (entre muchos otros, han abordado este tema desde diferentes perspectivas y campos disciplinares: Friederici, 1973; Thomas, 1989, 1990, 1991; Todorov, 1987; Salomon y Schwartz, 1999). A partir de entonces se sucedieron transformaciones complejas en todos los órdenes, algunas fueron tremendamente vertiginosas mientras que otras acontecieron de forma gradual, en las que ocuparon un lugar central los cambios ecológicos. Para comprender la dinámica de estos procesos son de enorme utilidad elementos teóricos que se formularon en el campo de la historia ambiental: el concepto de **intercambio colombino** y la teoría del **imperialismo ecológico**, cuya articulación ofrece un marco analítico muy pertinente. El primero fue definido por Crosby como

el inmenso e intenso tránsito de seres vivos (plantas, animales, poblaciones), culturas, tecnologías e ideas que se produjo entre

América, África Occidental y el Viejo Mundo, durante los siglos XV y XVI en relación con la colonización y el comercio europeos que se sucedieron después de los viajes que Cristóbal Colón inició en 1492 (Crosby, 1972).

Centralmente, este concepto busca dar cuenta de la magnitud, la escala y la diversidad -hasta ese momento inéditas- que adquirió la circulación en el planeta luego del siglo XVI, y especialmente desde la llegada de Colón a América. Este intercambio incluyó una enorme variedad de especies domesticadas, que comenzaron a circular a partir del contacto y la actividad mercantil que se fue estableciendo entre distintas poblaciones en varias regiones del globo, en una dinámica creciente y a ritmos cada vez más acelerados. Una de las consecuencias inmediatas que acarreó el intercambio colombino fue la declinación demográfica de sociedades enteras en América por la transmisión de enfermedades mortíferas y hasta entonces desconocidas para éstas, a la vez que posibilitó, a más largo plazo, el aumento demográfico en ambos hemisferios por la incorporación de plantas y animales domesticados. Un buen ejemplo son cultivos americanos de alto rinde y fácil almacenamiento, como el maíz y las papas, que fueron transportados a Europa y hacia el siglo XVIII se convirtieron en alimentos fundamentales que permitieron sostener una creciente población e impulsaron cambios económicos, políticos, sociales y culturales.

El **imperialismo ecológico**, otra formulación teórica desarrollada por Crosby, da cuenta de los factores biológicos y geográficos que fueron determinantes del éxito y la facilidad relativa con que los europeos conquistaron a los pueblos originarios en América y Australasia. De este modo, se enfatiza el rol que tuvieron las especies invasivas, básicamente los organismos patógenos con un alto potencial de contagio, que fueron parte del intercambio colombino y que afectaron mortalmente a las poblaciones no europeas, considerando también las condiciones geográficas que favorecieron, o no, su contagio y dispersión. Esta teoría relativiza el peso que tuvieron los aspectos vinculados a la organización socio-política y la tecnología bélica, que aún forman parte de muchas explicaciones acerca de la efectividad y rapidez de la conquista (superioridad en el armamento, empleo de caballos de guerra y perros salvajes, estrategias de combate, divisiones y enfrentamientos entre los pueblos indígenas, entre otros), mientras que recupera el impacto biológico que tuvieron las incesantes epidemias que azotaron a sociedades que, incluso con un alto nivel de organización militar y una población que se contaba en millones -como los imperios azteca e inca-, fueron rápidamente dominadas por un número reducido de soldados. El colapso demográfico ocurrido como consecuencia

de la sucesión de epidemias que sufrieron los pueblos americanos, desde esta perspectiva, pasa a ser un elemento central para la comprensión de la conquista. Asimismo, se enfatiza en otros factores ecológicos, como las similitudes climáticas y de latitudes geográficas, la baja competitividad de la biota americana, la capacidad de adaptación de la fauna doméstica introducida y la inmunidad de los europeos a la mayoría de las enfermedades e infecciones que tuvieron una alta letalidad entre las poblaciones colonizadas, para dar cuenta del ritmo y el impacto que tuvo la colonización europea, hasta entonces inédito en la historia de la humanidad.

Patógenos y epidemias

Antes de la existencia de comunicaciones regulares entre los dos hemisferios, las variedades de animales domésticos y enfermedades infecciosas que se transmiten a los humanos eran sustancialmente más numerosas en el Viejo Mundo con respecto al Nuevo Mundo. Esto se debía, entre otros factores, a las extensas y milenarias redes de intercambio que conectaban Europa con el Cercano Oriente, el norte de África y el Lejano Oriente. Muchos organismos patógenos habían migrado a través de Eurasia junto con los animales y las personas o habían sido transportados por viajeros y mercaderes desde Asia hacia el oeste, como señala Crosby (1991), por lo que las poblaciones europeas y asiáticas sufrían estas enfermedades desde mucho antes de la conquista de América. La convivencia con un amplio abanico de enfermedades –algunas de las cuales se habían hecho endémicas, es decir, que permanecían en estado latente y en períodos de crisis generaban brotes epidémicos– había generado que la población adquiriera algún grado de resistencia o inmunidad, además de cierto conocimiento y experiencia práctica para su eventual tratamiento y prevención. Gracias a esta convivencia a lo largo de milenios, las poblaciones de Europa y África occidental habían desarrollado niveles de tolerancia recíproca entre el huésped humano, los organismos patógenos y los parásitos, alcanzando un marco de relativa estabilidad ecológica, de la cual carecían los pueblos americanos.

El relativo aislamiento en el cual habían vivido las poblaciones americanas por miles de años aumentó su vulnerabilidad porque su material genético no estaba familiarizado con las enfermedades del Viejo Mundo, las que tampoco sabían cómo prevenir ni tratar. Este aislamiento comenzó luego de la interrupción del puente terrestre del Estrecho de Bering a fines de la última glaciación, alrededor de 12.000 años atrás, hasta la llegada de los europeos en el siglo XV; durante este período el intercambio de seres vivos

entre el continente americano y los demás continentes fue muy limitado. Además, es posible que las bajas temperaturas de Siberia hayan ocasionado la eliminación de muchos gérmenes y que no hayan llegado al continente americano demasiados individuos con enfermedades a lo largo de las sucesivas oleadas migratorias. Al respecto, Crosby (1991:38) afirma que los pueblos americanos “vivieron, se reprodujeron y murieron aislados durante generaciones, desarrollando culturas singulares y en el aspecto biológico defensas hacia una selección de vida patológica microscópica limitada y específica”. Por ende, ninguna de las sociedades y culturas que se habían desarrollado en América para el siglo XVI tenía resistencia hacia los patógenos del Viejo Mundo. Esa falta de inmunidad natural hizo que los efectos de las “nuevas” enfermedades introducidas por los europeos fueran devastadores desde el comienzo mismo del desembarco de los españoles ya que la mortalidad de las enfermedades graves fue mucho mayor en el Nuevo Mundo que en Europa, por un lado. Por otro lado, enfermedades epidémicas que eran relativamente benignas para las poblaciones europeas resultaron mortales para las americanas. Por ejemplo, la mayoría de los europeos sobrevivía al sarampión y a la tuberculosis, que se caracterizaban por ser enfermedades desarrolladas durante la niñez, pero ambas tuvieron niveles de morbilidad y mortalidad muy elevados en América. Asimismo, una parte importante de la población de África occidental contaba con resistencia a la malaria y a la fiebre amarilla, enfermedades que afectaron gravemente a las sociedades americanas.

La causa principal de las epidemias son los traslados y las migraciones de los seres humanos con sus enfermedades. En el continente americano esto sucedió con el arribo de la flota de Colón; desde entonces, se sucedieron oleadas de epidemias que se trasladaron desde las costas hacia el interior y tuvieron su mayor mortalidad entre la población nativa durante el primer siglo que siguió a la llegada de europeos y africanos. Si bien las fuentes de información escrita son escasas, están redactadas en varios idiomas, se encuentran dispersas en diferentes lugares y presentan dificultades para identificar a los distintos patógenos sólo en base a los síntomas que se describen, entre 1520 y 1600 se documentó la ocurrencia de, al menos, 14 epidemias en México y 17 en Perú. En esas dos regiones se concentraron los contingentes europeos más numerosos y se cuenta con mayor cantidad de información sobre el proceso de conquista. También se estableció que las primeras epidemias fueron fiebres eruptivas, tales como viruela, sarampión, tifus y otras semejantes, que eran extremadamente contagiosas y causaron el peor impacto demográfico (Crosby, 1991:47).

Los patógenos que portaban los españoles asolaron la región caribeña tan pronto como Colón desembarcó y alcanzaron el continente antes que Hernán Cortés. Las islas más grandes de esta región (como Puerto Rico, Jamaica, Cuba y La Española) estaban habitadas por sociedades con una economía basada en la agricultura, caza, pesca y recolección, que vivían en aldeas de varios miles de personas. La segunda expedición de Colón estaba integrada por una flota de 17 barcos con cerca de 1.500 hombres y mujeres, transportando varias especies animales, vegetales y también organismos patógenos. Parte de la tripulación había enfermado durante la travesía; al llegar a La Española a fines de 1493, el contagio se había extendido entre todos los integrantes de la expedición, los caballos y cerdos y los grupos indígenas a medida que iban entrando en contacto con aquellos. Las fuentes muestran que los primeros colonizadores y la población taína local fueron afectados por enfermedades con una alta tasa de mortalidad y larga convalecencia, posiblemente variedades de gripe o disenterías, quizá también tifus, combinadas con falta de alimentos y malas condiciones de higiene. La sucesiva llegada de barcos desde los puertos españoles, tanto pequeñas flotas como la gran expedición de Nicolás de Ovando formada por 30 embarcaciones y 2.500 personas en 1502, ocasionó el traslado progresivo de más variedades de enfermedades. Se estima que entre 1509 y 1515 unos 185 barcos partieron de Europa rumbo al Nuevo Mundo y 175 regresaron. Durante esos años se realizaron numerosas expediciones de exploración de las islas y tierras continentales, como la Florida, la península de Yucatán, el istmo de Panamá y la región del Darién, durante las que se produjeron contactos con diversos pueblos indígenas (Friederici, 1973).

La primera gran epidemia de viruela se produjo en La Española entre 1518 y 1519. En Santo Domingo, el puerto que habían fundado los españoles en 1496 y era un punto de abastecimiento para todas las expediciones y vía de entrada del intercambio biológico al continente, sólo quedó un millar de sobrevivientes según el fraile dominico Bartolomé de Las Casas, quien calculaba que había muerto entre un tercio y la mitad de la población indígena (Crosby, 1991). Rápidamente, esa epidemia se extendió por las Antillas Mayores devastando a la población taína o arahuaca, que ya había sido diezmada por otras afecciones previas y estaba siendo reemplazada por los esclavos africanos que habían comenzado a trasladar los españoles. Ilustra la magnitud del impacto el testimonio contemporáneo de Nicolaus Federmann, un alemán residente de Santo Domingo entre 1529 y 1532, que afirmaba

No merece la pena hablar de los indígenas de estas tierras, porque han pasado ya cuarenta años desde la conquista de la isla, y ...casi todos han desaparecido... De los quinientos mil indios o habitantes de varias naciones e idiomas que existían en la isla hace cuarenta años, quedan vivos menos de veinte mil. Un gran número de ellos murieron de una enfermedad llamada viroles, otros han perecido en las guerras, otros en las minas de oro, donde los cristianos les han obligado a trabajar (transcripto en Cook, 2005:26).

No hay certeza sobre la cantidad de indígenas que habitaban en las Antillas Mayores y el Caribe cuando ocurrió la llegada de Colón, tampoco hay dudas de que medio siglo después esa población estaba prácticamente extinguida, cualquiera hubiese sido su número.

La epidemia de viruela llegó al valle central de México a través de Yucatán, directamente desde Cuba junto a las tropas de Pánfilo de Narváez, o por ambas vías. Tras el fracaso del primer ataque español con la derrota de Hernán Cortés en 1520, el brote de viruela se extendió por más de dos meses en Tenochtitlán, durante los cuales devastó a los aztecas, posiblemente en combinación con enfermedades respiratorias como la neumonía. Los testimonios coetáneos que recogió fray Bernardino Shagún relataban que la “pestilencia mató gentes sin número... duró la fuerza de esta pestilencia sesenta días” (transcripto en Cook, 2005:76). Luego de un largo asedio cayó la capital del imperio azteca, debilitada por la hambruna y las pestes españolas, que también acabaron con Cuitláhuac -el emperador que sucedió brevemente a Moctezuma- junto a buena parte de la nobleza guerrera azteca. Diversas fuentes escritas coinciden en resaltar el impacto que tuvo esta primera epidemia, que fue mucho más allá de los incontables enfermos y muertos; en este sentido, Cook (2005:76) señala que los aztecas “llamaron a la enfermedad *huitza huatl* [gran lepra] y más tarde se tomó el evento para marcar el final de la vieja era y el inicio de la nueva” (Figura 4.1). Simultáneamente, la población maya fue asolada por la misma epidemia, según reconstruyó años después el misionero franciscano y cronista de indias, fray Diego de Landa, quien llegó a ser Obispo de Yucatán. En su “Relación de las cosas de Yucatán”, el religioso afirma que a los indígenas “los diezmó una pestilencia, caracterizada por grandes pústulas que pudrían sus cuerpos con una gran hediondez, de modo tal que los miembros se les caían en pedazos en cuatro o cinco días” (transcripto en Crosby, 1991:53).

Figura 4.1 El Códice Telleriano Remensis registró que “murió mucha gente por birhuelas” en 1538 y en 1544 hubo “una gran mortandad entre los indios”



Para América central se cuenta con pocos registros documentales tempranos que, no obstante, dan cuenta de la oleada de enfermedades y sus consecuencias demográficas. Hacia 1519 las fuentes indican la aparición de “pestes” en Guatemala que duraron varios años y coinciden con la epidemia de viruela en México central. Puede haberse tratado de viruela, sarampión, gripe, tifus o peste pulmonar, según las investigaciones. Otros registros refieren que entre 1520 y 1521 la población cakchiquel de Guatemala se redujo por una enfermedad que causaba hemorragias nasales, que puede haber sido influenza. La colonización del istmo de Panamá comenzó con la fundación de Nombre de Dios en 1510, en la costa caribeña, una región que rápidamente se convirtió en un foco de infecciones donde, a los patógenos introducidos por los conquistadores, se sumaron condiciones ambientales insalubres caracterizadas por elevadas temperaturas, lluvias torrenciales, costas y ríos pantanosos con plagas de mosquitos, que contribuyeron a una elevada tasa de mortalidad. Los cronistas de Indias Antonio de Herrera ([1601-1615] 1730) y Gonzalo Fernández de Oviedo ([1546-1547] 1852) coinciden en relatar la devastación que habían causado varias enfermedades en Panamá entre 1514 y 1530, dejando regiones enteras sin “indios de servicio”, lo que demandó el traslado de esclavos africanos. Es indudable que los contagios se fueron produciendo mediante el contacto entre diferentes pueblos y etnias, a través de los circuitos de interacción e intercambio precolombinos, tanto en la costa como en el interior, hacia el norte enlazando con Mesoamérica y al sur con la región Andina.

Figura 4.2 El cuerpo de Huayna Capac es llevado a Cuzco



Fuente: "Primer nueva crónica y buen gobierno" de Guamán Poma de Ayala (1600-1615).

En la región Andina la viruela comenzó a extenderse de cinco a diez años antes que Pizarro conquistara el imperio inca, en 1531. Posiblemente fue transportada desde su límite norte con Panamá, una zona que había empezado a ser explorada por los españoles desde 1501. En la década de 1520 se registró la primera gran epidemia de viruela, que estaba asolando el territorio imperial. En algún momento, entre 1525 y 1528, llegaron noticias acerca de la existencia de la enfermedad y la llegada de extranjeros a la zona de Tumbes, en la costa norte de Perú, al emperador Huayna Cápac que se hallaba entonces en Quito. Allí, el emperador se contagió viruela y murió, al igual que uno de sus hijos. Los dos cuerpos embalsamados fueron trasladados a Cuzco, esparciendo posiblemente el virus en su recorrido (Figura 4.2).

En la década de 1530 hizo su entrada al Nuevo Mundo el sarampión, que pasó a ser la segunda epidemia que alcanzó escala continental y tuvo tasas de mortalidad muy elevadas para las poblaciones nativas. La enfermedad se registró inicialmente en Cuba, causando una gran mortandad y para 1531 hay registros de sarampión en México, donde afectó principalmente a la población infantil. Es muy probable que se haya combinado con otra afección -malaria, tifus o disentería- introducida con la expedición contemporánea de Diego de Guzmán, que se extendió por la costa oeste mexicana y llegó a Guatemala en 1532 haciendo estragos entre los indígenas locales, tal como informaba el gobernador Pedro de Alvarado al rey "en toda la provincia de Nueva España vino una pestilencia por los naturales que dicen sarampión, la cual ha calado toda la tierra sin dejar cosa ninguna en ella" (carta transcrita

en Cook, 2005:100). Además, hay investigadores que señalan la existencia de evidencias de peste pulmonar y peste bubónica en Nicaragua hacia 1531. El licenciado Antonio de la Gama relataba así el origen e impacto de este brote epidémico al Rey:

de un navío que vino de nicaragua se pegó pestilencia en esta tierra y a la habido tan grande que aún la hay que no se acaba que se han muerto las dos partes de toda la gente que en esta tierra había así de indios naturales de ella como esclavos y entre ellos algunos cristianos (carta transcrita en Cook, 2005:103).

Para 1533, la viruela, el sarampión y la gripe, las tres enfermedades de transmisión aérea más mortíferas, habían asolado el Nuevo Mundo. A estas epidemias iniciales se sumaron otras enfermedades que eran transmitidas mediante vectores intermediarios, como el tifus, la peste bubónica, la fiebre amarilla y la malaria, combinadas de distintas maneras. Las sucesivas oleadas epidémicas dejaban a los sobrevivientes con la salud debilitada y en malas condiciones nutricionales (ya que producción de alimentos se veía afectada por la falta de trabajadores), de modo tal que quedaban en un estado de gran vulnerabilidad para enfrentar la próxima epidemia.

Tabla 4.1 Epidemias en América entre 1518 y 1533

Fecha	Epidemia	Región
1511-1528	viruela	Antillas y Caribe, Mesoamérica, región Andina
1530-1531	peste pulmonar gripe "dolores de costado"	Centroamérica
1532-1533	sarampión	Mesoamérica, Centroamérica y región Andina

Fuente: adaptado de Cook (2005:98)

Durante la década de 1540 hubo nuevas series epidémicas principales que asolaron amplias regiones del continente americano. Una de esas enfermedades, que causaba fiebre e intensas hemorragias, probablemente tifus exantemático, hizo estragos en la población indígena de México central, donde fue llamada *cocoliztli* o *hueycocoliztli*: “enfermedad” y “gran enfermedad”, respectivamente. Esta epidemia también tuvo su origen en el Viejo Mundo, ya que está bien documentado un brote de tifus contemporáneo que se extendió por la península ibérica. En 1550, al tifus se sumaron las paperas, descritas en las fuentes por su fiebre elevada, inflamación del cuello y alta mortalidad. A fines de la década 1540 el tifus había alcanzado a Guatemala y Honduras, donde sus efectos fueron igual de devastadores. En Colombia, en el territorio de los quimbayas, en 1546 Pedro de Cieza de León describió de este modo la epidemia:

vino una general pestilencia por todo el reino del Perú, la cual comenzó de más adelante del Cuzco y cundió toda la tierra; donde murieron gentes sin cuento. La enfermedad era, que daba un dolor de cabeza y accidente de calentura muy recio, y luego se pasaba el dolor de la cabeza al oído izquierdo, y agravaba tanto el mal, que no duraban los enfermos sino dos o tres días (transcripto en Cook, 2005:120).

La pandemia de gripe que se desató en Europa entre 1556 y 1560, con enorme cantidad de víctimas, llegó en 1558 a Guatemala donde tuvo altas tasas de morbilidad y mortalidad, juntamente con la aparición de otras enfermedades, en un contexto de sequías, bajas cosechas y hambrunas, al igual que ocurrió en México durante esos años. De forma coetánea, en La Florida la epidemia de gripe coincidió con la expedición colonizadora de Tristán de Luna y Orellano, que había partido del puerto de Veracruz en 1559 con 13 barcos, 1.500 hombres, mujeres, niños, esclavos africanos e indígenas, además de 240 caballos.

En México, y posteriormente en Centroamérica, se sucedieron varias series epidémicas compuestas entre 1576 y 1591, que están mejor documentadas que las anteriores e incluyeron, probablemente, más de una enfermedad que afectaba a distintos segmentos de la población. La mortalidad de estas epidemias fue muy alta, a punto tal que el Arzobispo de México notificó a la Corona en 1583 que había muerto más de la mitad de la población indígena y otras fuentes contemporáneas aportan datos similares para Guatemala y Nicaragua. El tifus se registró en México en

1583 y fue una enfermedad de amplia distribución que causó la muerte de cacicatos enteros. Dos años después, la expedición de Francis Drake transportó al Caribe y la península de Florida una fiebre muy contagiosa (tifus, según Crosby) que la tripulación había contraído en Cabo Verde, con efectos devastadores en la población nativa de San Agustín y las aldeas cercanas. Cuatro años más tarde esta misma región estuvo afectada por otra enfermedad desconocida, que alcanzó también al asentamiento británico de Roanoke, en la costa de Carolina. Hacia fines de esa centuria hay fuentes para la zona central de México que evidencian brotes epidémicos de sarampión, tifus y paperas.

En 1558 otro brote de viruela asoló la región Andina, en combinación con la epidemia de gripe antes mencionada y con el tifus, que había arribado la década anterior. Pero el mayor impacto demográfico en esta región ocurrió con las epidemias de viruela y sarampión que se desataron entre 1585 y 1591. La mortalidad fue muy elevada entonces ya que la década anterior se había llevado a cabo el programa de reasentamiento del virrey Francisco de Toledo, mediante al cual la población indígena, que previamente vivía dispersa en pequeñas comunidades, fue agrupada en pueblos y reducciones de varios miles de habitantes. Tales concentraciones urbanas fueron condiciones ideales para la amplificación de los contagios, generando una abrupta caída de la población indígena, especialmente jóvenes. En muchos lugares, a los contagios iniciales seguían gripes o neumonías que afectaban a los segmentos de mayor y menor edad. Estas epidemias se extendieron desde Cartagena -que pudo haber sido uno de los puntos de entrada a través de su puerto y del tráfico de esclavos- hasta Chile, a lo largo de la costa del océano Pacífico y alcanzaron la provincia de Charcas y la cuenca del alto río Amazonas. En 1590 el jesuita José de Arriaga afirmaba que la enfermedad “apareció primero en Cartagena... pasó enseguida a Quito y lugares vecinos... Se extendió luego no sólo a Lima, sino al Cusco, Potosí y a todo el reino del Perú” (transcrita en Cook, 2005:138).

Tabla 4.2 Principales epidemias en América, 1519-1600

Mesoamérica		Región Andina	
1519-1521	viruela	1524-1528	viruela
1531-1534	sarampión	1531-1533	sarampión
1545	tifus peste pulmonar	1546	tifus peste pulmonar
1550	paperas		
1559-1563	sarampión gripe paperas difteria	1557-1562	sarampión gripe viruela
1576-1580	tifus viruela sarampión paperas	1585-1591	tifus viruela sarampión
1595	sarampión	1597	sarampión

Fuente: reproducido de Cook (2005:145)

Durante la primera mitad del siglo XVI se calcula que al menos 330 barcos de diferentes naciones arribaron a las costas brasileñas, con tripulaciones de alrededor de diez mil europeos, quienes pudieron haber interactuado con los pueblos tupinambás locales introduciendo nuevos focos de ingreso de enfermedades. Además, en ese período de exploración fueron frecuentes los naufragios, el abandono de personas enfermas o acusadas de delitos en la costa, que contribuyeron a la propagación de patógenos entre la población local. Una vez iniciada la colonización de Brasil, la franja costera sufrió varias oleadas de epidemias que devastaron a los tupinambás. A partir de la década de 1550 se sucedieron brotes de enfermedades respiratorias que afectaron a los indígenas de los alrededores de Pernambuco y Río de Janeiro; también la pleuresía, el flujo sanguinolento, junto a fiebres y hemorragias, fueron registradas en toda la costa desde Río de Janeiro hasta Espíritu Santo. En 1554 ocurrió un brote epidémico con síntomas de fiebres altísimas y hemorragias en San Pablo que pudo haber sido peste neumónica. La viruela hizo su aparición en 1562 y, al igual que en otras regiones del continente, causó la muerte de decenas de miles de indígenas casi sin impactar en la población portuguesa. Además, esta región

se vio afectada por el pian, una infección bacteriana causada por una variedad de treponema, que afecta la piel, los huesos y las articulaciones y se contagia a través de heridas o por picaduras de insectos, propia de climas tropicales.

El ciclo de enfermedades de Brasil guardó estrecha relación con las regiones costeras de África occidental a través del comercio de esclavos, que fue creciendo a la par de la explotación de la caña de azúcar que los demandaba como mano de obra, especialmente en el último cuarto del siglo XVI. Si bien los portugueses intentaron controlar la propagación de enfermedades con cuarentenas, entre otras medidas profilácticas, las principales epidemias entraron rápidamente a Brasil y se extendieron más allá del territorio portugués a zonas bajo la dominación española. Además de los indígenas que solían huir de los lugares y los asentamientos infectados, las campañas militares portuguesas ayudaron a que los contagios se expandieran en la década de 1560. Alrededor de 1575, los asentamientos jesuitas de la Bahía de Todos los Santos fueron asolados por epidemias de viruela y sarampión, a la vez que fue diezmada la mano de obra de origen afro e indígena esclavizada en las plantaciones costeras. Posteriormente, en los siglos XVII y XVIII, se intensificó la vinculación entre el comercio de esclavos y la introducción de viruela.

La llegada de los europeos al Río de la Plata se produjo en las primeras décadas del siglo XVI. A la fallida expedición de Juan Díaz de Solís siguieron las de Diego García y Sebastián Gaboto, que iniciaron el ciclo de conquista a lo largo de los principales cursos fluviales. La primera referencia a enfermedades surge de la crónica de Ulrico Schmidel, quien arribó con la flota de Pedro de Mendoza en 1535 y registró los principales sucesos referidos a la primera fundación de Buenos Aires junto al proceso de exploración y ocupación española de los ríos Paraná y Paraguay. Una vez fundados algunos poblados estables, el sistema de encomiendas que implementó el gobernador Domingo Martínez de Irala a partir de 1556 en Paraguay aumentó el contacto entre los indígenas y los colonizadores, que se vieron intensificados, paralelamente, por las prácticas de servicio personal entre los guaraníes y por el comercio intra e interétnico, contribuyendo a la dispersión de los patógenos introducidos. Como ocurrió en otras regiones, los españoles no fueron afectados por la viruela, que apareció en el Río de la Plata entre 1558 y 1560, convirtiéndose en una epidemia mortal para miles de indígenas.

En el siglo XVII se agregó la fiebre amarilla a los patógenos introducidos en el Nuevo Mundo, muy probablemente procedente de África por medio del tráfico de esclavos. Parte de la población africana ya había adquirido inmunidad a la enfermedad, producto de una larga coexistencia, en tanto su tasa de mortalidad fue muy elevada entre los europeos y más aún para los nativos

americanos. En la región del Caribe, donde se establecieron plantaciones de azúcar con mano de obra esclava, la fiebre amarilla tuvo una incidencia terrible porque las condiciones ambientales favorecían la reproducción de los mosquitos transmisores de la enfermedad. Asimismo, gran cantidad de epidemias de fiebre amarilla fueron documentadas en las colonias de América del Norte desde comienzos del siglo XVII hasta entrado el XIX. Al igual que ocurrió con otras enfermedades, con el paso del tiempo la fiebre amarilla se volvió endémica en América.

Como contrapartida, la sífilis es la única enfermedad que posiblemente fue trasladada a Europa desde el Nuevo Mundo. Si bien es un tema controvertido dentro de la historia de la medicina, una de las teorías que cuenta con fuerte consenso es que el patógeno viajó con la tripulación que integraba el viaje de regreso que hizo Cristóbal Colón en 1493 partiendo desde La Española, junto al maíz y otros productos americanos¹. Lo cierto es que la primera epidemia se registró en Italia entre 1493 y 1494, y en las fuentes documentales se la señala como una dolencia vinculada a la presencia de extranjeros. Apoya esta teoría la ausencia de menciones y registros sobre síntomas asociados a esta enfermedad en el Viejo Mundo antes de los viajes de Colón, así como la veloz expansión, la elevada morbilidad y la alta mortalidad que tuvieron las primeras epidemias de sífilis en Europa a fines del siglo XV y comienzos de la siguiente centuria.

Recapitulando, esta breve reseña de las principales epidemias deja claro el impacto directo e inmediato que tuvieron los diversos patógenos introducidos con los europeos a medida que fueron explorando e invadiendo el continente americano. Durante los primeros cien años posteriores a la llegada de Colón, se produjeron tres epidemias de viruela de enorme magnitud que, combinadas con otras enfermedades, tuvieron efectos devastadores en México y en la región Andina, donde a la viruela inaugural se sumaron brotes de difteria y sarampión desde la década de 1610. Las Antillas y la región del Caribe quedaron prácticamente despobladas por las oleadas epidémicas iniciales, situación que derivó en el inicio del tráfico de esclavos que, a su vez, estuvo acompañado por el ingreso de otros patógenos procedentes de África occidental, como la fiebre amarilla, generando nuevos brotes epidémicos en América. Si bien los contactos entre los pueblos nativos de la costa atlántica de América del Norte con los franceses y los ingleses fueron esporádicos y limitados, desde comienzos del siglo XVII ya hay datos sobre la mortandad causada por enfermedades hasta entonces desconocidas por los primeros. Cook estima que alrededor del 90% de la población indígena americana murió en ese primer siglo, conside-

1 Al respecto, ver discusión en Crosby (1991, capítulo 4), Cook (2005:30-31) y Nunn y Qian (2010).

rando un 80% de mortalidad en las regiones menos afectadas mientras que otras regiones rondó el 100%, así como la existencia de variaciones geográficas y temporales en la aparición y evolución de cada epidemia. Si se calcula una población de entre 50 y 100 millones de habitantes hacia 1492 (similar a la Europa contemporánea), la cifra de muertos por dichas enfermedades se ubica entre 40 y 80 millones de personas.

Más allá de las estimaciones demográficas, es claro que el impacto de las enfermedades fue devastador y así quedó registrado en los códices y otras pocas fuentes documentales indígenas que sobrevivieron a la conquista, así como por numerosos expedicionarios, cronistas, religiosos y funcionarios, a lo largo y ancho de los dominios coloniales americanos. También debe tenerse en cuenta la ocurrencia de muchos brotes epidémicos menores que no quedaron documentados, así como la existencia de regiones enteras acerca de las cuales no se dispone de información escrita, lo que permite suponer que la mortandad fue mayor aún. Además de la letalidad propia de los patógenos, hay que sumar la falta de precaución por el desconocimiento generalizado de las enfermedades que éstos causaban, junto al deterioro de las condiciones de vida y la escasez de alimentos que causaron el avance violento de los conquistadores y los mismos brotes epidémicos. En este sentido, el maltrato, la brutalidad, la esclavización, las mutilaciones, el hambre, la explotación, el trabajo forzado, el hacinamiento, el sometimiento a los encomenderos y otras formas de servidumbre a las que se vieron reducidos muchos pueblos americanos, se retroalimentaron con los contagios y las enfermedades. Por último, aparte de las muertes inmediatas, las epidemias afectaron las estructuras de poder de los imperios azteca e inca, alterando los mecanismos de reemplazo de los líderes e impulsando las luchas faccionales. Buen ejemplo es la muerte de Huayna Capac, que desató una larga y cruenta guerra civil que posibilitó la conquista del imperio inca por las huestes de Pizarro.

Desde el siglo XVI y hasta entrado el siglo XIX, como parte del **intercambio colombino** se introdujo en América una enorme variedad de patógenos -que causaban enfermedades endémicas en el Viejo Mundo, pero desconocidas por las poblaciones locales- que elevaron exponencialmente las tasas de mortalidad indígena. Las enfermedades se extendieron por contagio directo e indirecto, a través de las redes de interacción prehispánicas sobre el continente americano, muchas veces antes de la llegada de los propios europeos y su contacto directo. En todas las fuentes sobre las primeras décadas de interacción entre conquistadores y sociedades indígenas, en diferentes regiones, aparecen referencias a enfermedades y a la devastación demográfica que causaron. En palabras de Cook:

Los europeos no sólo trajeron sus armas para conquistar, sino también sus plantas, animales y patógenos. No llegó sólo una infección, sino más bien una detrás de otra. De la misma manera en que los extranjeros se asentaban y se convertían en colonizadores, las enfermedades del Viejo Mundo invadían estos territorios y gradualmente se convertían en endémicas. En su conjunto, los varios brotes epidémicos tuvieron como resultado una gran pérdida de vidas humanas e hicieron posible la relativamente fácil subyugación de todo un continente (Cook, 2005:146).

Cobra dimensión así la teoría del **imperialismo ecológico**, en tanto las enfermedades introducidas jugaron un papel crítico en la conquista, acelerando la caída de las grandes civilizaciones americanas y facilitando la colonización europea de vastas regiones del continente.

Intercambio de animales domésticos y cultivos

Los primeros conquistadores se asombraron por el enorme contraste entre la vegetación y la fauna de América y la que ellos conocían. Entre otros elementos, el reducido tamaño de los mamíferos americanos sorprendió a los europeos, así como la enorme diversidad de aves, reptiles, serpientes e insectos que poblaban el continente, especialmente en las regiones tropicales (Crosby, 1991:16). Tal como señala Crosby, la singularidad de las formas de vida del Nuevo Mundo cuestionó de lleno la cosmovisión judeo-cristiana, a punto tal que algunos intelectuales y estudiosos llegaron a plantearse la posibilidad de que hubiera habido más de una creación, ante las inconsistencias que tenía el relato bíblico para explicar la existencia y la diversidad de los seres vivos en América, incluyendo a los seres humanos. En este sentido, por ejemplo, a fines del siglo XVI el jesuita José de Acosta escribió en su “Historia Natural y Moral de las Indias” que en América había:

miles de especies diferentes de aves y bestias de la floresta, que nunca fueron conocidas ni en forma ni en nombre; y de las cuales no se ha hecho mención entre los latinos, ni entre los griegos ni en ninguna otra nación del mundo (transcrito en Crosby, 1991:23).

Los animales domésticos

La migración de españoles, portugueses y otros europeos hacia América incluyó animales domesticados y plantas cultivadas, que se convirtieron en la

base de la economía colonial, como parte del proceso que Crosby denomina la “europeización” de la flora y la fauna del Nuevo Mundo, que ya estaba en marcha a inicios del siglo XVI y se había tornado irreversible para mediados de esa centuria. El **intercambio colombino** de fauna se dio básicamente desde Europa hacia América, ya que en diferentes regiones euroasiáticas habían sido domesticadas gran cantidad de especies animales, mientras que ese proceso había sido más limitado en América. Los únicos animales domesticados en el Nuevo Mundo eran dos camélidos -llamas y alpacas- y cuises, originarios de la región Andina, pavos y algunas razas de perros. Estos últimos, muy probablemente, habían ingresado ya como animales domesticados con los grupos humanos que cruzaron por el Estrecho de Bering. En contraposición, las especies domésticas introducidas desde el Viejo Mundo fueron más numerosas: caballos, burros, mulas, vacunos, cerdos, ovejas, cabras, gallinas, gansos, perros y abejas productoras de miel.

La segunda expedición de Colón, como ya se mencionó, estuvo integrada por una flota de 17 barcos y cerca de 1.500 personas que arribaron a La Española a fines de 1493 y que transportaron numerosos animales domésticos, cultivos y árboles frutales. El propio Colón, en la “Relación del segundo viaje”, refiere que llevaba “caballos, yeguas y mulas y todas las otras bestias, y simientes de trigo y cebada y todos árboles y suerte de frutas, todo esto en muy grande abundancia”. A ese *stock* se sumaron ocho cerdas que fueron embarcadas en la isla de Gomera durante el viaje. Años más tarde, Miguel de Cuneo, integrante de dicha expedición, notaba que los animales europeos se habían reproducido con gran rapidez, en especial los cerdos (Cook, 2005:31). Otras fuentes refieren una situación semejante con el ganado vacuno, que se reprodujo a un ritmo vertiginoso en La Española durante las primeras décadas del siglo XVI y con los caballos, aunque a menor escala. De ese modo, en pocos años, en las Antillas y el Caribe los cerdos y las reses introducidas no sólo desplazaron a las especies locales con las que competían por los mismos nichos ecológicos, sino que también devastaron los huertos y cultivos indígenas. Esta veloz adaptación y proliferación, además, hizo que los conquistadores contaran en muy poco tiempo con una base local de recursos para transporte y alimentación que, junto a sus perros adiestrados y la mano de obra indígena esclava, les posibilitaron emprender la exploración de la tierra firme en óptimas condiciones. La experiencia de lo ocurrido en las Antillas con la fauna doméstica se replicó en otras regiones americanas, donde estos animales se reprodujeron rápidamente, aprovechando la abundancia de pastos, raíces y frutos silvestres, y la inexistencia o baja cantidad de predadores.

Figura 4.3 Códice Florentino, Libro 12 “De la Conquista de México” (1540-1585)



Los caballos acompañaron a los conquistadores desde el primer minuto, formaron parte de la flota de Cortés que arribó a la península de Yucatán en 1519 y también de las tropas de Pizarro que llegaron a Perú en 1532 (Figura 4.3). Aparte de ser un excelente medio de transporte y carga, en los inicios de la conquista actuaron como un elemento de guerra que dio notables ventajas a los europeos sobre los distintos grupos indígenas con los que entablaron combates armados. Una vez establecidos los primeros poblados coloniales, los caballos fueron un medio de comunicación y transporte fundamental para la estructura de poder de los imperios ibéricos, además de un medio de trabajo empleado en varias actividades económicas, como las explotaciones mineras, las plantaciones, el comercio, la agricultura y, particularmente, la ganadería. Las tres regiones de América en las que se multiplicaron los caballos y se formaron cuantiosas tropillas salvajes fueron los llanos de Venezuela y Colombia,

las extensas praderas del norte de México y Estados Unidos, y las planicies de la Cuenca del Plata.

Antonio de Mendoza, el primer virrey de la Nueva España, fue quien importó las ovejas de Castilla, de lana de buena calidad y fomentó notablemente su producción. La cría de ovinos tuvo una expansión limitada a las zonas con condiciones ambientales adecuadas y a la disponibilidad estacional de pasturas. Además de la carne para alimentación, esta actividad estuvo orientada básicamente a la provisión de lana para la producción textil, en talleres con mano de obra indígena que funcionaron en México y Perú, los cuales ya podían abastecer la demanda local en el siglo XVII. El pastoreo de ovinos se extendió también por los dominios españoles en Chile, Tucumán y el Río de la Plata, y en las capitanías portuguesas de Río de Janeiro y San Pablo. En la región Andina, en particular, la expansión de las ovejas afectó negativamente a los camélidos, como las llamas y las alpacas, con quienes competían por su nicho ecológico. Otro factor que redujo la fauna local fueron las enfermedades diseminadas por los animales domésticos. Por ejemplo, en la década de 1540, tropillas de caballos, mulas y cerdos fueron trasladados para las campañas militares contra Rodrigo Pizarro en Perú, desde España, el Caribe y Nicaragua. En ese contexto apareció una enfermedad que, sumada a la falta de forraje y agua potable, ocasionó la muerte de gran cantidad de animales domésticos, tanto introducidos como locales. Crónicas, como la de Pedro de Cieza de León, refieren la aparición de una epidemia que afectó a los rebaños de ovejas y llamas locales; según algunos estudios, se trató de una epizootia que acabó con dos terceras partes del ganado que existía en la región Andina entre 1544 y 1545, además de contagiar a las vicuñas y los guanacos salvajes (Cook, 2005:119-120).

El ganado vacuno fue la base de sustento de la economía colonial en vastas regiones. Se trataba de ejemplares de raza ibérica, variedades andaluza y portuguesa, que eran resistentes, rústicos, y de gran adaptabilidad a distintos ambientes (Coni, 1979; Crosby, 1999). Este ganado se multiplicó libremente en algunos lugares, dando origen a rodeos cimarrones y también fue objeto de ganadería extensiva en ranchos, haciendas y estancias coloniales con excelentes resultados en zonas como la Nueva España y los llanos venezolanos. La producción de carne vacuna abastecía a los centros urbanos y la población rural española, a la vez que era la fuente de alimentación para las plantaciones, las minas y otros sistemas de trabajo forzado. Asimismo, los cueros y el sebo de este ganado se convirtieron en bienes de exportación con gran demanda por parte de los mercados americanos y europeos. Al igual que ocurrió con los caballos, las vacas se expandieron en las tierras con buenos

pastos por la región Andina, Chile, Tucumán, Paraguay y el Río de la Plata, en parte como rodeos salvajes que eran aprovechados por los colonizadores y los indígenas locales. En Brasil fue más dificultosa la cría de ganado vacuno, que había sido introducido en la década de 1530 por los portugueses y recién hacia fines de esa centuria se afianzó en las praderas al norte de Bahía y en Pernambuco, donde se desarrolló una producción limitada, principalmente destinada para el transporte y la molienda en las plantaciones azucareras. Otra zona ganadera, a menor escala, se conformó en los alrededores de San Pablo.

Los cerdos eran fácilmente transportados en las embarcaciones, tenían una gran cantidad de crías, toleraban un amplio rango de ambientes y no requerían muchos cuidados; de hecho, en muchas ocasiones los propios españoles dejaban cerdos en las costas para que se reprodujeran y a futuro pudieran servir como alimento. Así, al arribar en 1542 al Río de la Plata, Álvaro Nuñez Cabeza de Vaca encontró el siguiente mensaje que había sido dejado por su predecesor Domingo Martínez de Irala:

En una de las islas de San Gabriel se dejaron una marrana y un verraco para crianza. No los mate. Si hubiera muchos, tome los que necesite, pero deje algunos para que se reproduzcan y también, en su camino, deje algunos en la isla de Martín García y en las otras islas, donde quiera que piense que sea conveniente, para que puedan reproducirse (Crosby, 1991:85).

Espanoles y portugueses replicaron estas prácticas en otras regiones del Nuevo Mundo, donde la carne de cerdo representó una parte importante de la alimentación.

Además de ser recursos aprovechados por los colonizadores, los indígenas americanos incorporaron rápidamente la fauna europea para diversas funciones, en especial, como fuente de alimentos y como medio de movilidad y transporte. Crosby señala que en las zonas bajo el dominio de España y Portugal, las poblaciones indígenas adoptaron primero a los animales domésticos de menor tamaño: cerdos, aves de corral, perros y gatos; en pocas generaciones, los dos primeros estaban plenamente incluidos en su alimentación y los dos últimos como animales de compañía. En la región Andina, que contaba con el antecedente de la domesticación de camélidos, hubo una mayor incorporación del ganado español por parte de los indígenas, aunque a una escala pequeña. Con frecuencia, la expansión del ganado representó un perjuicio para éstos, ya que ocupaba las tierras que eran necesarias para la producción agrícola, afectando la cantidad y el rendimiento de las cose-

chas. En contrapartida, en las zonas alejadas del control colonial, los animales domésticos introducidos representaron una fuente adicional de recursos que se sumaron velozmente a la economía indígena. Las reses y las ovejas se convirtieron en alimentos y fuentes de materias primas para confeccionar diversas manufacturas, mientras que los caballos, adicionalmente, fueron un medio de transporte que expandió la movilidad, la territorialidad y las redes de interacción de grupos otrora cazadores recolectoras pedestres. A su vez, el caballo permitió que se llevaran a cabo actividades ganaderas y pastoriles, impulsando un profundo cambio en el modo de vida de algunos pueblos nativos. Este fue el caso de muchas tribus que habitaban las planicies y zonas montañosas desde América del Norte hasta la Patagonia (Mitchell, 2015; Palermo, 1986; Schindler, 1985; entre otros).

Cultivos y otras plantas

En América, el proceso de domesticación de plantas alimenticias ocurrió a partir de un conjunto inicial de variedades silvestres muy diferentes a las que fueron domesticadas en el Viejo Mundo. Cuando comenzó el proceso de conquista europea, los principales cultivos comestibles americanos eran maíz, calabazas, frijoles y chiles, en Mesoamérica; papas y otros tubérculos, en la región Andina y mandioca, en la Amazonia. Como se muestra en la Tabla 4.3, el intercambio de especies vegetales inicialmente fue más diverso que el intercambio faunístico, a la vez que incluyó cultivos comestibles y no comestibles (Nunn y Qian, 2010). Si bien los colonizadores intentaron introducir los cultivos europeos a medida que fueron ocupando el continente, las condiciones ambientales determinaron el desarrollo agrícola de éstos, que debieron adaptarse a las características de las diferentes regiones. El trigo, por ejemplo, cuya harina era la base de la alimentación europea, no prosperó en las zonas cálidas y húmedas ni en las tierras bajas, tales como el litoral brasileño. Allí, españoles y portugueses incorporaron en su alimentación harinas hechas en base a mandioca, mientras que en zonas más altas y de clima seco, como México central, el maíz pasó a ser la base de la dieta de amplios sectores de la sociedad colonial. Otros cultígenos americanos fueron trasladados a distintas regiones del continente para la alimentación de los colonos europeos, como la papa, que fue introducida en las colonias norteamericanas de Nueva Inglaterra por los ingleses y escoceses a comienzos del siglo XVII.

Tabla 4.3 Principales intercambios de flora entre el Nuevo y el Viejo Mundo

América		Eurasia	
Nombre vulgar	Nombre científico	Nombre vulgar	Nombre científico
Maíz	<i>Zea mays</i>	Trigo	<i>Triticum spp</i>
Tomate	<i>Solanum lycopersicum</i>	Arroz	<i>Oryza sativa</i>
Papa	<i>Solanum tuberosum</i>	Cebolla	<i>Allium</i>
Calabaza	<i>Cucurbitaceae</i>	Mango	<i>Mangifera</i>
Vainilla	<i>Vanilla</i>	Manzana	<i>Malus domestica</i>
Cacao	<i>Theobroma cacao</i>	Banana	<i>Musa</i>
Tabaco	<i>Nicotiana rustica</i>	Cítricos	<i>Rutaceae</i>
Caucho	<i>Hevea brasiliensis</i>	Café	<i>Coffea</i>

La transformación agrícola más impactante estuvo dada por la expansión de las plantas cultivadas europeas prácticamente en todo el continente americano. Como ya se señaló, en el segundo viaje de Colón se transportaron “semillas y vástagos de trigo, garbanzos, melones, cebollas, rabanitos, hortalizas verdes, vides, caña de azúcar y frutales para iniciar huertos” en La Española, con muy buenos resultados (Crosby, 1991:73). En 1516 se sumaron las bananas, que fueron transportadas desde las Islas Canarias y se adaptaron rápidamente a las zonas tropicales. El trigo, un elemento central en la mesa ibérica que, como tal, concentró la atención de los administradores y funcionarios coloniales españoles, fue sembrado en todos los lugares donde fue posible tener buenas cosechas, en especial en las tierras altas de México y Perú. Desde ambas regiones se llegó a abastecer el consumo local y a exportar a otros lugares para las décadas de 1530 y 1540.

A menor escala, se producía trigo también en Nueva Granada, Chile, el Río de la Plata y las tierras altas de América Central. Asimismo, en las tierras bajas y los valles templados de la región Andina se cultivaba arroz, bananas y caña de azúcar. La siembra de vid para producir vino experimentó varios intentos fallidos hasta que se introdujo en Perú, donde se lograron cosechas cada vez mejores y más abundantes desde mediados del siglo XVI. Los viñedos se extendieron luego hacia el sur, a las tierras de Chile y Cuyo, con excelentes resultados que permitieron la producción de vinos de buena calidad para consumo local y para abastecer a otras ciudades coloniales. Unas décadas después,

se logró cultivar olivos en los valles áridos de la costa chilena, iniciando la producción local de aceite de oliva.

Algunas especies vegetales, como el tabaco, el cacao, el algodón y la caña de azúcar, fueron objeto de explotación intensiva, cuya exportación representó una fuente de ingresos de enorme importancia para ambos imperios ibéricos. La caña de azúcar fue introducida con éxito en La Española por Colón en 1493. Su producción alcanzó una magnitud notable en las posesiones españolas desde el golfo de México hasta la cuenca del Plata y en los territorios portugueses de Brasil durante el siglo XVI; en la centuria siguiente, comenzó a plantarse en los dominios que tenían los franceses y británicos en las Antillas Menores. Asimismo, junto a las especies domésticas que fueron transportadas intencionalmente para la alimentación de los colonizadores, se agregó -de manera no intencional- una enorme variedad de semillas de plantas silvestres que acompañaron la expansión europea en todo el continente y tuvieron un impacto ecológico igual de significativo en el Nuevo Mundo (Crosby, 1999). En otro orden, la exploración de las regiones tropicales de América por los colonizadores condujo al descubrimiento de la quinina, un alcaloide que se extrae de la corteza del árbol de quino o quina y sirve para tratar de forma efectiva la malaria, que hasta entonces no tenía tratamiento (Nunn y Qian, 2010).

Cambios ambientales y nuevos paisajes: el caso pampeano

Desde finales del Pleistoceno, durante casi todo el Holoceno y hasta la llegada de los conquistadores españoles al Río de la Plata, en el siglo XVI, los principales factores causantes de variaciones en la distribución de recursos naturales y los diversos ambientes de la región pampeana se originaron a partir de cambios climáticos. Como tendencia general, en la región predominan las condiciones climáticas templado-húmedas similares a las actuales, que se establecieron en el último milenio, pero durante ese período se registraron episodios de menor humedad y mayor aridez. El más importante de estos episodios se conoce como la “Pequeña Edad del Hielo” y fue posterior a la conquista hispana, aunque su duración, ritmo y cronología son motivo de debates (ver Box 4.1.).

Al igual que en otras regiones del continente americano, el **intercambio colombino** produjo cambios ecológicos veloces, profundos e irreversibles, que transformaron el paisaje autóctono de los pastizales pampeanos. Durante los siglos XVI y XVII el dominio efectivo de la Corona estuvo restringido a la franja litoral norte bonaerense, donde se localizó Buenos Ai-

res, junto a otros poblados menores y estancias dedicadas a la producción agropecuaria; en la centuria siguiente la ocupación española no traspasó el río Salado, que actuó como una suerte de límite natural entre ésta y los territorios de las sociedades indígenas. Sin embargo, el impacto ambiental y ecológico en el interior de la región pampeana asociado al ingreso de especies animales y vegetales de origen europeo comenzó desde el momento mismo de la primera fundación de Buenos Aires, en 1535.

El paisaje pampeano se caracterizaba por una cobertura de gramíneas casi continua y una distribución muy restringida de árboles: sauces criollos cerca de ríos y arroyos, principalmente en las Sierras de la Ventana; montes de algarrobo y chañar -de la Provincia del Espinal- hacia el oeste en la pampa semiárida; manchones de tala, coronillo y espinillo en una franja estrecha siguiendo el litoral este desde el Río de la Plata hasta la laguna de Mar Chiquita y matorrales dispersos de curro (Cabrera, 1971). Esta vegetación se vio crecientemente afectada por la introducción de flora y fauna, en especial por el ingreso de cultivos europeos y por la involuntaria llegada de malezas y otras plantas silvestres, que se propagaron rápidamente adheridos a las personas, los animales y diversos objetos procedentes del Viejo Mundo (Berg, 1877; Rapoport, 1996). Uno de los cambios botánicos más notables fue el reemplazo gradual de la estepa herbácea originaria, caracterizada por los llamados “pastos duros”, conformados por especies altas y resistentes a heladas y sequías, entre las que predominaba el género *Stipa*, por los llamados “pastos blandos”, integrados por especies exóticas, más delicadas, pero con ritmos de colonización acelerados (Azara, [1809] 1969; Darwin, [1833] 1998). Debe agregarse también la forestación que acompañó la expansión de las estancias hispano-criollas y la fundación de pueblos en buena parte de la región.

Las consecuencias de estas transformaciones se documentaron con precisión a fines del siglo XVIII y principios del XIX, destacándose las minuciosas observaciones del naturalista Félix de Azara, quien notó en los terrenos:

frecuentados desde hace mucho tiempo por los pastores y los rebaños...que esos pajonales, o lugares llenos de grandes hierbas, disminuyen día por día y sus plantas son reemplazadas por césped y por una especie de cardo rastrero, muy espeso y de muy pequeña hoja; de suerte que si el ganado se multiplica o pasa un tiempo algo considerable, las grandes hierbas que el terreno producía naturalmente desaparecerán del todo (Azara [1809] 1969:80).

Azara mencionó la presencia de malvas, cardos y ortigas entre los “pastos blandos”, a los que Darwin ([1833] 1998) sumó la presencia de trébol e hinojo unos años después. Esos pastos fueron una fuente alimenticia crucial para el ganado introducido que, a su vez, fue un vector que potenciaba el reemplazo de la vegetación, como observaron ambos naturalistas. Un relevamiento sistemático efectuado a fines del siglo XIX arrojó la presencia de 154 especies vegetales de origen europeo en estado silvestre en la pampa bonaerense, las cuales eran abundantes, se propagaban eficazmente y para entonces ya habían alcanzado una amplia distribución (Berg, 1877).

Como se señaló, hasta que la forestación antrópica adquirió dimensiones significativas, la leña fue un recurso escaso en la mayor parte de la región pampeana. Los participantes de la expedición de Pedro de Mendoza ya habían notado esta carencia durante su exploración hacia el interior de la pampa, que “era estéril y llana y sin árboles, excepto en las costas de los ríos” (Fernández de Oviedo, [1546-1547] 1852, Tomo II:183). Esta característica es reiteradamente señalada en otras fuentes escritas coetáneas y posteriores, que describen el uso alternativo de huesos, grasa, sebo y estiércol de animales como combustible, tanto por los pobladores hispano-criollos de la campaña como por los grupos indígenas. En este sentido, el piloto Pablo Zizur describió el uso de duraznillo -relativamente abundante en las lagunas- para encender fuego en tolderías ubicadas en la llanura interserrana bonaerense a fines del siglo XVIII (Zizur, [1786] 1972). Asimismo, el nombrado Azara notaba para la misma época que:

en algunos lugares muy próximos a nuestra frontera se encuentran algunas biznagas (especie de gran zanahoria silvestre) y cardos, que se reúnen para encender fuego; pero como no hay bastantes, se que-
man también los huesos y el sebo de los animales y la grasa de las
yeguas (Azara, [1809] 1969:81).

Otros viajeros, expedicionarios y cautivos que estuvieron en distintos asentamientos indígenas de la región, notaron el empleo de estiércol seco de caballos y vacunos, así como los huesos, la grasa y el sebo de dichos animales (Armaignac, [1869] 1976; Guinnard, [1860] 1941; Hernández, [1770] 1969).

Box 4.1

La Pequeña Edad del Hielo

Carlos A. Quintana

El clima de nuestro planeta presenta cambios permanentes, algunos son largos y cíclicos, otros son imprevistos y breves, pero de gran influencia en el ambiente. Entre éstos últimos se destaca la Pequeña Edad de Hielo, la cual modeló el paisaje durante tiempos recientes y tuvo fuertes influencias en el modo de vida de las personas que quedaron plasmadas en la memoria, en los documentos históricos y en las manifestaciones artísticas.

El verano posglacial, que dio inicio al Holoceno, terminó repentinamente hacia el siglo XIV generando un enfriamiento de todo el planeta, alterando la navegación en el extremo Norte, ocasionando pérdidas de cosechas, hambrunas y la propagación de enfermedades. Los estudios paleoclimatológicos permitieron reconocer tres momentos de máximo frío de este fenómeno, que ocasionaron las mayores catástrofes naturales y sociales (Fagan, 2008):

- Mínimo de Spöerer, de mediados del Siglo XV a mediados del XVI.
- Mínimo de Maunder, entre fines del Siglo XVII y principios del XVIII.
- Mínimo de Dalton, de fines del Siglo XVIII a mediados del Siglo XIX.

En el Hemisferio Norte la Pequeña Edad de Hielo se caracterizó por ser fría y húmeda, con lluvias copiosas, influyendo en la latitud de la pesca del bacalao, la distribución de los viñedos y la pérdida de las cosechas (como las que originaron las hambrunas de Irlanda). Los cuadros de Brueghel el viejo y de William Turner, o los inesperados acontecimientos que llevaron a la escritura de la novela Frankenstein, son algunos emergentes culturales de este período frío (Fagan, 2008).

La Pequeña Edad de Hielo en el Hemisferio Sur se caracterizó por sequías prolongadas que generaron una disminución de la cubierta vegetal, la erosión de suelos y la formación de médanos. En América este evento climático fue detectado en registros geológicos, palinológicos, micro paleontológicos y en unos pocos yacimientos de vertebrados (Quintana, 2013). También es posible revelar su presencia a través de evidencias indirectas, como la relación entre el clima y la inclinación de los techos en la ciudad de Buenos Aires durante el

Siglo XIX (Deschamps et al., 2003), la variación del precio de los alimentos, y los relatos de cronistas y viajeros.

A inicios del año 1600 el volcán Huaynaputina, en Perú, tuvo una gran erupción caracterizada por la violencia de sus explosiones que, en principio, fueron confundidas con un ataque de cañones. Gracias a ello se cuenta con informes oficiales de la fecha precisa de las erupciones. Hubo una gran mortandad de personas y de ganado debido a las emanaciones de gases y cenizas, que actualmente forman estratos de varios metros de potencia (Quintana, 2013). El efecto sobre el ambiente se puede seguir a través de las quejas documentadas sobre la pérdida de la cosecha de uvas que elevó el precio del vino durante varios años, mientras que la actividad agropecuaria se recuperó unos 18 años después.

Las mortandades masivas de ganado, los cambios en la distribución de plantas y animales, las tormentas de polvo, la disminución de los cursos de agua y el crecimiento de los glaciares en la Patagonia fueron fenómenos recurrentes de este evento frío en el Cono Sur de América. Durante ese período numerosos cronistas se refirieron a la región pampeana como un “desierto de arena”, en los mismos lugares donde actualmente se sitúa la pampa húmeda, verde y subtropical. El clima de la Pequeña Edad de Hielo también fue muy inestable, por lo que hubo breves etapas cálidas y con lluvias que erosionaron los suelos carentes de la protección vegetal. En la región pampeana, los cronistas relatan grandes mortandades de ganado durante fines del siglo XVIII a consecuencia de la sequía. Charles Darwin, en el diario de su viaje, menciona “La Gran Seca” ocurrida entre 1827 y 1832, cuando “Peció un gran número de aves, animales silvestres, ganado vacuno y caballar por falta de alimento y agua... Estimo que la pérdida de ganado solamente en la provincia de Buenos Aires fue, como mínimo, de un millón de cabezas” (Darwin, [1833] 1998). En esos años hubo muchas menciones a enormes tormentas de polvo, como las que relata el naturalista Augusto Bravard, que se caracterizaban por hidratarse en la alta atmósfera y caer a modo de una lluvia de barro.

Después del año 1850 nunca hubo sequías tan profundas en el Cono Sur de América, en todo el planeta regresaron las condiciones “normales” de temperatura y humedad estableciéndose las características generales del clima que se registran en la actualidad.

El mayor impacto ecológico se produjo como consecuencia de la multiplicación vertiginosa del ganado caballar y vacuno que había sido transportado por los conquistadores en distintas expediciones marítimas y terrestres reali-

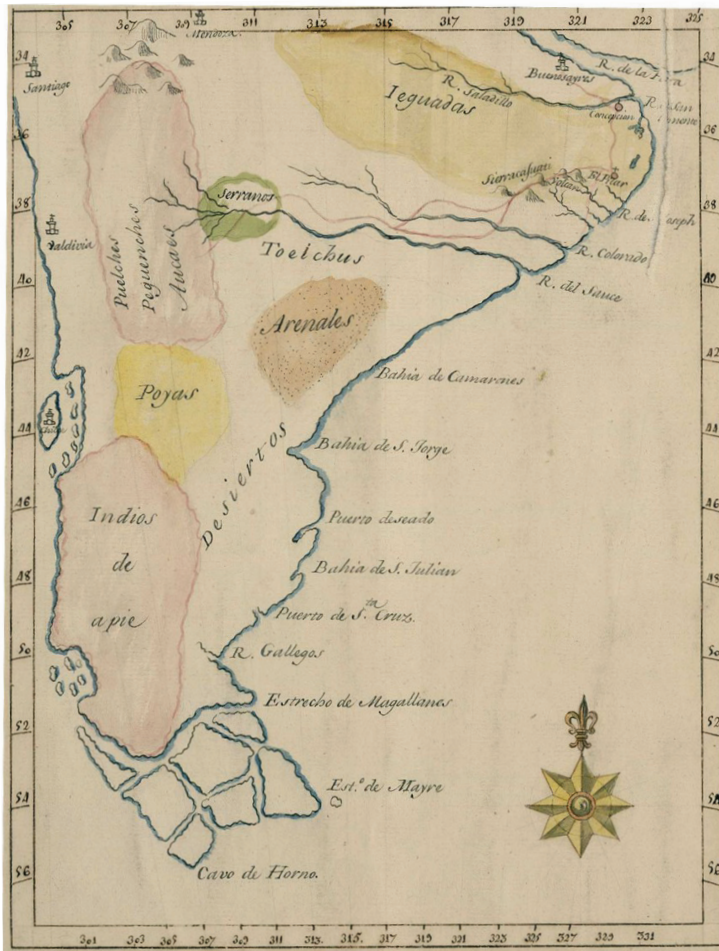
zadas durante el siglo XVI, al que se sumó la cría local una vez que éstos lograron asentarse de forma estable en la cuenca del Plata. Los poblados fundados en la primera mitad del siglo XVI -como Asunción, Santa Fe y Santiago del Estero- fueron abastecidos con ganado caballar, vacuno y ovino desde el Alto Perú, Brasil y Chile, en tanto en Buenos Aires habían quedado caballos abandonados con la fallida fundación de Pedro de Mendoza y luego de su segunda fundación, en 1580, fue provista de ganado doméstico (Díaz de Guzmán, [1612] 1945; Schmidel, [1563-1565] 1945). De este modo, el proceso comenzó con los caballos hacia fines de la década de 1530 y más tarde lo hizo el ganado bovino. Ambas especies encontraron un hábitat óptimo en la estepa herbácea pampeana, con pocos predadores, sin competidores y conformaron grandes rodeos cimarrones que se expandieron rápidamente y eran engrosadas continuamente por los animales que se escapaban de las poblaciones españolas, potenciando su ritmo de reproducción natural. Palermo (1988) señala que también pueden haber llegado caballos a la región Pampeana y norte de Patagonia desde el centro de Chile y Cuyo.

Los primeros cronistas de Indias, religiosos y funcionarios de la Corona española describieron la fertilidad de la llanura pampeana y la numerosa cantidad de ganado que había en el siglo XVI. En este sentido, Antonio de Herrera destacó la existencia de “grandes pastos para todo género de ganado, los cuales han multiplicado infinito, y en especial los caballos” (Herrera, [1601-1615] 1730, Tomo I:53), el padre Rivadeneyra ([1581] 1881:25) informó en un memorial al Rey la existencia de “grandísima suma de caballos” en las cercanías de Buenos Aires, mientras que Juan de Garay ([1582] 1915), asombrado por las nutridas tropillas de baguales que había observado en su viaje hacia el cordón serrano de Tandilia en 1581, solicitó al monarca que le fuera concedido su usufructo a los pobladores de Buenos Aires y Santa Fe. Por su parte, el fraile Antonio Vázquez de Espinosa, afirmaba que la cantidad de caballos que había en el Tucumán era tal “que cubrían la faz de la tierra y, cuando cruzaban la carretera, los viajeros se veían en la necesidad de esperar un día o más, y de impedirles que arrastraran con ellos el ganado domesticado” (transcripto en Crosby, 1991:93-94). Para inicios del siglo XVII, según Ruy Díaz de Guzmán, en el litoral rioplatense los baguales:

han venido en tanto multiplico, en menos de sesenta años, que no se puede numerar, porque son tantos los caballos y yeguas, que parecen grandes montañas, y tienen ocupado desde el Cabo Blanco hasta el fuerte de Gaboto [Sancti Spiritu], que son más de ochenta leguas y llegan adentro hasta la cordillera (Díaz de Guzmán, [1612] 1945:38).

Incluso la cartografía colonial reflejó esta abundancia de caballos baguales en sectores específicos de la región pampeana, como el mapa hecho por el padre José Cardiel a mediados del siglo XVIII que se reproduce en la Figura 4.4, donde se marca un espacio pintado con amarillo al sur del río Salado donde se indica la referencia “Ieguadas”.

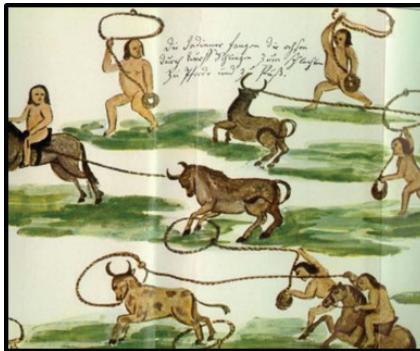
Figura 4.4 Mapa “Tierra de Magallanes” del padre José Cardiel (1749)



La formación de los rodeos vacunos cimarrones empezó casi medio siglo después a la del ganado caballar. Los animales de raza ibérica que habían sido transportados por los españoles dieron origen a los bovinos criollos, que eran resistentes, rústicos, enjutos, de largas patas y gran cornamenta, similares al

ganado de lidia. Estos rodeos tuvieron importancia en la economía colonial hispano-criolla, que inicialmente llevó a cabo su explotación mediante las llamadas “vaquerías”, a la vez que fueron recurso para las poblaciones indígenas. A comienzos del siglo XVII, los vecinos de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba solicitaron los primeros permisos para explotar cueros, grasa y sebo del ganado cimarrón, que sirven como indicadores indirectos de la magnitud que alcanzaron tales rodeos (Coni, 1979). Por ejemplo, Diego de Góngora, el primer gobernador del Río de la Plata, estimaba hacia 1621 que podían extraerse unos 80.000 cueros anualmente sin afectar seriamente el *stock* cimarrón, en tanto los vecinos de Santa Fe habían realizado recogidas de ganado alzado que sumaron unas 50.000 cabezas entre 1619 y 1621 (Giberti, 1961:32). A lo largo del siglo XVII fue en aumento la periodicidad de las vaquerías así como la cantidad de cabezas de ganado que eran faenadas, aunque en ocasiones fue necesaria la suspensión temporaria de los permisos a fin de permitir que los rebaños se recuperaran (Coni, 1979). Hacia fines de esa centuria, se hizo cada vez mayor la distancia que era necesario recorrer para hallar rodeos vacunos cimarrones y, por ende, las partidas que realizaban vaquerías debieron sumar escoltas armadas para internarse en territorios indígenas, como las Sierras de Tandilia y las llanuras adyacentes.

Figura 4.5 “Mocovíes enlazando ganado”, acuarela de padre Florian Paucke (ca. 1768)



Los primeros cerdos se transportaron al Río de la Plata en la expedición que fundó Buenos Aires en 1535 ya que, como se mencionó, eran ideales para el traslado por vía marítima y fueron un recurso alimenticio clave durante las primeras décadas de la conquista. Al igual que otras regiones, estos animales procrearon a un ritmo veloz y en gran cantidad, a la vez que dieron origen a manadas de cerdos cimarrones que se reprodujeron libremente. Las crónicas

tempranas consignan la presencia de “puercos monteses” y “puercos de Castilla” que “han multiplicado mucho, y son muy grandes” (Herrera, [1601-1615] 1730, Tomo II:168). Para mediados del siglo VIII, las piaras de cerdos salvajes campeaban libremente en las llanuras y zonas bajas del área bonaerense norte y la depresión del río Salado. Según refería el jesuita José Sánchez Labrador:

Hállase grande abundancia de puercos, que a cada paso se ven en grandes piaras...Dicen comúnmente, que saldrían de las haciendas, o estancias de Buenos Aires, donde años pasados no se hacía caso de su carne; y habiéndose por esto multiplicado, se metieron hacia el Sud, llenando las campañas (Sánchez Labrador, [1772] 1936:168).

Semejante proliferación fue impulsada por la baja demanda de la población hispano-criolla y también de los indígenas pampeano-patagónicos, ya que entre estos últimos existía un tabú alimenticio sobre la carne porcina, que no regía entre aquellos grupos de origen araucano. Es probable que este tabú originariamente haya correspondido al pecarí autóctono y luego se proyectó al cerdo introducido (Casamiquela, 1975; Palermo, 1988). Lo cierto es que muchos testimonios concuerdan acerca de la vigencia de este tabú, como las Cartas Anuas escritas por el padre Lozano (1735-1743), quien al referirse a los “indios pampas” señalaba “Aunque haya también puercos silvestres, no los comen, porque creen que eran hombres”.

Luego de la segunda fundación de Buenos Aires comenzó la introducción del ganado ovino, que no llegó a ser de importancia en la economía colonial ni experimentó un crecimiento semejante a las otras especies domésticas en los siglos XVI y XVII. Es interesante destacar que los grupos indígenas de la región cordillerana que realizaban actividades textiles llevaron a cabo un proceso de cría y selección a partir de las ovejas introducidas -que eran ordinarias, de razas siria, pirenaica y berberisca, según Giberti (1961)- que derivó en el desarrollo de las “ovejas pampas”, de mayor tamaño y vellón más largo que las criollas, con características óptimas para la producción lanar (Palermo, 1988). La textilería indígena se expandió por el norte de la Patagonia y la región Pampeana a la par del pastoreo de ovejas, que está documentado desde la segunda mitad del siglo XVIII. A su vez, la explotación y cría intensiva de lanares en esta región estuvo íntimamente ligada a la textilería indígena y asociada a la migración masiva de araucanos que ocurrió entre fines del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX (Hernández, [1770] 1969; Mandrini, 1987; Palermo, 1988).

A lo largo del siglo XVIII varios factores alteraron la abundancia y la disponibilidad del ganado cimarrón. La intensa explotación efectuada por las sociedades indígenas, las incesantes vaquerías y las muertes producidas por las

sequías y la falta de pasturas, confluyeron en una sensible disminución del *stock* bovino, que comenzó a advertirse a comienzos del siglo XVIII y terminó por desaparecer durante las décadas siguientes (Coni, 1979; Giberti, 1961). En cuanto a las tropillas de yeguas y caballos, las fuentes jesuitas destacan en el siglo XVIII su abundancia en buena parte de la región Pampeana, llegando prácticamente hasta el río Colorado, aunque también mencionan grandes mortandades causadas por sequías, cuando sus carcasas se acumulaban en las márgenes de los cursos de agua (Cardiel, [1748] 1956; Lozano, [1734-1743] 1924; Sánchez Labrador, [1772] 1936). Las mismas fuentes refieren la existencia de jaurías de perros salvajes, que ya habían alcanzado una magnitud significativa en la campaña bonaerense en el siglo XVII y fueron otro factor que incidió en la disminución del ganado doméstico, en especial corderos, terneros y potrillos, a los que atacaban a menudo.

Alimentación, salud y enfermedad en las misiones

La reducción Santiago de Baradero fue fundada en 1615 y encomendada a la orden franciscana. Su objetivo fue controlar a los grupos indígenas que habitaban en el estuario del Río de la Plata y la desembocadura del río Paraná -inicialmente chaná y guaraníes- mediante su asentamiento en un “pueblo de indios”, donde debían ser adoctrinados en el cristianismo y desarrollar las actividades productivas agrícolas que demandaba la economía colonial, entre otras profundas transformaciones en su modo de vida. Las primeras intervenciones en el cementerio de esta reducción, ubicado en una barranca sobre el río Baradero, fueron efectuadas por Debenedetti en 1910, cuando exhumó 14 entierros humanos junto a una variedad de objetos de valva, vidrio y metal, que estaban dispuestos como ajuares funerarios. Como se mencionó en el capítulo 2, Alicia Tapia reinició la investigación de este sitio a fines de la década de 1990, con una agenda de trabajo que articula una intensiva pesquisa documental, el reanálisis de las colecciones arqueológicas y el estudio bioantropológico, genético e isotópico de los restos humanos, así como actividades de puesta en valor del sitio y de vinculación con las comunidades locales.

En este marco, la autora estudió los ciclos de vida de los artefactos que integraban los ajuares, tanto de manufactura indígena como de procedencia europea. Los primeros incluyen cuentas de collar de valva, discos y cuentas de latón, fragmentos de cerámica local y trozos de pigmento; los segundos comprenden numerosas cuentas de vidrio, cascabeles de bronce y fragmentos de cerámica vidriada, entre otros. La reconstrucción de la biografía social de dichos objetos y la indagación de sus significados contextuales, sugieren una

dinámica de resignificación de algunos artefactos europeos, como las cuentas de vidrio y los discos de latón, que los indígenas reducidos seleccionaron y materializaron en sus prácticas sociales, sobre todo vinculadas a la vestimenta, el adorno personal y los ritos mortuorios. Esta vía de análisis aporta a la comprensión de los cambios y las continuidades culturales de las poblaciones indígenas de la cuenca del Plata en ámbitos de dominación y conflicto interétnico (Tapia, 2014).

Paralelamente, la línea de indagación bioantropológica comprende el análisis de muestras óseas y dentarias humanas. Mediante el análisis de ADN mitocondrial se evaluó la magnitud de las variaciones genéticas que podrían haber ocasionado la relocalización y la coexistencia de diferentes grupos indígenas en la reducción a lo largo del tiempo. Se identificó el haplogrupo² mitocondrial de diez individuos, nueve de los cuales resultaron amerindios. Entre ellos predomina el haplogrupo B, que se ha encontrado en pueblos indígenas del litoral, aunque la presencia de otras variantes se puede vincular al traslado de fuerza de trabajo desde otras regiones hacia la reducción. Además, se estudió la alimentación a partir del análisis de isótopos estables³. Los valores isotópicos obtenidos en muestras de nueve individuos adultos sugieren una dieta variada, con mayor consumo de plantas que tienen un patrón de fotosíntesis C4, como el maíz, un aporte importante de peces y un menor consumo de proteínas animales en los últimos años de vida (Cardozo et al., 2018). Estos estudios indican que el maíz fue un componente importante en la dieta de la reducción, aunque no con un papel excluyente, en concordancia con las fuentes escritas que refieren el consumo de porotos, trigo, carne de caballo y pescado. La alimentación de momentos coloniales tempranos se asemeja a la de los grupos horticultores prehispánicos (Cardozo et al., 2023).

La misión salesiana Nuestra Señora de la Candelaria funcionó de 1893 a 1930 en el norte de Tierra del Fuego, como parte del proceso de colonización territorial efectiva del Estado-nación argentino a través del apoyo a emprendimientos religiosos y empresas de capitales británicos para la minería de oro y la ganadería ovina en una región que, hasta fines del siglo XIX, se había caracterizado por contactos interétnicos esporádicos y entre pequeños grupos

2 Un haplogrupo es un conjunto de haplotipos, que son series de alelos en lugares específicos de un cromosoma. Son marcadores genéticos (alelos) en el ADN mitocondrial (ADNmt) o el cromosoma Y (ADN-Y) que se heredan juntos de un ancestro común, revelando linajes maternos o paternos.

3 Los isótopos estables son variantes atómicas de distinto peso molecular que no decaen radioactivamente. El estudio de la relación existente entre los átomos de Carbono (¹²C) y Nitrógeno (¹⁴N) con sus isótopos estables (¹³C y ¹⁵N respectivamente) en los tejidos biológicos, permite investigar la alimentación de esos individuos en el pasado.

(Guichón et al., 2017). Durante los primeros años la misión recibió partidas indígenas selk'nam, que se alojaban en tiendas exteriores y por lapsos breves. Luego de 1900, el aumento de la actividad ganadera y de las persecuciones a los indígenas llevaron a que la misión pasara a ser un núcleo de población indígena estable, en el que las mujeres realizaban tareas de hilado mientras que los hombres se dedicaban a labores pastoriles. Desde entonces aumentó la cantidad de población tanto como las situaciones de hacinamiento, ya que vivían en casas pequeñas o en habitaciones reducidas del edificio central, bajas y con escasa ventilación. El confinamiento de las mujeres al taller de hilado implicó, probablemente, cambios en la actividad física previa, por el sedentarismo y las posturas que demandaba (Casali et al., 2006).

Las investigaciones realizadas allí por un equipo interdisciplinario liderado por Guichón abordan distintas líneas, entre ellas el estudio de las condiciones de vida de los nativos, su alimentación y el estado de salud/enfermedad, a partir de los restos humanos procedentes de la excavación del cementerio donde, según las actas de defunción, fueron enterrados 251 indígenas entre 1897 y 1931 (Guichón et al., 2017). Las hipótesis se plantean a partir del análisis de un variado corpus de fuentes escritas, que refieren la alta frecuencia de enfermedades pulmonares (pulmonía, tuberculosis y tos convulsa) como principales causas de muerte de la población selk'nam dentro de la misión, que afectó sobre todo al grupo etario de entre cuatro y doce años, con una mayor mortandad entre los meses más rigurosos, de agosto a noviembre (García Laborde et al., 2010). El hacinamiento mencionado, por la intensa convivencia en los comedores, las habitaciones y en el taller de hilado, en el caso de las mujeres, debe haber favorecido el contagio de enfermedades infecciosas, entre ellas la tuberculosis. Los documentos, además, aportan información sobre las provisiones que llegaban por vía marítima (harina, fideos, arroz, porotos, azúcar y papa) y modificaron la alimentación indígena -antes basada en la caza y la recolección- así como su estado nutricional.

El relevamiento de patologías nutricionales-metabólicas e infecciosas en los esqueletos estudiados muestra una alta frecuencia de indicadores de estrés metabólico-nutricional -mayor a la que se observa en otros contextos arqueológicos indígenas de Tierra del Fuego-, junto a la presencia de lesiones infecciosas inespecíficas, que también se encuentran en proporciones elevadas en casos de tuberculosis (García Laborde et al., 2010). El estudio de los dientes mostró una alta presencia de caries y un bajo grado de desgaste dental, ambas consistentes con un elevado consumo de azúcares, carbohidratos y alimentos muy procesados. Del mismo modo, se registró un alto porcentaje de hipoplasias dentales, que pueden indicar estrés metabólico en la niñez. Otros indicadores de estrés

relevados son la hiperostosis porótica y la criba orbitalia, lesiones que podrían vincularse a cuadros de anemia derivados, posiblemente, del bajo consumo de carne. Cabe aclarar que se hizo análisis de ADN mitocondrial en 13 de estos individuos, cuya ancestría materna es nativo americano (Guichón et al., 2017).

Los estudios de isótopos estables de carbono y nitrógeno realizados sobre huesos y dientes de 23 individuos exhumados del cementerio sugieren una mayor proporción de carbohidratos y una menor proporción de proteínas animales en su alimentación, en contraste con los cazadores-recolectores de Tierra del Fuego de períodos previos. Estos resultados son consistentes con la hipótesis planteada en base a las fuentes documentales que sugieren que fuertes cambios en la dieta de los selk'nam que habitaron la misión, que pasaron a consumir harina, arroz, papas y azúcar, reemplazando al guanaco como fuente principal de alimento (Valenzuela et al., 2019).

¿La era del Antropoceno?

Durante los últimos siglos, con las interacciones globales impulsadas crecientemente desde el comienzo del intercambio colombino y el motor del desarrollo del capitalismo, la humanidad se ha expandido a una escala global sin precedentes, tanto en la cantidad de población como en el modo de explotación de los recursos de la Tierra. El grado superlativo en el que aumentaron las actividades de las sociedades humanas y su impacto sobre el planeta, llevaron a considerarlas como una fuerza geológica y morfológica significativa. En este sentido, se ha propuesto la existencia de una nueva era geológica que sucede al Holoceno, la era geológica del período postglacial que se inició hace unos diez a doce mil años. Esta nueva era, llamada **Antropoceno** (del griego *anthropos* “hombre” y *kainos* “nuevo”), enfatiza el rol central que tiene la humanidad en la ecología y geología del planeta y se caracteriza por la vasta degradación del medio ambiente, a escala global y de origen antropogénico.

El término Antropoceno fue formalizado en un artículo del premio Nobel de química Paul Crutzen y el limnólogo Eugene Stroemer (2000) y en una publicación posterior de Crutzen (2002). Ambos trabajos presentan una extensa serie de evidencias sobre el impacto de los seres humanos en el planeta, como una fuerza geológica que opera en su transformación. Solo por mencionar algunos ejemplos: 1) la cantidad de población se multiplicó por diez en los siglos XVIII, XIX y XX, superando los seis billones habitantes, 2) la producción de ganado vacuno sobrepasó los 1.8 billones de cabezas, con la consiguiente emisión de gas metano, 3) se utiliza más de la mitad del agua potable accesible del planeta, alterando los sistemas hídricos por la canalización y la construcción

de represas, y 4) la urbanización se multiplicó por diez en el siglo XX. Así también, el consumo energético, especialmente en el siglo XX, produce la emisión de más del doble de toneladas anuales de dióxido de azufre atmosférico que las emisiones naturales, mientras que la combustión de combustibles fósiles y la actividad agrícola moderna llevaron a la concentración más alta de gases que producen el efecto invernadero en la atmósfera. Por otra parte, debe mencionarse la destrucción acelerada de las forestas tropicales y la pérdida del 50% de los manglares por las actividades en las costas; la pesca predatoria, que ha afectado fuertemente la producción primaria de los océanos; el aumento dramático del ritmo de extinción de especies y la pérdida masiva de la biodiversidad. De este modo, se estima que entre el 30 y el 50% de la superficie terrestre ya ha sido modificada por acción humana. Además, debe sumarse el deterioro de la capa de ozono por la generación de sustancias tóxicas y la modificación irreversible de la trayectoria natural del clima del planeta con el subsecuente calentamiento global.

Si bien hay consenso en cuanto a que la magnitud y las consecuencias de la acción de los seres humanos en el planeta ameritan la consideración de una era geológica distinta, hay diferentes criterios con respecto a su inicio. Crutzen y Stoermer, originalmente, propusieron como comienzo del Antropoceno el final del siglo XVIII, coincidiendo con la primera revolución industrial en Gran Bretaña y la invención de la máquina de vapor por James Watt. La revolución industrial fue consecuencia y causa de varias innovaciones tecnológicas; tal como ha señalado Trischler (2017), en ella confluyeron tres procesos centrales: la mecanización de la mano de obra, la producción a gran escala y la transformación de la energía creada por la máquina de vapor, que demandaba una producción y uso intensivo de carbón y hierro. Entre los profundos efectos que tuvo la industrialización en el ambiente y la sociedad, se destaca el enorme incremento en el uso de fuentes de energía fósiles debido al empleo de máquinas alimentadas con carbón a gran escala, como las locomotoras. Un indicador significativo de ese aumento es la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera, que se incrementó en relación con los niveles preindustriales de 270-275 a 310 partes por millón en la segunda mitad del siglo XX (Trischler, 2017:45). Los efectos de este proceso se fueron haciendo cada vez más notables en los siglos XIX y XX; por ejemplo, en las mediciones de dióxido de carbono y metano en los núcleos de hielo polar, que dan cuenta de la concentración de gases de efecto invernadero en la atmósfera y en los cambios que sufrieron los conjuntos bióticos de varios lagos (Crutzen, 2000).

Otros autores proponen los comienzos del siglo XVII como fecha de inicio del Antropoceno considerando que entonces las consecuencias de la actividad

humana ya se evidenciaron a escala global. En particular, se refieren al descenso en la concentración de dióxido de carbono atmosférico que se dio por la captura de dióxido de carbono en grandes cantidades dado el crecimiento de la vegetación que habría ocurrido en América por la disminución de las superficies cultivadas y el resultante avance de las selvas. Tal disminución de los cultivos locales habría ocurrido como consecuencia del colapso demográfico de muchas sociedades indígenas que se produjo en la primera centuria que siguió a la llegada de Colón. Este efecto alcanzó su punto máximo en 1610 y dejó una huella en el registro geológico que se podría tomar como inicio de la nueva era (Trischler, 2017). También se ha sugerido que la “revolución neolítica”, ocurrida hace unos 11.700 años en el Creciente Fértil, puede indicar el inicio del Antropoceno. Dicho proceso comprendió el cultivo de plantas y la domesticación de animales, que conllevaron modificaciones en el *pool* genético de las especies involucradas, junto al desarrollo de nuevas tecnologías, el establecimiento de poblados y centros urbanos y la consiguiente transformación del paisaje en vastas regiones de Eurasia, a una escala hasta entonces sin precedentes (Trischler, 2017).

La propuesta con más consenso es la “gran aceleración” ocurrida a mediados del siglo XX. Esta fecha fue postulada por un equipo internacional de investigadores encabezado por Will Steffen, quienes constataron que a partir de la década de 1950, con la expansión global del capitalismo industrializado que siguió a la posguerra, las curvas de numerosos parámetros ambientales y económicos cambiaron de una forma lineal a un crecimiento exponencial. Estas curvas reflejan el rápido aumento de la actividad humana y su indudable impacto en la biósfera y el clima de la Tierra, que pasó a alejarse significativamente del rango de variabilidad propio del Holoceno (Steffen et al., 2015:1). Por ende, desde la perspectiva de las Ciencias de la Tierra se plantea que la “gran aceleración” refleja la forma interrelacionada, comprehensiva y holística los cambios socio-económicos y biofísicos que ocurren en el sistema terrestre, a un ritmo cada vez más veloz, desde 1950. El Grupo de Trabajo del Antropoceno⁴, un equipo multidisciplinario con integrantes de 14 países que pertenece a la Comisión Estratigráfica Internacional, evalúa la pertinencia de establecer al Antropoceno como el intervalo de tiempo geológico actual, caracterizado por el profundo impacto antrópico sobre las condiciones y los procesos en la Tierra, que se aceleró con la industrialización y se manifiesta en evidencias estratigráficas, tales como la aparición de nuevos materiales (aluminio, concreto, plástico, etc.); alteraciones en los procesos de creación de sedimentos (por ejemplo, la eutrofización por los fertilizantes, la captura de sedimentos en las

4 <https://quaternary.stratigraphy.org/working-groups/anthropocene>, último acceso 30 de mayo de 2025.

presas, la erosión por minería o deforestación); señales geoquímicas alteradas en los sedimentos y capas de hielo (por metales pesados, residuos de plaguicidas, aumento del nitrógeno y fósforo, entre otros) y cambios en el ciclo del carbono; entre muchos otros.

Independientemente de su definición como era geológica, el debate sobre el Antropoceno se ha expandido mucho más allá de las ciencias naturales desde la publicación original de Crutzen y Stoermer (2002), a punto tal que actualmente atraviesa disciplinas de las humanidades y ciencias sociales -historia, antropología, sociología, filosofía, geografía, ciencia política, etc.- tanto como múltiples campos del arte y la literatura (Arias Maldonado, 2018; Carabajal et al., 2025; entre muchos otros). En los últimos años se ha debatido intensamente, desde diferentes enfoques, las complejas implicancias culturales, epistemológicas y ontológicas de esta nueva “era de los seres humanos”. El concepto de Antropoceno ha dejado de ser objeto exclusivo de abordaje en el ámbito académico y pasó a ser objeto de debate público en los medios de comunicación, las redes sociales y otros ámbitos más diversos. Crutzen y Stoermer señalaron que una de las tareas más grandes para el futuro de la humanidad era el desarrollo de estrategias consensuadas globalmente que lleven a la sostenibilidad de los ecosistemas afectados por los estresores de origen antrópicos, lo que requiere intensos esfuerzos en la investigación interdisciplinaria y multidisciplinaria, junto a una aplicación inteligente de los saberes producidos por la sociedad de la información y el conocimiento.

Este llamamiento, hecho hace 25 años, es más vigente y urgente que nunca.

Referencias

- Arias Maldonado, M. (2018). *Antropoceno: La política en la era humana*. Taurus/Penguin Random House Barcelona
- Armaignac, H. de ([1869] 1976). *Viaje por las pampas argentinas*. EUDEBA, Buenos Aires.
- Azara, F. de ([1809] 1969). *Viajes por la América meridional*. Espasa Calpe, Buenos Aires.
- Berg, C. (1877). Enumeración de las plantas europeas que se hallan como silvestres en la provincia de Buenos Aires y en Patagonia. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, III (IV), 183-204.
- Cabrera, A. (1971). Fitogeografía de la República Argentina. *Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica*, 1(1-2), 1-42.
- Cardiel, P. J. ([1748] 1956). Diario del Viaje y Misión al Río del Sauce por fines de Marzo de 1748. En M. A. Vignati (Ed.), *Viajeros, obras y documentos para el estudio del hombre americano* (pp.113-139). Imprenta Coni, Buenos Aires.

- Cardozo, D., Tapia, A. y C. Dejean (2018). Datos genéticos e isotópicos de individuos vinculados a la reducción franciscana de Baradero (siglo XVII). *Revista Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12, 527-558.
- Cardozo, D., Killian Galván, V., Tapia, A. y C. Crespo (2023). Consecuencias de la dominación colonial en la dieta de los nativos reducidos en Santiago del Baradero. Una aproximación isotópica (Baradero, Provincia de Buenos Aires, siglo XVII). *Revista del Museo de Antropología*, 16(3), 93-110.
- Casali, R., Fugassa, M. H. y R. A. Guichón (2006). Aproximación epidemiológica al proceso de contacto interétnico en el norte de Tierra del Fuego. *Magallania*, 34(1), 141-155.
- Coni, E. (1979). *Historia de las vaquerías del Río de la Plata*. Platero, Buenos Aires.
- Cook, N. D. (2005). *La conquista biológica. Las enfermedades en el Nuevo Mundo, 1492-1650*. Siglo XXI, Madrid.
- Crosby, A. (1972). *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*. Greenwood Press, Westport.
- Crosby, A. (1991). *El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*. UNAM, México.
- Crosby, A. (1999). *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa (900-1900)*. Barcelona, Crítica.
- Crutzen, P. (2002). Geology of mankind. *Nature*, 415(3), 23.
- Crutzen, P. y Stoermer, E. F. (2000). The Anthropocene. *IGBP Newsletter*, 41, 17-18.
- Darwin, Ch. ([1833] 1998). *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Miraguano Ediciones, Madrid.
- Deschamps, J., Otero, E. y Tonni, E. (2003). Cambio climático en la pampa bonaerense: las precipitaciones desde los Siglos XVIII al XX. *Documentos de Trabajo*, 109, 1-18.
- Díaz de Guzmán, R. ([1612] 1945). *La Argentina*. Espasa Calpe, Buenos Aires.
- Fagan, B. (2008). *La Pequeña Edad de Hielo. Cómo el clima afectó a la historia de Europa 1300-1850*. Gedisa, Barcelona.
- Fernández de Oviedo, G. ([1546-1547] 1852). *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. 4 Tomos. Real Academia de Historia, Madrid.
- Friederici, G. (1973). *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*. 3 volúmenes. Fondo de Cultura Económica, México.
- García Laborde, P., Suby, J. A., Guichón, R. y R. Casali (2010). El antiguo cementerio de la misión de Río Grande, Tierra del Fuego. Primeros resultados sobre patologías nutricionales-metabólicas e infecciosas. *Revista Argentina de Antropología Biológica*, 12(1), 57-69.
- Guichón, R., Casali, R., García Laborde, P., Salerno, M., y R. Guichón (2017). Double coloniality in Tierra del Fuego, Argentina: A bioarchaeological and historiographical approach to Selk'nam demographics and health (La Candelaria mission, late 19th and early 20th centuries). En M. Murphy y H. Klaus (Eds.), *Colonized bodies, world transformed. Toward a global bioarchaeology of contact and colonialism* (pp. 197-225). University Press of Florida, Florida.

4. De la conquista ecológica de América al Antropoceno

- Garay, J. de ([1582] 1915). Carta al Rey de España. *Anales de la Biblioteca Nacional*, X, 155-163.
- Giberti, H. (1961). *Historia económica de la ganadería argentina*. Solar-Hachette, Buenos Aires.
- Guinnard A. ([1860] 1941). *Tres años de esclavitud entre los patagones*. Espasa-Calpe, Buenos Aires.
- Herrera, A. de ([1601-1615] 1730). *Historia General de los Hechos Castellanos*. 4 Tomos. Imprenta Real de Nicolás Rodríguez, Madrid.
- Hernández, J. A. ([1770] 1969). Diario que el capitán D. J. A. Hernández ha hecho en la expedición contra los indios teguelches (...). En P. De Angelis (Ed.) *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, Tomo IV (pp.107-145). Plus Ultra, Buenos Aires.
- Lozano, P. P. ([1735-1743] 1924). Cartas Anuas. En P. C. Leonhardt, La Misión de Indios Pampas. *Estudios*, 26, 296-300 y 370-375.
- Mandrini, R. J. (1987). Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense. *Anuario del IEHS*, 2, 71-98.
- Mitchell, P. (2015). *Horse Nations: The Worldwide Impact of the Horse on Indigenous Societies Post-1492*. Oxford University Press, Oxford.
- Nunn, N. y Qian, N. (2010). The Columbian Exchange: A History of Disease, Food, and Ideas. *Journal of Economic Perspectives*, 24(2), 163-188.
- Palermo, M. A. (1986). Reflexiones sobre el llamado “complejo ecuestre” en la Argentina. *Runa*, 16(1), 157-178.
- Palermo, M. A. (1988). La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: síntesis y procesos. *Anuario del IEHS*, 3, 43-90.
- Quintana C. (2013). *La Pequeña Edad de Hielo. El tren del cambio climático 1310-1850*. Vázquez Mazzini y Fundación Azara, Buenos Aires.
- Rapoport, E. H. (1996). The flora of Buenos Aires: low richness or mass extinction?. *International Journal of Ecology and Environmental Sciences*, 22, 217-242.
- Rivadeneyra, J. ([1581] 1881). Relación de las provincias del Río de la Plata. *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, III, 14-30.
- Salomon, F. y Schwartz, S. B. (eds.) (1999). *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas. Volume 3: South America*. Cambridge University Press, Nueva York.
- Sánchez Labrador, P. J. ([1772] 1936). *Paraguay Catholico. Los indios Pampas, Puelches y Patagones*. Vial y Zona, Buenos Aires.
- Schindler, H. (1985). Equestrian and Non-Equestrian Indians of the Gran Chaco during the Colonial Period. *Indiana*, 10, 451-464.
- Schmidel, U. ([1563-1565] 1945). *Viaje al Río de la Plata*. Emecé, Buenos Aires.
- Steffen, W., Broadgate, W., Deutsch, L., Gaffney, O. y Ludwig, C. (2015). The trajectory of the Anthropocene: the Great Acceleration. *The Anthropocene Review*, 1-18.
- Tapia, A. H. (2014). Cambio cultural y persistencia de las identidades nativas en la sociedad colonial de Baradero (siglos XVII y XVIII). *Revista Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana* III (3), 43-59.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Thomas, D. H. (ed.) (1989). *Columbian Consequences. Volume I: Archaeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands West*. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Thomas, D. H. (ed.) (1990). *Columbian Consequences. Volume II: Archaeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands East*. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Thomas, D. H. (ed.) (1991). *Columbian Consequences. Volume 3: The Spanish Borderlands in Pan-American Perspective*. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Todorov, T. (1987). *La Conquista de América. El problema del otro*. Siglo XXI, México.
- Trischler, H. (2017). El Antropoceno, ¿un concepto geológico o cultural, o ambos? *Desacatos*, 54, 40-57.
- Valenzuela, L., García Laborde, P., D'Angelo del Campo, M. M. y R. A. Guichón (2019). Transición alimentaria en poblaciones originarias del norte de Tierra del Fuego durante el período misional salesiano: una aproximación. *Revista Argentina de Antropología Biológica*, 21(1). <https://doi.org/10.17139/raab.2019.0021.01.02>
- Zizur, P. ([1786] 1972). Diario de una expedición a Salinas. En P. De Angelis (Ed.), *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, Tomo VIII (pp. 431-479). Plus Ultra, Buenos Aires.

Capítulo 5

Zoarqueología histórica

Vanesa N. Bagaloni y Juan R. Tormo Izaguirre

La llegada de los españoles a distintas regiones de la actual Argentina implicó, como se desarrolló en el capítulo anterior, la introducción de nuevas especies de animales y de plantas, enfermedades, bienes y productos, sistemas económicos, ideologías, entre muchas otras cuestiones. Esto generó un gran impacto, que dio lugar a transformaciones estructurales tanto en las sociedades originarias como en su entorno, modificando el paisaje natural y humano, así como también la vida de la sociedad colonizadora. En este sentido, cabe preguntar qué especies animales consumían, utilizaban y/o producían, cuáles fueron las formas de cría y/o producción, en qué escalas espaciales y qué procesos implicaron. Además, qué partes seleccionaban de los distintos animales (y sus productos derivados: carne, grasa y sebo, vísceras, leche, huevos, plumas, etc.) y cómo se las preparaba, qué instrumentos utilizaban en cada etapa y qué huellas dejaban dichos elementos, a qué prácticas alimenticias y hábitos culinarios se asocian. Al mismo tiempo, qué partes o productos se comercializaban (por ejemplo, los cueros) y cuáles eran las redes, circuitos, ferias comerciales y mercados de las etapas colonial e independentista, entre otros interrogantes referidos a la alimentación.

Por otro lado, si se considera lo antes desarrollado en los capítulos 2 y 4, además del aspecto alimenticio, se evidencia a partir de la cultura material -restos arqueológicos, fuentes escritas y gráficas, relatos orales- una utilización múltiple y diversa de las especies faunísticas. Algunos ejemplos son el uso ritual de los animales en distintos enterratorios indígenas, el empleo de osamentas para combustible (sumado al sebo y la grasa) y como mobiliario, la incorporación de determinados taxones como fuerza de trabajo en actividades de tracción, como guía para la caza y como mascotas. También la cordelería mediante el manejo de cerdas, tendones para las monturas y otros elementos; y de astas, cuernos y ornamenta para la realización de instrumentos para la caza y la pesca. El estiércol se utilizó como combustible y fertilizante natural. Las plumas se emplearon para escribir, en las vestimentas y como bienes suntuarios. Con el cuero y la lana se manufacturaron distintos tipos de prendas de vestir, elementos constructivos (como cueros para toldos), mobiliarios, decoración, entre otros artefactos. Además, se confeccionaron fichas para juegos (por ejemplo, el astrágalo en el juego de “la taba”) e instrumentos musicales (con cueros, caparazones o cerdas). En contextos americanos (en casas y estancias de un sector social acomodado) se importó fauna exótica con fines estéticos, por ejemplo, pavos reales, ciervos y faisanes; para replicar prácticas sociales, jardines y/o bosques europeos.

En este capítulo, teniendo en cuenta esta amplitud de usos y funciones, se realiza un recorte enfocado a las prácticas productivas y alimenticias que tuvieron como objeto las especies domésticas introducidas (tales como caballos, vacas, ovejas, cerdos, aves de corral, entre otras) como base de las economías indígenas e hispano-criollas desde el período de contacto. El abordaje teórico y metodológico referido a las especies animales y su relación con las sociedades humanas ha sido variado desde las distintas disciplinas -por ejemplo, biología, ecología, antropología, historia, etnohistoria, arqueología-. Aquí, se presentan algunos de los temas y problemas principales y antecedentes involucrados en el estudio de los conjuntos faunísticos desde la arqueología histórica, referidos a aquellos sitios arqueológicos donde se han recuperado una amplia gama de especies animales domésticas y silvestres introducidas y que cuentan con documentación escrita y/o gráfica. Dentro de las principales herramientas analíticas e interpretativas para responder a diversas preguntas referidas a los restos de animales en función de los contextos abordados, la arqueología histórica toma insumos de los estudios clásicos de la zooarqueología y de la zooarqueología histórica.

Se desarrolla sintéticamente este último concepto y se explican, dentro de las bases metodológicas y analíticas, las principales variables a considerar para la

determinación de las especies y partes anatómicas, así como las modificaciones en la superficie de los restos óseos que permiten inferir las condiciones en las que ingresaron al contexto arqueológico. Se detallan aquellos atributos que permiten la reconstrucción de los patrones de producción, procuración, consumo y descarte de los recursos animales, tales como las huellas antrópicas (corte, corte y golpe, aserrado manual y eléctrico), la termoalteración, la representación de partes esqueléticas y los perfiles etarios de los taxones identificados. Por otra parte, se presentan las variables tafonómicas más utilizadas para el reconocimiento de los principales agentes, tanto antrópicos como naturales, que intervienen en los procesos de formación de sitio. Se aborda brevemente la problemática de la cuantificación y se describen las principales unidades utilizadas en la zooarqueología, teniendo en cuenta las fortalezas y debilidades de cada una. Finalmente, se realiza un resumido recorrido sobre las problemáticas a las que el análisis zooarqueológico puede aportar información, tomando como ejemplo la región pampeana y los cambios en la producción ganadera que se dieron a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Lejos de ser un abordaje exhaustivo, este capítulo pretende ser una introducción teórica y metodológica básica sobre estos temas que sirva a estudiantes, investigadores y aficionados.

¿Qué es la zooarqueología histórica?

La **zooarqueología** es aquella disciplina encargada del estudio de los restos animales recuperados en los sitios arqueológicos, los cuales pueden comprender huesos, astas, dientes, pieles, fibras, cerdas y valvas (Miotti y Fernández, 2024; Reitz y Wing, 1999). En este apartado no se profundiza en su surgimiento, historia de las investigaciones y debates, principales autores o estudios en el país ya que existe abundante bibliografía al respecto. La **zooarqueología histórica**, por su parte, es un subcampo dentro de la arqueología histórica que se centra en temas y problemas asociados a los conjuntos arqueofaunísticos -tanto de especies autóctonas o alóctonas como salvajes o domésticas- que dejaron las sociedades coloniales y republicanas (entre otros, Landon, 1996; Silveira, 1999). Según Silveira (1999:22) la zooarqueología histórica “debe ubicarse en un marco interdisciplinario con la Historia, con los aportes de cada una de estas disciplinas para lograr una mejor interpretación del registro arqueofaunístico”. En el mismo sentido, Landon (2005:1) también pondera que “los zooarqueólogos que trabajan con conjuntos históricos tienen mucho que ganar de una lectura más amplia de los estudios de conjuntos del Viejo Mundo dominados por animales domésticos”. Asimismo, discute sobre cuestiones analíticas relacionadas con la recuperación, identificación, cuantificación e

interpretación de los conjuntos arqueofaunísticos de “sitios históricos” que difiere, a pesar de tener una base metodológica similar a los estudios prehispánicos, ya que reúne fuentes de datos históricos, antropológicos, arqueológicos, ambientales, entre otros (Landon, 2005:1-5).

Para Norteamérica, autores como Deagan (1996), Landon (2005), Reitz y Wing (1999), Tourigny y Gordon (2023), entre otros, realizaron diversas síntesis de la historia de las investigaciones en zooarqueología histórica, sus avances y estudios comparativos en relación con la comprensión de la dieta pasada, de las prácticas de subsistencia, del desarrollo y las características de los sistemas de producción agrícola y alimentaria, y de las prácticas sociales como sacrificios estacionales en “sitios históricos”. De la mano del crecimiento de la arqueología histórica en los años 70’ y de los enfoques ecológicos y ambientales de la nueva arqueología, la zooarqueología histórica se vio doblemente beneficiada en su desarrollo. Esto propició una ampliación de los temas, los problemas y casos de análisis, que se profundizaron las siguientes décadas, a la vez que permitió la consolidación del campo mediante la interacción con la arqueología histórica, es decir, con la visión conjunta e integrada de la cultura material y de estudios interdisciplinarios. El énfasis en este último tipo de estudios constituyó una línea fundamental para un abordaje más completo de los conjuntos faunísticos intra e intersitios. Otro enfoque analítico relevante fue el de la experimentación con animales domésticos, que aportó al conocimiento de patrones arqueológicos actuales, insumo para investigaciones de arqueología en general (Shipman et al., 1984). Las áreas del Caribe y Sudamérica también tuvieron su paralelismo con el desarrollo de pesquisas zooarqueológicas históricas tratándose en su mayoría de contextos coloniales (Deagan, 1987; Pereira de Morais Jr. y Pereira Symanski, 2019; Ramos Novelo, 2022; Rivera-Sandoval y Funari, 2021; entre muchos otros).

Para el caso de Argentina, en contextos posthispánicos se produjo la introducción de diversas especies animales domésticas y silvestres (tanto de forma intencional como accidental), principalmente europeas. A su vez, esta fauna se insertó en nuevas lógicas de aprovechamiento, que van más allá de la subsistencia, las conceptualizaciones y la simbología propias de las sociedades prehispánicas. Paralelamente, se inició un proceso de articulación transatlántica en la que los productos derivados de la explotación ganadera (cuero, sebo, tasajo, lana) fueron, primero, un elemento importante dentro de los circuitos comerciales coloniales, y posteriormente, de la integración del Estado argentino al mercado internacional.

Estos procesos ambientales, económicos y sociales se materializaron en distintos contextos arqueológicos como en asentamientos de diversas parcialida-

des indígenas donde se observan nuevas estrategias de subsistencia. La incorporación, uso y consumo de especies faunísticas introducidas -como caballo, vaca, oveja y sus productos derivados-, hizo que con el tiempo fueran ocupando los nichos ecológicos de la fauna local, desplazándolas a un lugar secundario (Austral, 1977; Mazzanti y Quintana, 2010; Pedrotta, 2005; Tapia y Montanari, 2010). Asimismo, estas nuevas especies modificaron otras esferas de la realidad social indígena, como la comercial (por ejemplo, feria del Chapaleofú en Pedrotta, 2005), la actividad malonera o la ritual, como en los enterratorios humanos (Hajduk y Biset, 1996; Oliva et al., 2001; Prates et al., 2016).

En otros espacios de frontera, tanto la investigación de enclaves coloniales como de fuertes y fortines permitió grandes avances para el abordaje de diversos interrogantes asociados a los conjuntos arqueofaunísticos (Bagaloni, 2015; Camarós et al., 2008; Doval, 2019; Doval y Tapia, 2013, 2019; Gómez Romero y Oliva Benito, 2008; Lanza, 2011; Marschoff, 2007; Marschoff et al., 2010; Merlo, 2014; Merlo et al., 2008). Entre ellos, cómo se obtenía y/o producía el alimento, cómo era el abastecimiento colonial o estatal de los distintos tipos de sitios y los problemas e irregularidades asociadas, cómo se procesaban los animales para su consumo, cuáles eran los modos de guarda o cocción y las modas en las formas de comer. Los estudios zooarqueológicos, en los casos descritos anteriormente, se centraron en la identificación anatómica y taxonómica, la determinación de la abundancia taxonómica y de partes esqueléticas, el análisis del efecto de agentes tafonómicos en el conjunto, la identificación y análisis de huellas antrópicas y marcas naturales, y el estado de preservación de los restos arqueofaunísticos. A estos se le sumaron pesquisas sobre patrones de trozamiento y consumo (Marschoff, 2007; Marschoff et al., 2010) e investigaciones experimentales sobre situaciones hipotéticas de actividades humanas en el pasado, como la recreación de fogones con huesos de animales y/o guano como combustible (Lanza, 2011; Merlo et al., 2008) y de huellas con diferentes tipos de instrumentos sobre restos faunísticos (Lanza, 2011).

En el ámbito urbano, se destacan los aportes pioneros de Mario Silveira. Su tesis doctoral (Silveira, 1999) e innumerables informes de sitios y publicaciones presentados durante la década de 1990, sintetizan los antecedentes nacionales e internacionales en este campo y proponen planteamientos teóricos, metodológicos e interpretativos novedosos por el abordaje de la materialidad, así como por la interacción entre el registro arqueofaunístico y distintas fuentes documentales en diversos sitios de la ciudad de Buenos Aires y otras provincias de Argentina (por ejemplo, Mendoza, Santa Fe, Tucumán, Buenos Aires, Córdoba, Misiones). Su estudio contribuyó a una nueva mirada sobre la complejidad que tuvo la introducción de especies animales domésti-

cas y silvestres desde la conquista española, aportando al conocimiento sobre los procesos tafonómicos implicados en la formación de sitios posthispánicos, a las conductas de consumo –focalizando en la abundancia de especies, grado de fragmentación, huellas de corte, marcas-, las pautas de cocina y la confección y uso de instrumentos óseos. La presencia de especies domésticas de un porte mayor al de la fauna autóctona requirió la reelaboración de las clasificaciones de los animales según su tamaño utilizadas para el estudio de sitios prehispánicos. Así, las categorías de análisis, por ejemplo, de mamíferos y de aves, se redefinieron y/o ampliaron según los contextos arqueológicos particulares (Lanza, 2011; Merlo, 2014; Silveira, 1999). Estudios posteriores en espacios urbanos extendieron estas líneas de investigación y aportaron una mirada más profunda de los conjuntos faunísticos, integrándolos en problemas y procesos que implican a otras materialidades (Castillo et al., 2018; Colasurdo, 2017; García Llorca, 2009; Guardia y Chiavazza, 2023; Izeta et al., 2012; Sartori et al., 2011; Silveira, 2003). Por ejemplo, se buscó relacionar las formas de alimentación con las modas de preparación de alimentos y de mesa de cada época, identificando temporalmente influencias españolas, francesas e inglesas (Marschoff, 2007).

En las investigaciones referidas a sitios de ámbitos rurales, como poblados incipientes, estancias, puestos y chacras (Acosta y Rodríguez, 1998; Bagaloni y Carrascosa Estenoz, 2013; Brittez, 2009; García Lerena y Del Papa, 2019; Montanari y Tapia, 2019), se sumaron abordajes en función de la producción de vacunos y ovinos, principalmente, focalizando en los estadios de crecimiento, el paso de la ganadería extensiva a la intensiva, la estacionalidad, los problemas y/o enfermedades dadas por la crianza en corrales de algunas especies (oveja, cerdo, gallinas), el procesamiento para la distribución dentro de los establecimientos, nuevas formas de preparación, cocción y consumo, así como las transformaciones en la dieta. Un avance importante para sitios productivos pampeanos de la segunda mitad del siglo XIX es el estudio realizado por Brittez (2009:48) al considerar patrones arqueológicos producto de los procesos tafonómicos y de formación de sitios en “*foodways* o sistemas de conceptualización, procuramiento, distribución, preservación, preparación y consumo de alimentos” (Anderson, 1971 en Landon, 1996:3) en contextos industriales y capitalistas globales, en los que se observan resistencias y complejidades locales. A estos, a su vez, se integraron estudios sobre la evolución de la tierra, cambios en el paisaje y de la espacialidad dentro de los distintos establecimientos en el territorio fronterizo y rural.

En síntesis, las investigaciones zooarqueológicas históricas crecieron considerablemente a partir del nuevo milenio. En la mayoría, se tomaron de base las formas de abordaje tradicional, a las cuales se sumaron los análisis de abundancia relativa de las partes esqueléticas en función de las especies introducidas

—sobre todo alóctonas y domésticas—, evidencias de procesamiento y preparación de los alimentos a partir de la identificación de huellas antrópicas metálicas, estimación de marcas naturales y/o procesos culturales que afectaron los contextos de depositación y postdepositacionales, para lo cual ha sido fundamental el avance en estudios tafonómicos y experimentales. De igual manera, la formación de muestras comparativas, así como marcos de referencia específicos para los períodos posthispánicos, por ejemplo, modelos de trozamiento (Marschoff et al., 2010), permitieron ajustar cuestiones de utilidad económica, sociales, cronológicas, entre otros aspectos. Los análisis faunísticos integrados a problemas arqueológicos e históricos más amplios contribuyeron a una visión y abordaje más profundo de los sistema de subsistencia y productivos, de la ocupación del espacio y las nuevas espacialidades en las etapas coloniales y modernas, así como de las formas de alimentación y de las modas que incorporaron a las poblaciones de “tierra adentro”, fronterizas, rurales y urbanas en circuitos locales, regionales, nacionales y globales, amplios y diversos, dentro de un sistema capitalista mundial. En los últimos 25 años, una abundante producción se reflejó en las diferentes reuniones científicas realizadas en el país como, por ejemplo, en las actas y/o publicaciones de los congresos nacionales de arqueología, de arqueología histórica y arqueología urbana, congresos regionales y en el Congreso Nacional de Zooarqueología cuyo primer encuentro se realizó en 2008 (Malargüe, Mendoza). Además, se han realizado jornadas de arqueología e historia regionales, y otras focalizadas en la arqueología de la alimentación. Estos espacios de interacción generaron un diálogo común sobre aspectos teórico-metodológicos y líneas de abordaje zooarqueológicos, entre la arqueología y la arqueología histórica, así como dentro de la misma.

El abordaje metodológico: variables de análisis e interpretación

Una vez que el conjunto arqueofaunístico ingresa del sitio arqueológico/colección al laboratorio, se procede a su acondicionamiento. Esto implica su limpieza (lavado o pincelado), el rotulado, la guarda en bolsas y en cajas libres de ácido con la información de la procedencia y el armado de la base de datos para su análisis. En la Tabla 5.1 se presentan las principales variables para el análisis macroscópico y el procesamiento del material óseo, siguiendo los conceptos y criterios propuestos por un abanico diverso de autores (entre los más importantes, Behrensmeyer, 1978; Gutiérrez, 2004; Landon, 1996; Lyman, 1994a, 1994b; Marschoff, 2007; Mengoni Goñalons, 1999; Muñoz, 2000; Silveira, 1999). Esta síntesis pretende orientar el abordaje básico de los conjuntos arqueofaunísticos.

Tabla 5.1 Variables de análisis y procesamiento para el estudio de materiales arqueofaunísticos

Variable de análisis	Contenido
Parte anatómica	Elemento. Espécimen. Tipo de hueso (largo o plano) y ubicación.
Taxón	Grupo, Familia, Género, Especie / Categorías para mamíferos y aves por tamaño y/o peso.
Lateralidad	Derecha/Izquierda.
Edad estimada	Estado de fusión de las epífisis en huesos largos / Grado de erupción y desgaste dentario.
Sexo	Indicadores primarios, secundarios y terciarios.
Modificaciones naturales y posdeposicionales	Carnívoros, roedores, raíces, pisoteo, meteorización, abrasión, precipitaciones y/o adherencias. Maquinaria (arado).
Modificaciones culturales	Huellas antrópicas: corte, corte y golpe, aserrado (manual o eléctrico). Aserrado perimetral, negativo de lascado.
Termoalteración	Quemado. Carbonizado. Calcinado.
Fracturas	Fresca/Seca. Tipos (transversal, longitudinal, helicoidal). Índice de Fractura Fresca (forma, textura, ángulo).
Relaciones de Ensamblaje	Remontajes y reparaciones.
Variable de procesamiento	Contenido
Cuantificación	NISP, NISP%, MNI, MNE, MAU, MAU%.
Fragmentación	Extensión, Intensidad, NISP:MNE.
Trozamiento	Primario, Secundario, Terciario.
Índices de utilidad	GUI, MGUI, WGUI, MI.

Fuente: elaboración propia, V. Bagaloni.

Antes de comenzar con la descripción de los pasos metodológicos al momento del análisis del material faunístico, es necesario detenerse en ciertas definiciones. En zooarqueología, se distingue entre espécimen y elemento. **Especimen** corresponde a cada resto óseo recuperado, se encuentre este fragmentado o completo y constituye la unidad mínima de análisis. **Elemento**, en cambio, es la unidad esquelética completa a la que pueden asignarse los especímenes. Por ejemplo, si se recupera un fragmento que es identificado como la “epífisis proximal de un húmero izquierdo”, este constituye en sí mismo un espécimen, que pertenece al elemento “húmero izquierdo”. Es posible que un espécimen se corresponda con un elemento, en el caso de que el hueso se encuentre completo. De no ser así, se debe especificar la porción a la que corresponde el fragmento, ubicándolo en términos de los rasgos anatómicos más destacados o del segmento en el que se ubica en el hueso completo, según los planos sagital (izquierdo-derecho, lateral-medial), transversal (anterior-posterior, craneal-caudal), dorsal (dorsal-ventral) y de la posición de las extremidades con respecto al eje del cuerpo (proximal-distal) (ver Figura 5.1). Además, puede expresarse en términos porcentuales el fragmento del elemento al que corresponde el espécimen (por ejemplo, 25%, 50%, 75% o completo).

Seguidamente se definen brevemente las variables anteriores:

1. Identificación anatómica y taxonómica: la identificación anatómica consiste en asignar el fragmento óseo analizado a una de las partes esqueléticas conocidas de los organismos animales. En casos en los que el espécimen no pueda ser asignado a un elemento particular, se puede recurrir a categorías más amplias vinculadas al tipo de hueso (fragmentos de hueso largo o plano) o su ubicación general (fragmento de hueso de la región apendicular o axial). La identificación taxonómica se basa en la asignación del espécimen a una categoría taxonómica específica. No todo el material óseo brinda la misma información para la determinación del animal al que pertenece: el cráneo y los huesos largos presentan características que pueden asignarse a nivel específico, mientras que otros como las costillas, en la mayor parte de los casos, solamente permiten acceder a nivel clase u orden. En caso que el espécimen sea determinado a un nivel taxonómico muy amplio (por ejemplo, Mammalia), se suele subdividir en términos de peso, explicitando cuáles son los rangos elegidos para cada categoría. En líneas generales, sobre la base de lo propuesto en Argentina (Lanza, 2011; Mengoni Goñalons, 1999; Merlo, 2014:73-74; Silveira, 1999:34), se diferenciaron según su peso en mamíferos: pequeños -menores a 5 kg, como rata (*Rattus* sp), mulita (*Dasypus hybridus*) o liebre europea (*Lepus*

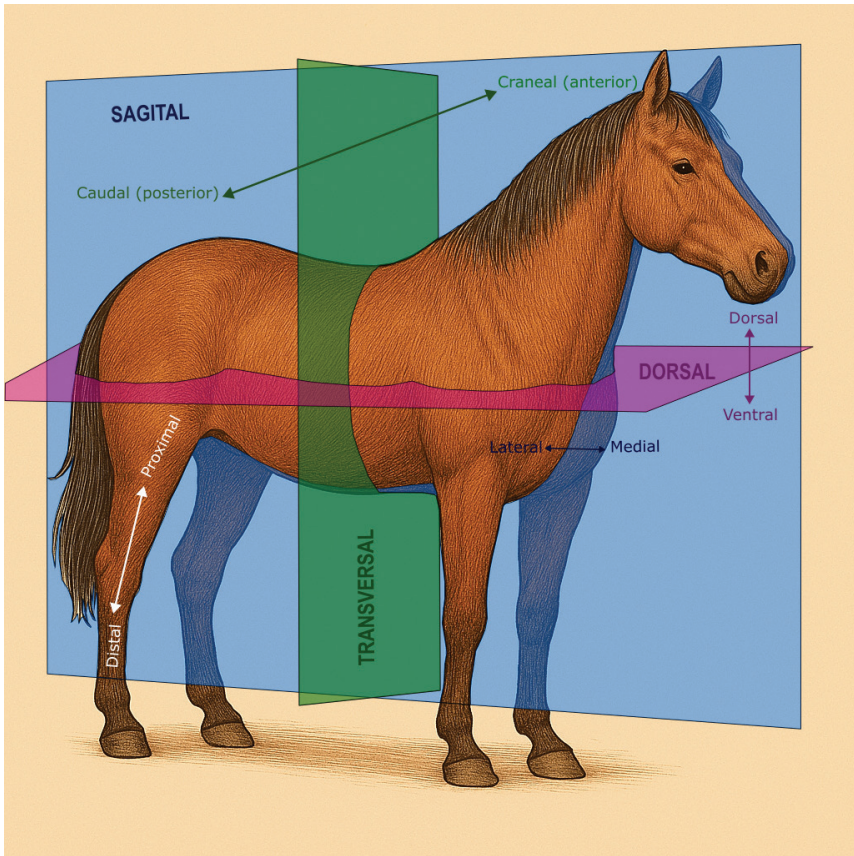
europaeus)-, medianos -entre 5 y 50 kg, como oveja (*Ovis aries*) o cerdo (*Sus scrofa*)- y grandes -mayores a 50 kg, como vaca (*Bos taurus*) o caballo (*Equus caballus*)-. Asimismo, el conjunto de las aves se podría agrupar en cuatro categorías (Merlo, 2014:75-76; Silveira, 1999:35): muy grandes como ñandú (*Rhea americana*), grandes como pavo (*Meleagris gallopavo*) o gallina (*Gallus gallus*), medianas como perdiz colorada (*Rhynchotus rufescens*) y pequeñas como paloma (*Columba livia*) o perdiz chica (*Nothura maculosa*). Para la determinación anatómica y taxonómica se utiliza material de colecciones comparativas, así como guías, atlas y manuales osteológicos.¹

2. Lateralidad: los elementos pueden ser diferenciados en cuanto a la mitad del plano sagital a la que pertenecen (izquierda o derecha). Esta variable es útil para las posteriores tareas de cuantificación, en particular el cálculo del Número Mínimo de Individuos (MNI).

3. Edad estimada: la edad de muerte de un animal puede determinarse principalmente a través del estudio de dos características: el grado de fusión de los centros de osificación y las etapas de erupción y desgaste dentario. A lo largo de la historia de vida del animal, la desaparición de los cartílagos de crecimiento y la finalización del desarrollo del hueso se da a distintos ritmos para cada uno de los elementos anatómicos. Dado que esto no sucede de la misma manera en las diferentes especies animales, se requieren estudios particulares para cada taxón de interés. La erupción de las piezas dentarias ocurre en etapas predecibles para cada especie en particular. Con respecto al desgaste que se produce en la dentición con el paso del tiempo, este depende en gran parte del alimento consumido, así como de la situación nutricional y el sedimento de la región que habita el animal. Estos factores pueden generar una mayor o menor abrasión e influir en la velocidad a la que las piezas dentales se ven alteradas. Entre las especies domésticas introducidas, se dispone de información sobre etapas de osificación y erupción dentaria para *Bos taurus*, *Ovis aries*, *Equus caballus* (Silver, 1969; Zeder, 2006). El estudio de estas variables permite la elaboración de perfiles de mortalidad de los conjuntos arqueofaunísticos, que pueden brindar respuesta a interrogantes referentes a prácticas de caza y manejo de ganado; o diferenciar concentraciones de material óseo antrópicas de aquellas no vinculadas a la acción humana, como la acción de predadores o eventos naturales (sequías, heladas, inundaciones, etc.).

1 Por ejemplo, la página francesa ArchéoZoo - Informations et ressources en archéozoologie, <https://www.archeozoo.org/>, último acceso 5 de mayo de 2025.

Figura 5.1 Planos de un organismo con simetría bilateral, tomando como ejemplo el caballo.



Fuente: elaboración propia, Juan R. Tormo Izaguirre.

4. Sexo: en aquellas especies animales con dimorfismo sexual marcado, es posible distinguir el sexo del individuo a través del estudio de los restos óseos. Con la excepción del báculo o hueso peneano, presente solamente en equinos y algunos cánidos machos, no existen evidencias óseas relacionadas directamente con los órganos sexuales. Por esta razón, los indicadores que se toman para la determinación del sexo son de carácter secundario (indirectamente vinculadas a la reproducción, como el comportamiento en tiempos

reproductivos) o terciario (características adquiridas durante el desarrollo diferencial de ambos sexos). Para este último caso, en los mamíferos domésticos introducidos con la llegada de los europeos, como la vaca, la oveja, la cabra, el caballo y el cerdo, los huesos de la cintura pélvica presentan rasgos diagnósticos que facilitan la distinción entre el macho y la hembra. El dimorfismo que presenta el pubis en esta última, tiende a una morfología más alargada que en el macho, como resultado de la ampliación del canal de parto (Ruscillo, 2003). Los caracteres de tipo secundario dependen en gran parte de la anatomía y etología de la especie. En el caso de los bóvidos (vacunos, ovinos y caprinos), el desarrollo de grandes cornamentas en los machos es un claro indicador de dimorfismo sexual, las cuales juegan un rol fundamental en la competencia (Grigson et al., 1982). A su vez, esta característica hace que las vértebras cervicales presenten una robustez mayor y una morfología diferente en las apófisis con respecto a sus contrapartes hembras. Otro rasgo diagnóstico en algunas especies, como los equinos o los porcinos, es la morfología y el tamaño de los caninos, que en los machos es sensiblemente mayor. Las proporciones de los huesos largos también presentan diferencias en ambos sexos. Los estudios realizados en metapodios de bovinos (Albarella, 1997), indican que, en los machos, estos elementos presentan un mayor ancho en sus extremos distales. Sin embargo, se deben tener en cuenta otros factores que pueden influir en estas medidas, ya que la variación intraespecífica de las especies domésticas, sobre todo con la aparición del refinamiento de distintas razas de cría y las prácticas de castración, puede distorsionar las diferencias atribuidas al sexo.

5. Modificaciones naturales y postdepositacionales: el estudio de las modificaciones naturales en la superficie de los especímenes brinda información con respecto a los distintos agentes involucrados en la conformación del registro, a la vez que advierte sobre los posibles sesgos al momento de interpretar los contextos en los que fueron originalmente depositados. Por otra parte, puede proporcionar datos relevantes para reconstruir dinámicas ambientales del pasado. En este apartado se abordarán las siguientes modificaciones naturales (Figura 5.2): marcas de carnívoros, roedores, raíces, pisoteo, meteorización, precipitaciones, abrasión y adherencias.

Figura 5.2 Marcas naturales identificadas en los restos óseos del sitio Arroyo Nuevas 2



Nota. **A.** Marca de ahuecado realizada por un carnívoro en húmero de oveja. **B.** Marcas de raíces sobre fémur de vizcacha. **C.** Marcas de carbonato de calcio sobre metatarso de vaca. **D.** Marcas de óxidos de manganeso en radio de vaca. Fuente: elaboración de los autores.

a. Marcas de carnívoros: los carnívoros, al alimentarse, pueden dejar una serie de modificaciones características en los materiales óseos. En general, se distinguen cuatro tipos de evidencias de la acción de estos animales (Binford, 1981; Mengoni Goñalons, 1999): a) perforaciones (*punctures*), que se producen cuando el diente del depredador colapsa la superficie del espécimen; b) hoyuelos (*pits*), formados por depresiones causadas por dientes que no llegan a atravesar la capa cortical; c) arrastres (*scoring*), que se dan por el movimiento de rotación que los carnívoros realizan con los huesos, generando estas marcas con su dentición y; d) ahuecado (*furrowing*), generado por el masticado de las epífisis de los huesos largos (Figura 5.2 A). Cuando la masticación se produce sobre huesos planos, como las escápulas, se genera un patrón distintivo denominado borde crenulado (*crenulated edge*), causado por la superposición de perforaciones.

b. Roedores: debido al crecimiento constante de sus incisivos, estos animales tienen la necesidad de desgastarlos a través del roído de materiales del entorno. La evidencia más clara de la intervención de roedores en el material óseo se presenta en forma de surcos dispuestos de a pares, de fondo más bien aplanado o perfil en U, que a menudo se encuentran superpuestos a causa de la acción repetida de los incisivos sobre la superficie del hueso (Lyman, 1994b). La identificación de estas marcas en el conjunto óseo advierte sobre la posibilidad de que el mismo se encuentre perturbado por los hábitos forasoriales de estos animales, ya que en situaciones experimentales (Hoffman y Hays, 1987; Rafuse et al., 2017) se ha visto que desplazan a los materiales del lugar en el que originalmente los hallaron.

c. Raíces: una vez que se encuentra enterrado, el material óseo puede verse afectado por la acción de raíces. Por una parte, estas generan la disolución de las superficies de los huesos con los que entran en contacto, lo que da como resultado un patrón dendrítico distintivo (Figura 5.2 B), compuesto por surcos cuya superficie interna presenta un perfil en U. Por otra parte, el crecimiento de raíces produce el desplazamiento del material arqueológico, tanto en el plano horizontal como en el vertical, además de provocar roturas de los restos óseos por acción mecánica.

d. Pisoteo: el paso de animales o seres humanos por encima de los materiales que van a conformar el registro arqueofaunístico altera tanto la distribución del conjunto en general como la superficie e integridad de cada uno de los especímenes que lo componen (Lyman, 1994b). Con respecto a la distribución espacial, el pisoteo mueve a los materiales tanto de manera vertical, tendiendo a desplazarlos a mayor profundidad, como horizontal, cuando la granulometría y características del estrato dificultan el enterramiento. Las marcas dejadas en la superficie de los especímenes por este agente consisten en surcos cuyo fondo interno se dispone en forma de V, lo que a menudo genera problemas de equifinalidad al momento de diferenciarlos de huellas de corte de origen antrópico. Sin embargo, estas marcas se disponen en direcciones aleatorias y son más superficiales que las provocadas por el procesamiento humano de los animales (Olsen y Shipman, 1988).

e. Meteorización: es el deterioro progresivo del material óseo debido a la exposición a las condiciones atmosféricas. Beherensmeyer (1978) observó que los huesos correspondientes a mamíferos de gran porte seguían un patrón de deterioro predecible, por lo que propuso una serie de estadios que contemplan las características observables en la superficie de dichos huesos y que se corresponden con el tiempo que se encontraron a la intemperie. De no tener evidencias de meteorización (estadio 0), la superficie de los huesos

comienza a presentar exfoliaciones y fisuras (estadio 1), seguida de agrietamientos que penetran hasta las capas más profundas (estadio 2). Posteriormente, empiezan a desprenderse las capas más externas (estadio 3), lo cual se profundiza con la pérdida de material en general (estadio 4), y la destrucción y astillamiento extensivo a toda la pieza (estadio 5).

f. Abrasión: el transporte de los sedimentos, ya sea por la acción fluvial o eólica, genera el desgaste del material arqueofaunístico. La fuerza mecánica que estos ejercen sobre la superficie del hueso la altera para dar lugar a modificaciones como el pulido, el desarrollo de pátinas, y el redondeamiento de los bordes de fractura y epífisis de los huesos largos (Lyman, 1994b).

g. Precipitaciones y adherencias: el contacto del material óseo con los sedimentos del suelo puede producir intercambios químicos que se manifiestan en la superficie cortical de los especímenes en forma de precipitaciones o adherencias. Por ejemplo, las modificaciones generadas por la acción del carbonato de calcio, el óxido de manganeso y el hierro. El carbonato de calcio (CaCO_3) se presenta en forma de concreciones de color blanco sobre la superficie de los huesos afectados (Figura 5.2 C). Si bien la aparición de carbonatos ocurre bajo diversas condiciones, las mayores concentraciones en los sedimentos se producen durante períodos de aridez. El óxido de manganeso (MnO_2) es producto de la descomposición de la materia orgánica (Figura 5.2 D). Se acumula en los vacíos que dejan las cavidades que en vida ocupaban las células óseas y fibras de colágeno, generando manchas de color negro y brillo metálico (Parker y Toots, 1970). Este tipo de marcas naturales puede ser interpretada como evidencia de la exposición del conjunto arqueofaunístico a condiciones ambientales o episodios de marcada humedad. Finalmente, las precipitaciones de hierro (Fe) en el material óseo se dan por la oxidación de este metal presente en el sustrato o en herramientas confeccionadas en este material. Se caracterizan por su coloración marrón-rojiza-anaranjada, formando manchas o acreciones que se depositan en las cavidades dejadas por la pérdida del material orgánico de la estructura del hueso (Loy et al., 2023).

h. Arado: el tránsito de maquinarias, entre ellas, el arado como producto de las tareas de la preparación del suelo para la siembra -primero de tracción a sangre, desde 1950 de tracción mecánica y hacia fines de siglo XX, con siembra directa- ha afectado a los sitios arqueológicos y su materialidad en áreas cultivables de la Argentina. Existe cierto acuerdo sobre determinados aspectos referidos a este tipo de perturbación (Brittez, 2009; Diez Martin, 2009; Dunne y Simek, 1995; Gómez Romero, 1999): 1) la definición de zonas que afecta el arado y/o la labor agrícola (desde la superficie hasta, en al-

gunos casos, los 70 cm); 2) la redistribución de materiales por movimientos verticales del subsuelo generando una mezcla; 3) el desplazamiento horizontal y/o lateral de elementos en un rango menor a cinco metros (en una arada bidireccional) generando una distribución horizontal amplia y homogénea de materiales arqueológicos superficiales y/o enterrados a escasos centímetros de la superficie; y 4) el arado mezcla y genera un horizonte homogéneo a partir de uno o más horizontes antrópicos originalmente depositados y afectados por la tracción mecánica. A pesar de todo este panorama, se puede extraer información arqueológica relevante y significativa de este tipo de sitios. El impacto del arado en la integridad del material óseo depende en gran medida del tamaño de los elementos, incidiendo principalmente en la fragmentación de los huesos de las especies de mayor porte. La rotura del material se da con más intensidad durante los primeros eventos, ya que una vez que el tamaño de los especímenes se reduce a aproximadamente 15 cm de largo, este agente tiende más a desplazar a los materiales que a fragmentarlos.

6. Modificaciones culturales: dentro de esta variable se consignan una serie de acciones desarrolladas para el uso, modificación y/o elaboración de un artefacto, como pueden ser instrumentos utilitarios (arpones) o parte de ellas (mango de cuchillos); instrumentos musicales (flautas), piezas de juego (fichas, dados, tabas), elementos ornamentales (aros, cuentas, botones), entre otros ejemplos. A continuación, se mencionan modificaciones antrópicas relacionadas, principalmente, con el procesamiento de animales para la alimentación y/o la obtención de determinadas partes para su comercialización.

a. Huellas antrópicas: la explotación de recursos faunísticos se organiza en una serie de etapas que involucran la división del animal faenado en segmentos que faciliten el transporte, la distribución, el procesamiento previo a la cocción y el consumo (Mengoni Goñalons, 1999). El estudio de la ubicación anatómica, orientación, profundidad y largo de las huellas de corte permite inferir las tareas a partir de las que estas se produjeron. En los sitios posthispanicos, junto con el ingreso de nuevas especies y formas de explotación, se introdujeron las herramientas de hierro, las que también fueron adoptadas por las poblaciones indígenas. Los cuchillos, cuchillas, hachas y sierras, entre otros elementos, tuvieron amplia difusión y fueron utilizados en las tareas de cuero, despostamiento y descarte durante los tiempos coloniales y nacionales. Entre la evidencia dejada por instrumentos de metal pueden distinguirse **huellas de corte, corte y golpe, raspado y aserrado**, tanto manual como eléctrico (Bagaloni y Carrascosa Estenoz, 2013; Silveira, 1999).

Las huellas de corte consisten en surcos rectilíneos y angostos, cuyo perfil se caracteriza por su forma en “V”, producidas por el filo cortante de un instrumento metálico, como un cuchillo. El corte y golpe se distingue por el mayor ancho y profundidad de la incisión, que a menudo conlleva también el desprendimiento y pérdida de parte del material óseo debido a la fuerza del impacto, formando una cuña de orientación transversal u oblicua con respecto al eje del hueso. Este tipo de huellas se asocia al despostamiento realizado con hachas, herramientas que poseen filo y a la vez cierto peso, lo cual facilita la desarticulación de las partes anatómicas en animales de gran porte. Los aserrados manuales se reconocen por su estriado marcado, escalonado, discontinuo y subparalelo, generado por los pequeños desplazamientos laterales de la sierra durante la acción repetida en el corte. Poseen, a su vez, pequeños rebordes y fracturas, producto del colapso del hueso por su propio peso al finalizar el aserrado. La huella dejada por la sierra eléctrica, en cambio, genera un estriado liso, paralelo y continuo, cuya superficie es suave, sin bordes fracturados (Lanza, 2011; Silveira, 1999). Macroscópicamente, en el análisis de las huellas se evalúa: a) su ubicación en relación a la parte esquelética (porción proximal, distal, epífisis) y la cara del elemento (media-lateral, antero-posterior); b) su orientación, es decir, el ángulo en relación al eje del elemento (perpendicular, paralelo, agudo, obtuso); c) la frecuencia: el número de cortes que forman la huella; d) el tipo de incisión (en “V”, paralela, rectangular); e) si es continua o discontinua, leve o profunda, angosta o ancha; f) el tipo de huella (de corte, corte y golpe, o aserrado); y g) el tipo de herramienta usada (cuchillo, cuchilla, hacha, sierra manual o eléctrica). Los objetos metálicos empleados durante las distintas etapas del proceso de trozamiento de las carcasas, como el hacha, el cuchillo de metal y las sierras permiten hacer estimaciones cronológicas precisas. Según Silveira (1999), en Buenos Aires el hacha se utilizó hasta mediados del siglo XIX y, el uso de la sierra manual comenzó hacia mediados del siglo XIX. El empleo de la sierra eléctrica recién ocurrió a principios del siglo XX, orientado a facilitar el trozamiento terciario (Silveira, 1999). El hacha generalmente se destinó al trozamiento primario y secundario, mientras que tanto la sierra manual como el cuchillo pudieron ser utilizados en todas las etapas. Una salvedad a tener en cuenta es que en la actualidad conviven todos estos elementos, aunque en una escala micro y no estandarizada. El desarrollo industrial, tanto en mataderos como en grandes cadenas de carnicerías, lleva al uso de herramientas y maquinarias estandarizadas (como la sierra eléctrica).

Box 5.1

Huesos de animales con huellas de metales: sus implicancias en una estancia bonaerense

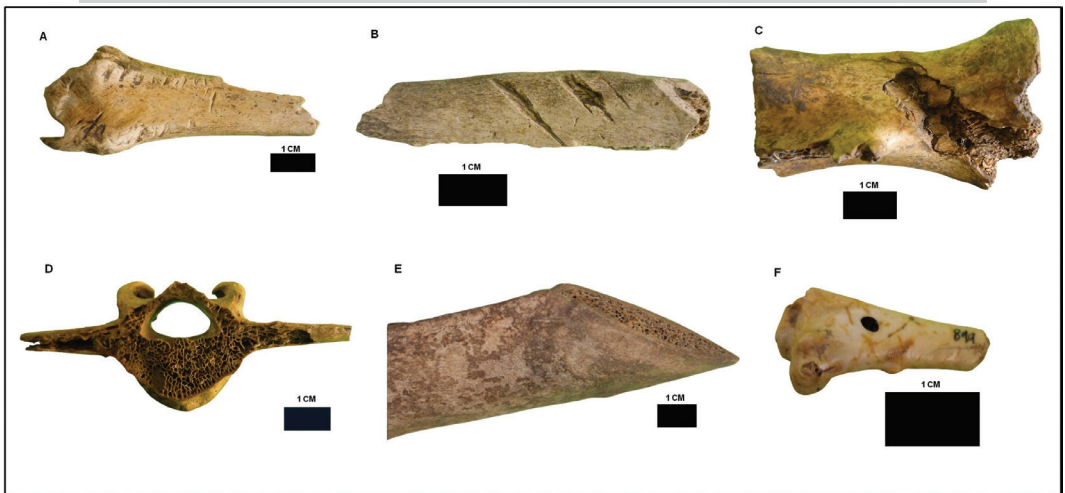
Vanesa N. Bagaloni

El sitio La Libertad (partido de San Cayetano, provincia de Buenos Aires) se atribuyó a una estancia que funcionó desde el último cuarto del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX. Las numerosas fuentes escritas y gráficas consultadas sumadas a los relatos orales sobre este lugar, indican la existencia de un gran establecimiento agropecuario y comercial. A partir de las prospecciones arqueológicas, en superficie ($n = 1917$) y en estratigrafía ($n = 3685$), se hallaron fragmentos óseos, seguidos de metales, y de restos vítreos y cerámicos (entre vajilla y materiales constructivos). Estos dos últimos tipos de materiales presentaron una cronología correspondiente a la segunda mitad del siglo XIX. En cuanto al conjunto arqueofaunístico ($n = 2178$), se realizó su caracterización general a partir de la determinación e identificación taxonómica y anatómica, de modificaciones naturales y antrópicas, de los procesos naturales y culturales que intervinieron en su formación, y de los patrones de explotación, procesamiento, consumo y descarte (Bagaloni y Carrascosa Estenoz, 2013). El 75% se compone de mamíferos medianos y de oveja, seguidos por dasipódidos y vaca. En menor porción se registraron otras especies como ñandú, caballo, cerdo y comadreja.

Aquí se focaliza en el estudio de las huellas encontradas en algunos especímenes, por lo que no se detallan los análisis de determinación por clase etaria de los especímenes ni la identificación de termoalteraciones y fracturas, entre otros aspectos. Se consideró huella a todo corte o conjunto de cortes que pueden describirse de igual manera y que ocupan una porción del conjunto óseo (Muñoz, 2000:500). Se valoraron tres aspectos –ubicación y característica de la huella, y tipo de herramienta utilizada (Lyman, 1994b)- a nivel macroscópico con una lupa binocular con aumento corrido de 8x a 56x. Los objetivos consistieron en: a) determinar la morfología, el solapamiento y superposición de las huellas; b) diferenciarlas de las producidas por otros agentes (marcas de carnívoros y roedores, pisoteo, presión del sedimento y estrias producidas por abrasión); c) cuantificar los fragmentos y elementos óseos con huellas y marcas respecto del total de restos faunísticos recuperados; y d) discutir la aparición exclusiva de huellas en determinadas partes anatómicas y disposición de las mismas en el hueso que puedan reflejar patrones de actividad cultural.

El 17,6% del conjunto analizado registró huellas que evidencian transformaciones producto del accionar humano y el empleo de artefactos de metal. Principalmente se consignaron dos tipos de huellas (Figura 5.3): de corte (93% corte con cuchillo; y 2% corte y golpe con un hacha) y aserradas (4% con sierra manual y 1% con sierra eléctrica). Uno de los especímenes presentó también un orificio de 2,5 mm producto de la incrustación de un perdigón de un cartucho, posiblemente de un arma calibre 12. Las huellas se registraron mayormente en mamíferos medianos y *Ovis aries* seguidas por *Bos taurus* y mamíferos grandes. Además, se presentaron en otras especies de mamíferos, aves y roedores. Sólo se aborda en este box el caso de los mamíferos medianos y de las ovejas por una cuestión de espacio. En ambos taxones sobresalen las huellas realizadas con cuchillo (en pelvis, tibia, húmero, mandíbula, escápula, vértebras lumbares y costillas) de aquellas efectuadas con sierras (en vértebras cervicales y lumbares, costillas y huesos largos) y hacha (en escápula, mandíbula y vértebra torácica).

Figura 5.3 Distintos tipos de huellas producidas con elementos de metal en La Libertad.



Nota. **A.** Huellas de cuchillo en radio de *Ovis aries* (pieza 764). **B.** Huellas de cuchilla en costilla de mamífero mediano (pieza 161). **C.** Huella de hacha en escápula de mamífero mediano (pieza 105). **D.** Huella de sierra manual en vértebra lumbar de *Ovis aries* (pieza 345). **E.** Huella de sierra eléctrica en costilla de *Bos taurus* (pieza 262). **F.** Huella del orificio de perdigón en húmero de Passeriformes (pieza 819). Fuente: elaboración propia, V. Bagaloni.

Ahora, ¿qué implicancias tienen estos resultados en función de las etapas de trozamiento (primario, secundario y terciario) y fases de las prácticas alimentarias (obtención, preparación, cocción, presentación y consumo) propuestas por Landon (1996), Mengoni Goñalons (1999) y Marschoff (2007)? Considerando el ejemplo de los mamíferos medianos y *Ovis aries*, en relación con la primera fase de obtención y preparación inicial de los alimentos (trozamiento primario y secundario) se observan claras señales de desarticulación, como huellas de cuchillo en elementos de las coyunturas óseas del esqueleto vinculados al corte de tendones y ligamentos que unen los huesos, en zonas cercanas a las articulaciones para la división de las carcasas en porciones mayores y luego, menores para un fácil transporte y manipulación de las mismas. Las huellas de aserrado (manual y eléctrico) en vértebras cervicales y lumbares, tanto transversales como longitudinales indican la separación de la cabeza y la parte posterior del animal. Algunas vértebras y costillas presentan cortes de cuchillo en la porción ventral, relacionadas con la extracción de las vísceras del mamífero. También existen evidencias de cortes en fragmentos de falanges y metapodios que indican el cuereo del animal.

En cuanto a la fase de preparación, cocción, presentación y consumo, las huellas de cuchillo se observan en mandíbula, costillas y vértebras junto con las de aserrados manuales y eléctricos hallados en estas dos últimas partes esqueletarias, que sugieren un trozamiento terciario. Las huellas de cuchillo en las costillas y vértebras, en este caso, serían producto de labores de extracción de la carne (descarne). Las huellas efectuadas con sierra manual tanto en costillas como vértebras estarían relacionadas a la elección de determinados “cortes de consumo” de carne comunes en el ámbito rural pampeano. Además, en una mandíbula se evidencia una clara fractura producida por un hacha cercana a la última pieza dentaria y la rama ascendente, posiblemente para la extracción de la lengua del animal. De esta forma, el ganado ovino recuperado se estaría procesando completamente en la estancia donde funcionó, según indican diversos documentos -cartas, testamento, fotografías-, una cabaña de ovejas (Bagaloni y Carrascosa Estenoz, 2013).

b. Termoalteración: la exposición del material óseo a la acción térmica del fuego produce una serie de modificaciones que pueden ser analizadas para inferir el contexto en el que esto sucedió. Entre las más utilizadas se encuentra el progresivo cambio de color que sufren los huesos a medida que se encuentran expuestos a una mayor temperatura (Stiner et al., 1995). El color blanco amarillento de los huesos frescos es seguido de un marrón rojizo que implica

el quemado de esas secciones de la superficie ósea. Si la exposición continúa y la temperatura se eleva, el material pasa a tomar una coloración negra, es decir, se llega a un estado de carbonización. Finalmente, los materiales calcinados adoptan una coloración de gris azulada a blanca. El color de los materiales puede brindar información sobre las actividades en las que se vio involucrado el conjunto arqueofaunístico. Los restos descartados de animales que fueron asados, por ejemplo, tienden a presentar las zonas distales de sus extremidades quemadas (de una tonalidad marrón-rojiza), al igual que otras partes anatómicas que se encuentran desprovistas de grandes cantidades de tejido, como los dientes incisivos o la porción posterior de la mandíbula. En otras ocasiones, el material óseo de los animales consumidos se arroja al fogón, siendo utilizado también como combustible, lo que termina generando un registro mayormente compuesto por especímenes carbonizados y calcinados (negro, gris y blanco). La acción térmica también altera la textura de la superficie ósea, generando agrietamientos y craquelados que se profundizan a medida que aumenta la temperatura y el tiempo de exposición al calor (Shipman et al., 1984). Esto tiene un gran impacto en la cantidad de fracturas de la muestra estudiada, siendo esperable que aquellos conjuntos termoalterados presenten un alto grado de fragmentación. La presencia de huesos afectados por el fuego no implica de manera directa la acción antrópica en la conformación del conjunto arqueológico. Los incendios naturales pueden generar modificaciones que son similares a las que se producen durante la cocción de alimentos, como el quemado o la carbonización de partes del esqueleto que no se encuentran protegidas del calor por los demás tejidos (por ejemplo, falanges, metapodios, mandíbulas). Esta cuestión hace necesaria la correlación de estas características con otros elementos del contexto que ayuden a determinar la intervención antrópica, como la disposición de los restos óseos, la identificación de estructuras de combustión o la asociación con otro tipo de material arqueológico.

c. Fracturas: en estado fresco, los huesos poseen un cierto grado de flexibilidad, que les permite soportar las fuerzas ejercidas sobre el espécimen hasta el colapso de las fibras de colágeno. Esto hace que la forma de la fractura, sobre todo en huesos largos, siga la disposición de dichas fibras. La muerte del animal y la consecuente desecación y pérdida de la parte orgánica hacen que la estructura ósea se comporte de manera diferente cuando su estructura cede. Entre los patrones más característicos (Gifford-González, 1989) se mencionan:

- Transversal: la fractura forma un ángulo recto con respecto al eje longitudinal del hueso. Característico de roturas que se producen cuando el material se encuentra en un estado avanzado de desecación. También puede

producirse por un tratamiento previo, el aserrado perimetral, que se realiza para producir una fractura controlada. A menudo la finalidad de este procedimiento es la posterior formatización de instrumentos óseos.

- Longitudinal: la dirección de la fractura es paralela al eje mayor del espécimen. Si bien puede darse en especímenes en estado seco, también es un tipo de fractura característica de los huesos largos frescos sin torsión, como los metapodios.
- Helicoidal: la fractura sigue un patrón en forma espiralada, que puede extenderse parcial o completamente por la circunferencia del hueso. Este tipo es característico en los huesos largos que corresponden al estilopodio (húmero y fémur) y zeugopodio (radio-cúbito, tibia-peroné). Las fibras de colágeno se disponen de forma oblicua al eje longitudinal del hueso, lo que provoca que, ante una fuerza que supere la resistencia del material, el mismo se rompa siguiendo su dirección. Es un indicador de que el hueso se encontraba en estado fresco en el momento en el que se produjo la fractura.

Estas formas no siempre se presentan de manera clara, pudiendo darse combinaciones entre las distintas variantes: longitudinal-transversal, transversal-heliocoidal, entre otras. Cabe destacar que no son solamente los grupos humanos los que producen fracturas en estado fresco. Por ejemplo, la presencia de marcas de caninos y epífisis con evidencia de masticación sugiere que las fracturas frescas pueden haber sido realizadas por carnívoros para acceder a la médula. Las fracturas antrópicas se producen por golpes que se aplican sobre la diáfisis y dejan rasgos distintivos, los negativos de lascado, que permiten inferir la ubicación del impacto y la técnica con la que se realizó la acción. Las formas más comunes para acceder a la médula son: la fractura con percutor inmóvil, siendo el material óseo el elemento activo en el proceso; la utilización de un yunque para apoyar el material óseo y un percutor activo; el apoyo de los extremos del hueso sobre yunques y la aplicación de golpes con percutor activo sobre la porción central de la diáfisis (Mengoni Goñalons, 1999).

Además de la identificación del patrón general de fractura, se pueden analizar otros atributos para evaluar si la misma se dio en estado fresco o seco. El **índice de fractura fresca (IFF)** asigna a cada elemento un valor que se construye estudiando tres características (Outram, 2002):

- a) la forma de la fractura: en el caso de ser helicoidal, el valor de este atributo es 0, mientras que las transversales y longitudinales corresponden

- al valor 2, en tanto, las formas intermedias, como transversales-helicoidales o longitudinales-helicoidales equivalen a 1;
- b) la textura de la superficie de fractura: si la superficie es lisa, el valor que toma este atributo es 0, mientras que si presenta irregularidades o rugosidades, el mismo pasa a ser 2; siendo las formas intermedias 1.
 - c) el ángulo que forma el plano de fractura con respecto al eje longitudinal del hueso: a los ángulos agudos u obtusos les corresponde el valor 0; a los ángulos rectos, en cambio, se les asigna un 2.

Así, la adición de estos tres atributos conforma valores que oscilan entre 0, en el que la fractura corresponde indudablemente a una rotura en estado fresco y 6, que agrupa las características propias de una fractura en estado seco. Los valores intermedios pueden asociarse a situaciones en las que conlleva un cierto grado de desecación o pérdida de colágeno del elemento, esto puede deberse a que el hueso fue expuesto a procesos como el calentamiento o el hervido para facilitar la extracción de la grasa ósea o situaciones de estrés térmico por congelamiento.

7. Relaciones de ensamblaje: los fragmentos que componen al registro arqueofaunístico a menudo corresponden a huesos completos que se vieron fragmentados, ya sea por acción antrópica, o por procesos postdepositacionales. Ramos y Helfer (2020) proponen una serie de conceptos para definir el tipo de relación que se establece entre especímenes que corresponden a un mismo elemento o unidad anatómica: reparación, remontaje, ensamblaje y rearticulación. La reparación implica que la rotura fue accidental o se produjo en el contexto postdepositacional. El remontaje, en cambio, sucede cuando la fragmentación del elemento se dio en el contexto sistémico, en el que el hueso fue procesado para la elaboración de herramientas. En este caso, es común la presencia de astillas, lascas y virutas descartadas durante la formatización del artefacto. Por otra parte, el concepto de ensamblaje engloba de forma general tanto a aquellas relaciones de reparación como de remontaje. Por último, la rearticulación ósea hace referencia a la posibilidad de vincular a elementos sucesivos de una misma sección del esqueleto del animal, permitiendo indagar en la forma en la que se realizó el ingreso y descarte del animal en el sitio.

8. Cuantificación: antes de desarrollar las características de cada método de cuantificación, es necesario distinguir entre unidades observacionales o analíticas, y dentro de esta última categoría, diferenciar las unidades derivadas de las interpretativas (Lyman, 1994a). Las unidades observacionales son aquellas que pueden ser medidas directamente y experimentadas a través de los

sentidos. Su cálculo se realiza a medida que se analiza la muestra. Las unidades analíticas, en cambio, son aquellas que introducen una serie de modificaciones matemáticas e inferencias a las observacionales, con la finalidad de estudiar características de la muestra que no se desprenden del primer análisis. Dentro de esta categoría, las derivadas comprenden operaciones y cálculos sobre las medidas observacionales con el objetivo de indagar las posibles correlaciones existentes entre las variables. Por otra parte, las interpretativas son unidades construidas en torno a conceptos teóricos que validan las operaciones matemáticas y la vinculación de los valores obtenidos con las preguntas que se busca responder.

El **número de especímenes identificados por taxón (NISP)**, es una unidad observacional, que se desprende directamente del primer análisis del registro. Se compone de la sumatoria de todos los fragmentos que han podido asignarse a un taxón o nivel taxonómico particular. Constituye la unidad mínima de análisis a partir de la cual se construyen las demás (Lyman, 1994a; Mengoni Goñalons, 1999). Una de las ventajas que presenta esta unidad es su carácter aditivo: si posteriormente a su cálculo inicial se agrega más material a la muestra, no requiere una reformulación, sino simplemente adicionarlo. Otra facilidad es que puede ser calculada a medida que se realiza la identificación y análisis del conjunto. Una de las desventajas más importantes del NISP es que se ve muy influenciado por el grado de fragmentación de los restos óseos. Esto impacta directamente en la precisión a la que se puede identificar cada espécimen a nivel anatómico y taxonómico.

El **número mínimo de elementos (MNE)** se calcula determinando cuántas unidades anatómicas completas se necesitan para dar cuenta de la cantidad de especímenes identificados (Binford, 1984). Es una unidad derivada que sirve para analizar la abundancia anatómica relativa del conjunto arqueofaunístico. Si el resto óseo recuperado se encuentra completo (un espécimen constituye un elemento) el NISP y el MNE serán iguales. En el caso de que se trate de especímenes que no están completos, se procede a la ubicación de este fragmento en el eje que corresponda (por ejemplo, epífisis distal de húmero), y a su comparación con el resto de los fragmentos del mismo elemento y de la misma lateralidad.

La determinación del **número mínimo de individuos (MNI)** requiere previamente el cálculo del MNE, teniendo en cuenta tanto la lateralidad como el grado de fusión o erupción y desgaste dentario, dependiendo del elemento (White, 1953). Partiendo de la base del número de veces que aparece representado un elemento óseo en un individuo, este se compara con el número de elementos presentes en el conjunto arqueofaunístico. Para el cálculo, se toma la frecuencia del elemento anatómico más abundante del taxón

abordado. Entre las ventajas más importantes de este método se encuentra el no verse influido por la diferencia de elementos óseos entre especies y el hecho de que no todos los individuos ingresen enteros al contexto estudiado. Por otra parte, algunas de las desventajas del MNI incluyen el hecho de que debe calcularse nuevamente cada vez que se adicione material a la muestra (por ejemplo, debido a nuevas excavaciones en el mismo sitio), y que sobre-dimensiona la relevancia de especies representadas por pocos especímenes (Mengoni Goñalons, 1999).

A diferencia del MNE, en el cual la lateralidad es considerada una variable de relevancia para comprender los patrones de explotación y consumo de las sociedades del pasado, el **MAU o número mínimo de unidades anatómicas** (Binford, 1984) fue propuesto ante la poca o nula diferencia entre el aprovechamiento de las extremidades izquierdas o derechas por parte de los grupos estudiados en los trabajos etnoarqueológicos de Binford (1981). Se obtiene dividiendo el MNE de cada unidad anatómica por las veces que aparece representada dicha unidad en el ejemplar completo. Para facilitar la comparación entre distintas muestras, el MAU puede estandarizarse en términos porcentuales (%MAU), tomando a la unidad anatómica de mayor frecuencia en el conjunto como el 100%.

9. Fragmentación: el estudio de la fragmentación de los conjuntos arqueofaunísticos brinda información sobre su conformación, tanto durante su participación en el contexto sistémico de la sociedad estudiada, como en los procesos postdeposicionales a los que se vieron expuestos. Según Lyman (1994b), es fundamental distinguir entre la extensión, es decir, qué proporción del total de la muestra está fragmentada, y la intensidad de este proceso. Para evaluar la primera, se utiliza la proporción NISP:MNE. Si la fragmentación es baja o nula, las cantidades de NISP y MNE serán similares, por lo que el resultado se acercará a 1. Cuanto mayor sea la extensión de este proceso, mayor será, a su vez, el valor de la relación. Con respecto a la intensidad, una de las variables más utilizadas para evaluarla es la medición de los fragmentos óseos. Se parte del supuesto de que a mayor inversión en el procesamiento o en la actuación del agente tafonómico, los especímenes serán más pequeños. A grandes rasgos, la presencia de fracturas frescas y especímenes reducidos a astillas significa que estas se dieron cuando el colágeno todavía formaba parte de la estructura ósea. En cambio, los fragmentos caracterizados por fracturas transversales o irregulares, cuya circunferencia (en el caso de los huesos largos) se encuentre completa, son típicos de conjuntos alterados una vez que el material se halla seco (Lyman, 1994b).

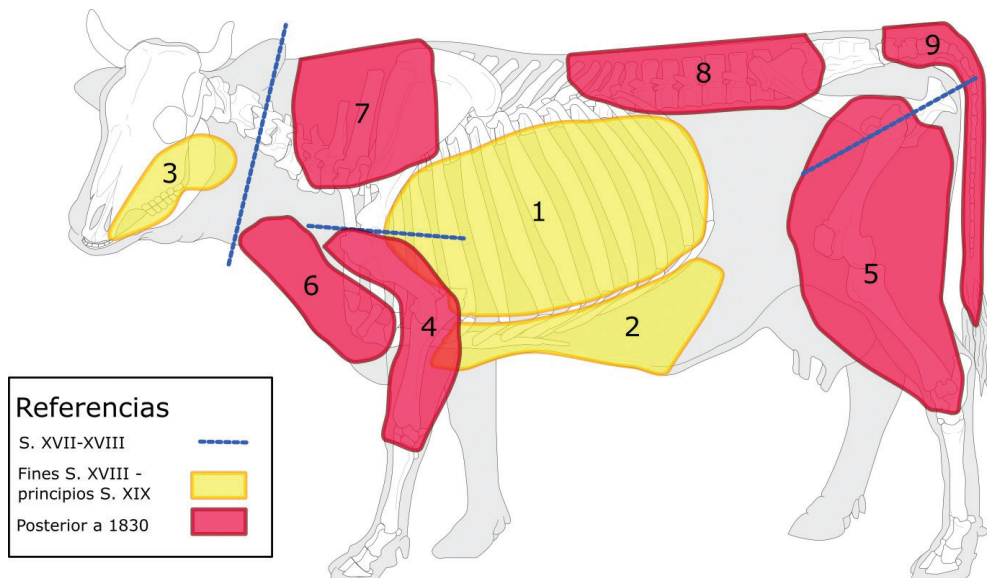
10. Patrones de obtención, procesamiento y consumo: a partir de la información obtenida sobre las huellas antrópicas en los distintos taxones se puede determinar el patrón o los patrones de obtención, procesamiento y consumo. A grandes rasgos, se agrupan en patrones de trozamiento primario, secundario y terciario (Binford, 1981), que consisten en etapas sucesivas que involucran el procesamiento de las carcasas de los animales desde el lugar de matanza hasta el consumo final. Durante el **procesamiento primario**, el énfasis está puesto en la división de las presas en partes de menor tamaño que faciliten el transporte y sean más manejables. En esta etapa, ocurren las tareas de cuereo y desarticulación en las unidades anatómicas más grandes (cuartos delanteros y traseros, costillar, entre otros). En el **procesamiento secundario** se da la segmentación de estas unidades anatómicas mayores en porciones menores, destinadas a la distribución o venta a las unidades familiares o consumidores. Finalmente, se produce el **procesamiento terciario**, que se relaciona con las tareas de preparación previas a la cocción y el consumo de los alimentos.

Este modelo se aplica al tratar con especies de gran porte. En el caso de la fauna más pequeña, es común que el animal ingrese al ámbito en el que será consumido entero, ya que puede ser transportado de esa manera. Por otra parte, estas etapas fueron pensadas originalmente para sociedades de cazadores-recolectores, por lo que deben tenerse en cuenta sus limitaciones al momento de abordar la sociedad colonial y el rol que jugaron los recursos faunísticos en los circuitos de aprovisionamiento y comercialización que fueron integrando progresivamente nuevas regiones de las colonias españolas y del posterior Estado argentino (Marschoff et al., 2011). Una alternativa a este modelo es presentada por Landon (1996) en su estudio de los sistemas de procuración de alimentos en la ciudad de Boston durante el período colonial. El investigador sostiene que para un correcto abordaje de las prácticas alimentarias que se dieron en estos contextos, no se deben tener en cuenta solamente los aportes calóricos y nutricionales de los taxones consumidos, sino también las conceptualizaciones que esas sociedades poseen sobre los alimentos consumidos. Por otra parte, también para contextos coloniales, Marschoff (2007:139) propone dentro de la esfera de las prácticas y hábitos alimentarios que estas etapas se correlacionaran con una fase de obtención y preparación inicial de los alimentos (trozamiento primario y secundario) y con otra fase de preparación, cocción, presentación y consumo de los mismos (trozamiento terciario).

11. Unidades anatómicas e índices de rendimiento: Binford (1984), con el objetivo de distinguir entre las diferentes estrategias de aprovechamiento de la fauna, propone una serie de índices que determinan el rendimiento calórico de las diferentes partes anatómicas de las presas consumidas. Así, la toma de decisiones de los grupos humanos que procesan las piezas estará influida por una lógica de costo-beneficio que contrapone la energía invertida en la desarticulación y el transporte con el retorno que cada parte provee. Estos índices deben elaborarse para cada especie en particular, ya que la anatomía y el aporte calórico de cada una presenta gran variabilidad. Al Índice de Utilidad General (GUI) e Índice de Utilidad General Modificado (MGUI) pueden agregarse aquellos que contemplan las distintas fuentes de alimento que pueden extraerse de una presa: carne (MUI), médula (MI) y grasa (WGI). Esta diferenciación se basa en la idea de que la decisión de seleccionar una u otra parte anatómica está relacionada con el objetivo del grupo humano que realiza el procesamiento. Si bien estos estudios proporcionan un marco de referencia con el cual contrastar la información arqueológica, lo cierto es que la toma de decisiones humanas con respecto al aprovechamiento de la fauna se ve influida por más factores que la lógica de costo-beneficio en términos energéticos y de riesgo. Otras dimensiones de la realidad social, como creencias, valores o modas, juegan un papel de igual o mayor peso en la elección de la especie que se consumirá y la parte anatómica que será seleccionada y transportada.

En la arqueología histórica, las características del registro arqueofaunístico se deben complementar con el análisis de otras materialidades y fuentes documentales que puedan brindar información sobre los gustos, las preferencias y las formas de alimentarse de las sociedades estudiadas (Marschoff et al., 2011). En la ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, Silveira (2003) estudió los cambios que se dieron en las formas de aprovisionamiento de carne vacuna entre la etapa colonial y fines del siglo XIX, teniendo en cuenta la información que proveen las fuentes documentales sobre el recorrido que realizaba el ganado vacuno desde la campaña hasta las mesas porteñas, pasando por los mataderos, abastos y carnicerías de la ciudad. A su vez, realizó un análisis sobre la forma en que fueron cambiando los cortes cárnicos (Figura 5.4), evidenciando una progresiva reducción de las unidades comercializadas: durante la etapa colonial se vendía a los animales en cuartos, mientras que en el transcurso del siglo XIX comenzaron a registrarse en las fuentes documentales otras porciones más específicas, como el costillar y el matambre.

Figura 5.4 Cortes vacunos en la ciudad de Buenos Aires a lo largo del tiempo



Nota. Durante la mayor parte de la etapa colonial se seccionaba a las reses en cuartos (líneas de corte en color azul), sin mayor procesamiento del animal. Para momentos tardo-coloniales se tiene referencia de algunos cortes específicos, como el costillar, el matambre y la lengua. Ya a partir de 1830, existe una mayor especificidad en los cortes cárnicos. 1, costillar; 2, matambre; 3, lengua; 4 y 5, patas; 6, pecho; 7, aguja; 8, lomo; 9, rabo. (Silveira, 2003). Cabe destacar que en otras ciudades del país este proceso de diferenciación no se dio necesariamente de esta manera. Fuente: elaboración de J. R. Tormo Izaguirre.

Arqueología de las prácticas alimenticias

Más allá de tener en cuenta qué tipo de recursos fueron utilizados por las distintas poblaciones coloniales y republicanas, es necesario entender cómo estos recursos se transformaron en productos socialmente comestibles (Bonomo et al., 2019). Para ello se debe comprender la secuencia de producción de los alimentos, es decir, las distintas actividades de procesamiento y los sistemas culinarios empleados en la cocción y la elaboración de las comidas. Como ya se mencionó, las fases involucradas en el acto alimenticio pueden incluir la obtención, la distribución, la preparación, el almacenamiento, la cocción, la presentación, el consumo y el descarte de la comida o un producto (Brittez, 2009; Landon, 1996; Marschoff, 2007). Desde la perspectiva de la arqueología de la alimentación, la reconstrucción de las etapas que van desde la procuración hasta el consumo requiere no sólo considerar los aspectos técnicos y económicos implicados, sino también una contextualización socio-histórica

más amplia. Así, es necesario indagar en las valoraciones que el grupo estudiado tiene de las distintas especies disponibles; los cortes cárnicos o productos derivados que gozan de mayor popularidad; el acceso diferencial de varios sectores de una misma sociedad a cada uno de dichos productos; posturas de índole religiosa o ritual que pueden influir en las preferencias sobre uno u otro alimento (Silveira, 1999) y; diferencias que pueden existir en el acceso a determinados alimentos dependiendo del género y la edad. La alimentación, entendida como un hecho social, relacional y activo (Callejo, 1995; Aguirre, 2017), engloba distintas dimensiones que exceden la mera subsistencia y satisfacción de una necesidad biológica: vehiculiza significados, refleja diferencias de status social y establece reglas de conducta que se construyen y reproducen en torno a la práctica del consumo de alimentos.

Marschoff (2007) entiende a la **alimentación** como el conjunto de prácticas sociales que abarca aquellas acciones y relaciones sociales estructuradas en el acto de la ingesta de sustancias alimenticias que puede, o no, estar relacionado a la perpetuación del organismo vivo. Las prácticas cotidianas asociadas a la alimentación constituyen actos de consumo complejos donde interactúan diversos factores, entre ellos, los identitarios y sociales (Douglas e Isherwood, 1979), que se internalizan y replican en determinadas formas de consumir, que variaron según la época y que materializan discursos acerca de alimentación que remiten a concepciones sociales más amplias (Bourdieu, 2007). Por ejemplo, existe una variada gama de maneras y modas culinarias asociadas a la cocina colonial, a la cocina criolla, a la *nouvelle cuisine* y a la cocina contemporánea (que se desarrollan en el box que sigue a continuación). A través de distintos sistemas culinarios el tratamiento de los alimentos puede ser variado: 1) aquellos que implican técnicas de conservación sin cocción (por ejemplo, salado, ahumado, marinado) y 2) aquellos que involucran un sistema de cocción (por ejemplo, asado, hervido, guisado, tostado, horneado, freído, estofado, cocido al vapor).

Al abordar las prácticas alimentarias desde la arqueología histórica se observa que no sólo implican preguntas y materialidades relacionadas con la zooarqueología y la arqueobotánica sino que comprenden una amplia diversidad de lugares (corral, patio, comercio, cocina, almacén, comedor) y de objetos integrados en el acto alimenticio, como mobiliario, utensilios, ollas, vajilla, botellas, tarros, cubiertos, recetarios, entre muchos otros elementos y fuentes escritas y gráficas. A su vez, se deben considerar otros aspectos tales como quién cocina, para quién, con qué tecnología de cocción (fogón, horno, asador) y en qué espacios se realiza la actividad (Goody, 1995). El proceso culinario requiere de un largo tiempo de aprendizaje, de saberes y gustos com-

partidos y transmitidos de generación en generación por cada sociedad, que se sintetizan en los momentos de cocinar y comer (Montón Subías, 2005).

Por último, tanto el estudio de la cocina como de la comida permiten comprender las relaciones entre los miembros del mismo grupo y entre diferentes grupos sociales, siendo un elemento central en distintas dimensiones culturales, como el intercambio, el tributo, el tabú y el comercio en sus diversas escalas.

Box 5.2

Artefactos, actividades y modelos culinarios: una forma de estudiar la alimentación y sus cambios

María Marschoff

En arqueología y en arqueología histórica existe una larga tradición de generación de modelos para la interpretación de las materialidades. De los patrones de distribución de South y Binford, pasando por las expectativas materiales del orden georgiano, la etnoarqueología o la arqueología experimental. La construcción de modelos para reconstruir actividades relacionadas a la alimentación y, a partir de ellas, interpretar prácticas alimentarias se inserta en esta forma tan familiar de operar metodológicamente.

Cada período histórico posee una culinaria que lo caracteriza, es decir, uno o varios modelos, propios de los grupos que componen la sociedad en cuestión, los cuales definen qué se considera una alimentación adecuada y para quién y las prácticas materiales concretas que se le asocian. Son formas de hacer repetidas, *habitus* sensu Bourdieu (1977), conocidos por los diferentes grupos de personas que los comparten o compartían y que como investigadores codificamos en forma de modelos a fin de, por ejemplo, comparar casos entre sí.

A partir de, principalmente, libros de recetas de cocina que se comienzan a publicar en el siglo XVI, es posible caracterizar y esbozar a grandes rasgos el modelo de alimentación que primaba entre los grupos con acceso a la escritura que habitaban el entonces imperio español. No son muchos y presentan un claro sesgo social y posiblemente regional. Su utilidad para reconstruir tendencias se relaciona más con las formas de pensar los alimentos y trabajarlos que con la reconstrucción de actividades concretas, ya que muchos de esos libros, al igual que hoy, son compendios de curiosidades más que una descripción de las prácticas.

Aún con estas limitaciones, el primer modelo que se puede identificar es el de la Cocina Renacentista que prima a partir del siglo XVI hasta mediados del siglo XVIII. Hacia 1750, y por un siglo aproximadamente, surge y se desarrolla otro modelo denominado Nueva Cocina. Claramente ninguno de estos modelos (u otros que se quiera definir) tienen un principio y un fin precisos ya que sobreviven en algunos platos con modificaciones y transformaciones, hasta el día de hoy. Lo interesante, y lo que los permite distinguir entre sí, son las formas en que entienden los productos, las maneras de procesarlos y cocinarlos para convertirlos en comida y las maneras de consumirlos.

La Cocina Renacentista se caracteriza a grandes rasgos por hacer uso abundante de especias, particularmente las “finas” y, por lo general, importadas (clavo, pimienta, nuez moscada, etc.), en continuidad con la culinaria medieval. Su alta cocina valora en gran medida la carne de ave y las carnes rojas a las que accede una mínima parte de la población. Hace gran uso de la molienda y el trozamiento resultando en preparaciones de aspecto homogéneo, líquido y cuyos componentes son de tamaño pequeño (guisados y potajes).

En contraste, la Nueva Cocina revaloriza las hortalizas y disminuye el uso de especias bajo el lema de que el cocinero debe completar la “naturaleza” y no taparla. Incorpora el uso de bebidas sociales (té, café, chocolate) con productos importados lo que suma a la diversificación de las formas de presentar las comidas. El consumo se afianza como un acto individual con artefactos “nuevos” como el tenedor (que se populariza recién a fines del siglo XIX). Idealmente las distintas etapas del proceso de la alimentación se segregan espacialmente en las viviendas y se multiplican y especializan las fuentes de calor, a fin de lograr cocciones específicas y preparaciones de aspecto más sólido, heterogéneo y con componentes de mayor tamaño. Estas diferentes formas de hacer tienen su correlato arqueológico, por ejemplo, en los patrones de descarte de los restos arqueofaunísticos y sus marcas de corte y en la proporción diferencial de formas planas o cóncavas de los artefactos de consumo y presentación desechados.

Fueron personas criadas con los sabores renacentistas las que iniciaron la conquista de América en el siglo XVI, pero es recién con la Nueva Cocina que comienza a observarse el ingreso de productos de origen americano en los recetarios. A pesar del tardío registro de su uso en las fuentes escritas en general, es posible observar que algunos productos tuvieron una aceptación mucho más rápida que otros. Ese es el caso del chocolate, que se suma a prácticas ya instauradas con bebidas sociales de origen asiático como café o

té. Otros productos no tuvieron la misma suerte, como la papa o patata, que recién en el siglo XIX fue ampliamente aceptada en las culinarias europeas.

En América no se cuenta con recetarios propios publicados (sí manuscritos familiares o de órdenes religiosas) hasta bien entrado el siglo XIX. Sin embargo, la culinaria regional es amplísima y extremadamente diversa. En las cocinas tradicionales actuales de distintos lugares del continente se registran infinidad de platillos que suelen denominarse “criollos” en donde se mezclan productos y/o formas de preparación de ambos continentes. Poco se sabe de los procesos, siempre particulares y atados a contextos específicos, en que esas mixturas se fueron dando. Sí, puede hablarse de un período inicial de desconfianza hacia los productos y preparaciones desconocidos, que no formaban parte de los sabores, texturas y aspecto de aquello clasificado como “comida”. Con esa advertencia es que deben leerse muchas de las crónicas de la temprana conquista (o en general toda descripción de formas de comer nunca vistas con anterioridad): el “hambre” del que suelen quejarse muchas veces (no siempre) es sinónimo de “falta de comida conocida”. De las contradicciones entre los reclamos escritos y las comidas consumidas se podría dar cuenta arqueológicamente.

Posteriormente comienza a operar la incorporación de determinados productos “como si” fuesen otros ya conocidos (Montanari, 2004). Algunos de manera directa, como el chocolate y otros tras una fase de experimentación como los distintos ajíes o pimientos que como condimento (pero no como ingredientes propiamente dichos de las preparaciones) ya formaban parte de chacinados en el siglo XVIII. En la experimentación se lo trata como si fuese pimienta: se lo procesa del mismo modo y se lo mezcla con lo mismo que se mezclaría la pimienta. No es pimienta, pero funciona igual. De hecho, con el tiempo se concluye que para algunas cosas queda incluso mejor y así se termina reemplazando la pimienta por ají. Otros productos no pueden pasar por el “como si” y deben ser incorporados “por sí mismos”, como la yerba (si bien se la experimenta y usa también como si fuese té). Las relaciones, los relatos de viajeros de todas las épocas, abundan en descripciones comparativas de una enorme variedad de productos. Y es que para incorporar algo en el mundo propio la referencia a lo viejo conocido es ineludible. Lo mismo ocurre en la cocina. De esta manera de operar hay muchas posibilidades de encontrar evidencia arqueológica, por ejemplo, de guanaco procesado como oveja o vaca.

El universo de cambios e intercambios culinarios entre América y el Viejo Mundo (Europa, Asia y África) sigue siendo un terreno poco explorado por los

investigadores de diferentes disciplinas. Se han escrito biografías sociales de distintos productos e intentado dar panorámicas de los procesos generales. Esas investigaciones muestran el complejo entramado implicado en productos como el azúcar, por ejemplo, y demuestran la riqueza del abordaje caso a caso. Al mismo tiempo vuelven evidente que esos intercambios lograron cambiar la experiencia moderna de vivir el espacio y el tiempo en donde se puede condensar el mundo en un bocado.

La explotación de animales y los circuitos productivos y comerciales en la región pampeana

La expansión de la Corona española en América respondió a la necesidad de este imperio de acrecentar los territorios y poblaciones sobre las que podía obtener tributos, a la vez que garantizó el acceso a recursos exóticos o de alto valor codiciados en la Europa de los siglos XVI y XVII, como metales preciosos, especias o azúcar. Durante la mayor parte de la etapa colonial, las estancias ganaderas del Río de la Plata volcaron su producción al abastecimiento de alimento del mercado interno local y el polo minero del Alto Perú, al mismo tiempo que una parte de los cueros obtenidos eran exportados a España, en un esquema monopólico de comercio (Gelman y Moraes, 2014; Mayo, 1995). Estos asentamientos productivos distaban mucho de los grandes establecimientos y latifundios que caracterizaron a la Argentina de fines del siglo XIX y principios del siglo XX: eran edificaciones simples, cuyos campos no estaban claramente delimitados. Los bajos costos de la tierra y las condiciones naturales favorables (especialmente para las regiones pampeanas y del litoral) convertían a esta actividad económica en una opción relativamente rentable con un bajo aporte de capital y trabajo. Para estos momentos, los productores ganaderos no formaban parte de las clases más pudientes del Virreinato, ya que la riqueza se encontraba concentrada en los sectores dedicados a la actividad mercantil.

Con respecto al consumo de carne vacuna, las fuentes documentales destacan su abundancia y bajo precio. Esta constituyó la base de la alimentación de las poblaciones rioplatenses, desde tiempos coloniales hasta bien entrado el siglo XIX. Las estimaciones sobre consumo de carne vacuna durante esta época se encuentran entre las más altas del mundo para ese momento (Silveira 1999). Viajeros europeos como Alcide D'Orbigny se sorprendieron de que un alimento tan apreciado en sus lugares de origen fuera un componente básico de la dieta rioplatense, observando que:

Así la arroba, o veinticinco libras de carne, se pagaban seis reales, que, de acuerdo con el valor del papel moneda, correspondía en cambio plata apenas a 75 céntimos de Francia. Es comprensible, pues, ...en la ciudad, la satisfacción de las clases inferiores, que sólo comían carne, nunca pan, y se preocupaban poco del vestido” (D’Orbigny, [1835-1847] 1999:32).

Asimismo, en los primeros poblados, en las cercanías de los ranchos y casas existía, en menor escala, la cría de aves de corral como gallinas –que, además, proveían huevos- y cerdos, junto con un sector para el sembrado de hortalizas y de árboles frutales:

En las grandes estancias se organizan, para facilitar la vigilancia, especies de sucursales de la estancia principal, llamados puestos, y que poseen su administrador, sus obreros y su corral aparte. ...Puede verse hoy, en general, cerca de la casa principal de esos establecimientos, un bosque de durazneros, destinados a abastecer de combustible y frutas, y un pedazo de tierra, más o menos grande, reservado para el cultivo de granos y de algunas legumbres, lo que contribuye a mejorar el alimento de los trabajadores, que, antes de esa época, se componía únicamente de carne. (D’Orbigny, [1835-1847] 1999:83).

Por otro lado, como se refirió en capítulos anteriores, los grupos indígenas formaron parte de la circulación y el comercio de ganado. Por ejemplo, las parcialidades pampeanas y norpatagónicas, se movilizaban en sentido este-oeste desde la llanura pampeana hasta Chile pasando por las Salinas Grandes y viceversa, a través del camino conocido como el “Camino de los Indios a Salinas” o “Camino de los Chilenos”. Esta gran vía de comunicación entre el centro y oeste de la pampa húmeda y la región cordillerana meridional permitió la circulación de distintos recursos y bienes, como caballos baguales, ganado vacuno cimarrón, sal y cautivas/os. Muchos de éstos se comercializaban en ferias como la del Chapaleofú (Pedrotta, 2005), situada en el cordón serrano de Tandilia, que funcionó hasta comienzos del siglo XIX, asociada a estructuras de piedra -algunas de grandes dimensiones que funcionaron como corrales con un sector de aparte de ganado- cercanos a fuentes de agua y con pasturas naturales de buena calidad.

Con el estallido de las guerras independentistas durante las primeras décadas del siglo XIX, la necesidad de alimento por parte de los cuerpos militares afectó profundamente a la producción agropecuaria: las incautaciones de vacunos eran moneda común y la inestabilidad dada por las constantes refriegas mermó el número de animales de manera significativa. Por otra parte, el cierre de las rutas

comerciales hacia los Andes centrales hizo que los intereses comerciales de los sectores mercantiles rioplatenses se volcaran hacia el Atlántico, particularmente, hacia las naciones de Europa occidental. Para este momento, Inglaterra, Francia y Bélgica atravesaban un proceso de rápida industrialización, que demandaba más materias primas que las que sus propios territorios podían producir. En este contexto, durante la primera mitad del siglo XIX, las Provincias Unidas del Río de la Plata se articularon progresivamente como productoras de bienes agropecuarios, entre los que destacaron el cuero y el tasajo vacuno, pero también el sebo, los huesos (ya sea enteros, en polvo o sus cenizas) y las astas (Amaral, 2001).

Hacia mediados del siglo XIX en la pampa húmeda, comenzaron a gestarse una serie de cambios sociales y económicos de la mano de la modernización, que condujeron a la sociedad fronteriza bonaerense a transformarse en una sociedad agro-ganadera moderna hacia fines de esa centuria (Garavaglia y Gelman, 2003; Sábato, 1989; Sesto, 2005). Estas transformaciones se dieron en forma gradual e implicaron el paso de la estancia de frontera a una empresa rural, de una ganadería extensiva a una intensiva con trabajo a corral, y de la cría y explotación del ganado bovino a la de ganado ovino (Bagaloni, 2018; Brittez, 2006; Sábato, 1989). Asimismo, desde 1845, el uso del espacio dentro la estancia como establecimiento productivo se fue sectorizando y compartimentando con la introducción del alambrado, que generó un ordenamiento pautado de las actividades y de las cosas dentro de la misma (Bagaloni, 2018; Brittez, 2006; García Larena y Del Papa, 2019).

El aumento de la ganadería ovina, enfocada en la producción de lana, es considerado uno de los factores que contribuyeron a la modernización de las condiciones de trabajo en los ámbitos rurales. El ovino, en comparación con el vacuno, precisa un mayor cuidado, lo que se traduce en una mayor necesidad de mano de obra y estructuras especializadas dedicadas a esto. Por otra parte, la extracción de lana requiere de una serie de etapas que complejizaron el trabajo en las estancias: el lavado de los animales, la esquila y el guardado del producto conllevó una división del trabajo para hacer más eficiente la tarea. Además, en estos asentamientos productivos se experimentó con distintas razas, tanto importadas como locales, con el objetivo de refinar los rebaños, favoreciendo el equilibrio entre la adaptación al ambiente pampeano y las demandas de la industria textil de la época.

La baja del precio de la lana y la llegada de la tecnología de la refrigeración hacia las décadas finales del siglo XIX, generó un nuevo cambio: el vacuno volvió a ocupar una posición predominante en las exportaciones argentinas, pero esta vez debido a la demanda de ganado en pie y de carne congelada por parte de los países industrializados de Europa. Arqueológicamente este proceso se observa con la conformación y funcionamiento de mataderos -como San Pe-

dro, Recoleta-, de saladeros –por ejemplo, en Atalaya, en Berisso (ver Martínez et al., 2018)-, de los mercados de hacienda en pie para su compra y venta –por ejemplo, Abasto, Constitución, Liniers-, y del ingreso y egreso de determinadas razas de mayor porte y rápido engorde destinadas a la reproducción, el mejoramiento de las haciendas y el comercio trasatlántico.

Referencias

- Acosta, A. y Rodríguez, M. (1998). Análisis arqueofaunístico de un basurero histórico del siglo XIX (Monte Grande, pdo. Esteban Echeverría, pcia. de Buenos Aires). *Arqueología* 8, 9-27.
- Aguirre, P. (2017). *Una historia social de la comida*. Editorial Lugar. Buenos Aires.
- Albarella, U. (1997). Shape variations of cattle metapodials: age, sex or breed? Some examples from Medieval and Postmedieval sites. *Anthropozoologica* 25-26, 37-47.
- Amaral, S. (2001). Producción agropecuaria (1810-1850). En *Nueva Historia de la Nación Argentina, Tomo VI* (pp. 41-64). Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires.
- Austral, A. (1977). Arqueología del contacto hispano-indígena en el Área Platense Meridional. *Obra del Centenario del Museo de La Plata II (Antropología)*, 69-96.
- Bagaloni, V. (2015). Investigaciones en el Fortín Pescado, partido de Benito Juárez, provincia de Buenos Aires. *Revista del Museo de Antropología* 8 (2), 63-76.
- Bagaloni, V. (2018). Desde los primeros puestos rurales hasta la estancia moderna del sur bonaerense: un recorrido arqueológico. *Trabajos y Comunicaciones* 47, 1-27.
- Bagaloni, V. y Carrascosa Estenoz, L. (2013). Estudio de huellas producidas con objetos de metal durante el último cuarto del siglo XIX en el sitio arqueológico La Libertad (partido de San Cayetano, Buenos Aires, Argentina). *Revista del Museo de La Plata, Sección Antropología* 13 (87), 375-393.
- Behrensmeyer, A. K. (1978). Taphonomic and ecologic information from bone weathering. *Paleobiology* 4 (2), 150-162.
- Binford, L. (1981). *Bones. Ancient man and modern myths*. Academic Press, Nueva York.
- Binford, L. (1984). *Faunal Remains from the Klasies River Mouth*. Academic Press, New York.
- Brittez, F. (2006). Instrucciones para estancieros. Manuales de estancia y construcción del espacio pampeano en los albores del capitalismo industrial. En P. P. A. Funari y F. Brittez (comp.) *Arqueología Histórica en América Latina. Temas y discusiones recientes*, pp. 91-114. Ediciones Suárez, Mar del Plata.
- Brittez, F. (2009). Zooarqueología, tafonomía y procesos de formación de sitios rurales pampeanos: estado de la cuestión y expectativas para momentos tardíos. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 3, 47-68.

- Bonomo, M., Skarbum, F. y Bastourre, L. (2019). *Subsistencia y alimentación. Una aproximación a las sociedades indígenas de América precolombina*. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Bourdieu, P. (1977). *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico* (A. Dilon, Trans.). Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Callejo, J. (1995). Elementos para una teoría sociológica del consumo. *Papers* 47, 75-96.
- Camarós, A., Oliva, A., Parmigiani, V., Verdín, E. y Gómez Romero, F. (2008). Arqueozoología de tiempos históricos: los dos lados de la frontera. Fortín Otamendi (Buenos Aires) y Ewan I-II (Tierra del Fuego). En J. Díez (Ed.) *Zooarqueología hoy. Encuentros Hispano-Argentinos*. Universidad de Burgos.
- Castillo, L., Araujo, E., Chiavazza, H. y Prieto-Olavarría, C. (2018). Cocinar y alimentarse en tiempos de conquista. Reconstruyendo paquetes culinarios a partir de análisis cerámicos y arqueofaunísticos (Mendoza, siglos XV-XVII). *Arqueología* 24 (2), 109-132.
- Colasurdo, M. (2017). Marcadores de etnicidad y agencia en las pautas alimenticias. Su abordaje desde la Zooarqueología Histórica. *Comechingonia* 21 (2), 255-273.
- Deagan, K. (1987). El impacto de la presencia europea en La Navidad (La Española). *Revista de Indias*, 47 (81), 713-732.
- Deagan, K. (1996). Environmental archaeology and historical archaeology. En E. J. Reitz, L. A. Newsom y S. J. Scudder (Eds.), *Case Studies in Environmental Archaeology* (pp. 359-376). Plenum Press, New York.
- Díez Martín, F. (2009). La arqueología de los espacios arados. Algunas puntualizaciones. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 75, 23-40.
- D'Orbigny, A. ([1835-1847] 1999). *Viaje por América Meridional, Tomo II*. Emecé. Buenos Aires.
- Douglas, M. y Isherwood, B. (1979). *The World of Goods. Towards an Anthropology of Consumption*. Basic Books, Nueva York.
- Doval, J. (2019). Un recorrido teórico sobre el consumo desde una mirada antropológica: hacia las prácticas alimenticias y su estudio a partir de la zooarqueología. *Revista española de Antropología Americana* 48, 163-184.
- Doval, J. y Tapia, A. (2013). Consumo de fauna domesticada y silvestre en el Fortín La Perra (1883-1885), La Pampa. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 38 (2), 459-492.
- Doval, J. y Tapia, A. (2019). Análisis de cueros arqueológicos en sitios de frontera de la pampa seca (Argentina, fines de siglo XIX). *Revista del Museo de Antropología*, 12 (1), 23-34.
- Dunning, R. y Simek, J. (1995). Artifact size and plow zone processes. *Journal of Field Archaeology* 22, 305-319.
- Garavaglia, J. C. y J. Gelman (2003). Capitalismo agrario en la frontera. Buenos Aires y la región pampeana del siglo XIX. *Historia agraria* 29, 105-122.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- García Lerena M. y del Papa, L. (2019). De pueblos, puestos y almacenes rurales: un análisis zooarqueológico comparativo (fines del siglo XIX, partido de Magdalena, Buenos Aires). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 13 (1), 5-32.
- García Llorca, J. (2009). El uso de la sierra metálica en contextos históricos urbanos. Análisis del sondeo I, en el distrito Pedro Molina, Guaymallén, Mendoza. *Arqueología* 15, 149-164.
- Gelman, J. y Moraes, M. (2014). Las reformas borbónicas y las economías rioplatenses: cambio y continuidad. En J. Gelman, E. Llopis, C. Marichal (Coords.) *Iberoamérica y España antes de las independencias, 1700-1820. Crecimiento, reformas y crisis* (pp. 31-74). El Colegio de México, México D.F.
- Gifford-González, D. (1989). Ethnographic analogues for interpreting modified bones: some cases from East Africa. En R. Bonnichsen y M. Sorg (Eds.) *Bone Modification* (pp. 179-246). Peopling of the Americas series, Center for the Study of the First Americans, Orono.
- Gómez Romero, F. (1999). *Sobre lo arado el pasado: arqueología histórica en los alrededores del Fortín Miñana (1860-1869)*. Biblos, Azul.
- Gómez Romero, F. y Oliva Benito, A. (2008). Arqueozoología del fortín Otamendi (1858-1859). En M. T. Carrara (Comp.) *Continuidad y Cambio Social en Arqueología Histórica* (pp. 633-639). Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Goody, J. (1995). *Cocina, Cuisine y Clase. Estudio de sociología comparada*. Gedisa, Barcelona.
- Grigson, C. (1982). Sexing Neolithic domestic cattle skulls and horncores. En B. Wilson, C. Grigson y S. Payne (Eds.) *Ageing and sexing animal bones from archaeological sites* (pp. 25-35). British Archaeological Reports, Oxford.
- Guardia, N. y Chiavazza, H. (2023). El rol de la avifauna en contextos históricos de Mendoza. Análisis zooarqueológico del sitio Casa de San Martín (CSM) (Mendoza, Argentina). *Comechingonia* 27(1) 69-89.
- Gutiérrez, M. (2004). *Análisis tafonómicos en el Área Interserrana (Provincia de Buenos Aires)*. Tesis doctoral inédita. Universidad Nacional de La Plata.
- Hajduk, A. y Biset A. M. (1996). El sitio arqueológico Caepe Malal I (cuenca del río CuriLeuvú, Departamento Chos Malal, Provincia del Neuquén). En J. J. Gómez Otero (comp.) *Arqueología. Sólo Patagonia* (pp. 77-87). Centro Nacional Patagónico, Puerto Madryn.
- Hoffman, R. y Hays, C. (1987). The Eastern Wood Rat (*Neotoma floridana*) as a taphonomic factor in archaeological sites. *Journal of Archaeological Science* 14, 325-337.
- Izeta, A., Srur, G. y Costa, T. (2012). Zooarqueología urbana colonial. El caso del centro cultural de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. *Vestigios*, 6 (2), 39-63.
- Landon, D. (1996). Feeding colonial Boston: a zooarcheological study. *Historical Archaeology* 30 (1), 1-153.
- Landon, D. (2005). Zooarchaeology and Historical Archaeology: progress and prospects. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 12 (1), 1-36.

- Lanza, M. (2011). *Zooarqueología de sitios históricos, urbanos y rurales en Buenos Aires*. Tesis doctoral inédita. Universidad Nacional de Luján.
- Lyman, R. L. (1994a). Quantitative units and terminology in zooarchaeology. *American Antiquity* 59(1), 36-71.
- Lyman, R. L. (1994b). *Vertebrate Taphonomy*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Loy, C., Brock, F. y Dyer, C. (2023). Investigating diagenesis of archaeological bones from Etton Causewayed enclosure, UK. *Quaternary international*, Vol. 660, 21-30.
- Mayo, C. (1995) *Estancia y sociedad en la pampa. 1740-1820*. Editorial Biblos. Buenos Aires.
- Marschoff, M. (2007). *Gato por liebre. Prácticas alimentarias en Floridablanca*. Te-seo. Buenos Aires.
- Marschoff M., Bosoni, C. y Starópoli, L. (2010). Patrones de rozamiento en contextos hispanocriollos de fines del siglo XVIII y principios del XIX. *Arqueología* 16, 209-229.
- Marschoff M., Bosoni, C. y Starópoli, L. (2011). Discutiendo marcos de referencia culturalmente específicos en zooarqueología histórica. *Anuario de Arqueología* 3, 78-94.
- Martínez, M., García Lerena, M., Paleo, M. (2019). Puertos, pueblos y saladeros. Magdalena y Atalaya: crecimiento urbano de dos pueblos vinculados en la ribera del Río de la Plata. *Urbania*, 7, 47-68.
- Mazzanti, D. y Quintana, C. (2010). Estrategias de subsistencia de las jefaturas indígenas del Siglo XVIII. Zooarqueología de la localidad arqueológica Amalia (Tandilia Oriental). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 35, 143-170.
- Mengoni Goñalons, G. (1999). *Cazadores de guanacos de la estepa patagónica*. Sociedad Argentina de Antropología, Colección Tesis Doctorales, Buenos Aires.
- Miotti, L. y Fernandez, F. (2024). *Zooarqueología de Vertebrados en América. Un enfoque teórico, metodológico y práctico*. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Merlo, J. (2014). *Aprovechamiento de recursos faunísticos en sitios fortificados de la frontera sur bonaerense en el siglo XIX*. Tesis doctoral inédita, Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Merlo, J., Langiano M. del C. y Ormazabal, P. (2008). La utilización del material faunístico como elemento de combustión en sitios fortificados. En M. T. Carrara (Comp.) *Continuidad y Cambio Social en Arqueología Histórica* (pp. 626-632). Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Montanari, M. (2004). *Food is Culture*. Columbia University Press, New York.
- Montanari, E. y Tapia, A. (2019). Registro faunístico del sitio Mariano Miró. Las prácticas alimenticias de los primeros colonos en el norte de La Pampa (Argentina). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 7, 182-191.
- Montón Subías, S. (2005). Las prácticas de alimentación: cocina y arqueología. En M. Romero (Ed.) *Arqueología y Género* (pp. 158-175). Universidad de Granada, Granada.
- Muñoz, A. S. (2000). El procesamiento de guanacos en Tres Arroyos 1, Isla Grande de Tierra del Fuego. En: *Desde el país de los gigantes. Perspectivas arqueológicas en Patagonia, Tomo II* (pp. 499-517). UNPA, Río Gallegos.

- Oliva, F., L'Heureux, G., De Angelis H., Parmigiani, V. y Reyes, F. (2001). Poblaciones indígenas de momentos post-contacto en el borde occidental de la pampa húmeda: Gascón 1, un sitio de entierros humanos. En F. Oliva, N. de Grandis y J. Rodríguez (Eds.) *Arqueología argentina en los inicios de un nuevo siglo* (pp. 265-274). Laborde, Rosario.
- Olsen, S. y Shipman, P. (1988). Surface modification on bone: trampling versus butchery. *Journal of Archaeological Science* 15 (1), 535-553.
- Outram, A. K. (2002). Bone Fracture and Within-bone Nutrients: an Experimentally Based Method for Investigating Levels of Marrow Extraction. En P. Miracle y N. Milner (Eds.), *Consuming passions and patterns of consumption* (pp. 51-63). McDonald Institute Monographs, Cambridge. <http://hdl.handle.net/10036/30952>
- Parker, R., y Toots, H. (1970). Minor Elements in Fossil Bone. *Geological Society of America Bulletin* 81, 925-932.
- Pedrotta, V. (2005). *Las sociedades indígenas del centro de la provincia de Buenos Aires entre los siglos XVI y XIX*. Tesis doctoral inédita. Universidad Nacional de La Plata.
- Pereira de Morais Jr, G. y Pereira Symanski, L. (2019). Identidades y prácticas alimentarias en la comunidad esclavizada del Colegio de los Jesuitas de Campos dos Goytacazes (Rio de Janeiro). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 13 (1), 33-56.
- Prates, L., Serna, A., Mange, E. y de Jong, I. (2016). Expresión material de la interacción entre indígenas y criollos en un sitio funerario del siglo XIX de Norpatagonia (Chimpay, Río Negro). *Intersecciones en Antropología* 17, 35-48.
- Rafuse, D.J., C.A., Kaufmann, M.A., Gutiérrez, M.E., González, N.A., Scheifler, M.C., Álvarez, A., Massigoge (2017). Taphonomy of modern communal burrow systems of the Plains vizcacha (*Lagostomus maximus*, Chinchillidae) in the Pampas region of Argentina: implications for the fossil record. *Hist. Biol.* 1e17. <https://doi.org/10.1080/08912963.2017.1374957>.
- Ramos, M. y Helfer, V. (2020). El ensamblaje en Arqueología histórica: propuesta. *Atek Na*, 9,110-138.
- Ramos Novelo, C. (2022). Zooarqueología histórica en Yucatán, México: el consumo y aprovechamiento de especies europeas domésticas. *Archaeobios*, 16 (1), 128-154.
- Reitz, E. y Wing, E. (1999). *Zooarchaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Rivera-Sandoval, J. y Funari, P. (2021) Vacas, gallinas, cerdos y moluscos. Aproximación al proceso de transculturación en las pautas de alimentación de Panamá Viejo (siglo XVI-siglo XVII). *Vestígios* 15 (2), 293-314.
- Ruscillo, D. (2003). Alternative methods for identifying sex from archaeological animal bone. En E. Kotjabopoulou, Y. Hamilakis, P. Halstead, C. Gamble y P. Elefanti (Eds.) *Zooarchaeology in Greece: recent advances* (pp. 62-67). 9th ICAZ Conference, Durham.
- Sábato, H. (1989). *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires. La fiebre del lanar 1850-1890*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Sartori, J., Colasurdo, M. B. y Escudero, S. (2011). Zooarqueología Histórica: La necesidad de un enfoque tafonómico integral en Argentina. *Arqueología* 18, 267-277.

- Sesto, C. (2005). *La vanguardia ganadera bonaerense, 1856-1990. Historia del capitalismo agrario pampeano. Tomo II*. Editorial Siglo XXI. Buenos Aires.
- Silver, I. A. (1969). The ageing of domestic animals. En D. Brothwell y E. Higgs (Eds.) *Science in Archaeology* (pp. 283-302). Thames, Londres.
- Shipman, P., Foster, G. y Schoeninger, M. (1984). Burnt bones and teeth: an experimental study of color, morphology, crystal structure and shrinkage. *Journal of Archaeological Science*, 11(4), 307-325.
- Silveira, M. (1999). *Zooarqueología histórica urbana en Buenos Aires*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Buenos Aires.
- Silveira, M. (2003). Historia para arqueólogos. La cadena alimenticia del vacuno: época colonial y siglo XIX y su relación con el uso del espacio en la ciudad de Buenos Aires. Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas.
- Stiner, M. C., Kuhn, S. L., Weiner, S., Bar-Yosef, O. (1995). Differential burning, recrystallization, and fragmentation of archaeological bone. *Journal of Archaeological Science* 22, 223-237.
- Tapia, A. y Montanari, E. (2010). Los restos faunísticos de un fogón del siglo XIX: procesos de formación y prácticas culinarias. Departamento de Loventué, La Pampa. En M. Gutierrez, M. E. de Nigris, P. M. Fernández, M. Giardina, A. Gil, A. Izeta, G. Neme y H. Yacobaccio (Eds.) *Zooarqueología a principios del siglo XXI: aportes teóricos, metodológicos y casos de estudio* (pp. 521-532). Ediciones del Espinillo. Ayacucho.
- Tourigny, E. y Gordon, R. (2023). Zooarchaeology of the Modern Era: an introduction. *International Journal of Historical Archaeology*, 27, 267-273.
- White, T. (1953). A method of calculating the dietary percentage of various food animals utilized by aboriginal peoples. *American Antiquity*, 18 (4), 396-398.
- Zeder, M. (2006). Reconciling rates of long bone fusion and tooth eruption and wear in sheep (*Ovis*) and goat (*Capra*). En D. Ruscillo (Ed.) *Recent advances in ageing and sexing animals bones* (pp. 87-118). Oxbow Books, Oxford.

Capítulo 6

Introducción al análisis de materiales cerámicos

Vanessa N. Bagaloni y Verónica S. Martí

La cerámica es uno de los materiales más estudiados dentro de los contextos arqueológicos en todo el mundo debido a su capacidad de conservación y la diversidad de rasgos que dan cuenta de aspectos sociales, económicos, culturales, simbólicos y políticos, entre otros. A lo largo de la historia, muchas sociedades han experimentado con formas de cocción y de manufactura de arcillas, dando por resultado una distribución espacio-temporal muy amplia de los conjuntos arqueológicos cerámicos. Los primeros hornos conocidos se construyeron durante el período Neolítico en el Cercano Oriente, pero también el Lejano Oriente tiene una tradición arraigada y antigua de producción cerámica –por ejemplo, en China se descubrieron fragmentos de recipientes datados hace 20.000 años- (Wu et al., 2012). En América se estudió la cerámica temprana en sitios ubicados en las costas pacífica y atlántica, que originó diferentes teorías acerca de su origen y distribución en el continente. Los estudios de cerámica prehispánica se desarrollaron desde fines del siglo XIX hasta la actualidad, diversificándose y ampliándose en las últimas décadas en cuanto a los métodos y las técnicas de análisis, las formas de interpretación, sólo para

mencionar algunos aspectos (Balfet et al., 1992; Orton et al., 1997). Esta es la base sobre la cual se cimentan parte de los análisis y las interpretaciones sobre cerámicas de períodos posteriores. En este capítulo, se realiza un recorrido elemental para un primer acercamiento a los conjuntos cerámicos posthispánicos destinado a estudiantes universitarios, investigadores, coleccionistas y/o legos. Este conocimiento es primordial a la hora de estudiar colecciones cerámicas del período colonial y republicano debido a sus particularidades y su potencial como aquí queda reflejado.

Para contextos posthispánicos, medievales y/o postmedievales, el abordaje de la cerámica en un principio se ha centrado en estudios tipológicos basados en la observación de características macroscópicas y decorativas, tanto en Europa como en Norteamérica, y eso ha influido en las investigaciones realizadas desde la década de 1970 en Sudamérica. En este sentido, existe una gran diversidad de estudios cerámicos en contextos americanos (Andrade Lima, 1995; Deagan, 1987; Majewsky y O'Brien, 1987; Noël Hume, 1969) y nacionales. Dentro de estos últimos, se cuenta con sistematizaciones generales de la cerámica histórica (González y Pedrotta, 2006; Schávelzon, 1991) y sobre materiales específicos, como las alfarerías hispano-indígenas y coloniales (Prieto Olavarría et al., 2020; Tapia et al., 2021; Vázquez y Martí, 2011; Zorzi y Agnolin, 2013), las mayólicas (Cocco et al., 2015; Lema, 2015; Zorzi, 2012), las lozas (Bagaloni y Martí, 2021; Dosztal, 2013; Frazzi, 2009; Puebla, 2017; Tomassini y Weimann, 2020; Wagner, 2006), las piezas de caolín (Auge et al., 2018; Langiano y Merlo, 2019; Volpe, 2001) y el gres (Bagaloni y Martí, 2013; Pineau y Andrade, 2018; Schávelzon et al., 2011). Hasta el momento, no se desarrollaron estudios arqueológicos específicos sobre objetos de porcelana en el país, si bien son detallados algunos hallazgos (Chiavazza et al., 2003; Schávelzon, 1991). En líneas generales, estos trabajos describen las características tecno-morfológicas de las muestras analizadas e infieren sus funcionalidades, presentan diversas líneas de abordaje según los contextos arqueológicos sean urbanos, fronterizos y/o rurales, así como indagan las cronologías relativas, la procedencia y las redes comerciales de las cerámicas y sus implicancias económicas, políticas, sociales y culturales.

En la complejidad de los procesos históricos posthispánicos, que afectaron a múltiples actores (indígenas, europeos, africanos, criollos, entre otros), la materialidad fue parte y expresión de esas nuevas configuraciones culturales e identitarias (Lightfoot y Martínez, 1995). A su vez, estas configuraciones se vinculan con la conformación y adscripción a clases sociales y/o estatus, así como con dinámicas de poder, dominación, subordinación y disputa, entre otras cuestiones.

Cambios y continuidades entre las técnicas de manufactura artesanales e industriales

A lo largo de la historia del desarrollo cerámico existieron diferentes maneras de fabricación que van desde las técnicas de manufactura más ancestrales hasta las actuales cerámicas industriales. Todas estas formas de hacer se mantienen vigentes hoy en día. Diversos sistemas tecnológicos complejos de producción cerámica se establecen por un largo proceso de aprendizaje y de transmisión generacional de conocimientos en una sociedad. En este proceso el/la ceramista elige la forma de proceder utilizando materias primas seleccionadas y aplicando técnicas y herramientas en un espacio determinado. En estas acciones intervienen gestos técnicos, es decir, posturas y movimientos realizados de forma consciente e inconsciente, involucrados en cada una de las etapas de la cadena operativa. Esta cadena constituye una herramienta teórica-metodológica para el análisis minucioso de la manufactura cerámica. Por tanto, es importante identificar los movimientos corporales -como unidad mínima de análisis de la acción técnica- y las diferentes etapas de las cadenas operativas para reconocer las maneras de lograr piezas creadas a partir de necesidades funcionales concretas, pero también de elecciones sociales, simbólicas e ideológicas (García Roselló y Calvo Trías, 2013).

De esta manera, las etapas de manufactura realizadas con arcilla fresca, de acuerdo a García Roselló y Calvo Trías (2013), pueden ser:

1. **Obtención y preparación de la materia prima:** comprende la búsqueda de arcillas, de los elementos que se le va a adherir a la pasta y el amasado de las arcillas.
2. **Modelado primario** relacionado con el levantamiento de la pieza:
 - a) **A mano:** métodos de manufactura sin una fuerza centrífuga externa como ahuecado (la bola de arcilla se ahueca desde el interior para formar las paredes); rodeteado, urdido, enrollamiento o técnica de chorizos o colombinos (se realizan chorizos de arcilla y se los puede unir de manera circular, en espiral o por cabalgamiento externo o interno) o por planchas (es un modelado de planchas lisas apretadas sobre una superficie plana que luego se unen).
 - b) **Con torno:** esta técnica utiliza una variedad de tornos (de manubrio o rueda simple, tipo pozo o con dos ruedas) compuestos por una base circular que rota alrededor de un eje y donde la pieza se levanta a partir de la fuerza centrífuga que imprime la rotación del mismo.
 - c) **Moldeado:** se emplean moldes simples o de dos partes, que deben ser porosos para absorber la humedad de la arcilla vertida.

También existen técnicas combinadas, por ejemplo, el uso de torno y moldes o bases moldeadas. Por ejemplo, en la elaboración de la vajilla industrial se combinan estas dos técnicas.

3. **Tratamiento primario de la superficie:** incluye todas las acciones técnicas para darle una terminación a la superficie, desde alisado, compactado, raspado, aguado, pegado de parche y martilleo, hasta la extracción de pasta sobrante.
4. **Modelado secundario:** involucra terminaciones finales de la forma de la pieza como la incorporación de asas, apéndices u orificios, terminación de bordes o del cuello, paleteado y recortado, entre otros.

Luego cuando las piezas ya cursaron un **primer secado** siguen las etapas de:

5. **Tratamiento secundario de la superficie:** bruñido, grafitado, ahumado, excisión, incisión, incrustación e impresión. También la aplicación de engobes, pinturas o esmaltes vítreos con su consecuente secado (**segundo secado**), de diferentes técnicas decorativas como la pintura a mano, la impresión y el esponjeado, así como la aplicación de marcas del artesano y sellos del fabricante de la pieza o del contenido.
6. **Cocción:** refiere a la estructura de cocción (tipo de horno), el combustible y la clase de atmósfera a la que es sometida la pieza (oxidante o reductora). En algunas cerámicas la cocción puede consistir en dos etapas: a) cocción del cuerpo de la pieza y, b) cocción del esmalte vítreo o de la pintura.
7. **Enfriamiento de la pieza:** en la estructura de cocción o fuera de ella, mediante el uso o no de dispositivos para tal fin (trípodes, placas, soportes, columnas refractarias).

Con la influencia musulmana en la península ibérica, después de ocho siglos de ocupación, los artesanos incorporaron en la producción de las piezas distintas tecnologías como el uso del torno, del horno dividido en dos cámaras, de esmaltes a base de estaño y plomo y de sobre esmaltado con reflejo metálico, que se sumó a los conocimientos de artesanos italianos de tradición renacentista (Deagan, 1987). Estas primeras cerámicas “de lujo”, domésticas y edilicias (estilo morisco y mudéjar), estuvieron destinadas a las jerarquías musulmanas y a las cortes cristianas. A partir del siglo XVI, empezaron a incorporarse en el actual territorio argentino cerámicas provenientes de Europa -sobre todo de España como comercio legal-, pero también de otras regiones por contrabando -por ejemplo, desde Portugal-. Las mayólicas y las cerámicas toscas pueden identificarse en contextos arqueológicos coloniales americanos desde ese momento en

adelante. En el período colonial temprano se produjeron procesos de integración y/o reemplazo de formas de producción, técnicas, morfologías y usos de la cerámica entre las originarias americanas y las foráneas, sobre todo europeas. A nivel tecnológico, a las formas de fabricación tradicionales (pastas, técnicas de manufactura y técnicas de cocción) se integraron las tradiciones europeas a partir del uso de nuevas tecnologías como, por ejemplo, el uso del torno o la aplicación de esmaltes vidriados. Además, comenzó en territorio americano la producción de cerámicas de tradición europea (formas, usos y técnicas) con pastas locales. Desde mediados del siglo XVIII ingresaron, primero por contrabando y luego por vías comerciales legales, lozas, gres y porcelanas, que constituyen las cerámicas de producción industrial de países como Inglaterra, Francia, Países Bajos y Bélgica, que involucraron maquinarias, producción en serie y a gran escala. A partir del siglo XX, la producción cerámica industrial se hizo de manera local con la fabricación de lozas, porcelanas y cerámicas de pastas rojas, entre las más comunes.

Características tecno-morfológicas y decorativas de los principales grupos cerámicos

Los diversos materiales cerámicos se clasifican por las características de las materias primas utilizadas en sus arcillas, por las temperaturas y las técnicas de cocción, por el tratamiento de las superficies y la presencia de diferentes tipos de vidriados según sus composiciones químicas, por sus formas y su decoración. Estas características dan indicios de los lugares de fabricación y de las cronologías, así como su uso y manufactura. De esta manera, se reconocen distintos grupos cerámicos (alfarería, mayólica, loza, caolín, gres y porcelana) que pueden tener funciones disímiles, por ejemplo, utilitarias (almacenamiento, vajilla de cocina o de mesa, utensilios), de uso personal (frascos de ungüentos, brillantinas para el cabello, pipas), de higiene (recipientes para pasta dental, farmacia), rituales (recipientes para ceremonias religiosas), sanitarios (caños, bache, letrina, mingitorio), constructivos (ladrillos, azulejos, tejas, baldosas) o industriales (elementos de aislamiento eléctrico), decorativos y lúdicos (figurillas, fichas de juego), entre otros.

En la Tabla 6.1, siguiendo la propuesta de González y Pedrotta (2006:209), se clasifica la cerámica según el tipo de pasta en dos grandes grupos (porosas y compactas) teniendo en cuenta la composición, la cocción, la técnica de manufactura, el tratamiento de la superficie y la decoración. Dentro de las **PASTAS POROSAS** se encuentran las alfarerías, las mayólicas, las lozas y los objetos de caolín que presentan una primera cocción por debajo de los 1100°C, dando como resultado piezas con una vitrificación incompleta de las pastas -ya que sus componentes no logran fundirse- y una porosidad -capacidad de absorber agua- media a alta, por lo que son permeables.

Tabla 6.1 Clasificación y caracterización de los tipos cerámicos

Tipo de cerámica	Pasta y composición	Técnicas de manufactura	Cocción	Tratamiento de la superficie	Patrones decorativos
Alfarería	PASTA POROSA Arcilla, arena y otros antiplásticos.	Manual: rodeteado, plancha, ahuecado, levantado (cerámica prehispánica indígena y cerámicas posthispánicas indígena, afro, criolla). Con torno, moldeado, por plancha o ahuecado (cerámicas posthispánicas indígena, afro, criolla y cerámicas toscas con y sin cobertura esmaltada).	Estructuras de cocción abiertas o cerradas. Temperatura entre 650 y 950 °C. Una o dos fases de cocción. Fase de cocción del esmaltado o vidriado para las cerámicas toscas. Colores de pasta: gris, ocre, marrón, rojo y sus gamas según la cocción en atmósfera reductora u oxidante. Texturas porosas y rugosas. Durezas medias a bajas.	Tratamientos primarios (alisado, compactado, raspado, aguado, pegado de parche y martilleo). Tratamientos secundarios (bruñido, aplicación de engobe, abrillantado, grafiado, ahumado, excisión, incisión, impresión, grabado, pintado, rellenado de engobe, incrustación, aplicación de elementos modelados o moldeados, decoración corrugada por moldeado). Para las cerámicas toscas: engobe blanco, esmaltado (verde, amarillo, ocre, anaranjado, marrón).	Geométrico, bandeado, lineal, figurativo, etc.
Mayólica	PASTA POROSA Arcilla calcárea, arena y cal.	Torno, molde y modelado.	Estructuras de cocción cerradas. Temperaturas entre 950 y 1200°C. Dos o tres fases de cocción: 1) del cuerpo de la pieza, 2) del esmaltado y 3) del esmaltado de decoración. Colores de pasta: blanca, rosada, ocre, roja, amarilla, anaranjada, tendiendo a colores claros dentro de las gamas. Textura suave, porosa, similar a la tiza. Durezas medias a bajas.	Tratamiento primario: alisado. Tratamientos secundarios: vidriado con esmalte de óxido de estaño y plomo. Aspecto del esmalte variable en el brillo, presencia de puntos y burujas; se encuentra débilmente unido a la cerámica base con lo cual se salta fácilmente. Pintada a mano. Color de la pintura: blanco, azul, negro, verde, violeta, amarillo, naranja.	Patrón en función de las tradiciones (Morisca, Triana, Italianizante, Talavera, etc.). Motivo: Círculos concéntricos. Escudos. Letras árabes o góticas. Motivos florales. Escenas de animales. Paisajes. Figuras humanas.

Loza	PASTA POROSA Arcilla, arena y cal.	Torno, molde y modelado. Según el tipo y el color de la pasta, la calidad del vidriado y la decoración se reconocen tres tipos de lozas: <i>creamware</i>, <i>pearlware</i> y <i>whiteware</i>. Dentro de las lozas <i>whiteware</i> se incluyen las lozas semivitrificadas como las variantes <i>white granite</i> e <i>ironstone</i>.	Estructuras de cocción cerradas. Temperaturas entre 1100 y 1450 °C. Dos o tres fases de cocción: 1) del cuerpo, 2) del esmaltado, 3) de la decoración sobre vidriado. Color de la pasta: blanco y sus gamas (rosado, amarronado claro, amarillo claro o gris claro). Texturas ligeramente porosas. Durezas medias a altas.	Tratamiento primario: alisado. Tratamiento secundario: vidriado por inmersión, por aplicación con pincel o esponja, pintado sobre vidriado. Técnicas: Pintada a mano, esponjeada, impresa y moldeada. Colores azul, marrón, verde y rojo. Desde 1830-35 con la incorporación de óxidos de cromo aparecen más colores: rosa, morado, celeste, gama de verdes y azules, amarillo, violeta, negro.	Patrón: <i>Gaudy Dutch</i>, <i>Shell Edge</i>, Banda perimetral, Anular, <i>Chinoiserie</i>, Chinesco <i>Willow</i>, <i>Flow Blue</i>, etc. Motivo: chino (sauce, pagodas, melocotón, lago personajitos), lineal o geométrico (en banda o anular), botánico, floral, paisajístico (romántico), campestre, heroico), zoomorfo, antropomorfo, de objetos. Borde de concha, plumas, patas de pollo, trigo.
Caolín	PASTA POROSA Caolinita.	Moldeado y modelado.	Estructuras de cocción cerradas. Color de la pasta: gama de blancos. Texturas suaves, poco porosa. Durezas medias a altas.	Tratamiento primario: engobe de arcilla. Color blanco y gama de blancos.	Pipas de caolín: en cazuela: figuras y caras humanas, cabezas animales. Letras y números. En el tubo: sello de marca de fabricación.

Gres	PASTA COMPACTA Arcilla refractaria. Feldespato.	Torno, molde y modelado.	Estructuras de cocción cerradas. Temperaturas de 1250 a 1400°C. Dos fases de cocción: 1) del cuerpo y 2) del esmalte o baño de sal. Color de la pasta: gris, marrón, crema o blanco, y sus gamas. Textura suave y compacta. Dureza muy alta.	Tratamiento primario: alisado. Tratamiento secundario: vidriado por aplicación de baño de sal (anaranjados) o de esmaltes (marrón y crema). Pintado bajo vidriado.	Bellaminas: elementos moldeados en relieve (caras barbudas, rosetones, medallones heráldicos y otros motivos). Botellas / Frascos: grabado y/o aplicación de sellos (en positivo y negativo).
Porcelana	PASTA COMPACTA Caolín Feldespato Sílice.	Torno, molde y modelado.	Estructuras de cocción cerradas. Temperatura de 800°C a 1400°C. Dos fases de cocción: 1) del cuerpo y 2) del esmalte. Color de la pasta: blanco y gama de blancos. Vitrificada, sonora y translúcida. Textura suave. Dureza muy alta.	Tratamiento primario: alisado. Tratamiento secundario: sin vidriar o vidriado. Pintado a mano bajo y sobre vidriado, moldeado, modelado, impresión, excisión, técnica del grano de arroz.	Oriental: Ming, Jingzi, Kraak, Swatow. Kirande, Jiajing, entre otras (con motivos de flores, melocotón y sauces, pagodas, dragones, etc.) Europea: Meissen, Fábrica Real de Porcelana de Berlín, Villeroy y Boch, Derby, Limoges, Sevres.

Fuente: Elaboración propia de las autoras.

La **alfarería** refiere a cerámicas que se pueden manufacturar de forma manual y/o con torno, con técnicas básicas, que se cuecen a temperaturas entre los 650 y 950°C. Dentro de este grupo conviven una gran diversidad de alfarerías pre y posthispánicas, en función de los grupos étnicos y del área de ocupación, entre otros aspectos, por lo que se desarrollará de forma general. En Argentina, comprende las **cerámicas de producción indígena prehispánica** elaboradas por los pueblos originarios, acerca de la cual existe una enorme cantidad de estudios arqueológicos. Otro grupo son las **cerámicas de producción local o regional posthispánica** con variantes que se denominan de diferentes formas según los autores y los contextos arqueológicos: “de contacto”, “criolla”, “monocroma roja”, “decorada”, “colonial”, “afro”, entre otras (Schávelzon, 2001; Zorzi y Agnolin, 2013). Estas diferenciaciones contextuales remiten a la posibilidad de que hayan sido manufacturadas por poblaciones indígenas en situación de contacto, por personas africanas asociadas al flujo de esclavos a través de comercio transatlántico o de la integración de éstas con las poblaciones euro-criollas. En ese caso, las cerámicas pueden combinar técnicas de manufactura, formas y decoración originarias y foráneas (Álzate Gallego, 2012). Esta clase de cerámica se halla, en general, asociada a materiales europeos e incluye piezas con diversas funciones -candeleros, pipas y tinajas-, así como cerámicas monócromas y policromas (Zorzi y Agnolin, 2013).

Otro conjunto lo integran las denominadas **cerámicas toscas**, en la literatura anglosajona *coarse earthenware* (Deagan, 1987), cuya composición de las pastas es variable, pero que tiene un contenido de óxido de hierro mayor que le da una coloración en la gama de los rojizos, ocre y anaranjados (Figura 6.1 A, B, C y D). Las que se encuentran en contextos arqueológicos de Argentina fueron manufacturadas en Europa (España, Portugal, Holanda, Alemania e Inglaterra) desde el siglo XVI, pero perduraron hasta finales del siglo XIX. Además, hubo cerámicas de este tipo que provenían de otras regiones de América (Panamá, México y Guatemala) y de producción local –por ejemplo, en Buenos Aires, Santa Fe, Mendoza-. En general, fueron confeccionadas con torno, pero también de manera manual, con morfologías y decoración de tradición europea. Existe una enorme diversidad de formas para transporte y almacenamiento de productos (botijas, cántaros, tinajas, tinajones, macetas) y para uso doméstico (bacines, bacinillas, lebrillos, jarras, escudillas, platos, tazas, ollas, pocillos) (Deagan, 1987:27). Se pueden distinguir: 1) cerámicas toscas **sin cobertura esmaltada** como las *Olive jars*, *Redware*, *Greyware* (hidroceramos), Micácea naranja, etc.; y 2) cerámicas toscas **con cobertura esmaltada** (de estaño, plomo y sílice) como las Melado, Lebrillo verde, Carrascal, *Morroware*, *Reyware*, *Slipware*, y sus variantes, entre muchas otras (Deagan, 1987; Schávelzon, 2001).

Figura 6.1 Diversos tipos y morfologías de objetos cerámicos posthispánicos.



Nota. **A.** Olla globular con asas e interior vidriado (s. XVII). **B.** Fuente vidriada (s. XIX). **C.** Botija tipo *Olive jars* (s. XVII-XVIII). **D.** Búcaro globular de paredes finas y bruñidas (s. XVII). **E.** Plato de mayólica valenciana (s. XV). **F.** Fragmento de bacín de mayólica Triana (s. XVIII). **G.** Plato de mayólica italianizante Liguria (s. XVI). **H.** Plato de mayólica Panamá Polícromo (s. XVII). **I.** Bacinilla loza *creamware* lisa (s. XVIII-XIX). **J.** Base de *bowl* de loza *pearlware* anular con acumulación de cobalto en los ángulos (s. XIX). **K.** Tapa de sopera de loza *whiteware* moldeada y pintada con dorado (s. XIX). **L.** *Bowl*/loza *whiteware* pintado a mano, polícromo (s. XIX). **M.** *Bowl*/loza *whiteware* impresa en marrón (s. XIX). **N.** Bellarina (s. XVII). **Ñ.** Botellas de ginebra (s. XIX). **O.** Botella de cerveza inglesa (s. XIX). **P.** Botella de brillantina (s. XIX). **Q.** Plato con patrón del sauce (s. XVIII). **R.** Industrial (s. XIX-XX). **S.** Canicas (s. XIX-XX). Fuente: elaboración propia de las autoras con imágenes tomadas personalmente en distintos repositorios, museos y sitios arqueológicos.

Si bien no suele ser una tarea fácil identificar estas cerámicas, algunos tipos pueden ser muy útiles para establecer cronologías relativas de los contextos de procedencia, como es el caso de las *Olive jars* (también llamadas tinajas, botijas, botijuelas y/o botijas peruleras) destinadas al almacenamiento (agua, aceite, vinagre, vino) y transporte. John Goggin (en Deagan, 1987:31) establece tres estilos de estos contenedores ultramarinos manufacturadas en España, que fueron variando en formas y proporciones a lo largo de tres siglos: temprano (1500-1580), medio (1580-1780) y tardío (1780-1850). Entre sus características macroscópicas, se destaca un cuerpo globular u ovalado, un cuello restringido y una cobertura blanquecina de arcilla (a base de sulfuro de estaño, Figura 6.1.C). En algunos casos, tienen un vidriado interno en la zona de la boca y gollete, y otro externo con esmalte de plomo (verde, amarillo o pardo). Schávelzon (2001) clasificó a las cerámicas toscas como “cerámicas rojas de tradición europea” e incluye casi las mismas variantes que Deagan (1987). No obstante, estas categorías y criterios de identificación y clasificación cerámica siguen siendo discutidas.

Las **mayólicas** tienen su origen en el siglo VII a.C. en Oriente Medio y se elaboraron en Europa (España, Italia, Francia, Holanda, Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Portugal) desde el siglo X hasta el siglo XIX, a partir de la tradición islámica. Su mayor apogeo se dio entre los siglos XV y XVII, abarcando una gran variedad de cerámicas manufacturadas con torno o con molde. Las temperaturas de horneado (mediante el uso de caja refractaria para evitar la exposición directa) son un poco más altas que las anteriores y van desde los 950 a 1200°C. La pasta no es compacta, tiene una porosidad media a alta, está compuesta por arcilla calcárea, arena y cal, y se halla recubierta por un esmalte de óxido de estaño y plomo o sal con componentes silíceos. Este proceso da como resultado piezas con un aspecto vítreo u opaco y semi-impermeables.

Existe una diversidad muy grande de formas, colores y motivos decorativos en las mayólicas, de acuerdo a la procedencia, a los diferentes períodos y los talleres de producción (Figura 6.1 E, F, G, H); con distintos sistemas clasificatorios (Deagan, 1987; Schávelzon, 2001). Para el caso de España, en la región de Andalucía se destacan la **tradición Morisca**, con los tipos Columbia liso (siglos XV-XVII, color blanco), Isabela polícromo (siglos XV-XVI, azul/negro sobre blanco, círculos concéntricos en el centro con escudos, letras árabes o góticas) y Yayal (siglos XVI-XVII, azul sobre blanco), entre otros; la **tradición Italianizante**, con los tipos Sevilla (siglos XVI y XVII, azul sobre blanco, azul sobre azul, platos y bolws, diseños de líneas, tallos y hojas) y Caparra (siglos XV-XVI, azul, recipiente de uso farmacológico como el

albarelo), entre otros; y la **tradición Triana** (ramazón, floreal, anular, polícroma, esponjeada) desde el siglo XVIII, en escudillas, platos y otra vajilla de mesa en colores blanco, azul, violeta, negro, amarillo y verde. En la región de Toledo, se encuentra, por un lado, la **tradición Talavera**, que puede ser azul sobre blanco (siglos XVI–XVIII) o policromo (siglos XVI–XVII), y que presenta una mayor complejidad decorativa: escenas de animales, paisajes, figuras humanas, motivos florales, con influencias renacentistas y barrocas en platos, fuentes, tazas. Por otro lado, la **tradición Ichtucknee** (siglos XVI–XVII, azul sobre blanco) con influencias orientales en la decoración imitando a la porcelana Ming. También existieron más centros de producción de mayólicas en otras regiones españolas como Valencia. Además, estos artículos de lujo en el período colonial tuvieron gran desarrollo en otros países desde el siglo XVI como, por ejemplo, Italia (Montelupo y Faenza) lugar de fabricación original de la mayólica, Francia (*Faience*), Holanda (*Delftware*), Inglaterra (*Maiolica*) y Portugal (*Faianca Malegueira*, diseño *miudo Aranhos*, de inspiración francesa) (Pascuali, 2013; Zorzi, 2012).

En América existieron centros de producción de mayólicas que siguieron las características morfológicas y estilísticas de las mayólicas españolas de la época, con variantes decorativas locales. La diferencia entre éstas y las ibéricas es, fundamentalmente, el tipo de pasta de color terracota, consecuencia del uso de arcillas americanas. A partir del siglo XVI, artesanos españoles se instalaron en México (Ciudad de México y Puebla) para fabricar mayólicas de la tradición Talavera. En Guatemala, desde finales del siglo XVI, se reprodujeron las tradiciones de Sevilla y en Panamá las mayólicas se manufacturaron según la tradición de Granada la centuria siguiente (Figura 6.1 H). Otros centros productores fueron Colombia (Cartagena de Indias) y Perú (entre otros, Lima y Cuzco). En este último, la mayor influencia provino de la mayólica de Teruel, de variados colores como verde y marrón, que expresaban un sincretismo en las decoraciones mediante el agregado de diseños nativos. En Ecuador (Quito y Cuenca) comenzaron a fabricarse desde el siglo XVIII. Así se evidencia en el continente americano una gran producción, distribución y comercialización de mayólicas.

Las **lozas** constituyen un grupo de cerámicas de amplia difusión que surgió masivamente en Inglaterra durante el siglo XVIII por distintos motivos, entre ellos, el interés por imitar a las costosas porcelanas orientales –sobre todo la pasta–, por acelerar los tiempos de la producción manual a partir de moldes de manera industrial y por reducir los costos. Esto permitió el acceso a variados grupos sociales, a diferencia de las mayólicas. La categoría loza comprende producciones con múltiples características, orígenes, funcionalidades

y representaciones, que han sido estudiadas desde la arqueología histórica en América (Andrade Lima, 1995; Chiavazza et al., 2016; Deagan, 1987; Frazzi, 2009; González y Pedrotta, 2006; Majewski y O'Brien, 1987; Miller, 1991; Noël Hume, 1969; Schávelzon, 1991, 2001). La loza es una cerámica cuya arcilla es caolinítica, de pasta poco porosa y blanca, que se cuece entre los 1100 y 1450°C, con cierta consistencia vítrea que confiere una incipiente impermeabilidad y dureza. Se trata de piezas elaboradas en torno, en moldes, con una combinación entre torno y molde (sobre todo en la etapa industrial) y modeladas (Frazzi, 2009; González y Pedrotta, 2006). El vidriado está compuesto de sulfuros, sílice, estaño y plomo (González y Pedrotta, 2006).

Los estudios arqueológicos suelen diferenciar tres tipos de lozas según el tipo y color de la pasta, la calidad del vidriado y la decoración (Figura 6.1 I, J, K, L y M): *creamware* o loza crema (1760-1820), *pearlware* o loza perla (1780-1840) y *whiteware* o loza blanca (1820-actualidad). Esta clasificación cronológica se basa principalmente en las diferentes calidades de la loza a través de tiempo, con la mejora en la calidad de las arcillas y el vidriado mediante la adición de óxidos de cobalto al esmalte para darle una apariencia más blanquecina a la pasta y a la pieza, en el afán de imitar a las porcelanas. Sin embargo, sobre todo entre las categorías *pearlware* y *whiteware*, los límites entre una y otra son transicionales, acorde a cambios progresivos en la composición y en la apariencia que dieron como resultado una variedad de lozas intermedias (Bagaloni y Martí, 2021; Frazzi, 2009; Miller, 1991). Los principales centros de producción se concentraron en Inglaterra, en las ciudades de Staffordshire, Yorkshire, Burslem y Leeds, donde las fuentes de aprovisionamiento de las arcillas eran accesibles y cercanas, pero existieron otros centros de producción de lozas en Francia, Bélgica, Alemania, España y en América hacia fines del siglo XIX. En Argentina, se elaboraron desde el siglo XX en fábricas como Lozalito, Boulogne, Riviera, Carstens, Hartford, Festival de Lozadur, JIMA, Verbano y Tsuji, algunas de las cuales aún continúan funcionando.

Mayormente, se produjeron juegos de vajillas de mesa con un rango de formas y tamaños muy diverso (por ejemplo, desde pocillos de café hasta salseras). Los diferentes tipos de lozas pueden clasificarse cronológicamente no sólo por la apariencia de sus vidriados y cuerpos, sino también por las técnicas, patrones y motivos de decoración (ver Tabla 6.1). En este sentido, se observan diversos tipos de técnicas decorativas sobre o bajo vidriado: pintadas a mano, esponjeadas, impresas y moldeadas. A su vez, en cada uno de estos grupos existe una gran cantidad de variantes y combinaciones (Andrade Lima, 1995; Bagaloni y Martí, 2021; Schávelzon, 2001). Dan indicios de las cronologías los pigmentos -por ejemplo, uso de óxidos de cromo hacia 1830, que permitió el

desarrollo de colores como rosa, violeta, negro, verde y azul claro-, las técnicas –por ejemplo, la esponja cortada, desde 1845- y los motivos decorativos –por ejemplo, los motivos chinoscos impresos desde 1783-. Además, desde 1842 se incorporaron sellos (patentes en patrones decorativos) que indican fecha de fabricación, fábrica, decorador, lote, etc. También se imprimieron marcas o palabras, algunas asociadas a fechas muy precisas, como *England* (desde 1875), *Trademark* (desde 1862), *Limited* (desde 1880), *Made in England* (desde 1900) (Andrade Lima, 1995; Pineau y Andrade, 2022; Schávelzon, 2001).

El **caolín** corresponde a un tipo de cerámica compuesta por caolinitas. Los términos caolín y caolinita, derivan del término *Ka O Ling*, que es un importante yacimiento chino en la provincia de Kiangsi. De esa localidad procede este tipo de arcilla usada por los chinos para hacer las porcelanas. Además, se utilizó para la fabricación de pipas (Figura 6.2), bolitas de juego (Figura 6.1 S), juguetes y botones (Schávelzon, 2001). Las pipas de fumar se produjeron desde el siglo XVI hasta fines del siglo XIX. Muchos autores concuerdan que el origen de las pipas de caolín fue producto de la influencia del uso de pipas de los indígenas americanos una vez ocurrida la conquista europea. A partir de esos primeros prototipos, se produjeron pipas de diferentes formas y medidas, con presencia de sellos y decoraciones moldeadas, que variaron de acuerdo con las modas y como resultado de improvisaciones de los fabricantes. Inglaterra, con sus centros de producción en Londres, Bristol, Chester y Liverpool, fue el primer productor; inicialmente de manera artesanal para luego utilizar moldes (Ayto, 1979). Hacia el siglo XVII se empezaron a fabricar en Holanda y hacia fines de la centuria en Francia. Desde ese momento, se exportaron a las colonias (Norteamérica, Sudamérica, Australia, Islandia entre otras regiones) ampliando el universo de consumo a través de inmigrantes europeos, criollos y esclavos africanos. La adopción y difusión de las pipas fue muy rápida.

Las pipas están compuestas de una cazuela, cazoleta u hornillo, que es la parte donde se introduce el tabaco, y un tubo con un orificio interno longitudinal conectado a la cazuela denominado caña, tubo o cánula -con un largo de hasta 35 cm o más-, en cuyo extremo se encuentra la boquilla, en la que se apoya la boca para fumar (Schávelzon, 2001). También existen piezas sin boquillas a las que se les agregaba una caña o tubo hueco para evitar quemaduras. Hacia fines del siglo XIX la costumbre de fumar en pipa de caolín se reemplazó por el consumo de cigarros y cigarrillos, declinando su manufactura. En Argentina, en la mayoría de los sitios estos objetos presentan adscripciones temporales que van desde fines del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX (Auge et al., 2018; Langiano y Merlo, 2019; Volpe, 2001).

Box 6.1

Pipas de caolín

Facundo Gómez Romero

El análisis de las pipas de caolín ha acompañado el origen y posterior desarrollo de la arqueología histórica, y lo continúa haciendo en la actualidad. Estas pipas, de pequeñas cazoletas y largos tubos, fabricadas con frágil arcilla blanca, fueron confeccionadas en el norte de Europa desde fines del siglo XVI hasta principios del XIX. Su utilización fue masiva y muy popular, llegando las firmas más importantes a fabricar más de cincuenta mil pipas por día. Los avances del capitalismo por todo el ancho mundo determinaron que éstas sean recuperadas en yacimientos de arqueología histórica de todo el globo, desde Alaska hasta las Pampas y de Australia a Noruega.

En Argentina, las pipas de arcilla fueron recuperadas en contextos arqueológicos por primera vez por Daniel Schávelzon. En cuanto a quiénes las fumaban, en la literatura de viajeros existe, para el ámbito urbano, la mención del científico D' Orbigny, quien para principios del siglo XIX refiere a que en Buenos Aires "Las lavanderas negras o mulatas...se dirigen al río, fumando gravemente su pipa" (D'Orbigny, 1998, Tomo II, p. 475). En el Reino Unido y los Estados Unidos, la utilización de pipas de caolín por parte de mujeres también se asocia a las clases trabajadoras (Inskip y Muir, 2023:164). Volpe (2001) analiza cientos de fragmentos de estas pipas recuperadas en la ciudad de Rosario. No obstante, los hallazgos en contextos rurales diversos de la frontera Sur y Oeste de Buenos Aires o La Pampa, siempre son escasos, reduciéndose a no más de unos pocos fragmentos de tubos o de tan sólo una cazoleta por yacimiento.

En un sondeo de un metro cuadrado efectuado en el sitio "Pulpería de la Loma Partida" (Rauch, provincia de Buenos Aires) se recuperaron ocho ejemplares de pipas de caolín en diversos estados de fragmentación. La "Loma Partida" fue una pulpería y también posta de carruajes de caballos, situada desde la década del treinta del siglo XIX a la vera del camino real que unía el Fuerte Independencia (actual Tandil) con la ciudad de Buenos Aires. La misma poseía foso defensivo y se ubicaba sobre la loma casi encima del paso de toscas del arroyo Languelyú, por donde pasaban las carretas.

Seis de los cuarenta y siete fragmentos de pipas de caolín recuperados en el sondeo efectuado en dicho yacimiento poseen inscripciones que denotan

su procedencia (Figura 6.2). La inscripción presente en todos los tubos es la siguiente: “L. Fiolet” y por debajo “St. Omer”. La misma pertenece a la fábrica de pipas ubicada en el norte de Francia en *Pas de Calais*. Esta firma, creada por el industrial Louis Fiolet, fue una de las más populares de Francia, estando activa en la producción de esta clase de pipas desde el año 1761 hasta la década del 20' del pasado siglo (Schávelzon, 2014:46).

El número mínimo de pipas de caolín encontradas en el sondeo es de ocho ejemplares, habiendo utilizado para el cálculo los fragmentos de cazoletas y las cazoletas enteras. De acuerdo con el catálogo de la fábrica, los ejemplares encontrados en la Pulpería de la Loma Partida fueron fabricados en la década de 1830-1840. Tres cazoletas de la muestra fueron analizadas por A. Capparelli (División de Arqueología del Museo La Plata). Los análisis determinaron que se fumó tabaco y otra sustancia todavía no identificada. Posteriores excavaciones en el citado yacimiento permitirán avanzar en el conocimiento de este tipo de objetos, cuyo hallazgo constituye una auténtica marca registrada de la arqueología histórica a nivel mundial.

Figura 6.2 Cazoletas y tubos de pipas de caolín del sitio Loma Partida.



Fuente: Imagen tomada por el autor.

En cuanto a las **PASTAS COMPACTAS**, con vitrificación completa e impermeables, se encuentran el gres y las porcelanas. El **gres** está constituido por arcillas refractarias y feldespato, se le efectúan dos cocciones, entre los 1100 y 1350°C, sometiéndolo a un proceso de vitrificación mediante un baño de sal y plomo y, ocasionalmente, esmalte. Las pastas pueden ser de color gris, marrón, crema o blanco. Los recipientes de gres se fabricaron mayormente con torno y registran improntas bien diagnósticas tanto en su interior como en el exterior (Balfet et al., 1992). En algunas piezas se utilizó el moldeado y el modelado a mano para la adición de asas y picos (Adler, 2005). Los tratamientos de las superficies, tanto externas como internas, muestran diferentes coloraciones entre marrones, grises, rojos y amarillos, mientras que los vidriados externos e internos pueden ser brillantes, opacos o semiopacos, dependiendo del grado de vitrificación y de los componentes involucrados en la cocción -por ejemplo, sal, manganeso, cobalto, etc.- (Bagaloni y Martí, 2013). Las formas y tamaños de los recipientes (bellarminas, botellas, botellones, frascos; Figura 6.1. N, Ñ, O, P) varían considerablemente de acuerdo con el tipo de producto original, en su gran mayoría, agua mineral carbonatada y bebidas alcohólicas (cerveza, ginebra, porter y sidra); también barniz, betún, brillantina, mostaza, pickles, pintura, tinta, tinturas y vinagre (González y Pedrotta, 2006; Noël Hume, 1969; Schávelzon, 2001; Schávelzon et al., 2011). Pueden tener sellos impresos o etiquetas adheridas. Conformaron un grupo de recipientes muy resistentes, de alta compacidad, gran dureza, impermeables y cerrado hermético. Las primeras piezas de gres se fabricaron en China, a partir del siglo III a.C. durante la dinastía Qin (García Ormachea Quero, 2003). En Europa las fuentes de aprovisionamiento de arcillas de gres se hallaron en la Selva Negra (Alemania) y los inicios de la producción de recipientes de gres allí y en los Países Bajos data del siglo XVI. En Gran Bretaña se produjo profusamente gres en los siglos XVIII y XIX.

La **porcelana** se elaboró originalmente en China, Japón y Corea. Su historia se remonta a la dinastía china Tang (618-907 d.C.) y su desarrollo fue en constante crecimiento hasta hoy. La porcelana está compuesta por caolín al que se adicionan cal, porcelana cocida molida, arena, feldespato y sílice. El resultado es una cerámica muy dura, resistente, translúcida y sonora. Las piezas se someten a dos cocciones, una para la pieza en estado de bizcocho (entre 700-800°C) y la otra para fijar el esmalte (hasta 1400°C) (Freestone, 2000). A partir de sus formas particulares de combustión en hornos, los chinos lograron elevar las temperaturas de cocción hasta casi los 1400°C ya a comienzos del siglo XVII. En el siglo XVIII, los europeos descubrieron la fórmula de composición de las porcelanas chinas, hallaron fuentes de caolín en Francia y en Inglaterra (por ejemplo, la fábrica de porcelana Derby en Londres) y empezaron a confec-

cionarlas en Alemania (en Dresde y Meissen, con su diseño característico de cebolla). Las porcelanas blandas fueron intentos de imitar la porcelana china y tuvieron bastante desarrollo entre los siglos XVII y XVIII (Freestone, 2000; García Ormachea Quero, 2003). En este sentido, Gran Bretaña tuvo un impacto significativo en el mercado internacional con la fabricación de la porcelana *bone china* introducida en 1790 y adoptada por las fábricas de Staffordshire, que se impuso como la porcelana británica. Se trata de una porcelana compuesta por arcillas chinas, piedra china y huesos animales calcinados, muy maleable, traslúcida y extremadamente blanca, con muy poca o nula decoración, que tuvo una amplia difusión en la vajilla de té durante el siglo XIX (Majewski y O'Brien, 1987). A partir del siglo XIX apareció un grupo de porcelanas opacas europeas representadas, mayormente, por figurillas humanas moldeadas y modeladas. Para fines de esa centuria, no sólo se manufacturaba vajilla de porcelana, sino también floreros, muñecas, jaboneras, tarros y cubiertos.

En cuanto a las técnicas de decoración fueron variadas -del pintado a mano a la técnica del grano de arroz-. Dentro de los patrones y motivos decorativos estuvieron los orientales -pagodas, sauces (Figura 6.1 Q), dragones, melocotones, flores, figuras humanas- y los europeos -pastoriles, clásicos, románticos, góticos, florales, de paisajes exóticos, etc.-. Por último, los distintos elementos y objetos en loza, gres y porcelana que se fabricaron con fines constructivos e industriales (Figura 6.1 R), se desarrollan en otro apartado más adelante.

Propuestas para su identificación, clasificación, análisis e interpretación

Para realizar una primera aproximación analítica a un conjunto cerámico arqueológico, se identifica a las piezas a nivel macroscópico (a ojo desnudo, con lupa binoculares) siguiendo una serie de variables según la propuesta de diversos autores (Ayto, 1979; Bagaloni y Martí, 2013, 2021; Balfet et al., 1992; Deagan, 1987; Freestone, 2000; García Roselló y Calvo Trías, 2013; González y Pedrotta, 2006; Majewski y O'Brien, 1987; Miller, 1991; Noël Hume, 1969; Orton et al., 1997; Schávelzon, 2001; entre otros). Las variables, que se exponen en la Tabla 6.2, son de aplicación general para cualquier tipo de cerámica (alfarería, mayólica, loza, caolín, gres o porcelana). Además de registrar la procedencia del objeto o fragmento estudiado, se deben tomar sus dimensiones e identificar el tipo, el color, las inclusiones y la dureza de la pasta; la parte y el tipo de recipiente u objeto; las técnicas y las marcas de manufactura; el tratamiento de la superficie; la decoración y el color en ambas caras del objeto (interna/externa, ventral/dorsal). Todas estas variables permiten inferir el tipo cerámico. Luego,

se deben evaluar las marcas de uso y las marcas postdepositacionales, las relaciones de ensamblaje (remontajes para reconstruir la forma original), si existió alguna reparación (para que la pieza siga cumpliendo su función) y de reúso (si fue reusada con o sin modificación). Finalmente, se integra información de: a) catálogos de colecciones digitales de cerámicas arqueológicas -Schávelzon, 2001¹; Lettieri et al., 2009²; Museo de Historia Natural de la Florida³; *Society for Clay Pipe Research*⁴-; b) catálogos de coleccionistas; c) fuentes escritas (inventarios, sucesiones, lista de comercios, catálogos de ventas, entre otros); y d) fuentes no escritas (pinturas, fotografías, publicidades) (Figura 6.3). De esta manera, se puede estimar un rango cronológico tanto de fabricación, como de uso en el contexto del sitio arqueológico o colección en cuestión.

De igual forma, para cada tipo de cerámica se propone focalizar en algunas características particulares. En líneas generales, para el análisis e identificación de las alfarerías y de las cerámicas toscas se considera el tipo de pasta -sobre todo su porosidad-, el tipo de inclusiones y cavidades, y la dureza. A partir de la observación de las macrotrazas -marcas o alteraciones que se producen al aplicar esfuerzo sobre la arcilla a través de las manos o una herramienta como el torno- se puede deducir cómo fue levantada la pieza y los tipos de tratamiento primario y secundario en las superficies -por ejemplo, la presencia o ausencia de vidriado-. El color de la pasta es importante para conocer las estructuras de cocción y las posibles fuentes de aprovisionamiento de las arcillas, por ejemplo, si son locales o foráneas, americanas, europeas u orientales. La forma y la decoración (la técnica, el patrón y los motivos decorativos) permiten asociarlas a contextos específicos de producción. Todas estas observaciones ayudan a identificar los conjuntos cerámicos mediante comparación y asociación con otros ya estudiados. En cuanto a las mayólicas, se puede deducir su posible procedencia si se evalúan las marcas de manufactura y los aspectos morfológicos que son muy diagnósticos (dimensiones y formas de las piezas), la dureza y el color de la pasta, las características del vidriado (si se despega fácilmente del cuerpo cerámico y si tiene brillo) y los patrones y motivos decorativos.

Para las lozas se observa la dureza de la pasta y el vidriado. Éste no se despega del cuerpo cerámico, puede presentar craquelados diversos y puntos o acumulaciones de cobalto en el cuerpo. Los patrones y motivos decorativos son

1 <https://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=1110>, último acceso 3 de febrero de 2025.

2 https://www.academia.edu/1439963/Catalogo_de_colecciones_arqueologicas_de_Santa_Fe_la_Vieja_1573_1660_, último acceso 30 de abril de 2025.

3 http://www.flmnh.ufl.edu/histarch/gallery_types/spanish/default.asp, último acceso 5 de febrero de 2025.

4 <http://scpr.co/Research.html>, último acceso 3 de febrero de 2025.

muy diagnósticos en la loza y permiten reconocer sus cronologías de fabricación de manera relativa. En general, son de color blanco en la base, con decoración bajo y sobre vidriado de acuerdo con las técnicas decorativas antes mencionadas (Tabla 6.1). Las lozas *creamware* son de un color crema amarillento (tanto la pasta como la superficie vidriada) con vidriados de aspecto grumoso y sin craquelados. Las lozas *pearlware* poseen vidriados azulados o verdosos, manchas y puntos de azul cobalto en el cuerpo cerámico y ángulos, se craquelean y están relacionadas con patrones y motivos decorativos particulares (de borde moldeado y festoneado, pintado a mano con patrón *chinoiserie*, pintado a mano con colores cálidos, impresos, entre otros). Las lozas *whiteware* tienen un acabado de color blanco nítido y claro, en general sin craquelados o con macro craquelados, con patrones y motivos decorativos distintivos⁵, y pueden presentar sellos, un elemento diagnóstico que remite a marcas de fabricantes y permite deducir cronologías relativas. A su vez, para los/las especialistas, dentro de las lozas *whiteware* existe una variante de lozas semivítreas -cuya pasta está semivitrificada-, entre ellas, las *white granite* y las *ironstone*, que exhiben sellos, tienen algunas características particulares⁶ y se consideran de fechas más recientes. El color de los pigmentos utilizados en la decoración, como se mencionó antes, es una variable importante para estimar cronología debido a que se conoce el momento que se incorporó el uso de determinados elementos químicos.

En las piezas de caolín se observan las características de la pasta, de grano muy fino sin inclusiones y sin vidriados. Para la identificación de las pipas se describe la forma general, si la cazuela o hornillo posee pedúnculo o no, la decoración, la presencia de inscripciones en el hornillo o la caña y el calibre del orificio de la caña (Ayto, 1979; Volpe, 2001). Esta situación morfológica particular de cada parte (cazuela, tubo, boquilla) hace que sean fácilmente determinables. Se puede deducir tanto la procedencia como la fecha relativa de fabricación a través del reconocimiento de sellos y de las decoraciones moldeadas. En el caso de otras piezas, como canicas o juguetes de caolín, lo importante es identificar el tipo de pasta con las características descritas.

5 Por ejemplo, borde moldeado sin festonear, esponjeados, pintada a mano con colores “cromo”, impresos, moldeados, con pintura sobre vidriado, entre otros.

6 La pasta y el cuerpo de color tenue gris azulado a blanco grisáceo con decoración de motivos orientales. Puede ser lisa o moldeada. Muy dura, menos porosa y de aspecto más grueso que la loza *whiteware*.

6. Introducción al análisis de materiales cerámicos

Tabla 6.2 Variables generales de análisis e identificación macroscópica de cerámicas

VARIABLE	DESCRIPCIÓN
Dimensiones	largo, ancho, espesor, circunferencia.
Tipo de pasta	porosa/ compacta; vitrificada/semivitrificada/no vitrificada; homogénea/heterogénea (presencia de bandeados).
Dureza de la pasta	muy dura, dura, blanda, muy blanda (Escala de Mohs).
Color de la pasta	a partir de la Tabla de Colores de Suelos de Munsell (2009).
Inclusiones	porcentaje (bajo, medio, alto), tamaño (grandes, medianas, pequeñas), forma (esfericidad alta/baja; contorno anguloso/ redondeado).
Partes del recipiente/ objeto	ala, asa, asiento, base, boquilla, borde, botón/mamelón, cazuela, cuello, gollete, cuerpo, fondo, labio, mango, oreja, pared, pico, pie, reborde, soporte, tapa, tapón, tubo.
Tipo de recipiente/ objeto	- almacenamiento y transporte: botija, botellón, cántaro, hidroceramo, orza, albarelo, tarro, tinaja, tinajón, frasco. -vajilla (cocinar, servir, consumir): aceitera, azucarera, <i>bowl</i> , botella, cafetera, cazuela, colador, copa, cucharón, cuenco, <i>chop</i> , escudilla, fuente, huevera, jarra, lechera, lebrillo, mantequera, olla, plato, pocillo, salero/pimentero, salsaera, sartén, sopera, taza, tetera, vaso, entre otros. -sanitaria: escupidera, jabonera, lavatorio, palangana, bacín, bacinilla, etc. Otros objetos: candelabro, escultura, estatuilla, florero, tintero, pipas.
Marcas de manufactura	líneas paralelas, de torno o molde, estrías, surcos, grietas, superficie lisa, hoyuelos, huellas digitales, imperfecciones, rebordes, rebabas, craquelados, curvaturas, áreas planas, ángulos, presencia de asas, pie, sellos, incrustaciones, manchas, moteados, etc.
Técnica de manufactura	modelado a mano, con torno, con moldes, combinaciones, etc.
Tratamiento de la superficie	- tratamientos primarios: alisado, compactado, raspado, aguado, pegado de parche y martilleo. - tratamientos secundarios: bruñido, engobe, abrillantado, grafitado, ahumado, excisión, incisión, impresión, grabado, pintado, incrustación, aplicación de elementos modelados o moldeados, decoración corrugada por moldeado, vidriado (vidriado por inmersión, por aplicación con pincel o esponja, pintado sobre vidriado, vidriado por baño de sal, esmaltes de estaño, plomo, etc.).
Decoración (técnicas, patrón y motivo)	- técnica: pintado a mano, esponjeados, impresos, moldeados, inmersión. - patrón y motivos (ver Tabla 6.1): diversos en función del tipo cerámico. Sector de la pieza.
Color de la superficie (base y decoración)	Tabla de colores de suelos de Munsell (2009). Atlas de los colores (Küppers, 1979).
Tipo de material cerámico	alfarería, mayólica, loza, caolín, gres o porcelana.

Marcas de postmanufactura (de uso y postdeposicional)	rayados, desgastados, lascados, adherencias (orgánicas e inorgánicas), manchas, fracturas, abrasión, astillado, entre otros.
Relaciones de ensamblaje y de reúso	presencia/ausencia: reparaciones y remontajes (Ramos y Helfer, 2020), y reúso -ciclaje lateral, reciclaje, uso secundario- (Schiffer, 1987).
Cronología	relativas de acuerdo con catálogos y estudios previos de clasificación de cerámicas.

Fuente: Elaboración propia de las autoras.

En cuanto al gres, para su determinación es diagnóstica la dureza y el aspecto vitrificado de su pasta, las marcas de torno en el interior de los recipientes, los acabados de superficie a través de la identificación del baño de sal con colores amarronados (típicos de las botellas de ginebra, tinteros, botellas de brillantinas y betunes), los esmaltados color crema y en ocasiones con “baño de chocolate” de las botellas de cerveza inglesas, así como la presencia de sellos impresos, incisos y pegados, con referencia a la fábrica del envase y/o al contenido.

La porcelana es un material bien diferente al resto de las cerámicas, aunque puede ser confundido con las lozas semivítreas. Sus características más sobresalientes son la translucidez de su pasta, la sonoridad (capacidad de emitir sonido si se la golpea suavemente con algún elemento), el espesor reducido -en comparación con otros tipos cerámicos- de las diferentes partes de las piezas y la presencia de un vidriado que es prácticamente indiferenciable del cuerpo cerámico. Las porcelanas orientales tienen una mayor translucidez y sonoridad que las europeas. Los patrones y motivos decorativos también son variables muy conspicuas para poder identificar procedencia y cronologías relativas, aunque es tan grande la diversidad que su estudio requiere un gran conocimiento de los estilos y tiempos de fabricación. Las porcelanas industriales se identifican por sus acabados más toscos, su baja translucidez y por la morfología de las piezas.

A estas pautas de análisis macroscópico se pueden agregar, según la/s pregunta/s arqueológica/s, técnicas arqueométricas para abordar aspectos específicos de las cerámicas a través de diversos instrumentos de observación y medición. Estas técnicas pueden ser la observación mediante microscopio petrográfico, la difracción de rayos X, los análisis termogravimétricos, los análisis térmicos diferenciales, la espectroscopia infrarroja de Fourier, la espectroscopia Raman, la espectrometría de masas, el análisis de activación neutrónica, el análisis de Mossbauer, la determinación cronológica por termoluminiscencia, el análisis de ácidos grasos y de presencia de fitolitos, entre otras. Las mismas permiten realizar estudios más profundos de los componentes mineralógicos

de las pastas y su procedencia, el análisis de los vidriados, los rastros de compuestos orgánicos que pueden haber quedado en la cerámica, los componentes de los pigmentos y las pinturas, así como brindar datos relativos a las temperaturas de cocción de las piezas y su performance (Druc y Velde, 2021).

Figura 6.3 Fuentes escritas y gráficas que refieren a vajilla cerámica



Nota. A. Publicidad de 1889 para la revista La Ceramic Moderne de vajilla Le Grand Depot De Porcelaines, Faïences Et Verreries Bourgeois. París. B. Fotografía de mujeres tomando el té. Año 1912. C. Detalle de la pintura “Dos frutereros sobre una mesa”. Tomás Hiepes. Museo del Prado. España. Año 1642. D. Aviso en el periódico La Prensa (Buenos Aires) del 12 de diciembre de 1815. Fuente: Elaboración propia de las autoras.

Cada una de estas variables requiere de una integración general y su procesamiento. Por ejemplo, como se explicó en el capítulo 5, se puede estimar el NME (número mínimo de elementos) que hace referencia a un recipiente u objeto. Para ello se debe tener en cuenta las proporciones de bases y bordes, y la posibilidad de realizar remontajes para poder reconstruir las formas. Por otro lado, la integración del análisis de la totalidad de las variables, así como el procesamiento de las mismas, permite aproximarse a posibles respuestas con relación a las preguntas y problemas planteados en función de los conjuntos cerámicos arqueológicos en estudio, y entre estos conjuntos y el resto de la materialidad asociada a un sitio o localidad arqueológica.

Materiales cerámicos utilizados para la construcción

Una **construcción o edificio** se compone por materias primas -naturales o artificiales-, materiales constructivos -abobe, ladrillo, teja, vidrio, metales, piedra-, sistemas constructivos -por ejemplo, por agregado de bloques, unidades o mampuestos con o sin mortero- y las funciones constructivas -como, por ejemplo, cimientos, muros y paredes, vigas y columnas, revoque y revestimientos, pisos, techos, puertas, ventanas, ornamentación, carpintería, herrería, instalación sanitaria, estructura de almacenamiento y provisión de agua- (Chiavazza y Anzorena, 2005; Igareta y Chechi, comp. pers. 2021; Moreno, 1995; Otero 2005; Schávelzon, 1991). Estos componentes presentan múltiples posibilidades de clasificación de los materiales arquitectónicos en función de los contextos arqueológicos (Ana Igareta y Florencia Chechi comp.pers.2021).

Dentro de las materias primas utilizadas en una construcción, se distinguen las naturales y las artificiales. Las primeras pueden ser orgánicas (madera, caña, paja, palmas) e inorgánicas (roca, arcilla, barro). En cuanto a las segundas, se dividen en mezclas crudas y mezclas cocidas (como las cerámicas). Los materiales constructivos, se pueden clasificar en: 1) piedra -bloque, adoquines-, 2) “tierra cruda” -adobe, tapia-; 3) cerámica cocida -ladrillos, tejas y baldosas (para pisos, paredes y techos), sanitarios (que pueden estar hechos de loza o gres), azulejos y mosaicos (para pisos y paredes) e instalaciones eléctricas (hechas en porcelana)-; 4) metales -hierro, clavo, reja, picaporte, perilla, bisagra, pasador, alambre, tensor, entre muchos otros-, 5) maderas -tirante- y 6) vidrio plano -ventana, puerta, mueble-. A continuación, en el box escrito por un especialista en arqueología urbana se focaliza en el grupo de las cerámicas constructivas cocidas.

Box 6.2

Materiales constructivos

Javier Hanela

El término “materiales de construcción” abarca un conjunto de elementos muy vasto. Si se piensan como aquellos artefactos inmersos en la estructura arquitectónica de una vivienda en un contexto urbano, abarcarían tanto a las estructuras de metal que encuadran una ventana, al vidrio que la compone, como a la pared de ladrillos sobre la que está colocada. Al ser materiales tan diversos entre sí, se analizan primero sus cualidades y luego se caracterizan su funcionalidad y preponderancia en las estructuras construidas. Hay varios trabajos que incluyen estas primeras variables en base a la materia prima, que puede ser madera, vidrio, metal, cemento y cerámicas. Las últimas presentan una gran variedad según las distintas temperaturas de cocción de las arcillas. Dentro del denominado “tejerío” se incluyen las tejas, tubos, baldosas, azulejos y ladrillos. Estos materiales pueden ser tanto de manufactura artesanal como industrializada, proveyendo en algunos casos, rangos cronológicos. Cada uno de ellos tiene características singulares en base a su conformación y funcionalidad.

Los azulejos son piezas cuadradas o rectangulares con una pasta de color blancuzco o amarillento, cubiertas por un esmalte blanco irregular y luego pintadas con motivos geométricos antropomorfos o fitomorfos (Camino, 2013). A mediados del siglo XVIII, se registraron las primeras apariciones de azulejos provenientes de las tradiciones constructivas españolas, para ser posteriormente suplantados por los de manufactura francesa hacia la segunda mitad del siglo XIX. Uno de los azulejos más característicos es el denominado *Pas de Calais*, que era producido mayormente en las comunas de Desvres y Aubagne hacia 1900 (Schávelzon, 1991).

Las baldosas son placas cuadradas con dimensiones aproximadas de 20 cm de lado, utilizadas por su resistencia, liviandad y permeabilidad en los pisos de las viviendas. A partir del siglo XVIII comenzaron a diferenciarse de los ladrillos, con la llegada de baldosas importadas provenientes de Marsella hacia mediados del siglo XIX (Schávelzon, 1991). Se presentan en diferentes variantes de colores, entre el rojo oscuro y el amarillo. A pesar de la abundancia de baldosas francesas, existen las de producción local, con una menor calidad ya que se desgarnaban fácilmente (Camino, 2013).

Los mosaicos son piezas de revestimientos de pisos, elaborados en arcilla cocida, asentadas en una base de cemento y arena (Schávelzon, 1991). Su uso es frecuente tanto en zonas de interior (cocinas y baños) como de exterior (patios y veredas). Hay mosaicos individuales que conforman una estructura de mayor tamaño o combinado con ornamentaciones. Los más notables fueron hechos bajo la influencia del *Art Nouveau*. Aunque también existe otro tipo de mosaicos, con un tamaño cercano a los 3 cm, que era unido *in situ* con cemento coloreado. En general, proceden de fábricas inglesas, luego francesas y belgas, y hacia 1880 comenzó la producción nacional, aunque de forma minoritaria (Schávelzon, 1991).

Las tejas son utilizadas para el revestimiento de techos de dos o más aguas. Las coloniales se realizaban de manera artesanal sobre moldes de madera o de palma lo que les daba una forma semicircular –conocidas como “musleras”– o con forma de arco parabólico de medio punto (Schávelzon, 1991). Hacia principios del siglo XIX, estas tejas empezaron a desaparecer debido a la preponderancia de las casas con azoteas (Camino, 2013). Hacia mediados de siglo XIX, comenzaron a llegar tejas industrializadas desde Francia, que se caracterizaban por su forma plana y rectangular con la marca sobre relieve en la cara inferior. Este material dejó de ser importado con la Primera Guerra Mundial, generando que la industria local se incrementara (Schávelzon, 1991).

Los ladrillos se caracterizan por ser artefactos rectangulares de arcilla cocida, en los cuales las medidas de largo son cercanas al doble de su propio ancho. En Argentina, al igual que lo acontecido en casi toda América, previo al periodo colonial la mayoría de las viviendas eran realizadas con piedras seleccionadas o con adobe, aunque en algunos casos también con una combinación de ambos materiales. Posteriormente, empezó a decaer la proporción de edificaciones con estas técnicas constructivas y surgieron las estructuras de ladrillos. En el primer tiempo se importaban estos artefactos de mayor calidad desde los enclaves centrales del virreinato (por ejemplo, desde Lima, Perú).

Hacia mediados del siglo XVII, se remontan los primeros indicios de una producción limitada de ladrillos en diferentes ciudades como Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe de la Veracruz, utilizados en estructuras de relevancia, como es el caso de las iglesias de Santa Fe La Vieja, y con relación a órdenes religiosos como la jesuítica. Estos ladrillos eran utilizados tanto para estructuras edilicias como en la construcción de aljibes y otras estructuras no específicamente de vivienda.

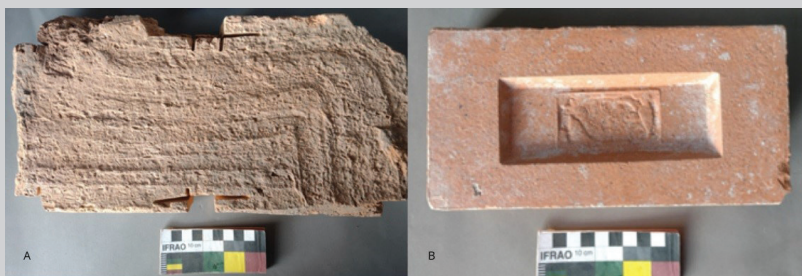
Asimismo, existe una polémica sobre la aparición de los hornos ladrilleros en los centros urbanos. Mientras que la corriente historiográfica clásica las plantea en una fecha cercana a 1850, teniendo de referencia registros documentales

de ordenanzas y pedidos municipales de expertos tejeros para la colocación de hornos de ladrillo, otros autores sostienen que serían de los inicios del siglo XVII, aunque recién alcanzaron grandes niveles de producción a comienzos del siglo XVIII en la ciudad de Buenos Aires (Schávelzon, 1991). Su uso inicialmente estaba destinado a grandes obras de infraestructura, como la iglesia de San Ignacio de Loyola en el año 1686 o el fuerte de Buenos Aires, entre otros. Mientras tanto, en las viviendas de la gente común se seguía utilizando adobe (Camino et al., 2020), lo que fue modificándose posteriormente y dio lugar al empleo de ladrillos en la mayoría de las residencias urbanas. Este tipo de material se producía en hornos que proliferaron principalmente en áreas periféricas de la ciudad de Buenos Aires, y fueron incrementando su presencia durante el siglo XIX, hasta que finalmente fueron prohibidos en 1931 por el intendente José Guerrico dada la contaminación que generaban.

A nivel analítico, se consignan diferentes tipologías de ladrillos debido a las variables en los procesos de fabricación. Por un lado, se presentan aquellos surgidos en una etapa de mayor industrialización y producción con la instalación de fábricas de gran envergadura, que tuvieron su auge hacia fines del siglo XIX en distintos territorios del país. Ellos presentan en una sus caras sellos o marcas impresas que hacen referencia a la fábrica de origen (“S. Isidro”, “FCTibor”, “La Invencible”, “Campana”, “Cerámica La Etrusca”, entre otras) y tienen la particularidad de ser distinguibles a simple vista, por una baja presencia de inclusiones, una terminación, una coloración y un tamaño de características homogéneas. En contraste, existen los ladrillos generados en espacios productivos artesanales que no tienen estas peculiaridades, posiblemente realizados en hornos más pequeños cercanos a la zona de uso. Éstos se encuentran en abundancia en las excavaciones arqueológicas en un amplio abanico cronológico y espacial (Figura 6.4). Pero por las peculiaridades de sus atributos, es complicado determinar el enfoque metodológico más preciso para su interpretación.

En cuanto al abordaje de los mismos, existen diferentes metodologías. Por un lado, uno de los análisis iniciales y más frecuentes, es la identificación macroscópica del tamaño, la dureza y la coloración (Camino, 2012; Moreno, 1995; Schävelzon, 1991). Estas características se fueron modificando con el tiempo debido a mejoras técnicas en la cocción y en el manejo de herramientas (Moreno, 1995); pero también por diferentes motivos multicausales singulares de cada contexto histórico. Otra variable son los precios de producción y traslado del material en función del rol constructivo que tiene cada ladrillo, ya que se encuentran diferentes tipificaciones de los ladrillos grandes utilizados en los muros y aquellos usados en los pisos. A su vez, el grosor y la cocción dependían de la resistencia necesaria para su funcionalidad singular y de los hornos utilizados.

Figura 6.4 Ladrillos arqueológicos



Nota. A. Ladrillo hallado en el sitio Casa Millán en el actual barrio de Flores (C.A.B.A.) donde se notan los patrones de producción artesanal (*circa* 1830). **B.** Ladrillo procedente del sitio Sanatorium Flores (Flores, C.A.B.A.) donde se distingue el sello de la fábrica “La Etrusca” de la provincia de Santa Fe (*circa* 1899). Fuente: imágenes del autor.

Diferentes enfoques metodológicos se han propuesto para su interpretación. Desde aquellos que se basan en características físicas, como los ensayos de densidad saturada, superficie seca, absorción de agua y resistencia a compresión. Hasta otros que comprenden estudios sobre características mineralógicas en base a difracción de rayos X y de composición química, a través del uso de análisis de activación neutrónica en conjunto con los ensayos clásicos.

Por último, a los materiales constructivos se los entiende como artefactos con características intrínsecas que ayudan a reflejar los procesos entre la sociedad y su cultura material. Por lo cual, a través de un detallado análisis de los mismos, se puede abordar una vasta cantidad de relaciones y la conformación de estructuras sociales.

Dentro de las cerámicas constructivas cocidas existen otros grupos minoritarios (Schávelzon, 1991). Posteriormente a 1850 y hasta la Segunda Guerra Mundial, es factible hallar cerámica sanitaria como cañerías cónicas de gres usadas para desagües y para la circulación de agua en sitios urbanos de Buenos Aires y otras ciudades, que procedían de las mismas fábricas que realizaban los recipientes de gres. Anteriormente, se usaban caños de barro cocido con o sin capa vidriada. También se consigna la cerámica industrial, como partes de porcelana fabricadas para ser usadas por la industria de la electricidad, en teléfonos y telégrafos, debido a su propiedad de ser aislante y altamente resistente. Asimismo, en distintos casos arqueológicos, se registra el reúso de recipientes de gres en pisos (Schávelzon, 2010).

Los materiales cerámicos importados y los circuitos ultramarinos coloniales y del siglo XIX

A partir de la modernidad, la expansión europea introdujo cambios sustanciales en las vías de comercio y abastecimiento de las colonias, y en la circulación de bienes a escala intercontinental. En un primer período de exploración de los nuevos territorios a conquistar, las potencias europeas generaron una circulación de objetos que fue de poca magnitud en comparación con los períodos posteriores, durante los cuales la colocación de bienes comerciales estuvo vinculada a las distintas etapas del desarrollo industrial europeo. Con relación a las manufacturas cerámicas, estas vías de comercio y circulación estuvieron signadas por la localización de los centros de producción y sus puertos de salida, junto a las diferentes políticas comerciales que se fueron sucediendo desde fines del siglo XVI al XIX. Son procesos complejos de abordar, por lo que aquí se presenta una síntesis de las características principales de cada período.

Con una fuerte dominación de los imperios español y portugués durante el período colonial (desde fines del siglo XVI al siglo XVIII) en los océanos Atlántico, Pacífico e Índico, las vías españolas de circulación de bienes, y de cerámica en particular, fueron: 1) la ruta de flotas y galeones desde Cádiz (España) hacia los puertos de América central, islas del mar Caribe, Cartagena de Indias y El Callao; 2) la ruta de Cabo de Hornos por vía atlántica, hacia Montevideo, Buenos Aires, Concepción y Valparaíso; y 3) la ruta del Galeón de Manila por vía Pacífica, conectando también a los puertos ubicados en la costa atlántica de América central. Las rutas comerciales portuguesas se constituyeron entre los puertos de Lisboa (Portugal) y los puertos del Salvador de Bahía y Río de Janeiro (Brasil) y otros como Goa, Malaca, Macao, Manila y Nagasaki (en Asia). Es importante remarcar que, durante el llamado Antiguo Régimen⁷, las rutas tenían una relación estrecha entre el único puerto de la península Ibérica (Cádiz) conectado con los principales centros de producción alfarera española en ese momento: Talavera de la Reina, Sevilla, Granada y los mercados de otras unidades políticas. De esta manera, existía un mayor control fiscal que favoreció a ciertas áreas de producción cerámica en España y en determinadas regiones de llegada de productos españoles. Las regiones conectadas del imperio español fueron, por un lado, Manila y los virreinos americanos por vía atlántica, y por otro, China y el resto de los puertos europeos (Camarda, 2015).

7 Período histórico dentro de la Edad Moderna, entre los siglos XV y XVIII, hasta las revoluciones liberales (como la revolución francesa). En este período las monarquías europeas instauraron un contexto social, político, económico y jurídico de corte feudal, absolutista y centralizado.

Los centros de producción cerámica americanos (México, Panamá, Guatemala y Perú) se conectaron por vía terrestre y marítima del océano Pacífico con el Alto Perú, la región cuyana y el Río de la Plata, mientras que desde el puerto de Buenos Aires los bienes circulaban al interior, las zonas rurales y las fronteras por vía terrestre.

A partir de 1740, con las primeras reformas borbónicas (administrativas, económicas, comerciales y militares, entre otras), cambiaron las reglas de comercialización y circulación de mercancías. Con mayor flexibilidad para los comerciantes, se agilizó el comercio ultramarino reduciendo las gestiones burocráticas. Se suprimió el puerto único de Cádiz (Sevilla) y se autorizaron otros puertos españoles para despachar mercaderías (entre otros, Málaga, Almería, Cartagena, Alicante, Barcelona, Santander, Gijón, Palma de Mallorca y Santa Cruz de Tenerife), así como muchos más puertos en América. Ya en 1778 se dispuso el libre comercio entre todos los puertos mencionados.

Ocurridos los primeros procesos independentistas hacia fines del siglo XVIII, las pautas de comercialización cambiaron drásticamente. Con las monarquías española y portuguesa en crisis, los principales centros de producción de cerámica europeos (Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica y Dinamarca) comenzaron una expansión que no declinó hasta finales del siglo XIX. Además, se sumaron los bienes procedentes de Norteamérica por vía pacífica y los de producción local que se proyectaron durante todo el siglo XIX. Las rutas terrestres regionales, a través de las cuales también circulaban manufacturas cerámicas de tradición prehispánica e hispano-indígena, no se modificaron sustancialmente y persistieron hasta fines del siglo XIX. Sin embargo, hacia mediados de la centuria se amplió la diversidad y la cantidad de productos y objetos importados en desmedro de los bienes locales, de acuerdo con nuevas prácticas sociales y modas europeas en las formas de preparar y servir la comida, y en las maneras de construir.

En paralelo, dos fenómenos importantes tanto en la etapa colonial como en la independentista fueron el contrabando y el comercio directo, que produjeron la introducción de mercaderías en la región desde mediados del siglo XVII procedentes de otros países por fuera de España, y que culminó cuando los mismos finalmente lograron el libre comercio de sus mercancías en América y en la región del Río de la Plata a mediados del siglo XIX. Esta situación se refleja en el caso de la nave inglesa HMS Swift naufragada en 1770, en la que se halló gran cantidad de lozas y porcelanas (Elkin, 2016). Seguidamente, se expone un ejemplo más detallado del comercio de lozas inglesas.

Box 6.3

Comercio marítimo de lozas inglesas

Julieta Frère

Durante el siglo XVIII, en Europa, distintos focos de producción cerámica competían por el comercio de vajilla de, por ejemplo, gres o mayólica. En este contexto, la experimentación con diferentes pastas y esmaltes era frecuente. A mediados del siglo XVIII, Josiah Wedgwood perfeccionó un tipo de loza refinada de pasta color crema que resultó novedosa por combinar producción en masa, precios más accesibles y estrategias para su venta (se publicitaba por haber sido adquirida por la reina Charlotte). A partir de este hito, conocido como *creamware*, los ceramistas británicos que se concentraban en Staffordshire lograron competir con la porcelana asiática, ampliar el rango de consumidores y abastecer a mercados locales y de ultramar. Esa loza es opaca y porosa, tras una cocción de entre 1000° y 1200°, está comúnmente recubierta de un esmalte que otorga impermeabilidad a las piezas y, en ciertos casos, protege la decoración, lograda por medio de técnicas manuales, mecanizadas o su combinación.

Por su parte, los procesos de independización durante inicios del siglo XIX en Sudamérica llevaron al fin del monopolio comercial español y la apertura a otras potencias europeas. En este contexto, Gran Bretaña se volvió un protagonista en la vida política y económica de las nacientes repúblicas. Durante este siglo se consolidó un sistema económico basado en la exportación de materia prima y la importación de bienes. Hacia mediados del siglo XIX, el este de Sudamérica se convirtió en el segundo mercado más importante para los exportadores británicos (Brooks, 2005). El comercio de ultramar se apoyaba en una red de transportes, comerciantes intermediarios y almacenes o tiendas. Las piezas eran comúnmente colocadas en canastos (*crates*, en inglés, a veces denominadas *jabas* en español) fabricados en madera y rellenos con paja (Figura 6.5). Para arribar a asentamientos de menor escala, las mercaderías podían redistribuirse al llegar a puertos mayores (llamados *entrepôt*), sumando luego transportes terrestres. Desde el siglo XVI las rutas del Cabo de Hornos y del Estrecho de Magallanes fueron esenciales para llegar a puertos del Pacífico oriental (Figura 6.6), aunque perdieron relevancia luego de la apertura del Canal de Panamá en 1914.

Los restos de lozas son frecuentemente recuperados en sitios histórico-arqueológicos por su alto grado de preservación. Se constituyen como un marcador temporal sensible, en tanto los cambios estilísticos son conocidos a partir de la

investigación arqueológica y documental (que incluye fuentes como gacetillas de ceramistas, catálogos o publicidades). Se ha señalado la importancia de considerar la brecha de tiempo entre la manufactura y el momento en que se comercializa, usa o descarta un tipo cerámico de acuerdo con el contexto (Adams, 2003).

Figura 6.5 Contenedores para el traslado de la vajilla cerámica.



Nota. Izquierda: canasto con loza inglesa en el sitio PDO-3 (Península Mitre, Tierra del Fuego, Argentina), fabricado en maderas de *Quercus sp.* y *Corylus* (Elkin 2019). Foto inédita tomada por Martín Vázquez en 2018. Derecha: grabado que muestra el empaquetado de loza (Ambrose Cuddon, 1827). Fuente: elaboración de la autora.

Los principales atributos para su análisis son la coloración de la pasta y el esmalte, la forma y el tipo de decoración. La presencia de marcas aporta información sobre el origen, fabricante, patrón decorativo y/o cronología. Además, como en otros conjuntos cerámicos, es usual apelar a su cuantificación a través del método de Mínimo Número de Vasijas. Es usual categorizar la loza de acuerdo al tipo de pasta y esmalte o *ware*: los tonos crema (*creamware*) se suelen atribuir al lapso entre 1760 y 1820-30, los esmaltes más azulados (*pearlware*), a 1780 a 1830, y la pasta blanca (*whiteware*) se hizo común a partir de 1820. Las lozas semivítreas y vítreas, denominadas *white granite* o *ironstone* según distintos criterios, son frecuentes a partir de 1845. Si bien existe un consenso en mantener esta clasificación en pos de la comparabilidad entre registros arqueológicos a escala global, también se ha señalado que no son unidades discretas, sino que existe un *continuum* de temperaturas de horneado, densidades y vitrificación en el proceso de elaboración de la loza. Por ello es importante analizar de forma integrada los distintos atributos (Majewski y O'Brien, 1987). Miller (1991), por ejemplo, propone un esquema de clasificación basado en costos de la loza de acuerdo con la decoración.

El estudio de este material permite explorar temáticas como la identidad en términos de clase, género o etnicidad de grupos e individuos, prácticas de

alimentación e higiene, aspectos como el consumo o la moda o, en otra escala, patrones de intercambio, expansión comercial y cambio cultural (Barker y Majewski, 2006). En Sudamérica, el estudio de la loza arqueológica apunta a distintos tópicos: cómo ha acompañado cambios sociales como el surgimiento de las clases medias en Río de Janeiro (Andrade Lima, 1995); o el veloz reemplazo de mayólica española por loza británica en Buenos Aires a la par que se rechazaba el poder colonial (Schávelzon, 2013). Es útil para entender la construcción identitaria de actores sociales en asentamientos militares (Bagaloni y Martí, 2021), coloniales (Dosztal, 2017) o a bordo de embarcaciones (Dellino-Musgrave, 2009). También constituye un *corpus* de evidencia para estudiar rutas y redes de comercio, tanto en sitios del litoral (Elkin y Frère, 2022) como en lugares centrales (Puebla, 2017) o relacionados a explotación de recursos (Pérez Pieroni, 2022), que se encuentran distantes a los puertos.

Figura 6.6 Mapa del recorrido transatlántico desde el puerto de Liverpool hacia algunos de los puertos más relevantes entre 1850 y 1914.



Nota. Las rutas del estrecho de Magallanes y cabo de Hornos, que solían recalar en las Islas Malvinas, permitían llegar a los mercados del Pacífico. Fuente: elaboración de la autora.

Tendencias arqueológicas de obtención, uso y descarte

En los diferentes períodos históricos, la presencia o ausencia de determinada vajilla o de tipos cerámicos está en relación tanto con los sistemas y circuitos comerciales vigentes como con tendencias de consumo y las modas. En los contextos arqueológicos estas variables se pueden traducir en hallazgos diferenciales en los tipos cerámicos, así como en sus proporciones. En líneas generales, una tendencia que se refleja comúnmente en las investigaciones en centros urbanos es una mayor diversidad, cantidad, tamaño y completitud de las piezas en comparación con las áreas fronterizas y rurales, donde existe una menor diversidad, cantidad y tamaño de los fragmentos hallados. Esta situación se podría relacionar con el acceso diferencial de las ciudades, por la cercanía a los puertos y a las rutas comerciales, donde se obtenía una mayor variedad en calidad y más cantidad de piezas en comercios mayoristas y minoristas que representaban algunas marcas, o por cercanía a las primeras fábricas locales, etc.

Además de los materiales arqueológicos, una fuente de información importante son los documentos escritos o gráficos de la época estudiada, de los cuales se puede recabar datos acerca de la circulación de los bienes a través de los registros de entradas y salidas de los puertos, inventarios en sucesiones y testamentos, notas y publicidades en periódicos, relatos de exploradores, fotografías de particulares, catálogos, entre muchos otros. Las listas de inventarios dan una noción de la diversidad, formas, calidades y cantidades de objetos cerámicos que podían comprarse en una pulpería o casa de negocio en la época colonial y republicana (Mayo 2000, 2007). De tazas, teteras, fuentes y platos de loza en la etapa colonial y para las clases acomodadas, se pasó en el siglo XIX a distintas categorías y precios que posibilitan el acceso de distintos sectores y/o grupos sociales (Mayo, 2000). Estas vajillas (tazas y platos de té y café, jarras, platos de distintos tamaños, fuentes, teteras, azucareras, lecheras, soperas, tazas para caldo, entre muchas otras) presentan un amplio rango que va desde las de “uso diario” a aquellos variados y sofisticados juegos de vajilla que eran solicitados por encargo (Mayo, 2000, 2007). También en los inventarios de sucesiones de comerciantes se registran elementos de uso personal, como pipas, escupideras y palanganas, así como botellas de barro vacías (Mayo, 2007).

Con relación al reciclaje, hay que tener en cuenta algunos factores a la hora de interpretar los conjuntos cerámicos dado que un objeto o conjunto de objetos pudieron haber sido utilizados para otros fines diferentes de la función para la que fueron manufacturados. A su vez, la posible reutilización de un objeto roto suma complejidad a estas interpretaciones (Schávelzon, 2006). Un ejemplo de este proceso en la construcción de viviendas es la utilización de

recipientes cerámicos -botijas coloniales y botellas de gres- como aislante de humedad sobre suelo de tierra en la confección de pisos, como sucedió en la ciudad de Buenos Aires y alrededores (Schávelzon, 2010). En las crónicas y bitácoras de viajeros se hace mención al reúso de las botellas de gres con otras funciones, como calentadores para los pies o candelabros (De Jong y Satas, 2011). Otros procesos, como el ciclaje lateral y el intercambio de objetos, muy comunes entre los grupos humanos en todos los tiempos, pueden generar un registro arqueológico diferente al esperado (Majewski y O'Brien, 1987). En la interpretación es fundamental la contextualización de los conjuntos cerámicos, dada por la cultura material asociada, por el contexto estratigráfico, temporal y geográfico (ciudad, pueblo, campo), que permitan pensar en procesos generales de depositación, así como por el análisis de las marcas de uso que el objeto pueda tener, entre ellas, marcas de rayados producidos por cuchillo o por cuchara, así como el desgaste que puede originarse por su apilamiento para almacenamiento.

Otros aspectos a considerar son los procesos de descarte que pueden abarcar distintos tipos de desechos y/o contextos. Se puede identificar un desecho primario producto de la rotura en el momento de la cocción, del almacenamiento o del consumo, que en general es raramente hallado; basura secundaria, es decir, descartada fuera de su área de uso, que es lo más habitual, y también puede haber un tercer tipo de descarte de objetos que, aun siendo utilizables, son descartados. En los procesos de descarte es importante tener en cuenta el tiempo de ocupación del sitio, dado que en períodos prolongados de ocupaciones los materiales se van superponiendo y pueden o no estar en cierta lógica estratigráfica, la cual hay que estudiar y deducir. En este sentido, los procesos de formación del sitio aportan información significativa sobre los diferentes contextos de depositación y el tipo de sitio en el que se trabaje (fronterizo, rural, urbano, industrial, de conflicto, etc.).

Prácticas sociales y aspectos simbólicos

Más allá de su utilidad técnica y funcional, los objetos cerámicos actúan como vehículos de expresión social, política, comunicacional y simbólica de las comunidades que los originaron en contextos situados. Un ejemplo clave se observa en los primeros vínculos entre Oriente, el mundo islámico y las potencias europeas; en este contexto, la porcelana —junto a la seda y el opio— no solo transitó como mercancía, sino su posesión y circulación funcionaron como marcadores de prestigio y distinción social, que consolidó las dinámicas

de poder y las redes comerciales que estructuraron el sistema-mundo durante siglos.

El abordaje de las prácticas sociales implicadas en la posesión de determinados bienes cerámicos se ha desarrollado desde distintas orientaciones y deriva en una multiplicidad de estudios. Algunos ejemplos de estas investigaciones en Argentina y en otros lugares del mundo, son las que han tratado la organización de distintas actividades productivas en relación a la manufactura cerámica (Barker y Majewski, 2006), las redes comerciales en las que circula la cerámica (Frére, 2023), la circulación de botellas de gres en la campaña bonaerense (Bagaloni y Martí, 2013), así como la preparación y los hábitos de consumo alimenticio en el marco de las modas culinarias españolas, francesas e inglesas en distintas épocas (Marschoff, 2007; Schávelzon et al., 2017). Otros estudios han focalizado en el uso y el consumo de objetos cerámicos de calidades y de costos de elaboración diversos que han permitido entender las condiciones económicas de una población (Miller, 1991), el ciclaje lateral a partir del descarte de determinados grupos sociales (Otto en Majewski y O'Brien, 2006), los consumos en el ámbito urbano (Schávelzon, 2000). Se agregan los estudios relacionados con la identidad y los aspectos simbólicos (Andrade Lima, 1995; Rodríguez y Brooks, 2014), los contextos de poder militar a partir de la presencia de lozas en fortines bonaerenses (Bagaloni y Martí, 2021), la presencia de poblaciones de origen afro y afro descendientes y sus resistencias a partir de la elaboración de su propia cerámica o del reciclaje de cerámicas foráneas (Ceruti et al., 2013) y los cambios y continuidades en las manufacturas cerámicas de los pueblos originarios a partir del contacto con Europa (Ots et al., 2017). En todos estos casos deben considerarse las distancias y los tiempos de llegada de los diversos productos desde los lugares de fabricación, así como la circulación diferencial de los mismos en áreas urbanas, fronterizas y rurales. También las características particulares de los contextos en los que se produjo la cerámica local y se introdujeron cerámicas foráneas (Brittez, 2009; García Lerena, 2018). En tal sentido, ha sido común para la clase alta colonial y republicana, como es el último caso de Juan Manuel de Rosas, la manufactura de juegos de vajilla personalizados con leyendas y colores particulares –como “Federación o muerte” o “Viva la Federación” en fuentes y platos blancos sobre rosado– por encargo directo a las fábricas, en el marco de circuitos comerciales de sectores con gran poder adquisitivo (tal como puede observarse en el museo de sitio La Cisterna, en la Manzana de las Luces, en la ciudad de Buenos Aires)⁸.

8 <https://paseodelacisterna.com.ar/>, último acceso 15 de abril de 2025.

Referencias

- Adams, W. H. (2003). Dating historical Sites: The Importance of Understanding Time Lag in the Acquisition, Curation, Use, and Disposal of Artifacts. *Historical Archaeology*, 37, 38-64.
- Adler, B., (2005). *Early stoneware steins from the Les Paul Collection*. Kruger Druck, Verlag.
- Álzate Gallego, L. 2012. *Arqueología Histórica y Arqueometría para el Estudio de la Cerámica Colonial en Fundaciones de Terra Firme. Siglo XVI*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Barcelona.
- Ambrose Cuddon (1827). *A representation of the manufacturing of earthenware: with twenty-one highly finished copperplate engravings, and a short explanation of each, shewing the whole process of the pottery*. Ambrose Cuddon, Londres.
- Andrade Lima, T. (1995). Pratos e mais pratos: louças domésticas, divisões culturais e limites sociais no Rio de Janeiro, século XIX. *Anais do Museu Paulista*, 3, 129-191.
- Augé, M., Andreoni, D. y García, M. (2018). El uso de plantas como fumatorios en los partidos de Magdalena y Punta Indio (Buenos Aires): un análisis de micro-rrastos vegetales en pipas arqueológicas de la ribera rioplatense. *Intersecciones en Antropología*, 19, 145-157.
- Ayto, E. (1979). *Clay tobacco pipes*. Shire Publications Ltd., Londres.
- Bagaloni, V. y Martí, V. (2013). Ajustes metodológicos para el análisis macroscópico del gres cerámico. Estudio de conjuntos arqueológicos del sudeste bonaerense (siglo XIX). *Arqueología*. 19 (2), 219-244.
- Bagaloni, V. y Martí, V. (2021). Estudio de lozas “fortineras” en el sur bonaerense (segunda mitad del siglo XIX). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 46 (1), 235-265.
- Balfet, H., Fauvet, M. y Monzón, S. (1992). *Normas para la descripción de vasijas cerámicas*. Centro de estudios mexicanos y centroamericanos, México D.F.
- Barker, D. y Majewski, T. (2006). Ceramic Studies in Historical Archaeology. En Hicks, D. y M. Beaudry (Eds.), *The Cambridge Companion to Historical Archaeology* (pp. 205-231). Cambridge University Press, Cambridge.
- Brittez, F. (2009). La comida y las cosas: una visión arqueológica de la campaña bonaerense de la segunda mitad del siglo XIX. En Mayo, C. (Ed.), *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770-1870)* (pp. 169-199). Biblos, Buenos Aires.
- Brooks, A. (2005). *An Archaeological Guide to British Ceramics in Australia 1788-1901*. Australasian Society for Historical Archaeology, Sydney.
- Camarda, M. (2015). *La región Río de la Plata y el comercio ultramarino en las últimas décadas del siglo XVIII: circulación comercial, mercancías y actores*. Tesis doctoral inédita. Universidad Nacional de La Plata.
- Camino, U. (2013). *Arqueología del Período Colonial y organización Nacional de San José de Flores*. Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, Buenos Aires.
- Ceruti, C., Gelfo, J. y Igareta, A. (2013). Posibles representaciones de fauna africana en las colecciones del Arroyo Leyes (pcia. Santa Fe, Argentina). En E. Rodríguez

- Leirado y D. Schávelzon (Eds.) *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Histórica (Tomo 2)*. Ed. Academia Española, Saarbrücken.
- Chiavazza C. y Anzorena, J. (2005). Estudio de materiales constructivos obtenidos en las excavaciones En H. Chiavazza y M. V. Zorrilla (Eds.). *Arqueología en el predio mercedario de la ciudad de Mendoza* (pp.211-262). Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Mendoza.
 - Chiavazza H., Zorrilla, V. y Puebla, L. (2003). Estudios de los materiales cerámicos históricos procedentes del área fundacional de la ciudad de Mendoza. *Noticias de Antropología y Arqueología, Volumen dedicado a la Arqueología Histórica*, 1-56.
 - Chiavazza H., Zorrilla, V. y Puebla, L. (2016). Cultura material y sociedad en el siglo XIX: las lozas en la ciudad de Mendoza. *Revista del Museo de Antropología, Suplemento Especial 1*, 105-110.
 - Cocco, G., Campagnolo, L. y Letieri, F. (2015). Colonial pottery from Santa Fe la Vieja (1573-1660). The study of European products and local production in a Spanish-American city. En J. Buxeda i Garrigós, M. Madrid i Fernández y J. Iñáñez (Eds.). *Global Pottery 1. Historical archaeology and archaeometry for societies of contact* (pp. 153-164). BAR International Series 2761.
 - Deagan, K. (1987). *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800. Vol.1*. Smithsonian Institution Press, Washington.
 - De Jong, I. y Satas, V. (2011). *Teófilo Gomila. Memorias de frontera y otros escritos*. Ed. El Elefante Blanco, Buenos Aires.
 - Dellino-Musgrave, V. (2006). *Maritime archaeology and social relations: British action in the southern hemisphere*. Springer Science y Business Media.
 - Druc, I. y Velde, B. (2021). *Ceramic Materials in Archaeology*. Depp Education Press.
 - D' Orbigny, A. (1998). *Viaje por la América meridional*. Tomo II. Emecé. Buenos Aires.
 - Dosztal, I. (2013). Lozas inglesas desechadas por los miembros de la administración de Alexandra Colony, 1870-1885. Santa Fe. Argentina. *Teoría y Práctica de la Arqueología histórica latinoamericana II* (2), 49-60.
 - Dosztal, I. (2017). *Alexandra Colony: Arqueología Histórica en su sede administrativa*. Publicia, Buenos Aires.
 - Elkin, D. (2016). Arqueología marítima en la Patagonia: el proyecto HMS Swift (Argentina). *Revista PH*. Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, 89, 78-93.
 - Elkin, D. (2019). Arqueología histórica del litoral atlántico fueguino: El cargamento de vajilla de Playa Donata 3. En J. Otero, A. Svoboda, A. Banegas (Eds.), *Arqueología de la Patagonia: el pasado en las arenas* (pp. 373-384). Instituto de Diversidad y Evolución Austral, Puerto Madryn.
 - Elkin, D. y Frère, J. (2022). British Merchandise on the Cape Horn Route: Nineteenth-Century Earthenware in Tierra del Fuego (Argentina). *Journal of Maritime Archaeology*, 17(1), 71-92.
 - Frazzi, P. (2009). *Conservación y restauración de lozas de excavaciones arqueológicas en la ciudad de Buenos Aires y su periferia*. Tesis de licenciatura inédita. Instituto Universitario Nacional de Arte.

6. Introducción al análisis de materiales cerámicos

- Freestone I. (2000). The Science of Early British Porcelain. *International Ceramics Fair and Seminar*, 19–27.
- Frère, J. (2023). Una revisión de estudios de loza cerámica en Argentina y Chile (siglos XVIII -XX). *Cuadernos del INAPL*, 32(1), 130-154.
- García Lerena, M. (2018). Historia de un paisaje pampeano: orden, segmentación y diferenciación en “Primera Estancia” (Magdalena, Buenos Aires, Argentina). *Revista del Museo de la Plata*, 3(1), 148-163.
- García-Ormaechea y Quero, C. (2003). El coleccionismo de arte extremo oriental en España porcelana china. *Artigrama, Revista del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza*, 18, 231-252.
- García Roselló, J. y Calvo Trias, M. (2013). *Making Pots. El modelado de la cerámica a mano y su potencial interpretativo*. Archaeopress, Londres.
- González, M. y Pedrotta, V. (2006). Los materiales sintéticos. Producción y análisis de cerámicas arqueológicas. En C. Pérez de Micou (Ed.). *El modo de hacer las cosas. Artefactos y ecofactos en Arqueología* (pp. 187-231). Universidad de Buenos Aires.
- Guillermo, S. (2022). *Vida cotidiana, comercio y vajilla inglesa. Buenos Aires Siglo XIX*. Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires.
- Inskip, S. y Muir, A. (2023) Material encounters: the alternative use of clay tobacco pipes in England and Wales c. 1600- 1900. *Historical Research*, 96, 156- 173.
- Küppers, H. (1979). *Atlas de los colores*. Editorial Blume. Barcelona.
- Langiano, M. y Merlo, J. (2019). El uso del tabaco y las pipas de caolin (clay pipes) en la frontera sur y oeste de la provincia de Buenos Aires en el siglo XIX. *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*, 9 (1), 127–142.
- Lema, C. (2015). Breve nota sobre las mayólicas y cerámicas de tradición europea recuperadas en el mineral de Inca-Huasi (Catamarca, Argentina). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 9(1), 71–88.
- Letieri, F., Cocco, G., Frittegatto, G., Campagnolo, L., Pasquali, C. y Gioberga, C. (2009). *Catálogo Digital Santa Fe La Vieja (1573-1660). Bienes arqueológicos del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de la Provincia de Santa Fe*, Santa Fe. CD.
- Lightfoot, K. y Martinez, A. (1995). Frontiers and boundaries in archaeological perspective. *Annual Review of Anthropology*, 24, 471-492.
- Majewski, T. y O'Brien, M. (1987). The Use and Misuse of Nineteenth-Century English and American Ceramics. Archaeological Analysis. *Advances in Archaeological Method and Theory* 11, 97-207.
- Marschoff, M. (2007) ¿Comer o nutrirse? La alimentación como práctica social. *Arqueología*, 13, 155-184.
- Mayo, C. A. (2000). *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería y la escuela (1770-1870)*. Editorial Biblos. Buenos Aires.
- Mayo, C. A. (2007). *Mostradores, clientes y fiados. Fuentes para el estudio de las pulperías de Buenos Aires y la pampa (siglo XIX)*. Ediciones Suárez. Mar del Plata.
- Miller, G. (1991). A Revised Set of CC Index Values for Classification and Economic Scaling of English Ceramics from 1787 to 1880. *Historical Archaeology*, 25(1), 1-25.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Moreno, C. (1995). *Espanoles y criollos, largas historias de amores y desamores. De las viejas tapias y ladrillos. Tomo 4*. Icomos Comité Argentino, Buenos Aires.
- Munsell Soil Colors Book. (2017). Munsell Color. Michigan.
- Noël Hume, I. (1969). *A guide to the artifacts of colonial América*. University of Pennsylvania Press, Pennsylvania.
- Orton, C., Tyers, P. y Vince, A. (1997). *La Cerámica en Arqueología*. Crítica, Barcelona.
- Otero, O. (2005) *La vivienda porteña en el período virreinal: Materiales, uso, función, valor simbólico*. Tesis doctoral. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. <http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.182/te.182-7.pdf>
- Ots, M.J., Manchado, M., Cataldo, M. y Carosio, S. (2017). La organización de la producción de cerámica colonial en la frontera sur del imperio español (Mendoza, Argentina). *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi*, 12(2), 473-494.
- Pasquali, C. y Escribano Ruiz, S. (2013). Mayólicas en el Fuerte Sancti Spiritus (1527-1529). Propuesta analítica y resultados provisionales. *Revista del Museo de La Plata*, 13, 405-426.
- Pérez Pieroni, J. (2022). Lozas del siglo XIX en poblados mineros de la puna: análisis de fragmentos de Antigüoc y Ajedrez (Jujuy, Argentina). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 16(2), 19-39.
- Pineau, V. y Andrade, A. (2018). Los fragmentos de gres del sitio Mariano Miró. Análisis de su contenido y procedencia (La Pampa, siglo XX). *Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos*, 4 (2), 111-121.
- Pineau, V. y Andrade, A. (2022). Análisis morfológico funcional de los fragmentos de loza del sitio Mariano Miró (La Pampa, siglos XIX-XX). *Anuario de Arqueología*, 00, 65-77.
- Prieto-Olavarría C., Chiavazza, H. y Castro de Machuca, B. (2020). Cerámica híbrida, huarpes y etnogénesis en una ciudad colonial meridional (Mendoza, Argentina). *Latin American Antiquity*, 31(3), 4.
- Puebla, L. (2017). *Análisis de sellos de lozas arqueológicas del área fundacional como contribución al estudio de la economía y sociedad de Mendoza (1800-1960)*. Tesis de licenciatura inédita. Universidad Nacional de Cuyo.
- Ramos, M. y Helfer, V. (2020) El ensamblaje en Arqueología histórica: propuesta. *Atek Na*, 9, 110-138.
- Rodríguez, Y. y Brooks, A. (2014). Del por qué asumimos valores ideológicos que no nos correspondían. *Nuestro Sur* 8, 9-39.
- Schávelzon, D. (1991). *Arqueología histórica de Buenos Aires, la cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*. Corregidor, Buenos Aires.
- Schávelzon, D. (2000). *Historias del comer y del beber en Buenos Aires: arqueología histórica de la vajilla de mesa*. Ediciones Aguilar, Buenos Aires.
- Schávelzon, D. (2001). *Catálogo de Cerámicas Históricas de Buenos Aires (Siglos XVI-XX)*. CD.
- Schávelzon, D. (2006). Lo que nunca vimos: reusos de objetos cerámicos históricos. En A. Tapia, M. Ramos y C. Baldasarre (Eds.). *Estudios de Arqueología históri-*

- ca: investigaciones argentinas pluridisciplinarias* (pp.137-146), Museo de la Ciudad de Río Grande, Tierra del Fuego.
- Schávelzon, D. (2010) La cerveza en el piso: arqueología de rescate en una cervecería en Mercedes (Buenos aires, Argentina). En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Vol. III, (pp. 1077-1080). Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
 - Schávelzon, D. (2013). Argentina and Great Britain: Studying an Asymmetrical Relationship through Domestic Material Culture. *Historical Archaeology*, 47(1), 10-25.
 - Schávelzon, D. (2014). Pipes in a Franco- Spanish Journal for Latin America. *Society for Clay Pipes Research Newsletter*, 85, 40- 46.
 - Schávelzon D., Frazzi, P., Carminati, M. y Camino U. (2011). Borrachos en la Patagonia: Clasificando envases de gres y sus problemas. En *Arqueología Histórica en América Latina*. (pp. 87-98). Universidad Nacional de Luján. Buenos Aires.
 - Schávelzon, D., Zorzi F. y Igareta, A. (2017). Vajilla y costumbres de mesa en la antigua Buenos Aires: una mirada desde la arqueología histórica. En S. Hallstead y R. Root (Comp.) *Pasado de moda. Expresiones culturales y consumo en la Argentina*. Ediciones Ampersand. Buenos Aires.
 - Schiffer, M. (1987). *Formation Processes of the Archaeological Record*. University of New Mexico Press, New Mexico.
 - Tapia, A., Traba, A. y Camino, U. (2021). Investigaciones en el área fundacional de Baradero (pcia. de Buenos Aires): análisis de un conjunto de cerámica hispano indígena. En C. Quintana (Comp.). *Resúmenes del IX Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina* (pp. 108).Universidad Nacional de Mar del Plata.
 - Tomassini, H. y Weimann, J. (2020). Análisis de materiales de loza del sitio Boliche Lucanera (General Ceri, Bahía Blanca). *La Zaranda De Ideas*, 18(2), 40–58.
 - Vázquez, F. y Martí, V. (2011). Análisis preliminar de la cerámica indígena de la Reducción de la Exaltación de la Santa Cruz de los indios Quilmes. *Comechingonia virtual*, 2, 203-216.
 - Volpe, S. (2001). Informe sobre pipas de caolín de Rosario. *Arqueología Urbana* N°1. Escuela Superior de Museología. Municipalidad de Rosario, Rosario.
 - Wagner, M. (2006). Estudio de la loza del Fuerte Blanca Grande. *Runa*, 26, 147-164.
 - Wu, X. Zhang, C., Goldberg, P. y Cohen, D. (2012). Early Pottery at 20,000 Years Ago in Xianrendong Cave, China. *Science* 336 (6089):1696-700.
 - Zorzi, F. (2012). *Mayólica colonial en Buenos Aires. Trayectoria social de un conjunto cerámico de los siglos XVII y XVIII*. Tesis de licenciatura inédita. Universidad de Buenos Aires.
 - Zorzi, F. y Agnolin, L. (2013). Análisis y reflexiones en torno a un conjunto cerámico colonial en la ciudad de Buenos Aires. *Cuadernos del INAPL, Series Especiales* 1 (3), 132-144.

Capítulo 7

Introducción al análisis de materiales vítreos

Vanesa N. Bagaloni

Los objetos vítreos, al igual que los huesos de animales y las cerámicas, se encuentran en gran cantidad en los sitios arqueológicos posthispánicos. Las características composicionales del vidrio le otorgan una dureza que permite su conservación en el tiempo. Desde el siglo XVI ingresaron al continente americano variados artefactos elaborados en este material, tales como cuentas, botellas, frascos, tarros, damajuanas, vajilla –que incluye utensilios, copas, vasos, platos, fuentes, tazas, jarras–, botones, bolitas, vidrio para aberturas y mobiliario, luminaria, adornos, entre muchos otros objetos. En éstos se pueden identificar rasgos relacionados con su morfología, su funcionalidad, su contenido, el fabricante y el lugar de procedencia. Estas particularidades, al igual que ocurre con la cerámica, constituyen indicadores cronológicos fundamentales en los contextos arqueológicos, así como permiten abordar cuestiones sobre las prácticas, los gustos y las modas seguidas por las poblaciones. Además, los objetos de vidrio, lujosos y costosos durante la colonia, fueron ampliamente utilizados y reutilizados por las distintas sociedades en los siglos venideros a la conquista. Recién hacia fines del siglo XIX comenzó su producción en Argentina.

En este capítulo se desarrolla una breve síntesis acerca de la historia del vidrio, el proceso de fabricación, las características tecnológicas, los diversos objetos que existieron en el tiempo y las continuidades y las transformaciones en la manufactura artesanal e industrial. También, se presentan algunos lineamientos generales para su identificación tecnomorfológica y funcional, su clasificación, su análisis y su interpretación, que sea de utilidad para un público amplio, desde estudiantes e investigadores/as hasta interesados/as de variada índole. De igual forma, se contemplan los circuitos comerciales ultramarinos durante el período colonial y el republicano para el abastecimiento a las distintas regiones americanas (focalizando en el Río de la Plata), y los circuitos locales en variados ámbitos -frontera, pueblos, ciudades, puertos, etc.-. En este sentido, se abordan brevemente algunas tendencias de uso y reúso en contextos arqueológicos argentinos, así como las prácticas sociales y los aspectos simbólicos relacionados con su consumo.

Breve desarrollo histórico de la tecnología e industria vítrea

El vidrio es una sustancia inorgánica que se halla en forma natural en la superficie terrestre como obsidiana.¹ Este material se ha replicado de manera artificial a partir de una mezcla de arena de sílice (vitricador, alrededor de un 70%), carbonato de sodio (fundente, 15%) y carbonato de calcio (estabilizador contra cambios atmosféricos, 10%) calentados a temperaturas mayores a 1500°C (Baugher-Perlin, 1982; Corti, 2008; Jones y Sullivan, 1989; McKearin y Wilson, 1978; Toulouse, 1969; Traba, 2013). El producto de esta combinación es sólido, duro, frágil, transparente, amorfo y dúctil. Las impurezas de la arena de sílice (por la variación en la cantidad de óxidos de hierro) le dan una apariencia verdosa (gamas de verdes olivas, ámbar, aguamarinas), aunque se le agregan determinados óxidos (solos o mezclados, en una proporción del 5%) para obtener colores específicos. Por ejemplo, óxidos de cromo (verde esmeralda), de cobalto (azul), de manganeso (violeta), de estaño o de zinc (blanco), mezcla de níquel, manganeso, cobre o selenio (marrones y rojos), entre otros (Toulouse, 1969; Jones y Sullivan, 1989). Estas propiedades, sumadas a la brillantez y a la diversidad de colores, propiciaron el uso farmacéutico y alimenticio debido a la capacidad de preservación y almacenamiento de los contenidos, y la utilización en artefactos de cocina y menajes. Además, el vidrio presenta usos arquitectónicos, edificios y decorativos, así como ópticos, electrónicos e

¹ Se trata de una roca de origen volcánico compuesta mayormente de sílice.

industriales. Una ventaja adicional de este material es que se recicla totalmente manteniendo las mismas propiedades originales.

Hacia el año 3000 a.C., los egipcios y los fenicios comenzaron a producir cuentas de collar y abalorios, en moldes (Zerwick, 1990). Para 1500 a.C., confeccionaban con la misma técnica vasijas huecas de coloración clara con tintes verdes y azules. Posteriormente, hacia el 900 a.C., esta tecnología se propagó por el mar Mediterráneo y llegó a las cortes reales. La técnica del vidrio soplado se descubrió en el siglo I a.C. y se difundió durante el imperio romano. Éstos desarrollaron “industrias” y una producción a gran escala de objetos de uso diario -cristalerías, vasos, copas, recipientes- y para la conservación y el almacenaje de determinados productos. En la Europa de la Edad Media, se elaboraron mosaicos de vidrio y vidrieras de iglesias. Así, el vidrio fue un artículo de lujo sólo al alcance de los sectores con poder económico y político. A partir del siglo XV, se impuso la industria veneciana con el “cristal veneciano” o “cristallo” -semejante al cristal de roca, un vidrio incoloro, transparente y duro- centralizando su producción en la isla de Murano (Italia). La técnica consistió en incorporar hebras de vidrio blanco opaco dentro de un cristal transparente, con un diseño tipo filigrana que tenía el efecto de un encaje, sobre todo, en cuentas de collar y otras joyas, y en tulipas de lámparas. En el siglo XVII, la influencia italiana acabó desapareciendo al surgir nuevos métodos para la fabricación de vidrio. Por ejemplo, el vidrio potásico más grueso y duro que el anterior, el esmaltado y pintado en frío que se desarrolló en Alemania y el vidrio de plomo en Inglaterra. Éste último era más suave y brillante, y más versátil para el tallado de copas y candelabros.

A partir del siglo XVII, se generalizó el uso de las botellas de vidrio con el invento del tapón de corcho por el monje francés Pierre Perignon de Hautvillers y de la botella cilíndrica de hombros caídos y cuello largo por un miembro de la corte británica. Alrededor del año 1795, otro avance fue el descubrimiento de los tarros de conserva por el pastelero francés Nicolás Appert, que permitió la durabilidad, por un largo período de tiempo, de ciertos alimentos envasados en tarros de vidrio, sellados herméticamente y calentados. Así, durante el siglo XVIII, el vidrio dominó el mercado europeo y colonial (Baughner-Perlin, 1982). Luego de la derogación del impuesto al vidrio a mediados del siglo XIX, que protegía al gres cerámico, el comercio de objetos y de envases de vidrio se hizo masivo (Schávelzon, 1991).

Con la primera revolución industrial (Inglaterra, 1760-1830) se inició un proceso de grandes transformaciones económicas y sociales, junto al reemplazo de la producción manual a la mecánica en las fábricas. La técnica de manufactura vítrea cambió a lo largo del tiempo, del vidrio soplado a boca -libre o en

moldes- se pasó al vidrio prensado (desarrollada en 1825 por John P. Bakewell, en Pittsburgh) y posteriormente, a un proceso semiautomático (inventado en 1876, también en Estados Unidos). Esta última técnica requirió menos trabajadores, aunque calificados en el manejo continuo y el seguimiento de la máquina, por lo que se desplazó paulatinamente a los sopladores de vidrio, ya que el aire lo proporcionaba el mismo aparato. Hacia inicios del siglo XX, Michael J. Owens creó en Ohio la primera máquina (patentada en 1904) para la fabricación automática tanto de la alimentación como del flujo, que sólo necesitó de supervisión y cuyo resultado fue la producción en serie de envases de vidrio (McKearin y Wilson, 1978). Recién en 1925 se puso en marcha una máquina automática de cuatro secciones individuales. Esto favoreció la elaboración de un mayor número de recipientes en menor tiempo y a menor costo, redujo los defectos de los envases y los estandarizó, a la vez que mejoró la eficacia del proceso de fabricación. Actualmente, una máquina posee más de 20 secciones pudiendo hacer miles de botellas, frascos y tarros en un día.

En el continente americano, hubo varios intentos de manufactura local al inicio de la etapa colonial. Por ejemplo, en Jamestown (Virginia, Estados Unidos), en Ciudad de México y Puebla de los Ángeles (México), en el valle de Ica (Perú) y en la ciudad de Córdoba (Argentina). Pero, recién en el siglo XVIII y, sobre todo el siglo XIX, se diversificaron los centros de producción y comenzaron las fabricaciones locales a gran escala, con avances de gran relevancia. En el caso de Estados Unidos, en 1899, había 355 fábricas de vidrio –en Pensilvania, Indiana, New Jersey, Maryland, Ohio, entre otras- y 55.256 empleados.²

Hacia mediados de siglo XIX, después de la segunda revolución industrial en Inglaterra, creció la fabricación de vidrio y se diversificó la cantidad y calidad tanto de objetos vítreos como de sus contenidos. Esta situación se reflejó en los productos importados a la Argentina (ver Estadística del Comercio Exterior 1881 en Traba, 2013). El Primer Censo Nacional de 1869³ registró a 53 vidrieros ubicados en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, San Luis y Salta. Sin embargo, la elaboración de vidrio comenzó en la década de 1870 con el italiano Francisco Bordoni quién instaló la primera fábrica de vidrio en la ciudad de Buenos Aires, denominada “La Argentina” de F. Bordoni y Cía. (Boysen, 1943:2-5). Otra fábrica fue la “Cristalería Rigolleau” del inmigrante francés, León Rigolleau en Buenos Aires (1882-1906,

2 Departamento de Comercio de los Estados Unidos, Oficina de Comercio Exterior y Nacional, 1917.

3 Los censos se descargaron del sitio <https://www.familysearch.org/es/search/>, último acceso 30 de diciembre de 2024.

originariamente fabricante de tinteros) y luego en Berazategui (1906-hasta la actualidad) dejando una gran impronta identitaria en la industria nacional (Russo, 2011). Inicialmente, las fábricas vidrieras incipientes funcionaron con hornos muy precarios que elaboraron frascos, envases y lámparas de kerosene. La producción era inestable, plagada de conflictos con los trabajadores y, además, no podía competir con los recipientes y productos importados cuyo costo era la mitad de aquel producido nacionalmente. Recién el Censo de la ciudad de Buenos Aires, en 1904, consignó la actividad de cinco fábricas de vidrio con 642 obreros entre hombres, mujeres y menores de edad. En el Tercer Censo Nacional (1914) se registraron 16 establecimientos vidrieros con 2.136 empleados, cuya manufactura se extendió a la provincia de Buenos Aires. A pesar de que la provincia contó con menos cantidad de fábricas que la capital, produjo el 68% del total para esa época. Con la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la industria local de vidrio se vio favorecida. Así, en 1921 Cristalerías Rigolleau fue una de las primeras en introducir la fabricación automatizada (hornos) y en serie, alcanzando la cantidad de más de 100.000 botellas diarias (Russo, 2011:371). Pero en la etapa de posguerra con el cambio de combustible (de carbón al petróleo) y la entrada de importaciones a muy bajo costo (con la devaluación de las monedas europeas), volvió a verse afectada negativamente.

Luego de la crisis económica de 1929-1930 el gobierno provisional tomó medidas protectoras hacia la industria nacional. Sin embargo, para 1940 se siguió importando parte de la materia prima fundamental para la elaboración de objetos de vidrio y cristal, como las arenas especiales (por ejemplo, la francesa de Fontainebleau) y el carbonato de calcio, y también, bienes de capital (Boysen, 1943). Posteriormente, entre 1930 y 1960, en el contexto previo y posterior a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), la industria nacional del vidrio incrementó notablemente su producción y ganancias, bajando considerablemente los niveles de importación (Russo, 2011).

Cambios y continuidades en las técnicas de manufactura

De manera similar a la producción cerámica, la elaboración de artefactos vítreos varió a lo largo del tiempo, desde las técnicas iniciales de manufactura manual y artesanal en Medio Oriente hasta la fabricación automática a partir de máquinas especializadas en Norteamérica y Europa (Baugher-Perlin, 1982; Jones, 1971; Moreno, 1997; Rock, 1981; Schávelzon, 1991; Soetens, 2001; Van den Bossche, 2001). Cada una de las técnicas y herramientas utilizadas para la confección vítrea, dejaron rasgos en los objetos que se convierten en elemen-

tos diagnósticos a la hora de identificar e interpretar los fragmentos vítreos de colecciones y/o sitios arqueológicos. Se consideran elementos diagnósticos ya que permiten determinar forma, funcionalidad, contenido, procedencia, fabricante y cronología., en muchos casos.

A los fines didácticos se focaliza en los artefactos comúnmente hallados en los contextos arqueológicos como los envases -botellas, botellones, damajuanas, frascos, tarros, tinteros- y, en menor cantidad, vajilla -vasos, copas, jarras-; que se describen más adelante. Según Rock (1981), una **botella** presenta los siguientes atributos: **pico**, puede estar compuesto por un borde, un orificio, un gollete y/o un cuello; **hombro**, entre la base del cuello y el inicio del cuerpo; **cuerpo**, entre el cuello y la base; y **base**, punto de apoyo, puede tener un decantador o *push-up* siendo la parte cóncava, al interior de la botella (Figura 7.1). Además, la botella puede tener una o varias **costuras** -marca a lo largo o en algún sector producto del uso de moldes-, **sellos**, **inscripciones**, entre los rasgos más comunes.

Figura 7.1 Atributos generales de una botella



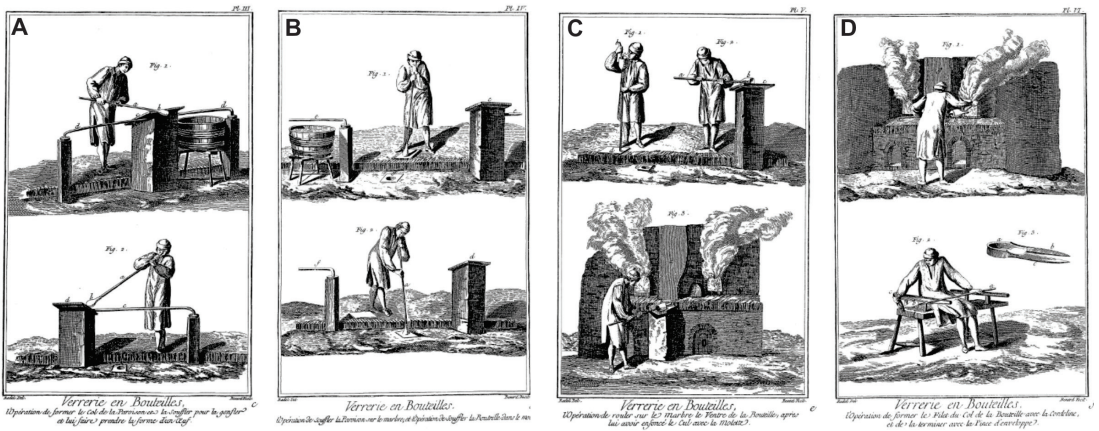
Nota. Esquema desarrollado en base a la propuesta de Rock (1981:1). Fuente: elaboración propia.

Las formas posibles de confeccionar un artefacto vítreo se complejizaron en función de los avances tecnológicos. A pesar del reemplazo paulatino, las iniciales formas artesanales perduran hasta hoy, dependiendo del contexto local de fabricación. Las diversas maneras de **elaboración de recipientes** (Baugher-Perlin, 1982; Diderot y d' Alembert, 1772; Jones, 1971; Lindsey, 2010; McKearin y Wilson, 1978; Moreno, 1994a, 1994b, 1997; Noël Hume, 1969; Schávelzon, 1991)⁴, se resumen en orden cronológico:

1) **Soplado libre o *free-blown***: esta técnica se conoce desde el siglo III a.C. y se desarrolló en Europa, mayormente, entre los siglos XVI y XVIII. Es la más artesanal y rudimentaria. Se trata del soplado bucal del aire mediante una caña, donde se expande libremente la masa vítrea, previamente armada y fundida en un horno, formándose una “ampolla”. El maestro soplador, de pie, le da forma en el aire y/o sobre una mesa plana -de mármol o de metal- con alguna herramienta simple -por ejemplo, una pinza de metal o una tijera, una paleta de madera en el caso de las botellas cuadradas-. La formatización del objeto depende de las habilidades del vidriero, de su ayudante y del tipo de artefacto, de las condiciones y medios de trabajo. Antes de sacar la caña y/o soplete de la parte superior de la botella, se efectúa el “empontilado”; es decir, con un *molette* y/o pontil -puede ser de hierro, arena, vidrio o madera- se sujeta la base para sostener a la botella y separar la caña de soplado. Este proceso de separación puede ser mediante el humedecimiento (con una paleta de madera mojada con agua fría) o directamente producto del corte con una tijera. La última etapa de este proceso de formatización se desarrolla sentando ya que requiere de mayor precisión y consiste en la realización del pico (orificio, borde, gollete y/o cuello) o borde. Una vez que se termina de hacer el pico con la ayuda de la pucella (pinza de metal para abrir) y/o del mismo soplete, se quita el pontil. Finalmente, se lleva al objeto al horno de recocido para que se enfríe paulatinamente (Figura 7.2).

4 También el sitio web de identificación e información sobre botellas de vidrio históricas, www.sha.org, último acceso 10 de marzo de 2025.

Figura 7.2 Formas y etapas de la manufactura de recipientes de vidrio



Nota. A. Soplado libre. B. Soplado en molde profundo. C. Formatización del pico y del cuerpo. D. Terminación del pico, sentado y con herramienta, y recocido. Fuente: elaboración propia de la autora en base a imágenes tomadas de Diderot y d'Alembert (1772).

2) **Soplado en molde:** este procedimiento se utilizó entre fines de siglo XVII y hasta el siglo XX en talleres tanto de Europa como de América, y permitió la estandarización de la capacidad de las botellas y un mejor acabado. Luego de formar la ampolla vítrea, el maestro realiza el soplado en un molde de diversas formas, variantes y características, que se agrupan en cuatro tipos principales:

2.1 Molde profundo o *dip mold*: es el más antiguo. El soplado de la ampolla se hace dentro de un molde de una pieza, de madera o metal -latón, hierro o acero-, de distintas formas y capacidades, generalmente en una cubeta o bajo superficie, por inmersión (Figura 7.2 B). Este molde forma la base y el cuerpo, ligeramente estrecho hacia la base para poder sacarlo fácilmente. Luego se retira para confeccionar el pico, como en el caso anterior, mediante el uso del soplete o de una pinza y con la colocación de un hilo de vidrio en el borde o alrededor del cuello.

2.2 Molde de dos piezas o molde con bisagra o *hinged bottom mold*: el soplado de la ampolla se efectúa dentro de un molde conformado por dos piezas unidas en la base o a lo largo del cuerpo por una bisagra. El maestro vidriero necesita de la ayuda de un colaborador que sostenga el molde. Cuando se abre el molde se forma el pico.

2.3 Molde de tres piezas y cuerpo profundo o *three-part mold with a dip body*: el soplado de la ampolla se realiza dentro de un molde conformado por tres piezas unidas, con la base y el cuerpo fijo, con bisagra en el hombro. Cuando se retira del molde se elabora el pico igual que antes. Este tipo de molde puede tener una placa removible alrededor de la circunferencia de la base. Por

ejemplo, el molde de Ricketts, elaborado en Bristol entre 1821 y 1850, fue uno de los primeros en patentarse, cuya placa tenía inscrita el nombre del inventor y el lugar de origen (Jones, 1971:92; Rock, 1981).

2.4 Molde de tres piezas y cuerpo formado por tres placas o *three-part mold with three mold leaves*. Existen dos variantes (Moreno, 1997:22-23; Baugher-Perlin, 1982:264): a) Molde post-base o *post-bottom molds*: soplado a pulmón, en molde con una impronta circular en la base y b) Molde con copa de fondo o *cup-bottom molds*: soplado manual o mecánico, en molde con una impronta fuera de la base.

2.5 Molde giratorio o *turn mold*: es una variedad del molde profundo, generalmente de metal. El envase se gira dentro del molde en el momento que se está formando. Es común en la elaboración de las botellas de vino (Baugher-Perlin, 1982:264).

2.6 Moldes *blown-back*: se trata de moldes de altura completa. La totalidad de pieza se realiza en el molde con soplado manual. Se usa para hacer tarros con boca ancha a rosca. Es una variante del *post-bottom molds*. Patentado por Mason en 1858 (Baugher-Perlin, 1982:264).

3) **Prensado o estampado**: esta técnica se desarrolló en Estados Unidos (desde la década de 1820) y en Europa (desde 1830, en Inglaterra, Francia y Suecia) y aún continúa. Consiste en el soplado tanto manual como automático en molde (liso y/o con decoración), con un émbolo o pistón que permite esparcir rápidamente el vidrio fundido, antes de solidificarse, por todo el molde. Esto posibilitó la creación de formas con diseños elaborados para fabricar cristalería y abaratar sus costos. El prensado automático se adoptó en 1898.

4) **Semiautomática**: entre los años 1870 y 1910. El inicio del proceso de fabricación es manual (alimentación de vidrio), los trabajadores introducen las gotas de vidrio del tamaño y la temperatura adecuados en la máquina que realiza, a partir del soplado o prensado en moldes, la formatización completa de base, cuerpo, cuello y terminación de botellas, frascos y tarros.

5) **Automática**: a inicios de 1900. Los recipientes se producen en su totalidad en una máquina completamente automatizada. Ya no necesitan de la mano de obra humana para generar la ampolla sino que una máquina recoge el vidrio automáticamente del horno, utiliza presión de aire mecánica para soplar la botella y darle forma, y no requiere trabajo de acabado manual para formar o terminar el borde. También el proceso de recocido es automático. La actividad humana sólo interviene para mantener o reparar la máquina.

Como se refleja en la Figura 7.3, el proceso de formatización desde el soplado libre al automático fue variando y perfeccionándose, sobre todo las bases y las terminaciones superiores, que deja marcas características. En el caso de confección de una botella -tanto cilíndrica como cuadrada-, la **elaboración**

del pico comprende distintas maneras (Lindsey, 2010; Moreno, 1997; Rock, 1981): a) antes del siglo XIX, *sheared lip* o acabado simple donde directamente se corta la parte superior, b) desde el siglo XVII hasta el siglo XX, el pico se aplicó a mano mediante un hilo de vidrio alrededor del orificio en el borde o en el gollete, c) a partir de 1830-1850 y hasta 1900, el pico se elaboró con un instrumento llamado pinza de vidriero o *lipping tool*, d) hacia fines del siglo XIX, tanto en botellas como en tarros se diversificaron las formas de cerrado con la producción mecánica (Rock, 1981). Entre estas últimas se encuentran la rosca interna o *inside screw* (1855-1900), el tapón Hutchinson o *Hutchinson stopper* (1880-1920), el tapón relámpago o *lightning stopper* (1880-1920 y actualidad), la tapa corona o *crown cap* inventada en 1889 (muy común hoy día) y la rosca continua (desde 1919). En cuanto a la **formatización de la base**, se puede destacar (Jones, 1971, 2000): a) antes del siglo XIX, la formación de un *push up* con caña de soplado, con *molette* o con vara de hierro, b) entre los siglos XVIII y XIX con pontil de vidrio, madera o metal, c) en molde con base unida o separable de variadas características, d) uso de pinzas o *snap case*, desde 1850, para sostener la base y parte del cuerpo cuando se está haciendo el pico, y e) con máquina. En el apartado de análisis e identificación se focaliza en las marcas que dejan tanto las técnicas de fabricación como el uso de las herramientas antes descritas en las partes que componen un recipiente u objeto. Seguidamente, se describen los diversos artefactos elaborados en vidrio.

Figura 7.3 Evolución en la formatización de la base y el pico en botellas



Fuente: elaboración propia.

Los artefactos de vidrio

Los artefactos de vidrio más comunes (Figura 7.4) pueden clasificarse en los siguientes grandes grupos (Bagaloni, 2017; Baugher-Perlin, 1982; Jones, 1971; McKearin y Wilson, 1978; Moreno, 1997; Noël Hume, 1969; Pedrotta y Bagaloni, 2006; Rock, 1981; Tapia y Pineau, 2013; Traba, 2013; Schávelzon, 1991; entre otros):

- **Botellas cuadradas:** existen dos tradiciones contemporáneas. Por un lado, las botellas cuadradas de tradición *española* que presentan paredes verticales y paralelas, pico corto y con tapones de peltre a rosca, elaboradas en varios colores (ámbar, aguamarina, verde claro o blanco). Por otro lado, las botellas cuadradas de tradición *anglo-holandesa*, conocidas como *case bottles* o *limetas* (Figura 7.4 A). Éstas tienen la base cuadrada (entre 5 y 7 cm), un cuerpo troncopiramidal invertido con paredes rectas (algunas pintadas o con inscripciones). Los hombros son casi horizontales (entre 7 y 9 cm), con el cuello muy corto (o sin cuello) y el pico con gollete rudimentario o elaborados con pinza de vidriero. En general, se realizaron por soplado al aire libre, en molde profundo o de manera industrial. Con el tiempo cambiaron del color verde oliva oscuro al verde oliva claro, de bases toscas e irregulares con paredes gruesas a bases más gráciles con paredes delgadas (a veces, con acanalamaduras), de pico cortado o con listón simple aplanado a otros con listón grueso e inclinado.⁵ Este tipo de envases permite un mayor volumen de contenido -ginebra, brandy, ron u otros licores- en un espacio menor y un traslado seguro en cajones. Se fabricaron en Alemania desde el siglo XVI y fueron comunes en el resto de Europa -sobre todo en Bélgica, Dinamarca, Holanda, Inglaterra y Francia- por lo menos, desde mediados del siglo XVII. En América, se encontraron en contextos del último cuarto del siglo XVIII, aunque se hicieron populares durante el siglo XIX. Por ejemplo, para la segunda mitad del siglo XIX, entre las marcas más comunes de ginebra se encuentran A. I. Van Hoytema, fabricantes de sus propias botellas de vidrio entre 1861 y 1928, procedente de Culemborg (Holanda); las destilerías Jürgen Peters y P. Loopuyt & Co. de Schiedam (también ambas de Holanda), Elast & Co. de Palm Tree (Inglaterra), entre muchas otras. En Argentina, a inicios del siglo XX, Peters Hermanos elaboró la ginebra La Llave, que en 1872 fue marca nacional

5 Para profundizar en la diversidad de grupos tipológicos y cronologías consultar a Bagaloni (2017) y a Moreno (1997).

y desde 1908 contó con una producción vítrea propia. También, desde 1916, la marca 8 Hermanos fabricó licor envasado en botellas cuadradas.

- **Botellas cilíndricas:** de formas y características variadas a lo largo del tiempo, por los cambios tecnológicos y en función de su contenido. En el caso de las **botellas de vino**, Rock (1981:10) las clasificó en cuatro tipos elaborados por soplado libre o en molde profundo: 1) *Bocks*, contienen vino de la región del Rhin, son botellas bajas y anchas, de forma ovalada, color verde oliva y pardo rojizo, con una capacidad de 710 ml (24 onzas) (Figura 7.4 B); 2) *Hocks*, también tiene vino del Rhin; de cuerpo más estilizado con *push-up* poco marcado, hombro desdibujado y el pico formado por anillos aplicados a mano, color verde oliva y verde rojizo, con capacidad de 770 ml (26 onzas) (Figura 7.4 C); 3) *Champagne*, más grande que las anteriores, contiene champaña (bebida carbonatada), de sección redonda, con *push-up* marcado con gota central, hombros de transición gradual al cuello, pico agregado y/o formatizado con pinza de vidriero, en la gama del verde oliva y capacidad de 13 a 26 onzas (Figura 7.4 D); y 4) *Bordeaux*, para vino *cabernet*, *merlot*, *malbec*, *sauvignon*, con *push-up* alto con gota central, paredes más delgadas que las anteriores, de color verde oliva, lados rectos, hombros definidos y pico aplicado, con capacidad de 680 ml (23 onzas) (Figura 7.4 E). Los dos últimos grupos de botellas, desde el siglo XVIII, proceden de Burdeos, departamento de Gironde, Francia (Jones, 1971; Bauger-Perlin, 1982).

Dentro de las botellas cilíndricas, otros grupos de bebidas alcohólicas son:

- 1) las **botellas inglesas de “vidrio negro”** (verde oliva oscuro) de vino, cerveza y/o agua mineral en recipientes de distintas capacidades, sopladas en molde profundo, bases con círculos concéntricos y letras (uso de placas removibles), *push-up* chato, picos hechos con pinza de vidriero, y elaboradas entre 1830 y 1890 (Figura 7.4 F);
- 2) las **botellas de jerez o sherry** de vino fino de larga data fabricado en Jerez de la Frontera (Andalucía, España). Su mayor producción ocurrió en la primera mitad del siglo XIX. Se trata de botellas sopladas en molde, pico aplicado con pinza de vidriero, cuello de forma globular, base con círculo central, color ámbar y podían tener sello aplicado (Figura 7.4 G);
- 3) las botellas conocidas como **bitter**, una bebida medicinal a base de hierbas y raíces, con contenido alcohólico. Se destaca la **botella de hesperidina**, un aperitivo y tónico a base de naranjas, creada en 1864 por

Melville Bagley. En 1876 constituyó la primera marca registrada de Argentina. Estaba fabricada en molde de tres partes, con costuras laterales y acanaladuras en la parte inferior e inscripciones en las paredes y en la base (de 7,5 cm de diámetro). Tenía un pico doble y globular, el superior más ancho y de color ámbar (Figura 7.4 H);

- 4) las **botellas de cerveza**, fueron las primeras botellas industriales (entre 1870 y 1920), de unos 25 cm de altura, con hombros inclinados, el cuello ahusado, el cierre de tapón relámpago (posteriormente, tapa corona) y de color ámbar.

Por último, las **botellas de agua mineral y soda** y las **botellas de alimentos**, ambas en tonos transparentes, aguamarina y verdes claros. Las primeras fueron comunes desde el siglo XVIII en Europa central con aguas de manantial carbonatadas. Presentaban un pico redondeado para beber directamente del mismo, y algunas tenían el cuerpo con fondo redondo, torpedo u ovalado (por ejemplo, las creadas por W. Hamilton en 1809). Se mantenían acostadas para que no se secara el corcho que las tapaba, para conservar la presión del gas. A partir de 1833, se le agregan sabores como limón, lima, frutilla y cereza. En 1870, en Inglaterra, se patentó el cierre Codd para las botellas de gaseosa que incluía una canica de vidrio interna en el cuello y el pico se sellaba con una goma.

Entre las segundas, que contenían una gran diversidad de productos (leche, salsas, aceite, tomate), existen distintas formas, desde las sopladas libremente con *push-up* y pico de listón agregado, hasta las hechas en molde con cuerpo variable (acanalados horizontales o verticales, facetados, etc.), con hombro y cuello con decoración de molde, con inscripciones. En algunos casos, presentaban pico ancho (como los de conservas o de leche) y cierres variados (tapón de vidrio y corcho, rosca interna o externa, tapón relámpago, etc.). Sus tamaños eran mayores a 15 cm.

- **Garrafas y Damajuanas:** de gran capacidad, entre 3 y 55 litros o más, de formas globulares, con base plana de distinto ancho, pico más grande que los anteriores (hilo aplicado o con pinza de vidriero), de colores verdes (desde el verde claro al color esmeralda) y pardos. Las garrafas contenían sustancias químicas fuertes, mientras que las damajuanas tenían líquidos potables y no corrosivos (vino, licores, etc.). Algunos de estos recipientes pueden estar revestidos por mimbre y con manija para protección (Figura 7.4 I). Se conocen desde el siglo XIV en Francia.
- **Frascos:** botellas pequeñas de menor capacidad y en general menores a 15 cm. De variadas formas (cilíndrica, triangular, trapezoidal,

octogonal, pentagonal, etc.), colores (transparentes, lilas, aguamarina, ámbar, etc.) y terminaciones (aplicado, con pinza de vidriero, a rosca, tapón de vidrio). Contienen productos domésticos (aceite, betún, tinta), medicinales, farmacéuticos y/o de perfumería (Figura 7.4 J).

Figura 7.4 Diversidad de artefactos elaborados en vidrio.



Nota. A. Botella cuadrada de ginebra, marca *Jürgen Peters*. B. Botella cilíndrica estilo *Bocks*. C. Botellas cilíndricas estilo *Hocks*, con pátina. D. Botellas cilíndricas estilo *champagne*. E. Botella cilíndrica estilo Burdeos. F. Botellas cilíndricas “negras” inglesas. G. Botella cilíndrica con sello “Jerez de la Frontera”, española. H. Botella de hesperidina marca Bagley. I. Damajuana con cobertura de mimbre. J. Frascos de diversos colores. K. Tarros de alimentos. L. Cuentas de collar *Chevron*. Fuente: elaboración propia.

- **Tarros:** recipientes de boca ancha para sustancias alimenticias (por ejemplo, dulces, pickles, mostaza, conservas) y productos medicinales, farmacéuticos o preparaciones domésticas. Principalmente son de forma cilíndrica, de distintos tamaños y su terminación consistía en un corcho atado con alambre y sellado con cera, rosca continua o cierre relámpago para que sea hermética y duradera. En general, de color transparente para ver el contenido y también ámbar, azul y blanco, entre otros, para preservar el mismo de la radiación solar (Figura 7.4 K). Pueden tener inscripciones de los fabricantes y/o del producto en relieve (Fike, 1987; Mc Kearin y Wilson, 1978).

- **Vasos y copas:** entre los siglos XVII y XIX se hicieron soplados a pulso, en moldes de hierro, de pasta o de prensado. Se elaboraron a partir de dos tipos de pasta: vítrea y cristal. Mayormente transparentes -algunos con tinte lila-, de distintos tamaños y formas. En épocas coloniales no eran comunes, podían ser lisos y con ondas irregulares, marca de pontil en la base (5 a 7 cm de diámetro), de paredes finas y verticales, costuras, bordes cortados y tamaño chico. A partir del siglo XIX se hicieron más habituales, entre ellos, los “vasos culones”, que tenían una base gruesa (entre 1 a 3 cm de espesor) y una altura desde 7 a 14 cm (Curtis, 1988; Jones, 2000; Schávelzon, 1991). Se elaboraron mediante moldes y las bases eran más anchas y pesadas que en las épocas coloniales y, con distintos dibujos como ondas y acanaladuras desde la base (Jones, 2000; Schávelzon, 1991). Además, se tallaron, grabaron y/o pintaron en el borde o en el cuerpo. Otros eran más altos y delgados, usados para tomar cerveza, y algunos muy pequeños corresponden a una medida de bebida blanca. Las copas se realizaron con procesos similares, pero la diferencia era la presencia de un pedestal, algunas eran bajas y anchas y otras ligeras y altas, en función de la bebida. En contextos locales recién fueron comunes hacia fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX.
- **Tinteros:** en Europa se conocen desde el siglo XVIII. Soplados en molde, con variedad de formas (cuadradas, octogonales, cónicos, cilíndricos) y tamaños. También presentan colores (verdes, azules, transparentes, ámbar) y diseños diversos. Pueden tener la terminación directamente cortada, aplicada o hecha en molde, con o sin pico vertedor. Algunos poseen inscripciones laterales y/o en la base.
- **Cuentas:** en Europa, desde el siglo XVI al XIX, las cuentas de vidrio se usaron como parte de collares, rosarios y amuletos (ensartadas o cosidas a la ropa). Existió una gran variedad de tipos de cuentas, que distintos autores clasificaron según su técnica de manufactura (estirado, enrollado y prensado en molde, horneado y soplado), su forma (plana, esférica, oval o alargada), su color (gran variedad), técnica decorativa (dorado, grabado o esmaltado) y su tamaño (desde 1 mm a 6 cm). En contextos coloniales americanos son una gran herramienta de datación relativa. Existen distintas tipologías (ver Tapia y Pineau, 2013; Sprauge, 2000), entre las que se destacan: a) las cuentas Nueva Cádiz: alargadas de color celeste, son las más tempranas, del siglo XVI; b) las cuentas *Chevron*: esféricas y ovaladas, de corte transversal con efecto roseta o estrella, de color azul, blanco y rojo, de los siglos XVI y XVII (Figura 7.4 L); c) las cuentas Ojo: ovals con incrustación central, de color turquesa, en los siglos XVI y XVII; d) las

cuentas *Goosberry*: esféricas, traslúcidas con franja blanca, entre los siglos XVI al XVIII y e) las cuentas Semillas: circulares planas, monocromas en color turquesa, azul o verde, traslúcidas, del siglo XVI al XVIII. La mayoría de las cuentas de vidrio coloniales se produjeron en Venecia, aunque existieron otros centros de elaboración de cuentas en España, Francia, Alemania y Holanda, con artesanos que habían emigrado desde Murano.

- **Botones:** de forma redonda (diámetro entre 0,8 a 1,6 cm) y plana (espesor promedio de 0,3 cm), hechos en molde por lo que presentan una costura perimetral, los más comunes son color blanco, con dos o cuatro perforaciones, a veces con la cara superior hundida para protección de la costura. Se fabricaron desde 1840 y fueron parte de la vestimenta (Schávelzon, 1991:151-152).
- **Vidrio Plano o *window-glass*:** usado en ventanas, espejos, claraboyas, faroles, cuadros, entre otros (Schávelzon et al., 2015). De procedencia europea, inicialmente fue elaborado manualmente mediante el soplado y girado de la pasta líquida que se aplanaba, cortaba y pulía. El espesor era irregular, entre 5 y 2 mm, con presencia de rebordes. En las primeras décadas del siglo XIX comenzaron a fabricarse en serie, en hornos de fundición, pasando a tener la superficie más regular y lisa, y un espesor entre 1,5 y 2 mm. Un lado podía presentar grabado, esmerilado, con dibujos o letras, o estar biselados. El color traslúcido es el más habitual.

El análisis y la identificación de restos vítreos

A la hora de abordar los restos vítreos arqueológicos se debe orientar el análisis en función de identificar los tipos de recipientes y/u objetos presentes y sus características. El estudio macroscópico de artefactos de vidrio parte de los lineamientos generales propuestos por una variada autoría (Bagaloni, 2017; Baugher-Perlin, 1982; Jones, 1971; Jones y Sullivan, 1989; Mc Kearin y Wilson, 1978; Moreno, 1994a, 1994b, 1997; Pedrotta y Bagaloni, 2006; Rock, 1981; Tapia y Pineau, 2013; Traba, 2012, 2013; Toulouse, 1969; entre otros). Una vez que se acondiciona para su estudio, se registra la procedencia de los fragmentos -por ejemplo, sitio arqueológico, cuadrícula, nivel- y se los sigla, se procede al análisis de cada pieza vítrea a partir de **nueve variables** que se consignan en la Tabla 7.1, a saber: dimensiones, parte y tipo de recipiente u objeto, marcas de manufactura y posmanufactura, color, pátina, relaciones de ensamblaje y cronología. Estas variables abordan la historia de vida del artefacto desde su creación hasta su descarte definitivo, pasando por procesos de meteorización

física y química hasta llegar a su hallazgo en terreno o en una colección (Purdy y Clark, 1987). La pátina constituye una alteración química derivada de la interacción del material vítreo y el medio ambiente (Purdy y Clark, 1987), siendo un indicador de los procesos postdepositacionales.

Tabla 7.1. Variables generales de análisis e identificación macroscópica de vidrios

VARIABLE	DESCRIPCIÓN
Dimensiones	largo, ancho y espesor máximo (interno y externo), circunferencia (base o cuerpo) de las botellas o recipientes cilíndricos mediante una escala confeccionada <i>ad hoc</i> con rangos de 1 cm.
Parte de recipiente/objeto	recipiente: pico, pico-cuello, cuello, cuello-hombro, hombro, pared-hombro, pared, base-pared, base, base- <i>push-up</i> , <i>push-up</i> . En el caso de botellas o recipientes cuadrados, se consignaron las partes pared-ángulo y ángulo. Objeto: base, pie, cuerpo, borde, asa.
Tipo de recipiente/objeto	botella cilíndrica, botella cuadrada, botella sin tipo morfológico identificado, frasco, tarro, recipiente cilíndrico o cuadrado sin especificar (cuando no se puede establecer si se trata de una botella), damajuana, vaso, copa, jarra, plato, taza, candelabro, florero, fuente, vidrio plano, cuenta, botón, tintero, entre otros.
Marcas de manufactura	burbujas agrupadas según el tamaño; presencia de costuras u otras características que indicarían el uso de moldes; marcas de los instrumentos utilizados en la confección de botellas <i>molette</i> , caña, vara, pontil o <i>snap case</i> para sostener la base y <i>lipping tool</i> (pinza de vidriero) para acabado del pico, marcas de succión u otras de procesos automáticos; imperfecciones como chorreados, estrías, veteados y hoyuelos; sellos e inscripciones (positiva o negativa); decoración (pintada, tallada, grabada, con ácido fluorhídrico, incrustación). Capa de vidrio en el caso de las cuentas.
Color	según el espectro de colores de Munsell (2009), agrupándolos en aguamarina, ámbar, blanco, marrón, verde, verde claro, verde oliva, verde esmeralda, traslúcido, azul, violeta, rojo, amarillo, etc.
Presencia de pátina	en la superficie externa, interna o en ambas.
Marcas postmanufactura (de uso y postdepositacional)	todas las alteraciones -y/o meteorización física- que afectaron a la pieza durante su vida y una vez depositada, como lascados (registrando su localización y tamaño), fracturas, astillados, rayados, abrasión y/o adherencias orgánicas e inorgánicas.
Relaciones de ensamblaje y de reúso	presencia/ausencia: reparaciones y remontajes (Ramos y Helfer, 2020) y reúso -ciclaje lateral, reciclaje, uso secundario- (Schiffer, 1987 en Pedrotta y Bagaloni, 2007).
Cronología	relativa de acuerdo con catálogos y estudios previos de clasificación de vidrios arqueológicos y actuales.

Fuente: elaboración propia de la autora.

Además, se efectúa el cálculo del número mínimo de recipientes (NMR) y el número mínimo de botellas (NMB) de vidrio en base a la suma de los ejemplares enteros, de las bases y de los picos de las botellas o recipientes similares. De igual forma, se tienen en cuenta la morfología y el color de los fragmentos de picos y bases para evitar que correspondan a alguno de los recipientes ya determinados. También se coteja que no se trate de dos restos que pertenezcan a un mismo ejemplar ya determinado por su base o pico (Pedrotta y Bagaloni, 2006). Para la identificación de los tipos de botellas y/o recipientes, así como de otros objetos vítreos se consultan distintos catálogos, libros y trabajos publicados, guías de datación cronológica como Bagaloni (2017), Baugher-Perlin (1982), Curtis (1988), Fletcher (1976), Fike (1987), Jones (1971), Jones (2000), Jones y Sullivan (1989), Mc Kearin y Wilson (1978), Miller et al. (2009), Moreno (1994a, 1994b, 1997), Noël Hume (1969), Rock (1981), Schávelzon (1991), Shulz, Allen y Lindsey (2016), Soetens (2001), Van Den Bossche (2001), entre otros; junto con información de diversos sitios de Internet sobre botellas y recipientes de vidrio antiguo⁶ y de cuentas de vidrio⁷. Para el caso de instrumentos vítreos de tradición indígena consultar la propuesta metodológica de Sironi (2010).

Asimismo, se busca identificar los procedimientos tecnológicos y su ubicación temporal respectiva, ya que el uso de distintas técnicas y los rasgos en la manufactura de los recipientes vítreos indican formas de producción y remiten a rangos cronológicos específicos. En función de las descripciones en los apartados anteriores, las expectativas de identificación se pueden agrupar en algunas **características tecnológicas generales** como, por ejemplo, en el caso de las botellas (Bagaloni, 2017; Baugher-Perlin, 1982; Jones, 1971; Moreno, 1994b; Traba, 2013):

1. Las **sopladas al aire libre** presentan una base con apoyo y cuerpo irregular, y un pico de acabado simple (cortado) o agregado⁸ y aplanado con la paleta de madera (tanto el cuerpo como el pico) en el caso de las *limetas*. El cuerpo presenta burbujas ovaladas y redondas de diversos tamaños, mayormente grandes (de hasta 10 cm), producto del soplado manual. La base puede tener marcas de soplete, caña, vara o pontil que dejan un decantador o *push-up*, en algunos casos, muy pronunciado -pudiendo superar los 8 cm-. El *push-up*, además de reducir la capacidad

6 Por ejemplo, www.sha.org/bottle, www.bottlebooks.com, y www.iaa.fadu.uba.ar/cau/, último acceso a todas 7 de marzo de 2025.

7 www.beadresearch.org, último acceso 5 de febrero de 2025.

8 Un hilo de vidrio se agrega en el extremo del cuello. Con el avance tecnológico se recalentaron para obtener una superficie pulida.

de la botella, mejoraba su resistencia y estabilidad, así como favorecía la sedimentación de su contenido. Es posible la decoración a mano (pintada, grabada o tallada) y la presencia de estrías en el cuello (sobre todo en las cilíndricas que puede ser largo), imperfecciones y asimetría general. Están ausentes las costuras, las inscripciones y el cierre a rosca.

2. Las **sopladas en molde profundo** también presentan burbujas de diversos tamaños y una superficie de aspecto variable (lisa, rugosa, aspecto tallado). Se mantiene la simetría del cuerpo. A la altura del hombro tienen una discontinuidad, entre el cuerpo y el cuello, producto del final del molde. El cuello y el pico se formaban por fuera del molde, con lo cual es posible la asimetría, las estrías y las imperfecciones. El pico puede tener terminación como las anteriores o estar formatizado con una pinza de vidrio -que produce anillos, rebarbas e imperfecciones que rodean el interior y exterior del cuello-. La base se sostenía con alguna herramienta (el soplete dejaba una gota central), con pontil o con *snap case*. Este último produce una impronta particular en la zona inferior de la base y en los laterales (ver Figura 7.3). La base en general es más estrecha que el hombro para ser removida fácilmente del molde. El molde puede tener un patrón, por ejemplo, en las botellas cuadradas tiene unas acanaladuras.

En el **molde de dos piezas**, el recipiente presenta costuras a lo largo de la base y en ambos laterales del cuerpo, que pueden ir hasta el cuello, inclusive. La costura de la base es una línea transversal que puede desdibujarse si se utilizó un pontil. El pico se terminaba de formatizar aparte. Si se usó *snap case*, exhibe marcas laterales en el sector inferior del cuerpo. Pueden tener inscripciones en positivo o negativo por medio de placas que, además, dejaban un borde. En el **molde de tres piezas o tipo Ricketts con cuerpo profundo**, la costura se observa alrededor de la circunferencia del hombro y en dos laterales del cuello. El pico, al igual que el anterior, se realiza a mano. La base puede incluir inscripciones (por ejemplo, circunferencia con leyenda “H. RICKETTS & C° GLASSWORKS BRISTOL”) y también marcas de pontil o *snap case*. El **molde de más de tres piezas con cuerpo formado por placas**, posee tres costuras verticales en el cuerpo de la botella. En el tipo *post-bottom*, se visualizan costuras verticales a través de ambos laterales de la botella y en el interior de la base, una costura en círculo y puede tener inscripciones en relieve. El pico se formatizaba aparte. En la variante del molde *blown-back*, presenta la costura en la base, los laterales y en la parte superior. El **molde giratorio** produce botellas cilíndricas simétricas y de proporciones

uniformes, sin costuras, con una superficie lisa y pulida, que puede presentar líneas horizontales producto de la rotación.

3. En la **técnica de prensado**, a diferencia de las anteriores, las costuras del molde son más finas, el recipiente u objeto es simétrico, presenta pocas burbujas y la superficie interna no es curva. Puede tener huellas de pontil en la base, decoración a mano –grabada, pintada, tallada- e inscripciones de molde. Antes de 1850, se puede observar un punteado en la base y en la superficie un aspecto granulado que, en el recocido de la pieza, a veces, desaparecen. El soplado también puede ser automático, notándose la marca de expulsión en la base cuando el molde es de una sola pieza. Los frascos de boca ancha pueden tener cierre a rosca. Actualmente, con esta técnica se fabrican botellas y vajillas.
- 4 y 5. Los procesos **semiautomático** y **automático** de elaboración en máquinas tienen características diagnósticas y comunes, por lo que su diferenciación es compleja. En ambos casos existen costuras verticales desde la base hasta el pico inclusive, ya que la totalidad de la botella se realizaba de forma completa en el molde. En el caso del molde *Parison* (preforma de la botella sin formatizar en el proceso automático) puede mostrar una doble costura, denominada fantasma. En la base la costura se encuentra por fuera, rodeando toda la circunferencia de la botella (molde *cup-botton*) y puede presentar una serie de líneas paralelas y perpendiculares a la misma cuya función es antideslizante (Figura 7.3). La superficie es lisa y pareja, con nula o escasa presencia de burbujas. Las paredes tienen un espesor homogéneo, pueden presentar inscripciones y decoración en el patrón del molde o, haber sido estampado posteriormente. El cuello no tiene estrías. Las bases pueden exhibir o no un *push-up* de molde poco pronunciado. Así, se da una simetría y estandarización del tamaño de las botellas. Antes de la década de 1920, la excepción entre las botellas semiautomáticas y las automáticas está dada por la presencia de la cicatriz de succión, distintiva “en forma de pluma”, de la máquina de botellas automática Owens en la base. Posteriormente a 1920, las botellas no tienen burbujas y la superficie es más fina, con aspecto más uniforme, presentan una marca en la base, un círculo inciso descentrado, producto del molde *Parison* de una máquina de sección individual (ésto se observa, por ejemplo, en la botella de cerveza común).

En líneas generales, otro aspecto de identificación de la diversidad del conjunto, contenido y cronología es el **color**. Ya se mencionó que el verde es el color natural del vidrio. Ahora bien, la añadidura de minerales a la pasta vítrea originó diferentes tonalidades y esto tiene un correlato cronológico (Rock, 1981; Traba, 2013:71-72): negro y verde oliva oscuro (hasta 1860), transparente (desde 1850), azul (patentado en 1744), naranja (patentado en 1755), violeta (entre 1810-1917), amarillo (patentado en 1870), entre otros. A su vez, algunos de estos colores se buscaron en función de los productos que contenían. Por ejemplo, el color azul se destinó a botellas y frascos de uso estético y medicinal, otros artículos para la salud y bebidas se envasaron en contenedores aguamarina, y el negro opalino se asoció a frascos de veneno. El desarrollo de la industria de conservación de alimentos en Estados Unidos requirió del uso de envases de vidrio transparente para que los productos pudieran verse. Para lograrlo, y en función de los contextos históricos, se usó primero manganeso (proveniente de Alemania); que luego de la Primera Guerra Mundial y hasta 1930 se reemplazó por selenio. Finalmente, por su alto costo, se lo sustituyó por arsénico (Baugher-Perlin, 1982).

En síntesis, el uso de moldes profundos para soplar botellas se desarrolló desde fines del siglo XVII hasta mediados del XIX, el empleo de moldes de dos o más partes comenzó a principios del siglo XIX, el reemplazo gradual del pontil por distintos instrumentos para sostener la base de los recipientes (como el *snap case*) se inició a fines de la década de 1840, los picos acabados a mano datan desde el siglo XVII hasta mediados del XIX, y la utilización de la pinza de vidriero se ubica entre 1830 y 1900 (Jones y Sullivan, 1989; Mc Kearin y Wilson, 1978; Noël Hume, 1969; Rock, 1981; Van den Bossche, 2001). Asimismo, la presencia de inscripciones o sellos (impreso o agregado, que pueden indicar el lugar de origen, fabricante, marca, idioma) permite atribuir a un recipiente cronología, procedencia y contenido original. Un ejemplo, es el caso de las botellas cuadradas de ginebra que presentan en relieve los rótulos “v. Hoytema & Co.” o “Jürgen Peters”, que se importaron al Río de la Plata durante el siglo XIX, procedentes principalmente de Holanda (Moreno, 1997; Schávelzon, 1991).

Una vez realizado el análisis primario de dichas variables a nivel macroscópico se procesan los datos obtenidos para determinar el origen, la función y la cronología con el mayor grado de precisión posible. Otro grupo de estudios que aportan información de procesos de manufactura y postmanufactura, dependiendo de la pregunta o problema de investigación, son los **análisis microscópicos y arqueométricos** como la microscopía óptica, espectroscopía, fluorescencia de rayos x y la tomografía computada para identificar los procesos de manufactura, composición y los posibles centros de fabricación (Lambri et al., 2023; Pineau et

al., 2014; Tapia y Pineau, 2013; Sprague, 2000). Otro aporte importante son **investigaciones experimentales aplicadas**, por ejemplo, en instrumentos de vidrio que siguen la tradición de manufactura lítica indígena en contextos de frontera (Conte y Gómez Romero, 2006), en vidrio plano de casas urbanas (Schávelzon et al., 2015), en el análisis tecno-funcional de instrumentos elaborados por cazadores-recolectores (De Angelis y Mansur, 2010) y en la incidencia del pisoteo en la alteración de filos en fragmentos vítreos (Gariglio y Hermo, 2018).

Los objetos de vidrio y su inserción en circuitos comerciales durante el periodo colonial y el siglo XIX

En la etapa colonial, al igual que sucedió con la cerámica, las rutas y las vías transatlánticas desde España a América eran pocas y fueron monopolizadas por la Corona española, aunque no estuvieron exentas del contrabando. A pesar de esta situación, los objetos de vidrio lejos de exhibir una homogeneidad, evidenciaron el largo sincretismo comercial desarrollado dentro y fuera del continente europeo reflejado en los heterogéneos y variados objetos y productos vítreos ultramarinos. Por ejemplo, en Schávelzon (1998:2), se hace referencia al registro del escribano real Pedro Fernández que, ya en 1538, apuntó el numeroso y diverso contenido de objetos de vidrio de la nave de un mercader genovés que había encallado en el Río de la Plata. En general, el traslado ultramarino de bebidas se hacía en toneles, pipas, bordelesas y barriles⁹ de madera (comúnmente roble) produciéndose posteriormente, el fraccionamiento en contenedores de madera más pequeños y en envases de vidrio (damajuanas, botellones, botellas y frascos). El envío en recipientes de vidrio vía ultramarina era muy costoso en tiempos coloniales. Los envases vítreos se rompían fácilmente con el movimiento del barco que tardaba meses en llegar a los puertos americanos. Justamente Moreno (1997:8) indica que las botellas cuadradas fueron diseñadas en el siglo XVI para obtener “un máximo rendimiento conteniendo un volumen mayor en un espacio menor”, siendo su objetivo el traslado y la conservación de bebidas y comestibles en cantidad, en cajones de mimbre -y luego, de madera- con divisiones para 12 botellas.

Al continente americano llegaron tanto recipientes con productos europeos envasados, así como recipientes de vidrio vacíos que se llenaron con productos locales (como vinos de Mendoza y de San Juan, y sidra del “país de las Manzanas”), con otros de países europeos o de otras regiones americanas. En el período tardo-colonial se registró, en la Aduana de Buenos Aires, el ingreso

9 Sobre el tema de las medidas de capacidades para los líquidos según el lugar de procedencia, consultar en Senillosa ([1835] 2003).

de bebidas desde los puertos de Gibraltar, Cataluña, Málaga, Sicilia pasando por otros puertos americanos (de Cuba, Brasil y Uruguay). Entre las bebidas se menciona aguardiente, vino -francés de *Bordeaux*, marsala, moscatel, carlón, dulce, seco-, caña, ginebra de Suecia, Holanda, Dinamarca y Alemania, cerveza inglesa y ron de Cuba, Jamaica y de la isla de Francia (Pineau, 2010:133-135; Schávelzon, 1991:113). Esta dinámica se reflejó hasta mediados del siglo XIX en los comercios de los primeros poblados y de los espacios fronterizos (Pedrotta y Bagaloni, 2006, 2007). Además, después de los incipientes intentos coloniales de manufactura vítrea -por ejemplo, fábrica de Juan de Soria en 1592 en Córdoba (Furlong 1946 en Schávelzon, 1991)-, no existió la fabricación local de artefactos de vidrio hasta fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Por tanto, casi la totalidad de los recipientes y objetos de vidrio coloniales fueron traídos de Europa lo que implicó que el vidrio haya sido un artículo costoso y de lujo en ese período (Schávelzon, 1991).

Esta situación comenzó a cambiar entrado el siglo XIX con la etapa independentista y de conformación del Estado-nación cuando se abrió el comercio con otros mercados -sobre todo el inglés-, se reemplazaron las botellas de gres por las botellas de vidrio en Europa y se diversificó la cantidad de productos y envases importados con un *boom* del mercado industrial. Hacia mediados de dicha centuria se dio un paulatino descenso en la producción y comercialización de artículos regionales y del país (por ejemplo, vinos cuyanos) en favor de los productos importados, como vinos de Málaga y Burdeos, cerveza inglesa, ginebra holandesa, licor francés, entre otros. Así, se ampliaron los lugares de origen como se diversificaron las variedades y calidades de los contenidos, y los recipientes en los que eran dispensados en las casas de negocio y pulperías (Mayo, 2000, 2007). La larga cadena comercial implicó distintas escalas (globales, nacionales, regionales y locales) y configuró grandes redes donde se reconocen industrias de origen, estados y provincias, particulares e intermediarios, industrias subsidiarias y locales, farmacias y perfumerías, depósitos de bebidas, almacenes y comercios mayoristas y minoristas, tanto en los poblados y ciudades como en la frontera y en ámbitos rurales (Bagaloni, 2017; Pineau, 2010; Schávelzon, 1991; Traba, 2013). En el caso bonaerense, el incremento de la población fronteriza se relaciona, por un lado, con la instalación de fuertes y fortines, que eran abastecidos en parte, por el Estado-nación (Bagaloni y Pedrotta, 2018). Y por otro, con la proliferación de pulperías y casas de negocio que constituyeron centros de acopio de la producción regional, siendo intermediarias entre el comercio porteño, la producción fronteriza y los “frutos del país” procedentes de los grupos indígenas (Bagaloni, 2017; Pedrotta y Bagaloni, 2007; Wibaux, 2004).

Para fines de siglo XIX, momento de inicio de las industrias de vidrio locales, aún se registró la importación de envases de botellas, frascos, lámparas, vajilla y cristalería, vidrio de ventana, faroles, cristales para anteojos y relojes; y de artículos envasados como botellas de bebidas alcohólicas -vino, cerveza, champagne, licor, sidra-, gaseosas y alimentos, según la Estadística de Comercio Exterior y de la Navegación interior y exterior de la República Argentina de 1881 citada en Traba (2013). A continuación, esta diversidad de elementos importados se refleja en el caso arqueológico de un comercio rural.

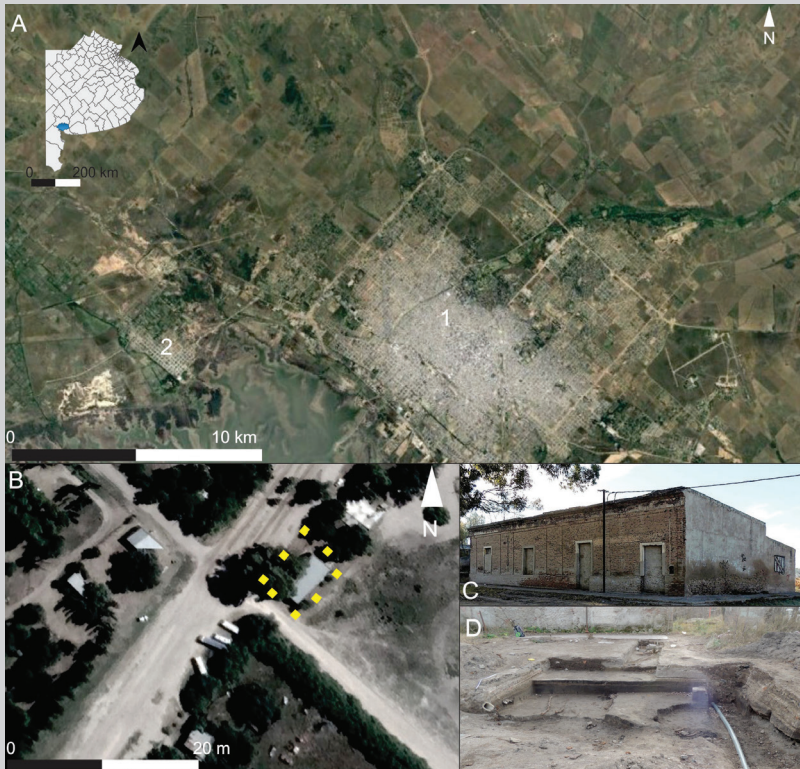
Box 7.1

Un comercio de campaña a través del registro vítreo

Hernán Tomassini

Los comercios rurales de campaña, también llamados pulperías, boliches o almacenes rurales, fueron establecimientos destinados a la venta y al consumo de una gran variedad de alimentos, bebidas y objetos de uso cotidiano. Además, funcionaron como lugares de reunión y de socialización donde la población rural de frontera en el siglo XIX compartía bebidas, juegos y charlas. Dentro de la arqueología histórica de la región pampeana, las investigaciones en sitios asociados a estos establecimientos han experimentado un marcado avance en los últimos 25 años (Pedrotta y Bagaloni, 2021). Estos trabajos permitieron profundizar distintos aspectos que habían sido abordados desde la historia (Mayo, 2000). El registro arqueológico de estos sitios está integrado mayormente por una gran variedad de bebidas alcohólicas entre las que se destacan vinos, licores, cervezas y ginebras, entre otros. Esta diversidad da cuenta de la importancia que tenían estos productos en la vida cotidiana de la población rural de frontera.

Un ejemplo de este tipo de establecimientos fue el Boliche Lucanera, ubicado en General Daniel Cerri, en el partido de Bahía Blanca (provincia de Buenos Aires) (Figura 7.5). Durante gran parte del siglo XIX, este espacio se constituyó como un área de frontera entre la sociedad eurocriolla y las poblaciones indígenas. En las excavaciones del sitio se recuperaron más de 10.000 restos pertenecientes a materiales vítreos, metales, restos arqueofaunísticos y distintos tipos de cerámicas como loza, gres y porcelana. La mayor cantidad de objetos pertenecen a elementos de vidrio. Estos fueron analizados según criterios tecnomorfológicos y funcionales y clasificados en contenedores (botellas, frascos, tarros y jarras), receptores (vasos y copas), vidrios planos y otros usos, o usos no identificados.

Figura 7.5. Ubicación y excavación del Boliche Lucanera.

Nota. **A.** Localización del sitio Boliche Lucanera. 1: Ciudad de Bahía Blanca; 2: General Daniel Cerri, **B.** Fotografía satelital del sitio, **C.** Vista frontal de la construcción actual, **D.** Planta de la excavación. Fuente: elaboración del autor.

La información obtenida es diversa. En principio, se pudo determinar que predominan los contenedores. Dentro de estos, las botellas son las más representadas y fueron utilizadas para contener tanto bebidas alcohólicas como no alcohólicas. Entre las bebidas alcohólicas se destacan los vinos de origen francés, aunque también se identificaron vinos de origen portugués (Figura 7.6 A y B). La ginebra fue otro de los productos más habituales en las mesas del ámbito rural en la segunda mitad del siglo XIX. En el registro arqueológico las botellas de ginebra suelen ser reconocidas por su particular morfología troncopiramidal con paredes planas y gruesas. En el Boliche Lucanera las marcas representadas corresponden a las empresas *Van Hoytema & Co.*, *Jurgen Peters*, provenientes de los Países Bajos, y *Peters Hermanos*. Esta última firma, radicada en Buenos Aires en 1867, se reconoce

por el logotipo de una llave en una de sus paredes, lo que determinó que fuera llamada como “ginebra Llave” (Figura 7.6 C).

Figura 7.6 Recipientes vítreos identificados en Boliche Lucanera.



Nota. A. Botellas cilíndricas de vino tipo *Bordeaux*. **B.** Botella de vino oporto *Lagrima Christi*. **C.** Botellas cuadradas de ginebra *Llave*. **D.** Sello perteneciente a botella de *Bitter Secrestat*. **E.** Fragmentos de licor de ajeno *Silliman Legítimo* con publicidad. **F.** Botella tipo torpedo de agua carbonatada *Ross's Belfast*. **G.** Vasos culones y copas. Fuente: imágenes y elaboración del autor.

Otro tipo de botellas recuperadas son los *bitters*, tanto de origen nacional como importados. La Hesperidina Bagley fue producida en Argentina desde la década de 1860 y es reconocible por su típica morfología en forma de barril y acanaladuras horizontales a lo largo del cuerpo. Otra bebida aperitiva es el *Bitter Secrestat* de la empresa Maison H.H. Secrestat instalada en Burdeos (Francia) desde 1851 (Figura 7.6 D). Entre los licores, el ajeno *Silliman Legítimo* es otro producto destacado (Figura 7.6 E). Su importación en Argentina se registra, al menos, desde el año 1862. En el consumo de estos productos, además de su disfrute, se destacan sus efectos medicinales como tónicos para la salud. Un hallazgo destacable lo constituyen los ejemplares de botellas de whisky de la marca *Cutler and Palmer*. Sobre el frente posee la inscripción “*Finest Highland Malt Whisky London*”. Esta compañía comenzó a destilar y embotellar whisky en Londres alrededor de 1815 y para 1842 amplió su producción a la India.

Pero no sólo de alcohol vivía la población rural. Otros artículos formaban parte de la gama de bebidas consumidas, como el agua carbonatada de ginger ale de la marca *Ross Belfast*, producida por la empresa de origen irlandés, propiedad de William A. Ross. La particularidad de este envase, tipo torpedo, radica en su fondo redondeado que permitía almacenarla en posición horizontal, lo que mantenía al corcho siempre en contacto con el líquido, impidiendo así la fuga del gas. Esta botella se fabricó desde finales del siglo XIX hasta comienzos del siglo XX, y distintas publicidades dan cuenta de su venta en el país hacia finales del siglo XIX (Figura 7.6 F).

Otros elementos que brindan información relacionada con los hábitos cotidianos de consumo son los vasos y las copas. Según Daniel Schávelzon, estos objetos funcionaron como marcadores sociales: los denominados culones, de bases gruesas y pesadas, también llamados de pulperías están asociados a un consumo popular y eran de fácil acceso, mientras que las copas fueron más comunes entre familias acomodadas debido a su mayor costo en función de su fragilidad y fácil rotura (Schávelzon, 1991). En el Boliche Lucanera se recuperaron tanto vasos culones como copas de distintos tamaños (Figura 7.6 G). Otro tipo de objetos son los frascos de perfume y tónicos. Estos envases indican las prácticas vinculadas a la higiene, el cuidado de la salud y la belleza que paulatinamente fueron incorporadas por la población rural de frontera.

En síntesis, la mayoría de los objetos de vidrio están relacionados con la alimentación (bebidas alcohólicas y no alcohólicas, condimentos, salsas, etc.) y otros vinculados al acto de beber como vasos y copas de distintos tamaños. En menor cantidad aparecieron envases asociados con la higiene personal, como perfumes o medicamentos. A partir del análisis de los materiales se

pueden inferir prácticas que señalan la adquisición de productos disponibles en el espacio rural de la época, siendo gran parte de ellos de origen europeo (principalmente Francia, Reino Unido y Países Bajos). Esto, a su vez, evidencia la incorporación de los espacios rurales en circuitos locales, regionales, nacionales y supranacionales en el marco de la consolidación del sistema capitalista a nivel global. Dentro de estas redes, los comercios fueron componentes esenciales de los sistemas de intercambio, de almacenamiento y de circulación de bienes a partir de su estratégica localización sobre los caminos que interconectaban los espacios de frontera. El estudio de los restos de vidrio en este tipo de contextos permite comprender las prácticas diarias (como el intercambio de productos y las actividades sociales) del variado conjunto de habitantes de las fronteras interétnicas, en relación con la formación del mundo rural.

Tendencias arqueológicas de uso, consumo y descarte

Los objetos vítreos de distintos contextos arqueológicos argentinos (por ejemplo, urbanos, fronterizos, de conflicto, rurales, industriales) permiten acceder a información relevante y de distinta índole -cronología, forma de elaboración, función, gustos y modas-. Por ello, existe un vasto *corpus* de estudios publicados, aunque en sus inicios fueron de carácter tipológico y de la mano de coleccionistas. Las investigaciones arqueológicas aportan datos sobre cuál fue el recorrido de esa materialidad vítrea hasta llegar a dicho contexto, qué importancia tuvo la misma en la vida cotidiana de pobladores, cuál fue el rango de uso de determinados elementos y en qué ámbitos (público y/o privado), cómo influyeron en la alimentación de los habitantes, en la preparación de las comidas y en los hábitos de mesa, así como en el cuidado e higiene personal, la vestimenta, la alfabetización, el ocio y el entretenimiento, en otras prácticas culturales.

Hasta mediados del siglo XVIII, el vidrio tuvo un alto costo por lo que era un artículo caro y frágil de la clase colonial acomodada (Schávelzon, 1998). Los circuitos de aprovisionamiento, distribución y consumo de diferentes productos requirieron y posibilitaron una gran variedad de tratos comerciales e intercambios entre diversos sectores sociales (autoridades militares y civiles, pobladores, estancieros, trabajadores, tropa, proveedores, pulperos, vivanderos e indígenas). Esto, a su vez, generó una creciente interdependencia entre los mismos, impulsando la adquisición de diversos hábitos y costumbres. Por ejemplo, la costumbre de utilizar las cuentas de vidrio como bien de intercam-

bio con las poblaciones locales está documentada en las crónicas de numerosos adelantados españoles en América, ya desde el primer viaje de Cristóbal Colón. En Argentina, las cuentas de vidrio fueron frecuentes en diversos tipos de sitios: enterratorios indígenas (Flensburg y Wagner, 2014), en reducciones (Tapia y Pineau, 2011, 2013), en fuertes (Buscaglia y Nuviala, 2007; Letieri et al., 2009) y en las primeras casas de Buenos Aires (Schávelzon, 1991, 1998). Otro ejemplo, aunque ya entrado el siglo XIX, es el denominado “Negocio Pacífico con los Indios” durante la etapa rosista (1832-1852) que incluyó la entrega de una gran variedad de artículos y productos en envases de vidrio a cambio de contraprestaciones por parte de las sociedades indígenas (Pedrotta y Bagaloni, 2006).

Por otro lado, los envases se usaban hasta que se rompían (incluso después de que se fracturaran), por lo que hay que tener cautela a la hora de evaluar una pieza arqueológica haciéndolo en función del conjunto vítreo general, la muestra intrasitio total y los conjuntos vítreos de sitios contemporáneos junto a la información que brindan las fuentes documentales, cartográficas y pictográficas.¹⁰ En este sentido, el uso -ciclaje lateral (Schiffer 1987 en Pedrotta y Bagaloni, 2007)- y reúso -reciclaje y uso secundario- de recipientes vítreos fue una práctica muy común. El primero consistió en el rellenado, en distintas oportunidades, de botellas y de frascos con contenido similar o diferente al original, importado o nacional (Igareta et al., 2019; Pedrotta y Bagaloni, 2007; Schávelzon, 1991). Según Moreno (1997:9), las botellas cuadradas eran rellenas con caña, bebida consumida por los criollos. A esto se le suma la venta de envases vacíos (frascos, botellas, damajuanas) en comercios que quedó extensamente registrada en inventarios, tasaciones, sucesiones, etc. (Mayo, 2000; Schávelzon, 1991). El reúso se trata del aprovechamiento de las distintas partes de los recipientes fracturados, modificándolas -reciclaje- o no -uso secundario-. Un ejemplo de reúso se desarrolla en el siguiente box, donde se registra cómo las comunidades originarias reciclaron vidrios como materia prima para confeccionar instrumentos. Otro caso, puede ser el uso de picos adicionados a cueros o vejigas formando contenedores de líquidos tipo odres. También el reúso de envases enteros, como sucedió con las botellas de gres, para la construcción de paredes y como aislante en los pisos de viviendas domésticas.

10 Entre ellas, se encuentran registros de aduana, listas de artículos de pulperías, almacenes de ramos generales y otros comercios minoristas; sucesiones; periódicos, revistas y publicidades; correspondencia; planos de inmuebles y mapas de negocios y caminos; fotografías y pinturas de época.

Box 7.2

Instrumentos de vidrio en Patagonia Continental y Tierra del Fuego

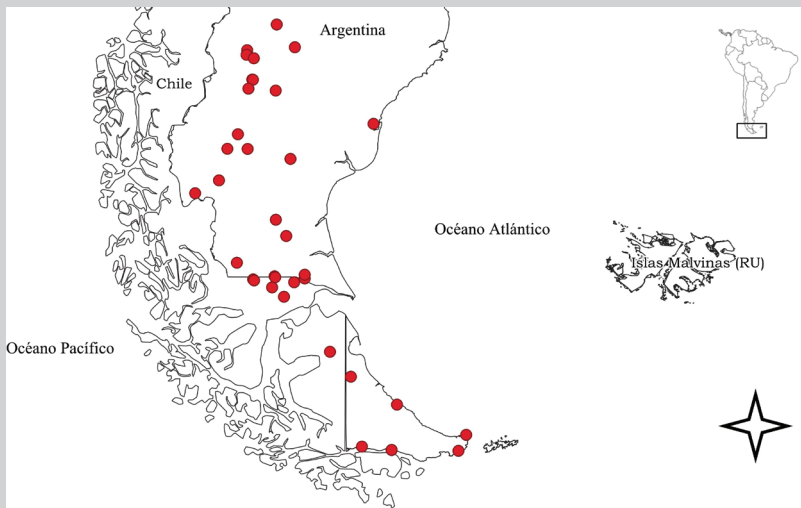
María José Saletta

Los instrumentos manufacturados en vidrio fueron reconocidos en la arqueología de cazadores-recolectores de Sud América desde hace tiempo, pero no fue hasta la década de 1980 en que se comenzaron a estudiar sistemáticamente. Aquí, se focaliza en los instrumentos de morfologías indígenas (raspadores, raederas y/o puntas de proyectil) que fueron elaborados a partir de objetos de vidrio de formatos industriales/europeos -botellas, botellones, copas, etc.-, modificados mediante técnicas de talla lítica tradicionales. También se registra el uso de objetos de vidrio industrial en sus formas originales (europeas/industriales), como las cuentas de vidrio usadas para adornos o las botellas usadas como recipientes, pero no serán tratados aquí.

El vidrio industrial se fractura de manera concoidea, lo que permite que el tallador controle el efecto del golpe, de manera similar a la obsidiana y a otras rocas de excelente calidad. Esta cualidad permite emplear las técnicas de percusión y retoque usando percutores y retocadores tradicionales y puede haber influido en su adopción entre los grupos indígenas como materia prima para la confección de instrumentos. El gres y la loza (productos cerámicos) también fueron usados, aunque en menor medida. La incorporación del vidrio como un sucedáneo lítico exitoso implicó que los grupos indígenas experimentaron con estos nuevos materiales aun cuando su formato no fuera el del tradicional nódulo de roca, lo que indicaría una notable plasticidad tanto en la percepción como en la selección de las materias primas.

El vidrio se pudo haber obtenido como resultado de dos tipos de contacto: directo (intercambio, hurto, robo, etc.) con poblaciones europeas y criollas o indirecto (despojos de naufragios, intercambio con otros grupos indígenas). Su disponibilidad podría haber estado mediada por la distancia de los centros de colonización y de las rutas entre ellos. La mayoría de los instrumentos en vidrio aparecen en sitios adscriptos al siglo XIX; aunque muchos de ellos carecen de fechados radiocarbónicos, por lo que se podría esperar que en algunas zonas la fecha sea anterior (Figura 7.7).

Figura 7.7 Sitios relevados hasta 2020 con instrumentos de vidrio en Patagonia continental meridional y Tierra del Fuego



Algunos de los sitios con artefactos en vidrio señalados en el mapa: Mala Muerte, El Delfín, Puesto Quintillán, Puesto Yatel, Cañadón León 1, Rancho de Zapa, Vega Piaget, Hotel Punta del Lago, Mercerat 1, Ea. San Lorenzo, Floridablanca, Campo Indio 1002, Cañadón del Baile, Puesto Peter, Ea. Cabo Buen Tiempo, Abrigo de los Pescadores, Markatch Aike, El Mulato, Juni Aike 3, Dinamarquero, Cuarto Chorillo, Tres Arroyos 1, Tres Arroyos 14a, San Julio 1, San Julio 2, Exan II, Túnel 7, Ea. Harberton, Bahía Valentín sitio 1, Close to the site 2.

Fuente: elaboración de María José Saletta.

En Patagonia continental el raspador de vidrio es el único tipo de instrumento registrado arqueológicamente, en algunos casos en un gran número, aunque su dispersión está restringida al sector sur oeste del sur continental (Nuevo Delaunay et al., 2017) (Figura 7.8 D y E). En Tierra del Fuego hay más variedad de instrumentos: predominan las puntas de proyectil para flecha (Figura 7.8 B y C), sumadas a una variedad de raspadores y raederas (Vázquez, 2019) (Figura 7.8 A).

La mayor parte de las puntas de proyectil de vidrio se encuentra en los sitios cercanos a la costa (Península Mitre y costa Atlántica de la Isla Grande) y fueron confeccionadas sobre el cuerpo de botellas que aparecían en las costas como despojos de los frecuentes naufragios en la zona. Esta diferencia entre los tipos de instrumentos manufacturados en Patagonia Continental y Tierra del Fuego puede explicarse por la calidad y distribución diferencial de las materias primas líticas. En Patagonia su distribución y abundancia relativa es alta, siendo su calidad de buena a muy buena. En cambio, en la Isla Grande de Tierra del Fuego, las fuentes de material lítico de buena calidad son muy pocas, siendo la más

importante la toba riolítica Miraflores. Por lo tanto, la aparición del vidrio como sucedáneo industrial del lítico de buena calidad en la costa fueguina explicaría la mayor diversidad de tipos de instrumentos elaborados. Además, la incorporación de raspadores de vidrio al repertorio en Patagonia podría haber sido resultado del aumento de la comercialización de pieles de guanaco, choique y quillangos por parte de los grupos aonikenk y gununa kenä con los europeos y criollos. La alta demanda de estos productos requirió de una intensificación del trabajo con raspadores por parte de las mujeres -que eran quienes los curtían-. Al mismo tiempo, muchos grupos disminuyeron la movilidad residencial imposibilitando a esas mujeres la adquisición de rocas para la confección de raspadores, lo que explicaría la distribución más restringida de raspadores de vidrio en sector Sur-Oeste patagónico.

Figura 7.8 Instrumental confeccionado con vidrio



Nota. A y B. Raspadores y punta de proyectil del sitio El Mástil (localidad Rancho Donata, Tierra del Fuego); **C.** Punta de proyectil, sitio 316 (Bahía Thetis, Tierra del Fuego); fotografías de Martín Vázquez, con autorización del autor. **D.** Raspadores, sitio Puesto Quintillan (Santa Cruz) y **E.** Raspadores, sitio Mala Muerte (Santa Cruz); fotografías de Amalia Nuevo Delaunay, con autorización de la autora.

En suma, la adquisición y manufactura de instrumentos en vidrio permite analizar la forma en que las sociedades indígenas se apropiaron de los nuevos materiales y objetos que llegaron a su territorio y de la variabilidad de tipos que fueron incorporados a su repertorio tecnológico. En ninguno de los casos expuestos se puede hablar de un reemplazo del material lítico por el vidrio, sino una coexistencia y aprovechamiento de la disponibilidad diferencial de éstos.

Doménico Lovisato, integrante de la Expedición Geográfica Argentina que naufragó 1882 en la bahía Sloggett de Tierra del Fuego, detalló la confección de una punta de proyectil a partir de un trozo de vidrio:

Goachinimes -jefe de los 34 onas que vinieron a visitarnos al campamento situado en el fondo de la bahía Sloggett (Hammacoaia para los indígenas) luego del naufragio sufrido el 31 de mayo de 1882- fue quien me enseñó a preparar con vidrio las puntas de flecha. Rompí una botella (una botella común de vidrio) y le entregué un pedazo de ese vidrio. Sentado sobre el Kelp de la costa, lo puso sobre la palma de la mano izquierda, y rompió el pedazo de vidrio que yo le había ofrecido con un guijarro que en ese momento tomó de la playa. Retuvo uno de los fragmentos y tiró los otros. Entiendo que el fragmento elegido debía ser aún demasiado grande porque envolvió aquel en el cuero de guanaco con que esos salvajes se cubren las espaldas, los brazos y la parte superior del cuerpo, y acercándolo a la boca le sacó un pedazo con los dientes. Levantó entonces el vidrio y, viéndolo apto para hacer la punta, sacó un pedazo de hueso tosco, de 13,5 cm de largo de una bolsita en forma de gran sobre de carta -hecha también de cuero de guanaco- que tenía debajo de la axila izquierda. Puso nuevamente el trozo de vidrio entre el cuero del guanaco y presionó sus bordes con el pedazo de hueso, al que asía firmemente con la mano derecha y con el pulgar apoyado en su extremo. Luego de cada compresión hacía girar el vidrio y en 14 minutos me entregó la punta terminada, a la que aquí reproduzco. Debo señalar, sin embargo, que cuando Goachinimes estaba por terminar la punta de flecha con las aletas, sacó de su bolsita un pedazo de hierro; con dos golpes de él talló una aleta antes de que yo pudiera avisarle por medio del intérprete Painan que deseaba que me la hubiera completado la punta de flecha con el mismo hueso: cosa que prontamente hizo con la otra aleta (Lovisato, 1883:194).

Prácticas sociales y aspectos simbólicos

A lo largo del tiempo, el cambio en la manufactura de recipientes y objetos se debió a avances tecnológicos, económicos y productivos, pero también a cuestiones estéticas, sociales y simbólicas. La cultura material forma parte e intervie-

ne en la interacción social, y contribuye a la construcción de la/s identidad/es en el marco de las prácticas entre distintos actores sociales. Como se mencionó en capítulos anteriores, las materialidades son producto de las relaciones sociales, así como las reflejan, conforman, estructuran y reproducen. Las prácticas sociales relacionadas con la utilización de productos y objetos de vidrio han sido ampliamente documentadas -por ejemplo, raciones, expedientes, cartas, recetarios, revistas y diarios, obras literarias, pinturas, canciones-. El abordaje arqueológico en variados contextos socio-históricos de Argentina es muy diverso. Algunos se centraron en las implicancias en el comercio e intercambio intra e intersociales de una diversidad de artículos y objetos de vidrio, los cuales generaron una creciente interdependencia entre diversos actores sociales (indígenas, militares, tropa, comerciantes, esclavos, estancieros, autoridades, vecinos) impulsando la adquisición de diversos hábitos y costumbres (Bagaloni, 2007; Buscaglia y Nuviala, 2007; Pedrotta y Bagaloni, 2006 2007; Pineau, 2010; Schávelzon, 1991). En cuanto a las poblaciones originarias se consideró el rol de las bebidas alcohólicas en tratados y alianzas interétnicas (Buscaglia y Nuviala, 2007; Pedrotta y Bagaloni, 2006, 2007; Pineau, 2010), la incorporación de determinados artículos foráneos en su dieta (Pedrotta y Bagaloni, 2007; Pineau, 2010) y el uso de recipientes como materia prima para la confección de instrumentos de tradición indígena (Nuevo Delauney et al., 2017; Saletta y Sacchi, 2017; Vázquez, 2019), entre otros aspectos.

Además, se abordaron las formas de preparación de las comidas y los hábitos de mesa en contextos coloniales y republicanos según las modas estéticas y culinarias sobre todo españolas, francesas e inglesas (Bagaloni, 2007; García, 2005; Igareta et al., 2019; Schávelzon, 1991; Traba, 2012, 2013). En este sentido, se valoraron las costumbres grupales de distintos sectores sociales en función del consumo de bebidas alcohólicas y los estereotipos, por ejemplo, sobre la población indígena, la tropa y los habitantes rurales, en relatos y estudios históricos tradicionales (Mayo, 2000). El acto de beber se asocia no sólo a los hábitos de mesa, sino a momentos de acción colectiva y compartida separados de las comidas, como en espacios de ocio, de juego, de negociación y de enfrentamientos, y hasta hospitalarios.

Por otro lado, en el ámbito del cuidado, de la salud y la higiene personal fue frecuente el uso de productos envasados en botellas, frascos y tarros de vidrio (García Lerena, 2023; Zorrilla et al., 2018) como se evidencia en el box que sigue en las estancias bonaerenses del siglo XIX. Otras esferas personales como la práctica de vestido y el vestuario también incluyen elementos vítreos, por ejemplos, abalorios, botones y, cuentas que fueron estudiados por Buscaglia y Nuviala (2007) y Tapia y Pineau (2011, 2013). Asimismo, el uso de tinteros se vincula con la alfabetización y/o el estatus social de aquellos individuos que los utilizaron.

Box 7.3

Frasquitos, tónicos y perfumes. Una aproximación a las prácticas de cuidado corporal a partir del análisis de contenedores de perfumería y farmacia

María Soledad García Lerena

En la conformación de la sociedad moderna, se estableció un nuevo orden social que configuró, entre otros aspectos, nuevos patrones de consumo. En este marco, para fines del siglo XIX, un conjunto de elementos materiales fue diseñado y utilizado para el cuidado de la salud y el cuerpo, en donde ocuparon un lugar central el control y la regulación de los fluidos y secreciones corporales (Andrade Lima, 1995-1996). En el plano individual, fue frecuente la realización de prácticas, como enemas, y se consolidó el consumo de perfumes, colonias, tónicos, cremas y brebajes. Estas prácticas se evidencian por la presencia de pequeñas botellas y frascos vítreos, pero también se registran elementos asignados a perfumería y/o farmacia en materiales cerámicos como loza y sobre material óseo, como peines o cepillos de dientes. En general son escasos pero habituales en los contextos arqueológicos rurales y urbanos del siglo XIX y principios del XX.

Figura 7.9 Recipientes vítreos de perfumería y/o farmacia en sitios rurales.



Nota. a. Jabón Gorgot, Primera Estancia. b. Fragmentos del tónico Altonatiché W. Kronessents, Estancia Bertón. Fuente: imágenes de la autora.

En este marco, en las investigaciones que buscan contribuir a caracterizar la conformación de las estancias ganaderas en la ribera rioplatense, se abordaron los conjuntos asignados a la categoría perfumería y/o farmacia de los sitios rurales Estancia Bertón y Primera Estancia, ubicados en el partido de Magdalena. Se siguieron criterios tecnopológicos, prestando especial atención a la identificación de marcas comerciales, probable contenido de los recipientes, lugares de origen y cronología de manufactura (García Lerena, 2023). Se componen mayormente de material vítreo, aunque también se identifican contenedores de loza y un cepillo de dientes elaborado sobre hueso. En estos recipientes se comercializaban productos medicinales de marcas comerciales, patentadas, de variados orígenes. Se identificaron las marcas *Altonatich W. Kronessents* de origen alemán y jabón líquido Gorgot, de origen español, entre otros (Figura 7.9). También se encuentran presentes en los conjuntos analizados en frascos sin marcas, que no exhiben indicaciones sobre su contenido, aunque sí sobre su capacidad volumétrica, que contendrían productos con prescripción médica elaborados en boticas y farmacias.

Para comprender estas prácticas en su complejidad, el análisis de la materialidad se articuló con la búsqueda de publicidades en diarios de la época, de circulación en la campaña bonaerense (García Lerena, 2023). Estas publicidades aportan a reconocer la presencia y circulación de variados productos de perfumería y/o farmacia, de distintos orígenes y funciones, destinados a diferentes consumidores/as; su análisis también permite vislumbrar la amplia disponibilidad de estos productos en variados espacios de comercialización en el ámbito rural, como boticas, farmacias, droguerías, almacenes o peluquerías. En algunas publicidades se evidencian concepciones acerca de la salud; por ejemplo, se relaciona con la regulación de molestias (como el dolor de cabeza, la acidez), el control de enfermedades y/o la eliminación de “impurezas” o defectos (manchas en la piel, arrugas, caspa, olor corporal). Muchos productos publicitados apuntan a sus efectos en el sistema digestivo, como laxantes, estimulantes del apetito, facilitadores de la digestión o para prevenir la constipación. Otro aspecto singular lo constituye la relación que establecen los avisos entre salud y belleza, en general asociados a la blancura y tersura de la piel. En este sentido, la dimensión de género toma relevancia, ya que se apunta a la mujer como consumidora.

Las prácticas de cuidado corporal, que entrelazan fines medicinales, cosméticos y de higiene, se reconocen por la presencia de estas materialidades y las fuentes documentales. La conformación de quienes habitaron y/o transitaban por las estancias como consumidores, estuvo atravesado por dimensiones

socioeconómicas que marcaron una diferenciación social en la cantidad y calidad de elementos vinculados a estas prácticas, que puede verse reflejada en el registro arqueológico. A la vez, indican la preocupación por la salud y la intencionalidad de moldear ciertos aspectos corporales, y permiten vislumbrar concepciones de la salud e incluso parámetros de belleza propias de fines del siglo XIX y principios del siglo XX (García Lerena, 2023). Estos frasquitos y pequeñas botellas de perfumes, tónicos y medicinas, en gran medida importados, circulaban y eran consumidos en las estancias por sus habitantes permanentes o temporales. Su abordaje permite complejizar la mirada sobre las prácticas de cuidado corporal e higiene que tuvieron lugar en el espacio rural en este momento histórico.

Por último, se valoró el uso y consumo de objetos y recipientes de vidrio en contextos industriales tales como sitios mineros (Sironi, 2017), mataderos (Sironi et al., 2011), azucareros (Villar, 2025), entre otros.

Referencias

- Andrade Lima, T. (1995-1996). Humores e odores: ordem corporal e ordem social no Rio de Janeiro, século XIX. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 2 (3), 44-96.
- Bagaloni, V. (2017). Aporte al estudio de materiales vítreos en contextos fronterizos y rurales: la casa de negocio Chapar (partido de Gonzales Chaves, provincia de Buenos Aires). *Intersecciones en Antropología*, 18, 113-118.
- Bagaloni, V. N. y Pedrotta, V. (2018). Frontiers and Fortlets at the Pampa Region, Argentina. *Historical Archaeology*, 52(2), 348-371.
- Baugher-Perlin, S. (1982). Analyzing glass bottles for chronology, function, and trade networks. En: *Archaeology of Urban America. The Search for Pattern and Process* (pp. 259-290). Academic Press, Nueva York.
- Boysen, C. (1943). *La industria de vidrios y cristales en la República Argentina*. Universidad de Buenos Aires.
- Buscaglia, S. y Nuviala, V. (2007). Pocos espejitos de colores. La materialidad de las relaciones interétnicas en Floridablanca (San Julián, siglo XVIII). *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos...y develando arcanos* (pp. 813-824). Ediciones CEQUA, Punta Arenas.
- Conte, I. C. y Gómez Romero, F. (2006). Análisis de vidrios “retocados” del Fortín Miñana. En A, Tapia, M. Ramos y C. Baldasarre (Eds), *Estudios de Arqueología Histórica, investigaciones argentinas pluridisciplinarias* (pp: 109- 124). Museo de la Ciudad de Río Grande, Tierra del Fuego.
- Corti, H. (2008). *Una mirada fisicoquímica a través del vidrio*. Eudeba, Buenos Aires.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Curtis, T. (1988). *The lyle antiques & their values. Glass. Identification & price guide.* Scotland.
- De Angelis, H. y Mansur, M. E. (2010) Artefactos de vidrio en contextos cazadores recolectores. Consideraciones a partir del análisis tecnológico y funcional. *Revista Atlántica-mediterránea de prehistoria y arqueología social*, 12, 59-73
- Departamento de Comercio de los Estados Unidos, Oficina de Comercio Exterior y Nacional (1917). *La industria del vidrio. Informe sobre el costo de producción del vidrio en los Estados Unidos.* Oficina de Imprenta del Gobierno, Washington.
- Diderot, D. y J. d'Alembert [1772] *El arte del vidrio.* Enciclopedia, o Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios. Biblioteca Nacional de Francia. Paris.
- Fike, R. (1987). *The bottle book.* Peregrine Smith Books, Salt Lake City.
- Flensburg, G. y Wagner, C. (2014), Cuentas vítreas asociadas a entierros humanos en el curso inferior del río Colorado (transición pampeano-patagónica oriental). *Intersecciones en Antropología*, 16, 481-489.
- Fletcher, E. (1976). *Antique bottles in colour.* Blandford Press. Dorset.
- García, V. (2005). Una historia transparente. Los vidrios arqueológicos procedentes de las excavaciones de la manzana mercedaria. En H. Chiavazza y M. V. Zorrilla (Eds), *Arqueología del predio mercedario de la ciudad de Mendoza* (pp. 295-348). Universidad Nacional de Cuyo.
- García Lerena, M. (2023). Un análisis del cuidado corporal en contextos rurales bonaerenses de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. *Fragmentos del pasado*, 7, 71-87.
- Gariglio, J. y Hermo, D. (2018). Análisis de la incidencia del pisoteo en la alteración de filos en fragmentos de vidrio: resultados de una experiencia. *Mundo de Antes*, 12(1), 135-159.
- Igareta, A., Mariani, R., Varela, G., y Teileche, T. (2019). Insectos en contextos urbanos: su rol como evidencia en un caso de reúso de objetos del siglo XIX. *Comechingonia*, 23 (2), 135-154.
- Jones, O. (1971), Glass bottles, push ups and pontil marks. *Historical Archaeology*, 5, 62-73.
- Jones, O. (2000). A guide to dating glass tableware: 1800 to 1940. En K. Karklins (Ed.), *Studies in material culture research* (pp.141-232). Society for Historical Archaeology, Canadá.
- Jones, O. y Sullivan, C. (1989). *The Parks Canada Class Glossary for the description of containers, tablewares, flat glass and clousures.* Canadian Parks Service, Ottawa.
- Lambri M., De Grandis, N., Rocchietti, A., Zelada, G., Bonifacich, F., Lambri, F. y Lambri, O. (2023). Estudiando arqueométricamente las cuentas de vidrio de San Bartolomé de los Chaná (siglo XVII, Santa Fe, Argentina). “¿Hasta dónde podremos llegar...?” *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*, XII (18), 109-132.
- Letieri, F., Cocco, G., Frittegotto, G., y Astiz, M. A. (2009). Investigaciones arqueológicas sobre el primer asentamiento español en la cuenca del Río de la Plata: el fuerte Sancti Spiritus (1527-1529). En: H. Chiavazza & C. Ceruti (Eds.) *Arqueología de ciudades americanas del Siglo XVI* (pp. 275-315). Universidad Nacional de Cuyo.

- Lindsey, B. (2010). *The Finishing Touch: A Primer on Mouth-blown Bottle Finishing Methods*. Historic Glass Bottle Identification and Information Website. www.sha.org/bottle/index.htm
- Lovisato, D. (1883). *Di alcuni armi e utensile deo Fueghini e degli antichi Patagoni*. Atti della Reale Accademia dei Licei.
- Mayo, C. (2000). *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770-1870)*. Biblos, Buenos Aires.
- Mayo, C. A. (2007). *Mostradores, clientes y fiados. Fuentes para el estudio de las pulperías de Buenos Aires y la pampa (siglo XIX)*. Ediciones Suárez. Mar del Plata.
- Mckearin, H. y Wilson, K. (1978). *American bottles and flasks and their ancestry*. Crown Publishers, Nueva York.
- Miller, J., Samford, P., Shlasko, E. y Madsen, A. (2009). Contando o tempo para arqueólogos. *Vestígios*, 3 (2), 87-127.
- Moreno, P. (1994a). *Procesos de manufactura y fabricación de vasos y copas. Fines del siglo XVII y XIX*. Centro de Arqueología Urbana, Universidad de Buenos Aires.
- Moreno, P. (1994b). Tipología de picos y bases de botellas excavados en San Telmo. En D. Schávelzon (comp.). *Arqueología e historia de la Imprenta Coni*, (pp.103-123). The South Carolina Institute of Archaeology and Anthropology, Columbia.
- Moreno, P. (1997). *Botellas cuadradas de Ginebra*. Editorial Mariana Moreno. Buenos Aires.
- *Munsell Rock Color Book* (2009) Munsell Color. Michigan.
- Noël Hume, I. (1969). *A guide to artifacts of Colonial America*. University of Pennsylvania Press. Philadelphia.
- Nuevo Delaunay, A., Belardi, J., Carballo Marina, F., Saletta, M. y De Angelis, H. (2017). Glass and stoneware knapped tool among hunter-gatherers in southern Patagonia and Tierra del Fuego. *Antiquity*, 91, (359), 1330–1343.
- Pedrotta, V. y Bagaloni, V. (2006). Resultados preliminares del análisis de los materiales vítreos del sitio Arroyo Nieves 2 (Pdo. Olavarría, Pcia. Bs. As.). En A. Tapia, M. Ramos y C. Baldasarre (Eds), *Estudios de Arqueología Histórica. Investigaciones argentinas pluridisciplinarias* (pp.97-107). Museo Municipal de Río Grande, Tierra del Fuego.
- Pedrotta, V. y Bagaloni, V. (2007). Bebidas, comidas, remedios y “vicios”. Las prácticas de uso y descarte de recipientes de vidrio por los indios amigos de la frontera sur (siglo XIX)”. En C. Bayón, A. Pupio, M. González, N. Flegenheimer y M. Frère, *Arqueología en las Pampas, Tomo II* (pp. 815-834). Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Pedrotta, V. y Bagaloni, V. (2021). Un cuarto de siglo de arqueología histórica en las fronteras y espacios rurales de Argentina. *Latin American Antiquity* 32(2), 368–384.
- Pineau, V. (2010). *El rol de las bebidas alcohólicas en las relaciones fronterizas inter e intragrupal de aborígenes y militares (XVIII-XIX): enfoque arqueológico*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Buenos Aires.
- Pineau, V., Montanari, E., Lucchetta, M., Caretti, F. y Landa, C. (2014). Prácticas de consumo de bebidas etílicas en una “Casa de Negocios” pampeana de fines del siglo

- XIX. Análisis de precintos de plomo y de fragmentos vítreos (Posta el Caldén, Departamento de Realicó, La Pampa). *Revista del Museo de Antropología*, 7 (1), 55-64
- Purdy, B. A. y Clark, D. E. (1987). Weathering of inorganic materials: dating and other applications. En: M. B. Schiffer (editor), *Advances in Archaeological Method and Theory, Volumen 11*, (pp. 211-253). Academic Press, Arizona.
 - Ramos, M y Helfer, V. (2020). El ensamblaje en Arqueología Histórica: propuesta. *Atek Na*, 9, 111-138.
 - Rock, J. (1981). *Glass bottles: basic identification*. Klamath National Forest, Region 5-USDA.
 - Ruso, C. (2011). Fábrica y territorio: un caso al sur de la región metropolitana de Buenos Aires. *Investigaciones de Historia Económica*, 7, 369-379.
 - Saletta, M. J. y Sacchi, M. (2017). Bottled Scrapers, Stone Scrapers: Analysis from 38 sites from SW Patagonia. En 11th International Symposium on Knappable Materials, 20. Buenos Aires y Necochea: IMICIHU.
 - Schávelzon, D. (1991). *Arqueología Histórica de Buenos Aires. La cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*. Corregidor, Buenos Aires.
 - Schávelzon, D. (1998). Notas acerca del vidrio colonial en el Río de La Plata. Conferencia inaugural de la jornada *El vidrio en la arqueología y la historia*. Inédito. Centro Cultural Rigolleau, Berazategui.
 - Schávelzon, D., Frazzi, P. y Girelli, F. (2015). Aportes al estudio del vidrio plano en la arqueología (observaciones en Casa Alfaro, San Isidro, en el siglo XIX). *Urbania*, 4, 91-110.
 - Schulz, P. D., R. Allen, B. Lindsey (2016). *Baffle Marks and Pontil Scars: A Reader on Historic Bottle Identification*. Society for Historical Archaeology Inc.
 - Senillosa, F. [1835] (2003). *Memoria sobre Pesos y Medidas*. Editado por el Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires.
 - Sironi, O. (2010). Propuesta metodológica para el análisis descriptivo de vidrios “retocados” del Noroeste de la Provincia de Mendoza. *La Zaranda de Ideas*, 6, 129-143.
 - Sironi, O. (2017). Estudio arqueohistórico del registro vítreo en sitios mineros (Mendoza, Argentina). *Arqueología Iberoamericana*, 34, 3-8.
 - Sironi, O., H. Chiavazza y V. García (2011). El registro vítreo del matadero público de Mendoza (1877-1927). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 5, 95-124. Buenos Aires.
 - Soetens, J. (2001). *In glas verpakt. Packaged in glass. European bottles, their history and production*. De Bataafsche Leeuw, Amsterdam.
 - Sprague, R. (2000). Glass trade beads: a progress report. En: J. Miller, O. Jones, L. Ross y T. Majewski (Eds), *Approaches to material culture research for historical archaeologists* (pp. 141-159). The Society of Historical Archaeology, Michigan.
 - Tapia, A. y Pineau, V. (2011). Diversidad de las cuentas vítreas. Los hallazgos de la misión de Santiago del Baradero (siglo XVII). *Arqueología*, 17, 119-136.
 - Tapia, A. y Pineau, V. (2013). Tipología, manufactura y procedencia de las cuentas vítreas de Santiago del Baradero. *Cuadernos del INAPL, Series Especiales 1* (3), 105-120.
 - Toulouse, J. (1969). A Primer on Mold Seams. *The Western Collector*, Parte 1, volumen 7 (11), pp. 526-35 y Parte 2, volumen 7 (12), pp. 578-87.

7. Introducción al análisis de materiales vítreos

- Traba, A. R. (2012). *El vidrio en Arqueología Histórica. Casos de estudio en Argentina*. Editorial Académica Española. Alemania.
- Traba, A. R. (2013). *Producción y uso de contenedores vítreos en Buenos Aires (1870-1930). Prácticas urbanas de consumo durante la consolidación del sistema mundial*. Tesis de Licenciatura inédita. Universidad de Buenos Aires.
- Van den Bossche, W. (2001) *Antique Glass Bottles. Their History and Evolution (1500-1850)*. Antique Collector's Club, Italia.
- Vázquez, M. (2019) Distribución del registro arqueológico en la costa norte de Península Mitre, Tierra del Fuego. En J. Otero, A. Svoboda y A. Banegas (Eds.), *Arqueología de la Patagonia: el pasado en las arenas* (pp. 181–192). Instituto Diversidad y Evolución Austral, Puerto Madryn.
- Villar, F. A. (2025) La dimensión social de las cosas, prácticas cotidianas en un paisaje industrial. *Estudios atacameños* (En línea), 71: e6382.
- Wibaux, M. (2004). Una mirada desde el mostrador. Dieta, hábitos alimenticios y comercio minorista en la campaña bonaerense, 1760-1870. *Anuario Del Centro De Estudios Históricos Profesor Carlos S. A. Segreti*, 4, 125-142.
- Zerwick, Chloe (1990). *Breve historia del vidrio*. HN Abrams en asociación con el Museo del Vidrio de Corning, Nueva York.
- Zorrilla, V., Castañar, K. y Puebla, L. (2018). ¿Qué contiene mi frasco?": prácticas de salud e higiene en la ciudad de Mendoza (fines siglo XIX - principios del siglo XX) a partir de los contenedores. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12, 404-433.

Capítulo 8

Temas y líneas de investigación contemporáneas en la arqueología histórica argentina

Victoria Pedrotta

En este capítulo final se hace una semblanza de la arqueología histórica en Argentina desde el inicio del nuevo milenio hasta hoy. Los últimos 25 años se han caracterizado por la maduración y la expansión del campo disciplinar, que se expresa en la multiplicación de proyectos de investigación a lo largo y a lo ancho del país, en la ampliación del rango temporal de los casos de estudio, en la consolidación de los temas y proyectos de indagación pioneros y en la aparición de líneas de pesquisa novedosas. Como se señaló en los capítulos 1 y 2, luego de los intensos debates que caracterizaron la eclosión de la arqueología histórica y su “crisis de identidad” en la década de 1990, no se alcanzaron consensos plenos en cuanto a su perfil disciplinar, su objeto de estudio y su andamiaje teórico-metodológico, sino que coexistieron distintos posicionamientos teóricos mientras que, en la práctica, se fue haciendo un uso cada vez mayor y más intensivo de las fuentes documentales en el proceso de investigación. Esta dinámica estuvo alimentada, a nivel general,

por el enorme impacto del post-procesualismo en la arqueología que, entre otras cuestiones, impulsa el diálogo y la vinculación con las ciencias sociales y humanas, imprimiendo a la arqueología histórica su sello multidisciplinar distintivo.

De manera sintética y necesariamente incompleta, se realiza un recorrido por los principales proyectos de investigación desarrollados, poniendo el acento en aquellos que tuvieron o tienen más continuidad, a la vez que se destaca la diversidad que presentan los tipos de sitios y/o de evidencias arqueológicas que están siendo estudiadas, junto a los métodos y las técnicas de análisis, que han visto una expansión muy significativa en los últimos años. Asimismo, es notable la ampliación temática que exhibe actualmente el campo, que pasó de abordar un conjunto relativamente pequeño de cuestiones (algunas delimitadas en cierto modo por los requerimientos de otras disciplinas, en especial la arquitectura y la historia) a una variedad de problemáticas tales como el colonialismo, el contacto cultural, las relaciones interétnicas, la dominación y la resistencia, la esclavitud, el intercambio y el comercio mundial, el industrialismo, las redes locales y globales de interacción, el mestizaje y las identidades, junto al abordaje de una cantidad cada vez mayor de prácticas sociales que son puestas en tensión con las normas y los dispositivos del poder. En muchos casos, las agendas de trabajo están marcadas por necesidades institucionales y/o de gestión, o por situaciones que requieren acciones para preservar el patrimonio cultural, así como otros casos están originados en demandas de las comunidades locales por conocer, recuperar y/o poner el valor evidencias arqueológicas del pasado que consideran significativas en la construcción de sus identidades y sus memorias colectivas.

Viejas ciudades y nuevos abordajes

La búsqueda y el estudio de las primeras fundaciones españolas en el actual territorio argentino -que había sido un tema abordado en los inicios la arqueología histórica desde un enfoque historicista basado en la compulsión documental- se retomó desde perspectivas teóricas remozadas, en base a nuevas preguntas y con la aplicación de metodologías innovadoras que combinan diversos métodos arqueométricos desarrollados en los últimos años con los trabajos de campo y gabinete tradicionales. Un elemento común a estos proyectos es la búsqueda y el empleo intensivo de fuentes documentales, en buena parte inéditas, en las pesquisas.

Buen ejemplo de ello es Santa Fe La Vieja, cuyo estudio comenzó con los trabajos de Agustín Zapata Gollán en la década de 1940 y actualmente consti-

tuye un parque arqueológico que preserva dos terceras partes de la traza fundacional como bien patrimonial e impulsa la labor científica, cuenta con un museo de sitio y ofrece diversas actividades educativas¹. La colección formada mediante las distintas intervenciones arqueológicas, notable por su tamaño, diversidad e integridad, ha posibilitado numerosos estudios sobre los distintos tipos de objetos que contiene, desde varias perspectivas analíticas y preguntas. La cerámica es un foco de gran interés: Carlos Ceruti (2009) efectuó un estudio tecno-morfológico y tipológico integral para identificar grupos cerámicos y los centros productores, en especial aquellos vinculados a etnias locales y población esclavizada de origen afro. Gabriel Cocco analiza el lugar y las funciones que tuvieron los objetos cerámicos en la ciudad, evaluando dimensiones domésticas, sociales y simbólicas, así como las complejas redes comerciales coloniales que vinculaban Santa Fe con Europa, Asia y África (Cocco y Campagnolo, 2022). Además, se reconstituyó la planta original de la ciudad sobre el terreno, se identificaron edificios públicos, iglesias y viviendas de personajes de la elite (Calvo, 2004), y se estudiaron edificios puntuales, como el claustro y el hospital (Cornero y Rocchietti, 2016).

Las pesquisas arqueológicas que se habían iniciado en la década de 1960 en Ibatín, se retomaron en los últimos años desde la Universidad Nacional de Tucumán². En este marco, se abordaron los espacios domésticos en base al análisis arquitectónico y arqueológico de una vivienda céntrica, sumando documentación inédita (Rivet, 2009). En base al registro documental, se estudiaron las prácticas mortuorias y los espacios de entierro (Monti, 2009), se indagó la disponibilidad de recursos naturales y el impacto antrópico en las yungas, que caracterizaron el ambiente de la ciudad (Borsella y Aguirre, 2018), el origen de la población indígena urbana y las relaciones sociales que allí tuvieron lugar (Roldan Vázquez, 2024). También se están analizando los espacios habitados, a partir de la elaboración de un mapa integral de las viviendas coloniales y sus propietarios (Borsella, 2024). En la actualidad, Ibatín constituye un museo arqueológico a cielo abierto dependiente del gobierno provincial, cuenta con un centro de interpretación donde se exhiben materiales hallados en el sitio y se realizan actividades culturales³.

1 <https://www.santafelavieja.gob.ar/parque-arqueologico>, último acceso 30 de abril 2025.

2 Cabe aclarar que Emilio Eugenio efectuó relevamientos planimétricos y excavó sondeos en algunos edificios que habían sido identificados por Amalia Gramajo, a instancias de la entonces Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos, como el cabildo y varias iglesias. Sin embargo, estas pesquisas no tuvieron continuidad.

3 <https://enteculturaltucuman.gob.ar/museo-arqueologico-ibatin-macai/>, último acceso 30 de abril 2025.

Con el fallecimiento de Eldo Morresi las pesquisas en la antigua Concepción del Bermejo o Concepción de Buena Esperanza se interrumpieron por varios años. Si bien hubo iniciativas para retomar las investigaciones (Zarankin y Acosta, 1997) y la colección arqueológica del sitio Km 75 -igual que Santa Fe la Vieja- ha sido objeto de reestudios posteriores (Schávelzon, 2006), los planes de trabajo sistemático en el lugar fueron discontinuos. En la década de 2000 Susana Colazo (2009) dirigió un proyecto orientado a comprender el modo de vida de la población indígena e hispano-criolla y las ocupaciones previas y posteriores a la ciudad colonial, sumando al registro material y documental información etnográfica de las comunidades tobas locales. Recientemente, un equipo de la Universidad del Nordeste, la Dirección de Patrimonio provincial y la Universidad Nacional de la Plata emprendió un proyecto con el objetivo de identificar las intervenciones anteriores y generar información novedosa de espacios poco explorados, para lo cual realizaron relevamientos topográficos y magnetométricos, recolecciones de superficie y sondeos (Casañas Rígoli et al., 2023).

El estudio arqueológico de Nombre de Jesús, que había sido fundado en 1584 por la Corona española para fortificar el Estrecho de Magallanes, fue retomado en 2003 por Ximena Senatore y Mariana De Nigris. Las citadas localizaron el poblado, que abarca unos 300 m² y ha sido muy afectado por acción antrópica. Se realizó un relevamiento topográfico y se excavó un sector que resultó ser la iglesia, donde se hallaron evidencias del evento fundacional y debajo de un piso de adobe se identificaron cinco entierros humanos (uno de los cuales arrojó un fechado por C₁₄ coincidente con la ocupación española). El conjunto arqueofaunístico sugiere el consumo de especies locales, mientras que la fauna doméstica europea es poco diversa y escasa, en tanto los pocos artefactos recuperados son, principalmente, fragmentos de botijas para el transporte de alimentos y restos de cerámica doméstica. La integración de los restos materiales y el *corpus* documental permitió estudiar las condiciones de vida y muerte en la breve existencia del poblado, que muestran cierta continuidad en las prácticas tradicionales e innovaciones y flexibilidad, junto a la heterogeneidad de experiencias de la colonización española en la Patagonia (De Nigris y Senatore, 2011; Senatore et al., 2016).

En la década de 2000 un equipo liderado por Alfredo Tomasini comenzó la investigación arqueológica de la ciudad de Esteco Viejo o Nuestra Señora de Talavera, que había sido fundada en 1566 en las proximidades del río Salado del Norte y en 1609 fue trasladada a un segundo emplazamiento

llamado Nuestra Señora de la Talavera de Madrid o Esteco Nuevo, que fue destruido por un terremoto en 1692, ambas en la provincia de Salta. Este equipo elaboró un plano arqueológico de Esteco Viejo que comprende unas 40 manzanas, identificó parte del cauce de una acequia, posibles parcelas de cultivo, torreones, el cabildo, la iglesia y otros edificios públicos. El material hallado en las prospecciones y sondeos comprende, en su mayoría, alfarería vinculada a la tradición de la llanura chaco-santiagueña (prehispánica o elaborada por tonocotés o juríes encomendados) y restos de origen europeo como tejas, ladrillos, escasos fragmentos de vajilla de cerámica esmaltada y vidriada y loza inglesa, restos óseos, pequeños objetos de plata y de hierro, una munición de plomo, etc. Además del análisis de estos materiales (Curzio et al., 2004), se han realizado estudios geoarqueológicos acerca de los procesos de formación de las estructuras monticulares (Marschoff et al., 2014).

Figura 8.1 Fragmento del plano anónimo de Nuestra Señora de Talavera de Madrid (ca. 1609)



Fuente: Portal de Archivos Españoles, código: ES.41091.AGI//MP-BUENOS_AIRES,6

Esteco II, ubicada cerca del río Pasaje-Juramento, había sido declarado Patrimonio Histórico Provincial en 1998. Sin embargo, el sitio fue afectado en 2005 por maquinaria que realizó un desmonte, que fue frenado por intervención judicial y años después la provincia de Salta resolvió la expropiación de un sector donde se dispuso la creación de un museo de sitio abierto al público a cargo de la Secretaría de Cultura provincial. Los trabajos de campo realizados por Mirta Santoni en 2006 y Alfredo Tomasini entre 2009 y 2015 permitieron elaborar el plano arqueológico del sitio, relevar varios terraplenes lineales,

registrar paredes de adobe y techos de tejas, identificar los baluartes del fuerte de San Carlos (construido en 1665), así como recuperar diversos fragmentos de alfarería y de lozas, botones y municiones de plomo (Tomasini y Porterie, 2016). María Marschoff (2018, 2021) trabaja sobre distintos aspectos de la vida en esta ciudad, como la movilidad, las migraciones y la construcción del paisaje.

El fuerte Sancti Spíritus, el primer asiento español en el actual territorio argentino, se fundó en un lugar estratégico en la confluencia de los ríos Carcarañá y Coronda, en la provincia de Santa Fe. Las pesquisas comenzaron en 2006 en el lugar que había identificado Outes en 1902, con la dirección de Gabriel Cocco y Fabián Letieri, sumándose luego el equipo de la Universidad del País Vasco dirigido por Agustín Azkárate (Letieri et al., 2009; Cocco et al., 2016). Durante los trabajos de campo se excavaron casi 200m², identificando una secuencia ocupacional que comprende un asentamiento indígena previo (omitido en los relatos de los conquistadores), la ocupación española del fuerte y reocupaciones temporarias posteriores a su destrucción en 1529. La ocupación española está marcada por el muro de tapia del fuerte, la zanja asociada a su construcción y un foso, donde se halló una variedad de artefactos de carácter utilitario. El conjunto cerámico hispano presenta un predominio de botijas, seguidas por jarras, escudillas, platos, lebrillos y albarelos de mayólica, producidos mayormente en Sevilla. Además, se recuperaron cuentas de vidrio venecianas, dados y clavos de hierro, entre otros. El conjunto cerámico de manufactura indígena comprende fragmentos de platos, ollas y otros contenedores, pipas, torteros, fichas y piezas antropomorfas y zoomorfas modeladas. Mediante el estudio de microrrestos vegetales se estableció el cultivo de trigo en el lugar (Cocco y Roca, 2022). Estas pesquisas han revelado materialidades de origen indígena y europeo, que reflejan el contexto social multicultural de la primera etapa de exploración y conquista española.

Por último, Ana Igareta está llevando adelante la investigación arqueológica de San Juan de la Frontera, que fue fundada en 1562 por una expedición comandada por Juan Jufré desde Chile en el “Valle de Tucumán provincia de los guarpes” y 30 años después fue trasladada a su actual ubicación. En base a un análisis de fuentes coloniales inéditas, esta autora comenzó a abordar distintas dimensiones del asentamiento y la arquitectura urbana, como las construcciones en barro y el sistema de acequias (Igarreta, 2023; Igareta y Chechi, 2023).

El contacto temprano y el período “hispano-indígena”

Los contextos arqueológicos que corresponden a las primeras situaciones de contacto cultural entre los colonizadores españoles y las diferentes sociedades indígenas que poblaban el actual territorio argentino están siendo objeto de atención en diversas regiones del país, poniendo el foco en los cambios y las continuidades con respecto al período prehispánico. Este campo de indagación se presenta, en algunos los casos, como una simple prolongación de proyectos de investigación de arqueología prehispánica sobre el período postcolombino. Tal como fue notado por Trigger para Norteamérica (ver capítulo 1), esta perspectiva suele concebir a la historia indígena desvinculada de los procesos de conquista y colonización europea, que se presentan laxamente, como un simple telón de fondo, sin considerar el verdadero quiebre que significó la llegada de los conquistadores españoles en el desarrollo de los diferentes pueblos indígenas ni explorar las consecuencias -inmediatas, indirectas, causales y acumulativas- de la colonización y su impacto en todas las dimensiones de la vida (salud, demografía, tecnología, economía, estructura social, organización política y un largo etcétera).

La caracterización de los períodos hispano-indígena y colonial, en particular las formulaciones de Alberto Rex González (1955) y Víctor Núñez Regueiro (1974) para la secuencia cultural del noroeste argentino, son objeto de un acertado y sostenido replanteo por parte de Laura Quiroga (2005, 2015). González, basado únicamente en referencias documentales, propuso llamar así al período de poco más de un siglo, comprendido entre 1560 y 1667, durante el cual las sociedades indígenas de los Valles Calchaquíes resistieron y combatieron el avance de los españoles en base a las fechas clave de esos sucesos históricos. Núñez Regueiro puso más énfasis en el impacto que tuvo la colonización efectiva -materializada en las fundaciones españolas en algunos valles y en la evangelización- en la base económica y la organización social indígena. Esos cambios, que llevaron al violento colapso económico, demográfico, social y cultural de las sociedades indígenas, recién comenzaron en la región valliserana después de primer tercio del siglo XVII y en la Puna aún más tardíamente; hasta entonces, se mantuvieron los patrones básicos del modo de vida prehispánico. El período hispano-indígena, según este último autor, estaba representado arqueológicamente en los contextos funerarios de Cachi Adentro y Caspinchango (ver capítulo 2) y el período colonial por poblados, fuertes y misiones hispanos. Quiroga cuestiona la validez de esta categorización porque todos esos sitios pueden ser componentes del mismo proceso colonial y no necesariamente implican etapas sucesivas. Un problema adicional es la arti-

culación de las escalas de análisis, que surge al suponer una relación unívoca entre la continuidad o la ruptura de los patrones prehispánicos establecida a partir de la materialidad arqueológica y los períodos hispano-indígena y colonial, cuya delimitación temporal se basa en fuentes textuales. En general, la asignación de un sitio arqueológico al período hispano-indígena acontecía por la mera aparición de elementos de origen europeo en ajuares funerarios, en la mayoría de los casos, asumiendo que eran anteriores a la dominación colonial y cierta continuidad con los patrones prehispánicos.

Quiroga propone dar cuenta de la formación de los paisajes coloniales, la estructuración de las relaciones sociales y los cambios en las estrategias de reproducción social a partir de indicios fragmentarios, contenidos en los documentos escritos y los restos materiales. Su estrategia de lectura de las fuentes coloniales está guiada por preguntas de investigación planteadas en términos de materialidades y paisajes. El caso inicial de estudio que aborda es el valle del Bolsón o Cotagua, en la provincia de Catamarca. Al minucioso análisis textual de los discursos coloniales, la autora suma el trabajo con fotos aéreas e imágenes satelitales, el registro de topónimos, prospecciones y recolecciones de superficie para dar cuenta de la variabilidad y distribución de restos materiales en el terreno. De este modo, se definen ocupaciones tardías, inkas, hispano-indígenas, coloniales y postcoloniales, indagando la resignificación de los asentamientos prehispánicos con el repoblamiento posterior mediante la instalación de unidades productivas coloniales, que imprimieron el carácter rural del paisaje actual, marcado por la presencia de puestos con estructuras de vivienda y corrales (Quiroga, 2005, 2011).

En la localidad arqueológica Punta de la Peña, ubicada en la puna catamarqueña meridional, se registraron ocupaciones desde 9000 años atrás hasta la actualidad. El sitio C3 está compuesto por estructuras residenciales y productivas hechas en piedra, con un recinto central cuyos espacios internos están segmentados por muros, así como varios basureros. La ocupación de este recinto finaliza en una capa de guano asociada a su transformación en un corral. Las excavaciones reportaron una secuencia continua con niveles actuales, prehispánicos y del período colonial temprano, identificada en el recinto central y en un basurero con fechados de 440 ± 60 y 470 ± 60 años AP, respectivamente, junto a la presencia de fauna doméstica exótica y restos de duraznos. Se plantea la diferenciación funcional de espacios, prácticas de consumo y producción doméstica que articulan formas de vida pastoril y agrícola. Quiroga (2015) destaca la continuidad en el modo de habitar esos espacios, pero también situaciones de resistencia y negociación evidenciadas en las prácticas y la circulación de bienes, como la incorporación de elementos de origen europeo y la reocupación colonial de espacios

domésticos prehispánicos. La materialidad cerámica refuerza esa continuidad, a través de objetos para el consumo, la producción y el almacenaje de alimentos y otros recursos, en toda la secuencia habitacional de los espacios domésticos (Puente et al., 2023). Los conjuntos arqueofaunísticos evidencian cambios en los sistemas pastoriles prehispánicos por la introducción de animales europeos, entre los que sobresale la cabra por su abundancia y representación anatómica, lo que sugiere su cría, procesamiento y consumo local (Navarrete et al., 2022).

En la puna de Jujuy, las estrategias de conquista de la Corona española estuvieron orientadas inicialmente a la obtención de metales preciosos, de modo tal que los esfuerzos de conquista se concentraron en lugares con yacimientos metalíferos y aquellos sectores que no disponían de éstos sufrieron un impacto indirecto que no contempló la instalación de enclaves españoles. Es el caso de la zona de Cusi Cusi, donde se registraron ocupaciones de los siglos XVI y XVII en el sitio Casas Quemadas, que sugieren continuidad con el modo de vida prehispánico (Vaquer et al., 2023). Este sitio es un complejo principalmente destinado a la producción agrícola desde el período tardío y durante la expansión inka en la región; para los primeros siglos de la conquista no se advierten cambios sustanciales y la evidencia artefactual de origen europeo se limita a pocos huesos vacunos y clavos de hierro. Desde una perspectiva microanalítica centrada en las prácticas sociales, se sostiene que el sitio muestra formas de resistencia indígena a los cambios impuestos por la dominación colonial. Luego del abandono, se supone que el lugar fue reutilizado como posta para arrieros de ganado vacuno, en el marco de circuitos mercantiles capitalistas.

Como se señaló, el período hispano-indígena fue caracterizado por los objetos de origen europeo presentes en ajuares mortuorios que acompañaban ciertos entierros en recintos de vivienda o en cementerios, que contenían también inhumaciones de períodos previos. Muchos de esos contextos fueron hallados en la cuenca del río Cachi, al norte del valle Calchaquí, donde realizó trabajos arqueológicos Pío Pablo Díaz entre las décadas de 1970 y 1980. Este estudioso excavó una docena de sitios, formando colecciones arqueológicas que fueron consideradas por Núñez Regueiro (1974) para la definición de la secuencia cultural posthispanica regional y analizadas luego por Myriam Tarragó (1984). En la última década estas colecciones fueron reestudiadas desde otros enfoques, aunque se mantienen como eje central los cambios y las continuidades en los modos de hacer las cosas antes y después del contacto de las sociedades indígenas con los conquistadores. En este sentido, Jorge Cabral (2018) caracterizó los conjuntos cerámicos y las puntas de hueso, ambos de manufactura local, como una vía analítica que aporte a la comprensión del contacto cultural acontecido en la zona durante los siglos XV y XVI.

En los últimos quince años se ha ampliado el conocimiento sobre la actual provincia de Córdoba a partir de las pesquisas en los valles de Punilla y Guayascate, que se suman a los trabajos previos de Laguens en el valle de Copacabana mencionados en el capítulo 2. El alero Alero Tala Huasi, en el primer valle mencionado, fue estudiado por Pastor y Medina (2013), quienes recuperaron restos arqueológicos de ocupaciones de momentos previos a la conquista y el período colonial temprano (fechadas por C₁₄ hacia fines del siglo XVI y principios del XVII). Los autores plantean que el lugar funcionó como refugio para grupos indígenas que habían huido del régimen de encomiendas en base al cual, junto a las mercedes reales, los españoles se estaban apropiando de las tierras. La ocupación colonial muestra la ausencia de objetos de origen europeo, la incorporación selectiva de fauna doméstica introducida -ovicápridos, vacas, caballos y cerdos, en ese orden de importancia- en la alimentación, la persistencia en los modos de procesamiento de los alimentos y en las formas de elaboración de la alfarería y los artefactos líticos. Esta continuidad de prácticas tecnológicas, económicas y, posiblemente, rituales, de raíces prehispánicas, se interpreta como una táctica de resistencia y evitación de las relaciones de dominación coloniales, en un intento por mantener y reproducir la integración grupal.

En el valle de Guayascate, ubicado en el sector septentrional de las sierras cordobesas, María Laura López reconoce líneas de continuidad entre la historia prehispánica y colonial temprana, mediante trabajos de campo arqueológicos e información documental. La autora indaga la transformación en el paisaje que supuso la dominación colonial de valle iniciada a fines del siglo XVI con el reparto de tierras y encomiendas, la edificación de una capilla y la implementación de prácticas agrícolas y ganaderas coloniales. Las prospecciones reportaron diversos hallazgos en superficie, 13 sitios prehispánicos y el sitio Pueblo Guayascate (en el actual pueblo San Agustín), donde se identificaron los cimientos de la antigua capilla y restos del molino hidráulico colonial, así como una estructura rectangular que puede haber tenido cimientos de piedra y muros de adobe. En su interior se hallaron fragmentos de cerámica de tradición local y restos óseos fragmentados, que incluyen vaca y caballo. Este sitio se interpreta como un espacio vinculado a la actividad agropecuaria hispana, a la vez que la cerámica indígena da cuenta de la vida doméstica y comunal dentro de una nueva dinámica colonial, que reconfiguró los espacios y las prácticas alimenticias y productivas (López, 2021).

Al igual que las regiones antes mencionadas, Santiago del Estero integró la Gobernación del Tucumán colonial. Costanza Taboada y Judith Farberman abordan interdisciplinariamente las estrategias indígenas de asentamiento y

movilidad en la llanura santiagueña y el Chaco, en relación con la disponibilidad de agua como recurso crítico. Así, evalúan la relación entre zonas arqueológicas y “provincias” coloniales y la existencia de un enclave resistente al dominio español en los bañados de Añatuya. El manejo de ríos y bañados, junto al uso de pozos y represas, fueron clave para las formas de asentamiento y explotación de recursos e incidieron en la demografía y la organización sociopolítica indígenas. Conjugando el análisis documental, los datos arqueológicos e información etnográfica sobre el manejo de agua por las comunidades locales, las autoras trabajan en una escala temporal que atiende a los cambios ambientales de los últimos dos mil años e incluye el cálido medieval y la Pequeña Edad del Hielo (ver capítulo 4). Ello les permite diferenciar, al este del río Salado, ocupaciones en asentamientos formados por montículos, en torno a los bajos y represas, cuyo origen puede haber sido prehispánico y se reactivaron en momentos más áridos y secos posteriores, siendo descriptas como “oasis” por fuentes del siglo XVIII. En Añatuya se desarrollaron poblados estables asociados a esteros y lagunas, en los períodos prehispánico tardío y colonial, incluso con la instalación del “pueblo de indios” de Lasco. Se plantea también el rol estratégico de la región como nodo de interacción inter e interétnica (Taboada y Farberman, 2014; Farberman y Taboada, 2023).

Box 8.1

Arqueología marítima y subacuática

Mónica Grosso

La **arqueología marítima** puede definirse como el estudio del pasado humano en su interacción con el mar y otros espacios acuáticos, a partir de un variado rango de evidencia material localizada actualmente bajo el agua, en tierra o en sus costas. La **arqueología subacuática** refiere al estudio de restos arqueológicos cuando éstos se encuentran bajo el agua, independientemente del tema de investigación. El trabajo subacuático es realizado por arqueólogos/as-buzos/as. Los métodos y técnicas de trabajo siguen los mismos principios que en tierra, pero adaptados a las condiciones del medio acuático (profundidad, visibilidad, corrientes, oleaje, etc.). Para realizar prospecciones en grandes áreas se utilizan sensores remotos, como el sonar de barrido lateral y el magnetómetro.

Figura 8.2 Excavación de un naufragio en Puerto Madryn



Fuente: fotografía tomada por Mónica Grosso

En ambientes acuáticos los procesos de formación naturales están regulados por las características del fondo, de los organismos asociados a ellos y las propiedades físico-químicas del agua. La preservación de los materiales arqueológicos -incluso orgánicos-, así como sus contextos suele ser mejor que en tierra, particularmente cuando se encuentran en sedimentos anóxicos. Por el contrario, sectores intermareales o submareales someros con fondos rocosos pueden ser altamente dinámicos y afectar la preservación e integridad de los sitios. Los materiales recuperados de entornos marinos o dulceacuícolas requieren tratamientos de conservación específicos, ya que pueden deteriorarse irreversiblemente si no se realizan.

Uno de los temas más frecuentes en arqueología marítima es el estudio de pecios, es decir, restos de embarcaciones -naufregadas, abandonadas o depositadas ritualmente- y su contenido. La construcción, el mantenimiento y el uso de una embarcación involucraba capacidades, posibilidades e intereses de índole económica, ideológica, ambiental, tecnológica y social, por lo que su estudio puede revelar de modo único aspectos relevantes de la sociedad de la que formaba parte. El estudio de la construcción y la tecnología de las

embarcaciones y sus cambios a lo largo del tiempo se denomina **arqueología náutica**. Estudios tipológicos y arqueométricos, junto con el análisis de fuentes documentales específicas, posibilitan caracterizar el diseño, los métodos constructivos y los materiales empleados. Asimismo, aportan información significativa sobre el origen y el período de la construcción, cuya cronología en el caso de embarcaciones de madera puede ser definida más precisamente mediante la dendrocronología. Otras líneas de investigación interrogan acerca de los procesos de industrialización y la incorporación de innovaciones tecnológicas por parte de las potencias navales, o el modo en que tuvo lugar la transición de embarcaciones con cascos de madera y propulsión a vela hacia cascos metálicos con propulsión mecánica a lo largo del siglo XIX.

Los naufragios, por lo general resultado de un evento repentino, se caracterizan por la contemporaneidad de la evidencia material, en uso al momento del hundimiento. La organización del espacio y la selección del mundo material que implica la convivencia de un grupo humano en un espacio confinado por extensos periodos de tiempo, permite abordar estudios sobre la vida a bordo (por ejemplo, salud, alimentación, privacidad e identidad) y la compleja trama de relaciones que se articulan en un contexto histórico y social particular.

En los últimos cinco siglos la navegación interoceánica tuvo un rol relevante en el proceso de expansión global y de conformación del mundo moderno. En el sur americano, desde el siglo XVI, la exploración y ocupación colonial implicó el relevamiento de las costas y los puertos naturales, junto a la localización y explotación de recursos de valor productivo o comercial.

El estudio de cargamento de naufragios y su comparación con materiales hallados en sitios arqueológicos terrestres posibilita abordajes multiescalares que conectan rutas de navegación ultramarinas y de cabotaje, redes de comercio e intercambio y el desarrollo de mercados para bienes de consumo. La expansión comercial global también movilizó innumerables embarcaciones y partidas de trabajadores para la explotación de recursos marinos y costeros (como ballenas, aves y pinnípedos), alcanzando su apogeo en el Atlántico sudoccidental entre fines del siglo XVIII y fines del XIX. Algunas de las modalidades de trabajo incluyeron asentamientos y campamentos temporales en costas e islas.

Desde los tempranos contactos de navegantes europeos en el Nuevo Mundo, las costas han constituido espacios significativos para abordar la complejidad de las relaciones interétnicas y la circulación de bienes, personas e información. Embarcaciones y prácticas de pesca de tradición indígena

demuestran su eficiente adaptación a los ambientes acuáticos locales, persistiendo en tiempos postcolombinos en algunas regiones del continente. Enclaves coloniales, fortificaciones y estructuras militares defensivas, puertos y fondeaderos, establecimientos industriales y extractivos, campamentos temporales y otras áreas de actividad localizadas en las costas pueden ser mejor comprendidos cuando se integran en una perspectiva tierra-agua. El concepto de paisajes culturales marítimos comprende diversos enfoques que abordan de modo holístico el registro arqueológico terrestre y sumergido y que da cuenta del uso de estos espacios y sus cambios en el tiempo.

Figura 8.3 Relevamiento sector intermareal en Tierra del Fuego.



Fuente: fotografía tomada por Cristian Murray.

Una arqueología histórica de la minería

Desde hace dos décadas en la puna de Jujuy se desarrolla un programa consolidado de trabajo liderado por Carlos Angiorama, centrado en comprender la explotación y la circulación de minerales metalíferos, que fueron explotados en los períodos tardío e inka y funcionaron como el principal atractor para la exploración y la ocupación hispana de ese territorio. La existencia de yaci-

mientos de oro, plata, cobre y estaño promovió allí el desarrollo de la minería colonial, que inicialmente fue llevada a cabo por los beneficiarios de mercedes de tierras y encomiendas de cochinocas y casabindos, así como hubo, a menor escala, emprendimientos independientes por parte de indígenas en busca de ingresos para pagar tributo y adquirir productos alóctonos. A lo largo del siglo XVII se crearon los pueblos mineros de Rinconada del Oro, Santa Catalina o Antiguyoc y otros en el área del Valle Rico. Más allá de su propia importancia económica, la minería demandaba bienes y servicios conexos que articularon a los grupos indígenas locales con redes mercantiles amplias, que declinaron hacia mediados del siglo XVIII. Las pesquisas analizan las prácticas minero-metalúrgicas, su tecnología y los agentes involucrados mediante estrategias de investigación arqueológicas -prospecciones, sondeos, excavaciones en el terreno para identificar evidencias de las actividades minero-metalúrgicas y la aplicación de técnicas arqueométricas para el estudio físico-químico de los materiales- e históricas, basadas en el estudio crítico de fuentes editadas e inéditas, relevadas en distintos archivos (Angiorama et al., 2018; Becerra, 2014; Giusta et al., 2023).

La explotación aurífera está vinculada a la localidad Timón Cruz. Allí se registraron estructuras arquitectónicas dispersas o en conjuntos, cuyos rasgos constructivos y objetos asociados se vinculan a ocupaciones coloniales para la extracción y el procesamiento aurífero, que coincide con la importancia del desarrollo minero para la región según datos históricos. En particular, las evidencias del sitio Timón Cruz 2 dan cuenta de una instalación para la minería prehispánica aurífera desde el siglo X que continuó durante el período colonial temprano. Los hallazgos incluyen instrumentos líticos para el procesamiento de minerales en contextos fechados, próximos a pozos, trincheras, socavones y desmontes, producto de la explotación de oro en veta y en depósitos secundarios (Angiorama et al., 2018, 2024).

Las evidencias de obtención y procesamiento de minerales de plata son numerosas y se concentran al sur de la cuenca de Pozuelos. En las inmediaciones del poblado de Santo Domingo se localizaron los complejos Fundiciones 1 y 2, cercanos a la mina Chinchillas, que tienen hornos de reverbero. Dichas instalaciones fueron estudiadas detalladamente, así como el asentamiento colonial del poblado y otros sitios cercanos: los caseríos de Puerta de Fundiciones y Chinchillayoc, y los refugios Santo Domingo 1 y Laguna Pampa Colorada 1. En esta localidad se han relevado 72 unidades arquitectónicas construidas en su mayoría con paredes de piedra y argamasa de barro y otras únicamente de piedra. Entre los materiales de superficie predominan los recipientes de cerámica roja,

modelada a mano y alisada, de tradición regional, junto a otras piezas hechas en torno, con vitrificados y esmaltes, que se vinculan al período colonial; también se hallaron fragmentos de lozas de fabricación industrial de tipos propios del siglo XIX e inicios del XX. El poblado tuvo una ocupación más densa y recurrente, vinculada a la iglesia y al cementerio. En el último cuarto del siglo XVIII, con la activación de varios emprendimientos mineros y la conversión en parroquia de la localidad, se produjo un aumento poblacional, que declinó durante las Guerras de Independencia y, posiblemente, tuvo un leve repunte con nuevas actividades mineras hacia 1825 (Giusta et al., 2023).

Otra localidad estudiada es Antiguyoc, en la ladera occidental de la Sierra de Carahuasi, uno de los distritos auríferos de la región, que comprende las quebradas de Antiguyoc y del Maray. En Antiguyoc se registraron muchas evidencias de explotaciones mineras -piques, socavones, trincheras y desmontes- dispuestas a lo largo de la quebrada. Se relevaron tres sectores con arquitectura, con 23 conjuntos y ocho recintos aislados, destacándose Antiguyoc 1 por su núcleo constructivo central con iglesia, plaza y cementerio. La disposición espacial y la arquitectura de las construcciones más próximas a la iglesia, sugiere que podrían haber sido viviendas de las autoridades civiles y/o religiosas. En la quebrada de Maray se hallaron diversas construcciones distribuidas en cuatro sectores, próximas a sectores de extracción y lavado de sedimentos auríferos. Se registraron unidades arquitectónicas simples y compuestas, hechas de piedra o piedra y adobe, distintos tipos de recintos, estructuras de combustión, entre otras. Las unidades habitacionales se articulan con estructuras vinculadas a prácticas cotidianas: patios, reparos para fogones, cocinas externas, hornos y corrales. Las características del sitio Quebrada del Maray 4, concordantes con el asentamiento descrito en el testamento de un terrateniente de la zona, indican que se trata de la hacienda que éste fundó en 1774-75. El casco de estancia corresponde a una edificación compuesta principal, con otras estructuras dispersas que podrían haber sido las viviendas de los indígenas empleados como mano de obra, a modo de “ranchería de indios”, asociadas directamente a los sectores de extracción aurífera (Giusta, 2021).

En líneas generales, las prácticas constructivas coloniales en estos asentamientos vinculados a trabajos minero-metalúrgicos exhiben una conjunción de elementos que formaron parte de arquitecturas de períodos previos, muchos de los cuales fueron reocupados y reutilizados. Se trata de contextos cuya datación presenta dificultades y, en muchos casos, la aparición de ciertos tipos cerámicos es lo único que permite identificar sus ocupaciones coloniales. Las técnicas de elaboración y decoración de la cerámica también exhiben continuidades con respecto a las tradiciones prehispánicas regionales (Pérez Pie-

roni, 2018). Esto sugiere que la cultura material de los habitantes en el sur de Pozuelos no habría sufrido grandes cambios en los primeros siglos de la colonia, la existencia de continuidades con respecto al período prehispánico y la permanencia de modos de construir y de habitar compartidos.

El estudio de los poblados mineros coloniales en la provincia de Catamarca se concentra en el yacimiento aurífero El Mineral de Incahuasi, al sureste del salar Del Hombre Muerto. A mediados del siglo XVIII, allí se fundaron los poblados de Nuestra Señora de Loreto de Ingaguasi y Agua Salada. El primero, inmediato al yacimiento, estaba orientado a la explotación de oro, alcanzó mayor tamaño y complejidad arquitectónica, tuvo una iglesia y fue sede de autoridades, mientras que el segundo se ubicó próximo a la vertiente de agua potable más cercana. Ambos poblados se vincularon directamente a la minería colonial, fueron abandonados en los inicios del siglo XIX y permanecieron deshabitados hasta 1930. El relevamiento arquitectónico aportó al conocimiento de la estructuración de cada poblado y el estudio de los restos recuperados, en especial los materiales cerámicos, generó información sobre la procedencia y la circulación de esos objetos a nivel local y regional, en relación con la presencia de trabajadores indígenas y mestizos, comerciantes, emprendedores mineros y autoridades coloniales (Lema, 2015).

En Mendoza se estudiaron emplazamientos mineros ubicados en la quebrada precordillerana de Hornillos, en la reserva Natural Villavicencio, donde se indagaron los procesos de ocupación y desarrollo de los sistemas de explotación minera de cobre. Allí se trabajó particularmente en el sitio Hornillos, que está compuesto por dos conjuntos arquitectónicos integrados por dos y tres habitaciones, respectivamente, todas construidas en piedra. A partir del relevamiento topográfico y planimétrico, y detallados análisis arquitectónicos y de los distintos restos materialidades que fueron recuperados mediante recolecciones de superficie y excavaciones, se estableció una secuencia continua de uso de los espacios y su reacondicionamiento. Sobre una base indígena prehispánica previa, comenzó el desarrollo de la instalación minera a fines siglo XVIII, que tuvo su apogeo hacia mediados del siglo XIX cuando se ampliaron las edificaciones y se transformó el lugar mediante aterrazados, nivelaciones, pircados y estructuras para manejo del agua. La última fase de ocupación, a finales siglo XIX y principios del XX, obliteró las anteriores y estuvo vinculada a actividades ganaderas. Este caso aporta a la comprensión de la organización de los espacios domésticos y productivos, las condiciones cotidianas de existencia en sitios productivos de carácter marginal dentro del sistema capitalista y el desarrollo de actividades mineras desde ordenamientos económicos de diferente escala (Chiavazza y Prieto Olavarría, 2012).

De fronteras, fuertes e “indios amigos”

La línea de pesquisas sobre las fronteras interétnicas, que fue una punta de lanza del desarrollo de la arqueología histórica en los años noventa del siglo XX (ver capítulo 2), se amplió con la incorporación de otros espacios fronterizos y de nuevos sitios en la frontera de Buenos Aires. Este último es el caso del sitio a cielo abierto Arroyo Nievas 2, vinculado a la numerosa población de “indios amigos” que habitó la zona de Tapalqué, Azul y Olavarria durante buena parte del siglo XIX (Pedrotta, 2011, 2019). El estudio de dos fortines que formaron parte de la línea Sud y Costa Sud, Pescado (1858-1863) y Machado (1858-ca.1864), dirigido por Vanesa Bagaloni, permitió establecer la continuidad en el patrón de asentamiento de estas instalaciones militares (formadas por una estructura principal circular rodeada por un foso perimetral) y su ubicación en lugares con recursos naturales estratégicos (Bagaloni y Pedrotta, 2018). En ambos sitios se recuperó gran diversidad de materiales vítreos, cerámicos, metales y restos arqueofaunísticos, así como artefactos líticos, cuya aparición generó hipótesis que aún continúan en evaluación. Se consideró el aprovisionamiento de ganado en pie por proveedores del gobierno, las vías de abastecimiento de vajilla cerámica, las relaciones comerciales locales y los hábitos cotidianos relacionados con las modas y el estatus, entre otras cuestiones. En fortín Pescado se identificaron áreas de vivienda, de descarte pautado y no pautado y un corral (Bagaloni, 2015). La realización de prospecciones geofísicas y el análisis de la distribución espacial de los hallazgos arqueológicos en fortín Machado, junto con información de las fuentes escritas, permitió generar expectativas sobre la ubicación de distintas estructuras (ranchos de la tropa, corral, pulpería, cementerio) tanto vinculadas al funcionamiento del fortín como de ocupaciones posteriores, que llegaron a conformar un pequeño poblado (Bagaloni et al., 2022).

El fuerte General Paz (1869-1876), en la frontera oeste bonaerense, es foco de un programa integral de indagación que comprende el estudio distribucional de artefactos recuperados en superficie mediante recolecciones sistemáticas (Leoni et al., 2007) y la realización de prospecciones geofísicas (Leoni et al., 2018), cuyos resultados -articulados con la información procedente de fuentes escritas y gráficas- permitieron identificar patrones espaciales de los restos arqueológicos, potenciales áreas de actividad, de descarte de basura y la localización de algunas estructuras. A partir del análisis del conjunto arqueofaunístico se abordó el consumo de animales domésticos y locales, junto a otras prácticas culinarias (Merlo y Tamburini, 2018). En esa frontera, además, se está investigando el fortín contemporáneo Algarrobos, también en funcionamiento en-

tre 1869 y 1876, del cual se estudiaron los materiales recuperados a través de intervenciones arqueológicas y una colección privada. El estudio faunístico del mismo se centró en caracterizar la alimentación de sus habitantes, evaluar aspectos atinentes a su aprovisionamiento y contribuir a la identificación de las áreas de actividad internas (Hernández et al., 2018).

El fuerte Cruz de Guerra (1828-1859), que formaba parte de la frontera bonaerense, es objeto de un proyecto de investigación sistemática que integra la compulsa de fuentes documentales, imágenes satelitales y el relevamiento con sensores remotos en el terreno. A partir de esta estrategia fue posible identificar la traza cuadrangular, los cuatro baluartes y otras características del perímetro de la fortificación y su entorno, a lo que se sumaron trabajos posteriores de prospección sistemática con detector de metales. Esta información acerca del registro material subsuperficial permite seleccionar áreas funcionales intramuros donde orientar las futuras intervenciones arqueológicas (Coll et al., 2022; Montanari et al., 2018).

En la Laguna Melincué, que conformó un espacio fronterizo en el sur de la provincia de Santa Fe hacia fines del siglo XVIII, se llevan a cabo investigaciones arqueológicas mediante trabajos de campo con la colaboración vecinos de la localidad, sumados al estudio bibliográfico y cartográfico de fuentes del Archivo Histórico Provincial. Esto reportó el hallazgo de variadas evidencias y sitios arqueológicos, que corresponden a ocupaciones de diferente cronología. Uno de esos sitios es un fuerte, del que se conservan estructuras de ladrillos, cimientos y tejas, junto a restos de ganado caballar y vacuno, cuyo análisis se encuentra en curso (Ávila et al., 2022).

Otras fortificaciones del período tardo colonial que están siendo investigadas no formaron parte de las fronteras que se proyectaron a modo de líneas sobre el paisaje, sino que funcionaron como enclaves en sectores estratégicos de la costa patagónica. Es el caso del fuerte San José, ubicado en península Valdés, provincia de Chubut, donde las pesquisas ponen en cuestión las explicaciones historiográficas tradicionales -estigmatizantes y estereotipadas- acerca de las relaciones interétnicas entre indígenas e hispano-criollos que allí tuvieron lugar. El análisis de los restos arqueológicos que se han recuperado junto a los documentos escritos se plantea como alternativa para discutir esas explicaciones, indagar en la cotidianeidad de los asentamientos y las particularidades del proceso colonial en Patagonia a finales del siglo XVIII y principios del XIX, así como entender las formas en que las narrativas históricas se materializan, se reproducen y se fijan en la memoria local y regional (Buscaglia, 2015; Buscaglia et al., 2012).

El fuerte de Cobos, ubicado en la frontera chaqueña de la antigua Gobernación del Tucumán, al este de la actual ciudad de Salta, es objeto de recientes pesquisas arqueológicas. Se trata de un sitio fundado en 1690 que tuvo una larga ocupación hasta el siglo XIX, inicialmente como fortificación para la defensa de la frontera, luego como punto de apoyo militar en las Guerras de Independencia y, ulteriormente, como casa de hacienda y posta para viajeros. El predio, que ha sido intensamente alterado, fue declarado Monumento Histórico Nacional en 1941, luego de lo cual fueron reconstruidos el edificio principal y otras estructuras. En el espacio extramuros, los trabajos arqueológicos reportaron muros semienterrados de piedra y gran variedad de materiales. El análisis tecno-morfológico y funcional de esos restos fue integrado a la información obtenida en fuentes del Archivo y Biblioteca Históricas de Salta y otros repositorios, desde una perspectiva decolonial, buscando tensionar las narrativas esencialistas, nacionalistas y militaristas de la historiografía local. Así, se dio cuenta de la prolongada ocupación del sitio, de usos que excedieron a su función militar original, prácticas cotidianas y relaciones sociales de los sectores subalternos que lo habitaron, ampliando el conocimiento del complejo entramado hispano-criollo e indígena (García De Cecco y Ortega Insaurralde, 2022).

El estudio de los caminos -fundamentales para comprender las vías de circulación de las personas, las prácticas, los saberes y las cosas- se está desarrollando de forma paralela a muchos de los proyectos mencionados. En especial, se ha investigado el sistema de caminos indígenas del siglo XIX, conocidos como rastrilladas, en el sector centro-este de la provincia de La Pampa, comparando distintas modalidades de utilización del paisaje por parte de grupos rankülches y salineros, en base a información histórica y trabajos en el terreno (Curtoni, 2007). También se estudiaron los caminos y las rastrilladas por donde fueron transportados grandes arreos de ganado, que conectaban la pampa húmeda con los territorios hispano-criollos y la tierra adentro, articulando redes de intercambio regionales y extra-regionales (Bognanni, 2015). En relación con estos circuitos comerciales intra e interétnicos, se avanzó en el relevamiento y análisis espacial de diversas construcciones de piedra que formaron parte de la infraestructura de la economía ganadera y pastoril indígena, tanto en el Sistema de Tandilia (Ferrer y Pedrotta, 2006; Pedrotta, 2013; Pedrotta et al., 2011) como en el de Ventania, ambos en la pampa húmeda (Oliva y Sfeir, 2015; Sfeir y Oliva, 2017).

Figura 8.4 Excavación arqueológica en Cormallín, Paso de las Carretas (provincia de Mendoza)



Fuente: fotografía de Gonzalo García, gentileza de María José Ots.

Es interesante la reciente ampliación de las investigaciones sobre las fronteras interétnicas más allá de la región Pampeana. En este sentido, cabe mencionar el proyecto de María José Ots que busca comprender la vida cotidiana de las poblaciones indígenas reducidas, las relaciones interétnicas y la construcción del paisaje social en la frontera que funcionó entre los ríos Tunuyán y Diamante -en la provincia de Mendoza- a partir de la confluencia de los registros arqueológico e histórico. En 1680 se estableció allí una reducción de puelches chiquillanes, considerados “indios amigos”, para asegurar la zona. Los trabajos de campo hechos en el arroyo Papagayos permitieron identificar dos sitios y evidencias arqueológicas en superficie. Uno de los sitios excavados tiene una larga secuencia de ocupación entre los siglos XII y XVII. En el nivel fechado en 1640 ± 15 años AP se identificaron restos de animales introducidos (ovicápridos y bóvidos), aunque con una fuerte presencia de fauna silvestre, al igual que los macrorrestos vegetales carbonizados, que están compuestos por especies locales. No se notaron cambios tecnológicos en las tradiciones

cerámicas indígenas ni un uso significativo de bienes europeos, salvo escasos fragmentos aislados de ollas y cuencos de cerámica vidriada (Ots et al., 2022).

Arqueología de las reducciones jesuitas del Guairá

Del conjunto original que formó los “30 pueblos” jesuítico-guaraníes, 15 se encuentran en el actual territorio de Argentina⁴, seis de estas misiones son las que aún conservan parte de su casco urbano, mientras que las restantes han sido desmanteladas por el reúso de sus materiales constructivos para otras edificaciones o se transformaron en poblados habitados, por lo que subsisten pocas evidencias arqueológicas de ellas. Como señala María Victoria Roca, en las tres últimas décadas se ha avanzado en el conocimiento de los sitios y las estructuras que componen algunas misiones, y en la indagación de la forma de vida de esos pueblos. Las intervenciones arqueológicas, empero, son muy restringidas y están supeditadas a los planes de puesta en valor y a los requerimientos de las políticas patrimoniales, por un lado, y a las actividades turísticas, por el otro (Cocco y Roca, 2022; Roca, 2019).

No obstante, pese a las limitaciones antedichas, las pesquisas arqueológicas iniciadas por Ruth Poujade en el conjunto reduccional de Santa Ana tuvieron cierta continuidad con el trabajo de Roca. En tal sentido, se efectuaron prospecciones integrales, se estableció el plano urbano, se excavaron algunos edificios -en especial el sector del claustro-, se identificaron áreas de actividades y se analizaron los distintos restos materiales recuperados. De forma paralela, se realizó la búsqueda, análisis e integración de los datos obtenidos en las fuentes documentales con la información arqueológica (Roca, 2014). Otras intervenciones relevantes fueron realizadas por Poujade y Lorena Salvatelli en la Reducción Nuestra Señora de Loreto, en el marco del proyecto de Puesta en Valor 2012-2013. Estas actividades fueron llevadas a cabo por un equipo interdisciplinario cuyos trabajos se centraron en el templo, la capilla de Nuestra Señora de Loreto, la residencia y colegio de los padres y el campanario (Poujade y Salvatelli, 2014).

Colonización y poblamiento de las áreas rurales

El conocimiento sobre la conformación y el poblamiento hispano-criollo de los espacios rurales, que tuvieron una estrecha vinculación con la expan-

4 Los 30 pueblos que conformaron el sistema reduccional jesuita fueron una unidad territorial en el período colonial; actualmente, quince se localizan en Argentina, ocho en Paraguay, siete en Brasil y uno en Uruguay.

sión fronteriza estatal, ha tenido una expansión significativa en las últimas décadas y se está convirtiendo en un campo específico de estudios sobre **arqueología rural** (ver Box 2.3. del capítulo 2). Este campo se centra en la forma de vida en los contextos sociales del ámbito rural, indagando las prácticas domésticas, a la vez que aborda las transformaciones en la construcción social del paisaje de frontera hasta el paisaje rural moderno, bajo la influencia del sistema económico mundial y su creciente impacto desde la segunda mitad del siglo XIX. A la línea inicial de trabajo centrada en las estancias, se están sumando una gran variedad de sitios arqueológicos de diferentes características que permiten tener un panorama más amplio sobre las formas de vida en los ámbitos rurales. Es el caso de instalaciones comerciales rurales que, con frecuencia, fueron además postas de caminos, como las pulperías Las Vizcacheras (Gómez Romero, 2002), Chapar (Bagaloni, 2017), los boliches Lucanera y La Soberana, la pulpería Paso Mayor (Tomassini y Weimann, 2020, 2023) y la posta Caldén (Montanari y Doval, 2016). Estos sitios, ubicados en la región pampeana, estuvieron en actividad en distintos momentos del siglo XIX y dan cuenta del proceso de poblamiento criollo de nuevas tierras, la existencia de circuitos comerciales locales, regionales y extra-regionales, la incorporación de nuevos mercados al capitalismo industrial, los hábitos de consumo y prácticas cotidianas en espacios rurales y fronterizos, entre otros aspectos.

El estudio de los establecimientos productivos hispano-criollos, que estuvo inicialmente centrado en las estancias bonaerenses, se amplió al incorporar los puestos de estancia, que permiten acceder a las condiciones de vida y las prácticas de consumo de los puesteros y otros trabajadores rurales. Por ejemplo, los sitios Las Toscas y Máximo Ortiz (Bagaloni, 2018) y El Santuario I (Auge et al., 2022; García Lerena y Del Papa, 2013), en los partidos bonaerenses de Tres Arroyos y Magdalena, respectivamente. Las formas de asentamiento en la región Pampeana también se enriquecieron con el estudio de las colonias agrícolas, casos especiales dentro de las estrategias de poblamiento, en los que intervenían diversos estamentos provinciales y del Estado nacional, así como asociaciones extranjeras y tuvieron fuerte impulso con la Ley de Inmigración y Colonización -Ley Avellaneda- en 1876. Por ejemplo, como la colonia Olavarría, de origen ruso-alemán que fue fundada en el centro bonaerense (Duguine, 2024) o la colonia de origen británico Alexandra Colony, fundada en 1870 al norte de Santa Fe (Dosztal, 2016). Las investigaciones arqueológicas efectuadas en ambas colonias muestran las singularidades de este tipo de asentamientos, atravesadas por las dificultades de la puesta en marcha efectiva de proyectos colonizadores, las tensiones entre las prácticas y pautas culturales

de los inmigrantes y las normativas locales, las transformaciones en el uso del espacio y en la producción y reproducción social, entre otras cuestiones.

En Catamarca se desarrolla un proyecto que busca caracterizar los cambios y continuidades en los modos de construcción de los paisajes agrarios de las sierras de El Alto-Ancasti a finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, abordando dos casos: las viviendas ubicadas en cercanías de El Taco, en la cumbre serrana, y los molinos harineros ubicados en Oyola. Este proyecto articula investigación documental efectuada en el Archivo Histórico de Catamarca y archivos parroquiales locales, prospecciones sistemáticas pedestres para reconocer y relevar el terreno, los pircados, los puestos y otras estructuras, con un trabajo etnográfico basado en entrevistas y charlas informales con habitantes actuales o parientes de pobladores, indagando sus memorias sobre la vida en la sierra y sus actividades productivas. Se estableció un paisaje agrario colonial, fundado en las mercedes de tierra otorgadas a mediados del siglo XVII que generaron grandes estancias de familias de la elite, con una producción ganadera (mulares, vacunos y equinos), cultivos y unidades residenciales simples y expeditivas. En el siglo XVIII ocurrieron pleitos por deslindes, comenzó la fragmentación de las propiedades por ventas y sucesiones, con la aparición de nuevos actores sociales y la instalación de numerosos núcleos domésticos en unidades más pequeñas, lo que llevó un acelerado proceso de marcación material del paisaje. Para el siglo XIX se impuso un paisaje agrícola de puestos, unidades compuestas por viviendas vinculadas a corrales y extensos pircados que generan espacios cerrados para el ganado y el cuidado de las pasturas, muchas de las cuales continúan siendo funcionales (Nagel et al. 2023).

Durante los siglos XIX y XX, el sudoeste de Chubut fue escenario del asentamiento de grupos sociales heterogéneos: indígenas que habitaban tradicionalmente la región, indígenas que fueron trasladados de forma obligada como consecuencia de las campañas militares en concordancia con el avance de la frontera ganadera y colonos europeo-criollos de diverso origen. A partir del relevamiento del paraje rural Aldea Beleiro, se exploran las modalidades del contacto entre los indígenas patagónicos y los grupos de inmigrantes asentados desde principios del siglo XX, que fueron diversas y cambiantes a través del tiempo y en distintos espacios. Las investigaciones arqueológicas, con foco en las formas de habitar la zona, integran trabajos de campo, búsqueda de referencias documentales y entrevistas a pobladores locales (Casanueva et al., 2022; Castro Esnal y Casanueva, 2018). La particularidad de esta área es la variedad de actores y formas de ocupar el espacio, a la vez que se trata de un lugar de tránsito a ambos lados de la cordillera de los Andes y entre el norte y el

sur. Los resultados de la investigación sobre una estructura de piedra conocida localmente como “corral de los tehuelches” permiten postular la hipótesis de la existencia, para fines del siglo XIX y principios del XX, de circuitos de manejo de ganado mayor en la zona, respaldados por estructuras de piedra, que se conectaban con las redes comerciales del norte de la Patagonia y la Pampa (Castro Esnal et al., 2024).

Una arqueología de la diáspora africana

La diáspora africana ha sido definida por Theresa Singleton, una de las referentes del campo en Estados Unidos, como “la dispersión mundial de los pueblos africanos y sus descendientes como consecuencia de la esclavitud y otros procesos de inmigración” (en Zorzi, 2015:7). El estudio arqueológico de la población africana y afrodescendiente enfrenta la dificultad teórica y metodológica de vincular la materialidad con identidades étnicas y culturales. Esta cuestión crucial ha sido abordada desde enfoques esencialistas y tipológicos que atribuyen determinados tipos de objetos y/o rasgos en los objetos a grupos culturales específicos, hasta perspectivas más complejas que buscan dar lugar a las variadas y dinámicas formas de interacción entre poblaciones que exceden la dicotomía colonizador/colonizado, pasando por modelos de contacto cultural que atienden a procesos de transculturación, hibridación y mestizaje. En Argentina, este campo reconoce como principales antecedentes trabajos de Daniel Schávelzon y Carlos Ceruti, que plantearon la asociación de ciertos artefactos con población africana y afrodescendiente y la continuidad de prácticas culturales africanas en la vida cotidiana en distintos contextos, en base a su contraste con las tradiciones tecnológicas locales y/o su similitud con piezas de contextos afro conocidos en otros países de América y en África.

Schávelzon (1999a, 1999b) identificó vasijas pequeñas modeladas a mano sin técnica de rollos, pipas de terracota decoradas con motivos geométricos, cerámicas de un estilo que denominó “Buenos Aires evertido” y adornos personales, procedentes de la ciudad de Buenos Aires, en particular, los sitios casa Ezcurra y plaza Roberto Arlt. Ceruti (2010) estudió las pipas de la colección arqueológica de Santa Fe La Vieja e identificó símbolos incisos en las mismas como referencias a cultos africanos. También se ha planteado un debate en torno al origen afro a determinadas piezas de cerámica procedente de la controvertida localidad Arroyo de Leyes, en la provincia de Santa Fe, en base a características morfológicas, tecnológicas y estilísticas. Este cuantioso conjunto de objetos de cerámica presenta serios problemas de contextualización ya

que fue hallado en distintos momentos durante las décadas de 1930 y 1940 por aficionados, coleccionistas y, en mucho menor medida, por intervenciones arqueológicas, formando parte actualmente de colecciones privadas o del acervo de diferentes museos. Distintas muestras de este conjunto han sido objeto de estudios parciales que consideraron su relación con población africana o afrodescendiente, incluso que podría haber existido en esa localidad un cementerio afro en algún momento del siglo XIX (entre otros, Ceruti, 2012; Iwanow e Igareta, 2011; Schávelzon, 2003; Schávelzon y Zorzi, 2014).

Al estudio inicial centrado en artefactos específicos en busca de diacríticos de la presencia afro, como vasijas, pipas, fichas, adornos y otros objetos que se asocian a prácticas mágico-religiosas, se sumó la búsqueda de espacios de acción de la población africana y afrodescendiente, que está reportando avances (Zorzi, 2015). En tal sentido, se han analizado exhaustivamente fuentes cartográficas y documentales para identificar lugares específicos habitados o frecuentados por esta población, en el Quilmes y el Tucumán coloniales (Stadler, 2013 y Chávez, 2014, respectivamente), mientras que María Laura Casanueva y Andrea Murgo identificaron y prospectaron los “piletones de negras lavanderas” en el poblado de Carmen de Patagones⁵.

También se está indagando la presencia afro en el sur de la provincia de Entre Ríos. En el marco de un proyecto de puesta en valor de un camposanto rural en Ingeniero Sajaroff conocido como “el cementerio de los negros” o “de los Manecos” por iniciativa de la comunidad local, un equipo del Museo Serrano de Paraná realizó su registro y la delimitación. De forma paralela, se lleva adelante una investigación interdisciplinaria que comprende el análisis de fuentes textuales, el aporte de la memoria oral de familias afrodescendientes y estudios arqueológicos, con el fin de conocer las características de la presencia afrodescendiente en la región. En este marco, se relevó un sector de viviendas cercanas, ocupado durante gran parte del siglo XX y se excavó una de ellas. Ahí se identificó una secuencia constructiva de dos ranchos (uno de adobe y madera, otro posterior de ladrillos) y se recuperó gran diversidad de materiales en el relleno (Richard y Lallami, 2022). Asimismo, en la ciudad de Paraná se estudia la formación de un asentamiento, conocido como Barrio del Tambor, en torno a la capilla de los Negros, que habría sido base de la actual capilla de San Miguel, a partir de intervenciones arqueológicas hechas en 2015-2017 debido a su remodelación (Richard y Schávelzon, 2021).

5 [http:// www.patagones.gov.ar/centro-de-documentacion/arqueologia-historica/](http://www.patagones.gov.ar/centro-de-documentacion/arqueologia-historica/), último acceso 30 de abril 2025.

Box 8.2

Conflicto, violencia y guerra: la batalla en la arqueología

Carlos G. Landa

Vinculados al notorio interés en torno a la guerra por parte de la sociedad general -evidenciado en cuantiosas páginas de internet, películas, series, documentales, videojuegos y movimientos recreacionistas- los estudios de los conflictos, la violencia grupal armada y la guerra experimentaron un novedoso auge y popularidad en las ciencias sociales hacia fines de la década de 1980. En este escenario, al presentar a los campos de batalla como sitios plausibles de ser estudiados, la arqueología no se mantuvo al margen del fenómeno. Numerosos autores han expandido las investigaciones de campos de batalla en diversas regiones del globo motivados, según Roberta Gilchrist (2003), por:

- La extinción física de los veteranos de las dos guerras mundiales.
- El boom de los estudios de memoria.
- La publicación, en 1996, del libro "*War before civilization*" de Lawrence Keeley (actualmente considerado canónico).
- El colapso del orden y el metadiscurso impuesto durante la guerra fría junto a la emergencia de conflictos que tocaban a las puertas de Europa (por ejemplo, la Guerra del Golfo de 1991, la Guerra de Bosnia entre 1992-1995 y la Guerra de Kosovo de 1998).

Sin duda, la causa de mayor preponderancia fue la investigación arqueológica sistemática de una batalla: *Little Big Horn* (1876), entre 1983 y 1997. Este estudio arrojó por la borda al mito historiográfico norteamericano en torno al heroísmo del teniente coronel Custer y su 7° Regimiento de Caballería -quienes pelearon hasta el último hombre- al demostrar que huyeron frente a los ataques de los pueblos indígenas de las praderas (*cheyenne* y *black foot*). Si bien existen antecedentes de estudios arqueológicos de campos de batalla incluso en Latinoamérica (Landa y Hernández de Lara, 2014), *Little Big Horn* se convirtió en mito de origen, una suerte de paradigma, un impulso motivacional y una referencia aparentemente ineludible para los arqueólogos que deseen emprender este tipo de estudios.

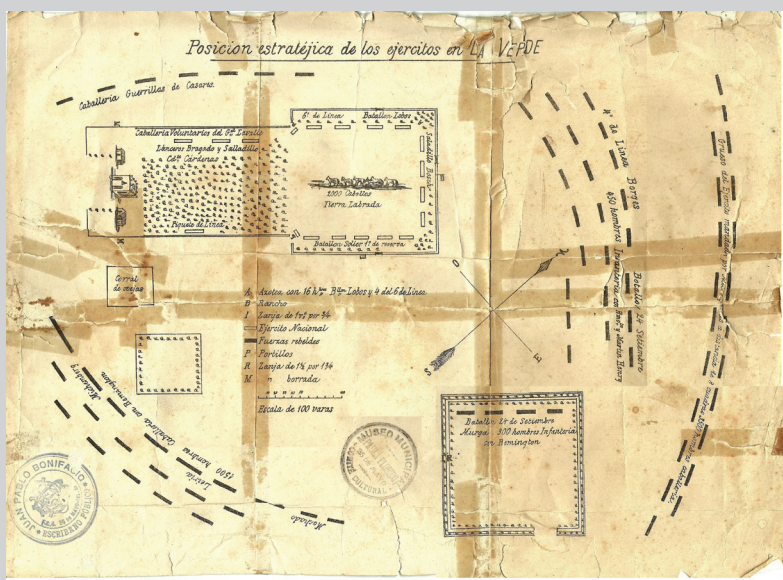
Los campos de batalla como sitios arqueológicos pueden abordarse desde diversas ópticas teóricas y poseen características peculiares que los tornan un desafío metodológico. Las batallas son hechos que constituyen eventos acotados en el tiempo y de escalas espaciales amplias, en donde se desarrolló un tipo de actividad muy específica que deja extensamente distribuidos los vestigios de la lucha, para luego ser abandonados u ocupados para otras actividades. Si bien cada campo de batalla es único y la metodología debe ajustarse a sus particularidades, las técnicas que pueden emplearse van desde la teledetección, pasando por la geofísica y los estudios arqueométricos de los artefactos hallados. Por su relevancia en la historia y política de numerosos pueblos, estos paisajes de batalla poseen un poder evocativo que traspasa escalas locales, regionales, nacionales e internacionales (Landa, 2013). Son espacios de memoria, escenarios de la vasta serie de sentires humanos: lo traumático, lo épico y lo identitario. Movilizan y conmocionan, poseen un aura vinculada al sacrificio y por todo esto constituyen uno de los sitios mayormente saqueados, especialmente por grupos de detectoristas de metal.

En Europa se estudiaron campos de batalla que van desde las guerras clásicas (como las Guerras Púnicas, 264-146 AC) pasando por las medievales, las postmedievales y aquellos atribuibles a la modernidad (como las Guerras Napoleónicas, 1799-1815). En Estados Unidos proliferaron los estudios sobre la Guerra de Secesión (1861-1865) y, en menor medida, los campos de batalla de sus guerras de independencia (1776) y contra México o Guerra de Intervención (1846-1848). En Latinoamérica, desde los estudios pioneros dirigidos por Mariano Ramos en los campos de batalla de la Guerra del Paraná (1845-1846) en Argentina, se han producido trabajos en Chile, Cuba, Brasil, México, Colombia y Perú. Argentina es el país de la región con mayor cantidad de estudios arqueológicos en campos de batalla. Además del mencionado trabajo de Ramos, destacan las producciones en torno a las batallas de La Verde (26 de noviembre de 1874), Cepeda (23 de octubre de 1859), Pavón (17 de septiembre de 1871) y Olivera (17 de junio de 1880) (ver para Latinoamérica Landa y Hernández de Lara, 2014, 2020).

La arqueología de campos de batalla, estuvo enlazada en un principio -sea para contrastar o avalar- a la historia militar y sus generales, estrategia-táctica y tecnología bélica, así como focalizada en la escala intrasitio; en decenios posteriores fue sumiéndose en una arqueología social de impronta antropológica y holística que considera los múltiples matices de los conflictos estudiados. Este viraje estimuló la generación y consolidación de un nuevo y legítimo campo disciplinar con nombre propio, objeto y método que contempla la temática

desde los albores de la humanidad hasta el pasado reciente: la arqueología del conflicto (Leoni y Martínez, 2017). En la actualidad, la investigación arqueológica de la guerra abarca una amplia variedad de tópicos que incluyen tanto eventos y lugares puntuales donde se luchó (batallas, combates, escaramuzas) como instalaciones asociadas (fortificaciones, campamentos, hospitales de sangre, búnkeres, campos de prisioneros, etc.), tecnología castrense y sus variaciones, cambios tácticos y logísticos, efectos generados en la sociedad civil, formas representativas y memoriales. También aspectos teóricos de mayor abstracción, como el rol de la guerra en el cambio cultural o su relación con el desarrollo y aumento de la complejidad social, entre otros (Leoni, 2015).

Figura 8.5 Posiciones de los ejércitos en la Batalla de La Verde (1874)



Fuente: Museo Municipal "Paula Florido" de 25 de Mayo, gentileza de Carlos Landa.

A nivel metodológico, se genera la incorporación de la memoria oral o de testimonios de sujetos vivos a partir de entrevistas, historias de vida o trabajo etnográfico. Este avance fue aprovechado por la arqueología del conflicto. Diversos arqueólogos comenzaron a estudiar conflictos recientes dentro de lo que denominaron arqueología del conflicto moderno. Esta abarca un lapso temporal que podría estipularse desde inicios del siglo XX. Si bien persisten estudios puramente descriptivos y de escala de sitio (el campo de batalla) la

tendencia predominante apunta hacia investigaciones de carácter holístico. De esta forma se generan narrativas que integran análisis de la cultura material, fuentes documentales, testimonios, aspectos representativos, cuestiones patrimoniales, protección, puesta en valor y desarrollo turístico sustentable, así como dilemas éticos y políticos implicados en su práctica profesional y comunicativa. Este tipo de arqueología toca temas vigentes que pueden generar repercusiones o controversias en la sociedad que atraviesó o atraviesa conflictos (por ejemplo, la recuperación e identificación de víctimas del franquismo en España). En el caso latinoamericano, la arqueología del conflicto moderno se encuentra en sus prolegómenos, por lo que aún su producción académica es exigua, pero, sin embargo, posee gran potencial. A modo de ejemplo, resulta interesante destacar el estudio arqueológico del Conflicto del Atlántico Sur -comúnmente llamado Guerra de Malvinas de 1982- en donde se ha realizado una primera prospección arqueológica en los montes Longdon y Tumbledown, lugares de dos de las más sangrientas batallas de dicha contienda.

Las guerras y sus batallas conmocionan, impactan, estremecen, afectan, inquietan, perturban y trastornan; una arqueología que busque abordarlas debe ser convulsiva y conmovedora, como lo son el horror y la tragedia, pero también como lo es la belleza. Estos temas son siempre polémicos pues movilizan a la sociedad al poner en evidencia un pasado vivo y lacerante que separa tanto como une. Aún aquellos conflictos que parecen estar relegados al reino de la amnesia, emergen de distintas formas cuando existe un trabajo arqueológico sostenido.

El despegue de la arqueología industrial

En sentido amplio, la **arqueología industrial** se ocupa del estudio sistemático de la evidencia material asociada con el pasado industrial, que comprende edificios, infraestructura, maquinaria, artefactos, documentos y otros elementos. Uno de los primeros proyectos de investigación que se orientó hacia ese campo se localizó en partido bonaerense de Olavarría, donde comenzó el estudio de explotaciones mineras iniciadas a fines del siglo XIX, que impulsaron en la década de 1920 el desarrollo de industrias extractivas productoras de cemento y cal. Raúl Visvequi y Carlos Paz encararon este proyecto con el fin de ampliar y contrastar el conocimiento histórico-social del desarrollo industrial regional y rescatar las experiencias de trabajo, apoyados en una perspectiva teórica que incorpora aportes de la antropología social y la arquitectura. El Grupo de Investigación de Antropología y Arqueología Industrial (GIAAI)⁶,

6 <https://giaainures.blogspot.com/>, último acceso 30 de abril 2025.

fundado en este contexto y dirigido por Paz, realizó trabajos arqueológicos seguidos por la recuperación de las memorias de los trabajadores y sus prácticas (Paz, 2022; entre otros).

También se llevan a cabo investigaciones arqueológicas en saladeros, industrias que se instalaron en las últimas décadas del siglo XIX para la exportación de carne salada y otros subproductos del ganado vacuno de las estancias bonaerenses. Se ha estudiado en este marco el saladero San Pedro, ubicado en las rías de Ajó, en el partido de General Lavalle, que funcionó entre 1872 y 1904. El trabajo en el terreno comprendió el relevamiento de estructuras y la recolección de materiales en superficie, identificando áreas de producción y civiles (Casanueva y Guillermo, 2008). En el partido de Magdalena funcionó la industria saladeril entre 1871 a 1912 con la radicación de varios establecimientos, entre los que se encuentran los saladeros Podestá Hnos., Repetto y Cía. y Rocca y Cía. Estos saladeros son objeto de una investigación que articula el análisis de fuentes documentales, orales y arqueológicas. Se analiza su distribución espacial, su dinámica interna (diferentes estructuras, áreas de trabajo y usos del espacio), el lugar de esta industria en la exportación de carne y su vínculo con la conformación de la identidad y la memoria del pueblo de Atalaya (Martínez et al., 2018; Martínez y Paleo, 2022).

A lo largo del siglo XIX, el cultivo y procesamiento de la caña de azúcar tuvo un desarrollo creciente en la provincia de Tucumán que llevó, en el último cuarto de esa centuria, a la modernización de muchos de los establecimientos azucareros tradicionales y la fundación de nuevos ingenios. Este proceso de industrialización, que alcanzó un gran desarrollo, requirió y conllevó transformaciones económicas, productivas, políticas y sociales. El departamento de Cruz Alta, en las afueras de la ciudad capital, fue un área de concentración de unidades fabriles. Allí se localiza el Ingenio Lastenia, donde se llevan adelante investigaciones arqueológicas de largo alcance focalizadas en la vida doméstica en la fábrica, los sistemas técnicos empleados en la producción de derivados de la caña de azúcar, los mecanismos de disciplinamiento social desplegados hacia fines del siglo XIX, la evolución de los entornos arquitectónicos-productivos y la revalorización de su patrimonio industrial (Villar y Aride, 2020; Villar y Hocsmán, 2021; entre otros). Recientemente se inició el estudio de establecimientos azucareros más pequeños, que tuvieron una menor duración, cuya ubicación se desconoce y acerca de los cuales no se dispone de tanta documentación (Moyano, 2023).

El desarrollo industrial de Tucumán involucró, junto a los ingenios, al ferrocarril, que llegó a la zona en el último cuarto del siglo XIX y fue fundamental para el traslado de maquinarias y de la producción azucarera. En los

últimos años se está llevando a cabo un proyecto que busca conocer los modos de habitar, la vida cotidiana, las características y las transformaciones arquitectónicas de las estaciones ferroviarias. Para ello se realiza una intensa pesquisa documental y cartográfica, junto a trabajos arqueológicos en el terreno, habiéndose efectuado el relevamiento de las estaciones Monteagudo y Taco Ralo (Weber, 2023, 2024).

En la precordillera del noroeste de la provincia de Mendoza, caracterizado por abruptas quebradas transversales que la conectan con el piedemonte y la llanura, se despliegan pesquisas sistemáticas en contextos mineros del siglo XIX y comienzos del XX, desde una perspectiva que analiza de forma integral las fuentes materiales y textuales (Sironi, 2019, 2020). Se busca conocer las tecnologías y formas de trabajo mineras en la larga duración, las prácticas domésticas de consumo, las vías de abastecimiento y la circulación de bienes a distintas escalas. Los trabajos se centran en Paramillos de Uspallata, un sector minero aprovechado para la extracción de oro, plata y cobre, donde se relevó el sitio denominado MPS, que comprende 18 estructuras arquitectónicas con diferentes funciones doméstico-productivas, asociadas a 109 piques y socavones, conectadas por 17 sendas y caminos, en un radio de 1,5 km². Se identificó una primera ocupación entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, seguida por otra de la primera mitad del siglo XX y una tercera caracterizada por restos subactuales.

La mina a cielo abierto La Atala, en la Reserva Natural Divisadero Largo, es otro emplazamiento minero donde se concentraron explotaciones de esquistos bituminosos para producir el gas del alumbrado público de la ciudad de Mendoza hacia fines del siglo XIX y comenzó la producción del cemento puzolánico hacia mediados de la centuria siguiente. Este sitio comprende dos socavones, cuatro canteras a cielo abierto y tres conjuntos arquitectónicos con diez estructuras para funciones domésticas y productivas. Se propone que las ocupaciones iniciales de esta mina se remontan a fines del siglo XIX, que las siguientes ocupaciones corresponden a la primera mitad del siglo XX mientras que la fase final también presenta restos subactuales (Sironi, 2019, 2020; Sironi y Maferri, 2020).

Patrimonio, museos y cementerios

Como se señaló en la introducción, muchas intervenciones arqueológicas en las últimas décadas responden a necesidades institucionales y/o de gestión, ante situaciones que requieren acciones para preservar el patrimonio cultural. En este conjunto se incluyen trabajos de diferente duración, magnitud y alcance, que fueron realizados en inmuebles donde funcionan museos

municipales, provinciales y nacionales. Los casos reseñados a continuación muestran la diversidad inherente a las prácticas arqueológicas realizadas en estos contextos. Por ejemplo, el Museo Histórico Municipal Brigadier General Juan Martín de Pueyrredón, situado en el partido bonaerense de San Isidro y declarado Monumento Histórico Nacional en la década de 1940. Allí se efectuaron excavaciones en un edificio subsidiario de la casa principal ligado a la vivienda de la población de servicio esclavizada y libre durante el siglo XIX, analizando su uso como unidad productiva y las diversas etapas constructivas (Girelli y Richard, 2022). El Museo Histórico Fuerte San Carlos fue creado en 1982 en el lugar donde estuvo emplazado el fuerte homónimo en 1770 demolido en 1927, en la provincia de Mendoza, siendo una referencia para la identidad del lugar y la comunidad. Las intervenciones arqueológicas realizadas en 2017 aportaron nuevos datos sobre la historia del fuerte y sus transformaciones edilicias, se efectuó la puesta en valor de la torre de vigilancia noroeste así como se hizo el rediseño de la exposición incorporando contenidos científicos que apuntan a los procesos identitarios locales (Gujardo et al., 2022).

En el parque de la Casa Museo La Malvina, ubicada en la ciudad de Santa Rosa, provincia de La Pampa, se llevaron a cabo actividades arqueológicas enmarcadas en una iniciativa de arqueología pública articulada con instituciones académicas y del gobierno local. Ampliando los alcances de un proyecto de investigación radicado en la Universidad de Buenos Aires, estas intervenciones tuvieron como objetivos recuperar los bienes patrimoniales del sitio a través de tareas de rescate arqueológico, transferir a la comunidad información sobre los diferentes materiales recuperados y colaborar en las acciones de difusión (Tapia et al., 2022).

Un caso emblemático para la historia argentina es el Palacio San José, residencia de Justo José de Urquiza (gobernador de la provincia de Entre Ríos y presidente de la Confederación Argentina entre 1854 y 1860), que es actualmente un Museo y Monumento Histórico Nacional. Las intervenciones arqueológicas se hicieron en el predio que rodea la residencia principal, con el objetivo de identificar, recuperar y salvaguardar el patrimonio arqueológico, aportando elementos para comprender su secuencia de ocupación y la vida cotidiana. Estas intervenciones articularon la investigación científica con la participación de la comunidad, mediante asociaciones colaborativas con varias instituciones de Concepción del Uruguay (Guillermo, 2021).

Los cementerios constituyen un foco de interés para la arqueología histórica, aunque las pesquisas en estos sitios tienen un desarrollo y represen-

tación, tanto espacial como temporal, muy dispar. El cementerio municipal de la ciudad de La Plata fue objeto de un programa de investigación pionero desde el año 2000, liderado por Carlota Sempé, de referencia para el tema (Sempé y Rizzo, 2002; Sempé y Flores, 2011; entre otros). Este programa articuló el relevamiento de la estructura física del cementerio, atendiendo a la monumentalización, la simbología y los estilos arquitectónicos, en relación con la historia de La Plata, así como la forma en que diferentes grupos sociales lo han percibido y le han dado significado en el tiempo. Entre otras acciones para promover la valorización histórica y cultural, se impulsó el diálogo activo con los vecinos, se diseñaron recorridos temáticos, material gráfico y educativo y se hicieron talleres de formación para los trabajadores. En 2018 por ordenanza municipal se declaró Patrimonio Histórico, Arquitectónico, Ambiental y Cultural al área histórica del cementerio, creando un fondo para su restauración y revalorización, y un archivo histórico para resguardar planos y la documentación relacionada a la construcción de monumentos, bóvedas y mausoleos, junto a los libros de Actas de Defunción y ficheros históricos. Empero, el cementerio se halla en un estado general de deterioro, no solo por las insuficientes políticas municipales de conservación, sino también por la falta de cuidado de tumbas, bóvedas y panteones particulares (Bertani y Sempé, 2024).

Otros cementerios más pequeños comenzaron a ser estudiados en distintas localidades. Se pueden mencionar el cementerio de Algarrobos, que perteneció a la antigua Colonia Mauricio, fundada por la *Jewish Colonization Association* en 1891, en el partido bonaerense de Carlos Casares. Se hizo un relevamiento de su materialidad funeraria, su iconografía y la espacialidad de las tumbas, que presentan variaciones a través del tiempo relacionadas con el aumento de la heterogeneidad étnica, el proceso de urbanización de los colonos y su creciente integración en la sociedad nacional. (Leoni et al., 2011). También se está estudiando el cementerio histórico de Carmen del Sauce fundado, en 1877, en la cuenca del arroyo El Sauce-Pavón de la provincia de Santa Fe. Allí se identificaron zonas de inhumación homogéneas de diferentes períodos a través del análisis espacial a pequeña escala, la indagación de fuentes documentales y la memoria oral. En este marco, se estableció que los entierros iniciales corresponden tanto a criollos como a inmigrantes irlandeses que llegaron antes de 1870 (Solomita Banfi, 2022). El cementerio histórico de San Andrés de Giles, en el partido bonaerense homónimo, fue lugar de inhumación de pobladores locales entre 1874 y 1919. Allí se despliega un plan de investigación y recuperación patrimonial multidisciplinar, en estrecha interacción con la comunidad, que busca

contribuir a la protección y valoración del sitio, conocer su conformación y uso, comprender la percepción actual del mismo y realizar aportes desde la bioarqueología. Las intervenciones en el terreno consistieron en tareas de limpieza, relevamientos arquitectónicos e iconográficos y excavaciones puntuales de rescate en contextos perturbados, donde se recuperaron restos óseos humanos y diversos elementos culturales que se hallan en estudio (Luna et al., 2019).

Arqueología de las ciudades contemporáneas

Las intervenciones arqueológicas en los grandes centros urbanos actuales fueron uno de los puntales para el desarrollo de la arqueología histórica en Argentina, en su mayor parte producto de trabajos de rescate y estudios de impacto arqueológico. En las ciudades de Buenos Aires y Mendoza estas intervenciones se continuaron llevando a cabo en distintos predios, ampliando de este modo su conocimiento arqueológico, que es de naturaleza fragmentaria y se presenta como un registro discontinuo temporal y espacialmente. No obstante, la realización de trabajos puntuales permite ir sumando pequeñas piezas a este complejo mosaico, a la vez que incorpora la recuperación, el registro y la preservación de una enorme variedad de restos materiales que testimonian la historia -prehispánica y posterior- de esos centros urbanos.

El proyecto arqueológico Quilmes amplió la temporalidad, profundizó las líneas de indagación y continuó el análisis de las cuantiosas colecciones formadas con los trabajos de campo previos. Se identificó el primer sitio prehispánico de dicha ciudad, avanzaron los trabajos en el sitio estancia Santa Coloma, inicialmente fundada con mano de obra esclava en el período tardo colonial (Stadler, 2013) y comenzó el estudio del sitio Leonardo Favio, una antigua estación de bombeo de agua de fines del siglo XIX y principios del XX, en el marco de la arqueología industrial (Vázquez et al., 2016).

En Buenos Aires, además de los numerosos trabajos liderados por Daniel Schávelzon, se desarrolla el Proyecto Arqueológico Flores dirigido por Ulises Camino, también desde el Centro de Arqueología Urbana de la Universidad de Buenos Aires)⁷, concentrado en el estudio del antiguo partido de San José de Flores cuya incorporación a la trama urbana se produjo desde mediados del siglo XIX. En este marco se efectuaron excavaciones en varios inmuebles, en los cuales se hallaron restos que dan cuenta de la vida cotidiana de la sociedad

7 https://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?page_id=4697, último acceso 30 de abril 2025.

porteña, en articulación con la producción industrial y el comercio capitalista (Camino, 2008; Hanela, 2018; Traba, 2018; entre otros). Entre las numerosas intervenciones en el casco histórico porteño, se destaca el Pasaje Belgrano, en Bolívar 373, donde se recuperaron diversas estructuras y una enorme cantidad de restos arqueológicos, que dieron origen a un museo de sitio al que se realizan visitas en forma privada⁸. Más recientemente, en el inmueble de Moreno 550, que fue propiedad de las familias Ezcurra-Rosas en la primera mitad del siglo XIX, la intervención del Equipo de Arqueología Histórica del Instituto de Investigaciones en Historia, Teoría y Praxis de la Arquitectura y la Ciudad (HiTePAC), de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata, permitió el rescate de una enorme cisterna de ladrillos y una cuantiosa colección arqueológica; estos hallazgos dieron origen al Museo Paseo de la Cisterna⁹.

Desde el Ministerio de Cultura de la Nación, Sandra Guillermo ha realizado trabajos para la puesta en valor del patrimonio arqueológico en edificaciones de gran importancia histórica, tales como la Aduana Taylor, que funcionó entre 1857 y 1894 y está localizada detrás de la Casa de Gobierno, en el actual Museo de Casa Rosada (ex Museo del Bicentenario) (Guillermo, 2016). Otro caso emblemático en el que trabajó esta arqueóloga es la Confitería El Molino¹⁰, un edificio estilo *art nouveau* de comienzos del siglo XIX, declarado Monumento Histórico Nacional en 1997 y de utilidad pública sujeto a expropiación por su valor histórico y cultural, que desde 2014 está administrado por una comisión bicameral del Congreso de la Nación.

En la ciudad de Rosario se han intervenido varios sitios en el espacio urbano, entre los que se destacan Arenales, J. M. de Rosas, Casa Parroquial y La Basurita, que comprenden un rango cronológico entre mediados del siglo XVIII y fines del siglo XIX. Los conjuntos arqueofaunísticos procedentes de dichos sitios sirvieron como base para estudiar los patrones de procesamiento y consumo de especies animales (Colasurdo, 2014). La vinculación de estos resultados con la información acerca de la interacción entre las poblaciones locales e inmigrantes europeos que arribaron a la ciudad hacia finales del siglo XIX, permitió evaluar hipótesis sobre los cambios en la elección de las especies animales para consumo y sus formas preparación, en ese contexto que supuso la introducción de nuevos hábitos y prácticas (Colasurdo y Sartori, 2011). También se analizó la vajilla doméstica, en particular los con-

8 <https://www.cassalepage.com/museo-de-sitio>, último acceso 30 de abril 2025.

9 <https://paseodelacisterna.com.ar/moreno-550/>, último acceso 30 de abril 2025.

10 <https://delmolino.gob.ar/>, último acceso 30 de abril 2025.

juntos de lozas compuestos por varios tipos, estilos y técnicas, en relación con los usos de servir, comer y beber. Además, se evaluó la importancia socio-económica de los juegos de vajilla de loza para satisfacer las necesidades cotidianas de las familias rosarinas, en un contexto de fuerte importación de mercancías (Ferneti, 2021).

Los trabajos de rescate arqueológico en la ciudad de Tucumán comenzaron en la década de 1990 con la intervención en espacios históricos de importancia patrimonial, como la Casa Histórica de la Independencia y la Casa Nicolás Avellaneda. Paralelamente, hubo intervenciones ante hallazgos fortuitos, como el caso de la Escuela Normal J. B. Alberdi, donde se hallaron restos de una antigua cisterna, y de la Escuela y Liceo Vocacional Sarmiento, donde se detectaron estructuras de ladrillo del convento mercedario que existió en ese predio. En el marco de obras de revalorización de la iglesia San Francisco, el equipo de Jorgelina García Azcárate halló una cisterna, conductos para aguas residuales y otras estructuras. El estudio de los restos procedentes de la cisterna muestra la incorporación de productos cerámicos industrializados y foráneos, a tono con la integración de la ciudad a nuevas prácticas a lo largo del siglo XIX (Candelario, 2020). Las tareas de seguimiento de una obra de remodelación arquitectónica de la Plaza Independencia, a cargo de Sergio Rendace, reportaron la existencia de posibles rasgos de los arcos del Cabildo (que fue demolido en 1908) y los rieles del tranvía, que circuló desde finales de la mencionada centuria (Weber y Borsella, 2024).

En la ciudad de Córdoba se han realizado varias intervenciones arqueológicas en el marco de estudios de impacto, muchas de ellas en el sector fundacional. Entre otros, se puede mencionar el predio del Colegio de Escribanos (Berberían et al., 2008), un antiguo edificio de la Compañía de Jesús en la actual sede de la Universidad Nacional de Córdoba (Izeta et al., 2012), un local comercial situado en Deán Funes 67 (Izeta et al., 2014) y un predio en la calle San Jerónimo 326/360. A partir de esta última experiencia, se plantearon reflexiones relevantes en torno a la propia práctica de la arqueología por contrato y la necesidad de profundizar esas investigaciones con posterioridad, en base a una metodología que permita generar información acerca del pasado de la ciudad, más allá del rescate en sí (Marschoff y Lindskoug, 2020).

Box 8.3

Arqueología del terrorismo de Estado

Laura Duguine

El aporte de la arqueología al servicio de la recuperación de la memoria del terrorismo de Estado, y la construcción de un nuevo campo de acción para la disciplina, surgió en Argentina tras haberse recuperado la democracia en diciembre de 1983. Algunos han llamado a este campo arqueología del terrorismo de Estado, arqueología o antropología forense, arqueologías de las dictaduras y la represión o arqueología de la clandestinidad, entre otros.

Durante la última dictadura cívico-militar acontecida en Argentina (1976-1983), las Fuerzas Armadas (FFAA), implementaron en todo el país un plan sistemático, represivo y clandestino que abarcó la desaparición forzada de personas mediante el secuestro, la tortura, el exterminio y posterior desaparición de sus cuerpos. El plan implementado incluyó también la apropiación de bebés nacidos durante el cautiverio de mujeres embarazadas, a quienes se les sustituyó su verdadera identidad. Toda esta operación se llevó a cabo de forma ilegal, violando los derechos y garantías constitucionales y, hasta el presente, las FFAA mantienen un “pacto de silencio” mediante el cual niegan el acceso a toda la información relativa a las violaciones de derechos humanos que cometieron.

Con el retorno de la democracia, el entonces presidente Raúl Alfonsín decretó someter a juicio a los integrantes de las Juntas Militares que dirigieron el país desde el golpe militar y la creación de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), con el objetivo de investigar los graves crímenes cometidos durante la dictadura cívico militar. Esta comisión, que no tuvo en su conformación arqueólogas/os, trabajó durante 280 días y elaboró en septiembre de 1984 el informe **Nunca más**, que sirvió como base para la investigación de ese periodo de la historia y de todas las acciones judiciales posteriores. En esta recopilación, la materialidad ya se erige como una fuente de información importante, habiéndose relevado y documentado ahí varias dependencias, predios y edificios que habían funcionado como Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio (CCDTyE).

Paralelamente, se inició el desarrollo de la arqueología y la antropología forense en Argentina con la conformación del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF)¹¹, en respuesta a demandas de la sociedad civil, nucleada en organismos

11 EAAF – Equipo Argentino de Antropología Forense, último acceso 30 de abril 2025.

de derechos humanos, que buscaba conocer el destino de sus seres queridos y que se hicieran investigaciones confiables (que no fuesen realizadas por algunas de las mismas fuerzas del estado que eran investigadas). Es así que el antropólogo estadounidense Clyde Snow, junto a un grupo de estudiantes universitarios de antropología y medicina forense, dieron comienzo a las primeras intervenciones científicas de búsqueda e identificación de restos humanos. En base a la aplicación de métodos arqueológicos de excavación estratigráfica, de las técnicas de la antropología forense, y el trabajo conjunto con familiares y organizaciones de derechos humanos, comenzaron a identificarse restos humanos provenientes de enterramientos clandestinos, aportando información también para la restitución de identidad aquellos bebés que habían sido apropiados. A esto se sumó la genética, cuyo aporte se formalizó en 1987 con la creación del Banco Nacional de Datos Genéticos¹², un archivo público y sistemático de material genético y muestras biológicas de familiares de personas secuestradas y desaparecidas durante la dictadura, y en 2008 con la Iniciativa Latinoamericana para la Identificación de Personas¹³. El EAAF ha logrado hasta el presente identificar y restituir la identidad de casi 900 personas desaparecidas, en una tarea que continúa ya que aún quedan muchos restos y víctimas sin recuperar ni identificar.

Desde la década del 2000 cobraron impulso varios proyectos en los cuales arqueólogas/os de distintos lugares de Argentina se vieron implicados en la investigación de edificios y predios que funcionaron como CCDTyE de la última dictadura, cuyo registro oficial suma más de 800¹⁴. Estos lugares fueron una pieza fundamental del aparato represivo para llevar adelante la desaparición sistemática de personas y en el presente constituyen, junto a la identificación de restos humanos, una de las referencias físicas más importantes y evidencia de la implementación del terrorismo de estado. Entre muchos otros, se pueden mencionar las investigaciones de los CCDTyE Club Atlético¹⁵ (Ciudad de Buenos Aires), Mansión Seré (Morón), Escuelita (Bahía Blanca), El Pozo (Rosario) y Pozo de Vargas¹⁶ y Arsenales de Azcuénaga¹⁷ (provincia de Tucumán).

12 <https://www.argentina.gob.ar/ciencia/bndg>, último acceso 30 de abril 2025.

13 <https://www.argentina.gob.ar/derechoshumanos/ANM/iniciativa-latinoamericana-para-la-identificacion-de-personas-desaparecidas-ilid>, último acceso 30 de abril 2025.

14 <https://www.argentina.gob.ar/derechoshumanos/ANM/rutve/mapas>, último acceso 30 de abril 2025.

15 <https://www.youtube.com/playlist?list=PLINPyAosEve5hThQrzGokVuyRkaYtEj18>, último acceso 30 de abril 2025. https://www.youtube.com/watch?v=Q0fJPqbw_vs&list=PLINPyAosEve5wKXs2Vdzw-ILzywmm-afDd&index=7, último acceso 30 de abril 2025. <https://www.youtube.com/watch?v=i8kd-1bZDohg>, último acceso 30 de abril 2025.

16 <https://www.youtube.com/watch?v=Zeu72--0P4g>, último acceso 30 de abril 2025.

17 <https://www.youtube.com/watch?v=9g1ms0PL-iA>, último acceso 30 de abril 2025.

Figura 8.6 Excavación en el ExCCDTyE Club Atlético (2024). Izquierda: Sector 11, cámaras de agua. Derecha: celdas testimoniales



Fuente: fotografía de Laura Duguine

Estas experiencias de investigación arqueológica se centraron ya no en la búsqueda de restos humanos sino en el análisis de las arquitecturas, los objetos y el paisaje-territorio en el que fueron insertos los campos de concentración. Los diversos equipos se focalizan en avanzar en el conocimiento sobre los procesos de acondicionamiento, funcionamiento, desmantelamiento, y en algunos casos, encubrimiento de los CCDTyE, aportando pruebas materiales para las causas judiciales por delitos de lesa humanidad que se llevan a cabo desde 2003 y para procesos de reparación personales de víctimas. Asimismo, se realizan diversas acciones de puesta en valor, accesibilidad, visibilización y conservación de los sitios, junto a la difusión de la memoria histórica del terrorismo de Estado. Simultáneamente, en las últimas décadas están ocurriendo procesos de patrimonialización de esos lugares que fueron CCDTyE, en el marco de políticas públicas que se consolidaron dentro del Estado y se expresan en diversos programas, entre los que se encuentra su conversión en Espacios de Memoria y Promoción de los Derechos Humanos.

La arqueología del terrorismo de Estado suma así, a la complejidad epistemológica de la arqueología histórica, el hecho de estar haciendo arqueología no sólo con la materialidad y los documentos escritos, sino con y ante la presencia de los propios sujetos cuya historia se propone reconstruir y relatar, en una búsqueda contemporánea comprometida con la verdad, para hacer memoria y obtener justicia.

Referencias

- Angiorama, C. y Becerra, M. F. (2010). Evidencias antiguas de minería y metalurgia en Pozuelos, Santo Domingo y Coyahuayma (Puna de Jujuy, Argentina). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 15(1), 81-104.
- Angiorama, C. I.; Giusta, M. N.; Becerra, M. F.; Perez Pieroni, M. J.; Torres Vega, L. M. (2024). Primera confirmación de la existencia de minería prehispánica en la Puna Norte: resultados de las investigaciones en Timón Cruz 2 (Jujuy, Argentina). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 56, 147-174
- Angiorama, C. I., Pérez Pieroni, M. J., Becerra, M. F. y Giusta, M. (2018). Cambios y continuidades en la Puna de Jujuy (actual Argentina) durante la colonia. *Población & Sociedad*, 25(1), 5-43.
- Avila, J. D., Giordano, G. y Gallego, M. (2022). Investigaciones arqueológicas en espacios fronterizos del sur de Santa Fe. Construcción de territorialidades en la Laguna Melincué. En A. Igareta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 2234-238). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Auge, M. A., García Lerena, M. S. y Garat, S. (2022). Pipas, tabaco y otras yerbas rurales... Análisis de las prácticas fumatorias en El Santuario I (Magdalena, Buenos Aires). En A. Igareta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 196-200). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Bagaloni, V. N. (2015). Investigaciones arqueológicas en el fortín Pescado, partido de Benito Juárez, provincia de Buenos Aires. *Revista del Museo de Antropología*, 8, 63-76.
- Bagaloni, V. N. (2017). Aporte al estudio de materiales vítreos en contextos fronterizos y rurales: la casa de negocio Chapar (partido de Gonzales Chaves, provincia de Buenos Aires). *Intersecciones en Antropología*, 18, 113-118.
- Bagaloni, V. N. (2018). Desde los primeros puestos rurales hasta la estancia moderna del sur bonaerense: un recorrido arqueológico. *Trabajos y Comunicaciones*, 47, e051.
- Bagaloni, V. N., Martí, V. S., Tormo Izaguirre, J. R., Bracco, I. C. y Pollard, B. A. (2022). Estudio arqueológico distribucional y documental del fortín Machado (1858-1870, Tres Arroyos, Buenos Aires). *Anuario de Arqueología*, 14, 89-107.
- Becerra, M.F. (2014). Para que ‘creciera el pueblo como Potosí’: la minería en la puna de Jujuy durante el período colonial. *Estudios Atacameños*, 48, 55-70.
- Berberían, E., Rivero, D., Pastor, S., Salazar, J., Franco Salvi, V., López, L., Heider, G., Berberían, C. y Garcia, M. (2008). Arqueología Histórica (Colonial Temprana hasta la actualidad) en el predio del Colegio de Escribanos de Córdoba. *Revista Notarial*, 90, 331-357.
- Bertani, G. O. y M. C. Sempé (2024). Patrimonio funerario platense y ciudadanía: Reflexiones en torno a la Universidad Nacional de La Plata y su rol en la construcción de la memoria local. *Revista del Museo de Antropología*, 17(1), 279-298.
- Bognanni, F. A. (2015). *Un estudio acerca del uso del espacio en arqueología de sitios históricos. “corrales de indios” y rastrilladas: un análisis Interregional*. BAR International Series 2710, Oxford.

- Borsella, F. (2024). La ocupación del espacio en la ciudad colonial de Ibatín: una mirada desde la arqueología histórica, En F. Borsella y A. E. Weber (Comps.), *Arqueología histórica de Tucumán* (pp. 71-88). Ediciones Academia, Buenos Aires.
- Borsella, F., y Aguirre, M. G. (2018). Ambiente y recursos naturales durante la ocupación de la ciudad de San Miguel de Tucumán (siglos XVI y XVII). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12(3), 434-453.
- Buscaglia, S. (2015). Memorias de la negación y el estigma. La historización de las relaciones interétnicas en el Fuerte San José (Patagonia, siglos XVIII-XIX). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 9(1), 5-36.
- Buscaglia, S., Bianchi Vilelli, M., Starópoli, L., Bosoni, C., Carelli, S. y Alberti, J. (2012). Arqueología histórica en Península de Valdés. Primeros abordajes históricos y arqueológicos al fuerte San José (1779-1810). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 6, 11-43.
- Cabral, J. E. (2018). Materialidad al momento del contacto hispano indígena en la cuenca del Río Cachi. Salta, Valle Calchaquí norte. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12(3), 1058-1085.
- Calvo, L. M., (2004). *La construcción de una ciudad hispanoamericana. Santa Fe la Vieja entre 1573 y 1660*. Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- Camino, U. A. (2008). San José de Flores: Parada obligada desde y hacia Buenos Aires. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 2, 155-163.
- Candelario, S. (2020). Innovaciones en la iglesia y convento de San Francisco, Tucumán, Argentina (fines del s XVIII - inicios del s XX). Análisis arqueológico de productos cerámicos. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 14(1), 1-34.
- Casanueva, M. L., Castro Esnal, A. y Gutiérrez, L. (2022). Casas de adobe y casas de piedra: Distintas formas de habitar la frontera patagónica durante los siglos XIX y XX (Aldea Beleiro, SO Chubut). En A. Igareta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 69-72). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Casanueva, M. L. y S. Guillermo (2008). La importancia de los saladeros durante el siglo XIX en la provincia de Buenos Aires (Partido Gral. Lavalle). En M. T. Carrara (Comp.), *Continuidad y cambio cultural en Arqueología Histórica*, (pp. 395-404). Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Casañas Rígoli, R. A., Acuña Sabadini C., Flores, E. F. y Salceda, S. (2023). Prospecciones arqueológicas en dos sitios coloniales de la Provincia del Chaco: Km 75 y la Cangayé. En *Libro de Resúmenes del XIX Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (pp. 21-22). Universidad Nacional del Nordeste, Corrientes.
- Castro Esnal, A. y Casanueva, M. L. (2018). Arqueología e historia en Aldea Beleiro (sudoeste de Chubut). Antiguos y nuevos habitantes de la cueva Casa de Piedra de Roselló y sus alrededores. *Arqueología*, 24(2), 247-257.
- Castro Esnal, A., García, S., y Pérez de Micou, C. (2024). Un solitario “corral de Tehuelches” en el sudoeste de Chubut, Patagonia Central, Argentina. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 18(1), 10-30.

- Ceruti, C. N. (2009). La cerámica de Santa Fe la Vieja: hacia una revalorización del componente indígena. La macroetnia chaná-timbú. En H. Chiavazza y C. N. Ceruti (Eds.), *Arqueología de ciudades americanas del siglo XVI* (pp. 371–400). Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Ceruti, C. N. (2010). Los esclavos africanos en Santa Fe la Vieja. En J. R. Bárcena y H. Chiavazza (Eds.), *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (Tomo III, pp. 1011–1016). Universidad Nacional de Cuyo e INCIHUSA, Mendoza.
- Ceruti, C. N. (2012). Avatares de la colección arqueológica del Arroyo Leyes (Deppto. Garay, provincia de Santa Fe, Argentina) o la objetividad científica puesta a prueba. En E. M. Rodríguez Leirado y D. Schávelzon (Eds.), *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (Tomo II, pp. 206–235). Editorial Académica Española, Saarbrücken.
- Chávez, L. (2014). *La población afro y afro-mestiza en San Miguel de Tucumán durante el período colonial (1565–1770). Un aporte desde la Arqueología Histórica*. Tesina de Licenciatura. Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de Tucumán.
- Chiavazza, H. y Prieto-Olavarría, C. (2012). Mineros en la puna de Mendoza: arqueología del sitio Los Hornillos. (Reserva Natural Villavicencio, Argentina). *Vestígios*, 6(1), 117–153.
- Chiavazza, H. y Prieto Olavarría, C. (2012). Mineros en la puna de Mendoza: arqueología del sitio Los Hornillos (Reserva Natural Villavicencio, Argentina). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 6(1), 117–153.
- Ciarlo, N. (2009). Una revisión de la arqueología subacuática en Argentina. *La Zaranda de Ideas*, 5, 23–43.
- Cocco, G. y Campagnolo, L. (2022). Los artefactos de cerámica de Santa Fe la Vieja y su relación con las redes comerciales en América durante los siglos XVI y XVII. En A. Igareta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 268–270). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Cocco, G., Letieri, F., Frittegatto, G., Pascuali, C., Azkarate, A., Sanchez-Pinto, I., Escribano-Ruiz, S. y Benedet, V. (2016). Sancti Spiritus, 1527–1529. Aportes al estudio de los primeros asentamientos europeos en Sudamérica. En L. M. Calvo y G. Cocco (Eds.), *Primeros asentamientos españoles y portugueses en la América central y meridional* (pp. 201–219). Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- Cocco, G. y Roca, M. V. (2022). Arqueología del período colonial en el Noreste argentino. De los primeros asentamientos españoles a las reducciones jesuíticas. *Atlas Histórico y Geográfico de la Argentina – Población* (pp. 197–215). UNICEN, Tandil.
- Colasurdo, M. B. (2014). Presencia de huellas antrópicas en restos zooarqueológicos de sitios históricos de los siglos XVIII y XIX en la ciudad de Rosario (Santa Fe, Argentina). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 8(2), 63–82.
- Colasurdo, M. B. y Sartori, J. I. (2011). La conformación de la etnicidad a partir de los hábitos alimenticios: su abordaje desde la antropología y la arqueología histórica. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 5, 125–146.

- Colazo, S. (2009). La ciudad colonial de Concepción del Bermejo y los últimos hallazgos. En H. Chiavazza y C. N. Ceruti (Eds.), *Arqueología de ciudades americanas del siglo XVI* (pp. 124-139). Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Coll, L. V., Landa, C. G., Montanari, E. G., (2022) Fuerte Cruz de Guerra: metodología de prospección no invasiva por medio de detectores de metales aplicada a un asentamiento militar de frontera. En A. Igareta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 162-164). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Cornero, S. y A. M. Rocchietti (2016). Arqueología de Santa fe la Vieja: el claustro y el hospital. Algunos problemas de interpretación del registro. En L. M. Calvo y G. Cocco (Eds.), *Primeros asentamientos españoles y portugueses en la América central y meridional* (pp. 237-250). Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- Curtoni, R. P. (2007). Análisis e interpretación de las rastrilladas indígenas del sector centro-este de la provincia de La Pampa. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 1, 65-92.
- Curzio, D., Soria, S. y Tomasini, A. (2004). Arqueología Histórica del Extremo Sudoccidental del Chaco y Vertiente Oriental de las Sierras Subandinas: Nuestra Señora de Talavera (1566-1609). *Cuadernos de Historia*, 3(1), 273-85.
- De Nigris, M. y Senatore, M. X. (2011). Apuntes sobre la alimentación en Nombre de Jesús (Estrecho de Magallanes, Siglo VI). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 36, 271-288.
- Dosztal, I. (2016). Alexandra Colony: Resiliencia en el norte de la Provincia de Santa Fe (1866-1904), Argentina. *Estudios Fronterizos*, 17(34).
- Duguine, L. (2024). *Arqueología y Patrimonio de Colonia Olavarría*. Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- Elkin, D., Murray, C., Bastida, R., Grosso, M., Argüeso, A., Vainstrib, D., Underwood, C. y Ciarlo, N. (2011). *El naufragio de la HMS Swift (1770)*. Vázquez Mazzini, Buenos Aires.
- Farberman, J. y Taboada, C. (2023). Entre ríos, esteros y pozos. Agua, instalación y movilidad indígena en el Chaco y la llanura santiagueña: perspectivas etnográficas, históricas y arqueológicas. *Revista del Museo de Antropología*, 16(3), 47-64.
- Ferneti, G. (2021). Los platos “Patrón Trigo” (Wheat Pattern) en Rosario, Argentina (1880-1960) en la evolución socioeconómica de la ciudad. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 15(1), 8-31.
- Ferrer, E. A. y Pedrotta, V. (2006). *Los corrales de piedra. Comercio y asentamientos aborígenes en las Sierras de Tandil, Azul y Olavarría*. Crecer Ediciones, Tandil.
- Flatman, J. y Staniforth, M. (2006). Historical maritime archaeology. En D. Hicks y M. Beaudry (Eds.), *The Cambridge Companion to Historical Archaeology* (pp. 168-188). Cambridge University Press, Londres.
- García De Cecco, M. P., y Ortega Insaurrealde, C. (2022). Cultura material y narrativas históricas en la frontera chaqueña: El sitio “Fuerte de Cobos” (Campo Santo, Salta). Siglos XVII-XIX. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 16(1), 58-88.

- García Lerena, M. S. y del Papa, L. M. (2013). Una estancia ganadera pampeana del siglo XIX: Zooarqueología en el sitio El Santuario I, Magdalena, Buenos Aires (Argentina). *Vestigios*, 7(2), 8-38.
- Girelli, F. y Richard, A. (2022). Estudios arqueológicos en el Museo Pueyrredón (San Isidro, Provincia de Buenos Aires). Excavaciones en la “Casa de Chacareros”. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 16(1), 10-31.
- Gilchrist, R. (2003). Introduction: towards a social archaeology of warfare. *World Archaeology*, 35(1), 1-6.
- Giusta, M. (2021). Modos de construir y habitar durante momentos tardocoloniales en la Puna de Jujuy, Argentina: el caso de la localidad de Antiguyoc. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 46, 15-55.
- Giusta, M., Perez Pieroni, M. J., Becerra, M. F. y Angiorama, C. (2024). La ocupación tardo-colonial y republicana temprana en Santo Domingo y sus alrededores (puna de Jujuy): un abordaje articulado desde la materialidad y las fuentes escritas. *Diálogo Andino*, 73, 65-83.
- Gómez Romero, F. (2002). Arqueología de una pulpería de campaña: Las Vizcacheras (Ayacucho, Provincia de Buenos Aires). En D. Schávelzon (Ed.), *Arqueología Histórica Argentina* (pp. 417- 427). Corregidor, Buenos Aires.
- González, A. R. (1955). Contextos culturales y cronología relativa en el área central del NO Argentino. *Anales de Arqueología y Etnología*, XI, 7-32.
- Guajardo, V., Mateo, S. y Ruiz, L. (2022). Fuerte “San Carlos”: museo, colecciones y revaloración patrimonial. En A. Igareta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 83-89). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Guillermo, S. (2016). *Arqueología Urbana: la Aduana Taylor (1857-1894)*. Ciudad de Buenos Aires. Argentina.
- Guillermo, S. (2021). La Investigación Arqueológica en el Palacio San José - Museo y Monumento Histórico Nacional “Justo José de Urquiza” (Entre Ríos, Argentina). *Arqueología*, 27(1), 161-177
- Hanela, J. E. (2018). ¿Cómo estudiar los ladrillos?: estudios para la caracterización de ladrillos de tierra cocida en el poblado de San José de Flores. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12(3), 996-1009.
- Hernández, A., Tamburini, D. S., y Leoni, J. B. (2018). Estudio zooarqueológico en un emplazamiento militar de la frontera oeste: el Fortín Algarrobos (Partido de Carlos Casares, Buenos Aires). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12(3), 616-643.
- Igareta, A. (2023). Barro en los papeles: arquitectura de tierra cruda en la documentación colonial de San Juan de la Frontera (Argentina). *Revista Boliviana de Investigación*, 16, 169-190.
- Igareta, A. y Chechi, F. (2023). Pensar las acequias: Materialidad y usos de la red de canales urbanos de San Juan de la Frontera entre los siglos XVII y XIX. *Anales de Arqueología y Etnología*, 78(1), 103-123.
- Iwanow, M. y A. Igareta (2011). Las piezas del Arroyo de leyes en el Museo de La Plata: historia con pérdidas y hallazgos. En M. Ramos, A. Tapia, F. Bognanni, M.

- Fernández, V. Helfer, C. Landa, M. Lanza, E. Montanari, E. Néspolo y V. Pineau (Comps.), *Temas y problemas de la arqueología histórica* (Tomo I, pp. 255-266). Universidad Nacional de Luján, Luján.
- Izeta, A., Srur, G. y Costa, T. (2012). Zooarqueología urbana colonial. El caso del Centro cultural de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. *Vestígios*, 6(2), 39-63.
 - Izeta, A., Pautassi, E., Costa, T., Robledo, A. y Bilinski, C. (2014). Excavaciones arqueológicas en el área fundacional de la ciudad de Córdoba, Argentina: Dean Funes 67. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 8(1), 45-69.
 - Landa, C. y Hernández de Lara, O. (2014). *Sobre los Campos de Batalla. Arqueología de conflictos bélicos en América Latina*. Aspha, Buenos Aires
 - Landa, C. y Hernández de Lara, O. (2020). *Arqueología en Campos de Batalla. América Latina en perspectiva*. Aspha, Buenos Aires.
 - Lema, C. (2015). Breve nota sobre las mayólicas y cerámicas de tradición europea recuperadas en el mineral de Inca-Huasi (Catamarca, Argentina). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 9(1), 71-88.
 - Leoni, J. B. (2015). La Arqueología y el estudio del conflicto armado en contextos prehistóricos e históricos: un estado de la cuestión. *Anuario de la Escuela de Historia*, 27, 10-37.
 - Leoni, J. B., Acedo, T., Tamburini, D., y Scarafia, G. (2011). Cambio y continuidad en la materialidad funeraria del cementerio judío Algarrobos, Colonia Mauricio (Carlos Casares, Provincia de Buenos Aires). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 5, 35-65.
 - Leoni, J. B. y Martínez, L. (2017). Entre la Antropología y la Historia Militar: la problemática del abordaje de conflictos bélicos desde la Arqueología Histórica. En *I Jornadas Internacionales de Historia e Historiografía de la Guerra*. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
 - Leoni, J. B., Tamburini, D. S., Acedo, T., y Scarafia, G. (2007). De balas perdidas y vidrios rotos: Distribución espacial de artefactos superficiales en el Fuerte General Paz (1869-1876). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 1, 29-64.
 - Leoni, J. B., Tamburini, D. S., Acedo, T. R., y Scarafia, G. (2018). Revisitando el Fuerte General Paz (1869-1876): el valor del registro arqueológico superficial para la interpretación de su organización espacial. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12(2), 33-65.
 - Letieri, F., Cocco, G., Frittegatto, G. y Astiz, M. A. (2009). Investigaciones arqueológicas sobre el primer asentamiento español en la Cuenca del Río de la Plata: el fuerte Sancti Spiritus (1527-1529). En H. Chiavazza y C. N. Ceruti (Eds.), *Arqueología de ciudades americanas del siglo XVI* (pp. 275-315). Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
 - López, M. L. (2021). Guayascate arqueológico. Avances en el conocimiento sobre la historia prehispánica y colonial del norte de la provincia de Córdoba, Argentina. *Mundo de Antes*, 15(2), 109-143.

- Luna, L., Aranda, C., Acuña Suarez, G., Lanzelotti, S. L. y Rodríguez, P. (2019). Primeros resultados para la puesta en valor patrimonial del “Cementerio Sud” (San Andrés de Giles, provincia de Buenos Aires, Argentina). *Mundo de Antes*, 13(2), 175-196.
- Marschoff, M. (2018). Movilidad, habitantes y experiencias del paisaje: los lugares de Esteco (Salta, Argentina, S. XVI-XVII). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12(3), 479-506.
- Marschoff, M. (2021). La organización doméstica y las mudanzas de Esteco (1566-1650): políticas de movilidad. *Andes*, 32(2).
- Marschoff, M., Castiñeira, C. y Simioli, J. (2014). Arqueostratigrafía de referencia para el registro de la ocupación humana durante los siglos XVI y XVII en la localidad de Esteco I, Departamento de Anta, Salta, Argentina. *Chungara*, 46, 355-374.
- Marschoff, M. y Linskoug, H. (2020). Uso de fuentes históricas y técnicas de excavación y registro en un caso de arqueología urbana en Córdoba, Argentina. *Arqueología Iberoamericana*, 45, 43-54.
- Martínez, M. P., García Lerena, M. S. y Paleo, M. C. (2018). Puertos, pueblos y saladeros. Magdalena y Atalaya: crecimiento urbano de dos pueblos vinculados en la ribera del río de la Plata. *Urbania*, 7, 47-68.
- Martínez, M. P. y Paleo, M. C. (2022). Cruzando el arroyo: el saladero Podestá Hnos. (Atalaya, Magdalena, Bs. As.). En A. Igarreta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 248-251). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Merlo, J. F. y Tamburini, D. S. (2018). Análisis preliminares del registro arqueofaunístico en el Fuerte General Paz (Partido de Carlos Casares, provincia de Buenos Aires). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12(3), 733-759.
- Montanari, E., Ciarlo, N. C., Coll, L. y Gómez Romero, F. (2018). Rosas y el desierto. Primeros resultados de la investigación arqueológica del Fuerte Cruz de Guerra, provincia de Buenos Aires (1828-1859). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12(3), 297-314.
- Montanari, E. y Doval, J. (2016). Prácticas alimenticias en una pulpería pampeana de fines de siglo XIX. Sitio Posta el Caldén (Realicó, La Pampa). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 10(1), 49-72.
- Monti, L. (2009). Los espacios de la muerte como elementos de materialización de la desigualdad social en la ciudad de Ibatín 1565- 1685. En H. Chiavazza y C. N. Ceruti (Eds.), *Arqueología de ciudades americanas del siglo XVI* (pp. 203-242). Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Moyano, D. (2023). Chimeneas en el monte. Estrategias para la ubicación de ingenios azucareros ‘olvidados’ en el espacio rural de Tucumán (Argentina). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 17(1), 40-68.
- Nagel, A., Rodríguez Oviedo, M. B. y Quesada, M. (2023). Paisajes agrarios durante los siglos XVIII y XIX en el este catamarqueño: abordajes desde la arqueología histórica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 48(1), 74-90.

Una introducción a la Arqueología Histórica

- Navarrete, V., Urquiza, S., Quiroga, L. y Puente, V. (2022). Introducción de animales domésticos exóticos en la economía pastoril andina (ca. 440-500 AP). Un caso de estudio de Antofagasta de la Sierra, Catamarca, Puna Austral de Argentina. *Estudios Atacameños*, 68, e5816.
- Núñez Regueiro, V. (1974). Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología*, 5, 169-190.
- Oliva, F. y Sfeir, A. (2015). Análisis espacial de las estructuras líticas y piedras paradas en las nacientes del río Sauce Grande Partido de Tornquist, provincia de Buenos Aires. *Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos*, 1(1), 56-66.
- Ots, M. J., Manchado, M. y Steele, L. (2022) Asentamientos de Indios Amigos en la frontera sur de Mendoza. En A. Igareta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 172-174). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Pastor, S. y Medina, M. (2013). Prácticas de resistencia, elusión y reproducción social en un contexto histórico adverso. Una mirada a los indígenas de Córdoba (Argentina) en tiempos coloniales tempranos. *Memoria Americana*, 21(1), 65-92
- Paz, C. A. (2022). *Arqueología Industrial, inmigración italiana y culturas del trabajo en las Sierras de Olavarría: Una mirada antropológica del territorio*. UNICEN, Tandil.
- Pedrotta, V. (2011). Arqueología de la frontera pampeana: asentamientos indígenas en el arroyo Nievas (siglo XIX, Argentina). *Revista de Arqueología Americana*, 28, 107-149.
- Pedrotta, V. (2013). Reandando los caminos al Chapaleofú: Viejas y nuevas hipótesis sobre las construcciones de piedra del Sistema de Tandilia. *Memoria Americana*, 21(2), 269-295.
- Pedrotta, V. (2019). Aprovechamiento de recursos animales por los 'indios amigos' en la frontera sur de Buenos Aires (siglo XIX). *Mundo de Antes*, 13(1), 113-146.
- Pedrotta, V., Bagaloni, V., Duguine, L. y Carrascosa, L. (2011). Investigaciones arqueológicas en los "corrales de piedra" del Sistema de Tandilia (Región Pampeana, Argentina). En M. Ramos y O. Hernández de Lara (Eds.), *Arqueología Histórica en América Latina* (pp. 111-137). Universidad Nacional de Luján, Luján.
- Pérez Pieroni, M. J. (2018). Tecnología cerámica de época colonial en la cuenca sur de Pozuelos y el área de Santa Catalina, Puna de Jujuy, Argentina. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12(3), 116-140.
- Poujade, R. A. y L. Salvatelli (2014). Puesta en valor en la reducción jesuítica Nuestra Señora de Loreto, Misiones. *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*, 3(3), 73-84.
- Puente, V., Quiroga, L. y Martínez, M. A. (2023). Conjuntos cerámicos contextualizados y espacios de descarte. Aportes a la memoria social en ámbitos domésticos en Punta de la Peña 3-C, Antofagasta de la Sierra. *Revista del Museo de Antropología*, 15(2), 55-70.

- Quiroga, L. (2005). Disonancias en arqueología histórica. La experiencia del Valle del Bolsón. *Revista Werken*, 7, 89-109.
- Quiroga, L. (2011). Al abrigo de sus huaycos: narrar la geografía, habitar los espacios, interpretar las prácticas. En M. E. Albeck, B. Cremona y M. Ruiz (Eds.), *Sociedades Precolombinas Surandinas* (pp. 285-310). Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy.
- Quiroga, L. (2015). Del páramo a la puna. Textos y contextos arqueológicos para una descripción del paisaje altoandino en la gobernación del Tucumán. *Corpus*, 5(2).
- Richard, A. y Lallami, C. (2022). Arqueología de la Diáspora africana en Entre Ríos: los manecos de La Capilla (Ing. Sajaroff, Dpto. Villaguay), siglos XIX y XX. En A. Igareta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 311-314). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Richard, A. y Schávelzon, D. (2021). *El Barrio del Tambor. Arqueología histórica en espacios afro de Paraná*. Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- Rivet, M. C. (2009). Pasado y presente de una ciudad colonial. El caso de Ibatín (1565-1685). En H. Chiavazza y C. N. Ceruti (Eds.), *Arqueología de ciudades americanas del siglo XVI* (pp. 371-400). Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Roca, M. V. (2014). Arqueología histórica en la reducción jesuita de Santa Ana (Misiones): registro arqueológico y fuentes documentales del claustro. *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*, 3(3), 105-114.
- Roca, M. V. (2019). Arqueología de las misiones jesuíticas guaraníes en Argentina. Estado de situación. *Folia Histórica del Nordeste*, 35, 121-144.
- Roldán Vazquez, S. (2024). Ladinos y migrantes: un acercamiento a la población indígena urbana en San Miguel de Tucumán (Ibatín) entre 1565 y 1685. En F. Borsella y A. E. Weber (Comps.), *Arqueología histórica de Tucumán* (pp.49-70). Ediciones Academia, Buenos Aires.
- Schávelzon, D. (1999a). La cerámica de la población africana de Buenos Aires y Santa Fe (siglos XVIII y XIX). En Diez Marín (Ed.), *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, (Tomo I, pp. 501-508). Universidad Nacional de La Plata. La Plata.
- Schávelzon, D. (1999b). *Arqueología de Buenos Aires*. Emecé. Buenos Aires.
- Schávelzon, D. (2003). *Buenos Aires negra*. Emecé, Buenos Aires.
- Schávelzon, D. (2006). La colección cerámica de Concepción del Bermejo: notas sobre las cerámicas europeas e hispano-indígenas. *Revista de la Escuela de Antropología*, XII, 127-134.
- Schávelzon, D. y Zorzi, F. (2014). Afro-Argentine Archaeology: a case of short-sighted academic racism during the early Twentieth Century. *Journal of Pan African Studies*, 7(7), 79-92.
- Sempe, M. C. y Rizzo, A. (2002). Análisis estilístico en arqueología histórica urbana. En D. Schávelzon (Ed.), *Arqueología Histórica Argentina* (pp. 769-777). Corredor, Buenos Aires.
- Sempé M. C. y Flores O. B. (comps.) (2011). *El cementerio de La Plata y su contexto histórico*. Edición del Autor, La Plata.
- Senatore, M. X., De Nigris, M. y Rigone, R. C. (2016) Una arqueología del colonialismo español en el extremo sur de Sudamérica. La ciudad Nombre de Jesús

- (Estrecho de Magallanes, siglo XVI). En L. M. Calvo y G. Cocco (Eds.), *Primeros asentamientos españoles y portugueses en la América central y meridional* (pp. 287-302). Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- Sfeir, A. y Oliva, F. (2017). Estructuras líticas y piedras paradas en el Sistema de Ventania. Paisaje y monumentalidad. *Revista de la Escuela de Antropología*, XXIII, 245-264.
 - Sironi, O. (2019). Mining Ways of Life in the Southern Andes: Historical Anthropological Archaeology in Mendoza, Argentina. *International Journal of Historical Archaeology*, 23(1), 153-171.
 - Sironi, O. (2020). *Paisajes mineros y modos de vida en el norte de Mendoza, Argentina* (S. XIX-XX). BAR International Series, Oxford.
 - Sironi, O. y Maferri, L. (2020). La alimentación en contextos mineros surandinos: diálogos entre cultura material y evidencia documental (siglos XIX y XX). *Revista Colombiana de Antropología*, 56(1), 183-214.
 - Solomita Banfi, F. (2022). Estudio espacial de la evolución del Camposanto del antiguo Paraje El Sauce y actual cementerio de Carmen del Sauce, Provincia de Santa Fe. En A. Igareta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 108-113). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
 - Stadler, N. (2013). Distribución espacial de esclavos en Quilmes colonial. Una perspectiva arqueológica. En M. L. Ghidoli, y J. F. Martínez Peria (Comps.), *Estudios Afroamericanos* (pp. 43-58). Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, Buenos Aires.
 - Taboada, C. y Faberman, J. (2014). Asentamientos prehispánicos y pueblos de indios coloniales sobre el Río Salado (Santiago del Estero, Argentina). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 8(1), 7-44.
 - Tapia, A. H., Pineau, V., y Fernández, M. (2022). Estancia La Malvina, vestigios del primer asentamiento rural en el ejido de Santa Rosa, La Pampa. En A. Igareta y F. Cecchi (Eds.), *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (pp. 183-187). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
 - Tarragó, M. (1984). El contrato hispano-indígena: la provincia de Chicoana. *Runa*, 14, 143-185.
 - Traba, A. R. (2018). Tendencias en las prácticas urbanas de consumo en Buenos Aires (transición siglos XIX-XX). Aplicación de herramientas estadísticas al análisis de conjuntos vítreos. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12(3), 963-995.
 - Tomasini, A. y Porterie, A. P. (2016). La ciudad de Nuestra Señora de Talavera de Madrid (Esteco el Nuevo) y su fuerte de San Carlos. En L.M. Calvo y G. Cocco (Eds.) *Primeros asentamientos españoles y portugueses en la América central y meridional* (pp. 273-285). Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
 - Tomassini, H. y Weimann, J. (2020). Análisis de materiales de loza del sitio Boliche Lucanera (General Daniel Cerri, partido de Bahía Blanca). *La Zaranda de Ideas*, 18(2), 40-58.

8. Temas y líneas de investigación contemporáneas...

- Tomassini, H. y Weimann, J. (2023). Estudios mineralógicos y morfológicos en ladrillos de asentamientos rurales (sur bonaerense, siglo XIX). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 48(1), e068.
- Vaquer, J. M., Pey, L., Carreras, J., Gerola, I., y Cámara, Y. (2022). La historia de vida del Recinto 1 de Casas Quemadas (Cusi Cusi, Jujuy, Argentina) durante la transición entre el Periodo Tardío/Inka (1430-1535 dc) y el Colonial Temprano (1535-1660 dc). *Anuario de Arqueología*, 14(14), 65–81.
- Vázquez, F., Spellbrinck, G. y Martí, V. (2016). Quilmes y el patrimonio arqueológico, de la investigación a la comunidad. En Asociación Los Quilmeros (Ed.) *Quilmes, 350 años, un bicentenario y un centenario* (pp. 137-154). Buenos Aires Books, Buenos Aires.
- Villar, F. y Aride, M. (2020). Arqueología e Imágenes. Fuentes iconográficas para el estudio del pasado industrial en el sitio Ingenio Lastenia (Dpto. Cruz Alta, Tucumán, Argentina). *Revista del Museo de Antropología*, 13(3), 79-92.
- Villar, F. y Hocsman, S. (2021). Viviendas, espacios y relaciones sociales en un contexto fabril: El caso del Ingenio Lastenia (Tucumán, Argentina) durante el último cuarto del siglo diecinueve. *Latin American Antiquity*, 32(3), 627-646.
- Weber, A. E. (2023). Arqueología ferroviaria en Argentina. Primeras contribuciones desde el sitio Estación Monteagudo (Simoca, Tucumán). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 17(1), 13–39.
- Weber, A. (2024). Arqueología en el Sitio Estación Taco Ralo: Nuevos aportes al estudio del ferrocarril en Tucumán. En F. Borsella y A. E. Weber (Comps.), *Arqueología histórica de Tucumán* (pp.131-162). Ediciones Academia, Buenos Aires.
- Weber, A. E. y Borsella, F. (2024). Introducción. En F. Borsella y A. E. Weber (Comps.), *Arqueología histórica de Tucumán* (pp.19-28). Ediciones Academia, Buenos Aires.
- Zarankin, A. y Acosta, A. (1999). Arqueología de una ciudad olvidada: las ruinas del Km. 75. En C. Diez Marín (Ed.), *Actas del XII Congreso de Arqueología Argentina* (Tomo III, pp. 416-421). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Zorzi, F. (2015). La arqueología de la diáspora africana en la Argentina. Desarrollo, problemáticas y perspectivas. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 9(2), 5–26.

Autoría

Victoria Pedrotta

Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y profesora de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Se dedica a investigar las fronteras interétnicas pampeanas durante el período Colonial y la formación del Estado-nación con foco en las sociedades indígenas, estudiando los cambios tecnológicos, económicos y sociales, los circuitos de movilidad, la territorialidad y las relaciones interétnicas, así como temas asociados al patrimonio arqueológico bonaerense.

Vanessa Natalia Bagaloni

Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y docente de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Se especializa en arqueología histórica fronteriza y rural. Investiga la conformación, las características y las transformaciones de los espacios fronterizos -fortines, estancias y puestos rurales, y comercios- de la Frontera Sur y Costa Sur durante el siglo XIX, y de los ámbitos rurales del sur bonaerense, junto con la participación activa de las comunidades locales.

Verónica Silvina Martí

Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas y doctoranda de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la

Universidad Nacional de La Plata. Investiga los procesos sociales, históricos y culturales del pasado a partir del estudio de las cerámicas arqueológicas posthispánicas en sitios de la provincia de Buenos Aires. Además, es co-directora del Proyecto Arqueológico Quilmes del municipio de dicha ciudad.

Juan Rodrigo Tormo Izaguirre

Becario doctoral Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y la Universidad Maimónides. Su tesis aborda el análisis de las prácticas alimenticias y productivas en los asentamientos de la frontera sur bonaerense durante el siglo XIX. Se especializa en el estudio de la evidencia arqueofaunística en contextos postconquista, tales como fortines, estancias, puestos rurales y tolderías indígenas. Actualmente, es docente de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Autoría de los Boxes

Marcia Bianchi Villelli

Doctora en Arqueología, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como Investigadora Independiente en el Instituto de Investigaciones en Diversidad y Procesos de Cambio -Universidad Nacional de Río Negro-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas-, con el cargo de Vicedirección en la actualidad. Es docente en la Licenciatura en Antropología en la Sede Andina de la Universidad Nacional de Río Negro. Sus investigaciones se centran en la arqueología histórica de norpatagonia y dirige proyectos de investigación, transferencia y gestión del patrimonio arqueológico.

Silvana Buscaglia

Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Se especializa en la arqueología histórica del colonialismo y la sociedad moderna, con un foco en la investigación comparativa de las relaciones interétnicas en Patagonia en el siglo XVIII a partir de diversos casos de estudio.

Horacio Chiavazza

Docente titular investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, en la cátedra Arqueología Histórica. Se especializa en arqueología urbana y es coordinador del proyecto “Distrito Fundacional”

Una introducción a la Arqueología Histórica

de la Municipalidad de Mendoza. En los últimos tiempos se ha orientado al análisis patrimonial de paisajes arqueológicos históricos en la precordillera de Mendoza con proyectos radicados en el Laboratorio de Arqueología Histórica de dicha casa de estudios.

Laura Duguine

Arqueóloga y Magíster en Restauración y Gestión Integral del Patrimonio. Trabajadora de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación en Sitios de Memoria y docente adjunta del Departamento de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Perita auxiliar de justicia en causas de lesa humanidad y desaparición forzada de personas, especializada en el análisis del paisaje, la arquitectura y lo artefactual, la articulación con víctimas, familiares, comunidad, empresas y áreas del Estado para proyectos de Puesta en Valor del Patrimonio, entre otros.

Adolfo Carlos Eliges

Becario doctoral Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Integrante del Grupo de Investigación en Arqueología Histórica, Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas de la Universidad Maimónides. Se especializa en arqueología histórica, con foco en los procesos de ocupación territorial y dinámicas socioculturales de la frontera sur argentina durante el siglo XIX, en la provincia de Río Negro.

Julieta Frère

Arqueóloga (Universidad de Buenos Aires), magíster en Arqueología Náutica y Subacuática (Universidad de Cádiz) y becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Se especializa en arqueología marítima histórica. Actualmente investiga las rutas marítimas de circulación de loza británica en Fuego-Patagonia entre mediados del siglo XIX y principios del XX, los procesos de adquisición de estos objetos y modos de empleo por parte de distintos grupos sociales.

María Soledad García Lerena

Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y docente de Antropología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Se especializa en arqueología histórica rural. Investiga la conformación de las estancias en la costa rioplatense, las transformaciones en los paisajes y la vida cotidiana en el espacio rural. Realiza actividades participativas y de comunicación pública con las comunidades locales.

Facundo Gómez Romero

Investigador del Grupo de Estudios de Arqueología Histórica de Fronteras. Escritor de ficción histórica. Realiza investigaciones arqueológicas en fortines, pulperías, tolderías, antiguas estancias, y comisarías de campaña, trabajando para diversos gobiernos municipales en contacto directo con el público y sus necesidades.

Mónica Gabriela Grosso

Investigadora del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Especialista en arqueología histórica marítima y en arqueología subacuática. Sus investigaciones abordan diversos temas relacionados a la navegación y a actividades marítimas en la Patagonia entre fines del siglo XVIII e inicios del XX; en particular, las características locales de la explotación de recursos marinos en el contexto de expansión global.

Javier Ezequiel Hanela

Becario doctoral de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación. Integrante del Grupo de Investigación en Arqueología Histórica, Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas de la Universidad Maimónides. Presidente de la Cooperativa Arqueocoop Ltda. En su tesis de grado estudió los materiales constructivos del poblado de San José de Flores (siglos XIX y XX). Investiga actualmente las construcciones de piedra del Sistema de Tandilia desde una perspectiva arqueológica espacial.

Ana Igareta

Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Encargada de Colecciones de la División Arqueología del Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, y docente de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional de La Plata. Se especializa en arqueología histórica urbana y en el análisis de arquitectura arqueológica; en la actualidad, su investigación se enfoca en construcciones y constructores coloniales en San Juan.

Carlos Gilberto Landa

Investigador Independiente del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas y docente del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires. Se especializa en arqueología histórica de frontera y rural (siglo XIX) y arqueología del conflicto (siglos XIX y XX). Investiga fuertes, fortines, estancias y pue-

tos rurales, casas de negocios, pulperías y campos de batalla (centro oeste de la provincia de Buenos Aires, norte de la provincia de La Pampa e Islas Malvinas) en colaboración activa con las comunidades locales.

María Marschoff

Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y docente de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Sus temas de interés se relacionan con las movilizaciones y la vida cotidiana abarcando casos del siglo XVI al XXI trabajados desde una perspectiva que involucra los intereses de los habitantes de esos lugares y en contextos de trabajo tanto académico como por demanda.

Virginia Pineau

Docente Investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se especializa en arqueología histórica y rural. Dirige el equipo Arqueología Rural Pampa que investiga estancias y puestos rurales, casas de negocios, pulperías y poblados de fines del siglo XIX y principios del siglo XX en el norte de la provincia de La Pampa. Además, trabaja junto con las comunidades locales en la construcción de su historia y la gestión de sus museos.

Carlos Adrián Quintana

Miembro del Laboratorio de Arqueología de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Integra proyectos de investigación de sociedades indígenas pampeanas analizando la relación sociedad/naturaleza a partir del registro zooarqueológico. También desarrolla una intensa actividad en la comunicación pública de la ciencia en temas de zooarqueología, cambio climático, pensamiento racional y paleontología pampeana.

María José Saletta

Doctora en Arqueología y docente en la Universidad Nacional de La Matanza y de la Universidad Católica de Temuco, Chile. Su ámbito de estudio son las sociedades indígenas de la Patagonia continental meridional posteriores al proceso de contacto a través del análisis de registro arqueológico y del escrito. Además, realiza investigaciones interdisciplinarias entre Antropología y Comunicación Social.

Hernán Tomassini

Ayudante de Docencia de las carreras de Licenciatura y Profesorado en Historia (Universidad Nacional del Sur). Se especializa en arqueología histórica

de los espacios fronterizos y rurales en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Sus investigaciones se centran en el análisis de los mecanismos utilizados por el Estado y por distintos sectores de la sociedad euro-criolla para la ocupación y apropiación de los espacios fronterizos en el siglo XIX.

Lista de Boxes

Box 1.1 Arqueología de las fronteras interétnicas por Facundo Gómez Romero	38
Box 1.2 Contribuciones desde América Latina a la arqueología del mundo moderno por Silvana Buscaglia	45
Box 2.1 Arqueología urbana: el caso de Mendoza por Horacio Chiavazza	75
Box 2.2 Floridablanca: entre el orden colonial y las prácticas sociales por Marcia Bianchi Vilelli.....	86
Box 2.3 La arqueología rural por Virginia Pineau	91
Box 3.1 La carta del cacique Yanquetruz por Victoria Pedrotta.....	111
Box 3.2 Prospecciones arqueológicas en Choele Choel por medio del uso de drones por Adolfo Eliges	124
Box 3.3 Singularidades de la arqueología urbana por Ana Igareta	134
Box 4.1 La Pequeña Edad del Hielo por Carlos A. Quintana	170
Box 5.1 Huesos de animales con huellas de metales: sus implicancias en una estancia bonaerense por Vanesa N. Bagaloni.....	204
Box 5.2 Artefactos, actividades y modelos culinarios: una forma de estudiar la alimentación y sus cambios por María Marschoff	216

Box 6.1 Pipas de caolín por Facundo Gómez Romero.....	243
Box 6.2 Materiales constructivos por Javier Hanela	253
Box 6.3 Comercio marítimo de lozas inglesas por Julieta Frère	259
Box 7.1 Un comercio de campaña a través del registro vítreo por Hernán Tomassini	294
Box 7.2 Instrumentos de vidrio en Patagonia Continental y Tierra del Fuego por María José Saletta	300
Box 7.3 Frascuitos, tónicos y perfumes. Una aproximación a las prácticas de cuidado corporal a partir del análisis de contenedores de perfumería y farmacia por María Soledad García Lerena	305
Box 8.1 Arqueología marítima y subacuática por Mónica Grosso	323
Box 8.2 Conflicto, violencia y guerra: la batalla en la arqueología por Carlos G. Landa	339
Box 8.3 Arqueología del terrorismo de estado por Laura Duguine.....	349

Lista de Figuras

Figura 1.1 Situación disciplinar de la “arqueología de momentos históricos” según Robert Schuyler	21
Figura 2.1 Plano del proyecto del fuerte Santa María de la Concepción de Luján (1671)	57
Figura 2.2 Sepulcro VIII del Cementerio Rico de Caspinchango.....	61
Figura 2.3 Excavaciones en el Fuerte San Rafael del Diamante. Izquierda: habitación de la comandancia. Derecha: habitación 1	70
Figura 2.4 Documentos para la arqueología histórica urbana en Mendoza	76
Figura 2.5 Intervenciones arqueológicas en la ciudad de Mendoza.....	77
Figura 2.6 Vista general y planta de excavación del fortín La Perra	82
Figura 2.7 Documentos históricos de Floridablanca: listados de consumos de bienes.....	87
Figura 2.8 Plano arqueológico de Floridablanca: estructuras construidas y zonas de excavación	89
Figura 3.1 Cartografía de Ibatín con información de fuentes escritas incorporada	118
Figura 3.2 Prospección arqueológica con dron en Choele Choel.....	126

Figura 3.3 Prospecciones geofísicas en el sur de la provincia de Buenos Aires.....	129
Figura 3.4 Intervenciones urbanas desarrolladas por el equipo.....	136
Figura 4.1 El Códice Telleriano Remensis registró que “murió mucha gente por birhuelas” en 1538 y en 1544 hubo “una gran mortandad entre los indios”	152
Figura 4.2 El cuerpo de Huayna Capac es llevado a Cuzco	153
Figura 4.3 Códice Florentino, Libro 12 “De la Conquista de México” (1540-1585).....	163
Figura 4.4 Mapa “Tierra de Magallanes” del padre José Cardiel (1749)	174
Figura 4.5 “Mocovíes enlazando ganado”, acuarela de padre Florian Paucke (ca. 1768).....	175
Figura 5.1 Planos de un organismo con simetría bilateral, tomando como ejemplo el caballo	197
Figura 5.2 Marcas naturales identificadas en los restos óseos del sitio Arroyo Nieves 2	199
Figura 5.3 Distintos tipos de huellas producidas con elementos de metal en La Libertad.....	205
Figura 5.4 Cortes vacunos en la ciudad de Buenos Aires a lo largo del tiempo.....	214
Figura 6.1 Diversos tipos y morfologías de objetos cerámicos posthispánicos.	238
Figura 6.2 Cazoletas y tubos de pipas de caolín del sitio Loma Partida.	244
Figura 6.3 Fuentes escritas y gráficas que refieren a vajilla cerámica	251
Figura 6.4 Ladrillos arqueológicos.....	256
Figura 6.5 Contenedores para el traslado de la vajilla cerámica.....	260
Figura 6.6 Mapa del recorrido transatlántico desde el puerto de Liverpool hacia algunos de los puertos más relevantes entre 1850 y 1914.	261
Figura 7.1 Atributos generales de una botella.....	276
Figura 7.2 Formas y etapas de la manufactura de recipientes de vidrio.....	278

Figura 7.3 Evolución en la formatización de la base y el pico en botellas.....	280
Figura 7.4 Diversidad de artefactos elaborados en vidrio.....	284
Figura 7.5. Ubicación y excavación del Boliche Lucanera.	295
Figura 7.6 Recipientes vítreos identificados en Boliche Lucanera.....	296
Figura 7.7 Sitios relevados hasta 2020 con instrumentos de vidrio en Patagonia continental meridional y Tierra del Fuego	301
Figura 7.8 Instrumental confeccionado con vidrio	302
Figura 7.9 Recipientes vítreos de perfumería y/o farmacia en sitios rurales.	305
Figura 8.1 Fragmento del plano anónimo de Nuestra Señora de Talavera de Madrid (ca. 1609)	317
Figura 8.2 Excavación de un naufragio en Puerto Madryn	324
Figura 8.3 Relevamiento sector intermareal en Tierra del Fuego	326
Figura 8.4 Excavación arqueológica en Cormallín, Paso de las Carretas (provincia de Mendoza)	333
Figura 8.5 Posiciones de los ejércitos en la Batalla de La Verde (1874)	341
Figura 8.6 Excavación en el ExCCDTyE Club Atlético (2024). Izquierda: Sector 11, cámaras de agua. Derecha: celdas testimoniales.....	352

Lista de Tablas

Tabla 1.1 Clasificación de la arqueología histórica, post-medieval e industrial en Gran Bretaña.	29
Tabla 1.2 Definiciones sustantivista y formalista de la arqueología histórica	30
Tabla 2.1 Periodificación propuesta por Eldo Morresi	66
Tabla 2.2 Periodificación propuesta por Lagiglia	71
Tabla 2.3 Año y lugar de realización de los congresos nacionales de arqueología histórica	93
Tabla 4.1 Epidemias en América entre 1518 y 1533	155
Tabla 4.2 Principales epidemias en América, 1519-1600	157
Tabla 4.3 Principales intercambios de flora entre el Nuevo y el Viejo Mundo.....	167
Tabla 5.1 Variables de análisis y procesamiento para el estudio de materiales arqueofaunísticos	194
Tabla 6.1 Clasificación y caracterización de los tipos cerámicos	234
Tabla 6.2 Variables generales de análisis e identificación macroscópica de cerámicas	249
Tabla 7.1. Variables generales de análisis e identificación macroscópica de vidrios	287



La Fundación de Historia Natural Félix de Azara (Fundación Azara) —creada el 13 de noviembre del año 2000— es hoy una de las instituciones dedicadas al estudio y conservación de la naturaleza más importantes de América Latina. Con origen en la Argentina, sus actividades crecen en Chile, Paraguay, Bolivia, Uruguay y sur de Brasil, además de algunas incursiones en Ecuador y Cuba.

En sus años de vida, la institución alcanzó, con actividades de exploración, estudio y popularización de las ciencias naturales, ambientales y antropológicas, logros y una proyección internacional casi sin antecedentes para las entidades latinoamericanas de su tipo.

Sus investigadores han aportado 161 especies nuevas para la ciencia, tanto fósiles (94) como vivientes (67), desde diminutas plantas hasta enormes dinosaurios. Desde sus laboratorios y gabinetes se publican anualmente más de ciento cincuenta artículos científicos, aceptados por las revistas más prestigiosas, incluyendo en la nómina *Nature* o *Science*.

Su importante producción científica —cerca de un millar de artículos, un centenar de libros y de informes técnicos y una veintena de tesis de grado y posgrado— es el reflejo del trabajo comprometido y vocacional de setenta científicos y naturalistas de campo, algunos de los cuales son referentes mundiales de su especialidad.

La Fundación Azara desarrolló y apoyó más de doscientos proyectos propios de investigación y conservación, una veintena en cooperación con investigadores e instituciones de otros países. Brindó apoyo a proyectos de más de cuatrocientos investigadores y naturalistas externos y pertenecientes a diversas universidades, centros de investigación y otras organizaciones no gubernamentales de América Latina. Y firmó, además, un centenar de convenios de cooperación, algunos de ellos, para integrar recientemente consorcios con algunas de las universidades e instituciones científicas más importantes del mundo.

Con un equipo humano cuyo denominador común es la vocación, logró, en materia de conservación y manejo de la fauna silvestre, rescatar y atender siete mil animales víctimas principalmente de accidentes viales y del tráfico ilegal.

La Fundación se destaca por su labor en la creación e implementación de reservas naturales, así como en la creación, puesta en valor y gestión de museos regionales de ciencias naturales y antropología, centros de interpretación, geoparques, sitios paleontológicos y arqueológicos, habiendo sumado ciento cincuenta mil hectáreas en áreas naturales protegidas provinciales, municipales y privadas.

En la Argentina propició, entre muchos otros proyectos, la refuncionalización del Centro de Rescate, Rehabilitación y Recría de Fauna Silvestre “Güirá Oga”, en Puerto Iguazú, provincia de Misiones, con el Ministerio de Ecología de esa provincia; la creación del Paisaje Protegido “Delta Terra” (hoy transformado en una reserva natural municipal del partido de Tigre) y su pequeño Centro de Rescate de Fauna Silvestre Rioplatense, en la primera sección de islas del delta del Paraná, provincia de Buenos Aires; la creación de un Centro de Investigación en Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas con la Universidad Maimónides, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; la puesta en valor del sitio arqueológico incaico “El Shincal de Quimivil”, en Londres, provincia de Catamarca, con el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación, el Ministerio de Turismo de la Nación, el Gobierno Provincial y el Municipio de Londres; la creación del Centro de Información de Fauna Marina del Golfo San Matías, en Las Grutas, provincia de Río Negro y la restauración de la “Casa Jacobacci” para su inauguración como Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas de la Costa Patagónica “Ing. Guido Jacobacci”, en San Antonio Oeste, provincia de Río Negro, en ambos casos con el Municipio

de San Antonio Oeste; la creación del Museo Folklórico de Londres, en la provincia de Catamarca, con el Municipio local; la puesta en valor del Parque Arqueológico “La Tunita” en Ancasti, provincia de Catamarca, con el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación, el Gobierno Provincial y el Municipio local; la reinauguración del Museo de Ciencias Naturales y Arqueología “Prof. Manuel Almeida”, en Gualaguaychú, provincia de Entre Ríos; la creación del nuevo Museo de Ciencias Naturales de Miramar “Punta Hermengo” y de la Estación Científica de Centinela del Mar “Dr. Eduardo P. Tonni” en la provincia de Buenos Aires, con el Municipio de General Alvarado; y la creación del Museo de Historia Natural de San Martín de los Andes en la provincia de Neuquén.

En el año 2004 creó, en la Argentina, los Congresos Nacionales de Conservación de la Biodiversidad, que desde entonces se realiza cada dos años. Organizó además decenas de congresos nacionales y latinoamericanos en otras especialidades.

En su red de colecciones científicas —abiertas a la consulta de investigadores de todo el mundo— resguarda doscientos mil objetos de geología, paleontología, botánica, zoología, arqueología y etnografía.

La divulgación de la ciencia ha sido también un área de trabajo clave de la institución que apoyó importantes documentales como “*Jane y Payne*”, filmado en la Patagonia Argentina, junto con los defensores del ambiente de reconocimiento mundial, Jane Goodall y Roger Payne. Ha coproducido distintas series audiovisuales con señales educativas, por ejemplo: “*Naturalistas viajeros*” y “*Creando bestias prehistóricas*”. Ha desarrollado material didáctico para establecimientos escolares y organizado o auspiciado exhibiciones itinerantes de temática científica que recibieron la visita de más de diez millones de personas en Chile, Bolivia, Ecuador, Perú, Uruguay, Brasil, Colombia, Costa Rica, Estados Unidos, España, Países Bajos, Grecia, Rusia, Bulgaria, Singapur, Estonia, Tailandia, Israel, Hungría y desde luego, la Argentina.

Quinientos mil jóvenes participaron de sus diferentes actividades educativas (talleres, charlas, visitas guiadas, clubes de ciencia). Unos cuatrocientos estudiantes de doce universidades latinoamericanas fueron pasantes y voluntarios en sus actividades científicas y de extensión.

Su denominación rinde homenaje a Félix de Azara, un auténtico ilustrado español del siglo XVIII, precursor de los naturalistas sudamericanos, que se mostró deseoso de adquirir conocimientos y mejorar el mundo que lo rodeaba, como lo manifestó durante su actuación en la región rioplatense entre 1782 y 1801.

El campo de acción de la Fundación Azara en las ciencias naturales, ambientales y antropológicas es concebido de manera integral y con una mirada actual: incluye la exploración, investigación, gestión y conservación de una parte importante del patrimonio natural y cultural latinoamericano. Su objeto de trabajo es la diversidad natural y cultural de uno de los lugares más atractivos de nuestro planeta, el extremo sur de América, el mismo al que Félix de Azara le dedicara casi veinte años de su vida.

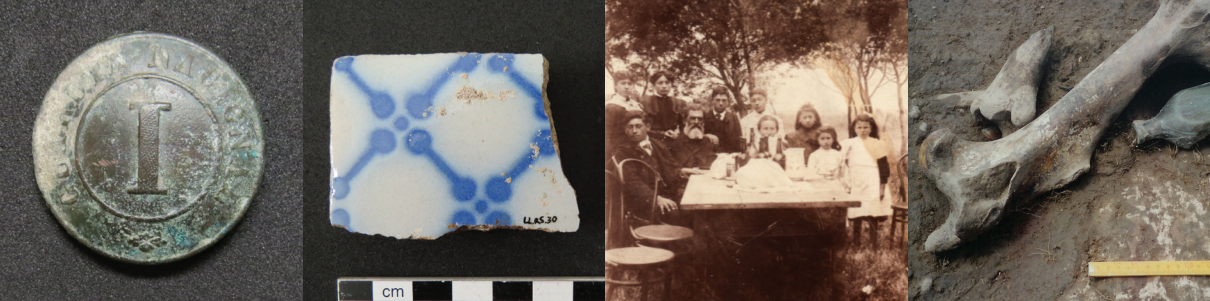
<https://fundacionazara.org.ar>
secretaria@fundacionazara.org.ar



DELIVERY de LIBROS:

Comprá online el libro que quieras y recibilo cómodamente en tu domicilio. Envíos a todo el mundo.

www.vmeditores.com.ar



¿Qué es la arqueología histórica? Los distintos capítulos que integran este libro responden, con un lenguaje claro y en forma dinámica, a este interrogante.

La arqueología histórica se ocupa del pasado más cercano y se caracteriza por la búsqueda y la construcción de conocimiento acerca de múltiples problemas de la historia reciente partiendo de perspectivas plurales. Su rango temporal abarca desde la llegada de los conquistadores españoles al Río de la Plata, a inicios del siglo XVI, hasta sucesos ocurridos en el siglo XX, como la última dictadura cívico-militar o la Guerra de Malvinas.

La arqueología histórica es una disciplina joven, que ha tenido un crecimiento sin precedentes dentro la arqueología argentina en las últimas décadas y hoy constituye un campo consolidado y diverso entre las humanidades y las ciencias sociales.

Este libro es el resultado de un extenso camino en el que confluyen las trayectorias individuales de las autoras como investigadoras dedicadas a la arqueología histórica y como docentes universitarias. Sus páginas ofrecen un exhaustivo recorrido por el desarrollo de esa especialidad en Argentina, junto a un amplio abanico de recursos teórico-metodológicos para estudiantes, jóvenes profesionales y toda persona interesada en el estudio del pasado histórico.